

DEUDA DE ESPÍRITU

Vampire Academy

RICHELLE MEAD

Annotation

Tras un largo y arduo viaje a la ciudad natal de Dimitri en Siberia, Rose Hathaway regresa por fin a la Academia St. Vladimir. Allí retomará su vida como estudiante y volverá a ver a su mejor amiga, Lissa. La graduación se acerca y las chicas no pueden esperar a que su vida real comience más allá de las puertas de hierro que cierran la academia. Pero, pese a las nuevas ilusiones, el corazón de Rose todavía sufre por Dimitri; ella sabe que sigue ahí, cerca, en alguna parte.

Rose falló la primera vez que tuvo la oportunidad de matarlo y sus peores miedos están a punto de hacerse realidad. Dimitri ha probado su sangre y tratará por todos los medios de dar caza a Rose. No parará hasta que ella se una a él... para siempre.

- RICHELLE MEAD
- Sinopsis
- Deuda de espíritu
  -
- Uno
  -
- Dos
  -
- Tres
  -
- Cuatro
  -
- Cinco
  -
- Seis
  -
- Siete
  -
- Ocho
  -

- Nueve
  -
- Diez
  -
- Once
  -
- Doce
  -
- Trece
  -
- Catorce
  -
- Quince
  -
- Dieciséis
  -
- Diecisiete
  -
- Dieciocho
  -
- Diecinueve
  -
- Veinte
  -
- Veintiuno
  -
- Veintidós
  -
- Veintitrés
  -
- Veinticuatro
  -
- Veinticinco
  -
- Veintiséis
  -
- Veintisiete

- Agradecimientos

RICHELLE MEAD

Deuda de espiritu

Academia De Vampiros Nº5

Traducción de Julio Hermoso Oliveras

Alfaguara

Sinopsis

Tras un largo y arduo viaje a la ciudad natal de Dimitri en Siberia, Rose Hathaway regresa por fin a la Academia St. Vladimir. Allí retomará su vida como estudiante y volverá a ver a su mejor amiga, Lissa. La graduación se acerca y las chicas no pueden esperar a que su vida real comience más allá de las puertas de hierro que cierran la academia. Pero, pese a las nuevas ilusiones, el corazón de Rose todavía sufre por Dimitri; ella sabe que sigue ahí, cerca, en alguna parte.

Rose falló la primera vez que tuvo la oportunidad de matarlo y sus peores miedos están a punto de hacerse realidad. Dimitri ha probado su sangre y tratará por todos los medios de dar caza a Rose. No parará hasta que ella se una a él... para siempre.

Traductor: Hermoso Oliveras, Julio
Autor: Mead, Richelle
©2010, Alfaguara
ISBN: 9788420415796
Generado con: QualityEbook v0.73

Deuda de espíritu

Vampire Academy V

Tras un largo y arduo viaje a la ciudad natal de Dimitri en Siberia, Rose Hathaway regresa por fin a la Academia St. Vladimir. Allí retomará su vida como estudiante y volverá a ver a su mejor amiga, Lissa. La graduación se acerca y las chicas no pueden esperar a que su vida real comience más allá de las puertas de hierro que cierran la academia. Pero, pese a las nuevas ilusiones, el corazón de Rose todavía sufre por Dimitri; ella sabe que sigue ahí, cerca, en alguna parte.

Rose falló la primera vez que tuvo la oportunidad de matarlo y sus peores miedos están a punto de hacerse realidad. Dimitri ha probado su sangre y tratará por todos los medios de dar caza a Rose. No parará hasta que ella se una a él... para siempre.

Título original: *Spirit Bound*

Richelle Mead, 2010

Traducción: Julio Hermoso Oliveras

Retoque de la cubierta: sleepwithghosts

Fotografía de cubierta: Michael Frost

Para mi agente, Jim McCarthy.
Gracias por encargarte de la parte más ardua.
Sin ti, estos libros no serían una realidad.

Uno

HAY una gran diferencia entre las amenazas de muerte y las cartas de amor, aun cuando la persona que te escribe las amenazas de muerte no deja de afirmar que te ama de verdad. Por supuesto, y teniendo en cuenta que yo misma intenté una vez matar a alguien a quien amaba, es posible que no tenga ningún derecho a juzgar a nadie.

La carta de hoy había llegado en el momento perfecto, y tampoco es que tuviera que haberme esperado menos que eso. La había leído cuatro veces y, aunque ya llegaba tarde, no pude evitar leerla una quinta.

Mi querida Rose:

Una de las pocas desventajas de que te hayan despertado es que ya no te hace falta dormir, y, por tanto, dejas de soñar. Es una lástima, porque, si pudiera soñar, sé que soñaría contigo. Soñaría con tu olor y con el tacto sedoso de tu cabello oscuro entre los dedos. Soñaría con la suavidad de tu piel y con el ardor de tus labios cuando nos besamos.

Sin los sueños, he de contentarme con mi propia imaginación, que viene a ser prácticamente lo mismo. Y me puedo imaginar todas esas cosas a la perfección, igual que soy capaz de imaginarme cómo será cuando me lleve tu vida de este mundo. Es algo que lamento tener que hacer, pero has sido tú quien ha convertido mi decisión en algo inevitable. Tu negativa a unirte a mí en la vida eterna y en el amor eterno no deja hueco a ninguna otra posibilidad, y no puedo permitir que alguien tan peligroso como tú siga vivo. Además, aunque forzase tu despertar, tienes ya tantos enemigos entre los strigoi, que alguno de ellos te mataría. Y si has de morir, será por mi mano. Por la de nadie más.

No obstante, te deseo buena suerte hoy con tu examen final, y no es que la necesites, en absoluto. Si de verdad te van a obligar a pasar por él, no es más que una pérdida de tiempo para todo el mundo. Tú eres la mejor de ese grupo, y para esta tarde ya lucirás tu marca de la promesa. Por supuesto, eso significa que serás un desafío aún mayor cuando nos volvamos a encontrar, algo con lo que sin duda disfrutaré.

Y desde luego que nos volveremos a encontrar. Una vez graduada, te enviarán fuera de la academia, y cuando salgas de las defensas, te

encontraré. No hay lugar en el mundo donde puedas ocultarte de mí. Te estoy vigilando.

Con amor,

Dimitri

A pesar de sus «cálidos deseos», no encontré su carta demasiado alentadora cuando la tiré sobre la cama y salí de la habitación con lágrimas en los ojos. Intenté no permitir que sus palabras me alcanzasen, aunque sea prácticamente imposible que algo así no te ponga los pelos de punta. *No hay lugar en el mundo donde puedas ocultarte de mí*.

No me cabía la menor duda. Sabía que Dimitri tenía espías. Desde que mi instructor-barra-amante se había transformado en un malvado vampiro no muerto, también se había convertido en una especie de líder entre ellos, algo que yo había colaborado a acelerar cuando maté a su antiguo superior. Tenía fuertes sospechas de que sus espías eran humanos que vigilaban si ponía un pie fuera de los límites del instituto. Ningún strigoi podría haber mantenido una vigilancia de veinticuatro horas. Los humanos sí podían, y poco tiempo atrás me había enterado de que eran muchos los humanos dispuestos a servir a los strigoi a cambio de la promesa de ser convertidos algún día. Aquellos humanos consideraban que la vida eterna era algo por lo que merecía la pena corromper su alma y acabar con otros para sobrevivir. Aquellos humanos me daban náuseas.

Sin embargo, no eran los humanos lo que hacía que me temblara el paso mientras atravesaba un césped que había adquirido un color verde brillante con la llegada del verano. Era Dimitri. Siempre Dimitri. Dimitri, el hombre al que amaba. Dimitri, el strigoi al que quería salvar. Dimitri, el monstruo al que con toda probabilidad tendría que matar. El amor que habíamos compartido siempre ardería en mi interior, por mucho que yo no dejara de repetirme que tenía que pasar página, por mucho que el mundo pensase que había pasado página. Él estaba siempre conmigo, siempre en mi mente, siempre haciéndome dudar de mí misma.

—Tienes pinta de estar lista para enfrentarte a un ejército.

Abandoné mis pensamientos oscuros. Estaba tan obsesionada con Dimitri y con su carta, que había cruzado el campus ajena al mundo, y no había advertido que mi mejor amiga, Lissa, se había puesto a mi altura con una sonrisa burlona en el rostro. Era muy raro que me cogiese por sorpresa,

porque compartíamos un vínculo psíquico que me mantenía informada en todo instante de su presencia y de sus sentimientos. Muy distraída tenía que estar yo para no reparar en ella, y de haber alguna distracción, era el hecho de tener a alguien que quisiera matarme.

Ofrecí a Lissa lo que esperaba que pareciese una sonrisa convincente. Ella sabía lo que le había sucedido a Dimitri y que él estaba ahora esperando para matarme después de que yo hubiese intentado —sin éxito— matarle a él. No obstante, a Lissa le preocupaban aquellas cartas suyas que yo recibía, y ella tenía ya las suficientes preocupaciones en su vida sin necesidad de añadir a mi acosador no muerto a la lista.

—Es que más o menos voy a enfrentarme a un ejército —apostillé.

No había caído la noche; el verano mostraba el sol hasta bien tarde en el cielo de Montana, que nos bañaba en una luz dorada mientras caminábamos. A mí me encantaba, pero en su condición de moroi —un vampiro vivo y pacífico— Lissa acabaría sintiéndose cansada e incómoda al sol.

Se rio y se echó el cabello de color platino sobre el hombro. El sol le dio un brillo angelical a aquel tono tan pálido.

—Ya supongo. No me imaginé que estarías tan preocupada.

Podía entender su lógica. El propio Dimitri decía que esto iba a ser una pérdida de tiempo para mí. Al fin y al cabo, me había marchado a Rusia a buscarlo, me había enfrentado a strigoi de verdad y había matado a un buen número de ellos yo sola. Tal vez no tuviese por qué estar preocupada ante la prueba que se avecinaba, pero de repente empezaba a sentir el peso de tanta expectación y tanta fanfarria. Se me aceleró el pulso. ¿Y si no era capaz de lograrlo? ¿Y si no era tan buena como yo creía que era? Los guardianes a los que me iba a enfrentar aquí no eran verdaderos strigoi, pero sí que estaban bien entrenados y llevaban en combate mucho más tiempo que yo. La arrogancia podía causarme muchos problemas, y si suspendía, lo haría delante de toda la gente que se preocupaba por mí. La gente que tanta fe tenía en mí.

Y también me inquietaba otra cosa.

—Me preocupa cómo afectarán estas notas a mi futuro —le dije.

Esa era la verdad. Aquella prueba constituía un examen final para una novicia aspirante a guardián como yo. Daba fe de que me podía graduar en la Academia St. Vladimir y ocupar mi puesto codo con codo con guardianes

de verdad que defendían a los moroi de los strigoi. Y servía para decidir en un grado muy alto a qué moroi se podía asignar a cada guardián.

Sentí la empatía de Lissa a través del vínculo, y también su preocupación.

—Alberta cree que tenemos muchas posibilidades de permanecer juntas... de que sigas siendo mi guardián.

Hice una mueca.

—Yo creo que Alberta dijo eso para retenerme en el instituto —había dejado las clases unos meses atrás para ir a la caza de Dimitri, y había regresado, algo que no lucía mucho en mi expediente académico. Y también estaba ese pequeño detalle sin importancia de que la reina de los moroi, Tatiana, me odiaba, y con toda probabilidad se saltaría los protocolos con tal de influir en mi asignación de destino, aunque eso era otra historia—. Me parece que Alberta sabe que la única forma en que me dejarían protegerte es si yo fuera el último guardián sobre la faz de la tierra, y aun así tendría muy pocas posibilidades.

Nos aguardaba el jaleo de una multitud que sonaba cada vez más alto. Habían transformado uno de los muchos campos de deporte del instituto en una especie de circo que recordaba a la época de los gladiadores romanos. Habían levantado las gradas y transformado los simples asientos de madera en unos lujosos bancos acolchados y con toldos para proteger del sol a los moroi. El campo estaba rodeado de letreros de colores vivos que se sacudían con el viento. No podía verlos aún, pero sabía que habría algún tipo de barracón cerca de la entrada del campo donde aguardarían los novicios con los nervios a flor de piel. El campo propiamente dicho se habría transformado en una carrera de obstáculos en forma de pruebas peligrosas y, a decir del griterío ensordecedor, ya estaba lleno de gente que había acudido a presenciar el evento.

—Yo no pierdo la esperanza —dijo Lissa. Supe a través del vínculo que lo decía en serio. Esa era una de las cosas maravillosas que tenía: una fe y un optimismo inquebrantables que capeaban los tragos más terribles. Suponía un marcado contraste con mi reciente cinismo—. Y he traído algo que tal vez te ayude hoy.

Se detuvo y rebuscó en el bolsillo de sus pantalones vaqueros para sacar un pequeño anillo de plata salpicado de piedras minúsculas que tenían aspecto de peridotos. No me hacía falta ningún vínculo para saber lo que me estaba ofreciendo.

—Oh, Liss..., no sé. Es que no quiero ninguna... ventaja injusta.

Lissa elevó la mirada al cielo.

—Ese no es el problema, y tú lo sabes. Este va genial, lo juro.

El anillo que me estaba ofreciendo era un amuleto impregnado de ese tipo tan raro de magia que ella practicaba. Todos los moroi tenían control sobre uno de los cinco elementos: tierra, aire, agua, fuego o espíritu. Este último era el menos común, tan poco común que el espíritu había quedado olvidado con el paso de los siglos. No hace mucho, Lissa y otros pocos comenzaron a emerger con ese control. Al contrario que los demás elementos, que eran de un carácter más físico, el espíritu estaba ligado a la mente y a todo tipo de fenómenos psíquicos. Nadie llegaba a entenderlo del todo.

Hacer amuletos con el espíritu era algo con lo que Lissa había empezado a experimentar no mucho tiempo atrás, y no se le daba demasiado bien. Su principal capacidad como manipuladora del espíritu era la sanación, así que no dejaba de intentar hacer amuletos de sanación. El último había sido un brazalete que me quemó el brazo.

—Este funciona. Solo un poco, pero te ayudará a mantener alejada la oscuridad durante las pruebas.

Hablaba en tono animado, aunque ambas sabíamos de la seriedad de sus palabras. Todos aquellos dones del espíritu tenían un coste: una oscuridad que ahora se mostraba en forma de ira y confusión, y que acababa degenerando en locura. Esa oscuridad permeaba en mi interior a través de nuestro vínculo. A Lissa y a mí nos habían contado que la podíamos mantener a raya a base de amuletos y de su sanación. Esa era otra de las cosas que aún teníamos que dominar.

Conmovida por su preocupación, le dediqué una leve sonrisa y acepté el anillo. No me escaldó la mano, algo que interpreté como una señal prometedora. Era tan pequeño que solo me cabía en el meñique, y no sentí absolutamente nada cuando lo deslicé para ponérmelo. Eso pasaba a veces con los amuletos de sanación. O también podía significar que no servía para nada. De cualquiera de las maneras, no hacía ningún daño.

—Gracias —le dije. Sentí cómo la invadía una ola de agrado, y seguimos caminando.

Extendí la mano ante mí para admirar el brillo de las piedras verdes. Las joyas no eran una gran idea en el tipo de suplicio físico al que estaba a punto de enfrentarme, pero tendría unos guantes con los que ocultarlo.

—Cuesta creer que, después de esto, habremos terminado aquí y saldremos ahí fuera, al mundo real —musité en voz alta sin meditar demasiado mis palabras.

A mi lado, Lissa se puso en tensión, y yo lamenté de inmediato haber abierto la boca. «Estar en el mundo real» significaba que Lissa y yo íbamos a emprender una tarea en la que ella —a regañadientes— había prometido que me ayudaría hace un par de meses.

Cuando estaba en Siberia, me enteré de que podría haber una forma de reconvertir a Dimitri en un dhampir como yo. Era una probabilidad remota —posiblemente una mentira—, y, teniendo en cuenta lo obsesionado que estaba con matarme, no me había hecho ningún tipo de ilusiones al respecto de gozar de otra elección que no fuese matarle si es que se trataba de él o yo. Pero si había algún modo de salvarle antes de que eso sucediera, tenía que averiguarlo.

Por desgracia, la única pista de que disponíamos para hacer realidad aquel milagro pasaba por las manos de un criminal, y tampoco se trataba de un criminal cualquiera: Victor Dashkov, un moroi de la realeza que había torturado a Lissa y había cometido todo tipo de atrocidades que habían hecho de nuestra vida un infierno. Se había impartido justicia, y Victor estaba encerrado en la cárcel, lo cual complicaba las cosas. Nos habíamos enterado de que, en la medida en que su destino era pasar el resto de su vida entre rejas, no tenía motivo alguno para compartir lo que sabía sobre su medio hermano, la única persona que supuestamente había salvado en una ocasión a un strigoi. Yo había decidido —quizá de forma ilógica— que tal vez Victor nos diese la información si le ofrecíamos lo único que nadie más podía ofrecerle: la libertad.

Esta idea no era infalible por una buena cantidad de razones. Primero, no sabía si funcionaría. Se trataba de algo bastante gordo. Segundo, no tenía la menor idea de cómo planear una huida de la cárcel, por no mencionar que ni siquiera sabía dónde estaba la prisión. Y, por último, estaba la cuestión de que estaríamos liberando a nuestro enemigo mortal. Si eso era ya lo bastante descorazonador para mí, no digamos para Lissa. Y por mucho que le preocupase la idea —y créeme, le preocupaba mucho—, había jurado firmemente que me ayudaría. Le había ofrecido la posibilidad de liberarla de su promesa docenas de veces en los dos últimos meses, pero ella la había mantenido con la misma firmeza. Considerando que ni siquiera teníamos

forma de encontrar la cárcel, estaba claro que al final su promesa podría no tener gran importancia.

Intenté llenar el incómodo silencio entre nosotras explicándole en cambio que lo que de verdad quería decir era que la semana que viene tendríamos la posibilidad de celebrar su cumpleaños por todo lo alto. Mis esfuerzos se vieron interrumpidos por Stan, uno de mis instructores más antiguos.

—¡Hathaway! —me ladró procedente del campo—. Qué detalle por su parte el unirse a nosotros. ¡Entre ahora mismo!

Los pensamientos sobre Victor se desvanecieron de la mente de Lissa, que me dio un abrazo fugaz.

—Buena suerte —susurró—. Aunque no es que te haga falta.

La expresión de Stan me decía que a aquella despedida de diez segundos le habían sobrado unos diez segundos. Le ofrecí a mi amiga una sonrisa a modo de agradecimiento, y ella se dirigió hacia las gradas en busca de nuestros amigos mientras yo me apresuraba a seguir a Stan.

—Tiene suerte de no ser uno de los primeros —gruñó—. La gente ya estaba apostando si aparecería o no.

—¿En serio? —pregunté con tono alegre—. ¿Y a cuánto están las apuestas? Porque aún puedo cambiar de opinión y apostar yo también. Ganar un poco de calderilla.

Su mirada con los ojos entrecerrados me lanzó una advertencia que no requería palabras mientras nos adentrábamos en la zona de espera junto al campo, enfrente del graderío. Aquellos últimos años siempre me había resultado sorprendente la cantidad de trabajo que le dedicaban a aquel examen, y no estaba menos impresionada ahora que lo veía de cerca. El barracón donde esperábamos los novicios estaba hecho de madera, entero, con su tejado y todo. Uno podría jurar que aquella estructura había formado parte del estadio toda la vida. La habían levantado con notable rapidez, y la retirarían con igual velocidad una vez terminadas las pruebas. Una salida de una anchura equivalente a tres cuerpos ofrecía una vista parcial del campo, donde una de mis compañeras aguardaba con inquietud a que dijeran su nombre. Allí fuera habían montado todo tipo de obstáculos, dificultades que pondrían a prueba nuestro equilibrio y nuestra coordinación al tiempo que teníamos que esquivar y rechazar a los guardianes adultos que merodeaban entre los obstáculos y por las esquinas. En un extremo del campo habían levantado unas paredes de madera para crear un laberinto oscuro y confuso.

En otras zonas habían colgado redes y plataformas inestables con el fin de poner a prueba nuestra capacidad de combate en circunstancias difíciles.

Había otro grupo de novicios arremolinado en la salida con la esperanza de lograr algún tipo de ventaja observando a los que los precedían. Yo entraría a ciegas y me limitaría a lidiar con lo que me echaran. Estudiar ahora el recorrido solo conseguiría que me obsesionase y me entrase el pánico. Lo que me hacía falta ahora era tranquilidad.

Así que me apoyé contra una de las paredes del barracón y observé a los que me rodeaban. Tenía pinta de ser cierto que había sido la última en aparecer, y me pregunté si la gente habría perdido dinero apostando sobre mí. Varios de mis compañeros susurraban en grupos. Algunos hacían estiramientos y ejercicios de calentamiento. Otros estaban con los guardianes que habían sido sus mentores. Aquellos profesores miraban fijamente a sus alumnos mientras hablaban con ellos y les daban consejos de última hora. No dejaba de oír palabras como «concéntrate» y «cálmate».

Ver a los instructores me encogió el corazón. No hacía tanto que yo misma me imaginaba este día de esa manera. Me imaginaba a Dimitri conmigo, juntos, diciéndome que me tomara aquello en serio y que no perdiese la calma cuando saliese al campo. Alberta había estado muy pendiente de mí como mentora desde que había regresado de Rusia, pero, como capitán, estaba ahora ahí fuera en el campo, muy ocupada con todo tipo de responsabilidades. No disponía de tiempo para venir aquí a darme la mano. De entre mis amigos, los que me podían haber ofrecido algo de apoyo —Eddie, Meredith y otros— se encontraban envueltos en sus propios temores. Estaba sola.

Sin ella o sin Dimitri —o, bueno, sin nadie—, sentí cómo se apoderaba de mí una dolorosa soledad. Dimitri tenía que haber estado aquí conmigo. Así era como se suponía que iba a ser. Cerré los ojos y me permití hacer como si realmente estuviese allí, a unos centímetros de mí, mientras charlábamos.

«Tranqui, camarada. Puedo hacer esto con los ojos cerrados. Oye, tal vez lo haga. ¿Tienes algo que pueda usar como venda? Venga, si eres bueno conmigo, a lo mejor te dejo que me la ates tú». Dado que esta fantasía habría sucedido después de habernos acostado, había muchas posibilidades de que más tarde me hubiera ayudado a quitarme la venda... entre otras cosas.

Podía imaginarme claramente el gesto negativo de exasperación por su parte que me habría ganado. «Rose, créeme, a veces me parece que cada día que paso contigo es mi propio examen particular».

Pero sabía que me sonreiría de todas formas, y la mirada de orgullo y de aliento que me habría dedicado cuando me dirigiese hacia el campo sería todo cuanto necesitase para pasar las pruebas...

—¿Estás meditando?

Abrí los ojos, sorprendida por aquella voz.

—¿Mamá? ¿Qué haces tú aquí?

Mi madre, Janine Hathaway, se encontraba delante de mí. Era unos centímetros más baja que yo, pero para el combate tenía los arrestos de una persona del doble de mi tamaño. La peligrosa mirada en su rostro de piel morena desafiaba a cualquiera dispuesto a aceptar un reto. Me dedicó una sonrisa adusta y se llevó la mano a la cadera.

—¿De verdad pensabas que no iba a venir a verte?

—No sé —reconocí con una cierta culpabilidad por dudar de ella. No habíamos tenido mucho contacto con el paso de los años, pero a partir de los sucesos recientes, la mayoría de ellos malos, habíamos comenzado a recuperar nuestra relación. La mayoría de las veces seguía sin saber cómo sentirme al respecto de ella. Oscilaba entre la necesidad que una niña pequeña tiene de su madre ausente, y el resentimiento de una adolescente por culpa de su abandono. Tampoco tenía demasiado claro que le hubiera perdonado el puñetazo «accidental» que me propinó en un ejercicio de combate—. Ya sabes, me imaginé que tendrías cosas más importantes que hacer.

—No iba a perderme esto de ninguna de las maneras —inclinó la cabeza hacia las gradas con un vaivén de sus rizos de color caoba—. Y tu padre tampoco.

—¡¿Qué?!

Me fui corriendo hasta la puerta y eché un vistazo al exterior. Mi panorámica de las gradas no era la mejor con todos los obstáculos que había en el campo, pero bastaba. Y allí estaba él: Abe Mazur. Resultaba fácil localizarlo, con el bigote y la barba de color negro, y el pañuelo verde anudado al cuello sobre la camisa de vestir. Era capaz de distinguir incluso el brillo del arete de oro que llevaba por pendiente. Tenía que estar derritiéndose con aquel calor, pero me imaginé que haría falta algo más que

un poco de sudor para que relajase lo más mínimo aquel estilo suyo de vestir un tanto hortera.

Si la relación con mi madre era superficial, la relación con mi padre era prácticamente inexistente. Apenas lo acababa de conocer en el mes de mayo, y aun así, no descubrí que yo era su hija hasta después de haber regresado. Todos los dhampir tenían un progenitor moroi, y él era el mío. Seguía sin tener muy claro qué sentía hacia él. La mayor parte de su pasado continuaba siendo un misterio, aunque había infinidad de rumores al respecto de su implicación en asuntos ilegales. Los demás se comportaban como si fuese uno de esos tipos que van por ahí partiéndole las piernas a la gente, y, aunque lo que yo había visto de él en ese sentido era poco, tampoco me sorprendía. En Rusia le llamaban Zmey: serpiente.

Mientras yo le observaba asombrada, mi madre se acercó tranquilamente a mi lado.

—Le alegrará ver que has llegado a tiempo —me dijo—. Ha montado una apuesta enorme sobre si aparecerías o no. Y ha apostado por ti, si eso te hace sentir mejor.

Solté un quejido.

—Pues claro. Claro que el corredor de la apuesta tenía que ser él. Tenía que haberlo sabido en cuanto que... —me quedé boquiabierta—. ¿Está hablando con Adrian?

Pues sí. Sentado junto a Abe estaba Adrian Ivashkov —algo así como un novio—, un moroi de la realeza cuyo elemento también era el espíritu, como el de Lissa. Estaba loco por mí (la mayoría de las veces simplemente loco) desde que nos conocimos, pero yo solo tenía ojos para Dimitri. Después del fracaso en Rusia, regresé y prometí darle a Adrian una oportunidad. Para mi sorpresa, las cosas habían ido... bien entre nosotros. Muy bien, incluso. Me había escrito una propuesta con las razones por las cuales salir con él era una decisión sensata. Incluía cosas como «dejaré los cigarrillos a menos que necesite uno de manera muy, muy desesperada» y «te daré sorpresas románticas todas las semanas, como un picnic improvisado, unas rosas o un viaje a París, pero ninguna de estas tres, en realidad, ya que ahora han dejado de ser una sorpresa».

Estar con él no era como había sido con Dimitri, pero claro, digo yo que no hay dos relaciones que puedan ser exactamente iguales. Eran hombres distintos, al fin y al cabo. Aún seguía despertándome con el dolor de la pérdida de Dimitri y de nuestro amor. Me atormentaba con mi fracaso

al intentar matarle en Siberia y liberarle de su condición de no muerto. Aun así, aquella desesperación no significaba el punto final de mi vida romántica, algo que me había costado un tiempo aceptar. Pasar página resultaba muy duro, pero Adrian me hacía feliz. Y, por ahora, eso bastaba.

Aunque eso tampoco significaba necesariamente que quisiera que le dorase la píldora al mafioso pirata de mi padre.

—¡Es una mala influencia! —protesté.

Mi madre soltó un bufido.

—Dudo que Adrian tenga tanta influencia sobre Abe.

—¡Adrian no! Abe. Adrian está intentando portarse bien, y Abe lo va a estropear todo —en su propuesta para salir juntos, además de fumar, Adrian había prometido dejar de beber y dejar otros vicios. Fijé mi atención en él y en Abe entre la multitud de las gradas en un intento por imaginarme qué tema podía resultarles tan interesante—. ¿De qué están hablando?

—Creo que ese es el menor de tus problemas ahora mismo —si algo definía a Janine Hathaway, era su pragmatismo—. Preocúpate menos de ellos y más de ese campo.

—¿Crees que están hablando de mí?

—¡Rose! —mi madre me dio un leve toque con el puño en el hombro, y yo volví a mirarla a ella—. Tienes que tomarte esto en serio. Mantén la calma y no te distraigas.

Sus palabras eran tan parecidas a las que me imaginaba que diría Dimitri, que una leve sonrisa se asomó por mi rostro. No estaba tan sola ahí fuera a fin de cuentas.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —me preguntó cautelosa.

—Nada —le dije, y le di un abrazo. Al principio se mostró rígida, pero se relajó e incluso me devolvió el abrazo por un instante antes de separarse —. Me alegro de que estés aquí.

Mi madre no era de esas madres demasiado afectuosas, y le había pillado con la guardia baja.

—Bueno —dijo, obviamente nerviosa—. Ya te he dicho que no me perdería esto.

Volví a mirar a las gradas.

—En lo que respecta a Abe, por el contrario, no estoy tan segura.

O... un momento. Se me ocurrió una idea disparatada. No tan disparatada, la verdad. Turbios o no, Abe tenía contactos, y algunos lo bastante amplios como para hacerle llegar un mensaje a Victor Dashkov a la

cárcel. Había sido Abe quien le había preguntado por Robert Doru, el hermano de Victor que utilizaba el espíritu, como un favor hacia mí. Cuando Victor respondió con un mensaje en el que decía que no tenía motivos para ayudar a Abe con lo que necesitaba, yo me apresuré a descartar la posibilidad de la ayuda de mi padre y pasé a mi idea de la huida de la cárcel. Pero ahora...

—¡Rosemarie Hathaway!

Era Alberta quien me llamaba. Su voz resonaba bien alto y claro, como una corneta que me llamase a entrar en la batalla. Todo pensamiento al respecto de Abe y de Adrian —y sí, incluso de Dimitri— se desvaneció de mi mente. Creo que mi madre me deseó buena suerte, pero no terminaron de llegarme sus palabras exactas cuando avancé a grandes zancadas hacia Alberta y hacia el campo. Sentía la adrenalina correr en mi interior. Toda mi atención se centraba ahora en lo que me aguardaba: la prueba que por fin haría de mí un guardián.

Dos

MI prueba final era un recuerdo vago.

Viendo cómo constituía la parte más importante de mi formación en St. Vladimir, cabría pensar que lo recordaría todo con un nivel de detalle perfecto, cristalino. Y sin embargo, mis pensamientos previos se habían hecho más o menos realidad. ¿Cómo podía aquella prueba estar a la altura de lo que ya había vivido? ¿Cómo se iba a poder comparar aquel paripé de lucha con una turba de strigoi que se lanzaba al ataque contra nuestra escuela? Había tenido que soportar unas situaciones sobrecogedoras, sin saber si mis seres queridos estaban vivos o muertos. ¿Cómo iba a tener miedo de un combate de mentira con un instructor del instituto después de haberme enfrentado a Dimitri? Si ya era letal como dhampir, era peor como strigoi.

No es que quisiera tomarme la prueba final a la ligera. Era algo muy serio. Siempre había novicios que la suspendían, y yo me negaba a ser uno de ellos. Me atacaron por todas partes, guardianes que ya defendían a los moroi de los strigoi desde antes de que yo naciese. El terreno no era llano, y eso lo complicaba todo. Habían llenado el campo de artilugios y de obstáculos, vigas y escalones que ponían a prueba mi equilibrio, incluido un puente que supuso un doloroso recuerdo de la última noche que vi a Dimitri, cuando lo empujé tras haberle clavado una estaca de plata en el corazón, una estaca que se desprendió en su caída libre al río que había debajo.

El puente del campo de deporte era algo distinto del sólido puente de madera sobre el que nos enfrentamos Dimitri y yo en Siberia. Este era una senda destartalada y mal construida de tablones colgados de unas barandillas de cuerda como único soporte. A cada paso, todo el puente temblaba y se balanceaba, y unos agujeros en los maderos me mostraban los lugares en los que los compañeros que me precedían habían descubierto, por desgracia para ellos, sus puntos más frágiles. Es probable que la prueba que me asignaron en el puente fuese la peor de todas. Mi objetivo era alejar a un «moroi» de un grupo de «strigoi» que lo perseguía. Mi moroi lo interpretaba Daniel, un guardián nuevo que había llegado a la escuela con algunos otros para reemplazar a los que habían muerto durante el ataque.

No lo conocía muy bien, pero para aquel ejercicio, se estaba comportando de manera dócil e indefensa, incluso con un poco de miedo, tal y como haría cualquier moroi al que yo estuviera defendiendo.

Se resistió un poco a la hora de poner un pie en el puente, e hice uso de mi voz más calmada y persuasiva para lograr que por fin fuese delante de mí. Al parecer estaban valorando la capacidad de trato con la gente además de las habilidades para el combate. Yo sabía que a nuestra espalda, no muy lejos de nosotros, se acercaban los guardianes que hacían de strigoi.

Daniel apretó el paso, y yo le seguí de cerca sin dejar de tranquilizarlo mientras todos mis sentidos permanecían alerta. El puente sufrió una sacudida tremenda, lo cual me dijo con un sobresalto que nuestros perseguidores se nos habían unido. Miré hacia atrás y vi que tres «strigoi» venían detrás de nosotros. Aquellos guardianes que los interpretaban estaban haciendo un trabajo increíble: se movían con la destreza y la velocidad con que lo haría un strigoi. Si no avanzábamos, se nos echarían encima.

—Lo estás haciendo genial —le dije a Daniel. Me costaba mantener el tono apropiado de voz. Gritar a los moroi podía hacerles entrar en estado de shock. Demasiada amabilidad les haría creer que aquello no iba en serio—. Y sé que puedes ir más rápido. Tenemos que mantener la distancia con ellos, y se están acercando. Sé que puedes, *vamos*.

Debí de aprobar la parte de la prueba correspondiente a la persuasión, porque Daniel aceleró el paso sin duda; no tanto como para igualar el de nuestros perseguidores, pero aquello era un comienzo. El puente volvió a sufrir una buena sacudida. Daniel dio un grito muy convincente y se quedó paralizado, sujeto con fuerza a las cuerdas de ambos lados. Vi que delante de él había otro guardián-strigoi, esperando en el extremo opuesto del puente. Creí recordar que se llamaba Randall, otro de los instructores nuevos. Estaba emparedada entre el grupo perseguidor y él, pero Randall permaneció inmóvil, esperando en el primer tablón del puente para poder sacudirlo y ponérnoslo más difícil todavía.

—Sigue avanzando —le presioné mientras le daba vueltas a la cabeza —. Puedes hacerlo.

—¡Es que hay un strigoi ahí delante! Estamos atrapados —exclamó Daniel.

—No te preocupes. Yo me encargo de él. Muévete.

Mi voz sonó tajante esta vez, y Daniel avanzó a duras penas, empujado por mi orden. Los siguientes instantes requerían una sincronización perfecta por mi parte. Tenía que vigilar a los «strigoi» a ambos lados y mantener a Daniel en movimiento, sin dejar de prestar atención a la zona del puente en la que nos encontrábamos. Cuando ya habíamos cruzado prácticamente tres cuartas partes, le susurré:

—¡Agáchate, al suelo a cuatro patas ahora! ¡Rápido!

Me obedeció, y se detuvo. Yo me arrodillé de inmediato y seguí hablándole en voz baja.

—Ahora voy a gritarte. Tú no me hagas caso —acto seguido, en voz alta para que lo oyesen los que venían detrás de nosotros, exclamé—: Pero ¿qué haces? ¡No podemos pararnos!

Daniel no se inmutó, y volví a hablarle en susurros.

—Bien. ¿Ves ahí, las cuerdas que unen la base con la barandilla? Agárrate a ellas. Hazlo tan fuerte como puedas, y no te sueltes pase lo que pase. Si es necesario, enróllatelas en las manos. ¡Ahora!

Obedeció. El tiempo corría, y no malgasté un instante más. En un solo movimiento, aún agachada, me di la vuelta y le asesté un tajo a las cuerdas con un cuchillo que me habían dado junto con mi estaca. La hoja estaba bien afilada, gracias a Dios. Los guardianes responsables de las pruebas no se andaban con juegos. Las cuerdas no se separaron a la primera, pero las corté tan rápido que ninguno de los «strigoi» a ambos lados tuvo tiempo de reaccionar.

Las cuerdas se soltaron justo cuando le estaba recordando a Daniel que se agarrase bien. Las dos mitades del puente se balancearon hacia sus respectivos andamios de madera, empujadas por el peso de la gente que había encima. Al menos la nuestra lo hizo. Daniel y yo nos habíamos preparado, pero los tres que nos perseguían no lo estaban. Dos cayeron. El otro se las arregló para sujetarse por los pelos a un tablón, y se resbaló un poco antes de agarrarse con firmeza. La caída real era de unos dos metros, pero me habían dicho que la considerase de unos quince, una altura que nos mataría a Daniel y a mí si nos íbamos abajo.

Contra todo pronóstico, él seguía aferrado a la cuerda. Yo también estaba colgada, y una vez que la cuerda y los tablones quedaron lisos contra la pared del andamio de madera, comencé a trepar como si se tratase de una escala. No me resultó sencillo trepar por encima de Daniel, pero lo hice, y tuve otra oportunidad de recordarle que se sujetara. Randall, que nos

esperaba por delante, no se había caído. Tenía los pies en el puente cuando lo corté, y le había sorprendido lo suficiente como para hacerle perder el equilibrio. Se había recuperado con rapidez y ahora se tambaleaba trepando por las cuerdas e intentando ascender a la plataforma. Él estaba mucho más cerca de esta que yo, pero conseguí agarrarle la pierna y detenerlo. Tiré de él hacia mí. Se mantuvo aferrado al puente y forcejeamos. Sabía que con toda probabilidad no lograría que se soltase, pero sí que pude acercarme cada vez más. Finalmente, solté el cuchillo que aún tenía en la mano y me las arreglé para sacar la estaca del cinto, algo que puso muy a prueba mi equilibrio. La desgarbada postura de Randall dejó a tiro su corazón, y lo aproveché.

Para la prueba final nos daban una estaca con la punta redonda, una que no penetrase en la piel pero que se pudiera utilizar con la fuerza suficiente como para convencer a nuestros adversarios de que sabíamos lo que estábamos haciendo. La posición en que yo la alineé fue perfecta, y Randall, que lo admitió como un golpe que habría sido mortal, se soltó y cayó del puente.

Aquello me dejó con la dolorosa tarea de convencer a Daniel de que trepase. Le llevó su tiempo, pero era un comportamiento que no habría desentonado con la conducta de un moroi asustado. Yo estaba agradecida solo con que no hubiese decidido que un moroi de verdad se habría soltado y se habría caído.

Después de aquella prueba vinieron otras muchas, pero seguí haciéndoles frente sin bajar el ritmo ni dejar que me afectase el cansancio. Entré en «modo de combate», los sentidos concentrados en instintos básicos: *lucha, esquiva, mata*.

Y mientras estaba concentrada en aquello, debía seguir innovando y no relajarme. De otro modo, no habría sido capaz de reaccionar a una sorpresa como la del puente. Lidié con todo sin dejar de plantar batalla y sin ningún pensamiento que fuese más allá de cumplir con las tareas que tenía ante mí. Intenté no pensar en mis instructores como en gente que conocía. Los traté como a strigoi. No me anduve con miramientos.

Cuando por fin se acabó, prácticamente no me di ni cuenta. Estaba allí, de pie en medio del campo sin que vinieran más atacantes a por mí. Estaba sola. Poco a poco, fui siendo más consciente de los detalles del mundo a mi alrededor. La multitud que vitoreaba en las gradas. Algunos instructores que

se hacían gestos de asentimiento los unos a los otros mientras se iban reuniendo. El martilleo de mi propio corazón.

No me percaté de que se había acabado hasta que una sonriente Alberta me tiró del brazo. El examen que había estado esperando toda mi vida había terminado en lo que me parecía un abrir y cerrar de ojos.

—Vamos —me dijo pasándome el brazo por encima del hombro y dirigiéndome hacia la salida—. Lo que necesitas es un poco de agua y sentarte.

Aturdida, dejé que me condujese fuera del campo alrededor del cual la gente seguía celebrándolo y gritando mi nombre. A nuestra espalda, oí que alguien decía que tenían que hacer una pausa y reparar el puente. Me llevó de regreso a la zona de espera y me hizo sentarme en un banco. Alguien más se sentó a mi lado y me dio una botella de agua. Levanté la mirada y vi a mi madre. En su rostro había una expresión que no había visto nunca: un orgullo puro y radiante.

—¿Ya está? —pregunté por fin.

Volvió a sorprenderme con una carcajada de auténtica diversión.

—¿Ya está? —repitió—. Rose, has estado ahí fuera casi una hora. Has pasado ese examen de manera espectacular, tal vez la mejor prueba final que haya visto este instituto.

—¿De verdad? Es que me ha parecido... —«fácil» no era la palabra exacta—. Lo tengo todo un poco borroso, eso es todo.

Mi madre me apretó la mano.

—Has estado increíble. Estoy muy, muy orgullosa de ti.

Fue entonces cuando de verdad fui consciente de todo, y sentí que una sonrisa se apoderaba de mis labios.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Ahora te conviertes en guardián.

Ya me han tatuado unas cuantas veces, pero ninguno de esos casos se aproximó al ceremonial por todo lo alto de cuando conseguí mi marca de la promesa. Antes, ya había conseguido marcas *molnija* por los strigoi que había matado en circunstancias trágicas e inesperadas: enfrentándome a ellos en Spokane, en el ataque al instituto y el rescate... Sucesos que eran motivo de luto, no de celebración. Después de haber matado a todos aquellos strigoi, se puede decir que habíamos perdido la cuenta, y, aunque los que tatuaban a los guardianes seguían intentando registrar cada baja individual causada, se decidieron por hacerme una marca con forma de

estrella que era un modo muy elegante de reconocer que, en efecto, habíamos perdido la cuenta.

El tatuaje no es un procedimiento rápido, aunque el que te hagas sea pequeño, y toda mi promoción tenía que hacérselo. La ceremonia tuvo lugar en lo que solía ser el comedor de la academia, una sala que se las apañaron para transformar de manera notable en algo tan grandioso y rebuscado como lo que te encontrarías en la corte real. Los espectadores —amigos, familiares, guardianes— abarrotaban la estancia mientras Alberta iba llamándonos por nuestros nombres de uno en uno y leía nuestras notas según nos aproximábamos al tatuador. Las notas eran importantes. Las harían públicas, y, junto con nuestras calificaciones académicas globales, influirían en la asignación de nuestros destinos. Los moroi podían exigir que sus guardianes alcanzasen ciertas notas. Lissa me había solicitado a mí, por supuesto, pero podría ser que ni las mejores notas del mundo compensasen tantas manchas de comportamiento en mi expediente.

No obstante, no había moroi en esta ceremonia aparte de los pocos que habían sido invitados por los recién graduados. Todos los demás asistentes eran dhampir: o bien guardianes, o bien a punto de serlo como yo. Los invitados se sentaban al fondo, y los guardianes adultos más hacia delante. Mis compañeros y yo permanecimos en pie todo el rato, tal vez como una especie de última prueba de resistencia.

Me daba igual. Me había cambiado la ropa sucia y estropeada y me había puesto unos simples pantalones de vestir y un jersey, un atuendo con el que parecía arreglada al tiempo que mantenía un aire solemne. Fue la decisión correcta, porque el ambiente en la sala estaba cargado de tensión, todas las caras eran una mezcla de alegría por nuestro éxito y de preocupación, también, ante nuestro nuevo y mortal papel en el mundo. Con un brillo en los ojos, observaba cómo iban llamando a mis compañeros, sorprendida e impresionada con algunas de las notas.

Eddie Castile, un buen amigo, obtuvo una nota especialmente alta en protección individual del moroi. No pude contener una sonrisa al ver cómo le tatuaban su marca a Eddie.

—Me pregunto cómo pasaría a su moroi por el puente —murmuré en voz baja. Eddie tenía muchos recursos.

A mi lado, otra amiga mía —Meredith— me miró con expresión confundida.

—¿A qué te refieres? —su voz era igualmente baja.

—Cuando te perseguían en el puente con el moroi. El mío fue Daniel —seguía confundida, así que me expliqué—. Sí, cuando te salen los strigoi por ambos lados.

—Yo crucé el puente —susurró—. Pero lo hice sola, mientras me perseguían. Tuve que llevar a un moroi por un laberinto.

Una mirada fulminante de un compañero que se encontraba cerca nos hizo callar, y oculté el gesto fruncido del ceño. Tal vez no era la única que había hecho la prueba con la cabeza en las nubes. Los recuerdos de Meredith estaban hechos un lío.

A continuación de mi nombre, escuché algún grito ahogado cuando Alberta leyó mi nota. Tenía la más alta con diferencia. La verdad es que me alegré de que no leyese también las notas académicas, porque se habrían llevado por delante buena parte de la gloria del resto de mi actuación. Siempre me ha ido bien en clase de combate, pero en Matemáticas e Historia..., bueno, esas dejaban algo que desear, debido más que nada a que parecía estar siempre dejando y retomando las clases.

Llevaba el pelo recogido en un moño bien tenso, con todos y cada uno de los mechones que quedaban sueltos sujetos con horquillas para que nada estorbase el trabajo del tatuador. Me incliné para ofrecerle un buen ángulo de visión y oí cómo daba un gruñido de sorpresa. Con la nuca llena de marcas, tendría que ser muy hábil. Por lo general, un guardián nuevo suponía un lienzo en blanco. No obstante, aquel tío era bueno, y se las arregló para situar con cuidado la marca de la promesa justo en el centro de la parte de atrás de mi cuello. Aquella marca tenía el aspecto de una «S» alargada, estirada y con los extremos rizados. La encajó entre las marcas *molnija*, como si las rodease en un abrazo. El proceso era doloroso, pero mantuve el rostro inexpresivo y me negué a hacer ningún gesto. Me enseñaron el resultado final en un espejo antes de cubrirlo con un vendaje para que curase sin infectarse.

Acto seguido, volví a unirme al resto de mis compañeros y observé cómo recibían los demás sus tatuajes. Eso supuso permanecer de pie otras dos horas, pero no me importó. Aún me daba vueltas en la cabeza todo cuanto había sucedido ese día. Era un guardián. Un guardián de verdad, como Dios manda. Y ese pensamiento acarreaba ciertas preguntas. ¿Qué pasaría ahora? ¿Serían mis notas lo suficientemente buenas como para eliminar el expediente de mi mal comportamiento? ¿Sería el guardián de Lissa? ¿Y qué pasaba con Victor? ¿Qué pasaba con Dimitri?

Me moví inquieta en el sitio cuando cayó sobre mí todo el peso de la ceremonia de graduación. No se trataba de Dimitri y de Victor. Se trataba de mí, del resto de mi vida. Se acabó el instituto. Ya no tendría profesores siguiendo todos y cada uno de mis movimientos y corrigiéndome cuando cometiese errores. Todas las decisiones dependerían de mí cuando me encontrase ahí fuera protegiendo a alguien. Los moroi y los dhampir más jóvenes me mirarían ahora como a una autoridad. Y ya no dispondría del lujo de estar entrenándome en el combate un minuto y quedarme de relax en mi cuarto al siguiente. Ya no habría más clases como tales. Estaría de servicio todo el tiempo. La idea resultaba desalentadora; la presión, casi demasiado grande. Siempre había identificado la graduación con la libertad, y ya no estaba tan segura de aquello. ¿Qué nueva forma adoptaría ahora mi vida? ¿Quién lo decidiría? ¿Y cómo iba a llegar hasta Victor si me asignaban la protección de alguien que no fuese Lissa?

Al otro lado de la sala, localicé a Lissa entre el público. En sus ojos ardía un orgullo a la altura del de mi madre, y sonrió cuando nuestras miradas se encontraron.

Cambia esa expresión de la cara —me reprendió a través del vínculo —. *No deberías tener ese aspecto tan preocupado, hoy no. Tienes que celebrarlo*.

Yo sabía que tenía razón. Era capaz de enfrentarme a lo que se avecinaba. Mis preocupaciones, que eran muchas, podían esperar un día más, en especial porque el exaltado estado anímico de mis familiares y amigos me obligaría a celebrarlo. Abe, con esa influencia de la que siempre parecía hacer gala, había reservado una pequeña sala de banquetes y me había montado una fiesta que se diría más propia de una puesta de largo de la realeza que de la graduación de una humilde y temeraria dhampir como yo.

Antes de eso, me volví a cambiar. La ropa de fiesta parecía más apropiada que el atuendo formal de la ceremonia *molnija*. Me puse un vestido ajustado de manga corta en color verde esmeralda y, aunque no iba a juego, me colgué mi *nazar* del cuello, aquel colgante pequeño con apariencia de un ojo circundado de diferentes tonos de azul. En Turquía, lugar de procedencia de Abe, se creía que ofrecía protección. Él se lo dio a mi madre hace años, y ella, a su vez, me lo había dado a mí.

Una vez maquillada y cepillados los enredos del pelo para llevar sueltos los mechones largos, oscuros y ondulados (porque el vendaje del

cuello desde luego que no iba lo más mínimo con el vestido), no tenía el menor aspecto de ser alguien capaz de enfrentarse a un monstruo, ni siquiera capaz de dar un puñetazo. No..., eso no era del todo cierto, según pude apreciar un instante después. Me miraba en el espejo y me quedé sorprendida al ver la expresión de angustia en mis ojos marrones. Lo que allí había era dolor. Un dolor y un sentimiento de pérdida que ni el más bonito de los vestidos ni el mejor maquillaje lograban ocultar.

Hice caso omiso y me marché a la fiesta, aunque me topé con Adrian en cuanto puse un pie fuera de mi edificio. Sin mediar palabra, me tomó en sus brazos y me ahogó en un beso. Me pilló totalmente desprevenida. Muy lógico. Las criaturas no muertas no me sorprendían, pero un moroi frívolo de la realeza sí que era capaz.

Y menudo beso fue, tal que casi me sentí culpable por entregarme así. Tenía mis serias dudas al empezar a salir con Adrian, pero muchas de ellas fueron desapareciendo con el paso del tiempo. Después de tanto verle flirtear de manera descarada y no tomarse nada en serio, jamás me hubiera esperado semejante dedicación por su parte a nuestra relación. Tampoco me había esperado encontrarme con que crecían mis sentimientos hacia él, lo que parecía contradictorio teniendo en cuenta que seguía enamorada de Dimitri y que estaba pergeñando lo imposible con tal de salvarlo.

Me reí cuando Adrian me soltó. Cerca, unos moroi más jóvenes se habían parado a mirarnos. Que los moroi saliesen con dhampir a nuestras edades no era algo tan raro, pero ¿una dhampir tan notoria que se liase con el sobrino nieto de la reina? Eso sí que se salía de lo normal allí, en especial cuando era de sobra conocido cuánto me odiaba la reina Tatiana. Apenas hubo testigos en mi último encuentro con ella, cuando se puso a chillarme para que me apartase de Adrian, pero eso es algo que siempre acaba por saberse.

—¿Disfrutando del espectáculo? —pregunté a nuestros *voyeurs*. Al darse cuenta de que los habíamos pillado, los chavales moroi se apresuraron a seguir su camino. Me volví hacia Adrian y sonreí—. ¿A qué ha venido eso? ¿No ha sido un beso demasiado ostentoso para dármelo en público?

—Eso —dijo con mucha pompa— ha sido tu recompensa por toda la cera que has dado en la prueba final —hizo una pausa—. Y también por lo buena que estás con ese vestido.

Le puse una sonrisa irónica.

—Así que recompensa, ¿eh? El novio de Meredith le ha regalado unos pendientes de diamantes.

Me tomó de la mano y se encogió de hombros con aire despreocupado conforme nos poníamos en marcha camino de la fiesta.

—¿Quieres diamantes? Pues yo te regalo diamantes. Te cubriré de diamantes. Qué demonios, te haré un camisón de diamantes, aunque será brevísimo.

—Vale, me parece que me quedo con el beso —le dije al imaginarme a Adrian vistiéndome como a una modelo de bañadores. O a una bailarina de barra americana. Aquella referencia a las joyas me trajo de repente un recuerdo no deseado. Cuando Dimitri me tuvo prisionera en Siberia, también me cubrió de joyas para que me mostrase complaciente y dispuesta a sus mordeduras.

—Sabía que tenías mala leche —prosiguió Adrian. Una cálida ráfaga de viento veraniego le despeinó ese cabello castaño suyo que con tanto mimo se cuidaba todos los días y, con la mano libre, se lo volvió a colocar sin prestarle mucha atención—, pero es que no me había dado cuenta de cuánta tienes hasta que te he visto cepillarte a los guardianes ahí fuera.

—¿Significa eso que me vas a tratar mejor? —le tomé el pelo.

—Yo ya te trato bien —dijo con aire altanero—. ¿Sabes las ganas que tengo de fumarme un cigarrillo ahora mismo? Pero no. Sufro con valentía la abstinencia de nicotina... y todo por ti. Sin embargo, pienso que haberte visto ahí me servirá para tener un poco más de cuidado cuando esté contigo. Y ese loco que tienes por padre también va a conseguir que sea precavido.

Solté un quejido al recordar que Adrian y Abe se habían sentado juntos.

—Señor. ¿De verdad tenías que ponerte de charla con él?

—Oye, que es un tío genial. Un poco inestable, pero genial. Nos llevamos muy bien —Adrian abrió la puerta del edificio al que nos dirigíamos—. Y él también tiene mala leche, a su manera. Es decir, a cualquier otro tío que llevase puesta una bufanda de ese modo lo echarían de la academia de tanto partirse de él. Pero a Abe no. Él los zurraría casi tan fuerte como tú. De hecho... —la voz de Adrian se tornó nerviosa.

Le miré con expresión de sorpresa.

—De hecho, ¿qué?

—Bueno... Abe me ha dicho que le caigo bien. Eso sí, también me ha dejado claro lo que va a hacer si alguna vez te hago daño o si te hago algo

malo —Adrian hizo una mueca—. Es más, me ha descrito lo que me haría con todo lujo de detalle. Después, así como si nada, se ha puesto a hablar de cualquier cosa con una sonrisa. Ese tío me cae bien, pero da miedo.

—¡Se está pasando! —me detuve antes de entrar en la fiesta. A través de la puerta se oía el zumbido de las conversaciones. Al parecer éramos los últimos en llegar, y me imaginé que eso significaría hacer una entrada triunfal digna de la invitada de honor—. No tiene ningún derecho de amenazar a mis novios. Tengo dieciocho años. Soy una adulta y no necesito que me ayude. Soy capaz de amenazar a mis novios yo solita.

Mi indignación le resultó divertida a Adrian, que me dedicó una sonrisa remolona.

—Estoy de acuerdo contigo, pero eso no significa que no vaya a tomarme en serio su «consejo». Soy demasiado guapo como para arriesgar la cara.

Sin duda que lo era, pero eso no me impidió hacer un gesto negativo de exasperación con la cabeza. Llevé la mano al pomo de la puerta, aunque Adrian me apartó de ella.

—Espera —dijo.

Volvió a cogerme en sus brazos, y nuestros labios volvieron a encontrarse en un tórrido beso. Mi cuerpo presionaba contra el suyo, y me vi confusa ante mis propios sentimientos y la consciencia de que estaba llegando a un punto en el que tal vez quisiera algo más que simples besos.

—Muy bien —dijo Adrian cuando por fin nos separamos—. Ahora, ya podemos entrar.

Tenía el mismo tono despreocupado de voz, pero en el verde oscuro de sus ojos vi el despertar de la pasión. No era la única que se estaba pensando lo de pasar a algo más que los besos. Hasta el momento, habíamos evitado hablar de sexo, y la verdad es que él se había portado muy bien al no presionarme. Creo que Adrian sabía que no estaba preparada después de Dimitri, pero en momentos como este, podía ver lo difícil que le resultaba contenerse.

Aquello hizo que se ablandase algo en mi interior y, de puntillas, volví a besarle.

—¿A qué ha venido eso? —me preguntó unos instantes después.

Sonreí.

—Es tu recompensa.

Cuando por fin entramos en la fiesta, todo el mundo en la sala me recibió con una aclamación y sonrisas de orgullo. Mucho tiempo atrás, me habría sentado de maravilla ser el centro de atención. Aquel deseo había perdido algo de fuerza, pero aun así puse una expresión de seguridad en mí misma y acepté los halagos de mis seres queridos con la barbilla bien alta y con alegría. Levanté las manos en un gesto triunfal y conseguí más aplausos y signos de aprobación.

El recuerdo de mi fiesta es casi tan vago como el de la prueba final. Nunca te das cuenta de verdad de a cuánta gente le importas hasta que aparecen todos para apoyarte. Me hizo sentir humilde y *casi* me puso un poco llorosa. No obstante, eso me lo reservé para mí. No se me ocurriría ponerme a llorar en mi propia fiesta de celebración.

Todo el mundo quería hablar conmigo, y me sorprendía y halagaba cada vez que alguien nuevo se me aproximaba. No me pasaba muy a menudo eso de tener en el mismo sitio a todas las personas a las que más quería, y me sentí inquieta al reparar en que tal vez aquella oportunidad no se repitiese nunca.

—Bueno, por fin has conseguido que te den licencia para matar. Ya era hora.

Me volví y me encontré con los divertidos ojos de Christian Ozzera, antaño una molestia que se había convertido en un buen amigo. Tan bueno, de hecho, que en el fervor de mi alegría fui hacia él y le di un abrazo, algo que claramente no se esperaba. Aquel día me estaba dedicando a sorprender a todo el mundo.

—Bueno, bueno —dijo mientras retrocedía y se ruborizaba—. Tampoco es que me extrañe, eres la única tía que se pone como loca ante la idea de matar. No quiero ni imaginarme lo que pasa cuando Ivashkov y tú os quedáis a solas.

—Oye, mira quién fue a hablar. Estás que no te aguantas las ganas de salir ahí fuera tú solo.

Christian se encogió de hombros a modo de asentimiento. Se trataba de una regla generalizada en nuestro mundo: los guardianes protegían a los moroi. Los moroi no combatían. Sin embargo, tras los recientes ataques de los strigoi, algunos moroi —aunque ni mucho menos la mayoría— habían comenzado a aducir que había llegado el momento de que los moroi dieran un paso al frente y empezasen a ayudar a los guardianes. Los que dominaban el fuego, como Christian, resultaban especialmente valiosos

porque una de las mejores maneras de matar a un strigoi —junto con clavarle una estaca y la decapitación— era quemarlo. La proposición de enseñar a los moroi a luchar se encontraba actualmente —y con toda la intención— paralizada en manos del gobierno moroi, pero eso no había impedido que algunos practicasen en secreto. Christian era uno de ellos. Miré a su lado y pestañeé de asombro. Había alguien con él, alguien en quien yo apenas había reparado.

Jill Mastrano se mantenía a su lado como una sombra. Novata moroi —bueno, ya casi de segundo año—, Jill se había destapado como alguien que también quería pelear. Se había convertido en algo así como la alumna de Christian.

—Eh, Jill —le dije con una afectuosa sonrisa—, muchas gracias por venir.

Jill se ruborizó. Estaba decidida a aprender a defenderse, pero se ponía nerviosa en presencia de otros, en particular delante de «celebridades» como yo, e irse por las ramas era su reacción nerviosa.

—Tenía que venir —dijo quitándose de la cara el pelo, largo y castaño. Como siempre, era una maraña de rizos—. Quiero decir que ha sido genial lo que has hecho. En el examen final. Todo el mundo ha alucinado. He oído decir a uno de los guardianes que nunca habían visto algo parecido, así que, cuando Christian me ha preguntado si quería venir, pues, por supuesto que tenía que venir. ¡Ay! —sus ojos verdes se abrieron como platos—. Si ni siquiera te he dado la enhorabuena. Perdona. Enhorabuena.

Junto a ella, Christian hacía un esfuerzo por mantenerse serio. Yo no lo intenté, y le di otro abrazo a ella entre risas. Me encontraba en grave peligro de ponerme un poco tonta y cariñosa. Si seguía por ese camino, lo más probable es que me revocaran el nombramiento de guardián duro de roer.

—Gracias. ¿Estáis listos ya vosotros dos para enfrentaros a un ejército de strigoi?

—Pronto lo estaremos —dijo Christian—, aunque es posible que necesitemos tus refuerzos.

Él era tan consciente como yo de que los strigoi estaban muy fuera de su alcance. Su magia con el fuego me había servido de gran ayuda, pero ¿él solo? Eso sería otra historia. Jill y él estaban aprendiendo a utilizar la magia como arma de ataque, y yo, siempre que tenía algo de tiempo entre clases, les enseñaba algunos movimientos de lucha.

La expresión del rostro de Jill se vino un poco abajo.

—Se acabará cuando Christian se vaya.

Me volví hacia él. No era una sorpresa que se marchara. Todos nos marchábamos.

—¿Qué vas a hacer con tu vida? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Ir a la corte con el resto de vosotros. La tía Tasha dice que vamos a tener una «charla» sobre mi futuro —hizo una mueca. Fueran sus planes los que fuesen, parecía que no coincidían con los de Tasha. La mayor parte de los moroi de la realeza irían a universidades elitistas. No estaba muy segura de lo que Christian tenía en mente.

La práctica habitual de los nuevos guardianes tras la graduación era dirigirse a la corte real moroi en busca de orientación y para recibir una asignación de destino. Se suponía que todos nos marcharíamos en un par de días. Siguiendo la mirada de Christian, vi a su tía al otro lado de la sala, y que el Señor nos asistiese, porque estaba hablando con Abe.

Tasha Ozzera no había cumplido aún los treinta, y tenía el mismo pelo negro brillante y los mismos ojos de color azul claro que Christian. La belleza de su rostro, sin embargo, tenía la mácula de una terrible cicatriz en un lado, consecuencia de las heridas infligidas por los propios padres de Christian. Dimitri se había convertido en un strigoi contra su voluntad, pero los Ozzera habían escogido convertirse con toda la intención, en busca de la inmortalidad. Resultaba paradójico que eso fuera lo que les costara la vida cuando los guardianes les dieron caza. Tasha se había encargado de Christian —cuando no estaba en el instituto— y era uno de los principales líderes del movimiento que apoyaba a los moroi que querían combatir contra los strigoi.

Con cicatriz o sin ella, yo la admiraba y seguía pensando que era hermosa. A decir de la pose de mi díscolo padre, estaba claro que él también lo pensaba. Le sirvió a Tasha una copa de champán y dijo algo que la hizo reír. Ella se inclinó hacia delante, como si le estuviera contando un secreto, y se rio en respuesta. Me quedé boquiabierta. Incluso desde aquella distancia, resultaba obvio que estaban tonteando.

—Cielo santo —dije con un escalofrío y me apresuré a volverme hacia Christian y Jill.

Christian parecía dividido entre la suficiencia ante mi incomodidad y su propia inquietud al ver que un mafioso le tiraba los tejos a una mujer a la que consideraba como su madre. Su expresión se suavizó un instante

después, cuando se volvió de nuevo hacia Jill y continuó con nuestra conversación.

—Venga, tú no me necesitas —le dijo—. Aquí encontrarás a otros. Verás como tienes tu propio club de fans antes de que te des cuenta.

Me vi sonriendo de nuevo, pero mi sensación agradable se hizo añicos de repente por una bocanada de celos. No eran míos, sin embargo, sino de Lissa, y procedían del vínculo. Sorprendida, me di la vuelta y la localicé al otro lado de la sala, matando a Christian con la mirada mientras él hablaba con Jill.

Tal vez haya que mencionar que Lissa y Christian antes salían juntos. Habían estado profundamente enamorados, y, la verdad, más o menos seguían estándolo. Por desgracia, los sucesos recientes habían ejercido demasiada presión sobre su relación, y Christian había roto con ella. Él la quería, pero había perdido su confianza en ella. Lissa se descontroló cuando otra moroi que dominaba el espíritu, llamada Avery Lazar, intentó someterla. Al final conseguimos detener a Avery, y en aquel instante se encontraba encerrada en un psiquiátrico según mis últimas noticias. Ahora, Christian conocía los motivos de la horrible conducta de Lissa, pero el daño ya estaba hecho. En un principio, Lissa se había deprimido, pero su tristeza se había convertido ahora en ira.

Aseguraba que no quería tener nada que ver con él, aunque el vínculo la delataba. Siempre sentía celos de cualquier chica con la que él hablase, y en especial de Jill, con quien Christian pasaba mucho tiempo últimamente. Yo sabía a ciencia cierta que no había nada romántico entre ellos. Jill lo idolatraba como a un maestro sabio, pero nada más. De estar colada por alguien, ese era Adrian, que siempre la trataba como a una hermana pequeña. La verdad es que más o menos lo hacíamos todos.

Christian siguió la dirección de mi mirada, y su expresión se endureció. Al darse cuenta de que había llamado su atención, Lissa se dio la vuelta de inmediato y se puso a hablar con el primer tío que encontró, un dhampir bien parecido que iba a mi clase. Activó ese encanto del tonteo para el que tanta facilidad tenían quienes dominaban el espíritu y enseguida estaban los dos riendo y charlando de un modo similar al de Abe y Tasha. Mi fiesta se había convertido en una ronda de citas rápidas.

Christian se volvió hacia mí.

—Bueno, parece que no le faltan opciones para mantenerse ocupada.

Elevé la mirada al cielo. Lissa no era la única que estaba celosa. Del mismo modo que ella se enfadaba cuando él quedaba con otras chicas, Christian se ponía quisquilloso cuando ella hablaba con otros tíos. Resultaba exasperante. En lugar de reconocer que aún sentían algo el uno por el otro y arreglar las cosas, aquellos dos idiotas no dejaban de mostrarse más y más hostiles entre ellos.

—¿Dejarás de hacer esto algún día e intentarás de verdad hablar con ella como una persona racional? —me quejé.

—Sin duda —dijo con amargura—. El día en que ella empiece a comportarse como una persona racional.

—Dios mío. Vais a conseguir los dos que me arranque a tirones el pelo de la cabeza.

—Será desperdiciar un pelo precioso —dijo Christian—. Ella ya ha dejado su postura perfectamente clara.

Comencé a protestar y a decirle lo estúpido que era, pero él no tenía la menor intención de quedarse a escuchar una perorata que ya le había soltado una docena de veces.

—Vámonos, Jill —dijo—. Rose tiene que saludar a un montón de gente.

Se alejó a toda prisa, y yo casi estaba por ir a darle un pescozón para que recobrase algo de sensatez cuando oí una voz nueva.

—¿Cuándo vas a solucionar esto? —Tasha se encontraba a mi lado, meneando la cabeza ante la retirada de Christian—. Esos dos tienen que volver a estar juntos.

—Yo lo sé. Tú lo sabes. Pero no parece que a ellos se les meta en la cabeza.

—Muy bien, pues será mejor que te pongas a ello —me dijo—. Si Christian se va a la universidad al otro extremo del país, ya será demasiado tarde —al mencionar que Christian se iría a la universidad, el tono de su voz se volvió seco y exasperado.

Lissa iba a ir a Lehigh, una universidad cerca de la corte, por un acuerdo con Tatiana. Podría ir a una universidad más grande que las habituales a las que iban los moroi, a cambio de dedicarle un tiempo a la corte y al aprendizaje de los asuntos de la realeza.

—Lo sé —dije con exasperación—. Pero ¿por qué soy precisamente yo quien tiene que solucionarlo?

Tasha sonrió.

—Porque tú eres la única lo bastante convincente como para hacerles entrar en razón.

Decidí pasar por alto la insolencia de Tasha, sobre todo porque el hecho de que estuviese hablando conmigo significaba que no estaba hablando con Abe. Miré al otro extremo de la sala y, de repente, me puse en tensión. Ahora estaba hablando con mi madre. Entre el ruido me llegaban algunos fragmentos de su conversación.

—Janine —decía él con mucho encanto—, por ti no ha pasado un solo día. Podrías ser la hermana de Rose. ¿Te acuerdas de aquella noche en Capadocia?

A mi madre se le escapó una risa floja. Jamás la había visto hacer eso. Decidí que no quería volver a verlo nunca.

—Claro que sí. Y me acuerdo de lo dispuesto que estabas a ayudarme cuando se me rompió el tirante del vestido.

—Cielo santo —dije yo—. A este no hay quien lo pare.

Tasha pareció confundida hasta que vio a qué me refería.

—¿Abe? La verdad es que es encantador.

Solté un gruñido.

—Discúlpame.

Me dirigí hacia mis padres. Aceptaba que una vez mantuvieron un romance —cuyo resultado fue mi concepción—, pero no significaba que quisiera ver cómo lo revivían. Estaban comentando sus recuerdos de un paseo por la playa cuando llegué hasta ellos. De inmediato, tiré del brazo de Abe para apartarlo. Estaba demasiado encima de ella.

—Oye, ¿puedo hablar contigo? —le pregunté.

Pareció sorprendido, pero se encogió de hombros.

—Desde luego —dirigió una sonrisa muy significativa a mi madre—. Luego seguimos hablando.

—¿Es que aquí no hay ninguna mujer a salvo? —le pregunté mientras me lo llevaba aparte.

—¿De qué estás hablando?

Nos detuvimos junto a la ponchera.

—¡Estás tonteando con todas las mujeres que hay en la sala!

Mi reprimenda no le desconcertó.

—Bueno... es que hay tantas mujeres encantadoras por aquí que... ¿Es eso de lo que querías hablar conmigo?

—¡No! Quería hablar contigo sobre lo de amenazar a mi novio. Tú no tienes derecho a hacerlo.

Sus cejas oscuras se arquearon.

—¿El qué? ¿Eso? Si no ha sido nada. Solo un padre que se preocupa por su hija.

—La mayoría de los padres no amenazan con destripar a los novios de sus hijas.

—Eso no es cierto. Y tampoco es lo que le he dicho. Es mucho peor —reconoció. Suspiré. Parecía encantado con mi exasperación—. Piensa en ello como en un regalo de graduación. Estoy orgulloso de ti. Todo el mundo sabía que eras buena, pero nadie sabía que fueras *tan* buena —me guiñó un ojo—. Desde luego no se esperaban que te cargaras sus cosas.

—¿Qué cosas?

—El puente.

Fruncí el ceño.

—He tenido que hacerlo. Ha sido la manera más eficiente. Dios, menuda cabronada de prueba. ¿Y cómo lo han hecho los demás? No se les ocurriría entrar en un cuerpo a cuerpo en medio de esa cosa, ¿no?

Abe lo negó con la cabeza, disfrutando de cada segundo de aquella situación en la que sabía más que yo.

—Nadie más ha tenido que pasar por eso.

—Te aseguro que sí. Todos pasamos las mismas pruebas.

—Tú no. Cuando planificaron el examen, los guardianes decidieron que tú requerías algo... extra. Algo especial. Al fin y al cabo, tú ya has estado ahí fuera, luchando en el mundo real.

—¿Qué? —el volumen de mi voz llamó la atención de algunas personas a nuestro alrededor. Bajé el tono, y las anteriores palabras de Meredith me volvieron a la mente—. ¡Eso no es justo!

Él no parecía preocupado.

—Tú estás por encima de los demás. No habría sido justo pedirte que hicieras cosas sencillas.

Me había enfrentado a un montón de situaciones increíbles en mi vida, pero aquello sí que era el colmo.

—Así que, en cambio, me han obligado a pasar por esa locura de prueba del puente, ¿no? Y, si les ha sorprendido que lo corte, ¿qué demonios esperaban que hiciese? ¿De qué otro modo se suponía que iba a sobrevivir a eso?

—Mmm —distraído, se daba unos golpecitos en la barbilla—. Sinceramente, no creo que lo supiesen.

—Por el amor de Dios. Esto es increíble.

—¿Por qué te enfadas tanto? Has aprobado.

—Porque me han puesto en una situación de la que ni siquiera ellos sabían cómo salir —le miré con ojos de sospecha—. ¿Y cómo te has enterado tú? Esto es cosa de los guardianes.

Su rostro adoptó una expresión que no me gustaba en absoluto.

—Ah, bueno, es que estaba anoche con tu madre y...

—Ya, vale, para el carro —le interrumpí—. No quiero enterarme de lo que estabais haciendo anoche mi madre y tú. Creo que eso sería peor que lo del puente.

Sonrió.

—Ambas cosas son del pasado, así que no tienes por qué preocuparte. Disfruta de tu éxito.

—Lo intentaré. Tú, limítate a no hacerme más favores con Adrian, ¿vale? Quiero decir que me alegro de que hayas venido a apoyarme, pero con eso ya es más que suficiente.

Abe me dirigió una mirada ladina y me recordó que debajo de aquella fanfarronería había sin duda un tipo astuto y peligroso.

—No tuviste el menor inconveniente a la hora de pedirme que te hiciera un favor cuando volviste de Rusia.

Hice una mueca. Tenía razón, a la vista de cómo se las había apañado para colar un mensaje en una prisión de máxima seguridad. Aunque al final todo se quedase en nada, no había dejado de anotarse algún que otro punto.

—Vale —reconocí—. Eso estuvo bastante bien. Y estoy agradecida. Todavía no sé cómo lo conseguiste —de pronto, como ese sueño que recuerdas al día siguiente, me acordé de la idea que había tenido justo antes de la prueba final. Bajé la voz—. Tú no llegaste a entrar allí, ¿verdad?

Soltó un bufido.

—Por supuesto que no. Yo no pondría un pie en ese lugar. Me limité a utilizar mis contactos.

—¿Dónde está ese sitio? —pregunté con la esperanza de no sonar interesada.

No se lo tragó.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¡Porque tengo curiosidad! Los delincuentes siempre desaparecen sin dejar rastro cuando los condenan. Ahora soy un guardián, y no sé absolutamente nada de nuestro sistema penitenciario. ¿Hay solo una cárcel, o hay muchas?

Abe no respondió de inmediato. Me estaba estudiando con detenimiento. En lo suyo, sospechaba de los motivos ocultos de todo el mundo. Como hija suya, es probable que yo fuese sospechosa por partida doble. Lo llevaba en los genes.

Debió de subestimar mi potencial como candidata a hacer una insensatez, porque terminó por decir:

—Hay más de una. Victor está en una de las peores. Se llama Tarasov.

—¿Dónde está?

—¿Ahora mismo? —se lo pensó—. En Alaska, creo.

—¿Qué quieres decir con «ahora mismo»?

—Se traslada durante el año. Ahora mismo está en Alaska. Más adelante estará en Argentina —me sonrió con una expresión taimada, como si se estuviera preguntando cuán astuta era yo—. ¿Te imaginas por qué?

—No..., espera. Por el sol —encajaba a la perfección—. En esta época del año, las horas de luz en Alaska son casi ininterrumpidas... y la oscuridad en invierno.

Creo que estaba más orgulloso de que me hubiera percatado de eso que de mi examen final.

—Cualquier preso que intentase escapar las pasaría canutas —a pleno sol, ningún fugitivo moroi llegaría muy lejos—. De todas formas, tampoco es que haya nadie capaz de escapar con esas medidas de seguridad —intenté no hacer el menor caso del mal presagio que parecía aquello.

—Pues entonces parece que se la habrán llevado muy al norte de Alaska —dije con la esperanza de sonsacarle el lugar exacto de manera indirecta—. Así consigues más horas de luz.

Se carcajeó.

—Eso no te lo puedo contar ni siquiera yo. Es una información que los guardianes cuidan con mucho celo, en lo más profundo de su cuartel general.

Me quedé helada. *El cuartel general*.

Por muy observador que acostumbrase a ser Abe, no se percató de mi reacción. Observaba algo al otro lado de la sala.

—¿Es esa Renee Szelsky? Vaya, vaya..., sí que se ha puesto mona con el paso de los años.

De mala gana, le hice un gesto de desprecio con la mano, en gran medida porque quería dedicarme a aquel plan que tenía en mente, y porque Renee tampoco era alguien a quien conociese muy bien, por lo que me resultaba menos vergonzoso que él le tirara los tejos.

—Pues no dejes que sea yo quien te lo impida. Ve a atrapar más mujeres en tu tela de araña.

Abe no necesitó que le dieran ningún empujoncito. Sola, dejé que mi cerebro se pusiera a darle vueltas y a preguntarme si aquel planteamiento que iba cobrando forma tenía alguna posibilidad de éxito. Sus palabras habían sido la chispa de un nuevo plan en mi cabeza, y no era mucho más alocado que el resto de mis planes. Al otro lado de la sala, volví a encontrarme con la mirada de Lissa. Con Christian fuera de plano, su estado de ánimo había mejorado. Se lo estaba pasando bien, con la emoción de las aventuras que nos aguardaban ahora que éramos libres y salíamos al mundo. Mi mente regresó de manera fugaz a la inquietud que había sentido antes aquel día. Tal vez ahora fuésemos libres, pero la realidad nos alcanzaría muy pronto. El tiempo corría. Dimitri aguardaba, vigilando. Por un instante me pregunté si seguiría recibiendo sus cartas semanales ahora que me marchaba de la academia.

Sonreí a Lissa y me sentí un poco mal por ir a aguarle su buen estado de ánimo en cuanto le dijese que ahora tal vez dispondríamos de una oportunidad muy real de llegar hasta Victor Dashkov.

Tres

LOS siguientes dos días resultaron extraños. Puede que los demás novicios y yo hubiéramos tenido la graduación más llamativa, pero no éramos los únicos que finalizaban su formación en la Academia St. Vladimir. Los moroi celebraban su propia ceremonia, y el campus se llenó de gente de visita. A continuación, y casi tan rápido como habían llegado, los padres desaparecieron y se llevaron consigo a sus hijos. Los moroi de la realeza se marcharon a pasar el verano con sus padres en fincas lujosas, muchas de ellas en el hemisferio sur, donde los días eran más cortos en esta época del año. Los moroi «comunes» también se marchaban con sus padres, a unos hogares más modestos, probablemente a trabajar en verano antes de entrar en la universidad.

Y, por supuesto, al cerrar la academia en verano, todos los demás estudiantes se marchaban igualmente. Algunos que no tenían familia con la que regresar, dhampir por lo general, se quedaban internos y daban asignaturas optativas especiales, pero se trataba de una minoría. El campus se iba quedando más vacío a cada día que pasaba mientras mis compañeros y yo aguardábamos la fecha en que nos llevarían a la corte real. Nos despedimos de los demás, los moroi que pasaban de curso o los dhampir más jóvenes que pronto seguirían nuestros pasos.

Una de las personas de las que me entristeció separarme fue Jill. Dio la casualidad de que me la encontré cuando me dirigía al edificio de Lissa el día antes de mi viaje a la corte. Había una mujer con Jill —su madre, presumiblemente—, y ambas cargaban con cajas. A Jill se le iluminó la cara al verme.

—¡Eh, Rose! Ya me he despedido de todo el mundo, y no he sido capaz de encontrarte —dijo emocionada.

Sonreí.

—Bueno, pues ya has dado conmigo.

No podía contarle que yo también me había estado despidiendo. Había pasado mi último día en St. Vladimir paseando por todos los sitios familiares para mí, empezando por el campus de primaria donde Lissa y yo nos conocimos, en el jardín de infancia. Había recorrido los pasillos y los rincones del edificio donde yo dormía, había pasado por mis aulas favoritas,

e incluso visité la capilla. Pasé también mucho tiempo en otras zonas que estaban llenas de recuerdos agridulces, como las zonas de entrenamiento donde fui conociendo a Dimitri. La pista donde él me obligaba a dar vueltas corriendo. La cabaña donde por fin nos entregamos el uno al otro. Esa había sido una de las noches más increíbles de mi vida, y pensar en ella siempre me producía tanto gozo como dolor.

Sin embargo, no tenía por qué descargar en Jill nada de aquello. Me volví hacia su madre y fui a ofrecerle la mano, hasta que me di cuenta de que le resultaba imposible estrechármela al tiempo que maniobraba con la caja.

—Soy Rose Hathaway. Démela, deje que se la lleve.

Cogí la caja antes de que protestase, porque estaba segura de que lo haría.

—Muchas gracias —dijo. Volvieron a echar a andar y me puse a su lado—. Soy Emily Mastrano. Jill me ha hablado mucho de ti.

—Ah, ¿sí? —le pregunté, con una sonrisa burlona dirigida a Jill.

—No es para tanto. Solo que a veces voy por ahí con vosotros —en los ojos verdes de Jill había una leve advertencia, y se me ocurrió que era probable que su madre no supiese que su hija en su tiempo libre se dedicaba a practicar formas prohibidas de magia para matar strigoi.

—Nos encanta que Jill se venga con nosotros —dije, sin cargarme su tapadera—. Y uno de estos días, le enseñaremos a domar esos pelos.

Emily se rio.

—Yo llevo casi quince años intentándolo, así que buena suerte.

La madre de Jill resultaba sorprendente. No se parecían mucho, al menos no a simple vista. El lustroso cabello de Emily era de color negro, los ojos de un azul oscuro y con las pestañas muy largas. Se movía con una esbelta elegancia muy distinta de los siempre tímidos andares de Jill. A pesar de ello, aquí y allí veía el rastro de los genes compartidos, el rostro con la silueta de un corazón y la forma de los labios. Jill aún era muy joven, y algún día, cuando se fueran formando sus rasgos, sería toda una rompecorazones, algo a lo que tal vez fuera ajena ahora. Con un poco de suerte, ganaría seguridad en sí misma.

—¿Y dónde decís que tenéis vuestra casa? —pregunté.

—En Detroit —dijo Jill con cara de fastidio.

—No está tan mal —se rio su madre.

—No hay montañas, solo autopistas.

—Formo parte de una compañía de ballet allí —me explicó Emily—. Así que nos quedamos allá donde podemos pagar las facturas.

Creo que me quedé más sorprendida de que la gente fuese al ballet en Detroit que del hecho de que Emily fuese bailarina. No era de extrañar, al verla; y sí, con aquella complexión física tan alta y delgada, los moroi eran bailarines ideales a los ojos de los humanos.

—Oye, es una ciudad enorme —le dije a Jill—. Disfruta del jaleo mientras puedas, antes de volver al aburrimiento de estar en medio de la nada —era evidente que lo del entrenamiento prohibido de combate y los ataques de los strigoi distaban mucho de ser aburridos, pero solo quería hacer que Jill se sintiese mejor—. Y tampoco es que vaya a ser tanto tiempo.

Las vacaciones de verano de los moroi duraban apenas dos meses. A los padres les faltaba tiempo para enviar de regreso a sus hijos a la seguridad de la academia.

—Ya me imagino —dijo Jill, que no sonó muy convencida. Llegamos a su coche y cargué las cajas en el maletero.

—Te mandaré un e-mail cuando pueda —le prometí—. Y apuesto a que Christian hará igual. A lo mejor soy capaz de convencer a Adrian para que él también lo haga.

Jill resplandeció, y me sentí feliz al verla regresar a su habitual estado de nervios de emoción.

—¿En serio? Eso estaría genial. Quiero enterarme de todo lo que pasa en la corte. Es probable que tengas oportunidad de hacer un montón de cosas alucinantes con Lissa y con Adrian, y estoy segura de que Christian va a descubrir todo tipo de cosas... sobre otras cosas.

Emily no pareció percatarse del lastimoso intento de Jill de corregir su frase y, en cambio, se me quedó mirando con una bonita sonrisa.

—Gracias por tu ayuda, Rose. Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo... ¡ah!

Jill se me había tirado encima para darme un abrazo.

—Buena suerte con todo —me dijo—. Qué suerte tienes... ¡qué vida más genial que vas a llevar ahora!

Le correspondí al abrazo, incapaz de explicarle la envidia tan grande que tenía de ella. La suya seguiría siendo una vida de seguridad e inocencia. Podía molestarle la idea de pasar un verano en Detroit, pero aquella estancia

sería breve, y pronto estaría de regreso en el conocido y sencillo universo de St. Vladimir. Ella no tenía que salir a lo desconocido y sus peligros.

Hasta que Jill y su madre se hubieron marchado en el coche, no me vi capaz de responder a su comentario.

—Eso espero —murmuré, pensando en lo que se me venía encima—. Eso espero.

Mi promoción y algunos moroi muy selectos despegamos temprano al día siguiente y dejamos atrás las escarpadas montañas de Montana camino de las interminables y suaves colinas de Pensilvania. La corte real era prácticamente tal y como la recordaba, con ese aire ancestral e imponente que St. Vladimir intentaba transmitir en sus altos edificios y su complicada arquitectura en piedra. Sin embargo, la academia también pretendía desprender un aire de sabiduría, de estudio, mientras que la corte resultaba más ostentosa. Era como si los propios edificios tratasen de asegurarse de que todos nosotros supiéramos que aquella era la sede del poder y la realeza de entre los moroi. La corte real quería vernos asombrados y quizá un poco intimidados.

Y, aunque ya había estado allí antes, me volví a quedar impresionada. Las puertas y las ventanas de los edificios de piedra oscura estaban repujadas y enmarcadas en motivos dorados decorativos impecables. No estaban a la altura del resplandor que había visto en Rusia, pero ahora me daba cuenta de que los arquitectos de la corte habían trazado aquellos edificios siguiendo el modelo de las antiguas construcciones europeas: las fortalezas y palacios de San Petersburgo. En los patios interiores y en los jardines de St. Vladimir había bancos y senderos, mientras que en la corte habían ido un paso más allá. Las extensiones de césped estaban adornadas con fuentes y complejas estatuas de los antiguos gobernantes, exquisitos trabajos en mármol que antes ocultaba la nieve. Ahora, en pleno fulgor del verano, resplandecían bien a la vista. Y por todas partes, por todos lados, había flores en los árboles, en los arbustos, en los senderos... Era deslumbrante.

Parecía lógico que los recién graduados hicieran una visita a la sede de la administración central de los guardianes, pero se me ocurrió que había otra razón para traernos aquí en verano a los nuevos. Querían que mis compañeros de clase y yo viésemos todo esto, que nos quedáramos sobrecogidos y que apreciásemos la gloria por la que estábamos luchando.

Al ver las caras de los recién graduados, me di cuenta de que la táctica funcionaba. La mayoría no había estado aquí nunca.

Lissa y Adrian habían venido en mi vuelo, y nos juntamos los tres mientras caminábamos con el grupo. Hacía tanto calor como en Montana, pero la humedad aquí era más densa. Ya estaba sudando después de un leve paseo.

—Esta vez sí que te habrás traído un vestido, ¿no? —me preguntó Adrian.

—Por supuesto —le dije—. Aparte de la recepción principal, sé que hay algunos eventos de postín a los que quieren que asistamos. Aunque a lo mejor para eso me obligan a estar de servicio.

Hizo un gesto negativo con la cabeza, y reparé en que empezó a mover la mano hacia el bolsillo justo antes de vacilar y retirarla. Por muchos progresos que hubiera hecho en lo de dejar de fumar, yo tenía muy claro que era muy difícil librarse tan rápido del impulso inconsciente de buscar el paquete de cigarrillos al encontrarse al aire libre.

—Me refiero a esta noche, para la cena.

Miré a Lissa con expresión interrogante. Su agenda en la corte siempre incluía actos sociales diversos a los que no asistía la «gente normal». Con mi nuevo e incierto estatus, no tenía muy claro que yo fuese a ir con ella. Sentí su perplejidad a través del vínculo y supe que ella no tenía la menor idea de ningún plan especial para la cena.

—¿Qué cena? —pregunté.

—La que he organizado con mi familia.

—La que has... —me detuve de forma abrupta y le miré con los ojos abiertos como platos. La sonrisita de suficiencia que había en su rostro no me gustaba un pelo—. ¡Adrian!

Algunos de los nuevos guardianes me miraron extrañados y continuaron caminando a nuestro alrededor.

—Venga, si llevamos saliendo un par de meses. Conocer a los padres es parte del ritual. Yo he conocido a tu madre. Incluso he conocido a tu padre, que da un miedo que te cagas. Ahora te toca a ti. Te garantizo que ninguno de los miembros de mi familia va a hacer sugerencias del estilo de las de tu padre.

La verdad es que, más o menos, ya había conocido al padre de Adrian. O, más bien, le había visto en una fiesta. Dudaba que él tuviese alguna idea de quién era yo, aparte de mi alocada reputación. No sabía prácticamente

nada de la madre de Adrian; él hablaba muy poco sobre los miembros de su familia..., bueno, de la mayoría de ellos.

—¿Solo con tus padres? —le pregunté con cautela—. ¿Algún otro miembro de la familia que yo deba saber?

—Bueno... —la mano de Adrian volvió a temblar. Creo que en ese momento deseaba un cigarrillo como una especie de protección contra el tono de advertencia en mi voz. Me di cuenta de lo mucho que Lissa parecía estar divirtiéndose con todo aquello—. Quizá se pase mi tía abuela favorita.

—¿Tatiana? —exclamé. Por enésima vez, me pregunté cómo había tenido la fortuna de estar con un tío emparentado con la líder de todo el mundo de los moroi—. ¡Me odia! Ya sabes lo que pasó la última vez que hablamos —su alteza real se había ensañado conmigo, me había dicho a gritos que yo era muy cutre como para enrollarme con su sobrino y que tenía grandes «planes» para él y para Lissa.

—Supongo que vendrá.

—Venga ya, tío.

—No, en serio —casi parecía que estuviese diciendo la verdad—. Hablé con mi madre el otro día, y... no sé, no parece que la tía Tatiana te odie tanto.

Fruncí el ceño, y los tres arrancamos a caminar de nuevo.

—Tal vez sienta admiración por tu reciente trabajo de vigilancia —murmuró Lissa.

—Quizá —le dije, aunque en realidad no lo creía. Si acaso, mis locuras habrían hecho de mí alguien más despreciable aun a ojos de la reina.

Me sentí en cierto modo traicionada por el hecho de que Adrian me hubiese montado aquella cena por sorpresa, pero ya no se podía hacer nada al respecto. Lo único bueno es que me daba la impresión de que me estaba tomando el pelo en lo de que su tía fuera a presentarse. Le dije que iría, y mi decisión le puso de un buen humor suficiente como para que no hiciera demasiadas preguntas aquella tarde, cuando Lissa y yo nos fuésemos a dedicar a «nuestras cosas». Todos mis compañeros de promoción estaban haciendo una visita por la corte y sus alrededores como una parte de su adoctrinamiento, pero yo lo había visto todo ya, y me las ingenié para librarme de ello. Lissa y yo dejamos las cosas en nuestras habitaciones y nos marchamos a la parte más alejada de la corte, donde vivía la gente no tan de la realeza.

—¿Me vas a contar ya cuál es esa otra parte de tu plan? —preguntó Lissa.

Desde el momento en el que Abe me habló de la prisión de Victor, me había dedicado a hacer un repaso mental de los problemas que tendríamos para entrar en ella. Principalmente, eran dos, lo que suponía uno menos de los que tenía en principio desde que hablé con Abe. Tampoco es que las cosas fueran mucho más fáciles. Primero, no teníamos la menor pista de en qué parte de Alaska estaba. Segundo, no sabíamos qué defensas ni qué disposición tenía la cárcel. No teníamos ni idea de lo que nos tocaría atravesar.

Aun así, algo me decía que todas esas respuestas se podían encontrar en un único sitio, y eso significaba que solo tenía un problema de carácter inmediato. Por fortuna, conocía a alguien que tal vez pudiese ayudarnos a llegar hasta allí.

—Vamos a ver a Mia —le dije.

Mia Rinaldi era una moroi antigua compañera de clase nuestra; una antigua enemiga, en realidad. Era también el máximo exponente de un vuelco de personalidad total. Había pasado de ser una zorra calculadora dispuesta a machacar a —y acostarse con— cualquiera en sus ansias de popularidad, a ser una chica sensata y segura de sí misma deseosa de aprender a defenderse y a defender a los demás de los strigoi. Vivía aquí, en la corte, con su padre.

—¿Crees que Mia sabe cómo colarse en una prisión?

—Mia es buena, pero no tanto. Sin embargo, es probable que pueda darnos información de inteligencia.

Lissa soltó un gemido.

—No me puedo creer que acabes de hablar de «información de inteligencia». Esto se está convirtiendo de verdad en una peli de espías —hablaba con un aire frívolo, aunque podía sentir la preocupación en su interior. El tono alegre enmascaraba su temor, la inquietud que aún sentía al respecto de liberar a Victor a pesar de habérmelo prometido.

Los moroi comunes que trabajaban y se dedicaban a cosas ordinarias en la corte vivían en apartamentos alejados de las estancias de la reina y del salón de recepciones. Había conseguido la dirección de Mia con antelación, así que nos pusimos en marcha a través de unos jardines arreglados a la perfección, refunfuñándonos la una a la otra por el camino a causa del calor. La encontramos en su casa, vestida de manera informal, con unos vaqueros

y una camiseta, y con un polo en la mano. Los ojos se le abrieron de par en par cuando nos vio ante su puerta.

—La madre que me parió —dijo.

Solté una carcajada. Ese era el tipo de respuesta que yo habría dado.

—También nos alegramos de verte. ¿Podemos pasar?

—Claro —se echó a un lado—. ¿Queréis un polo?

Ya te digo. Cogí uno de uva y me senté con ella y con Lissa en el pequeño salón. Aquel lugar distaba mucho de la opulencia del alojamiento real de invitados, pero era mono, estaba limpio y sin duda bien cuidado por Mia y por su padre.

—Sabía que venían los graduados —dijo Mia mientras se apartaba los rizos rubios de la cara—, pero no estaba muy segura de que tú vinieras con ellos. Así que te has graduado, incluso, ¿eh?

—Así es —le dije—. Ya tengo la marca de la promesa y todo —me levanté el pelo para que pudiese ver el vendaje.

—Me sorprende que te readmitieran después de que te largases a matar todo cuanto se te pusiera por delante. ¿O es que te han subido la nota por hacerlo?

Todo apuntaba a que Mia había oído el mismo cuento chino que todo el mundo al respecto de mis aventuras. A mí me parecía perfecto. No me apetecía contar la verdad. No quería hablar de Dimitri.

—¿Se te ocurre alguien capaz de evitar que Rose haga lo que quiere? —le preguntó Lissa con un gesto sonriente. Estaba intentando evitar que entrásemos en demasiados detalles al respecto de mis andanzas en el pasado, lo cual le agradecía.

Mia se rio y dio un buen mordisco a la lima helada. Me parecía increíble que el frío no le diese dolor de cabeza.

—Cierto —su sonrisa se desvaneció cuando se tragó el hielo. Sus ojos azules, siempre astutos, me estudiaron en silencio por unos instantes—. Y ahora, Rose quiere algo.

—Oye, que nos alegramos mucho de verte, solo eso —le dije.

—Te creo. Pero también creo que tienes algún otro motivo oculto.

Lissa sonrió todavía más. Le divertía verme atrapada en mi juego de espías.

—¿Qué te hace decir eso? ¿Es que eres capaz de interpretar así de bien a Rose, o es que siempre asumes que hay motivo oculto?

Mia volvió a sonreír.

—Ambas cosas —se incorporó de golpe en el sofá y me miró fijamente, con una expresión seria. ¿Desde cuándo se había vuelto tan perceptiva?—. Muy bien. No tiene sentido perder el tiempo. ¿Con qué necesitas que te ayude?

Suspiré, cazada.

—Necesito acceder a la oficina principal de seguridad de los guardianes.

Sentada junto a mí, Lissa hizo una especie de ruido ahogado. Me sentí un poco mal por ella. Aunque era capaz de ocultarme sus pensamientos de tanto en tanto, eran muy pocas las cosas que ella hacía o decía que fuesen una verdadera sorpresa. ¿Y yo? Yo la engañaba continuamente. La mitad de las veces no tenía la menor idea de lo que se avecinaba, aunque la verdad, si estábamos planeando ayudar a fugarse de la cárcel a un conocido criminal, colarnos en una oficina de seguridad no debería haber supuesto tanta sorpresa.

—Guau —dijo Mia—. No pierdes el tiempo con bobadas —la sonrisa se le torció un poco—. Claro, que no vendrías a mí con una bobada. Con eso te las apañas sola.

—¿Puedes colarme... colarnos... ahí dentro? Algunos de los guardianes de aquí son amigos tuyos... y tu padre tiene acceso a muchos lugares... —no sabía con exactitud cuál era el trabajo del señor Rinaldi, pero tenía entendido que estaba relacionado con el mantenimiento.

—¿Qué es lo que buscas? —preguntó. Alzó una mano cuando abrí la boca para quejarme—. No, no. No necesito que me des detalles, solo una idea general que me sirva para entenderlo. Sé que no te vas a meter ahí para darte una vuelta.

—Necesito unos expedientes.

Arqueó las cejas.

—¿Del departamento de personal? ¿Buscas trabajo?

—Eh... no —vaya, eso no era mala idea teniendo en cuenta lo precario de mi situación para que me asignaran a Lissa. Pero no, demasiadas cosas a la vez—. Necesito los informes sobre la seguridad exterior de otros lugares: escuelas, hogares de la realeza, cárceles —intenté mantener una expresión despreocupada en el rostro al mencionar la última categoría. Mia no tenía ningún problema con algunas locuras, pero incluso ella tenía sus límites—. Me había imaginado que guardarían allí ese tipo de cosas, ¿no?

—Así es —dijo ella—. Pero la mayoría está en formato electrónico, y, no te ofendas, pero eso tal vez se encuentre fuera del alcance de tus habilidades. Aun en el caso de que lográsemos llegar hasta uno de sus ordenadores, todo está protegido con contraseñas. Y si es que se alejan de ellos, bloquean los ordenadores. Estoy dando por supuesto que no te has convertido en una *hacker* desde la última vez que nos vimos.

No, desde luego que no. Y, al contrario que los protagonistas de las películas de espías con las que Lissa me tomaba el pelo, no tenía ningún colega informático que estuviese ni siquiera cerca de ser capaz de descifrar ese tipo de encriptación y de seguridad. Mierda. Bajé la mirada a los pies con desánimo y me pregunté si me quedaba alguna posibilidad de sacarle más información a Abe.

—Pero —dijo Mia— si la información que necesitas no es muy actual, es posible que aún tengan una copia en papel.

Alcé la cabeza de golpe.

—¿Dónde?

—Tienen almacenes escondidos en uno de los sótanos. Archivos y más archivos. Siguen estando bajo llave, pero es probable que resulte más fácil cogerlos que pelearse con los ordenadores. De nuevo, depende de lo que necesites, de lo antiguo que sea.

Abe me había dado la impresión de que esa prisión Tarasov existía desde hacía un tiempo. Tenía que haber un expediente suyo en aquellos archivos. No me cabía la menor duda de que los guardianes lo habrían digitalizado hace mucho, lo que significaba que podríamos encontrarnos algo desfasados los detalles de la seguridad, pero me conformaba con un plano de las instalaciones.

—Quizá sea lo que necesitamos. ¿Puedes meternos allí?

Mia guardó silencio durante unos segundos, y podía oír el runrún de su cabeza.

—Posiblemente —miró a Lissa—. ¿Aún eres capaz de obligar a los demás a que se comporten como tus esclavos?

Lissa hizo una mueca.

—No me gusta verlo de esa manera, pero sí, sí que puedo —otra de las ventajas del espíritu.

Mia se quedó pensando unos instantes más e hizo un rápido gesto de asentimiento.

—Muy bien. Volved hacia las dos y veremos qué podemos hacer.

Lo que para el resto del mundo eran las dos de la tarde venía a ser noche cerrada para los moroi, que llevaban un horario nocturno. Moverse a plena luz del día no parecía particularmente sigiloso, pero tuve que imaginarme que aquella idea de Mia se basaba en el hecho de que a esa hora también habría menos gente por ahí.

Estaba intentando decidir si debíamos seguir haciendo algo más de vida social o si sería mejor marcharnos cuando un toque en la puerta interrumpió mis pensamientos. Mia dio un respingo y pareció incomodarse de pronto. Se levantó para abrir la puerta, y una voz familiar nos llegó hasta el salón por el pasillo.

—Perdona que venga temprano pero es que...

Christian entró en el salón. Cerró la boca de manera abrupta al vernos a Lissa y a mí. Fue como si todos nos quedásemos paralizados, así que tenía pinta de tocarme a mí fingir que aquello no constituía una situación terriblemente incómoda.

—Qué pasa, Christian —dije animada—. ¿Cómo va eso?

Sus ojos estaban posados en Lissa, y le costó un rato arrastrarlos hacia mí.

—Genial —miró a Mia—. Puedo volver luego...

Lissa se apresuró a ponerse en pie.

—No —dijo con calma y con voz de princesa—. Rose y yo tenemos que marcharnos de todas formas.

—Sí —coincidí yo para seguirle el juego—. Es que tenemos... cosas... que hacer. Y tampoco queremos interrumpir vuestro... —demonios, no tenía la menor idea de lo que iban a hacer. Tampoco estaba segura de querer saberlo.

Mia había recobrado la voz.

—Christian quería ver algunos de los movimientos que he estado practicando con los guardianes del campus.

—Genial —mantuve la sonrisa en la boca mientras Lissa y yo nos dirigíamos hacia la puerta. Ella pasó tan lejos de Christian como pudo—. Jill se va a poner celosa.

Y no solo Jill. Tras otra ronda de despedida, Lissa y yo nos marchamos y regresamos a través de los jardines. Podía sentir cómo el vínculo irradiaba su ira y sus celos.

—No es más que su club de la lucha, Liss —le dije sin que me hiciese falta su parte de la conversación—. Ahí no hay nada. Van a charlar de dar

puñetazos, patadas y otras historias aburridas —la verdad es que esas historias estaban bastante bien, pero no tenía ninguna intención de darle lustre al hecho de que Christian y Mia hubiesen quedado.

—Tal vez no haya nada ahora —gruñó ella con la mirada fija y perdida al frente—, pero ¿quién sabe lo que puede ocurrir? Pasan tiempo juntos, practican algunos movimientos físicos juntos, una cosa lleva a la otra...

—Eso es ridículo —le dije—. No hay ningún romanticismo en ese tipo de actividades —otra mentira, teniendo en cuenta que fue exactamente así como había comenzado mi relación con Dimitri. De nuevo, era mejor no mencionar eso—. Además, Christian no puede estar liado con todas las tías con las que queda. Mia, Jill..., sin ánimo de ofender, pero él no es tan mujeriego.

—Es muy guapo —replicó con el bullir de aquellos oscuros sentimientos aún en su interior.

—Claro —admití cuidándome de no apartar la mirada del camino—, pero hace falta algo más que eso. Y además, yo creía que no te importaba lo que hiciese.

—No me importa —coincidió sin convencerse a sí misma, y no digamos a mí—. Lo más mínimo.

Mis intentos por distraerla durante el resto del día resultaron bastante inútiles. Me volvieron a la cabeza las palabras de Tasha: *¿Por qué no has solucionado esto aún?* Pues porque Lissa y Christian estaban siendo condenadamente irracionales, ambos atrapados en su sentimiento de cabreo, que a su vez me estaba empezando a cabrear a mí. Christian me habría resultado muy útil en mis aventuras al margen de la ley, pero me tocaba guardar las distancias por el bien de Lissa.

Acabé por dejarla a solas con su mal humor cuando llegó la hora de la cena. Comparada con su situación sentimental, mi relación con un playboy medio consentido de la realeza procedente de una familia que la censuraba me parecía optimista a más no poder. Qué mundo más triste y atemorizador se estaba volviendo el nuestro. Aseguré a Lissa que volvería directa después de la cena y que nos marcharíamos juntas a ver a Mia. No es que su mención hiciera muy feliz a Lissa, pero la idea de una posibilidad de colarnos en la prisión la distrajo de Christian momentáneamente.

El vestido que llevaba para la cena era de color granate, de una tela ligera parecida a la gasa que resultaba perfecta para el clima veraniego. El escote era decente, y unas mangas de casquillo le daban un toque de clase.

Con el pelo recogido en una coleta baja que ocultaba de un modo bastante adecuado el tatuaje en proceso de curación, tenía casi el aspecto de una novia respetable, algo que solo servía para demostrar lo mucho que engañaban las apariencias si teníamos en cuenta que formaba parte de un disparatado plan para traer de vuelta a mi último novio de entre los muertos.

Adrian me echó un vistazo de la cabeza a los pies cuando llegué a la casa unifamiliar adosada en que vivían sus padres. Mantenían en la corte su residencia permanente. La leve sonrisa en su rostro me decía que le gustaba lo que veía.

—¿Me das el visto bueno? —le pregunté dando una vuelta.

Me pasó un brazo por la cintura.

—Por desgracia, sí. Esperaba que aparecieses con algo mucho más de putilla. Algo que escandalizase a mis padres.

—A veces es como si yo ni siquiera te importase como persona —observé mientras entrábamos—. Es como si solo me estuvieses utilizando para fastidiar a los demás.

—Ambas cosas, pequeña dhampir. Me importas, y te estoy utilizando para fastidiar a los demás.

Oculté una sonrisa mientras el ama de llaves de los Ivashkov nos conducía hasta el salón. En la corte había sin duda restaurantes y cafés en lugares apartados dentro de los edificios, pero los miembros de la realeza como los padres de Adrian consideraban que tenía más clase dar una cena elegante en su casa. Yo hubiera preferido salir y estar en público: más posibilidades de escape.

—Tú debes de ser Rose.

Mi evaluación de las salidas se vio interrumpida cuando una mujer moroi muy alta y muy elegante entró en la habitación. Lucía un vestido largo de satén verde oscuro que de inmediato me hizo sentir fuera de lugar, y que iba perfectamente a juego con el color de sus ojos... y con los de Adrian. Llevaba el cabello oscuro recogido en un moño. Bajó la mirada hacia mí y me sonrió con una amabilidad genuina mientras me cogía la mano.

—Soy Daniella Ivashkov —dijo—. Me alegro mucho de conocerte por fin.

¿En serio se alegraba? Mi mano estrechó la suya de manera automática en respuesta.

—Encantada de conocerla también, Lady Ivashkov.

—Llámame Daniella, por favor —se volvió hacia Adrian, chasqueó la lengua y le enderezó el cuello de la camisa—. Sinceramente, querido —le dijo—, ¿te miras siquiera en un espejo antes de salir por la puerta? Llevas el pelo hecho un desastre.

Adrian la esquivó cuando ella estiró la mano hacia su cabeza.

—¿Estás de broma? Me he pasado horas delante del espejo para conseguir que tenga este aspecto.

Ella dejó escapar un suspiro atormentado.

—Hay días en los que no sé si soy afortunada o no por no tener más hijos.

A su espalda, el servicio llevaba en silencio la comida a la mesa. Las fuentes humeaban, y a mí me rugía el estómago. Esperaba que nadie más lo hubiese oído. Daniella echó una mirada por el pasillo que tenía detrás.

—Nathan, ¿te importaría darte prisa? La cena se enfría.

Unos instantes después se oyó el sonido de unos pasos pesados sobre el ornamentado suelo de madera, y Nathan Ivashkov entró en la habitación con aire regio. Al igual que su esposa, llevaba un atuendo formal, con el azul satén de su corbata que destacaba luminoso contra la austeridad de su chaqueta negra y pesada. Me alegré de que tuvieran aire acondicionado allí dentro, porque si no, se habría derretido vistiendo un tejido tan grueso. La característica que más destacaba en él era lo que ya recordaba de antes: el inconfundible aire plateado de su pelo y su bigote. Me pregunté si el pelo de Adrian tendría ese aspecto cuando fuese mayor. Bah, nunca lo sabría. Lo más probable era que al primer síntoma Adrian se lo tiñese de un color gris... o plata.

Bien podía el padre de Adrian ser exactamente como yo lo recordaba, que estaba claro que él no tenía ni idea de quién era yo. Es más, parecía verdaderamente sorprendido de verme allí.

—Esta es Rose Hathaway, la... amiga de Adrian —dijo Daniella con delicadeza—. ¿Recuerdas? Nos dijo que la traería esta noche.

—Encantada de conocerle, Lord Ivashkov.

Al contrario que su mujer, él no me ofreció que nos tuteásemos, lo cual me alivió un poco. El strigoi que había transformado a Dimitri a la fuerza también se llamaba Nathan, y ese no era un nombre que me apeteciese pronunciar. El padre de Adrian me miró de arriba abajo, pero no con el aprecio con el que lo acababa de hacer su hijo. Fue más como si yo fuera una rareza.

—Oh, la joven dhampir.

Tampoco es que fuese maleducado exactamente, solo falto de interés. Quiero decir que fue como si me hubiera llamado prostituta de sangre o algo parecido. Nos sentamos todos a comer y, aunque Adrian mantuvo su típica sonrisa despreocupada en el rostro, me volvió a dar la sensación de que sí que tenía verdaderas ganas de fumarse un cigarrillo. Es probable que también un aguardiente. Estar con sus padres no era algo con lo que disfrutase. Cuando uno de los criados nos sirvió el vino, Adrian mostró un alivio inmenso y no se contuvo. Le lancé una mirada de advertencia que él ignoró por completo.

Nathan se las arregló para devorar rápidamente sus medallones de solomillo de cerdo glaseados en vinagre balsámico sin perder la elegancia y la compostura.

—Y bien —dijo centrando su atención en Adrian—, ahora que Vasilisa se ha graduado, ¿qué piensas hacer con tu vida? No seguirás yendo con los alumnos de clase baja del instituto, ¿verdad? No tiene ningún sentido que permanezcas allí.

—No lo sé —dijo él con desgana. Sacudió la cabeza y se despeinó aún más un cabello que llevaba meticulosamente despeinado—. Pues no me disgusta lo de ir con ellos. Les parezco más gracioso de lo que soy en realidad.

—Nada sorprendente —replicó su padre—. No tienes ninguna gracia. Ya es hora de que te dediques a algo productivo. Si no vas a volver a la universidad, al menos deberías empezar a asistir a alguna de las reuniones familiares de negocios. Tatiana te consiente demasiado, pero podrías aprender mucho de Rufus.

Sabía lo suficiente sobre las cuestiones políticas de la casa real para que me sonara aquel nombre. El miembro de más edad de cada familia solía ser su «príncipe» o su «princesa», ocupaba un puesto en el Consejo Real y podía ser elegido rey o reina. Cuando Tatiana ocupó la corona, Rufus —que era el siguiente en edad— se había convertido en el príncipe de la familia Ivashkov.

—Cierto —dijo Adrian con cara de póquer. Más que comer, se dedicaba a darle vueltas a la comida por el plato—. Me muero de ganas de saber cómo mantiene ocultas a sus dos amantes ante su mujer.

—¡Adrian! —saltó Daniella con un sonrojo que se extendía por la palidez de sus mejillas—. No hables así cuando estamos sentados a la mesa,

y mucho menos delante de una invitada.

Nathan pareció volver a reparar en mí e hizo un gesto de desprecio encogiéndose de hombros.

—Ella no tiene importancia.

Me mordí la lengua al respecto y reprimí las ganas de ver si era capaz de lanzarle el plato de porcelana estilo *frisbee* y atizarle en la cabeza. Decidí no hacerlo. No solo estropearía la cena, sino que era muy probable que el plato no cogiese la elevación necesaria. Nathan volvió su ceño fruncido hacia Adrian.

—Pero tú sí. No voy a tenerte por aquí sentado sin hacer nada, y utilizando nuestro dinero para financiarlo.

Algo me decía que debía mantenerme al margen de aquello, aunque no podía aguantar el ver a Adrian reprendido por su molesto padre. Adrian, desde luego, se quedaba sentado sin hacer nada, pero Nathan no tenía derecho a reírse de él por ello. A ver, es cierto, sí: yo lo hacía constantemente. Solo que eso era distinto.

—A lo mejor podrías ir a Lehigh con Lissa —sugerí—, seguir estudiando el espíritu con ella, y después... hacer lo que fuera que hicieses la última vez que fuiste a la universidad...

—Beber y saltarse las clases —dijo Nathan.

—Bellas artes —dijo Daniella—. Adrian daba clase de pintura.

—¿En serio? —pregunté volviéndome hacia él sorprendida. En cierto modo, sí que me lo imaginaba como un pintor. Cuadraba con su personalidad errática—. Eso sería perfecto, entonces. Podrías retomarlo.

Se encogió de hombros y remató su segunda copa de vino.

—No sé. Es probable que esa universidad tenga el mismo problema que la última.

Fruncí el ceño.

—¿Qué problema?

—Deberes.

—Adrian —gruñó su padre.

—Así estoy bien —dijo Adrian con aire jovial. Apoyó el brazo en la mesa en un gesto despreocupado—. No necesito un trabajo ni un dinero extra. Una vez que Rose y yo nos casemos, los niños y yo nos mantendremos con su nómina de guardián.

Nos quedamos todos de piedra, incluida yo. Tenía perfectamente claro que estaba bromeando. Es decir, aunque tuviese fantasías con el matrimonio

y con niños (y estaba bastante segura de que no las tenía), el escaso salario que ganaba un guardián jamás alcanzaría para mantener la vida de lujos que él requería.

Sin embargo, era obvio que el padre de Adrian no pensaba que estuviese hablando en broma. Daniella no parecía saber qué pensar. Yo me limitaba a sentirme incómoda. Aquel era un tema muy, muy malo para sacarlo en una cena como aquella, y no me podía creer que Adrian hubiese llegado tan lejos. Ni siquiera pensaba que fuese culpa del vino, simplemente que Adrian disfrutaba atormentando a su padre hasta ese punto.

El horrible silencio se fue haciendo cada vez más y más denso. Mi instinto de llenar los vacíos en las conversaciones me estaba acuciando, pero algo me decía que guardase silencio. Aumentó la tensión. Entonces sonó el timbre de la puerta, y los cuatro prácticamente dimos un bote en la silla.

El ama de llaves, Torrie, se apresuró a abrir, y yo dejé escapar para mí un suspiro de alivio. Una visita inesperada ayudaría a rebajar la tensión.

O quizá no.

Torrie se aclaró la garganta cuando regresó, a todas luces nerviosa, y su mirada fue de Daniella a Nathan.

—Su Majestad la reina Tatiana está aquí.

No. Me. Fastidies.

Los tres Ivashkov se pusieron en pie de golpe, y, medio segundo después, yo hice lo mismo. No había creído antes a Adrian, cuando me había dicho que tal vez viniera Tatiana. Por la expresión de su rostro, él también andaba bastante sorprendido. Pero allí estaba, desde luego. Entró altiva en la habitación, elegante, con lo que debía de ser un atuendo informal de trabajo para ella. Un traje de chaqueta negro y pantalones de pinzas y una blusa roja de seda y encaje. Unos pequeños pasadores de brillantes lucían en su pelo oscuro, y su mirada imperiosa descendía sobre nosotros mientras le ofrecíamos una apresurada reverencia. Hasta su propia familia seguía las formalidades del protocolo.

—Tía Tatiana —dijo Nathan, forzando en su rostro algo que parecía una sonrisa. No creo que lo hiciese muy a menudo—. ¿Te unirás a nosotros para cenar?

Hizo un gesto despectivo con la mano.

—No, no. No me puedo quedar. Voy de camino a ver a Priscilla, pero pensé en pasarme por aquí al enterarme de que Adrian había regresado —su

mirada descendió sobre él—. No me puedo creer que lleves aquí todo el día y no hayas venido a visitarme —su tono de voz era frío, pero podía jurar que había un divertido centelleo en sus ojos. Daba miedo. No era alguien a quien tuviese por cálida y cariñosa. Toda aquella experiencia de verla fuera de una de sus salas ceremoniales me parecía totalmente irreal.

Adrian le sonrió. Estaba claro que él era la persona que más cómoda se sentía en la habitación en aquel instante. Por razones que jamás llegué a entender, Tatiana adoraba a Adrian y lo tenía consentido. Eso no equivalía a decir que no quisiera al resto de los miembros de su familia, simplemente que resultaba obvio que él era su favorito. Aquello no dejaba de sorprenderme teniendo en cuenta lo sabandija que era él a veces.

—Ah, me he imaginado que tendrías cosas más importantes que hacer que verme —le dijo él—. Además, he dejado de fumar, así que ya no podremos echarnos juntos un pitillo a escondidas detrás de la sala del trono.

—¡Adrian! —le reprendió Nathan, que se estaba poniendo rojo como un tomate. Se me ocurrió que podía haber montado un juego de beber chupitos basado en las veces que Nathan exclamaba el nombre de su hijo en tono de desaprobación—. Tía, lo sie...

Tatiana volvió a alzar una mano.

—Oh, Nathan, cállate. Nadie quiere oír eso —dijo ella, y yo casi me ahogo. Era horrible estar en la misma habitación que la reina, pero casi merecía la pena por ver cómo abofeteaba verbalmente a Lord Ivashkov. Se volvió hacia Adrian, relajando el gesto—. Así que por fin lo has dejado, ¿eh? Ya era hora. Supongo que esto es cosa tuya, ¿no?

Me llevó unos instantes darme cuenta de que se estaba dirigiendo a mí. Hasta ese momento, más o menos había albergado la esperanza de que ni siquiera hubiese reparado en mi presencia. Me parecía la única explicación de que no se hubiera puesto a gritarles para que echasen a la pequeña y díscola prostituta de sangre. Resultaba sorprendente. Su tono de voz no era acusador, tampoco. Estaba... impresionada.

—B-bueno, no he sido yo, Majestad —le dije. Mi docilidad distaba mucho del comportamiento de nuestro último encuentro—. Ha sido Adrian quien ha tenido la... mmm... determinación para hacerlo.

Agárrate, Tatiana soltó una carcajada.

—Muy diplomática. Deberían asignarte a un político.

A Nathan no le gustaba que yo atrajese la atención. No estaba segura de que tampoco a mí me gustase, ya fuese en cierto modo agradable o no.

—¿Vais a trabajar esta noche Priscilla y tú? ¿O es solo una cena entre amigas? —le preguntó Nathan.

Tatiana apartó la mirada de mí.

—Ambas cosas. Se están generando ciertos roces entre las familias. No en público, aunque está comenzando a trascender. Se está montando cierto barullo al respecto de la seguridad. Hay algunos que ya están preparados para empezar a entrenarse de inmediato. Otros se preguntan si los guardianes pueden pasar sin dormir —elevó la mirada al techo—. Y esas son solo las sugerencias menos agresivas.

No cabía la menor duda. La visita se había vuelto mucho más interesante.

—Supongo que silenciarás a esos aspirantes a combatiente —gruñó Nathan—. Es absurdo que nosotros luchemos con los guardianes.

—Lo que es absurdo —dijo Tatiana— es que se produzcan riñas dentro de la propia realeza. Eso es lo que yo quiero silenciar —su tono de voz ganó altanería, muy propio de una reina—. Somos los líderes de los moroi y tenemos que dar ejemplo. Tenemos que estar unidos para sobrevivir.

La estudié con curiosidad. ¿Qué significaba aquello? No se había mostrado de acuerdo ni en desacuerdo con la postura de Nathan acerca de que combatiesen los moroi. Ella solo había hablado de mantener la paz entre su gente. Pero ¿cómo? ¿Lo haría apoyando la nueva moción, o aplastándola? Después del ataque, la seguridad era un asunto que tenía muy preocupado a todo el mundo, y le tocaba a ella resolverlo.

—A mí me parece bastante difícil —dijo Adrian, que se hacía pasar por ajeno a la gravedad del asunto—. Si todavía te apetece que nos fumemos un cigarrillo después, haré una excepción.

—Te arreglaré un hueco para que mañana vengas a hacerme una visita como es debido —le dijo cortante—. Y déjate en casa el tabaco —echó una mirada a su copa vacía—. Y lo demás también.

Un fogonazo de férrea determinación se asomó a su mirada, y aunque se desvaneció con la misma rapidez con la que se había formado, casi me sentí aliviada. Ahí estaba la gélida Tatiana que yo conocía.

Él se cuadró ante ella.

—Tomo nota.

Tatiana nos miró al resto de forma breve.

—Que tengáis una buena noche —fue su única despedida.

Volvimos a hacer una reverencia, y ella se marchó de vuelta hacia la puerta principal. Mientras lo hacía, escuché ajetreo y murmullos. Me di cuenta de que se trasladaba con una comitiva, y que había dejado a todos en el vestíbulo mientras ella entraba a saludar a Adrian.

Después de aquello, la cena fue bastante silenciosa. Podía decirse que la visita de Tatiana nos había sorprendido a todos. Al menos, eso significaba que ya no tenía que seguir escuchando cómo discutían Adrian y su padre. Era Daniella, principalmente, la que mantenía la poca conversación que hubo en un intento de interesarse por mis aficiones, y me percaté de que ella no había dicho una palabra durante la breve visita de Tatiana. Daniella había entrado en la familia Ivashkov por su matrimonio, y me preguntaba si se sentiría intimidada por la reina.

Llegado el momento de marcharnos, Daniella se deshizo en sonrisas mientras que Nathan se retiraba a su estudio.

—Tienes que venir más a menudo —le dijo a Adrian, peinándole a pesar de sus protestas—. Y tú puedes venir siempre que quieras, Rose.

—Gracias —le dije anonadada. No dejaba de analizar su rostro para ver si estaba mintiendo, pero no creí que lo hiciese. No tenía sentido. Los moroi no aprobaban las relaciones largas con los dhampir, y en especial los moroi de la realeza. Y menos aún los moroi de la realeza emparentados con la reina, por lo menos en la medida en que la experiencia reciente sirviese como indicación al respecto.

Adrian suspiró.

—Tal vez cuando él no esté en casa. Oh, vaya, eso me recuerda que me dejé aquí el abrigo la última vez que vine... por las prisas que tenía por largarme.

—Tienes algo así como cincuenta abrigos —le dije.

—Pregúntale a Torrie —dijo Daniella—. Ella sabrá dónde está.

Adrian se marchó en busca del ama de llaves y me dejó con su madre. Tendría que haberme dedicado a darle algún tipo de conversación educada, superficial y prescindible, pero mi curiosidad estaba pudiendo conmigo.

—La cena ha estado genial —le dije con sinceridad—, y espero que esto no te siente mal... pero bueno... me refiero a que se diría que te parece bien que Adrian y yo salgamos juntos.

Asintió con calma.

—Así es.

—Y... —bueno, había que mencionarlo— diría que a Tat... a la reina Tatiana también le parece más o menos bien.

—Así es.

Me aseguré de no quedarme tan boquiabierta que me diese con la mandíbula en el suelo.

—Es que... verás, la última vez que hablé con ella, estaba muy enfadada. No dejaba de decirme todo el rato que no nos permitiría estar juntos en el futuro, ni casarnos, ni nada por el estilo —sentí vergüenza al recordar la broma de Adrian—. Me imaginaba que tú pensarías lo mismo. Lord Ivashkov lo piensa. No puedes querer de verdad que tu hijo se quede para siempre con una dhampir.

La sonrisa de Daniella era amable, aunque sarcástica.

—¿Piensas tú en estar con él para siempre? ¿Piensas tú en casarte con él y sentar la cabeza?

Aquella pregunta me pilló fuera de juego por completo.

—¿Yo?... No... Es decir, sin menospreciar a Adrian, es que nunca he...

—¿... pensado siquiera en sentar la cabeza? —asintió con inteligencia —. Eso me imaginaba yo. Créeme, sé que Adrian no hablaba en serio antes. Todos estamos suponiendo cosas que no han sucedido siquiera. He oído hablar de ti, Rose..., todo el mundo sabe de ti. Y te admiro. Y, según lo que yo he oído, he supuesto que tú no eres de las que dejan de ser guardián para ser un ama de casa.

—Tienes razón —reconocí.

—Entonces no veo dónde está el problema. Sois jóvenes. Tenéis derecho a pasarlo bien y hacer lo que queráis ahora, pero yo sé, o tú y yo sabemos, que aunque estés viéndote con Adrian por temporadas durante el resto de tu vida, ni os casaréis ni sentaréis la cabeza. Y eso no tiene nada que ver con lo que diga Nathan o cualquier otro. Es como son las cosas. Tiene que ver con tu forma de ser. Lo veo en tus ojos. Tatiana también se ha dado cuenta, y de ahí que se haya relajado un poco. Tú tienes que estar ahí fuera luchando, y eso es lo que harás, al menos si de verdad tienes intención de ser un guardián.

—La tengo —la miraba maravillada. Su actitud resultaba sorprendente. Era el primer miembro de la realeza que conocía que no perdiese los papeles y se pusiese como un loco ante la idea de una pareja de un moroi y una dhampir. Qué fácil se volvería la vida de tanta gente si hubiera más personas que compartiesen su forma de verlo. Y tenía razón.

Daba igual lo que pensara Nathan. Ni siquiera habría importado que Dimitri estuviese con nosotros. La cuestión era que Adrian y yo no estaríamos juntos durante el resto de nuestras vidas porque yo estaría siempre de servicio como guardián, y no pasando el rato como hacía él.

Pude ver cómo Adrian se acercaba por el pasillo a la espalda de su madre. Daniella se inclinó hacia delante y bajó la voz para dirigirse a mí. Al hablar, había en su voz un aire melancólico, el tono de una madre preocupada.

—¿Sabes, Rose? Aunque me parece bien que salgáis juntos y seáis felices, por favor, intenta no hacerle demasiado daño cuando llegue el momento.

Cuatro

DECIDÍ que sería mejor no mencionarle a Adrian mi conversación con su madre. No me hacían falta poderes psíquicos para notar sus sentimientos encontrados mientras caminábamos de regreso al alojamiento de invitados. Su padre le había enervado, pero la aparente aceptación de su madre le había animado. No quería estropear eso contándole que a ella le parecía bien que saliésemos solo porque pensaba que se trataba de algo divertido y temporal.

—Así que te vas con Lissa, ¿no? —me preguntó cuando llegamos a mi habitación.

—Sí, lo siento, ya sabes... cosas de chicas —y por «cosas de chicas» me refería a un allanamiento.

Adrian se quedó un poco decepcionado, pero yo sabía que él no sentía envidia de nuestra relación. Me ofreció una leve sonrisa, me envolvió con sus brazos por la cintura y se inclinó hacia delante para besarme. Se encontraron nuestros labios, y por mi cuerpo se extendió aquella calidez que siempre me sorprendía. Nos separamos tras unos melosos instantes, pero la expresión de sus ojos me decía que no le resultaba fácil.

—Hasta luego —le dije. Me dio otro beso rápido y se marchó a su habitación.

Me fui de inmediato a buscar a Lissa, que estaba pasando el rato en su cuarto. Miraba fijamente a una cuchara de plata, y pude sentir sus intenciones a través de nuestro vínculo. Pretendía infundir a la cuchara la coerción del espíritu, de manera que mejorase el estado de ánimo de todo aquel que la cogiese. Me preguntaba si lo deseaba para ella misma o es que estaba experimentando sin más. No hurgué en su mente para descubrirlo.

—¿Una cuchara? —le pregunté en tono divertido.

Se encogió de hombros y la dejó.

—Oye, que no es fácil conseguir objetos de plata. He de usar lo que tengo a mano.

—Bueno, servirá para hacer una cena feliz.

Me sonrió y apoyó los pies en la mesita de ébano que había en el centro del saloncito de su suite. Cada vez que veía esa mesa, no podía evitar que me recordase al mobiliario negro lacado que había en la habitación

donde me retuvieron en Rusia. Me había enfrentado a Dimitri con una estaca hecha con la pata de una silla de un estilo similar.

—Hablando de cenas..., ¿cómo ha ido la tuya?

—No tan mal como pensaba —admití—. Eso sí, no me había dado cuenta de lo capullo que es el padre de Adrian. Con su madre muy bien, la verdad. No tiene ningún problema con que salgamos juntos.

—Sí, ya la conozco. Es encantadora... aunque nunca había pensado que lo fuese tanto como para que le parezcan bien los escándalos sentimentales. Me imagino que su alteza real no ha aparecido, ¿no? —Lissa estaba bromeando, así que mi respuesta la dejó de una pieza.

—Pues sí, y... no ha sido horrible.

—¿Qué? ¿Has dicho que *no* lo ha sido?

—Lo sé, lo sé. Qué locura. Ha sido una visita rápida para ver a Adrian, y se ha comportado como si no fuera para tanto el hecho de que yo me encontrase allí —no me molesté en mencionar las cuestiones políticas al respecto de la opinión de Tatiana sobre el entrenamiento de los moroi para entrar en combate—. Pero claro, ¿quién sabe qué habría pasado de haberse quedado? Tal vez habría vuelto a ser la de siempre. Me habría hecho falta toda una cubertería mágica para evitar que le lanzase un cuchillo.

Lissa se quejó.

—Rose, no puedes hacer ese tipo de bromas.

Le sonreí.

—Yo digo las cosas que a ti te da miedo decir.

Aquello le hizo sonreír en respuesta.

—Ha pasado mucho desde la última vez que oí eso —dijo ella en voz baja. Mi viaje a Rusia había quebrado nuestra amistad, lo que acabó por mostrarme lo mucho que significaba para mí.

Pasamos juntas el resto del tiempo, charlando sobre Adrian y otros cotilleos. Me alivió ver que se había recuperado de su anterior estado de ánimo al respecto de Christian, pero conforme avanzaba el día, su inquietud aumentaba por nuestra inminente misión con Mia.

—Va a ir bien —le dije llegado el momento. Volvíamos a atravesar los jardines de la corte, cómodamente vestidas con vaqueros y camiseta. Qué bien estaba verse libre del toque de queda de la academia, pero bueno, salir a pleno sol tampoco me hacía sentir muy protegida—. Esto va a ser fácil.

Lissa me lanzó una mirada cortante aunque no dijo nada. Los guardianes eran las fuerzas de seguridad de nuestro mundo, y aquel era su

cuartel general. Colarse allí dentro iba a ser de todo menos fácil.

Aun así, cuando llegamos a verla, Mia parecía decidida, y me sentí alentada por su actitud... y porque iba vestida entera de negro. Cierto, no le iba a servir de mucho a pleno sol, pero le daba a todo aquello un cierto aire de autenticidad. Me moría de ganas por saber lo que había pasado con Christian, igual que Lissa. Pero de nuevo, se trataba de uno de esos temas en cuyos pormenores era mejor no entrar.

Sin embargo, lo que Mia sí nos explicó en detalle fue su plan, y, con toda sinceridad, me dio la sensación de que más o menos tenía un sesenta y cinco por ciento de probabilidades de salir bien. Lissa se sentía incómoda con su papel, ya que implicaba utilizar la coerción; pero era una luchadora, así que accedió. Lo repasamos todo al milímetro unas cuantas veces y salimos hacia el edificio que albergaba el centro de operaciones de los guardianes. Ya había estado allí una vez, cuando Dimitri me llevó a ver a Victor a los calabozos adyacentes al cuartel general de los guardianes. Nunca había pasado mucho tiempo en las oficinas centrales, y, como Mia había previsto, a esa hora del día contaba con muy poco personal.

Nada más entrar nos encontramos con un área de recepción como la que te encontrarías en cualquier otro edificio de oficinas. Un guardián muy serio estaba sentado detrás de un mostrador con su ordenador y rodeado de archivos y mesas. Es probable que no tuviera mucho que hacer a las tantas de la noche, pero aun así se mostraba claramente en posición de alerta. A su espalda había una puerta, que atrajo mi atención. Mia nos había contado que era la vía de acceso a los secretos de los guardianes, a su archivo y sus oficinas principales... y salas de vigilancia donde se monitorizaba las zonas de alto riesgo de la corte.

Serio o no, aquel tío le dedicó a Mia una leve sonrisa.

—¿No es un poco tarde para ti? No has venido a practicar, ¿verdad?

Ella le devolvió la sonrisa. Debía de ser uno de los guardianes con los que había trabado amistad desde que llegó a la corte.

—Qué va, es que estoy con unas amigas y quería enseñarles esto.

El guardián arqueó una ceja mientras nos examinaba a Lissa y a mí. Hizo un leve gesto de asentimiento.

—Princesa Dragomir. Guardián Hathaway —al parecer, nuestras reputaciones nos precedían. Era la primera vez que alguien se dirigía a mí por mi nuevo estatus. Me sorprendió y me hizo sentir un poco culpable por traicionar al grupo del cual me acababa de convertir en miembro.

—Este es Don —nos contó Mia—. Don, la princesa tiene que pedirte un favor —dijo y lanzó a Lissa una mirada significativa.

Lissa respiró hondo, y yo sentí cómo el ardor de la magia de la coerción atravesaba el vínculo mientras ella concentraba su mirada en él.

—Don —dijo con firmeza—, danos las llaves y los códigos de las salas de archivo del sótano. Y asegúrate de que están apagadas las cámaras de esas zonas.

Don frunció el ceño.

—¿Y por qué iba yo a...? —la mirada de Lissa no se apartaba de la suya, y pude ver cómo la coerción se apoderaba de él. Se suavizó el gesto en su cara para adoptar una expresión de conformidad, y se me escapó un suspiro de alivio. Había mucha gente con la fuerza suficiente como para resistirse a la coerción, en particular a la de un moroi normal. La de Lissa era mucho más fuerte a causa del espíritu, aunque nunca se sabía si alguien era capaz de romperla.

—Por supuesto —dijo poniéndose en pie. Abrió un cajón de la mesa y entregó a Mia un juego de llaves que ella me pasó a mí de inmediato—. El código es 4312578.

Lo memoricé, y él nos hizo un gesto para que atravesáramos la omnipotente puerta. Tras ella, había pasillos que se extendían en todas direcciones. Nos indicó uno a nuestra derecha.

—Por aquí. Girad a la izquierda al llegar al final, bajad dos tramos de escaleras y es la puerta de la derecha.

Mia me miró para cerciorarse de que lo había entendido. Asentí, y se volvió de nuevo hacia él.

—Ahora, asegúrate de que la vigilancia está desconectada.

—Llévanos hasta allí —ordenó Lissa.

Don no se pudo resistir a su mandato, y ella y Mia le siguieron para dejarme a solas. Aquella parte del plan dependía de mí por entero, y me apresuré a recorrer el pasillo. Por muy poco personal que hubiera en las instalaciones, aún me podía topar con alguien, y no dispondría de coerción para ayudarme a convencer a nadie y evitarme un problema.

Las indicaciones de Don eran exactas, pero tampoco estaba preparada para lo que encontré cuando introduje el código y me metí en la sala sellada. Hileras e hileras de archivadores a lo largo de una sala inmensa. No veía el final. Los cajones se amontonaban en cinco alturas; la tenue luz fluorescente y el silencio estremecedor le daban un aire espeluznante,

fantasmal. Toda la información de los guardianes anterior a la era digital. Quién sabía hasta cuándo se remontarían aquellos archivos. ¿A la Edad Media en Europa? Me sentí de repente intimidada y me pregunté si sería capaz de conseguirlo.

Me dirigí al primer archivador a mi izquierda y me alivió ver que estaba etiquetado. «AA1» era lo que decía. Debajo estaba el «AA2», y así de manera consecutiva. Cielo santo. Iba a tener que recorrer unos cuantos armarios antes siquiera de dejar atrás la «A». Daba las gracias por que el sistema de organización fuese tan simple como un orden alfabético, pero ahora comprendía por qué aquellos archivadores no se acababan nunca. Tuve que recorrer más de tres cuartas partes de la sala para llegar a la «T», y no encontré el expediente de la prisión Tarasov hasta que llegué al cajón «TA27».

Se me escapó un grito ahogado. La carpeta era gruesa, estaba llena de todo tipo de documentos. Había unas cuantas páginas sobre la historia de la prisión y sus patrones de traslado, así como planos de las plantas de cada una de sus instalaciones. No me lo podía creer. Tanta información... pero ¿qué sería lo que me haría falta? ¿Qué sería útil? La respuesta me vino enseguida: todo. Cerré el cajón y me metí la carpeta debajo del brazo. Perfecto. Era la hora de salir de allí.

Me di media vuelta y me dirigí a la salida a paso ligero. Ahora que tenía lo que necesitaba, sentía la presión de la necesidad de escapar. Ya casi había llegado cuando oí un leve *clic* y se abrió la puerta. Me quedé paralizada cuando entró un dhampir al que no reconocí. Él también se quedó de piedra, claramente sorprendido, e interpreté como un bendito golpe de suerte que no me hubiera sujetado de inmediato contra la pared y me hubiese interrogado.

—Tú eres Rose Hathaway —dijo. Por el amor de Dios, ¿es que no quedaba nadie que no supiese quién era yo?

Me puse tensa, sin saber qué me podría esperar a continuación, pero hablé como si el hecho de encontrarnos fuese lo más lógico del mundo.

—Eso parece. ¿Y quién eres tú?

—Mikhail Tanner —dijo, aún sorprendido—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Un recado —dije con aire jovial. Señalé la carpeta—. A por algo que necesita el guardián que está de servicio aquí abajo.

—Estás mintiendo —me dijo—. Yo soy el guardián de servicio en el archivo. Si alguien necesitase algo, me habrían enviado a mí a buscarlo.

Mierda. Hablando de los planes mejor trazados que fracasan... Sin embargo, mientras estaba allí, se me ocurrió algo extraño. Su aspecto no me resultaba familiar en absoluto: pelo castaño y rizado, estatura media, cerca de cumplir los treinta. Bastante guapo, la verdad. Pero su nombre... había algo en su nombre...

—La señorita Karp —dije en un grito ahogado—. Tú eres el que... tú estabas liado con la señorita Karp.

Se puso en tensión, y sus ojos azules se entrecerraron cautelosos.

—¿Qué sabes tú de eso?

Tragué saliva. Lo que yo había hecho —o intentado hacer por Dimitri — no era la primera vez que pasaba.

—Tú la amabas. Te marchaste a matarla después de que ella... después de que ella se transformase.

La señorita Karp formaba parte de nuestro profesorado hacía algunos años. Su elemento era el espíritu, y cuando sus efectos comenzaron a trastornar su mente, hizo lo único que podía para salvarla: convertirse en un strigoi. Mikhail, su amante, había hecho lo único que él creía saber que pondría fin a aquel estado de maldad: buscarla y matarla. Me di cuenta de que estaba cara a cara con el protagonista de una historia de amor tan dramática como la mía propia.

—Pero jamás la encontraste —dije en voz baja—, ¿verdad?

Se tomó un instante largo para responder mientras sus ojos me observaban fijamente. Me pregunté en qué estaría pensando. ¿En ella? ¿En su propio dolor? ¿Me estaba analizando?

—No —dijo por fin—. Tuve que dejarlo. Los guardianes me necesitaban más.

Hablaba de aquel modo tan calmado y bajo control que los guardianes dominaban a la perfección, pero lo que vi en sus ojos fue dolor, una pena que yo comprendía mejor que bien. Vacilé antes de lanzarme a la única posibilidad que tenía de que no me cogiesen y acabar encerrada en una celda.

—Lo sé..., sé que tienes todos los motivos del mundo para sacarme de aquí a rastras y entregarme. Deberías hacerlo. Es lo que se supone que harás... lo que yo haría, también. Pero la cosa es que esto... —volví a

señalar la carpeta—. Verás, es que estoy intentando hacer más o menos lo mismo que tú. Estoy intentando salvar a alguien.

Guardó silencio. Es probable que se imaginase a quién me refería y asumiese que «salvar» significaba «matar». Si sabía quién era yo, sabría quién había sido mi mentor. Eran pocos los que conocían mi relación sentimental con Dimitri, pero el hecho de que yo me preocupase por él habría sido algo previsible.

—Es inútil, lo sabes —dijo Mikhail finalmente. Esta vez, la voz le tembló un poco—. Yo lo intenté... hice un gran esfuerzo por encontrarla. Pero cuando desaparecen... cuando no quieren que los encuentres... —negó con la cabeza—. No hay nada que podamos hacer. Entiendo el motivo por el que quieres hacerlo. Créeme que te entiendo, pero es imposible. Nunca le encontrarás si él no quiere que lo hagas.

Me pregunté hasta dónde podría contarle a Mikhail, cuánto debía contarle. Entonces me percaté de que, si en este mundo había alguien más que entendiese por lo que yo estaba pasando, tenía que ser aquel hombre. Además, tampoco es que tuviera muchas opciones allí.

—La cosa es que me parece que puedo encontrarlo —dije lentamente —. Él me está buscando a mí.

—¿Qué? —las cejas de Mikhail se arquearon—. ¿Y cómo lo sabes?

—Porque... digamos que él me lo dice en las cartas que me envía.

De inmediato regresó la expresión del soldado aguerrido.

—Si lo sabes, si puedes encontrarlo..., deberías buscar refuerzos para matarlo.

Di un respingo ante aquellas palabras y volví a sentir temor ante lo que tenía que decirle a continuación.

—¿Me creerías si te digo que hay una forma de salvarle?

—Te refieres a destruirlo.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No..., me refiero a salvarle de verdad. Una forma de devolverlo a su estado original.

—No —dijo Mikhail rápidamente—. Eso es imposible.

—Puede que no lo sea. Conozco a alguien que lo hizo, alguien que volvió a transformar a un strigoi —vale, aquello era una mentirijilla, porque no conocía realmente a aquella persona, pero tampoco me iba a meter en la cadena de «conozco a alguien que conoce a alguien que...».

—Eso es imposible —repitió Mikhail—. Los strigoi están muertos. No muertos. Lo mismo da.

—¿Y si hubiera una posibilidad? —le dije—. ¿Y si pudiera lograrse? ¿Y si la señorita Karp, si Sonya, pudiera volver a ser una moroi? —tal cosa implicaría también que volviera a estar loca, pero ese era un detalle menor para después.

Me pareció que pasaba una eternidad sin que me respondiera, y mi ansiedad crecía. Lissa no podía ejercer la coerción de manera ilimitada, y yo le había dicho a Mia que sería rápida. Si no salía de allí a toda prisa, el plan entero se vendría abajo. No obstante, al mirarle, podía ver cómo le fallaba la careta. Tanto tiempo después, seguía amando a su Sonya.

—Si lo que estás diciendo es cierto, que yo no me lo creo, entonces me voy contigo.

Ah, no. Eso sí que no formaba parte del plan.

—No puedes —le dije enseguida—. Ya cuento con gente en ello —otra mentirijilla—. Añadir a más podría estropear las cosas. No lo estoy haciendo sola —le dije, adelantándome a lo que me imaginé que sería su siguiente argumento—. Si de verdad quieres ayudarme, si de verdad te quieres arriesgar a traerla de vuelta, tienes que dejarme marchar.

—No puede ser cierto de ninguna de las maneras —repitió, pero en su voz había dudas, y me aproveché de ello.

—¿Eres capaz de correr ese riesgo?

Más silencio. Estaba empezando a sudar. Mikhail cerró los ojos un instante y respiró hondo. Acto seguido, dio un paso a un lado y señaló la puerta.

—Vete.

Casi me desmayo de alivio, y de inmediato agarré el pomo.

—Gracias. Muchísimas gracias.

—Podría meterme en un montón de problemas por esto —dijo con aire cansado—. Y aun así no lo creo posible.

—Pero esperas que lo sea —no necesitaba una respuesta por su parte para saber que tenía razón. Abrí la puerta pero, antes de cruzar el umbral, me detuve y le miré. La expresión de su cara había dejado de ocultar la pena y el dolor que sentía—. Si lo decías en serio..., si quieres ayudar..., podría haber una posibilidad de que lo hagas.

Otra pieza del puzle acababa de encajarse sola, otra forma que tendríamos de conseguirlo. Le conté lo que necesitaba de él y me

sorprendió lo rápido que accedió. Comprendí que sin duda era como yo. Ambos sabíamos que la idea de traer de regreso a un strigoi era imposible... y aun así teníamos unas ganas terribles de creer que podía lograrse.

Después de eso, me volví a deslizar sola escaleras arriba. Don no estaba en su puesto, y me pregunté qué habrían hecho con él Lissa y Mia. No me quedé a descubrirlo, y me dirigí al exterior, a un pequeño jardín que habían establecido como punto de encuentro. Mia y Lissa ya me estaban esperando, dándose paseos. Una vez libre de la distracción de la ansiedad, me abrí al vínculo y sentí la agitación de Lissa.

—Gracias a Dios —dijo cuando me vio—. Pensábamos que te habían pillado.

—Bueno... es una larga historia —una historia con la que no iba a molestar a nadie—. Tengo lo que necesitaba. Y... la verdad, creo que he conseguido mucho más. Creo que podemos hacerlo.

Mia me lanzó una mirada que era al tiempo sarcástica y melancólica.

—Os lo juro, ojalá supiera en qué andáis metidas.

Hice un gesto negativo con la cabeza mientras las tres nos alejábamos de allí.

—No —le respondí—. Yo no estoy tan segura de que quieras.

Cinco

DECIDÍ que sería mejor que Lissa y yo nos quedásemos levantadas hasta tarde cuando regresásemos a su habitación, revisando los documentos. Sus sentimientos se convirtieron en una maraña cuando le hablé de mi encuentro con Mikhail, un encuentro que no había mencionado a Mia. La primera reacción de Lissa fue la sorpresa, aunque había otras cosas también. Miedo ante los problemas en los que me podía haber metido. Un cierto romanticismo dulzón hacia lo que tanto Mikhail como yo estábamos dispuestos a hacer por aquellos a quienes amábamos. Se preguntó si ella haría lo mismo si Christian se encontrase en esa situación. Decidió al instante que sí lo haría; su amor por él aún era fuerte. Acto seguido se dijo que en realidad él ya no le importaba, algo que a mí me habría irritado de no estar tan distraída.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

Había suspirado en voz alta sin darme cuenta mientras le leía el pensamiento. Dado que no quería que se enterase de que había estado analizando su mente, señalé los papeles desplegados sobre su cama.

—Solo intento entender todo esto —lo cual no distaba demasiado de la verdad.

La distribución de la cárcel resultaba compleja. Las celdas ocupaban dos plantas y eran minúsculas: un único preso por celda. Los papeles no decían el motivo, pero la razón era obvia, e iba en la línea de lo que había dicho Abe al respecto de evitar que los reclusos se transformasen en strigoi. Si me hubieran encerrado a mí en una prisión durante años, podría entender la tentación de perder los nervios y matar a mi compañera con tal de convertirme en un strigoi y escapar. Las celdas también estaban situadas en el mismísimo corazón del edificio, rodeadas de guardias, oficinas, «salas de ejercicio», una cocina y una estancia para los proveedores. Los documentos explicaban las rotaciones de las guardias y también los horarios de nutrición de los presos. Al parecer los escoltaban de uno en uno hasta los proveedores, bajo fuertes medidas de seguridad, y solo les permitían pequeñas tomas de sangre. De nuevo, todo con tal de mantener débil al recluso y evitar que se convirtiese en un strigoi.

Toda aquella información era buena, aunque no tenía motivos para pensar que estuviese al día, ya que el expediente era de cinco años atrás. También podía ser que la prisión contara con todo tipo de nuevas medidas de vigilancia. Posiblemente, lo único con lo que podíamos contar que siguiese siendo igual sería la situación de la cárcel y la planta del edificio.

—¿Qué tal te va con tus habilidades para hacer amuletos? —pregunté a Lissa.

Pese a que no había logrado otorgar a mi anillo tanto espíritu de sanación como habría hecho una mujer que conocí, llamada Oksana, sí que había notado que se suavizaba un poco la tendencia a la oscuridad en mi estado de ánimo. Lissa había hecho otro anillo para Adrian, aunque no podía asegurar que le estuviera ayudando últimamente a controlar sus vicios, unos vicios en los que solía caer para controlar el espíritu.

Se encogió de hombros y se tumbó mirando al techo. El cansancio se apoderaba de ella, pero intentaba mantenerse despierta por mí.

—Mejorando. Ojalá pudiera conocer a Oksana.

—Tal vez algún día —dije de forma imprecisa. No pensaba que Oksana fuese nunca a abandonar Siberia. Había huido con su guardián y no deseaba llamar la atención. Además, no quería ver a Lissa por allí tan poco tiempo después de mis malos tragos—. ¿Has sido capaz de añadir algo más aparte de la sanación? —un instante después respondí mi propia pregunta —. Ah, sí. La cuchara.

Lissa hizo una mueca que se convirtió en un bostezo.

—No creo que funcionase tan bien.

—Mmm.

—¿Mmm?

Volví a mirar los planos.

—Estaba pensando que si pudieses hacer algún que otro amuleto de coerción, sería de una ayuda enorme con todo esto. Necesitamos hacer que la gente vea lo que queremos que vea —estaba claro que si Victor, cuyos poderes de coerción no eran ni de lejos los de Lissa, había conseguido hacer un hechizo de lujuria, entonces ella sería capaz de hacer lo que yo necesitaba. Solo necesitaba más práctica. Lissa entendía los principios básicos, pero le costaba lograr que los efectos fuesen duraderos. El único problema era que, al pedirle que lo hiciese, la estaba obligando a utilizar más el espíritu. Aunque los efectos secundarios no apareciesen de inmediato, era muy probable que en el futuro volviesen a atormentarla.

Me miró con expresión de curiosidad, pero cuando la vi bostezar de nuevo, le dije que no se preocupase por ello, que se lo explicaría al día siguiente. No opuso resistencia y, tras un abrazo rápido, nos retiramos a nuestras respectivas camas. No disponíamos de muchas horas de sueño, aun así teníamos que aprovechar cuanto pudiésemos. Mañana sería un gran día.

Había vestido una variación del atuendo formal de los guardianes en blanco y negro cuando fui al juicio de Victor. En las situaciones normales, vestíamos ropa común, pero en los eventos elegantes querían que nuestro aspecto fuese impoluto y profesional. La mañana después de nuestro atrevido allanamiento, pude probar por primera vez la verdadera moda de los guardianes.

La ropa que llevaba en el juicio de Victor era prestada, pero ahora contaba con un uniforme oficial de guardián confeccionado exactamente a mi medida: pantalones de vestir rectos y negros, una blusa blanca y una chaqueta negra que me quedaba perfecta. Desde luego que no estaba pensada para parecer atractiva, aunque el modo en que me abrazaba el estómago y las caderas le sentaba fenomenal a mi cuerpo. Me dejó satisfecha la imagen que vi en el espejo, y tras unos minutos de pensármelo, me recogí el pelo en un moño elegantemente trenzado que lucía mis marcas *molnija*. Aún tenía la piel irritada, pero al menos ya no llevaba el vendaje. Mi aspecto era muy... profesional. La verdad es que me recordaba a Sydney. Era una alquimista, humanos que trabajaban con los moroi y los dhampir para ocultarle al mundo la existencia de los vampiros. Con su sentido tan apropiado del vestir, siempre parecía a punto de meterse en una reunión de negocios. Aún quería enviarle un maletín de trabajo como regalo de Navidad.

De disponer yo de algún momento para caminar con la cabeza muy alta, hoy era el día. Tras las pruebas finales y la graduación, aquel era el siguiente gran paso en la trayectoria para convertirse en guardián. Se trataba de un almuerzo al que asistían todos los recién graduados. También asistirían los moroi disponibles para los nuevos guardianes, con la esperanza de evaluar a los candidatos. Nuestras notas de la academia ya se habrían hecho públicas a estas alturas, y era una oportunidad para los moroi de conocernos y de solicitar quién querían que los protegiese. Como es natural, la mayoría de los invitados formaría parte de la realeza, pero también accederían algunos otros moroi importantes.

Yo no tenía ningún interés en fanfarronear y enganchar una familia pija. Lissa era la única a la que deseaba proteger. Aun así, debía causar buena impresión. Tenía que dejar claro que era yo quien debía estar con ella.

Nos dirigimos juntas hacia el salón real de baile. Se trataba del único lugar lo suficientemente grande como para darnos cabida a todos, ya que no solo asistíamos los recién graduados de St. Vladimir. Todas las academias norteamericanas habían enviado a sus nuevos reclutas, y, por un momento, el enjambre de blanco y negro me pareció mareante. Algunos trazos de color —los miembros de la realeza vestidos con sus mejores galas— alegraban algo la gama de tonalidades. A nuestro alrededor, los murales de suaves acuarelas hacían que las paredes brillasen. Lissa no se había puesto un traje de gala ni nada por estilo, pero iba muy elegante con un vestido ajustado de seda en color cerceta.

La realeza se relacionaba socialmente con la facilidad para la que había sido formada, pero a mis compañeros se les veía moverse incómodos. A nadie parecía importarle, porque no nos tocaba a nosotros acercarnos a los demás; los demás se acercarían a nosotros. Todos los graduados mostrábamos nuestro nombre, que iba grabado en un chapa metálica: nada de pegatinas de esas con lo de «Hola, me llamo...». Las chapas nos hacían identificables para que la realeza pudiera venir y hacernos preguntas.

No esperaba que nadie hablase conmigo, excepto mis amigos, así que Lissa y yo nos fuimos directas al bufé y ocupamos un rincón tranquilo para picar unos canapés y caviar. Bueno, Lissa probó el caviar; a mí me recordaba demasiado a Rusia.

Adrian, por supuesto, nos localizó el primero. Le ofrecí una sonrisa de medio lado.

—¿Qué estás haciendo aquí? Sé que tú no puedes pedir un guardián.

Sin unos planes definidos para su futuro, se daba por supuesto que Adrian viviría en la corte. De esa manera, no necesitaba protección externa, aunque tendría derecho a ella si decidiese salir al mundo exterior.

—Cierto, pero es que soy incapaz de perderme una fiesta —dijo él. Llevaba una copa de champán en la mano, y me pregunté si tal vez los efectos del anillo que le había regalado Lissa se estarían desvaneciendo. Por supuesto, una copa de tanto en tanto tampoco es que fuese el fin del mundo, y el texto de la propuesta para que saliésemos juntos era un poco laxo en esa materia. Era fumar, fundamentalmente, aquello de lo que yo quería que

se mantuviera alejado—. ¿Se te ha acercado ya una docena de moroi esperanzados?

Le dije que no con la cabeza.

—¿Quién quiere a la temeraria Rose Hathaway? ¿Esa que se larga a lo suyo y sin avisar?

—Mucha gente —dijo él—. Yo mismo, sin duda. Lo hiciste de flipar en la batalla, y recuerda, todo el mundo cree que te largaste a matar a todo strigoi que se te pusiera por delante. Hay quien podría pensar que esa forma loca de ser tuya resultaba valiosa.

—Tiene razón —dijo una voz de repente. Alcé la mirada y vi a Tasha Ozzera de pie cerca de nosotros, con una leve sonrisa en su rostro marcado. A pesar del desfiguramiento, me pareció que hoy su aspecto era muy hermoso, más de la realeza de lo que yo había visto nunca en ella. Su cabello negro y largo brillaba, y vestía una falda de color azul marino con una camiseta de tirantes y encaje. Llevaba incluso tacones altos y joyas, algo que sin duda jamás le había visto ponerse.

Me alegraba de verla; no sabía que vendría a la corte. Un pensamiento extraño se me pasó por la cabeza.

—¿Por fin te dejan tener un guardián? —la realeza tenía muchas formas silenciosas y educadas de marginar a quienes caían en desgracia. En el caso de los Ozzera, su asignación de guardianes se había visto reducida a la mitad como una especie de castigo por lo que habían hecho los padres de Christian. Era absolutamente injusto. Los Ozzera merecían gozar de los mismos derechos que cualquier otra familia real.

Asintió.

—Creo que esperan cerrarme la boca en lo de que los moroi luchen junto a los dhampir. Una especie de soborno.

—En el que no caerás, desde luego.

—De eso nada. Si acaso, eso me dará alguien con quien entrenar —su sonrisa se fue desvaneciendo, y lanzó algunas miradas indecisas entre nosotras—. Espero que no os ofendáis... pero he entregado una solicitud por ti, Rose.

Lissa y yo intercambiamos unas miradas de sorpresa.

—Oh —no supe qué otra cosa decir.

—Espero que te asignen a Lissa —se apresuró a añadir Tasha, claramente incómoda—. Aunque la reina parece bastante obcecada con sus propias preferencias. Si se da el caso...

—Está bien —le dije—. Si no puedo estar con Lissa, entonces preferiría estar contigo, sin duda —y era verdad. Quería estar con Lissa más que con cualquier otra persona en el mundo, pero si nos separaban, entonces desde luego que preferiría a Tasha a cualquier miembro esnob de la realeza. Por supuesto, estaba bastante segura de que mis opciones de que me asignaran a ella eran tan pobres como las de que me asignaran a Lissa. Los que estaban mosqueados conmigo por haberme largado harían lo imposible por colocarme en la situación más desagradable posible. Y, aunque a ella le concediesen la posibilidad de tener un guardián, me daba la sensación de que las preferencias de Tasha tampoco serían de alta prioridad. Mi futuro continuaba siendo un gigantesco interrogante.

—Oye —exclamó Adrian, ofendido por que no le hubiese nombrado a él como mi segunda opción.

Le hice un gesto negativo con la cabeza.

—Sabes que, de todas formas, me asignarían a una mujer. Además, tú tienes aún que hacer algo con tu vida para ganarte un guardián.

Lo dije en broma, pero una leve arruga en su frente me hizo pensar que tal vez hubiese herido sus sentimientos. Tasha, en cambio, parecía aliviada.

—Me alegro de que no te importe. Mientras tanto, intentaré ayudaros en lo que pueda a las dos —puso los ojos en blanco—. Aunque tampoco es que mi opinión cuente mucho.

Compartir mis recelos al respecto de ser asignada a Tasha me pareció un sinsentido. En lugar de eso, empecé a darle las gracias por la oferta, pero entonces se nos unió otra visita: Daniella Ivashkov.

—Adrian —le reprendió en tono cordial y con una ligera sonrisa en el rostro—, no puedes quedarte con Rose y Vasilisa solo para ti —se volvió hacia Lissa y hacia mí—. A la reina le gustaría veros a las dos.

Fantástico. Nos pusimos en pie, y Adrian se quedó sentado, sin ninguna gana de ir a ver a su tía. Podría decirse que Tasha tampoco. Al verla, Daniella hizo un gesto seco y correcto de asentimiento.

—Lady Ozzera.

Acto seguido se alejó asumiendo que la seguiríamos. Me resultó paradójico que Daniella pareciese dispuesta a aceptarme a mí pero mantuviese ese típico prejuicio distante anti-Ozzera. Supongo que ahí se acababa su cortesía.

Sin embargo, hacía mucho tiempo ya que Tasha se había vuelto inmune a que la tratasen de ese modo.

—Pasadlo bien —nos dijo. Le echó una mirada a Adrian—. ¿Más champán?

—Lady Ozzera —dijo con aires de grandeza—, vos y yo somos un único pensamiento.

Vacilé antes de seguir a Lissa hasta Tatiana. Me había fijado en el fantástico aspecto de Tasha, pero fue entonces cuando presté verdadera atención a algo.

—¿Son de plata todas tus joyas? —le pregunté.

Despreocupada, se llevó la mano al ópalo que colgaba de su cuello. Llevaba los dedos adornados con tres anillos.

—Sí —dijo confundida—. ¿Por qué?

—Te va a sonar verdaderamente raro... bueno, tal vez no mucho en comparación con mis rarezas habituales, pero ¿nos prestarías todos los que llevas?

Lissa me lanzó una mirada y adivinó de inmediato mis intenciones. Necesitábamos más amuletos, y andábamos escasas de plata. Tasha arqueó una ceja, aunque como tantos otros de mis amigos, gozaba de una notable afinidad por las ideas raras.

—Claro —me dijo—. Pero ¿puedo dártelas luego? No me gustaría tener que quitarme todas las joyas en plena fiesta.

—Sin problema.

—Haré que te las envíen a tu habitación.

Con aquello arreglado, Lissa y yo nos dirigimos hacia donde Tatiana se encontraba rodeada de admiradores y de gente deseando hacerle la pelota. Daniella debía de haberse equivocado al decir que Tatiana quería vernos a las dos. Aún ardía en mi recuerdo su imagen gritándome por Adrian, y la cena en casa de los Ivashkov no me había engañado hasta el punto de hacerme pensar que la reina y yo éramos de repente dos grandes amigas.

Y sin embargo, para mi sorpresa, cuando nos vio, se deshizo en sonrisas.

—Vasilisa. Y Rosemarie —nos hizo un gesto para que nos acercásemos más, y el grupo se abrió. Me aproximé con Lissa, con pasos de cautela. ¿Se pondría a gritarme delante de toda aquella gente?

Al parecer no. Siempre había nuevos miembros de la realeza que conocer, y Tatiana comenzó por presentárselos. Todo el mundo sentía curiosidad por la princesa Dragomir. A mí también me los presentó, aunque

la reina no se esforzase tanto en cantar mis alabanzas como las de Lissa. Aun así, el simple hecho de que reparase en mí ya era increíble.

—Vasilisa —dijo Tatiana una vez finalizadas las formalidades—, estaba pensando que no deberías tardar en hacer una visita a Lehigh. Se están haciendo los preparativos para que vayas por allí en, mmm, una semana y media tal vez. Hemos pensado que sería un buen detalle por tu cumpleaños. Como es natural, te acompañarán Serena y Grant, y enviaré también a algunos más —Serena y Grant eran los guardianes que nos habían reemplazado a Dimitri y a mí como los futuros protectores de Lissa. Por supuesto que irían con ella. A continuación, Tatiana dijo lo más sorprendente de todo—: Y tú también puedes ir si lo deseas, Rose. No creo que Vasilisa sea capaz de celebrar nada sin ti.

A Lissa se le iluminó el rostro. La universidad Lehigh. El reclamo que había logrado que aceptase una vida en la corte. Lissa anhelaba conseguir tantos conocimientos como pudiese, y la reina le había ofrecido una oportunidad para ello. La perspectiva de una visita la llenaba de ganas y de emoción, en especial si podía celebrar su decimoctavo cumpleaños allí conmigo. Bastaba para distraerla de Victor y de Christian, que ya era algo.

—Gracias, Majestad. Sería fantástico.

Yo sabía que eran muchas las probabilidades de que no estuviéramos por aquí para la visita programada, no si funcionaba mi plan sobre Victor. Sin embargo, no quería hundir la felicidad que sentía Lissa, y tampoco podía mencionarlo delante de aquella multitud de miembros de la realeza. También estaba algo así como estupefacta por haber sido invitada siquiera. Y después de haberme formulado la invitación, la reina no me volvió a decir nada más y continuó hablando con los demás que la rodeaban. Aun así, había sido agradable —con lo que era ella, al menos— al dirigirse a mí, tal y como había hecho en casa de los Ivashkov. No encantadora en plan grandes amigas, pero tampoco histérica en plan desaforado. Quizá Daniella estuviese en lo cierto.

Más cumplidos siguieron a continuación mientras todo el mundo charlaba e intentaba impresionar a la reina, y enseguida se hizo patente que ya no se me necesitaba. Eché un vistazo a la sala, localicé a alguien con quien tenía que hablar y me separé mansamente del grupo, consciente de que Lissa era capaz de valerse por sí misma.

—Eddie —le llamé al llegar al otro extremo del salón de baile—. Al fin solos.

Eddie Castile, amigo mío desde largo tiempo atrás, sonrió al verme. Él también era un dhampir, alto, de cara alargada y estrecha que conservaba aún un aire infantil muy mono. Para variar, había domado aquel pelo rubio de tono oscuro y arenoso. Hubo una época en que Lissa albergó la esperanza de que saliésemos juntos, pero lo nuestro se limitaba a una estricta amistad. Su mejor amigo había sido Mason, un tío muy majo que estaba loco por mí y al que asesinaron los strigoi. Después de su muerte, Eddie y yo adoptamos una actitud mutuamente protectora. Más adelante, a él lo raptaron durante el ataque a St. Vladimir, y todo por lo que pasó hizo de él un guardián muy serio y resuelto... a veces demasiado serio. Yo quería que se divirtiese más, y me agradó mucho ver el brillo alegre que había ahora en sus ojos de color avellana.

—Creo que toda la realeza en esta sala ha estado intentando camelarte —bromeé. Tampoco era una broma al cien por cien. No le había quitado ojo durante la fiesta, y siempre había alguien con él. Su expediente era espectacular. Es posible que haber sobrevivido a los horribles sucesos de su vida le hubiera marcado. Pero aquellos sucesos habían repercutido de manera positiva en sus capacidades. Tenía unas notas y una calificación de la prueba final fantásticas; y lo más importante: él no tenía mi reputación de imprudente. Él era un buen partido.

—Podría decirse que lo parece —se rio—. La verdad, no me lo esperaba.

—Qué modesto. Eres de lo mejorcito de esta sala.

—No en comparación contigo.

—Claro, y eso lo demuestra la gente que hace cola para hablar conmigo. Hasta donde yo sé, Tasha Ozzera es la única que me quiere. Y Lissa, por supuesto.

Unas arrugas de preocupación se asomaron por el rostro de Eddie.

—Podría ser peor.

—Será peor. No me van a asignar a ninguna de ellas, ni de coña.

Nos quedamos en silencio, y una repentina inquietud se apoderó de mí. Me había acercado a pedirle un favor a Eddie, y ya no me parecía una buena idea. Se hallaba a punto de iniciar una brillante carrera. Era un amigo leal, y yo estaba segura de que me habría ayudado con lo que necesitaba... pero de repente no me sentí capaz de pedírselo. Sin embargo, al igual que Mia, Eddie era muy observador.

—¿Qué te pasa, Rose? —su tono de voz sonaba preocupado, esa forma de ser protectora que tomaba las riendas.

Hice un gesto negativo con la cabeza. No podía hacerlo.

—Nada.

—Rose —me dijo en tono de advertencia.

Bajé el rostro, incapaz de mirarle a los ojos.

—No es nada importante, en serio —ya encontraría otra manera, a otra persona.

Para mi sorpresa, alargó la mano hacia mi barbilla y me volvió a levantar la cara. Sus ojos atraparon los míos y no me dejaron escape.

—¿Qué necesitas?

Me quedé mirándolo un largo rato. Qué egoísta me sentía, arriesgando la vida y la reputación de los amigos que me importaban. Si Christian y Lissa no estuvieran peleados, también se lo estaría pidiendo a él. Pero Eddie era lo único que me quedaba.

—Necesito algo... algo que es bastante extremo.

Su expresión seguía siendo seria, pero sus labios se estiraron en una sonrisa sarcástica.

—Todo lo que tú haces es extremo.

—No como esto. Esto es... bueno, es algo que podría hacer que se te torciera todo, meterte en problemas muy serios. No puedo hacerte eso.

Su media sonrisa desapareció.

—No importa —dijo con determinación—. Si me necesitas, lo haré, sea lo que sea.

—No sabes lo que es.

—Confío en ti.

—Digamos que podría ser ilegal. Una traición, incluso.

Aquello le sorprendió por un instante, pero se mantuvo resuelto.

—Lo que necesites. Me da igual. Yo te guardo las espaldas.

Le había salvado la vida a Eddie dos veces, y sabía que lo decía en serio. Se sentía en deuda conmigo. Iría hasta donde se lo pidiese, pero no por un amor de carácter romántico, sino por amistad y lealtad.

—Es ilegal —le repetí—. Tendrías que escaparte de la corte... esta noche. Y no sé cuándo volveríamos —y era absolutamente posible que no volviésemos. Si nos las veíamos con los guardias de la prisión... bueno, era probable que tomasen medidas letales para cumplir con su deber. Para eso nos habían entrenado a todos nosotros. Pero no iba a poder lograr aquella

fuga únicamente con la coerción de Lissa. Necesitaba el respaldo de otro combatiente.

—Solo dime cuándo.

Y eso era todo lo que había. No le conté cada uno de los detalles de nuestro plan, pero sí le di el punto de encuentro de esa noche y le dije todo cuanto necesitaría llevar consigo. No me puso ningún pero. Me dijo que allí estaría. Justo en ese momento llegaron más miembros de la realeza para hablar con él, así que le dejé, con la seguridad de que aparecería más tarde. Resultaba difícil, pero aparté a un lado mi sentimiento de culpa por cualquier posible peligro que corriese su futuro.

Tal y como había prometido, Eddie llegó cuando mi plan comenzaba a desarrollarse, más tarde aquella misma noche. También vino Lissa. De nuevo, «de noche» significaba «en pleno día», y sentí la misma inquietud que cuando nos movimos a escondidas con Mia. La luz lo dejaba todo al descubierto, pero claro, la mayoría de la gente estaba durmiendo. Lissa, Eddie y yo atravesamos los jardines de la corte tan a cubierto como pudimos, y nos encontramos con Mikhail en una parte del complejo donde había todo tipo de vehículos. Los garajes eran unos edificios de metal con aspecto de naves industriales que estaban situados en un extremo de la corte, y allí fuera no había nadie más.

Nos colamos en el garaje que él nos había especificado la noche anterior, y me sentí aliviada al ver que estaba solo. Nos estudió a los tres y pareció sorprendido ante mi «equipo de intervención», pero no hizo preguntas ni hizo nuevos intentos de unirse a nosotros. Sentí otra oleada de culpa en mi interior. Otra persona más que estaba arriesgando su futuro por mí.

—Vais a ir un poco apretados —musitó.

Forcé una sonrisa.

—Hay confianza entre nosotros.

Mikhail no se rio ante mi broma y abrió el maletero de un Dodge Charger de color negro. Hablaba en serio sobre lo de ir apretados. Se trataba de uno de los nuevos, lo cual era una lástima. Un modelo más antiguo habría sido más grande, pero los guardianes siempre iban a la última.

—Una vez nos hayamos alejado lo suficiente, pararé y os dejaré salir —dijo Mikhail.

—Estaremos bien —le aseguré—. Vamos a ello.

Lissa, Eddie y yo nos metimos en el maletero.

—Dios mío —masculló Lissa—. Espero que ninguno seamos claustrofóbicos.

Aquello era como una partida lamentable de Enredos. En aquel maletero cabía algún equipaje, pero no estaba pensado para meter a tres personas. Nos apretamos los unos contra los otros, sin ningún espacio libre. Todo muy íntimo y personal. Satisfecho con cómo nos habíamos acomodado, Mikhail cerró el maletero y nos engulló la oscuridad. El motor arrancó un minuto más tarde, y sentimos que el coche se movía.

—¿Cuánto crees que queda hasta que paremos? —preguntó Lissa—. ¿O hasta que muramos intoxicados por el monóxido de carbono?

—Todavía no hemos salido de la corte siquiera —le apunté.

Ella suspiró.

El coche avanzó y, no mucho más tarde, nos detuvimos. Mikhail debía de haber llegado a las puertas y estar charlando con los guardias. Ya me había contado antes que se inventaría una excusa o, si acaso, que haría algún recado, y no teníamos motivo para pensar que los guardias le interrogasen al respecto o que inspeccionaran el coche. A la corte no le preocupaba que la gente se escapase de allí, como era el caso en la academia. Aquí, la principal preocupación eran los que se querían colar dentro.

Transcurrió un minuto, y me pregunté inquieta si habría algún problema. Volvimos a ponernos en marcha, y los tres suspiramos aliviados. Cogimos velocidad, y, tras lo que calculé que sería un kilómetro y medio, el coche se apartó a un lado y se detuvo. Se abrió el maletero y salimos de él.

Nunca había agradecido tanto el aire fresco. Me senté delante, junto a Mikhail, y Lissa y Eddie ocuparon la parte de atrás. Una vez acomodados, Mikhail continuó conduciendo sin decir una palabra.

Yo me concedí unos instantes más de culpa por la gente a la que había implicado, pero lo dejé ir enseguida.

Ya era demasiado tarde para preocuparse. También dejé ir mi sentimiento de culpa al respecto de Adrian. Habría sido un buen aliado, pero difícilmente podría pedirle ayuda para hacer esto.

Y así, me recosté y dirigí mis pensamientos a la tarea que teníamos por delante. Tardaríamos una hora en llegar al aeropuerto, y desde allí, nosotros tres nos marcharíamos a Alaska.

Seis

—¿SABÉIS lo que necesitamos?

Estaba sentada entre Lissa y Eddie en nuestro vuelo de Seattle a Fairbanks. Al ser la más baja —por milímetros— y el cerebro de la operación, me había tocado encajarme en el asiento del centro.

—¿Otro plan mejor? —preguntó Lissa.

—¿Un milagro? —preguntó Eddie.

Hice una pausa y, antes de responder, lancé a ambos una mirada asesina. ¿Desde cuándo se habían convertido estos dos en un par de graciosos?

—*No*. Cosas. Necesitamos artilugios especiales si queremos conseguir esto —di unos toques con el dedo sobre el plano de la prisión, que se había pasado la práctica totalidad de nuestro viaje sobre mi regazo.

Mikhail nos había dejado en un pequeño aeropuerto a una hora de distancia de la corte donde habíamos cogido un vuelo corto hasta Filadelfia para coger allí otro vuelo hasta Seattle y de allí, ahora, hasta Fairbanks. Me recordó a la locura que fueron los vuelos que tuve que coger para regresar desde Siberia a los Estados Unidos. Aquel viaje también había pasado por Seattle. Estaba empezando a creer que aquella ciudad era la puerta de acceso a lugares muy oscuros.

—Creía que la única herramienta que necesitábamos era nuestro ingenio —musitó Eddie. Podía ser muy serio la mayor parte del tiempo en su condición de guardián, pero también era capaz de ser mordaz cuando se relajaba. Tampoco es que se sintiese totalmente cómodo con aquella misión ahora que conocía más detalles, aunque no todos. Sabía que volvería a ponerse firme en cuanto que aterrizásemos. Le había impactado que le contase que íbamos a liberar a Victor Dashkov, y no era de extrañar. No le había dicho nada a Eddie al respecto de Dimitri o del espíritu, solo que sacar de allí a Victor jugaba un papel mayor de cara a un bien mayor. La confianza que Eddie tenía en mí era tan implícita que me creyó al pie de la letra y no indagó más en el tema. Me preguntaba cómo reaccionaría cuando se enterase de la verdad.

—Como mínimo, vamos a necesitar un GPS —dije—. Aquí solo habla de longitud y latitud, ninguna dirección como tal.

—No debería ser complicado —dijo Lissa dándole vueltas y más vueltas a un brazalete en las manos. Había abierto la bandeja de su asiento y había desplegado en ella las joyas de Tasha—. Estoy segura de que tienen tecnología moderna incluso en Alaska —ella también había adoptado una actitud chistosa, aun con la inquietud que irradiaba a través del vínculo.

El buen humor de Eddie se desvaneció un tanto.

—Espero que no estés pensando en armas ni nada por el estilo.

—No. En absoluto. Si esto funciona tal y como queremos, nadie se enterará siquiera de que estamos allí —una confrontación física era probable, pero yo esperaba poder reducir al mínimo las lesiones graves.

Lissa suspiró y me entregó el brazalete. Le preocupaba lo mucho que dependía mi plan de sus encantos, en sentido literal y también figurado.

—No sé si esto funcionará, pero tal vez te dé más resistencia.

Cogí el brazalete y me lo puse. No sentí nada, aunque eso rara vez me sucedía con los objetos hechizados. Había dejado a Adrian una nota en la que le decía que Lissa y yo queríamos marcharnos en una «escapada de chicas» antes de que me asignaran y antes de su visita a la universidad. Sabía que estaría dolido. El sesgo femenino tendría mucho peso, pero se sentiría herido por que no le hubiésemos invitado a venirse a unas vacaciones atrevidas... si es que siquiera llegaba a creerse que era eso lo que hacíamos. Lo más probable es que me conociese lo bastante bien como para imaginar que la mayoría de mis actos tenía un motivo oculto. Lo que yo esperaba era que difundiese nuestra historia cuando se dieran cuenta de nuestra desaparición. Nos meteríamos en un lío de todas formas, pero un fin de semana alocado era mejor que una fuga de la cárcel. Y, sinceramente, ¿cómo iban a poder empeorar las cosas para mí? La única pega era que Adrian podía entrar en mis sueños y acribillarme a preguntas al respecto de lo que estaba pasando de verdad. Aquella era una de las habilidades más interesantes —y molestas, de vez en cuando— del espíritu. Lissa no había aprendido todavía a pasearse por los sueños, pero sí tenía un conocimiento rudimentario de su fundamento. Entre eso y la coerción, había intentado encantar el brazalete de manera que mantuviese a Adrian a raya cuando yo me fuese a dormir un rato después.

El avión comenzó el descenso de aproximación a Fairbanks, miré por la ventanilla y vi los pinos altos y las extensiones de terreno verde. En los pensamientos de Lissa leía que ella en cierto modo se esperaba unos glaciares y bancos de nieve a pesar de que allí era pleno verano. Tras

Siberia, yo había aprendido a mantener una mentalidad abierta al respecto de los estereotipos regionales. Mi mayor preocupación era el sol. Estábamos a plena luz del día cuando salimos de la corte, y dado que nuestros viajes nos habían estado llevando hacia el oeste, el cambio de la zona horaria significaba que el sol seguía con nosotros. En aquel momento, aunque ya eran las nueve de la noche, gozábamos de un soleado cielo azul gracias a nuestra latitud norte.

Era como un telón de seguridad gigantesco. Esto no se lo había mencionado a Lissa ni a Eddie, pero no me extrañaría que Dimitri tuviese espías por todas partes. En St. Vladimir y en la corte, yo era intocable, sin embargo sus cartas decían bien a las claras que estaría esperando a que saliese de sus límites. Desconocía el alcance de su aparato logístico, aunque no me habría sorprendido que hubiese humanos vigilando la corte a la luz del día. Y, aun cuando había salido de allí oculta en un maletero, eran muchas las posibilidades de que Dimitri anduviese ya a la caza. Con todo, la misma luz que servía para controlar a los reclusos nos mantendría también a salvo a nosotros. No tendríamos más que unas cuantas horas de noche de las que protegernos, y si llevábamos aquello a cabo rápidamente, estaríamos fuera de Alaska en muy poco tiempo. Por supuesto que eso podría no ser algo tan bueno: perderíamos el sol.

Nuestra primera complicación se produjo después de aterrizar e intentar alquilar un coche. Eddie y yo teníamos dieciocho años, pero ninguna de las compañías le alquilaría un coche a alguien tan joven. Mi ira comenzó a crecer después de la tercera negativa. ¿Quién se iba a imaginar que nos veríamos retrasados por algo tan estúpido? Finalmente, en el cuarto mostrador, la mujer nos dijo a regañadientes que a un kilómetro y medio del aeropuerto había un tío que probablemente nos alquilaría un coche si disponíamos de una tarjeta de crédito y dejábamos una fianza lo bastante elevada.

Nos dimos el paseo en aquel clima tan agradable, aunque cuando llegamos a nuestro destino noté que el sol ya estaba empezando a preocupar a Lissa. Bud —el dueño de Vehículos de Alquiler Bud— no parecía un tío *tan* sórdido como se suponía, y desde luego que nos alquiló un vehículo una vez sacamos el suficiente dinero. Desde allí, nos dirigimos a coger una habitación en un motel modesto y volvimos de nuevo sobre nuestros planes.

Toda la información que teníamos indicaba que la prisión llevaba un horario de vampiros, lo que significaba que aquel momento era su hora

activa del día. Nuestro plan era permanecer en el hotel hasta el día siguiente, cuando llegara la «noche» de los moroi, y aprovechar para dormir algo de antemano. Eso le daba a Lissa más tiempo para trabajar con sus amuletos. Nuestra habitación era fácilmente defendible.

Mis sueños se libraron de Adrian, cosa que agradecí y que significaba que, o bien había aceptado lo del viaje de chicas, o bien era incapaz de atravesar el brazalete de Lissa. Por la mañana improvisamos un desayuno a base de donuts, que nos comimos con cierta cara de sueño. Aquel ir en contra de nuestro horario de vampiros nos tenía algo confundidos a los tres.

No obstante, el azúcar colaboró para ponernos en marcha, y Eddie y yo dejamos a Lissa hacia las diez de la mañana para ir a inspeccionar un poco. Compramos mi ansiado GPS y algunas otras cosas en una tienda de deportes por el camino y lo utilizamos para guiarnos por caminos remotos que no parecían conducir a ninguna parte. Cuando el GPS nos dijo que nos encontrábamos a poco más de kilómetro y medio de la prisión, echamos el coche a un lado del estrecho camino de tierra y proseguimos a pie a través de un campo de hierbas altas que se extendía hacia el infinito ante nosotros.

—Creí que Alaska era una tundra —dijo Eddie mientras aplastaba los tallos altos al atravesar el campo. El cielo volvía a estar despejado y azul, con solo unas nubes escasas que no hacían nada por tapar el sol. Yo había salido con una chaqueta ligera, pero ahora la llevaba atada a la cintura y estaba sudando. De vez en cuando se levantaba una bien recibida ráfaga de viento que aplanaba la hierba y me revolvía el pelo.

—Supongo que no en todas partes. O quizá tengamos que ir más al norte para eso. Eh, mira. Esto parece prometedor.

Nos detuvimos ante una valla alta de alambre de espino de la que colgaba un letrero enorme que decía: PROPIEDAD PRIVADA. PROHIBIDO EL PASO AL PERSONAL NO AUTORIZADO. El letrero era rojo, por lo visto para incidir en la seriedad del aviso. Yo, la verdad, le habría añadido una calavera con unas tibias para dejar claro el mensaje.

Eddie y yo estudiamos la valla unos instantes y nos miramos con cara de resignación.

—Lissa nos curará cualquier cosa que nos hagamos —dije esperanzada.

Trepar por el alambre no es imposible, no, pero tampoco es divertido. Ir echando la chaqueta sobre los alambres a los que tenía que agarrarme me ayudó sin duda a protegerme, pero aun así acabé con algunos arañazos y

con enganchones en la ropa. Cuando llegué arriba del todo, preferí un aterrizaje forzoso antes que bajar igual que había subido, y salté. Eddie hizo lo mismo, y puso mala cara ante la dureza del impacto.

Caminamos un poco más lejos, y surgió a la vista la silueta oscura de un edificio. Nos detuvimos los dos al unísono y nos arrodillamos en busca de cualquier protección posible entre la hierba. El expediente de la prisión indicaba que tenían cámaras en el exterior, lo cual suponía que nos arriesgaríamos a ser detectados si nos acercábamos demasiado. Saqué entonces unos prismáticos de gran alcance que había comprado junto con el GPS, y me puse a estudiar el perímetro del edificio.

Los prismáticos eran buenos —realmente buenos—, tanto como deberían con lo que habían costado. El nivel de detalle resultaba sorprendente. Como tantas de las creaciones moroi, el edificio era una mezcla de lo antiguo y lo nuevo. Los muros estaban hechos de unos siniestros bloques de piedra gris que prácticamente ocultaban los edificios de la prisión; el tejado era lo único que asomaba un poco por encima. Un par de siluetas recorrían la parte superior de los muros, ojos de verdad que complementaban a las cámaras. Aquel lugar tenía el aspecto de una fortaleza a la que fuese imposible acceder y de la que fuese imposible escapar. Tendría que haber estado en lo alto de un precipicio escarpado y con un cielo oscuro y siniestro a su espalda. Los campos y el sol parecían fuera de lugar.

Entregué los prismáticos a Eddie. Hizo su propia evaluación y, acto seguido, un gesto hacia la izquierda.

—Allí.

Entrecerré los ojos y apenas distinguí una camioneta o un todoterreno que ascendía hacia la prisión. Dio la vuelta hacia la parte de atrás y desapareció de la vista.

—Nuestra única vía de entrada —murmuré al recordar los planos.

Sabíamos que no teníamos ninguna posibilidad de escalar los muros o de acercarnos siquiera lo suficiente a pie sin ser vistos. Teníamos, literalmente, que atravesar la puerta principal, y ahí era donde el plan no estaba demasiado claro.

Eddie bajó los prismáticos y me miró con el ceño fruncido.

—Tú sabes que lo que te dije iba en serio. Confío en ti. Sea cual sea la razón por la que haces esto, sé que es una buena razón. Pero, antes de que las cosas se pongan en marcha, ¿estás segura de que esto es lo que quieres?

Solté una risa severa.

—¿Lo que quiero? No. Pero es lo que tenemos que hacer.

Asintió.

—Suficiente.

Observamos la prisión un buen rato más, desplazándonos para conseguir diferentes ángulos aun manteniendo una amplia distancia perimetral. El panorama era más o menos lo que nos esperábamos, pero no dejaba de resultar útil tener una imagen en tres dimensiones.

Tras una media hora, regresamos al hotel. Lissa, que seguía trabajando con los amuletos, estaba sentada en una de las camas con las piernas cruzadas. Los sentimientos que la recorrían eran cálidos y animados. El espíritu siempre la hacía sentir bien, aunque más tarde tuviese sus efectos secundarios, y pensaba que estaba haciendo progresos.

—Adrian me ha llamado dos veces al móvil —me dijo cuando entramos.

—Pero no lo has cogido, ¿no?

—No. Pobre hombre.

Me encogí de hombros.

—Es mejor así.

Le hicimos un resumen de lo que habíamos visto, y su buen humor se desplomó. Nuestra visita hacía que se volviese más y más real lo que haríamos más adelante aquel mismo día, y tanto trabajar con el espíritu le había puesto los nervios a flor de piel. Unos instantes después sentí cómo se tragaba su temor. Recobró la determinación: me había dicho que haría aquello, y estaba dispuesta a mantener su palabra, aunque temiese el paso de cada segundo que la acercaba más a Victor Dashkov.

Siguió el almuerzo, y después, unas horas más tarde, llegó el momento de poner en marcha el plan. Eran las primeras horas de la tarde para los humanos, lo que significaba que la noche de los vampiros pronto llegaría a su fin. Era ahora o nunca. Lissa distribuyó nerviosa sus amuletos entre los tres, preocupada por que no funcionasen. Eddie se puso su recién concedido uniforme en blanco y negro, y Lissa y yo nos vestimos con ropa de calle... y un par de alteraciones. El pelo de Lissa tenía un tono castaño apagado, resultado de aplicarse un tinte temporal. Mi pelo iba comprimido bajo una peluca de rizos rojizos que me traía un inquietante recuerdo de mi madre. Nos metimos en el asiento de atrás mientras Eddie nos llevaba al estilo chófer de nuevo por el camino remoto que habíamos seguido antes. Sin

embargo, esta vez no sacamos el coche del trazado. Seguimos por el camino, directos hacia la prisión..., bueno, hacia la torreta de entrada. Ninguno habló durante el recorrido, y la tensión y la ansiedad dentro de nosotros no dejaron de crecer y crecer.

Antes de que nos acercásemos siquiera al muro exterior, había una garita de control con un guardián. Eddie detuvo el coche, y yo intenté mantener la calma. Bajó la ventanilla, y el guardián de servicio se aproximó y se agachó para quedar a la misma altura que Eddie.

—¿Cuál es el motivo de la visita?

Eddie le entregó una hoja de papel con actitud confiada y despreocupada, como si aquello fuese absolutamente normal.

—Vengo a traer proveedores nuevos.

El expediente de la prisión contenía todo tipo de formularios y documentos relativos al funcionamiento de la cárcel, incluidos unos informes de situación y formularios de pedido de suministros... como los proveedores. Habíamos fotocopiado uno de los formularios de solicitud de proveedores y lo habíamos cumplimentado.

—No me han notificado ninguna entrega —dijo el guardián, mucho más sorprendido que suspicaz. Observó el papel—. Este formulario es antiguo.

Eddie se encogió de hombros.

—Es lo que me han dado. Soy más o menos nuevo en esto.

El hombre sonrió.

—Sí. No pareces tener edad casi ni de haber salido del instituto.

Nos miró a Lissa y a mí, y, a pesar de la práctica que yo tenía con el autocontrol, me puse nerviosa. El guardián frunció el ceño mientras nos estudiaba. Lissa me había dado un collar, y ella había cogido un anillo, ambos envueltos en un leve hechizo de coerción para hacer que los demás pensasen que éramos humanas. Habría resultado mucho más fácil obligar a la víctima a llevar un amuleto y forzarla a creer que estaba viendo a dos humanas, pero aquello no era posible. La magia era más complicada de este modo. Entrecerró los ojos, casi como si nos estuviese viendo a través de una neblina. Si los amuletos hubieran funcionado a la perfección, el guardián no se habría detenido a mirarnos dos veces. Los amuletos fallaban ligeramente. Estaban modificando nuestra apariencia, pero no de un modo tan claro como esperábamos. Por eso nos habíamos tomado la molestia de cambiarnos el pelo: si fallaba la ilusión de la apariencia humana, aún nos

quedaría una pequeña protección de nuestra identidad. Lissa se preparó para utilizar la coerción de manera directa, aunque esperábamos no tener que llegar a eso con todas y cada una de las personas con las que nos cruzásemos.

Unos instantes después, el guardián apartó la mirada de nosotras, como si por fin hubiera decidido que éramos humanas. Suspiré y relajé los puños. Ni siquiera me había dado cuenta de que los había cerrado con fuerza.

—Espera un minuto. Voy a consultarlo —le dijo a Eddie.

El guardián se alejó y cogió un teléfono que había dentro de su garita. Eddie volvió la cabeza hacia nosotras.

—¿Todo bien por ahora?

—Aparte del formulario antiguo... —gruñí.

—¿Hay forma de saber si está funcionando mi amuleto? —preguntó Eddie.

Lissa le había dado uno de los anillos de Tasha, hechizado para hacerle parecer moreno de piel y de pelo oscuro. En la medida en que no estaba alterando su raza, la magia solo tenía que emborronar sus rasgos. Igual que nuestros amuletos humanos, sospeché que tampoco estaba proyectando la imagen exacta que esperaba Lissa, aunque debería de haber alterado su apariencia lo suficiente como para que nadie reconociese después a Eddie. Con nuestra resistencia a la coerción —y conscientes de la presencia de un hechizo, lo que impedía sus efectos en nosotros— Lissa y yo no podíamos decir a ciencia cierta qué aspecto tenía para los demás.

—Estoy segura de que está bien —dijo Lissa de un modo tranquilizador.

El guardián regresó.

—Me dicen que paséis, y que lo solucionarán ahí dentro.

—Gracias —dijo Eddie mientras cogía el formulario de vuelta.

La actitud del guardián implicaba que estaba dando por sentado que se trataba de un error administrativo. Estaba siendo diligente, pero la idea de que alguien intentase colar unos proveedores en una prisión no era ni de lejos algo que a uno se le pudiera pasar por la cabeza... o interpretar como un riesgo de seguridad. Pobre tío.

Dos guardianes salieron a nuestro encuentro cuando llegamos ante las puertas del muro de la prisión. Nos bajamos los tres del coche y nos condujeron al interior, por la franja que separaba el muro de la prisión propiamente dicha. Mientras que los jardines de St. Vladimir y los de la

corte eran exuberantes y estaban llenos de plantas y de árboles, aquel terreno era agreste y carecía de vegetación. Ni siquiera hierba, solo tierra compactada. ¿Haría aquello las veces de «área de ejercicio» para los reclusos? ¿Los dejaban siquiera salir al exterior? Me sorprendió no ver alguna clase de foso ahí fuera.

El interior del edificio resultaba tan adusto como el exterior. Los calabozos de la corte eran fríos y asépticos, todo de metal y muros vacíos. Me esperaba algo similar, pero quien fuera que hubiese diseñado Tarasov, había prescindido del aspecto moderno y había preferido emular el tipo de cárcel que uno se podría haber encontrado allá en la Rumanía medieval. Las descarnadas paredes de piedra continuaban pasillo abajo, grises y con un mal presagio, y el aire era frío y húmedo. Aquello tenía que generar unas condiciones laborales muy desagradables para los guardianes asignados allí. Era de suponer que querían asegurarse de que la fachada intimidatoria se hacía extensiva a todo, incluso para los presos cuando cruzaban la puerta por vez primera. Según nuestros planos, había una pequeña sección residencial donde vivían los empleados. Con un poco de suerte, aquello estaría mejor.

Con decoración de la Edad de las Tinieblas o sin ella, pasamos por delante de algunas cámaras al recorrer el pasillo. La seguridad de aquel lugar no era para nada primitiva. De vez en cuando escuchábamos el golpe sordo de una puerta que se cerraba, pero en general, lo que había era un perfecto y espeluznante silencio que ponía los pelos más de punta que los gritos y los chillidos.

Nos llevaron al despacho del alcaide, una sala que conservaba la misma arquitectura plomiza aunque estaba llena de los habituales accesorios administrativos: mesa, ordenador, etcétera. Parecía eficiente, nada más. Nuestros escoltas nos explicaron que íbamos a ver al ayudante del alcaide, ya que el titular seguía en la cama. Qué novedad. Al subordinado le tocaba apechugar con el turno de noche. Esperé que eso significase que estaría cansado y poco observador. Aunque era probable que no fuese así. Rara vez le pasaba eso a los guardianes, fuera cual fuese su cometido asignado.

—Theo Marx —dijo el ayudante del alcaide al estrechar la mano de Eddie. Era un dhampir no mucho más mayor que nosotros, y me pregunté si lo acababan de destinar allí.

—Larry Brown —respondió Eddie. Nos habíamos inventado un nombre aburrido para él, que no llamase la atención, y lo habíamos utilizado en el papeleo.

Theo no habló con Lissa ni conmigo, pero sí que nos dirigió aquella misma mirada de confusión del primer guardián cuando el influjo del amuleto intentaba ejercer su engaño. Otro que también se entretuvo, pero una vez más, conseguimos colar. La atención de Theo regresó sobre Eddie, que cogió el formulario de solicitud.

—Este es diferente del habitual —le dijo.

—No tengo ni idea —respondió Eddie en tono de disculpa—. Es la primera vez que lo hago.

Theo dejó escapar un suspiro y miró el reloj.

—El alcaide no entra de servicio hasta dentro de dos horas. Me parece que vamos a tener que esperar a que venga para enterarnos de lo que pasa. En Sommerfield suelen hacer las cosas como Dios manda.

Había algunas instalaciones moroi por el país que se encargaban de reclutar proveedores —humanos en una situación social marginal dispuestos a pasar la vida en un chute de endorfinas de vampiro— y de distribuirlos. Sommerfield era el nombre de una de ellas, situada en Kansas City.

—Yo no soy el único nuevo que les ha llegado —dijo Eddie—. Tal vez alguien se haya confundido.

—Típico —bufó Theo—. Bueno, ¿te importa sentarte y esperar? Puedo traerte un café si quieres.

—¿Y cuándo nos van a dar una nutrición? —pregunté de repente con el tono de voz más quejumbroso y vago que pude—. Es que hace mucho ya.

Lissa me siguió el hilo.

—Nos dijeron que podríamos cuando llegásemos aquí.

Eddie elevó la mirada al techo ante lo que era una típica conducta de los proveedores.

—Llevan así todo el rato.

—Me lo puedo imaginar —dijo Theo—. Hay que ver. Proveedoras —la puerta de su despacho estaba entornada, y dio una voz para llamar fuera —. Oye, Wes, ¿puedes entrar?

Uno de los guardianes que nos habían escoltado asomó la cabeza.

—¿Sí?

Theo hizo un gesto despectivo con la mano hacia nosotras.

—Bájate a estas dos a la zona de nutrición para que no nos vuelvan locos. Si hay alguien, las pueden utilizar.

Wes asintió y nos hizo un gesto para que saliésemos. Eddie y yo cruzamos una brevísima mirada. La expresión de su rostro no delataba nada, pero yo sabía que estaba nervioso. Ahora nos tocaba a nosotras sacar a Victor, y a Eddie no le gustaba enviarnos a la boca del lobo.

Wes nos condujo a través de más puertas y más puntos de acceso restringido conforme nos íbamos adentrando en la prisión. Me di cuenta de que cada nivel de seguridad que atravesaba para entrar, tendría que atravesarlo de nuevo para escapar. Según los planos, la zona de nutrición estaba situada en el lado opuesto de la cárcel. Me imaginaba que seguiríamos algún camino que la rodease, pero en cambio, nos llevaron directas a atravesar el centro del edificio, donde tenían a los presos. El hecho de haberla estudiado me daba una idea aproximada de la planta, pero Lissa no reparó en dónde estábamos hasta que nos lo advirtió un letrero: ALERTA: ACCESO A LA ZONA DE RECLUSOS (CRIMINALES). Me pareció una forma un tanto rara de expresarlo. ¿Es que no eran criminales todos los que había allí?

Una doble puerta muy pesada bloqueaba el acceso a aquella sección, y Wes utilizó un código electrónico y una llave física para cruzarla. El ritmo de Lissa no cambió, pero sentí cómo se incrementaba su nivel de inquietud cuando entramos en un pasillo largo con una hilera de celdas cubiertas de barrotes. Tampoco es que yo me sintiese mucho mejor, pero Wes —sin bajar la guardia— no dio ninguna muestra de temor. Me di cuenta de que entraba constantemente en aquella zona. Conocía su seguridad. Los reclusos podrían ser peligrosos, pero pasar por delante de ellos era para él una actividad rutinaria.

Pese a todo, echar un vistazo al interior de las celdas casi me dio pavor. Los pequeños compartimentos eran de lo más oscuro y lo más lóbrego, y estaban amueblados con lo justo. Gracias a Dios, la mayoría de los presos estaba durmiendo. Sin embargo, hubo algunos que se nos quedaron mirando cuando pasamos. Ninguno dijo nada, pero el silencio fue casi más aterrador. Algunos de los moroi que estaban encerrados tenían el mismo aspecto que podría tener cualquiera con el que te cruzases por la calle, y me pregunté qué habrían hecho para acabar allí. La expresión de sus rostros era triste, desprovista de toda esperanza. Miré un par de veces y advertí que algunos de los reclusos no eran moroi; eran dhampir. Tenía

sentido, pero aun así me pilló fuera de juego. Dentro de mi propia raza también habría delincuentes de los que había que encargarse.

No obstante, no todos los presos parecían inofensivos. Había otros de los que podría decirse que Tarasov era sin duda donde tenían que estar. En ellos había algo malévolo, un aire siniestro en el modo en que sus ojos se clavaban en nosotras y no nos soltaban. Nos escrutaban hasta el más mínimo detalle, aunque no me veía capaz de imaginar por qué motivo. ¿Buscaban algo capaz de brindarles una oportunidad de escapar? ¿Podrían ver lo que había detrás de nuestra apariencia? ¿Estaban hambrientos, sin más? No lo sabía, pero agradecí los guardianes silenciosos apostados a lo largo de todo el pasillo. También me alegré de no haber visto a Victor, y di por supuesto que lo tenían en otro pasillo. No podíamos arriesgarnos aún a que nos reconociesen.

Por fin salimos del corredor de los reclusos a través de otra doble puerta, y llegamos al área de nutrición. Tenía también el aspecto de una mazmorra medieval, pero claro, había que mantener la imagen a causa de los presos. Decoración aparte, la distribución de la estancia de nutrición era muy similar a la de St. Vladimir, excepto que era más pequeña. Unos pocos cubículos ofrecían algo de intimidad, y un moroi de expresión aburrida estaba leyendo un libro con pinta de estar a punto de quedarse dormido. Solo había un proveedor en la sala, un humano esmirriado de mediana edad sentado en una silla con una sonrisa de flipe en la cara y la mirada perdida.

El moroi dio un respingo cuando entramos, con los ojos como platos. Estaba claro que éramos lo más emocionante que le había sucedido en toda la noche. No pasó por ese instante de desorientación cuando nos miró: al parecer tenía un nivel muy bajo de resistencia a la coerción, y era muy bueno saberlo.

—¿Qué es esto?

—Dos nuevas que acaban de entrar —dijo Wes.

—Pero si no nos toca todavía —dijo el moroi—, y nunca nos los mandan tan jóvenes. Siempre recibimos los viejos, los agotados.

—A mí no me preguntes —dijo Wes, que se dirigió hacia la puerta después de señalarnos unos asientos a Lissa y a mí. Era obvio que consideraba que escoltar a unas proveedoras no estaba a su altura—. Marx quiere que se queden aquí hasta que se levante Sullivan. A mí me da la impresión de que al final todo va a ser un error, pero es que se estaban quejando de que necesitaban un chute.

—Maravilloso —protestó el moroi—. Bueno, nuestra próxima nutrición será dentro de quince minutos, así que puedo darle un pequeño descanso a Bradley. Está tan ido, que dudo mucho de que se entere de que hay otro dando sangre en su lugar.

Wes asintió.

—Te llamaremos cuando solucionemos esto.

El guardián se marchó, y el moroi cogió un portapapeles con un suspiro. Me daba la sensación de que allí todo el mundo estaba más o menos harto de su trabajo. Podía entender el porqué. Qué sitio más miserable para trabajar. Prefería el ancho mundo con los ojos cerrados.

—¿A quién le toca la nutrición dentro de quince minutos? —pregunté.

El moroi, sorprendido, levantó la cabeza de golpe. No era la típica pregunta que haría un proveedor.

—¿Qué has dicho?

Lissa se puso en pie y lo atrapó en su mirada.

—Responde a la pregunta.

La expresión en la cara del hombre se relajó. Sí que era fácil de convencer.

—Rudolf Kaiser.

Ninguna de las dos lo reconoció. Que yo supiera, podía estar allí por una matanza o por un desfalco.

—¿Cuándo le toca a Victor Dashkov? —preguntó Lissa.

—Dentro de dos horas.

—Altera el horario. Dile a sus guardias que ha habido un reajuste y que tiene que venir ahora en lugar de Rudolf.

La mirada perdida en los ojos del moroi —que ahora estaban tan en blanco como los de Bradley el proveedor— se tomó un instante para procesar aquello.

—Sí —dijo.

—Esto es algo que podría pasar normalmente. No levantará sospechas.

—No levantará sospechas —repitió él de manera monótona.

—Hazlo —le ordenó con voz firme—. Llámalos, organízalo y no apartes tus ojos de los míos.

El moroi cumplió. Al hablar por teléfono se identificó como Northwood. Cuando colgó, todo estaba arreglado. No nos quedaba nada más que hacer aparte de esperar. Yo tenía el cuerpo entero envuelto en tensión. Theo había dicho que disponíamos de más de una hora antes de que

el alcaide entrase de servicio. Nadie haría preguntas hasta entonces. Eddie solo tenía que matar el tiempo con Theo y no levantar sospechas detrás de un error administrativo. «Cálmate, Rose, puedes con esto».

Mientras esperábamos, Lissa obligó a Bradley el proveedor a sumirse en un sueño profundo. No deseaba tener ningún testigo, ni siquiera drogado. De igual modo, giré muy levemente la cámara de la sala, para que dejase de verse el centro de la estancia. Naturalmente que tendríamos que enfrentarnos a todo el sistema de vigilancia de la prisión antes de marcharnos, pero, por el momento, no nos hacía falta que nadie del personal de seguridad viese lo que estaba a punto de suceder.

Me acababa de acomodar en uno de los cubículos cuando se abrió la puerta. Lissa había permanecido en su asiento cerca de la mesa de Northwood para poder mantener su coerción sobre él. Le habíamos dado las instrucciones de que yo sería la proveedora. Estaba encerrada, pero, a través de los ojos de Lissa, vi cómo entraba el grupo: dos guardianes... y Victor Dashkov.

Dentro de Lissa se agitó la misma alteración que había sentido al verle durante el juicio. Se le aceleró el pulso. Le temblaban las manos. Lo único que había conseguido calmarla en aquel entonces, en el juicio, fue la resolución final de aquello, saber que a Victor lo encerrarían para siempre y no podría volver a hacerle daño.

Y ahora estábamos a punto de cambiar todo eso.

A la fuerza, Lissa expulsó el temor de su mente con tal de poder seguir controlando a Northwood. Los guardianes que venían con Victor se mostraban serios y preparados para entrar en acción, aunque realmente no les hiciese falta. La enfermedad que lo aquejaba desde años atrás —aquella que Lissa le había sanado de manera temporal— estaba empezando a asomar la cabeza de nuevo. Al parecer, la falta de ejercicio y de aire fresco también le habían pasado factura, al igual que la limitada cantidad de sangre que se suponía que recibían los reclusos. A modo de precaución añadida, los guardianes lo traían esposado con unos grilletes cuyo peso le debilitaba casi hasta el punto de arrastrar los pies.

—Allí —dijo Northwood señalándome a mí—. Con esa.

Los guardianes dejaron que Victor pasase por delante de Lissa, y apenas le dedicó una mirada. Lissa estaba ejerciendo una coerción doble: tener a Northwood controlado y utilizar un brote fugaz que la hiciese parecer insignificante a los ojos de Victor cuando este pasó a su lado. Los

guardianes lo sentaron en una silla junto a mí y retrocedieron, sin perderlo de vista. Uno de ellos inició una conversación con Northwood al reparar en que éramos nuevas y muy jóvenes. Si alguna vez volvía a hacer aquello, le pediría a Lissa que su hechizo nos hiciera parecer más mayores.

Sentado junto a mí, Victor se inclinó y abrió la boca. La nutrición era algo tan automático, los movimientos siempre iguales, que prácticamente no tuvo ni que pensar en lo que hacía. Era como si ni siquiera me viese.

Excepto que entonces... lo hizo.

Se quedó de piedra, con los ojos como platos. Ciertas características marcaban a cada familia real, y los ojos de color jade, verde claro, los tenían tanto los Dashkov como los Dragomir. La mirada agotada, de resignación que había en los suyos desapareció, y aquel ingenio inteligente tan propio de él —la agudeza mental que tan bien conocía yo— volvió a colocarse en su sitio. Me recordaba de un modo aterrador a algunos de los reclusos que habíamos visto antes.

Sin embargo, él estaba confundido. Al igual que las demás personas con las que nos habíamos encontrado, mi amuleto le estaba nublando la mente. Sus sentidos le decían que era humana... y sin embargo, el engaño no era perfecto. También estaba el hecho de que Victor, como buen dominador de la coerción aun sin ser el espíritu su elemento, era hasta cierto punto resistente a ella; y así como Eddie, Lissa y yo habíamos sido inmunes a nuestros respectivos amuletos porque conocíamos cuáles eran nuestras verdaderas identidades, Victor experimentó el mismo efecto. Su mente podría insistirle en que yo era humana, pero sus ojos le decían que yo era Rose Hathaway, con peluca y todo. Una vez asentada esa idea, la ilusión humana desapareció para él.

Una lenta sonrisa de intriga se extendió por su rostro, que mostraba con descaro los colmillos.

—Vaya, vaya. Es posible que este sea el mejor bocado que vaya a probar —su voz era apenas audible, tapada por el murmullo de la conversación de los demás.

—Acerca los dientes a cualquier parte de mi cuerpo, y ese será tu último bocado —murmuré yo en el mismo tono de voz—. Pero si quieres tener alguna posibilidad de salir de aquí y volver a ver el mundo, harás exactamente lo que yo te diga.

Me miró con una expresión interrogante. Respiré hondo, temiendo decir lo que venía a continuación.

—Atácame.

Siete

—PERO no con los dientes —me apresuré a añadir—. Tírate a por mí, atácame con los grilletes. Cualquier cosa que puedas hacer.

Victor Dashkov no era un idiota. Otros podrían haber vacilado o haber hecho más preguntas. Él no. Tal vez no supiera exactamente lo que estaba sucediendo, pero presentía que aquello era una oportunidad de escapar. Quizá la única que jamás tendría. Se trataba de alguien que había pasado gran parte de su vida tramando rebuscadas conspiraciones, así que era capaz de sumarse a ellas en marcha como un verdadero profesional.

Levantando las manos tanto como pudo, se tiró a por mí y fingió bastante bien un intento de estrangularme con la cadena que unía sus esposas. Cuando lo hizo, solté un chillido aterrador. En un instante, los guardianes se encontraban allí para detener a aquel recluso enloquecido que estaba atacando de manera descerebrada a una pobre chica. Sin embargo, cuando se acercaron para sujetarlo, me levanté de un salto y lancé un ataque contra ellos. Aunque me hubieran tenido por peligrosa —que no era el caso —, les había sorprendido tanto que no tuvieron tiempo de reaccionar. Casi me sentí mal por lo injusto que era con ellos.

Al primero le di un puñetazo tan fuerte que soltó a Victor y salió despedido para golpear de espaldas contra la pared cerca del lugar donde estaba Lissa, que obligaba desesperadamente a Northwood a mantener la calma y a no llamar a nadie en medio del caos. El otro guardián tuvo un poco más de tiempo para reaccionar, pero aun así tardó en soltar a Victor y volverse hacia mí. Aproveché el espacio entre ellos para colar un puñetazo y obligarle a forcejear conmigo. Era corpulento e imponente, y una vez que me tomó por una amenaza, no retrocedió. Recibí un golpe en el hombro que me transmitió un dolor intenso por el brazo, a lo que respondí con un rápido rodillazo en el estómago. Entre tanto, su compañero se había puesto en pie y se dirigía hacia nosotros. Tenía que acabar rápido con aquello, pero no solo por mí, sino también porque sin duda pedirían refuerzos si se les daba la menor oportunidad.

Agarré al que tenía más cerca de mí y lo empujé tan fuerte como pude contra una pared... de cabeza. Se tambaleó, aturdido, y lo volví a hacer justo cuando me alcanzaba su compañero. El primer guardián se derrumbó al

suelo, inconsciente. Odiaba tener que hacerlo, pero una parte de mi entrenamiento había consistido en aprender a distinguir entre incapacitar y matar. Solo debería tener un dolor de cabeza. O eso esperaba yo. El otro guardián, sin embargo, venía en actitud claramente ofensiva, y dimos vueltas el uno alrededor del otro, encajando algunos golpes y esquivando otros.

—¡No puedo dejarlo inconsciente! —grité a Lissa—. Lo necesitamos. Oblígale.

Su respuesta llegó a través del vínculo. Podía utilizar la coerción con dos personas a la vez, pero eso requería mucha fuerza. No habíamos salido de aquella todavía, así que no se podía arriesgar a quemarse tan pronto. Dentro de ella, la frustración sustituyó al temor.

—Northwood, duérmete —le ordenó—. Aquí mismo, sobre tu mesa. Estás agotado y vas a dormir durante horas.

Vi con el rabillo del ojo cómo se desvanecía Northwood y su cabeza golpeaba contra la mesa con un sonido seco y sordo. Todos los que trabajaban allí habrían sufrido una conmoción cerebral cuando nos hubiéramos largado. Me lancé entonces contra el guardián utilizando toda la fuerza de mi peso para situarlo en la línea de visión de Lissa. Ella se interpuso en nuestra pelea. El guardián la miró sorprendido, y eso fue cuanto le hizo falta a Lissa.

—¡Alto!

No respondió tan rápido como Northwood, sino que vaciló. Aquel tío se resistía más.

—¡Deja de luchar! —repitió con más determinación, intensificando su voluntad.

Fuerte o no, el guardián no pudo aguantar tal cantidad de espíritu. Bajó los brazos a ambos costados y dejó de forcejear conmigo. Retrocedí para recobrar el aliento y me recoloqué la peluca en su sitio.

—Controlar a este va a ser difícil —me dijo Lissa.

—¿Tanto como para que aguantes cinco minutos, o cinco horas?

—Algo intermedio.

—Entonces vamos. Cógele la llave de Victor.

Le exigió al guardián que le diera la llave de las esposas, y él nos dijo que las tenía el otro guardián. Efectivamente, cacheé el cuerpo inconsciente —tenía la respiración constante, gracias a Dios— y cogí la llave. Acto seguido centré toda mi atención en Victor. En el momento en que había

comenzado la pelea, él se había quitado de en medio y se había limitado a observar en silencio mientras en su retorcida mente se formaba sin duda alguna todo tipo de nuevas posibilidades.

Me acerqué y adopté mi «cara de dar miedo» mientras mostraba la llave en alto.

—Ahora te voy a abrir las esposas —le dije con un tono de voz al tiempo dulce y amenazador—. Vas a hacer exactamente lo que te digamos que hagas. No vas a salir corriendo, no vas a iniciar una pelea ni vas a interferir de ninguna forma en nuestros planes.

—¿No me digas? ¿Es que ahora utilizas tú también la coerción, Rose?

—No la necesito —abrí las esposas—. Puedo dejarte inconsciente con la misma facilidad que a ese tío y sacarte a rastras. Para mí viene a ser lo mismo.

Las pesadas esposas y las cadenas cayeron al suelo. Aquella sonrisa astuta de suficiencia permaneció en su rostro, aunque sus manos se acariciasen las muñecas. Me percaté entonces de que tenía arañazos y moratones en ellas. Aquellos grilletes no estaban hechos para ser cómodos, pero me negué a sentirlo por él. Volvió a levantar la mirada hacia nosotras.

—Qué enternecedor —musitó—. Entre toda la gente que intentaría rescatarme, jamás me hubiera esperado a vosotras dos... y, aun así, echando la vista atrás, es probable que seáis las más capacitadas.

—No necesitamos tus comentarios en vivo, Hannibal —le solté—. Y no utilices la palabra «rescatar». Hace que suene como si fueses un héroe al que han encarcelado injustamente.

Arqueó una ceja, como si de verdad creyese que tal era el caso. En lugar de discutir conmigo, hizo un gesto con la barbilla hacia Bradley, que se había pasado toda la pelea dormido. Con lo drogado que estaba, la coerción de Lissa había sido más que suficiente para dejarlo fuera de combate.

—Dádmelo —dijo Victor.

—¿Qué? —exclamé—. ¡No tenemos tiempo para eso!

—Y yo no tengo fuerzas para lo que sea que tengáis en mente —siseó Victor. La fachada agradable y omnisciente se desvaneció y quedó reemplazada por otra maliciosa y desesperada—. La reclusión implica algo más que unos barrotes, Rose. Nos matan de hambre con la comida y con la sangre para mantenernos débiles. El paseo hasta aquí es el único ejercicio

que puedo hacer, y ya es suficiente esfuerzo. A menos que de verdad tengas la intención de sacarme de aquí a rastras, ¡dame sangre!

Lissa interrumpió cualquier respuesta que yo fuera a dar.

—Sé rápido.

Me quedé mirándola boquiabierta. Estaba a punto de negárselo a Victor, pero sentí a través del vínculo una extraña mezcla de sentimientos procedente de Lissa. Compasión y... comprensión. Desde luego que aún le odiaba, sin la menor duda, pero ella también sabía cómo era vivir con una cantidad limitada de sangre.

Gracias a Dios, Victor fue rápido. Tenía la boca sobre el cuello del humano prácticamente antes de que Lissa hubiese terminado de hablar. Aturdido o no, sentir unos dientes en su cuello bastó para despertar a Bradley. Lo hizo de un sobresalto, y su expresión pasó en un instante al placer que sentían los proveedores con las endorfinas de los vampiros. Una toma corta de sangre había de ser cuanto necesitase Victor, pero cuando los ojos de Bradley comenzaron a abrirse de más por la sorpresa, me percaté de que Victor estaba tomando algo más que un trago rápido. Di un salto hacia delante y lo aparté de un tirón del disperso proveedor.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le pregunté a Victor sacudiéndolo con fuerza. Era algo que tenía ganas de hacer desde hacía mucho tiempo—. ¿Creías que ibas a poder dejarlo seco y convertirte en un strigoi aquí, delante de nosotras?

—Lo dudo mucho —dijo Victor con un gemido de dolor por la fuerza con la que lo tenía sujeto.

—No es eso lo que estaba haciendo —dijo Lissa—. Solo ha perdido el control por un segundo.

Satisfecha su sed de sangre, el porte relamido de Victor había regresado.

—Ah, Vasilisa, siempre tan comprensiva.

—No supongas tanto —gruñó ella.

Lancé una mirada dura a cada uno de ellos.

—Tenemos que irnos. Ahora —dije, y me volví al guardián que estaba bajo los efectos de la coerción—. Llévanos a la sala donde monitorizan todas las grabaciones de seguridad.

No respondió a mis palabras y, con un suspiro, miré expectante a Lissa. Ella repitió mi petición, y el guardián se dirigió de inmediato fuera de la habitación. Me sentía cargada de adrenalina a causa de la pelea, y estaba

ansiosa por terminar con todo aquello y salir de allí. Noté su nerviosismo a través del vínculo. Por mucho que hubiese defendido la necesidad de sangre de Victor, mientras caminábamos se mantenía tan alejada de él como le era posible. La cruda consciencia de quién era él y de lo que estábamos haciendo se iba apoderando de ella. Ojalá hubiese podido consolarla, pero no había tiempo.

Seguimos al guardián —Lissa le había preguntado su nombre, que era Giovanni— por más pasillos y más puntos de acceso restringido. La ruta por la que nos llevó recorría el perímetro de la prisión, no pasaba por las celdas. Contuve la respiración casi todo el tiempo, aterrorizada por la idea de encontrarnos con alguien. Ya eran demasiados los factores que teníamos en contra, no necesitábamos añadir aquello también. Tuvimos suerte, sin embargo, y no nos topamos con nadie, probablemente a causa también de estar haciendo aquello en las últimas horas de la noche y de no atravesar ninguna zona de máxima seguridad.

Lissa y Mia habían llevado al guardián de la corte a borrar las grabaciones allí también, pero yo no lo había presenciado. Ahora, cuando Giovanni nos condujo a la sala de vigilancia de la prisión, no pude reprimir un grito ahogado. Las paredes estaban cubiertas de monitores, y delante de ellos había unas consolas con disposiciones complejas de botones e interruptores. Había mesas cubiertas de ordenadores por todas partes. Toda la prisión estaba a la vista: cada celda, varios pasillos e incluso el despacho del alcaide, donde Eddie estaba sentado de charla con Theo. En la sala de vigilancia había otros dos guardianes, y me pregunté si nos habrían visto por los pasillos, pero no... estaban demasiado concentrados en otra cosa: una cámara girada hacia una pared vacía, la que yo había manipulado en la sala de nutrición.

Se hallaban inclinados hacia la pantalla, y uno de ellos estaba diciendo que deberían enviar a alguien a echar un vistazo allá abajo. Entonces levantaron la vista y repararon en nosotros.

—Ayúdala a someterlos —ordenó Lissa a Giovanni.

De nuevo se produjo una vacilación. Nos hubiera ido mejor con un «ayudante» con menos fuerza de voluntad, pero Lissa no tenía la menor idea de aquello cuando lo escogió. Igual que antes, acabó por entrar en acción. También igual que antes, la sorpresa tuvo un papel principal a la hora de someter a aquellos dos guardianes. Yo era una extraña —lo que de inmediato les habría puesto en guardia— pero seguía teniendo un aspecto

humano. Giovanni era su compañero de trabajo; no se esperaban un ataque por su parte.

No obstante, aquello no hizo que fuese fácil derrotarlos. Tener refuerzos sirvió de mucho, y Giovanni era bueno en lo suyo. Dejamos inconsciente a uno de los guardianes bastante rápido, con una llave de estrangulamiento por parte de Giovanni que le cortó por un momento la respiración a aquel tipo, hasta que se desmayó. El otro mantuvo las distancias con nosotros, y reparé en que su mirada se iba una y otra vez hacia una de las paredes. Allí había un extintor, un interruptor de la luz y un botón metálico redondo.

—¡Es una alarma! —exclamó Victor justo cuando el guardián se lanzaba hacia el botón.

Giovanni y yo nos tiramos a por él al mismo tiempo y detuvimos a aquel tío antes de que su mano rozara el botón y atrajese sobre nosotros toda una legión de guardianes. Un golpe en la cabeza dejó a aquel otro fuera de combate. Con cada individuo al que tumbaba en aquella fuga, yo sentía que un nudo de culpa y de náuseas se me apretaba más fuerte en el estómago. Los guardianes eran los buenos y no podía dejar de pensar que yo estaba peleando del lado del mal.

Ahora que nos habíamos quedado a solas, Lissa conocía bien el siguiente paso.

—Giovanni, deshabilita todas las cámaras y borra la última hora de grabación.

Esta vez, su vacilación fue aún mayor. Hacerle luchar contra sus amigos había exigido a Lissa una enorme cantidad de coerción. Mantenía el control, pero se estaba empezando a agotar, y eso solo iba a hacer que resultase más difícil obligarle a obedecer nuestras órdenes.

—Hazlo —gruñó Victor, que se había situado junto a Lissa. Ella dio un respingo ante su proximidad, pero cuando su mirada se unió a la de ella, Giovanni cumplió la orden y comenzó a pulsar interruptores en la consola. Victor no podía, ni de lejos, igualar el poder de Lissa, mas su pequeño brote de coerción había fortalecido el de ella.

Uno por uno, los monitores se fueron quedando negros, y, acto seguido, Giovanni tecleó unos comandos en el ordenador que almacenaba las grabaciones digitales de las cámaras. Unas luces rojas de error parpadeaban en las consolas, pero allí no había nadie que fuese a arreglarlas.

—Aunque lo borre, cuentan con gente que podría ser capaz de recuperar la información del disco duro —apuntó Victor.

—Es un riesgo que tendremos que correr —dije con tono irritado—. La programación o lo que sea no está entre las capacidades de mi currículum.

Victor puso los ojos en blanco.

—Tal vez, pero la destrucción desde luego que sí lo está.

Me costó un instante entender a qué se refería, pero lo pillé. Con un suspiro, cogí el extintor de la pared y me lie a golpes con el ordenador hasta que quedó reducido a una pila de fragmentos de plástico y de metal. A cada golpe, Lissa hacía un gesto de dolor y no dejaba de mirar a la puerta.

—Espero que esté insonorizada —dijo entre dientes.

—Parece robusta —dije confiada—. Y es hora de irnos.

Lissa ordenó a Giovanni que nos llevase de regreso al despacho del alcaide, en la parte frontal de la prisión. Cumplió, y nos condujo de vuelta a través del laberinto por el que habíamos pasado antes. Sus códigos y su tarjeta de seguridad nos permitieron pasar cada punto de acceso restringido.

—Supongo que no podrás hacer que Theo nos deje salir caminando por la puerta, ¿no? —le pregunté a Lissa.

Sus labios permanecían en una seria línea recta. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ni siquiera sé cuánto tiempo más voy a poder seguir controlando a Giovanni. Nunca había utilizado antes a nadie como una marioneta.

—Está bien —le dije en un intento por confortarnos a las dos—. Ya casi hemos terminado con esto.

Sin embargo, íbamos a tener otra pelea entre manos. Después de haber zurrado a la mitad de los strigoi de Rusia, aún me sentía bien al respecto de mis fuerzas, pero aquella culpa no me abandonaría. Y si nos topábamos con una docena de guardianes, ni siquiera bastaría con mi propia fuerza.

Había perdido la orientación respecto de los planos, y resultó que el camino de regreso de Giovanni hacia la oficina principal sí que nos iba a llevar por un bloque de celdas al fin y al cabo. Sobre la puerta, otro letrero decía: ALERTA: ACCESO A LA ZONA DE RECLUSOS (PSIQUIATRÍA).

—¿Psiquiatría? —pregunté sorprendida.

—Por supuesto —murmuró Victor—. ¿Dónde creías que mandan a los reclusos con problemas mentales?

—A un hospital —respondí, y me aguanté una broma al respecto de que todos los delincuentes tenían problemas mentales.

—Bien, pues no siempre es así...

—¡Alto!

Lissa le interrumpió y se detuvo de golpe frente a la puerta. Los demás casi nos tropezamos con ella. Se apartó de inmediato y retrocedió varios pasos.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

Se volvió hacia Giovanni.

—Busca otro camino hacia el despacho.

—Este es el más rápido —contestó él.

Lissa le llevó la contraria lentamente con la cabeza.

—Me da igual. Busca otro, uno en el que no nos encontremos con ninguno de ellos.

Giovanni frunció el ceño, pero la coerción se sostuvo. Se giró de manera repentina, y los demás nos apresuramos a seguirle el paso.

—¿Qué ocurre? —repetí. La mente de Lissa estaba demasiado embarullada para poder ver sus razonamientos. Hizo una mueca.

—He sentido auras del espíritu ahí atrás.

—*¿Qué?* ¿Cuántas?

—Al menos dos. Y no sé si ellos me han sentido a mí o no.

De no ser por el control de Giovanni y por la presión de la urgencia, me habría parado allí mismo.

—Manipuladores del espíritu...

Lissa llevaba mucho tiempo y muchos esfuerzos dedicados a encontrar a otros como ella. ¿Quién iba a imaginarse que los encontraría allí? La verdad... tal vez debíamos habérnoslo esperado. Sabíamos que los manipuladores del espíritu se hallaban al borde de la locura. ¿Por qué no iban a acabar en un sitio como aquel? Y teniendo en cuenta lo que nos había costado a nosotras recabar información sobre aquella cárcel, no era de extrañar que aquellos manipuladores del espíritu se hubieran mantenido ocultos. Dudaba de que ninguno de los que trabajaban allí supiese siquiera que lo eran.

Lissa y yo intercambiamos unas breves miradas. Yo sabía cuánto deseaba ella investigar aquello, pero aquel no era el momento. Victor ya parecía bastante interesado en lo que habíamos dicho, así que las siguientes palabras de Lissa surgieron en mi cabeza: *Estoy bastante segura de que*

cualquier manipulador del espíritu nos vería a través de mis amuletos. No podemos arriesgarnos a que nuestra verdadera apariencia quede al descubierto... aunque sea a través de una gente de la que se supone que está loca.

Asentí, confirmándole que la había entendido, y dejé a un lado la curiosidad e incluso los remordimientos. Ya lo comprobaríamos la próxima vez... es decir, la próxima vez que decidiésemos colarnos en una prisión de máxima seguridad, digamos.

Por fin llegamos al despacho de Theo sin más incidentes, aunque tuve el corazón que se me salía del pecho durante todo el camino, mientras mi cabeza no dejaba de ordenarme «¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!». Theo y Eddie estaban charlando sobre temas políticos de la corte cuando entró nuestro grupo. De inmediato, Eddie se puso en pie de un salto y se fue a por Theo al darse cuenta de que ya era la hora de irnos. Le hizo una llave de estrangulamiento tan eficaz como la que había ejecutado Giovanni con anterioridad, y yo me alegré de tener a alguien más que hiciera aquel trabajo sucio aparte de mí. Por desgracia, Theo consiguió dar un buen grito antes de quedar inconsciente y caer al suelo.

De inmediato entraron a la carga en el despacho los dos guardianes que antes nos habían escoltado. Eddie y yo nos lanzamos a la refriega, y Lissa y Victor metieron también en ella a Giovanni. Para hacer más difíciles las cosas, justo después de que hubiésemos reducido a uno de los guardianes, Giovanni se liberó de la coerción y comenzó a pelear contra nosotros. O peor, salió disparado hacia una pared en la que descubrí —demasiado tarde — que había otro botón de alarma. Lo golpeó con el puño, y un sonido agudo y quejumbroso se apoderó del ambiente.

—¡Mierda! —grité.

El combate cuerpo a cuerpo no se encontraba entre las habilidades de Lissa, y Victor no era mucho mejor. Acabar con aquellos dos quedaba en las manos de Eddie y en las mías, y teníamos que hacerlo rápido. Cayó el segundo de los guardianes de la escolta, así que quedábamos nosotros y Giovanni. Me dio un buen puñetazo, que me golpeó la cabeza contra la pared. No fue lo bastante bueno como para dejarme inconsciente, pero todo me daba vueltas, y unos puntitos blancos y negros me danzaban ante los ojos. Me quedé paralizada un instante, pero Eddie ya estaba sobre él, y Giovanni no tardó mucho en dejar de ser una amenaza.

Eddie me cogió del brazo para estabilizarme, y los cuatro salimos corriendo de la estancia. Eché la vista atrás sobre los cuerpos inconscientes y me volví a odiar por ello. Sin embargo, no había tiempo para sentirse culpable. Teníamos que salir. Ya. Todos los guardianes de la prisión llegarían en menos de un minuto.

Nuestro grupo salió corriendo hacia la puerta principal para encontrárnosla cerrada por dentro. Eddie soltó un taco y nos dijo que le esperásemos. Regresó corriendo al despacho de Theo y volvió con una de las tarjetas de seguridad que Giovanni había pasado tantas veces por las puertas. Efectivamente, la tarjeta nos permitió salir y corrimos como locos hasta el coche de alquiler. Nos tiramos dentro y me alegré al ver que Victor nos había seguido el ritmo y que no había hecho ninguno de sus molestos comentarios.

Eddie pisó el acelerador y se dirigió de regreso hacia el camino por el que habíamos entrado. Yo iba sentada delante, a su lado.

—Seguro que el tío de la barrera está al tanto de la alarma —le advertí. Lo que esperábamos originalmente era marcharnos sin más y decirle que al final todo había sido un error administrativo.

—Sí —coincidió Eddie con la expresión endurecida. En efecto, el guardián salió de la garita ondeando los brazos.

—¿Eso es un arma? —exclamé.

—No me voy a parar a descubrirlo —Eddie pisó el gas a fondo y, cuando el guardián se dio cuenta de que íbamos a seguir sin detenernos, saltó para quitarse de en medio. Nos llevamos por delante la barrera de madera que bloqueaba el paso y la dejamos hecha astillas.

—Bud se va a quedar con nuestra fianza —le dije.

Detrás de nosotros oí el sonido de unos disparos. Eddie soltó otro taco, pero conforme aceleramos, los disparos sonaron cada vez más lejos hasta que nos hallamos fuera de su alcance. Dejó escapar un bufido.

—Si nos llega a dar en las ruedas o en los cristales, habríamos tenido mucho más de lo que preocuparnos que una fianza.

—Van a enviar a alguien detrás de nosotros —dijo Victor desde el asiento de atrás. Una vez más, Lissa se había desplazado para apartarse de él tanto como pudo—. Es probable que ya estén saliendo las camionetas.

—¿Y no crees que ya nos lo imaginábamos? —le solté. Sabía que estaba intentando ser útil, pero en aquel momento, él era la última persona a la que me apetecía oír. Mientras hablaba, incluso, eché un vistazo hacia

atrás y vi las siluetas oscuras de dos vehículos que nos seguían a toda velocidad por el camino. Se acercaban muy rápido, y dejaban claro que aquellos todoterrenos alcanzarían muy pronto nuestro pequeño utilitario.

Miré nuestro GPS.

—Tenemos que girar pronto —avisé a Eddie, y no es que le hiciera falta mi consejo.

Habíamos trazado de antemano una ruta de escape que seguía un giro cerrado tras otro por aquellos caminos remotos. Por fortuna, había gran cantidad de ellos. Eddie giró cerrado a la izquierda y, casi de inmediato, de nuevo a la derecha. Aun así, los vehículos que nos perseguían continuaban en nuestros retrovisores. No sería hasta unos pocos giros después cuando viésemos libre el camino detrás de nosotros.

Se hizo un silencio tenso mientras esperábamos a que apareciesen los guardianes. No lo hicieron. Habíamos hecho demasiados giros para confundirlos, pero me costó casi diez minutos aceptar que era bastante posible que de verdad lo hubiésemos logrado.

—Creo que los hemos perdido —dijo Eddie con un tono de incredulidad a la altura de mis sentimientos. En su rostro permanecía una expresión preocupada, sus manos aferradas con fuerza al volante.

—No los perderemos hasta que nos larguemos de Fairbanks —dije—. Estoy segura de que la van a peinar, y no es tan grande.

—¿Dónde vamos? —preguntó Victor—. Si es que se me permite la pregunta.

Me retorcí en mi asiento para poder mirarle a los ojos.

—Eso nos lo vas a decir tú. Por increíble que parezca, no hemos hecho todo esto por que echásemos de menos tu agradable compañía.

—Sí que es increíble, sí.

Entrecerré los ojos.

—Queremos encontrar a tu hermano. Robert Doru.

Tuve la satisfacción de pillar a Victor fuera de juego de manera momentánea. Acto seguido regresó su mirada astuta.

—Por supuesto. Se trataba del siguiente paso a la petición de Abe Mazur, ¿verdad? Tenía que haberme dado cuenta de que no aceptaría un no por respuesta. Claro, que nunca me habría imaginado que estabais confabulados con él.

Al parecer, Victor no sabía que yo estaba en realidad confabulada familiarmente con Abe, y tampoco iba a ilustrarle al respecto.

—Eso es irrelevante —le dije con frialdad—. Ahora, nos vas a llevar hasta Robert. ¿Dónde está?

—Querida Rose —musitó Victor—, se te olvida que no eres tú la que domina la coerción aquí.

—No, pero sí que soy la que te puede dejar atado en la cuneta y hacer una llamada anónima a la prisión para contarles dónde andas.

—¿Y cómo sé yo que no me sacarás cuanto necesitas saber y después me entregarás de todas formas? —me preguntó—. No tengo ningún motivo para confiar en ti.

—Tienes razón. Yo no confiaría en mí ni de coña, pero si todo sale bien, es posible que te dejemos ir después —no, en realidad no lo era—. ¿Es algo con lo que quieras jugar? Nunca vas a conseguir una oportunidad como esta, y lo sabes —Victor no tuvo ninguna salida ingeniosa para aquello. Otro punto para mí—. De manera que —proseguí—, ¿nos vas a llevar hasta él o no?

Tras sus ojos se retorcía una serie de pensamientos que no era capaz de descifrar. Sin duda que le estaba dando vueltas a cómo podía utilizar aquello en su beneficio, probablemente a cómo escapar de nosotros antes incluso de que llegáramos hasta Robert. Era lo que yo habría hecho.

—Las Vegas —dijo Victor por fin—. Tenemos que ir a Las Vegas.

Ocho

DESPUÉS de despotricarle tanto a Abe por tener siempre que ir a sitios tan lejanos y tan horribles, debería haberme emocionado la perspectiva de ir a la Ciudad del Pecado, pero, por desgracia, tenía ciertas reservas al respecto de mi siguiente aventura épica. En primer lugar, un sitio como Las Vegas era el último donde esperaba encontrarme a un recluso medio loco. A partir de los pocos fragmentos de información que yo había oído, Robert había decidido apartarse del alcance de los focos y deseaba estar solo. Una ciudad ajetreada y llena de turistas no parecía encajar en esa descripción. En segundo lugar, las ciudades como aquella eran el coto de caza perfecto para los strigoi. Atestadas. Alocadas. Carentes de inhibiciones. Ciudades donde a la gente le resultaba muy sencillo desaparecer; en especial cuando la mayoría salía de noche.

Una parte de mí estaba segura de que se trataba de una trampa de Victor, aunque él juró por activa y por pasiva que no nos engañaba. De ese modo, sin más pistas, Las Vegas se convirtió en nuestro siguiente destino. Tampoco es que dispusiéramos de mucho tiempo para debatir la cuestión, conscientes de que los guardianes estarían recorriendo Fairbanks tras nuestra pista. Cierto, los amuletos de Lissa habían cambiado nuestro aspecto lo suficiente como para que no estuvieran buscando a alguien con nuestra descripción, pero sí que conocían la de Victor, así que cuanto antes nos marchásemos de Alaska, mejor.

Por desgracia, nos topamos con un pequeño inconveniente.

—Victor no tiene ningún documento identificativo —dijo Eddie—. No podemos colarlo en un avión.

Era cierto. Las autoridades penitenciarias habían requisado todas las pertenencias de Victor, y entre deshabilitar la vigilancia y dejar fuera de combate a media docena de guardianes, apenas nos había quedado tiempo para dedicarnos a buscar sus objetos personales. La coerción de Lissa era fenomenal, pero estaba agotada después de tanto utilizarla en la prisión. Además, era probable que los guardianes tuvieran el aeropuerto vigilado.

Nuestro «amigo» Bud, el tío del alquiler de coches, nos proporcionó la solución. No se quedó entusiasmado al ver que su coche volvía con todos los arañazos de la temeraria conducción de Eddie, pero una suma suficiente

de dinero acabó por fin con el mascullar del humano acerca de «alquilar a una panda de críos». Fue a Victor a quien se le ocurrió un plan alternativo, y preguntó a Bud al respecto.

—¿Hay por aquí cerca algún aeródromo privado? ¿Con vuelos que podamos fletar?

—Claro —dijo Bud—. Pero no saldrá barato.

—Eso no es problema —dije.

Bud se nos quedó mirando con recelo.

—Eh, tíos, ¿es que habéis robado un banco o algo así?

No, pero sí que llevábamos mucho dinero en metálico. Lissa tenía un fideicomiso que le daba una asignación mensual hasta que cumpliese los dieciocho, y también una tarjeta de crédito con un límite alto. Yo disponía de otra tarjeta de crédito propia, un resto de cuando engatusé a Adrian para que financiase mi viaje a Rusia. Me había desprendido del resto de mis bienes, como la cuenta bancaria tan bestial que me había abierto él. Sin embargo, correcto o incorrecto, había decidido quedarme con una tarjeta a mano, por si me encontraba en alguna emergencia.

Desde luego que aquello era una situación de emergencia, de manera que utilizamos la tarjeta para pagar parte del coste del avión privado. El piloto no podía llevarnos hasta Las Vegas, aunque sí que pudo dejarnos en Seattle, donde se las arregló para ponernos en contacto con otro piloto que él conocía y que podía cubrir el resto del trayecto. Más dinero.

—Y otra vez Seattle —murmuré justo antes de que el avión despegase. El interior del pequeño jet contaba con un conjunto de cuatro asientos, dos a cada lado y enfrentados los unos a los otros. Yo me senté junto a Victor, y Eddie lo hizo enfrente. Nos imaginamos que ese era el mejor dispositivo de protección.

—¿Qué pasa con Seattle? —preguntó Eddie, extrañado.

—Olvídalo.

Los jets privados pequeños no son ni mucho menos tan rápidos como los grandes aviones comerciales, y nuestro viaje nos ocupó gran parte del día. En el trayecto continué preguntándole a Victor sobre lo que hacía su hermano en Las Vegas, y por fin logré la respuesta que quería. Victor habría tenido que acabar por contárnoslo, y creo que el hecho de retrasar la respuesta se debía a la sádica emoción que le proporcionaba.

—Robert no vive en el mismo Las Vegas —me explicó—. Tiene una casita..., una cabaña, creo, junto a Red Rock Canyon, a kilómetros de la

ciudad.

Ajá. Eso sí que se parecía más a lo que yo me esperaba. Lissa se puso en tensión al oír que mencionaba una cabaña, y sentí la inquietud a través del vínculo. Cuando Victor la secuestró, se la llevó a una cabaña en el bosque y la torturó allí. Le ofrecí la mirada más tranquilizadora de la que fui capaz. Era en ocasiones como aquella cuando deseaba que el vínculo funcionase en ambas direcciones para poder ofrecerle un verdadero consuelo.

—¿Y nos iremos hasta allí entonces?

Victor soltó un bufido.

—Desde luego que no. Robert valora demasiado su intimidad. No permitiría que unos extraños se acercasen a su casa, pero sí vendrá a la ciudad si yo se lo pido.

Lissa me miraba. *Victor podría estar tendiéndonos una trampa. Tiene muchos seguidores. Ahora que está fuera, podría llamarlos a ellos en lugar de a Robert para que vinieran a nuestro encuentro*.

Le hice un leve gesto de asentimiento, y una vez más me quedé con las ganas de poder responder a través del vínculo. Yo también había pensado en ello. Se había convertido en un imperativo el no dejar a Victor a solas y que tuviese la ocasión de hacer llamadas a escondidas, y, la verdad, el plan de encontrarnos dentro de la propia ciudad de Las Vegas me hacía sentir mejor. Por nuestra seguridad frente a los secuaces de Victor, era preferible estar en la ciudad que en mitad de ninguna parte.

—A la vista de lo colaborador que he estado —dijo Victor—, tengo el derecho de saber para qué queréis a mi hermano —miró a Lissa—. ¿Buscas unas cuantas clases con el espíritu? Debéis haber hecho un excelente trabajo de investigación para saber de él.

—No tienes ningún derecho a conocer nuestros planes —le solté cortante—. Y, en serio, si es que estás llevando la cuenta de quién es el que ha colaborado más en esto, que sepas que te estamos pegando un buen repaso en el marcador. Todavía te queda un buen trecho para alcanzarnos después de lo que hemos hecho en Tarasov.

La única respuesta de Victor fue una leve sonrisa.

Parte de nuestras horas de vuelo transcurrieron durante la noche, lo que supuso que aterrizásemos en Las Vegas por la mañana temprano. La seguridad de la luz del sol. Me sorprendió ver lo atestado que estaba el aeropuerto. En el aeródromo privado de Seattle nos habíamos encontrado

con una buena cantidad de aviones, y el de Fairbanks había estado prácticamente desierto. Aquella franja estaba hasta los topes de pequeños jets, muchos de los cuales soltaban a voces la palabra «lujo». No debería haberme sorprendido. Las Vegas era el patio de recreo de los famosos y de otros personajes adinerados, muchos de los cuales con toda probabilidad no podían rebajarse a coger un vuelo comercial con pasajeros normales y corrientes.

Había taxis por allí, y eso nos ahorró el suplicio de buscar otro coche de alquiler. Sin embargo, cuando el taxista nos preguntó adónde íbamos, todos guardamos silencio. Me giré hacia Victor.

—Vamos al centro, ¿no? ¿Al Strip?

—Sí —asintió él. Había dejado bien claro que Robert preferiría quedar con unos extraños en algún lugar muy público. Algún sitio del que pudiese huir con facilidad.

—El Strip es una zona enorme —dijo el taxista—. ¿Tienen algún sitio en particular, o prefieren que los deje en mitad de la calle?

Nos quedamos callados. Lissa me lanzó una mirada muy significativa.

—¿El Witching Hour?

Me lo pensé. Las Vegas era uno de los lugares favoritos de algunos moroi. El sol reluciente hacía que la ciudad fuese menos atractiva para los strigoi, y los casinos sin ventanas creaban ambientes oscuros y cómodos. El Witching Hour era un hotel casino del que todos habíamos oído hablar. Aunque lo frecuentaba toda clase de clientes humanos, los propietarios eran moroi, en realidad, de manera que contaba con todo tipo de características clandestinas que lo convertían en una escapada fantástica para los vampiros. Proveedores en estancias escondidas. Salones especiales solo para moroi. Una buena cantidad de guardianes de patrulla.

Guardianes...

Hice un gesto negativo con la cabeza y miré a Victor de soslayo.

—No podemos llevarlo allí.

De todos los hoteles de Las Vegas, el Witching Hour era el último al que debíamos ir. La huida de Victor habría sido la noticia de última hora por todo el universo moroi. Llevarlo a la mayor concentración de moroi y guardianes de todo Las Vegas era probablemente lo peor que podíamos hacer en aquel momento.

En el espejo retrovisor, la expresión del taxista se volvía impaciente. Fue Eddie quien saltó:

—El Luxor.

Él y yo íbamos en el asiento de atrás, con Victor entre nosotros, y me incorporé para mirarle.

—¿Y eso?

—Nos sitúa a una cierta distancia del Witching Hour —de repente, Eddie pareció avergonzado—. Y yo siempre he querido quedarme allí a dormir. Quiero decir que, ya que vienes a Las Vegas, ¿por qué no quedarte a dormir en una pirámide?

—A eso no hay pero que valga —dijo Lissa.

—Al Luxor, entonces —le dije al taxista.

Hicimos el recorrido en silencio, y todos nosotros —bueno, excepto Victor— nos dedicamos a mirar asombrados por la ventanilla. Incluso durante el día, las calles de Las Vegas estaban hasta arriba de gente. Los jóvenes, los glamurosos, caminaban codo con codo con parejas de clase media que con toda probabilidad habrían ahorrado lo indecible para hacer aquel viaje. Los hoteles y los casinos por los que pasamos eran gigantescos, ostentosos y atrayentes.

Y cuando llegamos al Luxor... ya te digo. Era como nos había dicho Eddie: un hotel con la forma de una pirámide. Levanté la vista para mirarlo cuando nos bajamos del coche en un intento desesperado por evitar quedarme boquiabierta como la turista alucinada que era. Pagué al taxista y nos dirigimos al interior. No sabía cuánto tiempo íbamos a quedarnos, pero sin duda necesitaríamos una habitación como nuestra base de operaciones.

Entrar en el hotel fue como regresar a los *nightclubs* de San Petersburgo y Novosibirsk. Un centelleo de luces y el imponente olor a humo. Y ruido. Ruido, ruido y más ruido. Los timbrazos y pitidos de las tragaperras, las fichas al caer, los gritos de la gente —bien horrorizada o bien extasiada—, y el repiqueteo rítmico de las conversaciones llenaban la sala como el zumbido de un panal. Hice una mueca. La exposición a aquellos estímulos me crispaba los sentidos.

Bordeamos la zona del casino para llegar hasta el mostrador principal, donde el recepcionista ni pestañeó al ver que tres adolescentes y un hombre mayor cogían una sola habitación para los cuatro. Tuve que imaginarme que ya habrían visto de todo por allí. Nuestra habitación era de tamaño medio, con dos camas de matrimonio, y de algún modo habíamos tenido la suerte de que nos tocasen unas vistas impresionantes. Lissa se quedó junto a la

ventana, ensimismada mirando a la gente y los coches que circulaban allá abajo, por el Strip, pero yo me metí de lleno en nuestra tarea.

—Muy bien, llámale —ordené a Victor.

Se había sentado en una de las camas, con las manos cruzadas y una expresión serena, como si de verdad estuviese de vacaciones. A pesar de su sonrisa de suficiencia, notaba la fatiga marcada en su rostro. Aun con el suministro de sangre, la huida y el largo viaje le habían resultado agotadores, y los efectos del lento regreso de su enfermedad, como es natural, le estaban pasando factura a sus fuerzas.

Victor alargó de inmediato la mano hacia el teléfono de la habitación, pero yo le hice un gesto negativo con la cabeza.

—Liss, déjale usar tu móvil. Quiero quedarme con el número registrado.

Le entregó el teléfono móvil con muchos reparos, como si lo pudiese contaminar. Victor lo cogió y me dedicó una mirada casi angelical.

—Imagino que no podré disponer de un poco de intimidad, ¿verdad? Es que hace mucho que no hablo con Robert.

—No —le solté.

La dureza de mi tono de voz me sorprendió incluso a mí, y se me ocurrió que tal vez Lissa no fuese la única que estuviese sufriendo de una excesiva utilización del espíritu aquel día.

Victor se encogió levemente de hombros y comenzó a marcar. Ya nos había dicho durante uno de los vuelos que tenía memorizado el número de Robert, así que no me quedó más remedio que creerme que era a él a quien llamaba. También me tocó esperar que Robert no hubiese cambiado de número. Por supuesto que, aunque no hubiera visto en años a su hermano, Victor llevaba muy poco tiempo encerrado y era probable que ya lo tuviese bajo vigilancia con antelación.

Se tensó el ambiente en el cuarto mientras aguardábamos y la llamada daba señal. Un momento después, oí que una voz respondía al otro extremo del teléfono, aunque no pude distinguir las palabras exactas.

—Robert —dijo Victor con amabilidad—. Soy Victor.

Aquello obtuvo una respuesta frenética del otro lado. Yo solo podía oír la mitad de la conversación, pero resultaba intrigante. Para empezar, Victor tuvo que dedicar mucho tiempo a convencer a Robert de que se encontraba fuera de la cárcel. Al parecer, Robert no vivía tan al margen de la sociedad moroi como para haber perdido el contacto con las noticias de actualidad.

Victor le dijo que ya se enteraría más adelante de los detalles, y acto seguido inició su discurso para que Robert viniese a encontrarse con nosotros.

Llevó una eternidad. Me dio la sensación de que Robert vivía atemorizado y en una paranoia, algo que me recordó las etapas más avanzadas de la demencia provocada por el espíritu en la señorita Karp. La mirada de Lissa siguió clavada en el paisaje exterior durante toda la llamada, pero sus sentimientos eran un reflejo de los míos: el temor de que aquel llegase a ser su destino algún día, o el mío, también, si es que atraía hacia mí los efectos del espíritu. La imagen del letrero de la prisión se formó en su mente como un breve fogonazo: ALERTA: ACCESO A LA ZONA DE RECLUSOS (PSIQUIATRÍA).

La voz de Victor se tornó sorprendentemente cautivadora al hablar con su hermano, amable incluso. Fue para mí un inquietante recuerdo de los viejos tiempos, antes de que nos enterásemos de los demenciales planes de Victor de dominar a los moroi. Por aquel entonces también nos trataba a nosotras con amabilidad, y casi había sido un miembro más de la familia de Lissa. Me pregunté si en algún momento había sido sincero o si todo había sido puro teatro.

Por fin, después de casi veinte minutos, Victor convenció a Robert para que viniese a vernos. Las palabras ininteligibles al otro lado del teléfono sonaban cargadas de ansiedad, y en aquel instante me convencí de que Victor estaba hablando realmente con el loco de su hermano y no con uno de sus cómplices. Victor quedó con él para cenar en uno de los restaurantes del hotel y por fin colgó.

—¿Una cena? —pregunté cuando Victor dejó el teléfono—. ¿No le preocupaba salir después de la puesta de sol?

—Cenaremos temprano —respondió él—. A las cuatro y media de la tarde. Y el sol no se pondrá casi hasta las ocho.

—¿A las cuatro y media? —le pregunté—. Cielo santo. ¿Qué vamos a pedir, el «menú especial tercera edad», o qué?

Sin embargo, su argumento al respecto de la hora y el sol era bueno. Sin la seguridad de la luz veraniega casi ininterrumpida de Alaska, estaba empezando a sentirme agobiada por la presión de los límites que marcaban la salida y la puesta del sol, aunque allí también fuese verano. Por desgracia, una cena temprana y segura seguía suponiendo que aún nos quedaban unas horas por delante.

Victor se reclinó en la cama con los brazos detrás de la cabeza. En mi opinión, estaba intentando dar una imagen despreocupada, y me imaginé que en realidad era el agotamiento lo que le llevaba a buscar la comodidad de la cama.

—¿Dispuesta a probar suerte ahí abajo? —le dirigió una mirada a Lissa—. Los manipuladores del espíritu son unos jugadores de cartas increíblemente buenos. No hace falta que te diga lo bien que se os da interpretar a la gente.

Ella no respondió.

—Nadie va a salir de esta habitación —dije yo. No me gustaba la idea de quedarnos todos allí encerrados, pero no me podía arriesgar a un intento de fuga o a que algún strigoi anduviese al acecho por los rincones oscuros del casino.

Después de lavarse el tinte del pelo, Lissa se llevó una silla junto a la ventana. Se negaba a acercarse más a Victor. Yo me senté con las piernas cruzadas en la segunda cama, donde quedaba sitio de sobra para que también se sentase Eddie, aunque él prefirió quedarse de pie junto a la pared, en perfecta pose de guardián mientras vigilaba a Victor. No me cabía la menor duda de que Eddie podía permanecer en esa postura durante horas por muy incómoda que se volviese. A todos nos habían entrenado para soportar las condiciones más duras. Se le daba bien lo de mantener un aspecto adusto, pero de vez en cuando le pillaba estudiando a Victor con curiosidad. Eddie se había quedado a mi lado en aquel acto de traición, aunque él ni siquiera sabía aún por qué lo había hecho.

Llevábamos allí unas pocas horas cuando alguien llamó a la puerta. Me levanté de un salto.

Eddie y yo hicimos exactamente lo mismo: nos pusimos en guardia, en tensión, y nuestras manos se fueron en busca de las estacas. Una hora antes habíamos pedido que nos subieran la comida, pero ya hacía bastante que el servicio de habitaciones había venido y se había ido. Era demasiado pronto para Robert, y, además, él desconocía a qué nombre estaba nuestra reserva. No obstante, tampoco sentía náuseas: ningún strigoi al otro lado de la puerta. Mis ojos se encontraron con los de Eddie e intercambiaron mensajes sin palabras al respecto de qué hacer.

Sin embargo, fue Lissa la primera en actuar: se levantó de su silla y dio unos pasos por la habitación.

—Es Adrian.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Estás segura?

Asintió. Los manipuladores del espíritu solo veían auras, por lo general, pero se podían sentir los unos a los otros si se encontraban lo bastante cerca, tal y como le había sucedido en la prisión. Aun así, ninguno de nosotros se movió. Lissa me miró con una expresión seca.

—Sabe que estoy aquí —señaló—. Él también puede sentirme a mí.

Suspiré sin apartar la mano de la estaca, y me dirigí hacia la puerta a grandes zancadas. Eché un vistazo por la mirilla. Allí de pie, con su gesto divertido e impaciente, se encontraba Adrian. No pude ver a nadie más, y sin rastro de strigoi alguno, acabé por abrir la puerta. El rostro se le iluminó de alegría al verme. Se inclinó y me dio un beso rápido en la mejilla antes de entrar en la habitación.

—A vosotras dos no se os pasaría realmente por la cabeza que os podríais largar de fin de semana de fiesta sin mí, ¿verdad? Y menos para venir aquí, de entre todos los sitios posibles...

Se quedó petrificado, y fue una de esas raras ocasiones en que Adrian Ivashkov se veía sorprendido absolutamente fuera de juego.

—¿Os habéis dado cuenta —dijo muy despacio— de que tenéis a Victor Dashkov sentado en vuestra cama?

—Sí —le dije—. Para nosotras también ha sido un sorpresón.

Adrian apartó muy despacio la mirada de Victor y recorrió la habitación para reparar en la presencia de Eddie por primera vez. Había permanecido tan quieto que prácticamente parecía parte del mobiliario. Adrian se volvió hacia mí.

—¿Qué coño está pasando aquí? ¡Todo el mundo anda por ahí buscándole!

Escuché las palabras de Lissa a través del vínculo. *Podrías contárselo, la verdad. Sabes que ahora ya no se va a marchar*.

Tenía razón. No sabía cómo nos había encontrado Adrian, pero ahora que lo había hecho, ya no habría manera de que se marchase. Miré a Eddie con cara de duda, y él me leyó el pensamiento.

—Estaremos bien —me dijo—. Marchaos a hablar. No permitiré que pase nada.

Y yo vuelvo a sentirme con las fuerzas suficientes para someterlo con la coerción si es que intenta algo, añadió Lissa.

Suspiré.

—Vale. Volvemos enseguida.

Cogí a Adrian por el brazo y lo conduje fuera de la habitación. En cuanto salimos al pasillo, arrancó de nuevo.

—Rose, qué...

Le hice un gesto negativo con la cabeza. En el rato que llevábamos en el hotel, había oído el suficiente ruido de los otros huéspedes en el pasillo como para saber que mis amigos oirían nuestra conversación si la manteníamos allí fuera. En lugar de eso, Adrian y yo cogimos el ascensor y bajamos al casino, donde el ruido amortiguaría nuestras voces. Encontramos un rincón un tanto apartado, y Adrian prácticamente me empujó contra la pared con una oscura expresión en el rostro. Su actitud tan poco seria me irritaba a veces, pero la prefería a cuando estaba enfadado, en gran medida porque temía que el espíritu le añadiese un toque de inestabilidad.

—O sea, que me dejas una nota diciéndome que te piras a un último fin de semana de juerga, y en cambio te encuentro escondida con uno de los delincuentes de peor fama de toda la historia, ¿no? ¡Todo el mundo estaba hablando de esto cuando me he marchado de la corte! ¿Ese tío no ha intentado matarte?

Respondí a su pregunta con otra pregunta:

—¿Y cómo es que nos has encontrado?

—La tarjeta de crédito —me dijo—. Estaba esperando a que la utilizases.

Se me pusieron los ojos como platos.

—¡Cuando recibí todo aquello me prometiste que no te dedicarías a meter las narices donde no te llaman! —dado que había conseguido las tarjetas y las cuentas bancarias con su ayuda, en su momento fui consciente de que él tendría acceso a los extractos, pero le creí cuando dijo que respetaría mi intimidad.

—Mientras estuviste en Rusia, mantuve esa promesa. Esto es distinto. Lo he estado comprobando con la compañía una y otra vez, y en cuanto ha aparecido la actividad con el alquiler del avión, he llamado y he descubierto adónde ibas —que Adrian llegase aquí tan poco tiempo después que nosotros no era algo descabellado si había estado controlando el uso de la tarjeta. Una vez tuvo la información que necesitaba, le habría resultado sencillo sacarse un billete de avión. Un vuelo comercial directo habría recuperado el tiempo de nuestro viaje más lento y con escalas—. Era

imposible que me pudiese resistir a venir a Las Vegas —prosiguió—, así que pensé darte una sorpresa, aparecer y unirme a la fiesta.

Caí en la cuenta de que había utilizado mi tarjeta para la habitación, y así había vuelto a decirle dónde estábamos. No había nadie más con acceso a mi tarjeta o a la de Lissa, pero la facilidad con la que él nos había encontrado me puso nerviosa.

—No deberías haber hecho eso —le gruñí—. Puede que estemos juntos, pero hay unos límites que tienes que respetar. Esto no es asunto tuyo.

—¡Oye, que no es como si hubiese leído tu diario! Yo solo quería encontrar a mi novia y... —el hecho de que hasta ese instante Adrian no hubiese empezado a retroceder en mis pasos y a unir las piezas era una prueba de la angustia que sentía—. Cielo santo, Rose. Por favor, dime que no habéis sido vosotros quienes lo han sacado de la cárcel. Están buscando a dos chicas humanas y a un dhampir, y las descripciones no encajan en absoluto... —soltó un quejido—. Pero sí que has sido tú, ¿verdad? De alguna manera te las has arreglado para meterte en una prisión de máxima seguridad. Con Eddie.

—Pues a lo mejor no es tan segura —comenté a la ligera.

—¡Rose! Ese tío se ha dedicado a joderos la vida a las dos. ¿Por qué liberarlo?

—Porque... —vacilé. ¿Cómo le podría explicar aquello a Adrian? ¿Cómo explicarle algo que, conforme a todos los indicios con que contábamos en nuestro mundo, era imposible? ¿Y cómo iba a explicarle cuál era el objetivo específico que movía todo aquello?—. Victor tiene una información que necesitamos. O, bueno, digamos que tiene acceso a alguien que necesitamos. Esta era la única forma de conseguirlo.

—¿Y qué diantre puede saber él que te fuerce a hacer todo esto?

Tragué saliva. Me había metido en cárceles y en madrigueras de strigoi, pero decir lo que estaba a punto de decirle a Adrian me llenaba de aprensión.

—Porque puede haber una forma de salvar a un strigoi. Devolverlos a como eran antes. Y Victor... Victor conoce a alguien que es posible que lo haya hecho.

Adrian clavó en mí una mirada que duró varios segundos, y aun en medio de todo aquel movimiento y ruido del casino, fue como si el mundo se hubiese detenido y quedado en silencio.

—Rose, eso es imposible.

—Podría no serlo.

—De haber una forma de hacerlo, ya lo sabríamos.

—Tiene que ver con los moroi cuyo elemento es el espíritu, y apenas acabamos de enterarnos de su existencia.

—Eso no significa que sea... Oh, ya veo —se iluminó la profunda mirada de sus ojos verdes, y esta vez era de enfado—. Es por él, ¿verdad? Este es tu último y demencial intento de llegar a él. A Dimitri.

—No solo a él —dije de un modo vago—. Podría salvar a todos los strigoi.

—¡Creía que esto se había acabado! —exclamó Adrian. Su tono de voz fue lo bastante alto como para que se volvieran algunas de las personas que había en las máquinas tragaperras cercanas—. Me dijiste que se había acabado. Me dijiste que ya podías pasar página y estar conmigo.

—Lo decía en serio —dije, sorprendida por el tono desesperado de mi voz—. Es algo de lo que nos acabamos de enterar. Teníamos que intentarlo.

—Y después, ¿qué? ¿Y si funciona esta estúpida fantasía? Liberas a Dimitri en una especie de obra milagrosa, y a mí me dejas así —chasqueó los dedos—, por las buenas.

—No lo sé —dije cansada—. Solo nos estamos tomando esto paso a paso. Me encanta estar contigo, de verdad, pero no puedo ignorar esto.

—Claro que no puedes —elevó la mirada al cielo—. Sueños, sueños. Yo me paseo por ellos; los vivo. Me autoengaño con ellos. Es increíble que aún sea capaz de distinguir la realidad —su extraño tono de voz. Era capaz de reconocer uno de sus episodios de leve enajenación inducida por el espíritu. Acto seguido, me dio la espalda con un suspiro—. Necesito un trago.

Toda la pena que sintiese por él se convirtió en ira.

—Ah, genial, eso lo arregla todo. Me encanta ver que, en un mundo que ha perdido la cabeza, a ti aún te queda el recurso de tus viejas excusas.

Di un respingo ante su mirada. Adrian no lo hacía muy a menudo, pero cuando miraba así, era algo cargado de fuerza.

—¿Qué es lo que esperas que haga?

—Pues podrías... podrías... —por Dios—. Mira, ahora que ya estás aquí, podrías ayudarnos. Además, ese tío al que vamos a ver es otro manipulador del espíritu.

Adrian no dejó ver lo que estaba pensando, pero me dio la sensación de que había despertado su interés.

—Sí, claro, eso es justo lo que quiero: ayudar a mi novia a traer de vuelta a su ex —volvió a darme la espalda, y le oí mascullar—. Necesito dos tragos.

—Cuatro y media —alcé la voz mientras se marchaba—. Hemos quedado a las cuatro y media.

No hubo respuesta, y Adrian desapareció entre la gente.

Regresé a la habitación envuelta en una sensación desagradable que debía de resultar obvia para todo el mundo. Lissa y Eddie eran lo bastante inteligentes como para no hacer preguntas, aunque Victor, por supuesto, no tenía tales reservas.

—¿Qué? ¿No se une a nosotros el señor Ivashkov? Con los deseos tan enormes que tenía de disfrutar de su compañía...

—Cierra la boca —le dije, cruzándome de brazos y apoyándome contra la pared junto a Eddie—. Y no la abras a menos que te pregunten.

Pasaron lentamente las siguientes dos horas. Estaba convencida de que, en cualquier instante, Adrian regresaría y aceptaría ayudarnos a regañadientes. Podríamos utilizar su coerción si las cosas iban mal, aunque no se pudiese comparar con Lissa. Seguro... seguro que me quería lo suficiente como para venir en mi ayuda, ¿no? Él no me abandonaría, ¿verdad? «Eres idiota, Rose —era mi propia voz la que me reprendía dentro de mi cabeza, no era la de Lissa—. No le has dado ningún motivo para que te ayude. Te limitas a hacerle daño una y otra vez. Exactamente igual que hiciste con Mason».

Cuando dieron las cuatro y cuarto, Eddie me miró.

—¿Nos hacemos con una mesa?

—Claro —me sentía impaciente y contrariada. No quería quedarme en aquella habitación, atrapada con unos sentimientos oscuros que no iban a desaparecer. Victor se levantó de la cama y se estiró como si se despertase de una siesta reparadora. Aun así, habría jurado que vi un brillo de entusiasmo en la profundidad de sus ojos. A decir de todo el mundo, su medio hermano y él mantenían una relación estrecha, aunque yo no hubiese visto nunca a Victor mostrar cariño ni lealtad a nadie. ¿Quién sabe? Tal vez guardaba un verdadero afecto hacia Robert en alguna parte.

Formamos una especie de dispositivo de protección conmigo al frente, Eddie detrás y los dos moroi entre nosotros. Abrí la puerta de la habitación

y me encontré cara a cara con Adrian. Tenía la mano levantada, como si estuviese a punto de llamar. Arqueó una ceja.

—Eh, vaya —dijo. Traía en la cara la típica expresión despreocupada de Adrian, aunque su voz sonaba un poco forzada. Sabía que no le hacía feliz nada de aquello. Podía verlo en la tensa disposición de su mandíbula y en la agitación que había en sus ojos. Sin embargo, estaba poniendo buena cara delante de los demás, y se lo agradecía. Y lo más importante, había vuelto. Eso era lo que había que tener en cuenta, y podía pasar por alto el olor a alcohol y a tabaco en que venía envuelto—. Pues... me han dicho que os vais a una fiesta. ¿Os importa si me uno?

Le ofrecí una leve sonrisa de agradecimiento.

—Vente.

En un grupo ahora de cinco, descendimos por el pasillo camino del ascensor.

—¿Sabes? Estaba arrasando al póquer —añadió Adrian—, así que más vale que esto sea bueno.

—No sé si será bueno —susurré. Se abrieron las puertas del ascensor —. Pero creo que será memorable.

Entramos y nos dirigimos a ver a Robert Doru. Y hacia lo que podría ser la única salvación de Dimitri.

Nueve

RESULTÓ sencillo localizar a Robert Doru.

No fue por que se pareciese a Victor. Tampoco fue por que se produjese entre los dos hermanos una de esas escenas dramáticas en que echan a correr el uno hacia el otro. Fue más bien la mente de Lissa la que me dio la pista. Vi a Robert a través de sus ojos, cómo el aura dorada de un manipulador del espíritu iluminaba su esquina del restaurante como una estrella. Cogió a Lissa tan por sorpresa, que se tropezó ligeramente. Aquel tipo de aura era para ella una visión demasiado rara como para estar plenamente acostumbrada a ella. Ver las auras era algo que Lissa podía hacer o no a voluntad, y justo antes de «apagar» la de Robert, se percató de que, si bien había en ella el brillante color dorado que veía en Adrian, también tenía un aire de inestabilidad. Despedía además los fogonazos de unas chispas de otros colores, que temblaban y ondeaban. Se preguntó si sería una señal de la manifestación de la demencia del espíritu.

Los ojos de Robert se iluminaron cuando Victor se acercó a la mesa, aunque no se dieron un abrazo ni se tocaron siquiera. Victor se limitó a sentarse junto a su hermano, y el resto de nosotros nos quedamos allí de pie, incómodos, por un momento. Aquella situación era demasiado extraña, pero él era el motivo de que estuviésemos allí y, unos segundos más tarde, mis amigos y yo nos unimos a los hermanos a la mesa.

—Victor... —suspiró Robert con los ojos muy abiertos. Podría ser que Robert tuviese algunos de los rasgos faciales de los Dashkov, pero sus ojos eran castaños, no verdes. Sus manos jugueteaban con una servilleta—. No me lo puedo creer... Llevo tanto tiempo deseando verte...

La voz de Victor fue amable, tal y como lo había sido por teléfono, como si estuviera hablando con un niño.

—Lo sé, Robert. Yo también te he echado de menos.

—¿Te vas a quedar? ¿Puedes volver y quedarte conmigo? —una parte de mí quería soltarle que aquella idea era una ridiculez, pero la desesperación en la voz de Robert prendió en mí una minúscula chispa de compasión. Permanecí en silencio y me limité a observar la escena que se desarrollaba ante mí—. Yo te escondería. Estaría genial. Solo nosotros dos.

Victor vaciló. No era estúpido. A pesar de mis vagas afirmaciones en el avión, él sabía que las posibilidades de que le dejase marchar eran inexistentes.

—No lo sé —dijo en voz baja—. No lo sé.

La llegada del camarero nos sacó de golpe a todos de nuestra ensoñación, y pedimos las bebidas. Adrian pidió un gin-tonic, y ni siquiera le solicitaron el carné. No tuve muy claro si fue porque aparentaba tener los veintiuno o porque era lo bastante convincente con el espíritu. Al margen de eso, no es que aquello me emocionase. El alcohol anestesiaba el espíritu. Nos encontrábamos en una situación precaria, y me hubiera gustado contar con él en plenitud de facultades. Por supuesto, teniendo en cuenta que ya había estado bebiendo un rato antes, probablemente daba igual.

Después de que se marchase el camarero, fue como si Robert reparase en el resto de nosotros. Su mirada pasó veloz sobre Eddie, se centró en Lissa y Adrian, y permaneció sobre mí un largo rato. Me puse en tensión: no me gustaba aquel escrutinio. Se volvió al fin hacia su hermano.

—¿A quién has traído, Victor? —Robert seguía teniendo aquel aire suyo tan disperso y tan ajeno, aunque ahora se iluminaba con las sospechas. Temor y paranoia—. ¿Quiénes son estos niños? Dos manipuladores del espíritu y... —su mirada volvió a caer sobre mí. Estaba leyendo mi aura— una de entre los bendecidos por la sombra.

Por un instante, me quedé sorprendida por su utilización del término. Entonces recordé lo que me había contado Mark, el marido de Oksana: Robert estuvo antes vinculado a un dhampir, y aquel dhampir había muerto, lo cual aceleró de manera drástica el deterioro de la mente de Robert.

—Son unos amigos —dijo Victor con suavidad—. Unos amigos que desean hablar contigo y hacerte algunas preguntas.

Robert frunció el ceño.

—Estás mintiendo. Lo noto. Y ellos no te consideran un amigo. Están tensos. Mantienen las distancias contigo.

Victor no le negó su afirmación sobre la amistad.

—Sin embargo, necesitan tu ayuda, y yo se la he prometido a ellos. Era el precio para que me permitiesen venir a verte.

—No deberías haber prometido nada en mi nombre —la servilleta de papel de Robert estaba ya hecha jirones. Sentía ganas de darle la mía.

—Pero ¿es que tú no querías verme? —le preguntó Victor con una voz encantadora, un tono cariñoso y una sonrisa casi genuina.

Robert parecía preocupado. Confuso. De nuevo me recordó a un niño, y comencé a albergar mis dudas de que aquel tipo hubiese transformado alguna vez a un strigoi.

Se volvió a guardar la respuesta cuando llegaron nuestras bebidas. Para obvia irritación del camarero, ninguno de nosotros había cogido siquiera el menú. Se marchó, y yo abrí el mío sin leerlo realmente.

A continuación, Victor nos presentó a Robert con las mismas formalidades que en un acto diplomático. La cárcel no había apagado su sentido regio de la etiqueta. Victor ofreció solo nuestros nombres de pila. Robert se volvió hacia mí sin abandonar su ceño fruncido, y fijó la mirada entre Lissa y yo. Adrian había dicho que, cuando estábamos juntas, nuestras auras mostraban que estábamos vinculadas.

—Un vínculo... ya casi me había olvidado de cómo era... pero Alden... Nunca me olvidaré de Alden —su mirada se volvió distraída y casi ausente. Estaba reviviendo un recuerdo.

—Cuánto lo siento —dije, sorprendida al oír la compasión que había en mis palabras. Aquello no se parecía en nada al duro interrogatorio que había visualizado—. Solo puedo imaginarme lo que debe de haber sido... perderle...

La mirada errática se tornó afilada y dura.

—No. No puedes. No se parece a nada que te puedas imaginar. *Nada*. Ahora mismo... ahora mismo... tienes el mundo entero. Un universo de sentidos más allá de los de los demás, un conocimiento de otra persona que nadie puede tener. Perder eso... que te lo arrebaten... te haría desear la muerte.

Vaya. A Robert se le daba bastante bien lo de dar por finiquitada una conversación, y todos los que estábamos allí nos quedamos sentados con la esperanza de que el camarero regresara pronto. Cuando llegó, todos hicimos un intento no muy convincente de pedir algo de comer —excepto Robert—, la mayoría con una decisión sobre la marcha. Aquel restaurante servía comida asiática, y yo pedí lo primero que vi en la carta: una selección de rollitos primavera.

Una vez hubimos pedido la comida, Victor continuó poniéndose con Robert todo lo firme que yo no parecía capaz de conseguir.

—¿Vas a ayudarles? ¿Responderás a sus preguntas?

Me dio la sensación de que Victor estaba presionando con aquello a Robert no tanto como pago de nuestro rescate, sino más bien porque esa

forma de ser conspiradora que tenía se moría por conocer todos los secretos y motivos de todo el mundo.

Robert suspiró. Cada vez que miraba a Victor, lo hacía con un tremendo aire de adoración e incluso idolatría. Era probable que no pudiese negarle nada a su hermano. Se trataba del tipo que encajaba a la perfección en los planes de Victor, y me percaté de que muy posiblemente debería estar agradecida por que Robert se hubiese vuelto inestable. De haber estado en pleno control de sus poderes, Victor no se habría preocupado por Lissa la última vez; ya tendría su propio manipulador personal del espíritu para utilizarlo a su antojo.

—¿Qué queréis saber? —preguntó Robert con la mirada nublada. Se dirigió a mí, probablemente al reconocer mi liderazgo.

Miré a mis amigos en busca de apoyo moral, y no recibí ninguno. Para empezar, ni Lissa ni Adrian aprobaban aquella misión, y Eddie ni siquiera conocía aún su propósito. Tragué saliva, me hice fuerte y centré toda mi atención sobre Robert.

—Hemos oído que una vez liberaste a un strigoi, que fuiste capaz de revertirlo a su condición original.

Un fogonazo de sorpresa iluminó el rostro siempre compuesto de Victor. Desde luego que no se esperaba aquello.

—¿Dónde habéis oído eso? —quiso saber Robert.

—De una pareja a la que conocí en Rusia. Se llaman Mark y Oksana.

—Mark y Oksana... —de nuevo, la mirada de Robert se volvió a perder por unos instantes. Tenía la sensación de que aquello le sucedía a menudo, que no pasaba demasiado tiempo en la realidad—. No sabía que seguían juntos.

—Lo están. Les va realmente bien —necesitaba que regresara al presente—. ¿Es cierto? ¿Hiciste lo que ellos me contaron? ¿Es posible hacerlo?

Las respuestas de Robert venían siempre precedidas de una pausa.

—*Liberarla*.

—¿Perdón?

—Era una mujer. La liberé.

Solté un grito ahogado contra mi voluntad, sin apenas atreverme a procesar sus palabras.

—Estás mintiendo —era la voz de Adrian, su tono duro.

Robert le miró con expresión divertida y de mofa.

—¿Y quién eres tú para decir eso? ¿Cómo lo puedes saber tú? Has dañado y maltratado tanto tus poderes que resulta sorprendente que puedas seguir siquiera en contacto con la magia. Todas esas cosas que te haces a ti mismo... No son de una verdadera ayuda, ¿no? El castigo del espíritu aún te afecta... Muy pronto dejarás de ser capaz de distinguir la realidad de los sueños...

Sus palabras sorprendieron a Adrian por un instante, pero prosiguió en ello.

—No me hace falta ninguna señal física para ver que estás mintiendo. Y sé que mientes porque lo que estás describiendo es imposible. No hay forma de salvar a un strigoi. Cuando se van, se han ido. Están muertos. No muertos. Para siempre.

—Lo que está muerto no siempre permanece muerto... —las palabras de Robert no iban dirigidas a Adrian, eran para mí. Sentí un escalofrío.

—¿Cómo? ¿Cómo lo hiciste?

—Con una estaca. Murió a causa de una estaca, y al suceder, regresó a la vida.

—Vale —dije yo—. Eso sí que es mentira. He matado unos cuantos strigoi con estacas, y, créeme, se quedan muertos.

—No con cualquier estaca —los dedos de Robert danzaban sobre el borde de su vaso—. Con una estaca especial.

—Una estaca con un hechizo del espíritu —dijo Lissa de repente.

Robert elevó la mirada hacia ella y sonrió. Era una sonrisa escalofriante.

—Sí. Eres una chica lista, muy lista. Una chica lista y amable. Amable y gentil. Puedo verlo en tu aura.

Me quedé mirando a la mesa, con la cabeza trabajando a marchas forzadas. Una estaca hechizada con el espíritu. Las estacas de plata estaban impregnadas de los cuatro elementos principales de los moroi: tierra, aire, agua y fuego. Era esa infusión de vida lo que destruía la fuerza de no muerto en el interior de un strigoi. Con nuestro reciente descubrimiento de cómo hechizar objetos con el espíritu, imbuir una estaca jamás se nos había ocurrido. El espíritu sanaba. El espíritu me había traído a mí de vuelta de entre los muertos. Al unirlo a los demás elementos en una estaca, ¿sería realmente posible que la retorcida oscuridad de la que eran presa los strigoi se pudiese eliminar, y así restaurar a aquella persona a su debida condición?

Agradecí la llegada de la comida, porque mi cerebro aún se movía con lentitud. Los rollitos primavera me proporcionaron una maravillosa oportunidad para pensar.

—¿De verdad es tan fácil? —pregunté por fin.

Robert se mofó.

—No es fácil en absoluto.

—Pero si acabas de decir... Acabas de decir que nos hace falta una estaca hechizada con el espíritu. Después voy y mato a un strigoi con ella —o, bueno, matar no. Los detalles técnicos eran irrelevantes.

Regresó su sonrisa.

—Tú no. Tú no puedes hacerlo.

—Entonces, ¿quién...? —me detuve en seco, y el resto de mis palabras se me quedaron en los labios—. No. *No*.

—El bendecido por la sombra no posee el don de la vida. Solo el ungido por el espíritu —se explicó—. La cuestión es: ¿quién será capaz de hacerlo? ¿La chica amable, o el borrachuzo? —sus ojos iban y venían entre Lissa y Adrian—. Yo apostaría por la chica amable.

Aquellas palabras fueron lo que me despertó de mi estado de shock. Es más, fueron lo que hizo añicos toda aquella historia, aquel sueño disparatado de salvar a Dimitri.

—No —repetí—. Aunque fuese posible, y no estoy del todo segura de creerte, ella no puede hacerlo. No se lo permitiré.

Y en un giro casi tan sorprendente como la revelación de Robert, Lissa se volvió hacia mí, y una oleada de ira inundó nuestro vínculo.

—¿Y desde cuándo me dices tú lo que puedo y lo que no puedo hacer?

—Desde que no recuerdo que hayas recibido entrenamiento como guardián y hayas aprendido a matar a un strigoi —respondí con serenidad, en un esfuerzo por mantener un tono de voz calmado—. Solo le has dado un puñetazo a Reed, y eso ya fue lo bastante duro.

Cuando Avery Lazar intentó apoderarse de la mente de Lissa, envió a su hermano —bendecido por la sombra— a hacer parte del trabajo sucio. Con mi ayuda, Lissa le atizó un puñetazo y lo mantuvo a distancia. La ejecución había sido impecable, aunque ella lo había pasado bastante mal.

—Pero lo hice, ¿o no? —exclamó.

—Liss, dar un puñetazo no se parece en nada a matar a un strigoi. Y eso sin contar con el hecho de que, en primer lugar, tendrías que ser capaz

de acercarte a uno. ¿Crees que podrías llegar a tenerlo a tu alcance antes de que te mordiese o te partiera el cuello? No.

—Aprenderé —la determinación en su voz y en su mente resultaban admirables, pero a los guardianes nos llevaba décadas aprender nuestro trabajo y, aun así, eran muchos los que caían.

Adrian y Eddie tenían un aspecto incómodo en medio de nuestra discusión, pero Victor y Robert parecían tan intrigados como divertidos. Eso no me gustó. No estábamos allí para su entretenimiento.

Intenté esquivar la cuestión del peligro regresando sobre Robert.

—Si un manipulador del espíritu trajese de vuelta a un strigoi, entonces esa persona quedaría bendecida por la sombra —no le señalé a Lissa la obvia conclusión. Parte de lo que había vuelto loca a Avery (además del uso normal del espíritu) había sido los vínculos con más de una persona. Hacer aquello creaba una situación muy inestable que rápidamente conducía a todos los implicados a la oscuridad y a la demencia.

La mirada de Robert se volvió distraída conforme se dirigía más allá de mí.

—Los vínculos se forman cuando alguien muere, cuando su alma parte y se traslada al mundo de los muertos. Traerla de regreso es lo que los convierte en bendecidos por la sombra. La marca de la muerte se encuentra sobre ellos —su mirada se clavó de pronto en mí—. Tal y como se halla sobre ti.

Me negué a evitar su mirada a pesar de los escalofríos que me producían sus palabras.

—Los strigoi están muertos. Salvar a uno significaría que su alma también regresaría desde el mundo de los muertos.

—No —respondió él—. Sus almas no parten. No permanecen... ni en este mundo ni en el otro. Es incorrecto y antinatural. Eso es lo que los convierte en lo que son. Matar o salvar a un strigoi envía el alma a un estado de normalidad. No hay un vínculo.

—Entonces no hay peligro —me dijo Lissa.

—Aparte de que te mate un strigoi —señalé.

—Rose...

—Terminaremos esta conversación más adelante —le lancé una mirada dura, y ambas la sostuvimos por un instante. Se giró después hacia Robert. En el vínculo seguía habiendo una obstinación que no me gustaba.

—¿Cómo hechizas la estaca? —le preguntó—. Todavía estoy aprendiendo.

Arranqué de nuevo a reprenderla, pero enseguida me lo pensé mejor. Tal vez Robert se equivocase. Tal vez todo lo que hiciera falta para revertir a un strigoi fuese una estaca impregnada de espíritu. Él solo pensaba que tenía que hacerlo un moroi cuyo elemento fuese el espíritu porque él lo había hecho. Supuestamente. Además, yo prefería con mucho que Lissa se preocupase de hacer hechizos en lugar de pelear. Y si la parte del hechizo resultaba demasiado dura, Lissa incluso podría optar por abandonar del todo.

Robert nos miró a Eddie y a mí.

—Alguno de vosotros debe de llevar una estaca encima. Os lo mostraré.

—No se puede sacar una estaca en público —exclamó Adrian en lo que suponía una observación muy inteligente—. Por muy extraña que sea para los humanos, sigue resultando obvio que se trata de un arma.

—Tiene razón —dijo Eddie.

—Podemos regresar a la habitación después de la cena —dijo Victor. Mantenía aquel aire de perfecta gentileza y una expresión anodina en el rostro. Lo estudié con la esperanza de que mi cara mostrase mi desconfianza. A pesar de su entrega, sentía también las dudas de Lissa a través del vínculo. No se veía muy dispuesta a aceptar ninguna de las sugerencias de Victor. Ya habíamos visto en el pasado cuán desesperadamente lejos era capaz de llegar en su intento de materializar sus planes. Había convencido a su propia hija de que se convirtiese en un strigoi y le ayudase a escaparse de la cárcel. Hasta donde todos nosotros sabíamos, tenía los mismos planes para...

—Eso es —dije en un grito ahogado y notando cómo se me abrían exageradamente los ojos mientras miraba a Victor.

—Eso es ¿qué? —preguntó él.

—Por eso obligaste a Natalie a transformarse. Pensaste que... Tú ya estabas al tanto de esto. De lo que había hecho Robert. Ibas a utilizar la fuerza de Natalie como strigoi y, después, harías que él la revirtiese.

El ya de por sí pálido semblante de Victor empalideció más aún, y fue como si envejeciese ante nuestros ojos. Se desvaneció su aire de suficiencia, y apartó la mirada.

—Hace mucho ya que Natalie está muerta y enterrada —dijo muy tenso—. No tiene ningún sentido debatir ahora sobre ella.

Después de aquello, algunos de nosotros hicimos un esfuerzo por comer algo, pero el rollito primavera me parecía insulso. Lissa y yo estábamos pensando en lo mismo. De entre todos los pecados de Victor, yo siempre había considerado el más horrible de todos el que convenciese a su hija para que se convirtiera en strigoi. Fue lo que me reafirmó de una vez por todas al respecto de su condición de monstruo. De repente, me veía obligada a reevaluar las cosas, obligada a reevaluarlo a *él*. Si sabía que la podía traer de regreso, lo que hizo habría sido terrible, pero no *tan* terrible. Para mí continuaba siendo una mala persona, sin duda ninguna, aunque si actuó convencido de que podía revertir a Natalie, eso significaba que creía en el poder de Robert. Seguía sin tener la menor intención de permitir que Lissa se acercase a un strigoi, pero toda aquella historia tan increíble se había vuelto ligeramente más creíble. No podía dejarla pasar sin investigar un poco más.

—Podemos subir a la habitación después de esto —dije por fin—, aunque no por mucho tiempo —mis palabras iban dirigidas a los dos hermanos. Robert parecía haber vuelto a caer en su propio mundo, pero Victor asintió.

Dirigí a Eddie una rápida mirada y recibí un gesto seco y algo distinto de asentimiento por su parte. Entendía el riesgo que había en el hecho de llevar a los dos hermanos a un lugar privado. Eddie me estaba diciendo que permanecería en un estado extra de alerta, si es que no lo estaba ya.

Llegado el momento del final de la cena, Eddie y yo ya estábamos rígidos y en tensión. Iba caminando cerca de Robert, y yo permanecí junto a Victor. Manteníamos a Lissa y a Adrian entre los dos hermanos. Sin embargo, aun yendo muy cerca los unos de los otros, resultaba difícil atravesar la muchedumbre del casino. La gente se nos quedaba parada en el medio, caminaba a nuestro alrededor, entre nosotros... fue un caos. Nuestro grupo se dividió en dos ocasiones debido a unos turistas ajenos a todo. No nos encontrábamos muy lejos de los ascensores, pero me sentía cada vez más inquieta ante la posibilidad de que Victor y Robert saliesen corriendo por entre la multitud.

—Tenemos que salir de este gentío —le di un grito a Eddie.

Él me hizo otro de sus rápidos gestos de asentimiento y dio un brusco giro a la izquierda que me cogió por sorpresa, conduje a Victor en esa

misma dirección, y Lissa y Adrian se apartaron para cogernos después el paso. Me quedé desconcertada hasta que vi que nos acercábamos a un pasillo con un letrero que decía «SALIDA DE EMERGENCIA». Apartados del ajetreo del casino, el nivel de ruido disminuyó.

—Imagino que ahí habrá unas escaleras —se explicó Eddie.

—Guardián astuto —le sonreí fugazmente.

Otro giro nos mostró un cuartillo de mantenimiento a nuestra derecha, y, delante de nosotros, una puerta con el símbolo de unas escaleras. Al parecer, aquella puerta conducía tanto al exterior como a los pisos superiores.

—Fantástico —le dije.

—Hay que subir algo así como diez plantas, ¿no? —comentó Adrian. Era la primera vez que hablaba en un buen rato.

—No hay nada como un poco de ejercicio para... Mierda —me detuve de golpe frente a la puerta. Tenía una pequeña señal de advertencia que decía que saltaría una alarma si se abría esa puerta—. Estaba claro.

—Lo siento —dijo Eddie, como si él fuese personalmente responsable.

—Tú no tienes la culpa —le dije mientras daba media vuelta—. Retrocedamos.

Tendríamos que jugárnosla por entre la multitud. Tal vez aquel rodeo que habíamos dado hubiese cansado lo suficiente a Victor y a Robert como para que no les apeteciese tanto escapar. Ninguno de los dos era joven ya, y Victor seguía estando en baja forma.

Lissa se encontraba demasiado tensa como para andar dándole vueltas al hecho de que la llevasen de aquí para allá, pero Adrian sí que me lanzó una mirada que dejaba bien a las claras lo que tenía en mente: pensaba que aquel ir y venir era una pérdida de tiempo. Por supuesto, pensaba que toda aquella historia de Robert era una pérdida de tiempo. Estaba sinceramente sorprendida de que se viniera con todos nosotros de regreso a la habitación. Me habría esperado de él que se quedase en el casino con sus cigarrillos y con otro trago.

Eddie, que encabezaba el grupo, dio unos pocos pasos por el pasillo de regreso hacia el casino. Y fue entonces cuando me sobrevino.

—¡Alto! —grité.

Eddie reaccionó al instante y se detuvo en aquel espacio tan reducido. Se produjo una cierta confusión. Victor, sorprendido, se tropezó con Eddie, y Lissa se tropezó con Victor. El instinto hizo que Eddie echase mano de su

estaca, pero la mía ya estaba en guardia. La había cogido en cuanto la náusea me inundó.

Unos strigoi se interponían entre nosotros y el casino.

Diez

Y uno de ellos... Uno de ellos...

—No —susurré casi al tiempo que me abalanzaba sobre el que tenía más cerca, una mujer. Parecía haber tres strigoi a nuestro alrededor.

Eddie también se había puesto en movimiento, y los dos intentábamos empujar a los moroi para que se quedasen detrás de nosotros. No hizo falta apremiarlos mucho. Al ver a los strigoi, los moroi habían empezado a retroceder y a agruparse, creando una especie de cuello de botella. Entre los reflejos instantáneos de Eddie y el pánico de los moroi, estaba bastante segura de que nadie había reparado en lo mismo que yo.

Dimitri era uno de ellos.

«No, no, no», dije, aunque en esta ocasión lo dije para mis adentros. Me lo había advertido. Una y otra vez, me decía en sus cartas que vendría a por mí en cuanto me alejase de la seguridad de las defensas. Yo le había creído, y aun así... verlo hecho realidad era algo muy distinto. Habían transcurrido tres meses, pero en un instante, un millón de recuerdos me pasaron por la cabeza con una claridad meridiana. Mi cautividad con Dimitri. La forma en que su boca —tan, tan cálida a pesar de la frialdad de su piel— había besado la mía. Sentir sus colmillos en mi cuello y la dulce felicidad que lo seguía...

También tenía el mismo aspecto exacto, con aquella palidez blanca y lechosa, y los ojos con el borde rojo que contrastaban con su media melena de color castaño a la altura de la barbilla y las líneas de un rostro por lo demás impresionante. Incluso llevaba puesto un guardapolvos de cuero. Tenía que ser uno nuevo, ya que el anterior había quedado bastante hecho trizas en nuestra última pelea en el puente. ¿De dónde los sacaba siempre?

—¡Fuera de aquí! —grité. Mis palabras iban dirigidas a los moroi al tiempo que mi estaca alcanzaba el corazón de la strigoi. La confusión momentánea en la que todos nos habíamos sumido en el pasillo fue más en su detrimento que en el mío. Logré una buena vía libre de visión sobre ella, y quedó claro que no se esperaba que yo fuese tan veloz. Eran muchos los strigoi a los que había matado gracias a que me habían subestimado.

Eddie no tuvo mi suerte. Se tropezó cuando Victor le empujó al pasar junto a él, lo que permitió al otro strigoi —un tío— que iba por delante

darle un golpe de revés que lo envió contra la pared. Aun así, aquel era el tipo de cosas a las que nos enfrentábamos todo el rato, y Eddie respondió maravillosamente bien. Se recuperó del golpe en un segundo, y, ahora que el moroi se había quitado de en medio, Eddie pudo lanzarse contra el strigoi y hacerle frente de lleno.

¿Y yo? Mi atención se centraba en Dimitri.

Pasé por encima de la strigoi caída sin mirarla siquiera. Dimitri había permanecido algo retrasado, y había enviado a sus secuaces a primera línea del frente. Tal vez fuese porque conocía a Dimitri demasiado bien, pero sospechaba que no le había sorprendido que hubiera acabado tan rápido con uno de ellos y que Eddie se las estuviera haciendo pasar canutas al otro. Dudaba que a Dimitri le importase que viviesen o muriesen, para él no eran más que unas distracciones para llegar a mí.

—Te lo dije —dijo Dimitri con una mirada de diversión e intensidad en los ojos. Estaba observando todos y cada uno de mis movimientos, y ambos imitábamos de manera inconsciente los gestos del otro mientras aguardábamos a una oportunidad para atacar—. Te dije que te encontraría.

—Sí, claro —contesté mientras intentaba no hacer caso de los sonidos guturales de Eddie y del otro strigoi. Eddie podía con él. Yo sabía que podía —. Ya me pasaron el recado.

El rastro de una sonrisa curvó los labios de Dimitri y mostró los colmillos que de algún modo provocaron una mezcla de anhelo y de odio. Aparté aquellos sentimientos al instante. Ya había vacilado antes con Dimitri y casi me había costado la vida. Me había negado a permitir que volviese a sucederme, y la adrenalina que fluía por mi cuerpo me servía como un buen recordatorio de que aquella era una situación límite.

El primer movimiento lo hizo él, pero lo esquivé: prácticamente lo había presentido. Ese era el problema entre nosotros, que nos conocíamos demasiado bien, que conocíamos nuestros movimientos demasiado bien. Por supuesto que eso no significaba ni mucho menos que el combate estuviese equilibrado. Ya tenía más experiencia que yo cuando estaba vivo, y sus capacidades como strigoi desequilibraban la balanza.

—Y, sin embargo, aquí estás —dijo sin dejar de sonreír—, cometiendo la necedad de salir cuando deberías haber permanecido en la seguridad de la corte. No me lo podía creer cuando me lo contaron mis espías.

No dije nada, y lo que sí hice fue intentar un golpe con la estaca. Él también lo vio venir y se echó a un lado. No era una sorpresa para mí que

tuviese espías, aun a la luz del día. Controlaba una red formada tanto por strigoi como por humanos, y ya sabía que tenía ojos y oídos pendientes de la corte. La pregunta era: ¿cómo demonios había llegado a meterse en el hotel en pleno día? Por muchos observadores humanos que tuviese en el aeropuerto o controlando el uso de las tarjetas de crédito como había hecho Adrian, Dimitri y sus amigos strigoi deberían haberse visto obligados a esperar al anochecer para llegar aquí.

No, no necesariamente, me percaté un instante después. Los strigoi contaban de tanto en tanto con soluciones alternativas. Furgonetas o monovolúmenes con el habitáculo opaco por completo. Accesos subterráneos. Los moroi que deseaban ir de casinos desde el Witching Hour conocían túneles secretos que conectaban ciertos edificios. Dimitri también estaría al tanto de todo aquello. Si había estado esperando a que yo saliese fuera de las defensas, habría hecho lo que fuese por llegar hasta mí, y yo conocía mejor que nadie los recursos que él tenía.

También sabía que estaba intentando distraerme con la charla.

—Y lo más extraño de todo —prosiguió— es que no hayas venido sola. Te has traído a unos moroi. Tú siempre te has dedicado a poner en peligro tu propia vida, pero no me esperaba que fueses tan impulsiva con las de ellos.

Algo me sucedió entonces. Aparte del ligero zumbido del casino en el otro extremo del pasillo y de los sonidos de nuestra pelea, todo lo demás estaba en silencio. Nos faltaba un ruido muy importante. Digamos, algo así como la alarma de la salida de incendios.

—¡Lissa! —grité—. ¡Largaos de aquí de una vez! Sácalos a todos de aquí.

Tenía que haberse dado cuenta. Todos ellos tenían que haberse dado cuenta. Aquella puerta conducía a las plantas superiores, y al exterior. El sol no se había puesto aún. Daba igual que la alarma nos echase encima al servicio de seguridad del hotel. Demonios, aquello podría ahuyentar a los strigoi, y lo que importaba era que los moroi se pusieran a salvo rápidamente.

No obstante, una rápida comprobación del vínculo me dijo dónde estaba el problema. Lissa estaba petrificada. Absorta. Había visto de repente con quién estaba peleando yo, y el impacto que sufrió fue excesivo. Saber que Dimitri era un strigoi era una cosa, y verlo —verlo muy, muy de verdad —, bueno, digamos que era muy distinto. Yo lo sabía por experiencia

propia. Aun estando preparada, su aspecto me seguía poniendo nerviosa. La había pillado desprevenida, y era incapaz de pensar o de moverse.

Apenas me bastó un suspiro para evaluar sus sentimientos, pero en un combate con un strigoi, un solo segundo puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte. La cháchara de Dimitri había funcionado, y, aunque le estaba vigilando y me mantenía en guardia, llegó hasta mí, me empujó contra la pared, y sus manos me causaron tanto dolor al sujetarme los brazos que se me escapó la estaca.

Llevó su rostro hasta el mío, tan cerca que nuestras frentes se tocaban.

—Roza... —murmuró. Sentía su aliento cálido y dulce sobre la piel. Parecía como si lo lógico hubiera sido que oliese a muerte, a putrefacción, pero no fue así—. ¿Por qué? ¿Por qué tenías que ponerte tan difícil? Podíamos haber pasado juntos toda la eternidad...

El corazón se me salía del pecho. Tenía miedo, me aterrorizaba la muerte que sabía que me esperaba en unos segundos, y, al mismo tiempo, me inundaba el pesar por haberle perdido. Ver los rasgos de su rostro, oír aquel mismo acento en su voz que ahora me envolvía como el terciopelo... Sentí cómo mi corazón se volvía a romper por completo. ¿Por qué? ¿Por qué nos había pasado a nosotros? ¿Por qué era tan cruel el universo?

Conseguí volver a pulsar el interruptor y así dejar a un lado el hecho de que se trataba de Dimitri. Éramos un depredador y su presa, y me encontraba en peligro de verme devorada.

—Lo siento —dije entre los dientes apretados y con un fuerte (e inútil) empujón para librarme de su cepo—. Mi eternidad no implica formar parte de la mafia de los no muertos.

—Lo sé —dijo él. Habría jurado que había una expresión de tristeza en su rostro, pero me convencí de que me lo debía de haber imaginado—. La eternidad será muy solitaria sin ti.

Un aullido ensordecedor resonó en mis oídos. Los dos hicimos un gesto de dolor. Los ruidos que estaban pensados para sorprender a los humanos eran una verdadera pesadilla para un oído tan sensible como el que teníamos nosotros. Aun así, no pude evitar sentir alivio. La salida de incendios. Finalmente, esos idiotas —ya ves, no tenía el menor reparo en llamar idiotas a mis amigos cuando se comportaban de esa manera— habían salido del edificio. Sentí los rayos del sol a través del vínculo y me consolé con aquello cuando los colmillos de Dimitri se aproximaron a la arteria que derramaría mi vida en forma de sangre desde mi cuello.

Albergué la esperanza de que la alarma le distrajese, pero era demasiado bueno. Forcejeé una vez más con la intención de utilizar la sorpresa en su contra, aunque fue en vano. Lo que sí le sorprendió fue la estaca de Eddie al hundirse en el costado de su abdomen.

Dimitri gruñó de dolor y me liberó para volverse hacia Eddie. La expresión en el rostro de mi compañero era dura, sin pestañear. Si ver a Dimitri le impresionaba, a mi amigo no se le notaba. Por lo que yo sabía, Eddie ni siquiera estaría viendo en él a Dimitri, sino que era bastante probable que tan solo viese a un strigoi. Ese era el modo en que nos habían entrenado. Para ver a monstruos, no a personas.

La atención de Dimitri se apartó de mí por el momento. Deseaba prolongar mi muerte, y Eddie no era más que una simple molestia de la que nos tenía que librar a los dos para poder continuar con el jueguecito.

Eddie y Dimitri se enzarzaron en una danza similar a la que yo acababa de tener también con él, con la excepción de que Eddie no conocía los movimientos de Dimitri tan bien como yo. Así, Eddie no fue capaz de evitar por completo que Dimitri le agarrase por el hombro y le empujase contra la pared. La intención que había en aquella maniobra era la de machacarle el cráneo a Eddie, pero él se las arregló para moverse lo justo como para que fuese su cuerpo el que se llevase la peor parte del impacto. No dejaba de ser doloroso, aunque seguía vivo.

Todo esto sucedió en milisegundos, y, en aquellos fugaces instantes, mi perspectiva cambió. Cuando Dimitri se cernía sobre mí, cuando estaba a punto de morderme, me las había arreglado para sobreponerme al impulso de pensar en él como Dimitri, aquella persona a la que una vez conocí y amé. En la situación forzada de una víctima, con mi vida a punto de llegar a su fin, no había dejado de decirme *lucha*, *lucha*, *lucha*.

Ahora, al ver a otro pelear con Dimitri... al ver cómo la estaca de Eddie se acercaba lentamente a él... bueno, digamos que perdí de repente mi fría objetividad. Recordé por qué había ido hasta allí. Recordé todo aquello de lo que nos acabábamos de enterar por Robert.

Frágil. Qué frágil era todo aún. Me había jurado a mí misma que si me encontraba en una situación en la que Dimitri estuviese a punto de matarme y yo no me hubiera enterado de nada más al respecto de salvar a un strigoi, entonces lo haría. Lo mataría. Y esta era mi oportunidad. Podíamos acabar con él entre Eddie y yo. Podíamos poner fin a aquel estado maléfico en el que se encontraba, tal y como él mismo quiso una vez.

Sin embargo..., hacía menos de media hora que me habían ofrecido una pequeñísima porción de esperanza acerca de la posibilidad de salvar a un strigoi. Cierto, esa parte sobre que tuviese que hacerlo un manipulador del espíritu era absurda, pero Victor lo había creído. Y si alguien como él se lo había creído...

No podía hacerlo. Dimitri no podía morir. Aún no.

Me lancé con la estaca y le arañé con la punta de plata la parte de atrás de la cabeza. Soltó un rugido de ira y se las apañó para volverse y quitarme de en medio de un empujón mientras seguía manteniendo a raya a Eddie. Así de increíble era Dimitri. Pero la estaca de Eddie se aproximaba a su corazón, y la mirada en los ojos de mi amigo no flaqueaba, resuelta a matar.

La atención de Dimitri iba y venía entre nosotros dos, y en un lapso mínimo —apenas medio suspiro— vi que la estaca de Eddie alcanzaba el lugar, preparada para lanzar su golpe contra el corazón de Dimitri. Un golpe con toda la pinta de ir a tener éxito donde el mío había fracasado.

Y aquel fue el motivo por el cual, en un movimiento acompasado, lancé un ataque con mi estaca, se la crucé a Dimitri por la cara y, al hacerlo, aparté el brazo de Eddie de un golpe. Era un rostro muy bello. Odiaba estropearlo, pero sabía que Dimitri sanaría. Al lanzar mi ataque, lo aparté con el golpe y caí sobre Eddie de manera que ambos rodamos hacia la salida de incendios, que aún emitía su chillido de advertencia. En el rostro pétreo de Eddie apareció un gesto de sorpresa y, por un instante, quedamos en un punto muerto: yo le empujaba a él hacia la puerta, y él empujaba para volver hacia Dimitri. Sin embargo, noté su vacilación. Estábamos mal colocados, y Eddie se hallaba a punto de lanzarme contra un strigoi, algo que su entrenamiento no le permitiría hacer.

No obstante, Dimitri ya estaba aprovechando la oportunidad. Alargó la mano y me agarró del hombro en un intento de tirarme de espaldas. Eddie me sujetó del brazo y tiró de mí hacia delante. Solté un grito de sorpresa y de dolor. Era como si me fuesen a partir en dos. Dimitri era el más fuerte con diferencia, pero aun atrapada en el medio, a mi peso todavía le quedaba algo que decir, e hice toda la fuerza que pude hacia Eddie. Esto nos ayudó a ganar algo de terreno. Aun así, era algo muy lento, como caminar sobre un suelo embadurnado de miel. A cada paso que conseguía dar hacia delante, Dimitri tiraba de mí hacia atrás.

No obstante, Eddie y yo estábamos progresando lenta y muy, muy dolorosamente hacia el quejido de la puerta. Unos instantes después, oí el

sonido de unos pasos y unas voces.

—Los de seguridad —gruñó Eddie mientras tiraba de mí.

—Mierda —dije.

—No te puedes salir con la tuya —siseó Dimitri, que había conseguido echar ambas manos a mis hombros y ahora nos superaba.

—Ah, ¿sí? Pues estamos a punto de tener aquí a las fuerzas especiales del Luxor en pleno.

—Lo que estamos a punto de tener aquí es una pila de cadáveres. Humanos —dijo en tono de desprecio.

Y aquellos humanos llegaron hasta nosotros. No estoy muy segura de cuál fue la impresión que se llevaron. ¿Un tío asaltando a unos adolescentes? Nos gritaron que nos soltásemos todos y nos pusiéramos frente a ellos, unas indicaciones a las cuales los tres hicimos caso omiso en nuestro épico tira y afloja. Acto seguido debieron de ponerle las manos encima a Dimitri. Él seguía agarrado a mí, pero su sujeción flojeó lo suficiente como para que un fuerte tirón de Eddie unido a algo similar a un salto por mi parte me liberaran de él. Eddie y yo ni siquiera echamos la vista atrás, aunque los guardias de seguridad ahora también nos gritaban a nosotros.

No eran los únicos que gritaban. Justo antes de abrir la puerta de un empujón, oí que Dimitri me llamaba a gritos. En su voz había una carcajada.

—Esto no se ha acabado, Roza. ¿De verdad crees que puedes ir a alguna parte en este mundo donde yo no pueda encontrarte?

La misma advertencia, siempre la misma advertencia.

Hice cuanto pude para no prestar atención al temor que inspiraban aquellas palabras. Eddie y yo irrumpimos en el neblinoso aire del desierto, y también en el sol, que allí seguía a pesar de estar avanzada la tarde. Nos encontrábamos en el aparcamiento del Luxor, donde no había la bastante gente como para ocultarnos. Sin mediar palabra, arrancamos hacia el concurrido Strip, conscientes de que nuestra capacidad física superaba la de cualquier perseguidor humano y nos permitiría perdernos entre el gentío.

Funcionó. En ningún momento vi cuántos nos perseguían. Me imaginé que el personal de seguridad estaba centrando su atención en aquel tío alto que estaba matando gente en su hotel. Se apagaron las voces que gritaban a nuestra espalda, y Eddie y yo finalmente nos detuvimos delante del New York-New York. De nuevo sin mediar palabra, nos metimos de inmediato

dentro del hotel. Tenía una disposición más enrevesada, y estaba más lleno que el Luxor, así que nos mezclamos hasta que dimos con una porción de pared vacía en el extremo más alejado del casino del hotel.

La carrera había sido exigente incluso para nosotros, y nos costó unos instantes recuperar el aliento allí de pie. Me di cuenta de lo serias que se habían puesto las cosas cuando Eddie por fin se volvió hacia mí, y la ira dominaba los rasgos de su cara. Eddie era siempre la viva imagen de la calma y el autocontrol desde que los strigoi lo secuestraron un año antes. Aquello lo había endurecido y había hecho de él alguien más determinado a la hora de enfrentarse a cualquier dificultad. Pero menudo cabreo que tenía conmigo ahora, ya te digo.

—¿Qué demonios ha sido eso? —exclamó—. ¡Le has dejado escapar!

Puse mi mejor cara de dureza, aunque él parecía estar superándome aquel día.

—A ver, ¿es que te has perdido la parte en la que le he dado un tajo con la estaca?

—¡Ya tenía el corazón! ¡Lo tenía a tiro, y tú lo has evitado!

—Venían los de seguridad. No teníamos tiempo. Había que salir de allí, y no podíamos permitir que *nos* viesen matarlo.

—No creo que quede ya ninguno de ellos para informar de haber visto nada —me respondió Eddie sin alterarse. Parecía estar intentando recobrar la compostura—. Dimitri ha dejado ahí un montón de cadáveres. Tú lo sabes. Ha muerto gente porque *tú* no me has dejado clavarle la estaca.

Di un respingo al percatarme de que Eddie tenía razón. Todo debía haber acabado ahí. No me había fijado bien en el número de guardias de seguridad. ¿Cuántos habían muerto? Era irrelevante. Solo importaba el hecho de que habían muerto personas inocentes. Uno solo ya eran demasiados. Y era culpa mía.

Mi silencio provocó que Eddie insistiese en sus razones.

—¿Cómo se te ha podido olvidar esa lección precisamente a ti? Ya sé que era tu instructor..., *era*. Pero ya no es el mismo. Nos han metido eso en la cabeza una y otra vez. No vaciles. No pienses en él como si fuera una persona.

—Le quiero —solté de sopetón y sin querer. Eddie no lo sabía. Solo unos pocos estaban al tanto de mi relación sentimental con Dimitri y de lo que había sucedido en Siberia.

—¿Qué? —exclamó con un grito ahogado. Su indignación se había convertido en desconcierto.

—Dimitri... es algo más que mi instructor...

Eddie no apartó la mirada de mí en varios segundos interminables.

—Era —dijo por fin.

—¿Perdona?

—Que *era* algo más que tu instructor. Que le *querías* —la confusión momentánea de Eddie se había desvanecido. Había regresado el guardián duro, sin empatía—. Lo siento, pero eso es algo del pasado, sea lo que sea que hubiese entre vosotros. Tienes que ser consciente de eso. La persona a la que tú querías ya no está. ¿Ese tío al que acabamos de ver? Ese ya no es el mismo.

Moví lentamente la cabeza en un gesto negativo.

—Lo... lo sé. Ya sé que no es él. Sé que es un monstruo, pero es que podemos salvarlo... Si somos capaces de llevar a cabo lo que Robert nos estaba contando...

Los ojos de Eddie se abrieron como platos, y, por un instante, se quedó estupefacto.

—¿Es de *eso* de lo que va todo esto? ¡Rose, es increíble! No puedes creértelo. Los strigoi están muertos. Para nosotros ya no están. Robert y Victor te estaban metiendo una bola de narices.

Entonces fui yo la que se sorprendió.

—Y ¿por qué estás tú aquí, entonces? ¿Por qué has seguido con nosotros?

Alzó los brazos exasperado.

—Porque eres mi amiga. Me he quedado contigo y he pasado por todo esto... sacar a Victor, escuchar al loco de su hermano... porque sabía que me necesitabas. Todos me necesitabais, para ayudar a manteneros a salvo. Pensé que tenías una verdadera razón para sacar a Victor de la cárcel... y que pensabas llevarlo de vuelta. ¿Que suena a locura? Claro, pero eso es lo normal contigo. Siempre tienes buenas razones para hacer las cosas que haces —suspiró—. Pero esto... esto es pasarse de la raya. Dejar que se largue un strigoi con tal de perseguir una idea... una idea que no tiene ninguna posibilidad de funcionar... eso es diez veces peor que lo que hemos hecho con Victor. Cien veces peor. Cada día que Dimitri se pasee por este mundo es otro día en el que va a morir gente.

Me hundí contra la pared y cerré los ojos con la sensación de que se me revolvía el estómago. Eddie tenía razón. La había cagado. Me había prometido que mataría a Dimitri si me enfrentaba a él antes de poder poner en práctica la solución de Robert. Todo tenía que haber terminado hoy... pero yo había fallado. Otra vez.

Abrí los ojos y me incorporé con la necesidad de hallar otro objetivo con tal de no romper a llorar en medio del casino.

—Tenemos que encontrar a los demás. Están ahí fuera sin protección.

Aquello era probablemente lo único que podía contener la reprimenda de Eddie en ese instante. El instinto del deber tomó las riendas. Proteger a los moroi.

—¿Puedes sentir dónde está Lissa?

El vínculo me había mantenido en contacto con ella durante su huida, pero no me había permitido sondearlo en profundidad más allá de confirmar que estaba viva y se encontraba bien.

—Al otro lado de la calle, en el MGM.

Había visto aquel hotel monumental cuando nosotros nos metimos en el que estábamos, pero no me había percatado de que Lissa se encontraba allí. Ahora podía sentirla, oculta entre una multitud igual que nosotros, asustada pero ilesa. Habría preferido que tanto ella como los demás hubiesen optado por quedarse al sol, pero el instinto la había impulsado a buscar la protección de un recinto cerrado.

Eddie y yo no hablamos más sobre Dimitri, nos dirigimos al exterior y cruzamos la calle atestada. El cielo se volvía anaranjado, pero aún me sentía segura allí fuera, mucho más segura que en el pasillo del Luxor. Gracias al vínculo, siempre podía encontrar a Lissa, y sin pensármelo dos veces, guie a Eddie a través de los rincones y recodos del MGM —sinceramente, la distribución de aquellos lugares cada vez me resultaba más confusa— hasta que vimos a Lissa y a Adrian de pie cerca de una hilera de máquinas tragaperras. Él estaba fumando. Lissa me localizó, echó a correr y me rodeó con sus brazos.

—Dios mío. Qué miedo he pasado. No sabía qué os había ocurrido a vosotros. Odio que el vínculo vaya en una sola dirección.

Me obligué a ofrecerle una sonrisa.

—Estamos bien.

—Estáis bien magullados —susurró Adrian, que se acercó deambulando tranquilamente.

No me cabía la menor duda. Era muy fácil no sentir las lesiones o el dolor en la adrenalina de una pelea. Más tarde, una vez disipada la intensidad de la batalla, empezabas a ser consciente de la situación a la que habías sometido a tu cuerpo.

Estaba tan agradecida por ver que Lissa estaba bien que había pasado por alto algo que Eddie ya había notado.

—Eh, tíos, ¿dónde están Victor y Robert?

Se derrumbó la cara de felicidad de Lissa, e incluso Adrian pareció ponerse serio.

—Maldita sea —dije, sin necesitar mayores explicaciones.

Lissa asintió con unos ojos muy abiertos y cara de consternación.

—Los hemos perdido.

Once

PERFECTO. MARAVILLOSO.

Nos llevó un rato decidir cuál sería nuestro próximo paso. Le dimos vueltas a varias posibilidades bastante endebles de seguirle la pista a Victor y a Robert, y acabamos por descartarlas todas. El teléfono de Robert era un móvil, y, si bien la CIA podía rastrear ese tipo de cosas, nosotros desde luego que no. Aunque el domicilio de Robert apareciese en las guía de teléfonos, sabía que Victor no le habría permitido regresar allí. Y por mucho que Adrian y Lissa pudiesen localizar el aura de un manipulador del espíritu, tampoco podíamos dedicarnos a vagar por una ciudad y esperar encontrar algo.

No, con aquellos dos se nos había acabado la suerte. No había nada que hacer excepto regresar a la corte y enfrentarnos a cualquiera que fuese el castigo que nos aguardaba. La habíamos... *yo* la había cagado.

Con la puesta de sol cada vez más cerca —y viendo que entre nosotros ya no había ningún criminal que nos pudiera meter en un lío— nuestro grupo optó con desánimo por dirigirnos al Witching Hour para trazar el plan de nuestro viaje. A Lissa y a mí nos podrían reconocer allí dentro, pero un par de chicas que se habían escapado de juerga no formaban parte de la misma categoría que unas traidoras fugitivas. Decidimos probar suerte (y lo digo sin dobles sentidos) y quedarnos cerca de los guardianes en lugar de arriesgarnos a más ataques de los strigoi antes de poder largarnos de Las Vegas.

El Witching Hour no era distinto de los demás casinos en los que habíamos estado, a menos que supieses lo que andabas buscando. Los humanos allí le prestaban demasiada atención al atractivo del juego y al oropel como para fijarse en que muchos de los demás clientes eran altos, delgados y de piel pálida. ¿Y los dhampir? Los humanos no eran capaces de distinguir que no éramos como ellos. Los moroi y los dhampir sabíamos quién era qué gracias a un increíble sentido que poseíamos.

Había guardianes salpicados entre la multitud que charlaba, jaleaba y —en ocasiones— lloriqueaba. Con la demanda actual de guardianes, eran muy pocos los que se podía asignar a tiempo completo a un lugar como aquel. Afortunadamente, el número total se veía reforzado con los de los

ricos y poderosos que iban allí a jugar. Unos exaltados moroi voceaban ante las máquinas tragaperras o la ruleta mientras que los guardianes, silenciosos y vigilantes, permanecían detrás de ellos sin dejar de observarlo todo. Ningún strigoi vendría por aquí.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Lissa casi en un grito sobre el ruido. Era la primera vez que alguno de nosotros decía algo desde que decidimos ir allí. Nos habíamos detenido cerca de unas mesas de *blackjack*, justo en el medio de todo el follón.

Suspiré. Había una oscuridad tal en mi estado de ánimo que no necesitaba siquiera de efecto secundario alguno del espíritu. «He perdido a Victor, he perdido a Victor». Las acusaciones que yo misma me hacía mentalmente eran como un bucle sin fin.

—Vamos a buscar la zona comercial y a sacar unos billetes para marcharnos de aquí —dije—. En función de cuánto tiempo tengamos que esperar hasta que podamos coger un vuelo, tal vez haya que volver a coger una habitación.

Los ojos de Adrian escrutaban todo cuanto sucedía a nuestro alrededor, y se detuvieron un instante más largo sobre una de las muchas barras de bar.

—Tampoco nos vamos a morir si nos quedamos a pasar un rato.

Salté.

—¿En serio? Después de todo lo que ha pasado, ¿eso es lo único que se te pasa por la cabeza?

Su cautivadora mirada se giró hacia mí y se convirtió en un ceño fruncido.

—Aquí tienen cámaras. Hay gente que te puede reconocer. Estaría bien conseguir pruebas tangibles de que estabas aquí y no en Alaska.

—Cierto —admití. Pensé que el típico aire displicente de Adrian estaba enmascarando su malestar. Además de enterarse de cuáles eran mis verdaderos motivos para venir hasta Las Vegas, también se había topado con unos strigoi, y con Dimitri entre ellos. Eso no constituía una experiencia agradable para ningún moroi—. Aunque no tenemos coartada para el momento en que sí estábamos en Alaska.

—Mientras Victor no se deje ver por aquí, nadie va a relacionarlo —la voz de Adrian se tornó amarga—. Lo cual demuestra lo realmente estúpidos que son todos.

—Nosotras ayudamos a encerrar a Victor —dijo Lissa—. Nadie pensará que estamos lo bastante locas como para ayudarle a salir.

Eddie, que guardaba silencio, me lanzó una mirada inequívoca.

—Decidido, entonces —dijo Adrian—. Que alguien vaya a reservar los billetes. Yo me voy a pedir una copa y a ponerme a prueba con alguna que otra partida. El universo me debe un poco de buena suerte.

—Yo voy a por los billetes —dijo Lissa mientras estudiaba un letrero que indicaba el camino hacia la piscina, los servicios y la zona comercial.

—Voy contigo —dijo Eddie. Mientras que un rato antes su expresión había sido acusatoria, ahora evitaba completamente mi mirada.

—Muy bien —dije, cruzándome de brazos—. Házmelo saber cuando hayáis terminado, e iremos a buscaros —le dije a Lissa para darle a entender que me lo transmitiese por el vínculo.

Convencido de su plena libertad, Adrian se marchó de cabeza al bar, y yo me fui detrás de él.

—Un Tom Collins —le dijo al moroi que había detrás de la barra. Era como si Adrian tuviese memorizada una enciclopedia de cócteles y se dedicase a ir probándolos uno por uno. Prácticamente nunca le veía beber lo mismo dos veces.

—¿Lo quiere cargado? —le preguntó el camarero, que vestía una impoluta camisa blanca y una pajarita negra, y apenas parecía mayor que yo.

Adrian puso cara de asco.

—No.

El camarero se encogió de hombros y se dio media vuelta para preparar el combinado. «Cargado» era el término que utilizaban los moroi para que se le añadiese un lingotazo de sangre a la bebida. Había un par de puertas detrás de la barra, que probablemente daban paso a los proveedores. Echando un vistazo a la barra, pude ver a moroi felices, entre risas, con sus bebidas teñidas de rojo. A algunos les gustaba la idea de ponerle un poco de sangre al alcohol, aunque la mayoría —como a Adrian, al parecer— no la probaba a no ser que fuese «directa de la fuente». Se suponía que el sabor no era el mismo.

Mientras esperábamos, un moroi de más edad que se encontraba junto a Adrian se nos quedó mirando e hizo un gesto de asentimiento en señal de aprobación.

—Está bien la que te has buscado —le dijo a Adrian—. Joven, pero eso es lo mejor —aquel tipo, que o bien se estaba tomando un vino tinto o bien una copa de sangre sin mezclar, hizo un gesto con la cabeza hacia el

resto de la gente que se encontraba de pie en la barra—. La mayoría de esas están manoseadas y acabadas.

Seguí la dirección de su gesto, aunque no había ninguna necesidad. Intercaladas entre los humanos y los moroi había varias mujeres dhampir vestidas con mucho glamour en atuendos de terciopelo y seda que dejaban muy poco a la imaginación. La mayoría eran más mayores que yo; en los rostros de las que no lo eran había una mirada de hastío a pesar de sus insinuantes risas. Prostitutas de sangre. Mis ojos fulminaron al moroi.

—No te atrevas a hablar así de ellas, o te estampo la copa de vino en la cara.

El moroi puso cara de sorpresa y miró a Adrian.

—Guerrera.

—No te haces una idea —dijo Adrian. El camarero regresó con el Tom Collins—. Digamos que ha tenido un mal día.

El imbécil del moroi ni siquiera volvió a mirarme. Al parecer no se había tomado mi amenaza tan en serio como debería.

—Digamos que aquí todo el mundo está teniendo un mal día. ¿No has oído las noticias?

El aspecto de Adrian era divertido y relajado mientras se tomaba su copa a pequeños sorbos, pero al tenerlo junto a mí, sentí cómo se ponía en tensión.

—¿Qué noticias?

—Victor Dashkov. Ese tío que secuestró a la chica de los Dragomir y andaba conspirando contra la reina, ¿sabes? Se ha escapado.

Adrian arqueó las cejas.

—¿Escapado? Eso es una locura. Creía que estaba metido en algún sitio de máxima seguridad.

—Lo estaba. En realidad, nadie sabe lo que ha pasado. Se supone que hay humanos implicados... y luego la historia se vuelve muy rara.

—¿Cómo de rara? —pregunté.

Adrian me pasó un brazo por la cintura, algo que yo sospeché que se trataba de una manera silenciosa de decirme que le dejase hablar a él. Lo que yo no me veía capaz de saber era si aquello se debía a que él creía que era el comportamiento «apropiado» en una prostituta de sangre, o a que le preocupaba de que le diese un puñetazo a aquel tipo.

—Uno de los guardianes estaba metido en el ajo, aunque asegura que le estaban controlando. Pero también dice que, casualmente, lo tiene todo

envuelto en una neblina y que no recuerda demasiado. Me lo han contado algunos miembros de la realeza que están colaborando en la investigación.

Adrian soltó una carcajada y dio un buen trago a su bebida.

—Ya te digo si es oportuno. Pues a mí me suena a que eso lo ha hecho alguien de dentro. Victor tiene que tener un montón de pasta. Qué fácil, sobornar a uno de los guardias. Eso es lo que yo creo que ha pasado.

En el tono de voz de Adrian había una suavidad muy agradable, y, cuando en el rostro del otro tío surgió una sonrisita de estar ligeramente colocado, me di cuenta de que Adrian había recurrido a un poco de coerción.

—Seguro que estás en lo cierto.

—Deberías contárselo a tus amigos de la realeza —añadió Adrian—. Un trabajo desde dentro.

El tipo asintió entusiasmado.

—Lo haré.

Adrian aguantó la mirada unos instantes más y, finalmente, bajó los ojos al Tom Collins. La mirada vidriosa desapareció del rostro del moroi, pero yo sabía que la orden que le había dado Adrian de que extendiese la versión del «trabajo desde dentro» permanecería intacta. Adrian se acabó de un trago el resto de su bebida y dejó la copa vacía en la barra. Estaba a punto de ir a decir algo más cuando otra cosa llamó su atención desde el otro lado de la sala. El moroi también reparó en ello, y yo seguí la dirección de sus miradas para ver qué los tenía tan embobados.

Gruñí. Mujeres, por supuesto. Al principio pensé que eran dhampir, ya que era mi raza la que parecía copar la mayor parte de las chicas monas de por allí, pero una segunda mirada con mayor detenimiento reveló una sorpresa: las mujeres eran moroi. Moroi *showgirls*, para ser más exactos. Había varias de ellas, ataviadas en vestidos similares, cortos, escotados y de lentejuelas, solo que cada una lo llevaba en un color distinto: cobre, azul eléctrico... En el pelo lucían plumas y el brillo de cristales de estrás, y al pasar entre el gentío boquiabierto mostraban una sonrisa y se reían, hermosas y atractivas de un modo distinto al de mi raza.

Y tampoco era tanta sorpresa. Solía fijarme con más frecuencia en los moroi que se comían con los ojos a las chicas dhampir tan solo porque yo era una de ellas. Sin embargo, y como era natural, los hombres moroi se sentían atraídos y se encaprichaban de sus propias mujeres. Ese era el modo en que sobrevivía su especie, y por mucho que a los moroi les gustase

tontear con las dhampir, casi siempre acababan por irse con las de su propia raza.

Aquellas chicas eran altas y elegantes, y su aspecto tan brillante y descarado me hizo pensar que debían ir de camino a una actuación. Ya podía imaginarme el resplandeciente despliegue de dotes para el baile que ofrecerían. Yo podía apreciarlo, pero estaba claro que Adrian lo apreciaba más a juzgar por sus ojos como platos. Le di un codazo.

—¡Eh, tú!

La última de las chicas desapareció entre el gentío del casino en dirección a una puerta que decía «TEATRO», tal y como había sospechado. Adrian volvió a mirarme y puso una sonrisa descarada.

—No hay nada de malo en mirar —me dio unas palmaditas en el hombro.

El moroi a su lado hizo un gesto de asentimiento: estaba de acuerdo.

—Es posible que me apunte a un *show* esta noche —removía su bebida —. Todo este asunto de Dashkov y el desastre de los Dragomir... hace que me ponga triste por el pobre Eric. Era buena gente.

Le miré con una expresión de duda.

—¿Conocías al padre de Li... a Eric Dragomir?

—Desde luego —el moroi hizo una señal para que le sirvieran otra de lo mismo—. Hace muchos años que soy el encargado de este local. Se pasaba aquí todo el tiempo. Créeme, él sí que apreciaba a esas chicas.

—Estás mintiendo —dije con serenidad—. Adoraba a su mujer.

Había visto juntos a los padres de Lissa, y, aun siendo pequeña, pude darme cuenta de lo locamente enamorados que estaban.

—No estoy diciendo que hiciera nada con ellas. Como ha dicho tu novio, mirar no tiene nada de malo. Sin embargo, mucha gente sabía que al príncipe Dragomir le gustaba divertirse allá donde iba, en especial si había compañía femenina —el moroi suspiró y levantó su copa—. Qué maldita lástima lo que le pasó. Ojalá agarren a ese malnacido de Dashkov y así deje en paz a la pequeña de Eric.

No me gustaron las insinuaciones de aquel tío al respecto del padre de Lissa, y me alegré de que ella no se encontrase por allí. Lo que me inquietaba era que no hacía mucho que nos habíamos enterado de que el hermano de Lissa, Andre, también había sido una especie de fiestero que se dedicaba a engañar y a romper corazones. ¿Sería cosa de familia un asunto así? Lo que había hecho Andre no estaba bien, pero había una diferencia

enorme entre las aventuras de un adolescente y las de un hombre casado. No me gustaba admitirlo, pero incluso los tíos más enamorados seguían echándole un ojo a otras mujeres sin ponerles los cuernos. Adrian era la prueba. Aun así, no me pareció que a Lissa le fuese a gustar la idea de que su padre anduviese tonteando con otras mujeres. La verdad sobre Andre ya había sido lo bastante dura, y no quería que hubiera nada que hiciese añicos la imagen angelical de los recuerdos que ella tenía de sus padres.

Lancé a Adrian una mirada que decía que seguir escuchando a aquel tipo acabaría por convertirse en una tangana. No quería quedarme allí plantada por si Lissa venía a buscarnos. Adrian, siempre más astuto de lo que parecía, me sonrió.

—Muy bien, querida mía, ¿ponemos a prueba nuestra suerte? Algo me dice que vas a dar la campanada... como siempre.

Lo atravesé con la mirada.

—Listillo.

Adrian me guiñó un ojo y se puso en pie.

—Encantado de hablar contigo —le dijo al moroi.

—Lo mismo te digo —respondió el hombre. El sometimiento de la coerción se estaba desvaneciendo—. Deberías vestirla mejor, ya sabes.

—No tengo ningún interés en *ponerle* ropa —le contestó mientras me apartaba de allí.

—Cuidadito —le advertí entre dientes— o podrías ser tú el que acabe con la copa estampada en la cara.

—Interpreto un papel, mi pequeña dhampir, un papel que garantice que no te metes en líos —nos detuvimos cerca de la sala de póquer del casino, y los ojos de Adrian me pegaron un repaso de la cabeza a los pies—. Sin embargo, ese tío tenía razón con lo de la ropa.

Apreté los dientes.

—No me puedo creer que haya dicho todo eso sobre el padre de Lissa.

—Los cotilleos y los rumores no se acaban nunca, y tú, precisamente, deberías saberlo mejor que nadie. Da igual que hayas muerto. Además, esa conversación iba en realidad en nuestro beneficio, y con eso quiero decir que iba en *tu* beneficio. Es probable que alguien más se esté planteando ya la teoría del trabajo hecho desde dentro. Si ese tío puede ayudar a moverla un poco más, será una garantía de que a nadie se le ocurra que el guardián más peligroso del mundo pudiera estar implicado.

—Supongo —a la fuerza, controlé mi temperamento. Yo siempre había sido de fácil provocación, y ahora sabía a ciencia cierta que los fragmentos de oscuridad que había ido recibiendo de Lissa en las últimas veinticuatro horas estaban empeorando las cosas, tal y como yo me temía. Cambié de tema, y me dirigí a un terreno firme—. Te estás portando bastante bien ahora, teniendo en cuenta lo enfadado que andabas antes.

—No estoy en absoluto tan feliz, pero he estado pensando.

—Oh, ¿te importaría ilustrarme?

—Aquí no. Ya hablaremos más adelante. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

—¿Como encubrir un delito y largarnos de esta ciudad sin sufrir un ataque de los strigoi?

—No. Como que yo gane un dinero.

—¿Estás loco? —jamás era una buena idea hacerle esa pregunta a Adrian—. Nos acabamos de escapar de una banda de monstruos sedientos de sangre, ¿y el juego es lo único en lo que eres capaz de pensar?

—El hecho de estar vivos significa que tenemos la obligación de vivir —argumentó—. En especial si, de todas formas, disponemos del tiempo.

—A ti no te hace falta más dinero.

—Me hará, si mi padre me echa. Además, se trata de disfrutar del juego.

Enseguida me di cuenta de que con aquello de «disfrutar del juego», Adrian se refería a «hacer trampas», y eso siempre que considerases que la utilización del espíritu era hacer trampas. Gracias a la gran capacidad mental asociada al espíritu, a sus manipuladores se les daba muy bien interpretar a la gente. Victor tenía razón. Adrian soltaba bromas y no dejaba de pedir copas, pero yo notaba que estaba prestando minuciosa atención a los demás. Y, aunque tenía el cuidado de no decir nada de manera explícita, sus expresiones hablaban por él: seguro de sí mismo, impredecible, enfadado. Sin palabras, seguía siendo capaz de proyectar la coerción y marcarse faroles con los demás jugadores.

—Vuelvo enseguida —le dije al sentir la llamada de Lissa.

Despreocupado, me dijo adiós con la mano. Viendo que había algunos guardianes en la sala, yo tampoco me preocupé por su integridad. Lo que sí me preocupaba era que se diese la circunstancia de que algún miembro de seguridad del casino se diera cuenta de su coerción y nos echaran de allí a todos. Los manipuladores del espíritu eran quienes la ejercían con mayor

fuerza, pero todos los vampiros contaban con ella hasta cierto punto. Su utilización se consideraba inmoral, de manera que estaba prohibida entre los moroi: un casino tendría poderosas razones para mantenerse alerta ante su uso.

La zona comercial resultó estar muy cerca de la sala de póquer, y encontré a Lissa y a Eddie con rapidez.

—¿Qué me tienes que contar? —pregunté mientras caminábamos de regreso.

—Tenemos un vuelo por la mañana —dijo Lissa. Vaciló—. Podíamos habernos ido esta noche, pero...

No hacía falta que finalizara la frase. Después de lo que habíamos pasado aquel día, ninguno de nosotros deseaba arriesgarse lo más mínimo a tener un encuentro con los strigoi. Para llegar al aeropuerto nos habría bastado un viaje en taxi, pero aun así, eso suponía tener que arriesgarnos a salir ahí fuera en la oscuridad.

Hice un gesto negativo con la cabeza y los conduje hacia la sala de póquer.

—Habéis hecho bien. Ahora tenemos tiempo por delante... ¿Quieres coger una habitación y dormir un poco?

—No —se estremeció, y sentí el temor en ella—. No me quiero apartar del gentío. Y me da algo de miedo lo que soñaría...

Adrian quizá fuera capaz de actuar como si le diesen igual los strigoi, pero aquellos rostros seguían persiguiendo a Lissa en su cabeza, en especial el de Dimitri.

—Bueno —dije con la esperanza de lograr que se sintiera mejor—. Quedarnos despiertos nos ayudará a recuperar el horario de la corte, y también puedes ver cómo los de seguridad del casino echan a Adrian a la calle.

Tal y como había esperado, ver a Adrian hacer trampas con el espíritu sí que distrajo a Lissa, tanto que incluso se interesó por probarlo ella misma. Genial. Le insistí para que participase en juegos menos arriesgados y le hice un resumen de cómo Adrian le había metido en la cabeza a aquel moroi de la barra la idea del trabajo hecho desde dentro. Y omití la parte sobre su padre. Como por arte de magia, la noche transcurrió sin incidentes —ni con strigoi ni con los de seguridad— e incluso hubo un par de personas que reconocieron a Lissa, lo cual ayudaría con nuestra coartada. Eddie no me dirigió la palabra en toda la noche.

Salimos del Witching Hour por la mañana. Ninguno de nosotros estaba contento después de haber perdido a Victor o después del ataque, pero el casino nos había calmado un poco a todos, al menos hasta que llegamos al aeropuerto. En el casino nos vimos inundados de noticias del mundo de los moroi, aislados del de los humanos, pero mientras esperábamos la salida de nuestro vuelo, no pudimos evitar ver la televisión, que parecía estar por todas partes.

Los titulares de la noche previa los copaba un asesinato en masa que había tenido lugar en el Luxor, un suceso que no había dejado ninguna prueba a la policía. A la mayoría de los guardias de seguridad del casino implicados les habían roto el cuello para matarlos, y no se habían hallado más cuerpos. Me imaginé que Dimitri habría lanzado al exterior los cuerpos de sus compinches, donde el sol los habría convertido en cenizas. Mientras tanto, el propio Dimitri se había escabullido sin dejar testigos de ninguna clase. Ni siquiera las cámaras habían grabado nada, cosa que no me sorprendía. Si yo era capaz de deshabilitar el sistema de vigilancia de una prisión, Dimitri sin duda podía conseguirlo en un hotel humano.

Cualquier mejoría que hubiésemos logrado en nuestro estado de ánimo se desvaneció al instante, y no hablamos mucho más. Me mantuve al margen de la mente de Lissa, ya que no me hacía ninguna falta que la tristeza de sus pensamientos amplificase mi propia depresión.

Habíamos reservado un vuelo directo a Filadelfia, y cogeríamos otro vuelo corto de regreso al aeropuerto cercano a la corte. A qué nos enfrentaríamos allí..., bueno, tal vez esa fuese la menor de nuestras preocupaciones.

No veía ningún peligro de que los strigoi abordasen nuestro avión en pleno día y, sin ningún prisionero al que vigilar, me abandoné a un sueño que me hacía mucha falta. No recordaba la última vez que me lo había echado en todo aquel viaje. Dormí profundamente, pero mis sueños estuvieron dominados por el hecho de que había dejado escapar a uno de los criminales moroi más peligrosos, había permitido que un strigoi se largase y había provocado la muerte de un buen número de humanos. Ninguno de mis amigos era responsable. Todo aquel desastre recaía sobre mí.

Doce

QUEDÓ confirmado en cuanto pusimos el pie de vuelta en la corte real.

Claro, que yo no era la única que estaba en un lío. A Lissa la convocaron ante la reina para recibir una reprimenda, aunque yo sabía que no le caería un verdadero castigo. No como Eddie y como yo. Podríamos haber salido ya de la academia, pero ahora nos encontrábamos técnicamente bajo la jurisdicción de los guardianes oficiales, lo que significaba que nos enfrentábamos a un problema tan grave como el de cualquier subordinado desobediente. Solo Adrian se libró de las consecuencias. Gozaba de libertad para hacer lo que quisiera.

Y, la verdad, mi castigo tampoco fue tan malo como podía haber sido. Sinceramente, llegados a ese punto, ¿qué tenía yo que perder? Mis posibilidades de ser el guardián de Lissa ya eran ridículas, y, aun así, nadie me quería como guardián aparte de Tasha. Un fin de semana loco en Las Vegas —que era nuestra tapadera— no iba a ser suficiente para disuadirla de aceptarme. Sin embargo, sí que era suficiente para que algunos de los candidatos de Eddie retirasen sus solicitudes para que él fuese su guardián. Aún le quedaban bastantes como para no estar en peligro de perder una buena posición, pero yo me sentía terriblemente culpable. No le dijo una sola palabra a nadie al respecto de lo que habíamos hecho, pero cada vez que me miraba, podía ver la acusación en sus ojos.

Y eso que nos vimos mucho en los dos días siguientes. Resultó que los guardianes tenían instaurado un sistema para ocuparse de los desobedientes.

—Lo que habéis hecho ha sido tan irresponsable que tendríais que volver al instituto. Qué demonios, a primaria, incluso.

Nos encontrábamos en uno de los despachos del cuartel general de los guardianes, aguantando los gritos de Hans Croft, el tipo que estaba al mando de todos los guardianes de la corte y que tenía un papel decisivo en la asignación de los destinos de cada uno de nosotros. Era un dhampir de cincuenta y pocos años con un poblado bigote entre gris y blanquecino. También era un capullo. Iba siempre envuelto en el olor del tabaco. Eddie y yo estábamos dócilmente sentados mientras él se paseaba con las manos en la espalda.

—Podríais haber conseguido que matasen a la última de los Dragomir... por no hablar del joven Ivashkov. ¿Cómo creéis que habría reaccionado la reina ante la muerte de su sobrino nieto? ¡Y qué oportunos, además! Os escapáis de fiesta justo cuando anda libre por ahí el tío que intentó secuestrar a la princesa. Pero claro, cómo lo ibais a saber, viendo lo ocupados que probablemente estaríais jugando a las tragaperras y utilizando vuestros carnés falsos.

Hice un gesto de dolor ante la mención de Victor, aunque supongo que me debería haber aliviado el hecho de estar libres de sospecha al respecto de su fuga. Hans interpretó mi mueca como un reconocimiento de culpa.

—Puede ser que te hayas graduado —dijo de manera contundente—, pero eso no significa que seas invencible.

Todo aquel encuentro me recordó el momento en que Lissa y yo regresamos a St. Vladimir, cuando nos regañaron por hacer lo mismo: escaparnos de forma insensata y ponerla a ella en peligro. Solo que esta vez no había un Dimitri para defenderme. Aquel recuerdo me formó un nudo en la garganta, al rememorar su cara, tan seria y tan maravillosa, aquellos intensos y apasionados ojos castaños mientras hablaba en mi defensa y convencía de mi valía a los demás.

Pero no. Allí no había un Dimitri. Eddie y yo solos, enfrentándonos a las consecuencias del mundo real.

—Tú —Hans señaló a Eddie con un dedo regordete— tal vez seas lo bastante afortunado como para salir de esta sin demasiadas repercusiones. Desde luego que llevarás una mancha en tu expediente para siempre, y has fastidiado por completo tus posibilidades de conseguir alguna vez un puesto con la élite de la realeza y con el apoyo de otros guardianes. No obstante, se te asignará a alguien, y es muy probable que trabajes solo con algún personaje menor de la nobleza.

La realeza de mayor rango contaba con más de un guardián por persona, algo que siempre facilitaba la protección. El argumento de Hans era que la asignación de Eddie sería a alguien más bajo, que implicaría trabajar más y un mayor peligro para él. Le miré con el rabillo del ojo y volví a ver en su rostro su expresión determinada y dura, que parecía decir que le daría igual tener que proteger a una familia entera, o a diez familias. Es más, irradiaba la sensación de que podrían soltarle a él solo en un nido de strigoi y se los cargaría a todos.

—Y *tú* —la voz cortante de Hans hizo que mi atención regresara de golpe sobre él—, tú tendrás suerte si es que alguna vez consigues un trabajo.

Como siempre, abrí la boca sin pensar. Debería haber aceptado aquello en silencio, tal y como había hecho Eddie.

—Por supuesto que conseguiré uno. Tasha Ozzera me quiere, y vais demasiado justos de guardianes como para dejarme por ahí sin hacer nada.

En los ojos de Hans brillaba una amarga diversión.

—Sí que vamos justos de guardianes, pero los tipos de trabajo que tenemos que hacer son muy variados, esto no consiste solo en protección personal. Alguien tiene que haber en nuestras oficinas. Alguien tiene que quedarse sentado vigilando la verja de la entrada principal.

Me quedé helada. Un trabajo de despacho. Hans me estaba amenazando con un trabajo de despacho. Mis peores pesadillas habían consistido en verme protegiendo a algún moroi cualquiera, alguien a quien no conociese y a quien pudiese odiar, aunque en todos esos escenarios me veía ahí fuera, en el mundo exterior. Me veía en acción. Me veía luchando y protegiendo.

Pero ¿aquello? Hans tenía razón. Hacían falta guardianes para los empleos administrativos de la corte. Cierto, no eran más que unos pocos —tan valiosos éramos—, aun así alguien tenía que hacerlo. Y era demasiado horrible darse cuenta de que yo sería una de esas personas. Todo el día sentada, durante horas y horas... como los guardianes de Tarasov. En la vida de los guardianes había todo tipo de tareas carentes de glamour aunque necesarias.

Entonces comprendí de verdad que me encontraba en el mundo real. El miedo cayó sobre mí como una losa. Había recibido el título de guardián cuando me gradué, pero ¿realmente entendía lo que significaba? ¿Me había estado dedicando a interpretar una fantasía, a disfrutar de las ventajas y a ignorar las consecuencias? Ya había terminado el instituto, no me quedaría castigada por aquello. Era el mundo real. Aquello era cuestión de vida o muerte.

La expresión de mi cara debió de delatar mis sentimientos, y Hans mostró una leve y cruel sonrisa.

—Eso es. Tenemos todo tipo de opciones para domar a los problemáticos. Por fortuna para ti, tu destino final aún se está decidiendo, y

entre tanto por aquí tenemos un montón de trabajo por hacer y con el cual nos vais a ayudar los dos.

Ese «trabajo», a lo largo de los siguientes días, resultaron ser labores manuales de baja categoría. Sinceramente, aquello no era muy distinto de un castigo, y estaba bastante segura de que se lo acababan de inventar con tal de darnos algo penoso que hacer a un par de infractores como nosotros. Trabajábamos doce horas al día, gran parte del tiempo al aire libre, cargando con piedras y con tierra para preparar un precioso jardín nuevo destinado a un conjunto de viviendas de la realeza. A veces nos enviaban a labores de limpieza, a fregar suelos. Sabía que tenían trabajadores moroi para ese tipo de tareas, y era probable que en ese momento les hubieran dado unas vacaciones.

Aun así, era mejor que el otro trabajo que nos encargaría Hans: ordenar y archivar montañas y montañas de papeles. Aquello me hizo valorar con un aprecio nuevo el hecho de que la información se fuese convirtiendo en digital... y de nuevo me hizo preocuparme por el futuro. No dejaba de pensar una y otra vez en la primera conversación con Hans, en la amenaza de que esa pudiera ser mi vida, en que jamás llegase a ser un guardián —en su verdadero sentido— para Lissa o para cualquier otro moroi.

Durante todo mi entrenamiento, habíamos tenido un mantra: «Ellos son lo primero». De haberme cargado verdadera y definitivamente mi futuro, mi mantra sería otro nuevo: «La A es la primera. Luego viene la B, luego la C...».

Aquellos días de trabajo me mantuvieron apartada de Lissa, y el personal de recepción de nuestros respectivos edificios hizo también lo imposible para mantenernos alejadas. Resultaba frustrante. Yo podía seguirle la pista por medio del vínculo, pero quería hablar con ella. Quería hablar con alguien. Adrian también se mantuvo al margen y no se entrometió en mis sueños, dejando así que me preguntase cómo se sentiría. Nunca llegamos a tener nuestra «charla» después de Las Vegas. Eddie y yo trabajábamos juntos con frecuencia, aunque no me dirigía la palabra, lo que me dejaba atrapada durante horas en mis propios pensamientos y mi sentimiento de culpa.

Y créeme, disponía de una gran cantidad de elementos con los que intensificar mi sentimiento de culpa. En la corte nadie prestaba atención a los trabajadores, de manera que, estuviese yo al aire libre o en interiores, la

gente siempre hablaba como si yo no estuviese delante. El gran tema era Victor, el peligroso Victor Dashkov que andaba suelto. ¿Cómo podía haber sucedido? ¿Acaso contaba con poderes de los que nadie sabía nada? Todo el mundo estaba asustado, y algunos andaban convencidos incluso de que aparecería por la corte e intentaría matar a diestro y siniestro mientras estuviesen durmiendo. La teoría del «trabajo desde dentro» corría como la pólvora, lo cual continuaba situándonos más allá de toda sospecha. Por desgracia, aquello significaba que ahora la gente estaba agobiada por que hubiese traidores entre nosotros. ¿Quién sabía quién podría estar trabajando para Victor Dashkov? Podría haber espías y rebeldes acechando la corte, planeando todo tipo de atrocidades. Sabía que todas aquellas historias eran exageraciones, pero daba igual. Todas ellas procedían de una verdad central: Victor Dashkov caminaba por el mundo como un hombre libre, y solo yo —y mis cómplices— sabíamos que todo era gracias a mí.

El hecho de que nos viesen en Las Vegas seguía siendo nuestra coartada de cara a la huida de la cárcel, y hacía que nuestra escapada pareciese aún más irresponsable. A la gente le horrorizaba que hubiéramos permitido una salida a la princesa Dragomir cuando andaba suelto un hombre tan peligroso, ¡el hombre que ya la había atacado! Gracias a Dios —decía todo el mundo—, la reina nos había sacado de allí antes de que Victor diese con nosotros. El viaje a Las Vegas había abierto también toda una línea de especulaciones que me implicaba a mí a título personal.

—Pues a mí no me sorprende nada viniendo de Vasilisa —oí decir a una mujer a una cierta distancia un día que me encontraba trabajando al aire libre. La mujer iba con unas amigas dando un tranquilo paseo camino del edificio de los proveedores, y ni siquiera me vieron—. Ya se había escapado antes, ¿verdad? Esos Dragomir son bien capaces de desmelenarse. Es probable que esa chica se vaya directa a la primera fiesta que encuentre en cuanto atrapen a Victor Dashkov.

—Te equivocas —le dijo su amiga—. Ese no es el motivo por el que se marchó, porque ella es una chica bastante sensata. Es esa dhampir que va siempre con ella, esa tal Hathaway. Me han dicho que Adrian Ivashkov y ella se fugaron a Las Vegas a casarse. La gente de la reina llegó allí justo a tiempo de impedírselo. Tatiana está furiosa, sobre todo porque Hathaway ha dicho que nada los va a separar a Adrian y a ella.

Vaya. Menuda sorpresa. Vamos a ver, imagino que era mejor que la gente creyese que Adrian y yo nos estábamos fugando a que me acusaran de

ayudar y alentar a un fugitivo, pero aun así... Lo que me tenía maravillada era cómo habrían llegado a aquella conclusión. Esperaba que nuestra supuesta fuga matrimonial no hubiese llegado a oídos de Tatiana, porque estaba bastante segura de que eso arruinaría cualquier avance que se hubiera producido entre nosotras.

Mi primera oportunidad real de charlar con alguien tuvo una procedencia verdaderamente inesperada. Estaba echando palas de tierra en un lecho elevado de flores y sudando como una loca. Ya era casi la hora de acostarse para los moroi, lo cual significaba que el sol brillaba radiante en toda su gloria veraniega. Por lo menos, el enclave en el que estábamos trabajando resultaba agradable: la gigantesca iglesia de la corte.

Había pasado mucho tiempo en la capilla de la academia, pero rara vez me había dejado caer por aquella iglesia ya que se encontraba alejada de los principales edificios de la corte. Se trataba de una iglesia ortodoxa rusa —la religión predominante entre los moroi— y me recordaba mucho a algunas de las catedrales que de verdad había visto en Rusia, aunque ni de lejos tan grande. Estaba hecha de una piedra roja muy bonita, sus torres culminadas con unos domos de tejas verdes, coronados a su vez por cruces doradas.

Dos jardines marcaban los límites exteriores de los extensos terrenos de la iglesia, y estábamos trabajando en uno de ellos. Cerca de nosotros se encontraba uno de los monumentos más destacados de la corte: una estatua gigantesca de una ancestral reina moroi, de una altura que era casi diez veces la mía. En el lado opuesto de los terrenos había otra estatua de un rey, en el mismo estilo. Nunca me acordaba de sus nombres, pero estaba segura de haberlos dado en una de mis clases de historia. Habían sido visionarios, habían cambiado el mundo moroi de su tiempo.

Alguien apareció en la zona periférica de mi ángulo de visión, y di por sentado que se trataba de Hans, que venía a encargarnos alguna otra tarea horrible. Levanté la vista y me quedé estupefacta al ver a Christian.

—Ya estabas tardando —dije—. Sabes que te meterás en un lío si alguien te ve hablando conmigo.

Christian se encogió de hombros y se sentó en un murete de piedra que estaba a medio levantar.

—Lo dudo. Eres tú quien se metería en un lío y, la verdad, no creo que las cosas puedan empeorar mucho para ti.

—Cierto —gruñí.

Permaneció unos instantes sentado en silencio, observando cómo yo daba una palada de tierra detrás de otra. Finalmente, preguntó:

—Muy bien. Dime, ¿cómo y *por qué* lo hiciste?

—¿Hacer qué?

—Lo sabes perfectamente. Tu pequeña aventura.

—Nos metimos en un avión y volamos hasta Las Vegas. ¿Por qué? Mmm, déjame pensar... —hice una pausa para secarme el sudor de la frente —. ¿Porque en qué otro sitio íbamos a encontrar hoteles decorados con temática pirata y unos camareros que no diesen mucho la lata con el carné?

Christian soltó un bufido.

—Rose, a mí no me vengas con chorradas. Vosotros no os fuisteis a Las Vegas.

—Tenemos los billetes de avión y la factura del hotel para demostrarlo, por no mencionar a la gente que reconoció a la princesa Dragomir dándole caña a las tragaperras.

Mi atención se centraba en mi trabajo, pero sospechaba que Christian estaría exasperado y diciendo que no con la cabeza.

—En cuanto me enteré de que tres personas habían sacado a Victor Dashkov de la cárcel, supe que teníais que haber sido vosotros. ¿Con tres de vosotros desaparecidos? Estaba claro.

No demasiado lejos, vi cómo Eddie se ponía tenso y miraba a su alrededor con inquietud. Yo hice lo mismo. Quizá estuviese deseando una charla con todas mis fuerzas, pero no a costa de correr el riesgo de que alguien nos escuchara. Si se descubrían nuestros delitos, los trabajos de jardinería me parecerían unas vacaciones. Estábamos a solas, pero aun así bajé la voz e intenté adoptar una expresión de honestidad.

—Yo he oído que fueron unos humanos pagados por Victor —esa era otra de las teorías que se estaban extendiendo, tanto como esta otra—. En realidad, creo que se transformó en strigoi.

—Claro —dijo Christian con malicia. Me conocía demasiado bien como para creerme—. Y yo también he oído que uno de los guardianes no se acuerda de nada de lo que le hizo atacar a sus amigos. Jura que se hallaba bajo el control de alguien. Cualquiera con tal nivel de coerción, probablemente sería capaz de lograr que los demás viesen humanos, payasos, canguros...

No quise mirarle, y golpeé con fuerza la pala contra el suelo. Me mordí la lengua para contener cualquier contestación airada.

—Lo ha hecho porque cree que se puede revertir a los strigoi a su estado original.

Levanté la cabeza de golpe y me quedé mirando a Eddie con cara de incredulidad, sorprendida con que hubiese hablado.

—¿Qué haces?

—Decir la verdad —respondió Eddie sin dejar su trabajo un instante —. Es nuestro amigo. ¿Acaso crees que nos va a delatar?

No, el rebelde Christian Ozzera no nos iba a delatar, pero eso no significaba que yo quisiese que aquello se supiera. Es un hecho en la vida: cuanta más gente conoce un secreto, mayores son las probabilidades de que este se sepa.

No resultó sorprendente que la reacción de Christian no fuese muy distinta de la de todos los demás.

—*¿Qué?* Eso es imposible. Todo el mundo lo sabe.

—No, según el hermano de Victor Dashkov —dijo Eddie.

—¿Te importa dejarlo ya? —exclamé.

—O se lo cuentas tú, o lo hago yo.

Suspiré. Los ojos de color azul claro de Christian nos miraban fijamente, abiertos como platos y desconcertados. Igual que a la mayoría de mis amigos, a Christian le iban las locuras, pero aquello traspasaba la línea de la locura.

—Pensé que Victor Dashkov era hijo único —dijo Christian.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No. Su padre tuvo un lío, del cual Victor obtuvo un medio hermano ilegítimo, Robert. Y es un manipulador del espíritu.

—Solo tú —dijo Christian—. Nadie más que tú podría enterarse de algo así.

Hice caso omiso de lo que aparentaba ser un retorno a su habitual cinismo.

—Robert afirma haber sanado a una strigoi, haber matado la parte no muerta de ella y haberla devuelto a la vida.

—El espíritu tiene sus límites, Rose. Puede que a ti te trajesen de vuelta, pero los strigoi se van para siempre.

—No conocemos el verdadero alcance del espíritu —le señalé—. La mitad sigue siendo un misterio.

—Sí sabemos de San Vladimir. De haber sido capaz de revertir a los strigoi, ¿no crees que un tío como él se habría dedicado a hacerlo? Es decir,

si eso no es un milagro, dime, ¿qué lo es entonces? Algo así habría sobrevivido entre las leyendas —me discutió Christian.

—Tal vez sí, tal vez no —me rehíce la coleta mientras revivía mentalmente por enésima vez nuestro encuentro con Robert—. Quizá Vlad no supiese cómo hacerlo. No es tan fácil.

—Ya te digo —coincidió Eddie—. Ahora viene lo bueno.

—Oye —le solté como contestación—. Ya sé que estás enfadado conmigo, pero con Christian aquí, no nos hace falta más gente que suelte comentarios retorcidos.

—Pues no sé yo —dijo Christian—. Para algo como esto, tal vez te hagan falta dos personas. A ver, explica cómo se supone que se hace ese milagro.

Suspiré.

—Añadiéndole el espíritu a una estaca, junto a los otros elementos.

Los amuletos impregnados del espíritu eran también una idea novedosa para Christian.

—Jamás se me había ocurrido. Me imagino que el espíritu alteraría las cosas... pero no soy capaz de imaginarme que el hecho de que tú le claves a un strigoi una estaca impregnada con el espíritu sea suficiente para traerlos de vuelta.

—Bueno... esa es la cuestión. Según Robert, yo no puedo hacerlo. Lo tiene que hacer un manipulador del espíritu.

Más silencio. Había vuelto a dejar a Christian sin habla.

Dijo por fin:

—No conocemos a muchos manipuladores del espíritu, y no digamos ya uno capaz de enfrentarse a un strigoi o de clavarle una estaca.

—Conocemos a dos manipuladores del espíritu —fruncí el ceño al recordar a Oksana, en Siberia, y a Avery, encerrada... ¿Dónde? ¿En un hospital? ¿En un lugar como Tarasov?—. No, a cuatro. Cinco, si contamos a Robert. Pero desde luego, ninguno de ellos puede hacerlo realmente.

—Eso no importa, porque no puede hacerse —dijo Eddie.

—¡Eso no lo sabemos! —me sorprendió la desesperación de mi propia voz—. Robert lo cree. Incluso Victor lo cree —vacilé—. Y Lissa lo cree también.

—Y quiere hacerlo —dijo Christian pillándolo al vuelo—, porque haría cualquier cosa por ti.

—No puede.

—¿Porque no tiene la capacidad o porque tú no se lo permitirías?

—Por ambas cosas —grité—. No voy a permitir que se acerque lo más mínimo a un strigoi. Lissa ya... —solté un gruñido porque odiaba contar algo que había descubierto a través del vínculo durante nuestro periodo de aislamiento—. Ya se ha hecho con una estaca y está intentando hechizarla. Gracias a Dios, hasta ahora no ha tenido mucha fortuna.

—Si eso fuera posible —comenzó a decir Christian lentamente—, podría cambiar nuestro mundo. Si fuese capaz de aprender...

—¿Qué? ¡No! —había tenido verdaderas ansias de que Christian me creyese, y ahora pensaba que ojalá no lo hiciera. Lo único que nos había salvado en todo aquello era que, mientras ninguno de mis amigos lo había creído posible, a nadie se le había ocurrido que Lissa fuera a intentar enfrentarse de verdad contra un strigoi—. Lissa no es un guerrero, ni tampoco lo es ninguno de los manipuladores del espíritu que conocemos, así que, a menos que encontremos uno, prefiero... —hice un gesto de dolor —. Prefiero a Dimitri muerto.

Aquello consiguió por fin que Eddie dejase de trabajar. Tiró su pala al suelo.

—¿En serio? Eso jamás me lo habría imaginado —un sarcasmo a la altura del mío.

Me di media vuelta y me dirigí hacia él a grandes zancadas y con los puños apretados.

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que esto no lo aguanto más! Lo siento. No sé qué más puedo decir. Sé que la cagué. Dejé que Dimitri se escapase. Dejé que Victor se escapase.

—¿Que tú dejaste que Victor se escapase? —preguntó Christian sorprendido.

No le hice caso y continué gritando a Eddie.

—Fue un error. Con Dimitri... fue un momento de debilidad. Fallé a pesar de mi entrenamiento. Sé que lo hice. Los dos lo sabemos, pero también sabes que no pretendía causar el daño que hice. Si de verdad eres mi amigo, tienes que saberlo. Si pudiera dar marcha atrás... —tragué saliva, sorprendida del ardor que sentía en mis ojos—. Lo haría. Te juro que lo haría, Eddie.

Su rostro permanecía completamente inmóvil.

—Te creo. Soy tu amigo, y sé... sé que no tenías la intención de que todo acabase como ha acabado.

Me relajé, aliviada: resultaba sorprendente hasta qué punto me preocupaba la pérdida de su respeto y su amistad. Bajé la vista y me quedé desconcertada al ver lo apretados que tenía los puños. Los aflojé, incapaz de creer que me hubiera enfadado tanto.

—Gracias. Muchas gracias.

—¿A qué viene este griterío?

Nos giramos los dos y vimos a Hans, que venía hacia nosotros. Y parecía cabreado. También me percaté de que en ese momento Christian se había desvanecido como por arte de magia. Menos mal.

—¡No es la hora del recreo! —gruñó Hans—. A vosotros dos todavía os quedan un par de horas hoy, y si os vais a distraer, tal vez os tenga que separar —hizo un gesto a Eddie para que se acercase—. Vente para acá, que hay un trabajo de archivo que lleva tu nombre.

Lancé a Eddie una mirada de apoyo mientras Hans se lo llevaba, y aun así me sentí aliviada por no ser yo la que se marchase a hacer el papeleo.

Proseguí con mi trabajo, dándole vueltas en la cabeza a las mismas cuestiones que durante el resto de la semana. Todo cuanto le había dicho a Eddie lo había dicho en serio. Tenía unas ganas desesperadas de que todo aquel sueño de salvar a Dimitri fuese cierto. Lo deseaba más que cualquier otra cosa, excepto por aquello de que Lissa arriesgase su vida. No debería haber vacilado. Tenía que haber matado a Dimitri allí mismo. Victor no se habría escapado. Lissa no se habría parado a pensar en las palabras de Robert.

Pensar en Lissa me llevó a entrar en su mente. Estaba en su habitación, metiendo en la maleta algunas cosas de última hora antes de irse a la cama. Al día siguiente se iría de visita a Lehigh. Como era de esperar, mi invitación a ir con ella había sido revocada a la luz de los acontecimientos recientes. Su cumpleaños —que en aquel desastre había pasado a un lamentable segundo plano— sería también ese fin de semana, y no me hacía sentir nada bien el hecho de pasarlo separadas. Debíamos estar celebrándolo juntas. Había preocupación en sus pensamientos, y estaba tan absorta en ellos que dio un respingo cuando de repente llamaron a la puerta.

Se preguntó quién podría ir a verla a aquellas horas, abrió la puerta y dejó escapar un grito ahogado al ver a Christian allí de pie. Para mí también era algo un poco surrealista. Una parte de mí seguía pensando que estábamos todavía en nuestra residencia de la academia, donde las normas —en teoría— mantenían a chicos y chicas alejados los unos de las

habitaciones de los otros. Pero ya no estábamos allí. Ahora se nos consideraba técnicamente adultos. Reparé en que Christian debió de haberse marchado directo a la habitación de Lissa después de verme.

Fue impresionante lo rápido que escaló la tensión entre ellos. Un barullo de emociones estalló en el pecho de Lissa, la típica mezcla de ira, dolor y confusión.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

En el rostro de Christian se leían las mismas emociones.

—Quería hablar contigo.

—Es tarde —dijo ella en tensión—. Además, si no recuerdo mal, a ti no te gusta hablar.

—Quiero hablar sobre lo que ha pasado con Victor y Robert.

Aquello bastó para transformar su ira en sorpresa. Se asomó al pasillo con cara de inquietud y le hizo un gesto para que entrase.

—¿Cómo sabes tú eso? —siseó mientras cerraba la puerta de manera apresurada.

—Acabo de ver a Rose.

—¿Cómo lo has conseguido? Yo no puedo verla —Lissa se sentía tan frustrada como yo por cómo nuestros superiores nos habían mantenido separadas.

Christian se encogió de hombros cuidándose de guardar una distancia segura entre ellos en la reducida sala de estar. Los dos tenían los brazos cruzados, a la defensiva, aunque no creo que se percatasen de cómo el uno se dedicaba a imitar al otro.

—Me he colado en su campo de concentración. La tienen horas cavando.

Lissa hizo una mueca. Dada la forma en que nos habían tenido separadas, ella no había sabido mucho acerca de mis actividades.

—Pobre Rose.

—Se las arregla, como siempre —los ojos de Christian se dirigieron hacia el sofá y su maleta abierta, donde una estaca de plata descansaba sobre una blusa de seda. Dudé que aquella camisa sobreviviese al viaje sin un millón de arrugas—. Un objeto interesante que llevarse de visita a una universidad.

Lissa se apresuró a cerrar la maleta.

—No es asunto tuyo.

—¿De verdad te lo crees? —le preguntó sin hacer caso de su comentario. Christian dio un paso al frente, como si su entusiasmo le hubiese hecho olvidarse de su deseo de mantener las distancias. A pesar de lo distraída que estaba por la situación, Lissa se percató de inmediato de su repentina proximidad, de la manera en que olía, de la forma en que la luz se reflejaba en su pelo oscuro...—. ¿Crees que podrías revertir a un strigoi?

Lissa volvió a concentrarse en la conversación y lo negó con la cabeza.

—No lo sé. De verdad que no, pero lo que siento es... siento que debo intentarlo. Aunque no sea más que eso, quiero saber qué hace el espíritu en una estaca. Eso no hace ningún daño.

—No según Rose.

Lissa le sonrió compungida, se dio cuenta de que lo estaba haciendo, y se apresuró a borrar el gesto de su cara.

—No. Rose no quiere que me acerque siquiera a esa idea... aunque sí desearía que fuese realidad.

—No me mientas —Lissa sentía que le quemaba la mirada de Christian—. ¿Crees que tienes alguna posibilidad de clavarle una estaca a un strigoi?

—No —reconoció ella—. Apenas soy capaz de dar un puñetazo, pero... como te decía, siento que debería intentarlo. Debería intentar aprender. Me refiero a lo de la estaca.

Christian permaneció unos segundos valorando aquello y, acto seguido, volvió a hacer un gesto hacia la maleta.

—¿Te marchas a Lehigh por la mañana? —le preguntó a Lissa, y ella asintió—. Y ¿a Rose la han borrado del viaje?

—Por supuesto.

—¿Te ha ofrecido la reina la posibilidad de llevar a otra persona?

—Así es —reconoció Lissa—. Y, en particular, me ha sugerido a Adrian, pero anda enfurruñado... y yo no tengo muy claro el humor para ir con él.

Christian pareció complacido ante aquello.

—Llévame a mí, entonces.

Mis pobres amigos. No estaba muy segura de cuántas emociones fuertes más iban a ser capaces de asimilar aquel día.

—¿Y por qué coño iba a querer llevarte precisamente a ti? —exclamó ella. Toda su ira regresó ante el atrevimiento de Christian. El taco que había soltado era una buena muestra de su agitación.

—Porque —dijo él con una expresión de calma en el rostro— yo te puedo enseñar a clavarle una estaca a un strigoi.

Trece

—NO puedes ni de coña —dije en voz alta para nadie.

—No, no puedes —le dijo Lissa con una expresión en la cara que se encontraba a la altura de mi propia incredulidad—. Sé que has estado aprendiendo a luchar con el fuego, pero tú no has clavado ninguna estaca.

La expresión de Christian era firme.

—Sí lo he hecho... un poco. Y puedo aprender más. Mia tiene aquí algunos amigos guardianes que le han estado enseñando técnicas de combate cuerpo a cuerpo, y yo he aprendido algo de eso.

La mención de que él y Mia trabajasen juntos no hizo mucho para mejorar la opinión de Lissa.

—¡Si apenas llevas aquí una semana! Haces que suene como si llevases años entrenando con un maestro.

—Es mejor que nada —dijo él—. ¿Y dónde más vas a aprender si no? ¿Con Rose?

La indignación y la incredulidad de Lissa se redujeron un poco.

—No —reconoció ella—. Jamás. De hecho, Rose me alejaría a rastras si me sorprendiese haciéndolo.

Ya te digo si lo haría. Es más, a pesar de todos los obstáculos y del personal que me lo impedía, me sentía tentada de salir para allá en aquel preciso instante.

—Esta es tu oportunidad, entonces —dijo él. Su voz adquirió un tono irónico—. Mira, ya sé que las cosas no van... genial entre nosotros, pero eso es del todo irrelevante si vas a aprender esto. Dile a Tatiana que quieres llevarme a mí a Lehigh. No le va a gustar, pero te lo permitirá. Te enseñaré lo que sé durante nuestro tiempo libre. Después, cuando regresemos, te llevaré con Mia y con sus amigos.

Lissa frunció el ceño.

—Si Rose se enterase...

—Por eso vamos a empezar cuando te encuentres lejos de la corte. Ella estará demasiado lejos como para hacer nada.

Por el amor de Dios. Yo sí que les iba a dar unas lecciones de combate, empezando por un buen puñetazo en la cara a Christian.

—¿Y cuando volvamos? —preguntó Lissa—. Lo descubrirá. Con el vínculo es inevitable.

Christian se encogió de hombros.

—Si sigue destinada a los trabajos de paisajismo, nos podremos salir con la nuestra. Quiero decir que lo sabrá, pero no podrá interferir. Mucho.

—Podría no ser suficiente —dijo Lissa con un suspiro—. Rose tenía razón en eso. No puedo esperar ser capaz de aprender en unas pocas semanas lo que a ella le ha llevado años.

¿Semanas? *¿Ese* era su calendario de cara a esto?

—Debes intentarlo —dijo él, casi amable. Casi.

—¿Por qué tienes tanto interés en esto? —le preguntó una Lissa suspicaz—. ¿Por qué te importa tanto traer de regreso a Dimitri? A ver, sé que te caía bien, pero está claro que tus motivos no son los mismos que los de Rose.

—Era un buen tío —dijo Christian—. Y si hay una forma de volver a transformarlo en dhampir, ya te digo, eso sería increíble. Pero es más que eso... se trata de algo más que él. Si hubiera una forma de salvar a todos los strigoi, eso cambiaría nuestro mundo. No es que no me mole prenderles fuego después de que hayan venido a cargarse al que pillaran por delante, pero ¿y si pudiéramos evitar sus ataques en primera instancia? Esa es la clave para salvarnos. Todos nosotros.

Lissa se quedó sin habla por un instante. Christian se había expresado de manera apasionada e irradiaba una esperanza que ella no se había imaginado. Resultaba... conmovedor.

Él aprovechó su silencio.

—Además, no sabemos qué podrías conseguir sin ninguna guía, y a mí me gustaría reducir las posibilidades de que logres que te maten, porque por mucho que hasta la propia Rose lo quiera negar, yo sé que vas a seguir insistiendo en ello.

Lissa volvió a guardar silencio, evaluando la situación. Escuché sus pensamientos, y no me gustó nada hacia dónde se dirigían.

—Nos vamos a las seis —dijo por fin—. ¿Puedes encontrarte conmigo abajo a las cinco y media? —Tatiana no daría saltos de alegría cuando se enterase de la nueva elección de acompañante, pero Lissa se sentía bastante segura de poder convencerla rápidamente por la mañana.

Él asintió.

—Allí estaré.

De vuelta en mi habitación, estaba totalmente horrorizada. Lissa iba a intentar aprender a atacar a un strigoi con una estaca —a mis espaldas— e iba a contar con la ayuda de Christian. Aquellos dos se habían estado gruñendo el uno al otro desde el momento de su ruptura. Debería haberme sentido halagada por el hecho de que esconderse de mí los estuviese uniendo de nuevo, pero no era así. Estaba cabreada.

Valoré mis opciones. Los edificios en los que dormíamos Lissa y yo no tenían aquellos mostradores de seguridad de las residencias de la academia para vigilar el toque de queda, pero el personal aquí había recibido la instrucción de comunicar a la oficina de los guardianes si yo me relacionaba demasiado. Hans también me había indicado que me mantuviese apartada de Lissa hasta nueva orden. Lo evalué todo por un momento, pensando que tal vez mereciese la pena que Hans me sacase a rastras de la habitación de Lissa, pero acabé por pensar en un plan alternativo. Era tarde, aunque no demasiado tarde, y salí de mi cuarto camino de la puerta de al lado. Llamé y esperé que mi vecina estuviese aún despierta.

Era una dhampir de mi edad, recién graduada en otro instituto. Yo no tenía móvil, pero sí la había visto a ella hablando por uno un rato antes aquel día. Abrió la puerta un instante después y, por suerte, no parecía que estuviera en la cama.

—Hola —dijo comprensiblemente sorprendida.

—¿Qué tal? Oye, ¿puedo enviar un sms desde tu móvil?

No quería apropiarme de su teléfono con una conversación, y, además, Lissa podría colgarme por las buenas. Mi vecina se encogió de hombros, se metió en la habitación y regresó con el móvil. Me sabía el número de Lissa de memoria, así que le envié la siguiente nota: «Sé lo que vais a hacer, y es una MALA idea. Os voy a dar una paliza a los dos cuando os encuentre».

Le devolví el móvil a su dueña.

—Gracias. Si alguien responde, ¿podrías avisarme?

Me dijo que lo haría, pero no me esperaba ningún sms en respuesta. Recibí mi mensaje por otra vía. Regresé a la habitación y a la mente de Lissa, y tuve la suerte de llegar cuando sonaba su teléfono. Christian se había marchado, y Lissa leyó mi mensaje con una sonrisa compungida. La respuesta llegó por el vínculo. Sabía que la estaba observando.

Lo siento, Rose. Es un riesgo que tendré que correr. Voy a hacerlo.

No paré de dar vueltas aquella noche, todavía enfadada con lo que Christian y Lissa estaban intentando hacer.

No creí haberme llegado a dormir siquiera, pero cuando Adrian vino a mí en un sueño, me quedó claro que el agotamiento de mi cuerpo había derrotado a la agitación de mis pensamientos.

—¿Las Vegas? —pregunté.

Los sueños de Adrian siempre transcurrían en lugares diversos de su elección.

Aquella noche nos encontrábamos en el Strip, muy cerca del sitio donde Eddie y yo nos habíamos reencontrado con Lissa y con él en el MGM Grand. Los colores vivos de las luces y los neones de los hoteles y restaurantes brillaban en la oscuridad, aunque todo el escenario guardaba un inquietante silencio en comparación con la realidad. Adrian no había trasladado los coches ni el gentío del lugar real. Era una ciudad fantasma.

Me sonrió y se apoyó en un poste cubierto de carteles que anunciaban conciertos y servicios de acompañantes.

—Es que no tuvimos una verdadera oportunidad de disfrutarla cuando estuvimos allí.

—Cierto —yo me encontraba de pie a poco más de un metro de distancia. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta, junto con mi *nazar*. Al parecer, Adrian había decidido no vestirme él aquella noche, lo cual le agradecía. Podía haber acabado como una de esas *showgirls* moroi, con plumas y lentejuelas—. Creía que me andabas evitando.

No estaba completamente segura de cómo se encontraba nuestra relación, a pesar de su aire frívolo en el Witching Hour.

Soltó un gruñido.

—La elección no ha sido mía, mi pequeña dhampir. Esos guardianes están haciendo todo lo que pueden por mantenerte aislada. Bueno, más o menos.

—Christian hoy se las ha arreglado para colarse y charlar conmigo —dije con la esperanza de evitar la cuestión que Adrian debía de tener en mente: que yo había puesto vidas en peligro para salvar a mi exnovio—. Va a intentar enseñar a Lissa a clavarle una estaca a un strigoi.

Aguardé a que Adrian se uniese a mi indignación, pero su aspecto era tan relajado y sardónico como de costumbre.

—No me sorprende que Lissa vaya a intentarlo. Lo que sí me sorprende es que él esté verdaderamente interesado en ayudarla con una idea tan alocada.

—Digamos que es lo bastante alocada como para que le resulte atractiva... y, al parecer, eso puede ser más fuerte que el odio que se profesan el uno al otro en los últimos tiempos.

Adrian ladeó la cabeza e hizo que parte del pelo le cayese sobre los ojos. Un edificio con palmeras azules de neón le iluminaba la cara de un modo inquietante mientras él me lanzaba una mirada significativa.

—Venga, Rose, los dos sabemos por qué lo está haciendo.

—¿Porque cree que su grupo de actividades extraescolares con Jill y con Mia le otorga la cualificación suficiente como para enseñar eso?

—Porque le da una excusa para estar con ella... sin que parezca que él fue el primero en ceder. De ese modo puede conservar su apariencia varonil.

Me moví un poco para que la luz del anuncio gigantesco de unas máquinas tragaperras no me diera de lleno en los ojos.

—Eso es absurdo. En especial la parte de que Christian sea varonil.

—Los tíos hacemos cosas absurdas por amor —Adrian se metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos—. ¿Sabes cuánto me apetece uno de estos ahora mismo? Y, sin embargo, sufro. Todo por ti.

—No te pongas romántico conmigo —le advertí en un intento por ocultar mi sonrisa—. No tenemos tiempo para eso, no cuando mi mejor amiga quiere irse a cazar monstruos.

—Sí, pero ¿cómo le va a encontrar? Eso es ya un problema —no hacía falta que Adrian me explicase aquel «le».

—Cierto —reconocí.

—Y, de todas formas, tampoco ha sido capaz de hechizar la estaca, de modo que, hasta que lo haga, ni todas las llaves de kung-fu del mundo juntas valdrían para nada.

—Los guardianes no hacemos kung-fu. ¿Y cómo sabías tú lo de la estaca?

—Me ha pedido ayuda un par de veces —me explicó.

—Mmm... Eso no lo sabía.

—Bueno, digamos que has estado un poco liada. Ni siquiera le has dedicado un solo pensamiento a tu pobre y suspirante novio.

Con tantas tareas, no había pasado demasiado tiempo metida en la cabeza de Lissa, lo justo para ver que estaba bien.

—Oye, yo te habría traído a archivar conmigo cualquier día de estos —con lo mucho que me temía que Adrian estuviera enfadado conmigo

después de lo de Las Vegas y, sin embargo, ahí estaba él, tranquilo y bromista. Demasiado tranquilo, tal vez. Quería que se centrase en nuestro problema inmediato—. ¿Qué opinas sobre Lissa y los amuletos? ¿Le falta mucho para conseguirlo?

Adrian jugueteaba distraído con los cigarrillos, y sentí la tentación de decirle que adelante, que se fumase uno. Aquel era su sueño, al fin y al cabo.

—No lo tengo muy claro. Yo no me he adaptado a los amuletos del mismo modo que ella. Es muy extraño lo de tener ahí metidos todos los demás elementos... hace que resulte difícil manipular el espíritu.

—¿Es que al final la estás ayudando? —le pregunté, suspicaz.

Le hizo gracia, e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Tú qué crees?

Vacilé.

—Pues... no lo sé. Tú la ayudas con la mayoría de las cosas relacionadas con el espíritu. Pero si la ayudases con esto, eso significaría...

—¿Ayudar a Dimitri?

Asentí sin confiar en mi capacidad para explicarme al respecto.

—No —dijo Adrian por fin—. No la estoy ayudando, simplemente porque no sé cómo.

Suspiré aliviada.

—De verdad que lo siento —le dije—. Todo esto..., mentirte al respecto de dónde me encontraba y de lo que estaba haciendo. Estuvo mal. Y no entiendo... Verás, no comprendo por qué te estás portando tan bien conmigo.

—¿Debería tratarte mal? —me guiñó un ojo—. ¿Es ese rollo lo que te pone?

—¡No! Por supuesto que no, pero es que estabas tan enfadado cuando viniste a Las Vegas y descubriste lo que estaba pasando que pensé que... No sé. Pensé que me odiabas.

La diversión se desvaneció de los rasgos de su rostro. Se acercó a mí y me puso las manos sobre los hombros con una brutal seriedad en la mirada del verde oscuro de sus ojos.

—Rose, nada en este mundo puede hacer que te odie.

—¿Ni siquiera que intente traer de vuelta a mi ex de entre los muertos?

Adrian me sujetó e incluso en un sueño percibí el olor de su piel y su colonia.

—Claro. Te seré sincero. Si Belikov anduviese por aquí ahora mismo, tan vivo como antes, habría algún problema que otro. No quiero pensar lo que pasaría con nosotros si... Bueno, es algo en lo que no merece la pena perder el tiempo. Él no está aquí.

—Yo sigo queriendo... sigo queriendo que lo nuestro funcione —dije con aire dócil—. Y lo intentaría, aunque él volviese. Es solo que me resulta muy difícil desprenderme de alguien que me importa.

—Lo sé. Hiciste lo que hiciste por amor. No puedo enfadarme contigo por eso. Fue una estupidez, pero así es el amor. ¿Te haces tú alguna idea de lo que yo haría por ti? ¿Por mantenerte a salvo?

—Adrian... —no podía mirarle a los ojos. De repente me sentí indigna de confianza. Qué fácil resultaba subestimarle. Lo único que pude hacer fue recostar la cabeza contra su pecho y dejar que me envolviese en sus brazos —. Lo siento.

—Siente el haberme mentido —me dijo, y me besó en la frente—. No sientas haberle querido. Eso forma parte de ti, una parte de la que te tienes que desprender, sí, pero aun así es algo que te ha hecho ser quien eres.

Una parte de la que te tienes que desprender...

Adrian tenía razón, y eso sí que era algo que daba mucho miedo admitir. Tuve mi oportunidad. Me la había jugado por salvar a Dimitri, y había fallado. Lissa no llegaría a ninguna parte con la estaca, lo cual significaba que yo tenía que considerar a Dimitri del mismo modo en que lo consideraba todo el mundo: estaba muerto. Tenía que pasar página.

—Mierda —mascullé.

—¿Qué? —me preguntó Adrian.

—Que odio cuando tú eres el sensato de los dos. Eso me toca a mí.

—Rose —me dijo en un convincente esfuerzo por mantener un tono serio de voz—, se me ocurren muchas palabras para describirte, y «sexy» y «maciza» están de las primeras. ¿Sabes qué término no aparece en esa lista? «Sensata».

Me reí.

—Muy bien, vale. Entonces a mí me toca ser la menos loca de los dos.

Se quedó pensativo.

—Eso lo puedo aceptar.

Alcé mis labios hasta los suyos, y, aunque seguía habiendo aspectos que se tambaleaban en nuestra relación, no había la menor incertidumbre en la forma en que nos besábamos. Las sensaciones de un beso en un sueño

eran exactamente las mismas que en la vida real. El calor surgía de entre nosotros, y sentía que un escalofrío me recorría todo el cuerpo.

Me soltó las manos y me rodeó con el brazo por la cintura, aproximándonos más. Me di cuenta de que era el momento de empezar a creer en lo que no dejaba de decir. La vida continuaba, sin duda. Quizá hubiera perdido a Dimitri, pero podría tener algo con Adrian, al menos hasta que mi trabajo me alejase de allí. Y eso, por supuesto, asumiendo que alguna vez lograse uno. Diantre, si Hans me dejaba aquí en un trabajo de oficina y Adrian seguía con su conducta indolente, podríamos estar juntos para siempre.

Adrian y yo nos besamos durante un largo rato, cada vez más presionados el uno contra el otro. Al final, fui yo quien detuvo aquello. Si mantenías relaciones sexuales en un sueño, ¿significaba eso que de verdad lo habías hecho? No lo sabía, y desde luego que tampoco lo iba a descubrir. Todavía no estaba preparada para eso.

Di un paso atrás, y Adrian captó la indirecta.

—Ven a buscarme cuando te den un poco de libertad.

—Pronto, esperemos —le dije—. Los guardianes no pueden tenerme castigada para siempre.

Adrian parecía algo escéptico, pero dejó que el sueño se desvaneciese sin hacer ningún comentario más. Regresé a mi cama y a mis propios sueños.

Lo único que me impidió interceptar a Lissa y a Christian cuando se encontraron temprano al día siguiente en el vestíbulo del edificio de ella fue que Hans me puso a mí a trabajar todavía más temprano. Me colocó en tareas de papeleo —en los sótanos, muy irónico— y me dejó allí archivando y dándole vueltas a Lissa y a Christian mientras los veía a través del vínculo. El hecho de ser capaz de ordenar alfabéticamente y de espiar al mismo tiempo lo interpreté como una prueba de mis habilidades multitarea.

Sin embargo, mis observaciones se vieron interrumpidas cuando oí una voz que me decía:

—No esperaba volver a encontrarte aquí.

Salí de los pensamientos de Lissa y levanté la mirada de mi papeleo. Mikhail se encontraba de pie ante mí. Dadas las complicaciones que se habían producido a consecuencia del incidente con Victor, casi se me había olvidado la implicación de Mikhail en nuestra «escapada». Dejé los archivos y le ofrecí una leve sonrisa.

—Sí, qué caprichoso es el destino, ¿eh? Ahora sí que me quieren por aquí.

—Desde luego. Te has metido en un buen lío, según me han dicho.

Mi sonrisa se convirtió en una mueca.

—Qué me vas a contar —eché un vistazo a mi alrededor, aunque sabía que estábamos solos—. Tú no has tenido ninguno, ¿verdad?

Lo negó con la cabeza.

—Nadie sabe lo que hice.

—Bien —al menos alguien había escapado indemne de aquella debacle. Mi sentimiento de culpa no habría sido capaz de asimilar que a él también le hubiesen cogido.

Mikhail se arrodilló para que sus ojos quedasen a la altura de los míos, y apoyó los brazos en la mesa ante la cual me sentaba yo.

—¿Lo lograste? ¿Mereció la pena?

—Es muy difícil responder a esa pregunta —le dije, y él arqueó una ceja—. Sucedieron algunas cosas... no demasiado buenas, pero sí que descubrimos lo que queríamos saber... Bueno, o creemos que lo descubrimos.

Contuvo el aliento.

—¿Cómo revertir a un strigoi?

—Eso creo. Si nuestro informante nos estaba diciendo la verdad, entonces sí. Pero, aunque así fuera..., digamos que no es tan fácil de hacer. Es casi imposible, para ser sinceros.

—¿De qué se trata?

Tuve mis dudas. Mikhail nos había ayudado, pero no formaba parte de mi círculo de confianza. No obstante, incluso ahora, veía aquella mirada angustiada en sus ojos, esa mirada que ya había visto antes. El dolor de perder a su amada que aún le atormentaba, y que probablemente lo hiciese para siempre. ¿Estaría haciéndole más mal que bien al contarle lo que había descubierto? ¿Le haría más daño todavía aquella efímera esperanza?

Finalmente, me decidí a contárselo. Aunque él se lo contase a otros —y no creía que lo fuese a hacer— la mayoría se reiría de él de todas formas. No habría daños por ese lado. El verdadero problema sería que le hablase a alguien de Victor y de Robert, aunque tampoco me hacía falta hablarle de su implicación en el tema. Al contrario que a Christian, a Mikhail no parecía habérsele ocurrido que aquella huida de la cárcel que tanto ruido estaba armando en las noticias de los moroi la hubieran podido lograr los

adolescentes a los que él ayudó a escabullirse. Era probable que Mikhail no tuviese atención para nada que no implicase salvar a su Sonya.

—Hace falta un manipulador del espíritu —le expliqué—. Uno con una estaca hechizada con espíritu, y después, él... o ella... tiene que clavársela al strigoi en el corazón.

—El espíritu... —aquel elemento resultaba aún desconocido para la mayoría de los moroi y de los dhampir, pero no para él—. Igual que Sonya. Sé que se supone que el espíritu hace que sean más seductores... pero te juro que a ella jamás le hizo falta. Ya era muy hermosa de por sí —como siempre, la cara de Mikhail adoptó aquella misma mirada que se le ponía con cada mención de la señorita Karp. Nunca le había visto verdaderamente feliz desde que le conocí, y pensé que, si alguna vez sonreía de manera natural, sería bastante atractivo. Pareció sentirse avergonzado de repente por aquel lapsus romántico, y regresó a la seriedad—. ¿Y qué manipulador del espíritu sería capaz de atacar a un strigoi con una estaca?

—Ninguno —dije de pleno—. Lissa Dragomir y Adrian Ivashkov son los dos únicos que yo conozco... bueno, aparte de Avery Lazar —estaba dejando a Oksana y a Robert al margen de aquello—, y ninguno de ellos tiene capacidad para hacerlo, tú lo sabes igual que yo. Y Adrian no tiene el menor interés, de todas formas.

Mikhail era avispado, y captó lo que yo no había dicho.

—¿Y Lissa sí?

—Sí —le reconocí—. Pero le llevaría años aprender a hacerlo, si no más. Y ella es la última de su linaje, no se le puede poner en peligro de esa manera.

Comprendió la verdad que había en mis palabras, y no pude evitar compartir su dolor y su decepción. Igual que yo, él había depositado mucha fe en aquel esfuerzo desesperado por reunirse con su amor perdido. Acababa de afirmar que era posible... y, sin embargo, imposible. Creo que habría sido mucho más fácil para los dos si nos hubiéramos enterado de que todo era un bulo.

Suspiró y se puso en pie.

—Bueno..., te agradezco que lo hayas intentado. Siento que te castiguen, después de no haber conseguido nada.

Me encogí de hombros.

—Está bien. Ha merecido la pena.

—Eso espero... —la expresión de su rostro se volvió dubitativa—. Espero que termine pronto y que no afecte a nada más.

—¿Afectar a qué? —le pregunté bruscamente al reparar en el tono de su voz.

—Pues... mira, a veces, los guardianes que desobedecen se enfrentan a castigos muy largos.

—Ah. Esto —se refería a mi miedo constante a verme encerrada con un trabajo de oficina. Traté de fingir que me lo tomaba a la ligera y no mostrar lo mucho que me asustaba esa posibilidad—. Estoy convencida de que Hans iba de farol. En serio, ¿de verdad iba a obligarme a hacer esto para siempre solo porque me escapé y...?

Me detuve, y me quedé con la boca abierta mientras un brillo cómplice refulgía en los ojos de Mikhail. Mucho tiempo atrás había oído que intentó seguirle la pista a la señorita Karp, pero los problemas logísticos de aquello no se me habían ocurrido hasta aquel preciso instante. Nadie le habría dado el visto bueno a su búsqueda. Tendría que haberse marchado por su cuenta, rompiendo los protocolos, y regresar a hurtadillas cuando se rindió y dejó de buscarla. Se habría metido exactamente en los mismos problemas que yo por desaparecer en combate.

—¿Es por eso...? —tragué saliva—. ¿Es por eso por lo que... por lo que ahora trabajas aquí abajo, en los sótanos?

Mikhail no respondió a mi pregunta. En cambio, bajó la mirada con una ligera sonrisa y señaló mis montones de papeles.

—La F va antes que la L —dijo antes de dar media vuelta y marcharse.

—Mierda —mascullé al mirar hacia abajo. Tenía razón. Al parecer no se me daba tan bien lo de ordenar alfabéticamente mientras vigilaba a Lissa. Aun así, en cuanto me quedé sola, aquello no me impidió volver a meterme en su cabeza. Quería saber qué estaba haciendo... y no quería pensar en cómo, probablemente, cuanto había hecho podía considerarse peor que los actos de Mikhail ante los ojos de los guardianes. O en que un castigo similar, o peor, pudiese estar aguardándome.

Lissa y Christian se encontraban en un hotel cerca del campus de Lehigh. El mediodía de los vampiros implicaba que era de noche para una universidad humana. La visita de Lissa no empezaría hasta su mañana siguiente, lo cual significaba que ella tendría que aguardar en el hotel e intentar adaptarse a un horario humano.

Los «nuevos» guardianes de Lissa, Serena y Grant, se hallaban con ella, además de tres extras que la reina había enviado también. Tatiana había permitido ir a Christian, y no se había opuesto tanto como había temido Lissa, ni mucho menos, algo que me hizo volver a plantearme si la reina era realmente tan horrible como yo siempre había creído. Priscilla Voda, una consejera personal de la reina que nos caía bien tanto a Lissa como a mí, también acompañaba a Lissa mientras ella visitaba la universidad. Dos de los guardianes adicionales se quedaban con Priscilla; el tercero, con Christian. Cenaron todos en grupo y se retiraron a sus habitaciones. Serena estaba de hecho con Lissa en el interior de su suite, mientras que Grant permanecía fuera, en la puerta. Sentí una punzada al ver todo aquello. Una guardia en pareja... Eso era para lo que yo había sido entrenada, lo que había estado esperando toda mi vida poder hacer por Lissa.

Serena era el ejemplo perfecto de la actitud distante de un guardián, estando allí sin estar mientras Lissa colgaba parte de su ropa. Unos nudillos en la puerta pusieron en acción a Serena de inmediato. Estaca en mano, se dirigió hacia la puerta a grandes zancadas y observó por la mirilla. No pude evitar admirar su velocidad de reacción, aunque una parte de mí jamás creería que hubiese nadie capaz de proteger a Lissa como yo.

—Atrás —le dijo a Lissa.

Un instante después, la tensión de Serena disminuyó un ápice, y abrió la puerta. Allí estaba Grant, con Christian a su lado.

—Viene a verte —dijo Grant, como si no resultase obvio.

Lissa asintió.

—Sí, claro. Pasa.

Cuando Grant retrocedió, Christian entró y sonrió a Lissa de manera significativa, con un leve gesto con la barbilla hacia Serena.

—Oye, mmm, ¿te importaría dejarnos un poco de intimidad? —en cuanto aquellas palabras salieron de los labios de Lissa, sus mejillas adquirieron un tono rosa brillante—. Quiero decir que... solo... solo tenemos que hablar de algunas cosas, nada más.

Serena mantuvo una expresión casi neutra, pero estaba claro que pensaba que iban a hacer algo más que hablar. Las típicas parejas de adolescentes no solían ser la comidilla dentro del mundo de los moroi, pero Lissa, con toda su notoriedad, atraía algo más de atención sobre sus asuntos sentimentales. Serena ya sabría que Christian y ella habían salido y lo

habían dejado. Y por lo que veía, ahora volvían a estar juntos. El hecho de que Lissa le hubiera invitado a hacer aquel viaje sin duda lo sugería.

La guardián miró a su alrededor con cautela. El equilibrio entre la protección y la intimidad era siempre una cuestión delicada entre los moroi y los guardianes, y las habitaciones de hotel como aquella lo complicaban todavía más. Si estuviesen llevando un horario de vampiros, con todo el mundo durmiendo durante las horas de luz, no me cabía ninguna duda de que Serena se habría salido al pasillo con Grant. Pero estaba oscuro en el exterior, e incluso una ventana de un quinto piso podía ser un problema con los strigoi. No le hacía ninguna gracia dejar sola a su nueva protegida.

La suite de Lissa contaba con un salón grande y una zona de trabajo, además del dormitorio al que se accedía por una doble puerta acristalada y translúcida. Serena les hizo un gesto con la barbilla.

—¿Y si me quedo ahí dentro? —una idea muy inteligente. Les dejaba intimidad pero seguía estando muy cerca. Entonces, se percató de las implicaciones, y fue ella quien se ruborizó—. Quiero decir... a menos que vosotros queráis pasar dentro, y yo...

—No —exclamó Lissa, cada vez más avergonzada—. Así está bien. Nosotros nos quedamos aquí. Solo vamos a *hablar*.

No tuve muy claro a quién iba más dirigido aquello, si a su guardián o a Christian. Serena asintió y desapareció en el interior del dormitorio con un libro, lo que para mí supuso un inquietante recuerdo de Dimitri. Cerró la puerta. Lissa no estaba muy segura de cuánto se oiría desde dentro, así que encendió la televisión.

—Dios, ha sido penoso —protestó.

Christian, apoyado contra la pared, no parecía tener el más mínimo problema. No le iban en absoluto las formalidades, pero se había puesto un traje con anterioridad, para cenar, y aún lo llevaba puesto. Le quedaba muy bien, por mucho que él siempre se quejase.

—¿Por qué?

—Pues porque cree que vamos a... cree que vamos a... bueno, ya sabes.

—¿Y? ¿Dónde está el problema?

Lissa elevó la mirada al techo.

—Tú eres un tío. Pues claro que a ti te da igual.

—Oye, que tampoco es que nunca «hayamos». Además, mejor será que piense eso a que se entere de la verdad.

La referencia a su vida sexual pasada despertó una serie de sentimientos encontrados —vergüenza, ira, anhelo—, pero Lissa impidió que se le notase.

—Muy bien. Acabemos con esto. Mañana es un día importante, y ya tenemos el sueño lo bastante alterado. ¿Por dónde empezamos? ¿Quieres que coja la estaca?

—No hace falta todavía. Primero deberíamos practicar algunos movimientos defensivos —se puso recto, se dirigió hacia el centro de la estancia, y quitó una mesa de en medio.

Juro que, de no ser por el contexto, ver cómo aquellos dos intentaban por su cuenta un entrenamiento de combate habría resultado tronchante.

—Vale —dijo él—. Tú ya sabes cómo se da un puñetazo.

—¿Qué? ¡Desde luego que no!

Christian frunció el ceño.

—Pero si tumbaste a Reed Lazar. Rose me lo ha contado algo así como un millón de veces. Jamás la he visto tan orgullosa de algo.

—Le he dado un solo puñetazo a una persona en toda mi vida —señaló ella—. Y Rose me estaba guiando. No sé si podría hacerlo de nuevo.

Christian asintió con aspecto contrariado, no por las habilidades de Lissa, sino por la forma de ser impaciente que tenía y porque deseaba entrar de lleno en el meollo de las técnicas de combate. Sin embargo, demostró ser un profesor de una sorprendente paciencia al repasar el maravilloso arte de los puñetazos y los golpes. Muchos de sus movimientos eran en realidad cosas que había aprendido de mí.

Había sido un alumno bastante aceptable. ¿Que si llegaba a la altura de un guardián? No. Y por una distancia enorme. ¿Y Lissa? Era lista y muy competente, pero no tenía mimbres de luchadora, por muchas que fuesen sus ganas de ayudar con aquello. El golpe a Reed Lazar había sido maravilloso, aunque no daba la impresión de que fuese a convertirse jamás en algo que le resultase natural. Por fortuna, Christian comenzó con un simple esquivar y vigilar a tu oponente. Lissa acababa de empezar con aquello, pero parecía muy prometedora. Se diría que Christian lo atribuía a sus dotes de instructor, pero yo siempre he pensado que los manipuladores del espíritu poseen una especie de instinto sobrenatural al respecto de lo que los demás van a hacer a continuación. Sin embargo, dudaba mucho que aquello funcionase con los strigoi.

Tras dedicarle un pequeño rato a aquello, Christian regresó al ataque, y ahí fue donde se torcieron las cosas.

La naturaleza gentil, sanadora, de Lissa no cuadraba con aquella parte, y se negaba a atacar de verdad con todas sus fuerzas, por temor a hacerle daño. Cuando él se percató de lo que estaba sucediendo, su temperamento cortante empezó a asomar en la cabeza.

—¡Vamos! ¡No te contengas!

—No lo hago —protestó ella al tiempo que le soltaba un puñetazo al pecho que se quedó muy lejos de hacerle inmutarse.

Christian se pasó los dedos por el pelo en un gesto de irritación.

—¡Sí que lo haces! Te he visto llamar a la puerta con más fuerza de la que me pegas a mí.

—Esa comparación es absurda.

—Y —añadió él— no me estás apuntando a la cara.

—¡Porque no te quiero dejar una marca!

—Pues al ritmo que vamos no veo ningún peligro de que eso suceda —masculló él—. Además, tú me lo puedes curar de inmediato.

Me divertía verlos discutir, pero no me gustó la facilidad con la que Christian alentó a Lissa para que utilizase el espíritu. No me había quitado de encima aún mi sentimiento de culpa por los daños a largo plazo que podía haber causado la huida de la cárcel.

Christian alargó la mano hacia delante, cogió a Lissa por la muñeca y la atrajo hacia sí de un tirón. Le cerró los dedos con la otra mano y, a continuación, le mostró lentamente cómo soltar un puñetazo hacia arriba tirando del puño de Lissa hacia su cara. Estaba más centrado en mostrarle la técnica y el desplazamiento, así que solo hizo que le rozase.

—¿Lo ves? Arco ascendente. El impacto tiene que ser justo ahí. No te preocupes por no hacerme daño.

—No es tan fácil...

Su protesta se desvaneció y, de repente, fue como si los dos se diesen cuenta de la situación en la que se encontraban. Apenas había ninguna separación entre ellos, y los dedos de Christian aún rodeaban la muñeca de Lissa. A través de la piel de ella, transmitían una sensación cálida y una corriente eléctrica por todo el resto de su cuerpo. El aire entre ambos parecía denso y pesado, como si los hubiese envuelto y empujase al uno contra el otro. A decir de los ojos muy abiertos de Christian y de su

repentina inspiración de aire, estaba dispuesta a apostar que él estaba sufriendo una reacción similar al verse tan próximo al cuerpo de Lissa.

Al volver en sí, le soltó la mano de forma abrupta y retrocedió.

—Bueno —dijo con aire tosco, aunque aún alterado por la proximidad —. Supongo que no ibas en serio con lo de ayudar a Rose.

Así lo consiguió. A pesar de la tensión sexual, aquel comentario prendió la ira en Lissa. Apretó el puño y cogió a Christian totalmente desprevenido cuando le soltó el brazo y le atizó en toda la cara. No tuvo la elegancia del puñetazo de Reed, pero sí que le dio duro a Christian. Por desgracia, perdió el equilibrio en la maniobra y se cayó de bruces sobre él. Los dos se fueron juntos al suelo y tiraron una mesilla y una lámpara que había cerca. La lámpara se golpeó contra la esquina de la mesa y se rompió.

Entre tanto, Lissa había aterrizado sobre Christian. Los brazos de él la habían rodeado de manera instintiva y, si la separación entre ambos antes había sido mínima, ahora era inexistente. Se quedaron mirándose a los ojos, y el corazón de Lissa latía con fuerza en su pecho. La tentadora sensación eléctrica volvía a crepitar entre ellos y, para ella, todo el mundo parecía quedar concentrado en los labios de Christian. Tanto ella como yo nos preguntamos más tarde si se habrían llegado a besar, pero, justo en ese momento, Serena irrumpió desde el dormitorio.

Se encontraba en estado de máxima alerta como guardián, el cuerpo tenso y preparado para enfrentarse a un ejército de strigoi con su estaca en la mano. Se detuvo con un patinazo cuando vio la escena que tenía ante sí: lo que parecía ser un interludio amoroso. Hay que reconocer que era un poco extraño, con la lámpara rota y la marca roja e hinchada en la cara de Christian. La situación fue bastante violenta para todos, y el modo de ataque de Serena se transformó en un estado de confusión.

—Oh —dijo con aire inseguro—. Lo siento.

Lissa se vio inmersa en una sensación de bochorno, y también en un odio hacía sí misma por haberse visto tan afectada por Christian. Se apartó de manera apresurada, se sentó erguida y, en su estado de nervios, sintió la necesidad de dejar claro que allí no estaba pasando nada que tuviese el más mínimo carácter romántico.

—Esto... esto no es lo que parece —tartamudeó ella, que miraba a cualquier parte menos a Christian, que se estaba poniendo en pie y parecía tan avergonzado como Lissa—. Nos estábamos peleando. Quiero decir, practicando las peleas. Quiero aprender a defenderme de los strigoi. Y a

atacarlos. Y a clavarles una estaca. Christian me está ayudando, más o menos, eso es todo —en su forma de divagar había algo encantador, y me recordó a Jill de un modo muy tierno.

Serena se relajó a ojos vistas, y aunque dominaba ese arte de poner cara de póquer en el que todos los guardianes éramos unos maestros, resultaba obvio que se estaba divirtiendo.

—Bueno —dijo ella—, pues no parece que se os esté dando demasiado bien.

Christian se indignó mientras se palpaba la mejilla.

—¡Oye, eso lo dirás tú! Esto se lo he enseñado yo.

Serena seguía pensando que todo aquello era algo divertido, pero un brillo de seriedad, pensativo, comenzaba a formarse en sus ojos.

—Eso tiene más pinta de suerte que de cualquier otra cosa —vaciló, como si estuviese a punto de tomar una decisión muy importante. Y dijo por fin—: Mirad, chicos, si vais en serio con esto, entonces tenéis que aprender a hacerlo de la manera correcta. Yo os enseñaré.

Ni de coña.

Presentía que me encontraba a punto de escaparme de la corte y llegar hasta Lehigh haciendo autostop con la intención de enseñarles cómo es un puñetazo de verdad —y Serena sería mi ejemplo— cuando algo me apartó de golpe de Lissa y me trajo de regreso a mi propia realidad. Hans.

Ya tenía yo un saludo sarcástico en los labios, pero no me dio ni siquiera la oportunidad.

—Olvídate del archivo y sígueme. Has sido convocada.

—¿Que he sido qué? —absolutamente inesperado—. ¿Convocada dónde?

Su expresión era muy grave.

—Ante la reina.

Catorce

LA última vez que Tatiana había querido gritarme, se había limitado a llevarme a uno de sus salones privados. El ambiente había sido muy raro, como si fuésemos a tomar el té, con la excepción de que la gente no se suele gritar cuando queda a tomar el té. No tenía ninguna razón para pensar que aquella vez sería diferente... hasta que me percaté de que la escolta me conducía al complejo de edificios oficiales más importante de la corte, el lugar donde se llevaba a cabo toda la actividad gubernamental de la realeza. Mierda. Aquello era mucho más serio de lo que yo había pensado.

Y desde luego, cuando por fin me condujeron al interior de la sala en que me aguardaba Tatiana... pues bueno, casi me detuve en seco y no pude entrar. Un leve toque en la espalda por parte de uno de los guardianes me hizo seguir avanzando. Aquel lugar estaba atestado.

No sabía con seguridad en qué sala me encontraba. Los moroi tenían una genuina sala del trono para su monarca, pero no me pareció que fuese aquella. Esta sala, no obstante, también tenía una decoración recargada que transmitía un aire de realeza antigua, con unas molduras talladas minuciosamente con motivos florales y candelabros dorados y relucientes en las paredes. Tenían incluso sus velas encendidas, también, cuya luz se reflejaba en las decoraciones metálicas de la sala. Todo relucía, y me sentí como si me hubiera colado a trompicones en un espectáculo.

Y, la verdad, bien podría haberlo hecho, porque tras un instante de observación, me percaté de dónde me hallaba. Los presentes en la sala se encontraban divididos. Doce de ellos estaban sentados a una larga mesa sobre una tarima en el lugar claramente pensado para ser el foco de atención de la sala. La propia Tatiana estaba sentada en el centro de la mesa, con seis moroi a un lado y cinco al otro. La otra parte de la sala estaba dispuesta de manera simple, con hileras de sillas —aun así intrincadas y tapizadas en satén— llenas también de moroi. El público.

La pista me la dieron quienes se sentaban a ambos lados de Tatiana. Eran moroi mayores que, no obstante, poseían un porte regio. Once moroi en representación de las once familias reales. Lissa no había cumplido aún los dieciocho —aunque estaba a punto, recordé con un sobresalto—, así que no tenía un puesto allí. Había alguien sentado en lugar de Priscilla Voda.

Me hallaba ante el Consejo, los príncipes y las princesas del mundo de los moroi. El miembro de más edad de cada familia ostentaba el título y ocupaba un puesto de consejero junto a Tatiana. A veces, el más mayor renunciaba al puesto y se lo cedía a alguien que la familia consideraba más capacitado, pero el elegido casi siempre había cumplido ya por lo menos los cuarenta y cinco años. El Consejo elegía al rey o la reina de los moroi, cargo que ocupaba hasta su muerte o hasta su retiro. En raras ocasiones, con el suficiente respaldo de las familias reales, el monarca podía ser depuesto a la fuerza.

Cada príncipe o princesa de aquel órgano recibía a su vez el consejo de un concilio familiar, y, al volver a observar al público, reconocí grupos familiares que se sentaban juntos: los Ivashkov, los Lazar, los Badica... Los de las últimas filas parecían ser observadores. Tasha y Adrian se encontraban juntos, sentados, y yo sabía a ciencia cierta que no formaban parte del Consejo Real ni de los concilios familiares. Aun así, verlos allí me tranquilizó un poco.

Permanecí cerca de la entrada de la sala, cambiando inquieta mi postura de un pie al otro, preguntándome qué sería lo que me aguardaba. No es que me hubiese ganado una humillación pública, al parecer me la había ganado delante de los moroi más importantes del mundo. Maravilloso.

Un moroi desgarbado con el pelo irregular y canoso salió al frente por uno de los laterales de la larga mesa y se aclaró la garganta. Se hizo el silencio en la sala.

—Se abre la sesión del Consejo Real Moroi —declaró—. Preside su alteza real Tatiana Marina Ivashkov.

Hizo una ligera reverencia en dirección a la reina y se retiró con discreción a uno de los lados de la sala, de pie cerca de unos guardianes que formaban a lo largo de la pared como si fuesen parte de la decoración.

Tatiana siempre iba elegante en todas las fiestas en que yo la había visto, pero, para un acto formal como aquel, daba la verdadera imagen representativa de una reina. Llevaba un vestido azul marino de seda de manga larga y, sobre el complejo trenzado de su pelo, una corona resplandeciente de brillantes azules y transparentes. En un concurso de belleza habría dicho enseguida que aquellas piedras eran de estrás. En ella, ni por un segundo puse en cuestión que se trataba de diamantes y zafiros.

—Muchas gracias —dijo ella. También hacía uso de su voz más regia, atronadora e impresionante, que llenaba la sala—. Continuaremos con las

conversaciones que iniciamos ayer.

Un momento... ¿qué? ¿Que ya habían estado hablando el día anterior sobre mí? Entonces me di cuenta de que me había rodeado el cuerpo con los brazos en una especie de pose protectora, y de inmediato los bajé. No quería parecer débil, fuera lo que fuese lo que me tenían reservado.

—Hoy escucharemos el testimonio de un guardián recién nombrado —la atenta mirada de Tatiana cayó sobre mí. Y lo hizo la de toda la sala—. Rosemarie Hathaway, ¿sería tan amable de salir al frente?

Lo hice, y mantuve la cabeza alta y una pose de confianza. No sabía dónde situarme exactamente, así que escogí el centro de la sala, justo enfrente de Tatiana. Si me iban a obligar a comparecer en público, ya me podía haber soplado alguien que me pusiera el uniforme blanco y negro de los guardianes. De perdidos al río. No daría ninguna muestra de temor, ni siquiera en vaqueros y camiseta. Le hice la pequeña reverencia de rigor y miré directamente a sus ojos, preparada para lo que se avecinase.

—¿Podría enunciar su nombre, por favor? —me preguntó.

Ya lo había hecho ella por mí, pero aun así dije:

—Rosemarie Hathaway.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciocho.

—¿Cuánto hace que cumplió los dieciocho?

—Algunos meses.

Aguardó unos instantes para dejar que aquello calase, como si se tratara de una información importante.

—Señorita Hathaway, tenemos entendido que más o menos en aquella época usted abandonó la Academia St. Vladimir. ¿Es correcto?

¿De *eso* iba todo aquello? ¿No iba del viaje a Las Vegas con Lissa?

—Sí —dije sin ofrecer ninguna información adicional. Dios mío. Esperaba que no se metiese en lo de Dimitri. Ella no debería estar en absoluto al tanto de mi relación con él, pero una nunca sabía qué tipo de información se podía extender por aquí.

—Se marchó a Rusia a cazar strigoi.

—Sí.

—¿A modo de venganza personal después del ataque a St. Vladimir?

—Mmm... sí.

Nadie dijo nada, pero mi respuesta causó sin duda un revuelo en la sala. La gente se movía inquieta y miraba a los que tenían a su alrededor.

Los strigoi siempre inspiraban temor, y el hecho de que alguien se dedicase de forma activa a buscarlos era aún una idea novedosa entre nosotros. Extrañamente, Tatiana pareció muy complacida ante mi confirmación. ¿Acaso iba a utilizarse como otra arma en mi contra?

—Daremos por sentado, entonces —prosiguió—, que es usted de los que creen en los ataques directos contra los strigoi, ¿no?

—Sí.

—Muchos han reaccionado de diferentes maneras al terrible ataque a St. Vladimir —dijo—. Usted no es el único dhampir que quería contraatacar a los strigoi, aunque sí que era sin duda la más joven.

Jamás supe de otros que hubieran salido a hacer patrullas de vigilancia..., bueno, aparte de algunos dhampir insensatos en Rusia. Si esa era la versión de la historia de mi viaje que ella estaba dispuesta a creer, por mí genial.

—Tenemos informes tanto de guardianes como de alquimistas de Rusia que dicen que tuvo usted éxito —aquella era la primera vez que oía una mención en público de los alquimistas, aunque resultaba lógico que fuesen un tema común en el Consejo—. ¿Puede decirme a cuántos mató?

—Pues... —la miraba fijamente, sorprendida—. No estoy segura, Majestad. Por lo menos... —me estrujé el cerebro—, a siete —pudieron ser más. Eso pensaba ella también.

—Esa estimación podría resultar algo modesta si la comparamos con lo que dicen nuestras fuentes —apuntó con grandilocuencia—. De todos modos, no deja de ser una cifra impresionante. ¿Llevó usted a cabo esas muertes en solitario?

—A veces sí. Otras veces tuve ayuda. Hubo... otros dhampir con los que trabajé en alguna que otra situación —si nos ponemos estrictos, también tuve ayuda strigoi, pero aquello no lo iba a mencionar.

—¿Eran de una edad similar a la suya?

—Sí.

Tatiana no dijo nada más y, como si le hubieran dado pie, tomó la palabra una mujer que había a su lado. Si no me equivocaba, era la princesa Conta.

—¿Cuándo mató usted a su primer strigoi?

Fruncí el ceño.

—El pasado mes de diciembre.

—¿Y tenía usted diecisiete años?

—Sí.

—¿Llevó usted a cabo esa muerte en solitario?

—Bueno... en su mayoría. Un par de amigos me ayudaron con la distracción —esperaba que no me presionasen en busca de más detalles. Maté a mi primer strigoi cuando murió Mason, y, aparte de los sucesos relacionados con Dimitri, aquel recuerdo era lo que más me atormentaba.

Sin embargo, la princesa Conta no quería mucho más detalle. Tanto ella como los demás —que pronto se unieron al interrogatorio— querían saber principalmente acerca de las muertes de los strigoi que había causado. Mostraban un leve interés en averiguar cuándo me habían ayudado otros dhampir, pero no quisieron entrar en si había tenido ayuda de los moroi. Hicieron también una glosa de mi expediente disciplinario, lo cual me pareció desconcertante. Mencionaron asimismo el resto de mis detalles académicos: mis excepcionales notas en combate; que ya me encontraba entre los mejores cuando Lissa y yo nos escapamos en nuestro segundo año de instituto, y la rapidez con que había conseguido recuperar el tiempo perdido y volver a estar en lo alto de mi clase (al menos en lo que al combate se refiere). Comentaron igualmente que yo siempre había protegido a Lissa mientras nos encontramos las dos solas en el mundo exterior, y concluyeron con las excepcionales notas que saqué en la prueba final.

—Gracias, guardián Hathaway. Puede retirarse.

El tono de autorización para que me fuese que había en la voz de Tatiana no dejaba lugar a dudas. Me quería fuera de allí. Me faltó tiempo para obedecer, hacer otra reverencia y apresurarme a salir de allí. Al marcharme lancé un vistazo rápido a Tasha y a Adrian, y la voz de la reina volvió a resonar cuando salí por la puerta.

—Con esto concluye nuestra sesión de hoy. Nos volveremos a reunir mañana.

No me sorprendió que Adrian me alcanzase unos minutos después. Hans no me había ordenado volver y ponerme a trabajar después de la sesión, y yo decidí interpretarlo como que tenía libertad.

—Muy bien —le dije mientras deslizaba mi mano en la suya—. Ilústrame con tu sabiduría política sobre la realeza. ¿De qué iba todo eso?

—Ni idea. Aquí yo soy el último que se dedica a hacer preguntas sobre cuestiones políticas —me dijo—. Ni siquiera voy a esos actos, pero Tasha se ha topado conmigo en el último instante y me ha pedido que fuera con

ella. Me imagino que le habían chivado que tú estarías allí, pero estaba igual de perpleja.

Ninguno de los dos había dicho nada, aunque me di cuenta de que le estaba llevando hacia uno de los edificios que albergaban una zona comercial: tiendas, restaurantes, etcétera. De repente me moría de hambre.

—Me ha dado la impresión de que esto forma parte de algo de lo que ya han estado hablando. Ha mencionado su última sesión.

—Fue a puerta cerrada, como la de mañana. Nadie sabe qué están debatiendo.

—¿Y por qué convertir esta en pública? —no me parecía justo que la reina y el Consejo pudiesen decidir qué compartían con el resto y qué no. Todo debería haber sido público.

Adrian frunció el ceño.

—Es probable que sea porque vayan a celebrar pronto una votación, y eso sí será público. Si tu testimonio tiene algún papel en ello, el Consejo tal vez quisiera asegurarse de que algunos moroi lo presenciasen, para que todo el mundo entienda el sentido de la decisión cuando esta se produzca —hizo una pausa—. Pero ¿qué sé yo? No soy un político.

—Hace que suene como si ya estuviese decidido —me quejé—. ¿Para qué votar siquiera? ¿Y por qué iba yo a tener algo que ver con el gobierno?

Adrian abrió la puerta de una pequeña cafetería donde servían almuerzos ligeros: hamburguesas y sándwiches. Él había crecido yendo a restaurantes con clase y con menús de gourmet. En mi opinión, él prefería aquello, pero también sabía que a mí no me gustaba ser siempre el centro de las miradas o que me recordasen que estaba con alguien de la realeza que pertenecía a una familia de la élite. Agradecí que fuese consciente de que aquel día me apetecía algo más común.

No obstante, el hecho de estar juntos nos granjeó unas pocas miradas y cuchicheos por parte de los clientes de la cafetería. Ya habíamos sido fuente de especulaciones en el instituto, pero ¿y en la corte? Allí éramos una atracción de primera. La imagen era algo importante, y la mayoría de las relaciones dhampir-moroi se llevaban en secreto. El hecho de que nosotros fuéramos tan abiertos —en especial teniendo en cuenta los contactos de Adrian— resultaba sorprendente y escandaloso, y la gente no siempre se mostraba discreta en sus reacciones. Yo había oído todo tipo de cosas desde mi regreso a la corte. Una mujer me había llamado desvergonzada; otra se

había dedicado a especular en voz alta acerca de por qué Tatiana no se había «ocupado de mí» sin más.

Por fortuna, la mayor parte de nuestro público aquel día se contentaba con mirar, lo cual hacía que resultase más sencillo no prestarles atención. En la frente de Adrian había una arruga pensativa mientras estábamos allí sentados en una mesa.

—Tal vez estén votando que al final seas el guardián de Lissa.

Me sentía tan estupefacta que no pude decir nada durante varios segundos, y de repente vino la camarera. Conseguí por fin tartamudear mi pedido y me quedé mirando a Adrian con los ojos como platos.

—¿En serio? —la sesión había consistido en un examen de mis aptitudes, al fin y al cabo. Tenía sentido. Excepto que...—. No. El Consejo no se molestaría en celebrar sesiones para la asignación de un guardián —mis esperanzas se vinieron abajo.

Adrian se encogió de hombros en señal de reconocimiento.

—Es cierto, pero esta no es una asignación cualquiera de un guardián. Lissa es la última de su linaje. Todo el mundo tiene un interés especial en ella, incluida mi tía. Ponerle a alguien como tú, que eres tan... —le lancé una mirada de advertencia mientras él se afanaba en encontrar una palabra —, tan controvertida, podría molestar a alguna gente.

—Y por eso me querían a mí allí, para que describiese cuanto he hecho, para que los convenciese en persona de mi competencia —no había terminado de pronunciar aquellas palabras y ni siquiera me atrevía a creérmelas. Demasiado bueno para ser cierto—. Es que no soy capaz de imaginármelo viendo los problemas tan graves en los que parece que me he metido con los guardianes.

—No lo sé —dijo él—. Es una suposición. ¿Quién sabe? Tal vez piensen de verdad que lo de Las Vegas no fue más que una travesura inofensiva —había un deje de amargura en su tono de voz al hablar de aquello—. Y ya te dije que la tía Tatiana te estaba empezando a aceptar. Tal vez ahora te quiera a ti como guardián de Lissa pero necesite hacer algún tipo de exhibición pública para justificarlo.

Aquella idea resultaba asombrosa.

—Pero si yo consigo ir con Lissa, ¿qué vas a hacer tú? ¿Te vas a convertir en alguien respetable y vas a venir también a la universidad?

—No lo sé —dijo con una expresión pensativa en sus ojos verdes mientras probaba su bebida a pequeños sorbos—. Tal vez lo haga.

Aquello también resultaba inesperado, y me trajo de nuevo a la mente mi conversación con su madre. ¿Y si yo fuese el guardián de Lissa en la universidad y él estuviese con nosotras durante los cuatro años siguientes? Estaba bastante segura de que Daniella pensaba que romperíamos aquel mismo verano. Y yo también lo pensé... y me sorprendía el alivio que sentía ante la posibilidad de estar con él. Dimitri me había dejado el corazón lleno de dolor y de anhelos, pero quería tener a Adrian en mi vida.

Le sonreí y puse la mano sobre la suya.

—No estoy segura de lo que haría si fueses alguien respetable.

Se llevó mi mano a los labios y la besó.

—Se me ocurren algunas sugerencias —me dijo.

No sé si fueron sus palabras o si fue la sensación de sus labios sobre mi piel lo que me produjo un escalofrío por todo el cuerpo. Estaba a punto de preguntarle cuáles eran aquellas sugerencias cuando nuestro interludio quedó interrumpido... por Hans.

—Hathaway —dijo con una ceja arqueada mientras nos miraba desde arriba—. Tú y yo tenemos ideas muy diferentes de lo que es un «castigo».

Tenía su parte de razón. En mi mente, un castigo implicaba cosas sencillas como unos latigazos o que te matasen de hambre. No archivar papeles.

Sin embargo, respondí:

—No me dijo que regresara después de ver a la reina.

Me miró con cara de exasperación.

—Tampoco te dije que te largases a jugar con tus amiguitos. Vamos. De vuelta al sótano.

—¡Es que me van a traer un sándwich de beicon!

—Ya tendrás tu descanso para comer dentro de otro par de horas, igual que el resto de nosotros.

Intenté reprimir mi indignación. No es que me hubieran estado dando mendrugos de pan y agua durante mis turnos de trabajo, pero la comida no sabía mucho mejor. Justo en ese momento, la camarera apareció con nuestro pedido. Agarré el sándwich antes incluso de que la mujer dejase los platos en la mesa y lo envolví con una servilleta de papel.

—¿Puedo cogerlo para llevar?

—Si eres capaz de comértelo antes de que volvamos —su voz sonaba escéptica al ver lo cerca que estábamos del sótano. Subestimaba claramente mi capacidad para consumir alimentos.

A pesar de la expresión desaprobatoria de Hans, le di a Adrian un beso de despedida y le miré con una cara que le decía que tal vez continuásemos con aquella conversación. Él me ofreció una sonrisa alegre de complicidad que solo vi por un segundo antes de que Hans me ordenase salir. Fiel a mis predicciones, conseguí tragarme el sándwich antes de llegar de regreso al edificio de los guardianes, aunque me pasase la siguiente media hora entre náuseas.

Mi hora del almuerzo era casi la de la cena para Lissa en el mundo de los humanos. De regreso a mi triste castigo, me animé un poco gracias a la alegría de llegar hasta ella a través de nuestro vínculo. Se había pasado todo el día en su visita por el campus de Lehigh, que había resultado ser todo cuanto ella esperaba que fuese. Le había encantado todo aquello: los edificios tan bellos, los jardines, las residencias... y, en especial, las clases. Un vistazo al catálogo de asignaturas le abría todo un universo de materias que ni siquiera el programa de educación avanzada de St. Vladimir nos había ofrecido. Quería ver y hacer todo cuanto la institución tenía que ofrecerle.

Y, aunque ella deseaba que yo estuviese allí, no dejaba de sentir la emoción de que fuese su cumpleaños. Priscilla le había regalado unas joyas muy recargadas y le había prometido una cena elegante aquella noche. Aquel no era exactamente el tipo de celebración que esperaba Lissa, pero la excitación ante su decimoctavo cumpleaños seguía resultando embriagadora, en especial al echar un vistazo a la universidad de ensueño a la que pronto asistiría.

Lo confieso, sentí una punzada de envidia. A pesar de la teoría de Adrian al respecto de por qué me había mandado llamar la reina, yo sabía —igual que lo sabía Lissa— que mis probabilidades de ir con ella a la universidad eran prácticamente nulas. Una mezquina parte de mí era incapaz de entender por tanto cómo Lissa podía andar tan emocionada cuando yo no iba a estar con ella. Qué infantil por mi parte, ya lo sé.

No obstante, tampoco tuve demasiado tiempo para permanecer enfurruñada, porque, una vez finalizada la visita, el séquito de Lissa regresó al hotel. Priscilla les había dicho que disponían aproximadamente de una hora para arreglarse antes de salir a cenar, y, para Lissa, eso suponía otro rato de entrenamiento de combate. Mi sensación de amargura se convirtió de inmediato en airada.

Las cosas empeoraron cuando me enteré de que poco antes, aquel día, Serena le había hablado a Grant del deseo de Lissa y de Christian de aprender a defenderse. Al parecer, él también había pensado que se trataba de una buena idea. Menuda sorpresa. Lissa contaba con dos guardianes liberales. ¿Es que no le podían haber asignado a alguien aburrido, alguien de la vieja escuela que se quedase horrorizado ante la idea de que los moroi siquiera pensaran en enfrentarse a un strigoi?

De modo que, mientras yo me quedaba allí sentada, impotente e incapaz de hacer entrar en razón a ninguno de los dos, Lissa y Christian tenían ahora dos instructores. Aquello no solo suponía una mayor cantidad de oportunidades para aprender, también significaba que Serena contaba ahora con un compañero competente con quien escenificar ciertos movimientos. Grant y ella los mostraban mientras Christian y Lissa observaban con los ojos muy abiertos.

Por fortuna (bueno, para Lissa no), ambas nos percatamos enseguida de algo. Los guardianes no conocían la verdadera razón por la cual Lissa estaba interesada en luchar. No tenían la menor idea —¿cómo iban a tenerla?— de que quería dar caza y clavarle una estaca a un strigoi con la frágil esperanza de devolverlo a la vida. Pensaban que solo quería aprender lo más básico de la defensa, algo que a ellos les parecía muy sensato. Y eso fue lo que le enseñaron.

Grant y Serena también pusieron a Lissa y a Christian a practicar el uno con el otro. Sospeché que había un par de razones para hacerlo. Una era que ni Lissa ni Christian tenían los conocimientos como para hacerse demasiado daño. La segunda era que los guardianes lo encontraban divertido.

Para Lissa y para Christian no era tan divertido. Aún había tanta tensión entre ellos, tanto sexual como agresiva, que les molestaba estar en un contacto tan próximo. Grant y Serena impidieron que los dos moroi continuasen lanzándose puñetazos a la cara, pero los movimientos más simples al esquivarse solían implicar el roce entre ellos, unos dedos que se deslizaban por la piel del otro en el fragor de la pelea. De vez en cuando, los guardianes hacían que alguno interpretase el papel de un strigoi, situando a Lissa o a Christian a la ofensiva. Aquello fue hasta cierto punto bien recibido por los dos moroi; al fin y a la postre, lo que ellos querían aprender eran los ataques directos.

Sin embargo, cuando Christian —que hacía de strigoi— se lanzó a por Lissa y la empujó contra la pared, a ella dejó de parecerle tan buena idea lo de aprender a atacar. La maniobra acabó con el uno presionado contra el otro, con los brazos de Christian sujetando los de ella. Lissa podía olerle, sentirle, y se sintió abrumada por la fantasía de que él la abrazase allí mismo y la besase.

—Creo que vosotros dos deberíais volver a los fundamentos defensivos —dijo Grant, que interrumpió las traidoras sensaciones de Lissa. Su voz sonó como si le preocupase más que se hicieran daño el uno al otro que la posibilidad de que se enrollasen allí mismo.

Lissa y Christian necesitaron de un instante para reparar siquiera en las palabras de Grant, y no digamos ya para separarse el uno del otro. Cuando lo hicieron, ambos evitaron mirarse y regresaron al sofá. Los guardianes iniciaron otra serie de ejemplos de cómo esquivar a un atacante. Lissa y Christian habían visto aquello tantas veces que ya se sabían la lección de memoria, y su anterior atracción dio paso a la frustración.

Lissa era demasiado correcta como para decir nada, pero, tras un cuarto de hora de Serena y Grant mostrando cómo desprenderse de alguien que pretende alcanzarte, Christian habló por fin.

—¿Cómo te cargas a un strigoi con una estaca?

Serena se quedó de piedra ante las palabras de Christian.

—¿Has dicho «cargarte con una estaca»?

En lugar de sorprenderse, Grant se carcajeó.

—No creo que eso sea algo de lo que tú debas preocuparte. Lo que tienes que hacer es centrarte en cómo te alejas de un strigoi, y no en cómo acercarte.

Lissa y Christian intercambiaron una mirada inquieta.

—Ya he ayudado antes a matar a un strigoi —señaló Christian—. Utilicé el fuego en el ataque a la academia. ¿Me estás diciendo que eso no está bien? ¿Que no debería haberlo hecho?

Serena y Grant intercambiaron entonces una mirada. «Ajá», pensé. Aquellos dos no eran tan liberales como había creído. Lo afrontaban desde un punto de vista defensivo, no ofensivo.

—Por supuesto que deberías —dijo Grant por fin—. Lo que hiciste fue increíble. Y ¿en una situación similar? Desde luego que no querrías verte indefenso, pero esa es justo la cuestión, que dispones de tu fuego. Si tuvieras que luchar contra un strigoi, la magia sería la senda que tendrías

que seguir. Tú ya sabes cómo utilizarla, y te mantendrá a salvo, lejos de su alcance.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Lissa—. Yo no dispongo de ningún tipo de magia de ese tipo.

—Tú jamás te acercarás lo bastante a un strigoi como para que eso sea un problema —dijo Serena con agresividad—. Nosotros no lo permitiremos.

—Además —añadió Grant con aire divertido—, tampoco es que nos dediquemos a ir por ahí repartiendo estacas —hubiera dado cualquier cosa por que fuesen a echar un vistazo a la maleta de Lissa en aquel preciso instante.

Lissa se mordió la lengua y no quiso volver a mirar a Christian por temor a delatar sus intenciones. Las cosas no estaban saliendo conforme a su alocado plan. Christian volvió a tomar el mando.

—¿Podríais escenificarlo, al menos? —preguntó en un intento muy logrado por parecer alguien que solo quiere ver algo increíble y emocionante—. ¿Es difícil hacerlo? Parece que todo cuanto hay que hacer es apuntar y golpear.

Grant soltó un bufido.

—Para nada. Consiste en un poco más que eso.

Lissa se incorporó y juntó las manos mientras le seguía el paso a Christian.

—Bueno, no os preocupéis por lo de enseñarnos a hacerlo. Solo mostrádnoslo.

—Eso, veámoslo —dijo Christian y se movió inquieto junto a Lissa. Al hacerlo, sus brazos se rozaron, y los dos se apartaron de inmediato.

—Esto no es un juego —dijo Grant. Sin embargo, se dirigió hacia su abrigo y sacó su estaca. Serena se quedó mirándolo con cara de incredulidad.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —le preguntó—. ¿Clavarme la estaca a mí?

Él soltó una de sus ligeras carcajadas y se dedicó a buscar con la mirada atenta por toda la habitación.

—Por supuesto que no. Ah, aquí lo tenemos.

Se dirigió hasta una pequeña butaca en la que había un cojín decorativo. Lo alzó y comprobó su volumen. Era gordo y estaba apretado

con alguna especie de relleno denso. Volvió hacia Lissa y le pidió que se pusiera en pie. Para perplejidad de todos, le entregó su estaca.

Grant bloqueó el cuerpo en una posición rígida, agarró con fuerza el cojín entre las manos y extendió los brazos al frente, a poco más de medio metro.

—Adelante —dijo él—. Apunta y golpéalo.

—¿Estás loco? —preguntó Serena.

—No te preocupes —le contestó—. La princesa Voda se puede permitir pagar algunos desperfectos. Quiero demostrar que tengo razón. Ataca el cojín.

Lissa vaciló tan solo unos instantes más. Se llenó de una excitación que parecía tener una intensidad desacostumbrada en ella. Sabía las ganas que tenía de aprender a hacer aquello, pero aquel deseo era en apariencia mayor que antes. Apretó los dientes, dio un paso al frente e intentó clavar la estaca con mucha torpeza en el cojín. Estaba siendo precavida —temía herir a Grant— pero no había de qué preocuparse. Él ni se inmutó, y todo cuanto Lissa consiguió con la estaca fue un leve enganchón superficial en la tela. Lo intentó algunas veces más, aunque no logró ir mucho más allá.

—¿Eso es todo cuanto eres capaz de hacer? —dijo Christian, muy en su papel.

Lissa lo atravesó con la mirada y le entregó la estaca.

—Hazlo mejor tú.

Christian se levantó, y la sonrisa maliciosa se le borró de la cara al estudiar con mirada crítica el cojín conforme se planteaba el golpe. Mientras se lo pensaba, Lissa observó la escena y vio la diversión en los ojos de los guardianes. Incluso Serena se había relajado. Estaban demostrando que tenían razón, que no era tan sencillo aprender a clavar una estaca. Yo estaba encantada, y mi opinión sobre ellos subió por entero.

Christian soltó por fin su golpe. Sí que llegó a perforar la tela, pero el cojín y su relleno fueron demasiado para que los atravesase. Y, de nuevo, Grant no se movió lo más mínimo. Después de unos cuantos intentos fallidos, Christian volvió a sentarse y le devolvió la estaca. Tenía su gracia ver cómo se rebajaba un poco su actitud de gallito. Hasta Lissa lo disfrutó a pesar de la frustración que ella misma sentía por lo difícil que se estaba volviendo aquello.

—El relleno ofrece demasiada resistencia —se quejó Christian.

Grant le entregó su estaca a Serena.

—Qué, ¿acaso crees que va a ser más fácil atravesar el cuerpo de un strigoi? ¿Con los músculos y las costillas de por medio?

Una vez más, Grant se colocó en posición, y, sin vacilar, Serena atacó con la estaca. La punta apareció por el otro lado del cojín y se detuvo justo delante del pecho de Grant mientras unos pequeños fragmentos suaves de relleno caían lentamente al suelo. La guardián la extrajo de golpe y se la entregó a Grant como si hubiera sido la cosa más sencilla del mundo.

Tanto Christian como Lissa miraban boquiabiertos.

—Déjame probar otra vez —dijo él.

Para cuando Priscilla los llamó para ir a cenar, no quedaba un solo cojín intacto en aquella habitación del hotel. Menuda sorpresita que se iba a llevar cuando viera la factura. Lissa y Christian blandían la estaca mientras los guardianes miraban con aire de superioridad, seguros de que su mensaje había quedado claro. Clavarle una estaca a un strigoi no era fácil.

Lissa lo estaba comprendiendo por fin. Se dio cuenta de que en ciertos aspectos, atravesar un cojín —o a un strigoi— no tenía por qué estar relacionado con el hecho de entender su funcionamiento. Desde luego que sí, ella me había oído a mí hablar de cómo alinear el golpe hacia arriba para llegar al corazón y eludir las costillas, pero allí había algo más que simples conocimientos. Gran parte de aquello era cuestión de fuerza, una fuerza que ella aún no tenía. Serena, por muy menuda que pareciese su complexión, había pasado años musculándose y era capaz de atravesar prácticamente cualquier cosa con aquella estaca. Una clase de una hora no otorgaría a Lissa ese tipo de fuerza, y eso era justo lo que ella le estaba cuchicheando a Christian cuando el grupo se marchaba a cenar.

—¿Es que ya te estás rindiendo? —preguntó él en una voz igualmente baja mientras circulaban en el asiento de atrás de un todoterreno. Grant, Serena y un tercer guardián iban también con ellos, aunque andaban enfrascados en su propia conversación.

—¡No! —exclamó Lissa en un siseo—. Es que tengo que... no sé, entrenar antes de poder hacerlo.

—¿Algo así como ponerte a hacer pesas?

—No lo sé —los demás seguían hablando entre sí, pero el tema de conversación de Lissa era demasiado peligroso como para que se arriesgara a que la oyesen. Se inclinó hacia Christian y de nuevo se puso nerviosa por la alteración que le producían su proximidad y su familiaridad. Tragó

saliva, intentó mantener el rostro impasible y se ciñó al tema—. Pero desde luego que no soy lo bastante fuerte. Es físicamente imposible.

—Pues suena como si te estuvieses rindiendo.

—¡Oye! Tú tampoco atravesaste ninguno de los cojines.

Christian se sonrojó ligeramente.

—Casi atravieso el verde.

—¡Pero si apenas has dejado una marca!

—Solo necesito un poco más de práctica.

—Tú no tienes que hacer nada —le contestó cortante y haciendo un esfuerzo por mantener la voz baja en su ira—. Esta no es tu guerra. Es la mía.

—Oye, tú —saltó él con unos ojos que brillaban como dos diamantes de color azul claro—. Estás loca si crees que voy a dejar que te vayas y arriesgarme a...

Se detuvo en seco y se mordió el labio, como si su sola voluntad no bastase para impedir que siguiese hablando. Lissa le miró fijamente, y los dos empezaron a preguntarse cómo habría finalizado la frase. ¿A qué no estaba dispuesto a arriesgarse? ¿A que ella se pusiese en peligro? Eso era lo que yo imaginaba.

Aun sin decir palabra, la expresión de Christian hablaba por los codos. A través de los ojos de Lissa, vi cómo él se empapaba de cada uno de sus rasgos e intentaba ocultar sus emociones. Finalmente, él se apartó de golpe y rompió aquel aire de intimidad entre ellos, situándose tan lejos de ella como pudo.

—Muy bien. Haz lo que te dé la gana. No me importa.

Ninguno dijo nada más después de aquello, y, dado que era mi hora de comer, regresé a mi propia realidad y agradecí un descanso del trabajo de archivo... hasta que Hans me informó de que tenía que seguir trabajando.

—¡Venga ya! ¿No es la hora de comer? Tenéis que darme la comida —exclamé—. Esto es pasarse de cruel. Al menos, echadme unos mendrugos de pan.

—La comida ya te la he dado. O, más bien, te la has dado tú sola cuando devoraste ese sándwich. Fuiste tú quien quiso entonces el descanso para comer. Ahora sigue trabajando.

Estampé ambos puños contra las interminables pilas de papeles que tenía ante mí.

—¿Puedo al menos hacer otra cosa? ¿Pintar edificios? ¿Cargar con pedruscos?

—Me temo que no —una sonrisa curvó las comisuras de sus labios—. Tenemos un montón de trabajo de archivo por hacer.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo me vais a tener castigada?

Hans se encogió de hombros.

—Hasta que alguien me diga que pare.

Volvió a dejarme a solas, y me recosté en mi silla haciendo un obligado esfuerzo por no volcar de un golpe la mesa que tenía delante. Pensé que por un momento me haría sentir mejor, pero también supondría tener que hacer de nuevo todo el trabajo que ya había hecho. Solté un suspiro y regresé a mi tarea.

Lissa ya estaba cenando cuando volví a sintonizar con ella. Le habrían dicho que era por su cumpleaños, pero en realidad no era más que una conversación sobre cuestiones de la realeza con Priscilla. Decidí que aquella no era forma de pasar su cumpleaños. Tendría que compensárselo en cuanto consiguiese algo de libertad. Montaríamos una verdadera fiesta, y así tendría oportunidad de darle mi regalo: unas botas de cuero maravillosas que Adrian me había ayudado a adquirir cuando estábamos en la academia.

Habría sido más interesante meterse en la cabeza de Christian, pero, dado que esa no era una opción, regresé a la mía propia y me dediqué a reflexionar sobre mi anterior conversación con Adrian. ¿Iba a tener algún final este castigo? ¿Nos pondría juntas por fin a Lissa y mí algún real decreto, a pesar de la habitual política de los guardianes?

Intentar darle respuesta a aquello era como estar en la rueda de un hámster. Mucho trabajo. Ningún avance. Eso sí, se me pasó la conversación de la cena y, antes de que me diese cuenta, el grupo de Lissa se estaba levantando de la mesa y dirigiéndose hacia la puerta del restaurante. Estaba oscuro en el exterior, y Lissa no pudo evitar sentir la extrañeza de llevar un horario humano. En la academia o en la corte, aquello sería el mediodía. En cambio, ellos se marcharían ahora de regreso al hotel para meterse en la cama. Bueno, probablemente no lo hiciesen de inmediato. No me cabía la menor duda de que si Christian y Lissa eran capaces de superar su actual enfado, se pondrían otra vez a destripar cojines. Por muchas ganas que yo tuviese de que aquellos dos volvieran a salir juntos, no podía evitar pensar que separados corrían mucho menos peligro.

O tal vez no.

El grupo se había quedado de charla en el restaurante mucho más allá de la hora habitual de la cena, de modo que el aparcamiento estaba casi vacío cuando lo atravesaron. No es que los guardianes hubieran aparcado exactamente al fondo, pero tampoco se encontraban cerca de la entrada principal. Sin embargo, habían acertado al aparcar justo al lado de una de las farolas que iluminaban el aparcamiento.

Excepto que ahora no estaba encendida. Habían roto la bombilla.

Grant y el guardián de Priscilla lo advirtieron de inmediato. Aquel era el tipo de pequeños detalles que estábamos entrenados para detectar: cualquier cosa inusual, que pudiese haber cambiado. En un abrir y cerrar de ojos, ambos habían sacado las estacas y rodeaban a los moroi. Bastaron unos segundos para que Serena y el guardián asignado a Christian hicieran lo mismo. Esa era otra de las cosas para las que estábamos entrenados. En guardia. Reacciona. Sigue a tus compañeros.

Fueron muy rápidos. Todos ellos. Pero dio igual.

Porque, de repente, había strigoi por todas partes.

No estoy del todo segura de dónde surgieron. Tal vez se encontrasen detrás de los coches o en los límites del aparcamiento. De haber tenido una vista aérea de la situación o de haber estado allí en persona con mi «alarma» de las náuseas, hubiese podido hacerme una mejor idea de todo, pero observaba la escena a través de los ojos de Lissa, y los guardianes se estaban desviviendo para interponerse entre ella y los strigoi que, en lo que a ella se refería, parecían haber surgido de la nada. La mayor parte de lo que sucedió fue para Lissa una imagen borrosa. Sus guardaespaldas la empujaban de aquí para allá, intentando mantenerla a salvo mientras los rostros blanquecinos de ojos rojos surgían por todas partes. Lo vio todo a través de una neblina cargada de terror.

Sin embargo, no tardamos mucho en ver morir a gente. Serena, con la misma fuerza y velocidad que había exhibido en la habitación del hotel, clavó limpiamente su estaca en el corazón de un strigoi. Acto seguido, en respuesta, una strigoi saltó sobre el guardián de Priscilla y le rompió el cuello. Lissa tenía una remota consciencia de cómo la tenía rodeada el brazo de Christian, que la presionaba contra el todoterreno y la protegía con su propio cuerpo. Los guardianes restantes formaron también un perímetro de protección de la mejor manera que pudieron, pero los distrajeron. Su círculo flaqueaba... y se debilitaban.

Los strigoi mataron a los guardianes uno por uno. No fue por falta de capacidad de los guardianes: simplemente, los superaban en número. Una strigoi le destrozó la garganta de un mordisco a Grant. Serena recibió un fuerte golpe de revés que la lanzó contra el asfalto, aterrizó boca abajo y se quedó inmóvil. Y, horror de los horrores, tampoco parecían tener intención de perdonar a los moroi. Lissa —que se empujaba con tanta fuerza contra el todoterreno que se podía haber fundido con él— vio con los ojos muy abiertos cómo un strigoi le rajaba el cuello a Priscilla con rapidez y eficiencia y se detenía a beber de su sangre. La mujer moroi ni siquiera tuvo tiempo de poner cara de sorpresa, pero, al menos, no habría sufrido. Las endorfinas amortiguaban el dolor mientras le extraían la sangre y la vida de su cuerpo.

Las emociones de Lissa se convirtieron en algo que iba más allá de temor, algo que difícilmente podía parecerse a ninguna otra cosa. Se encontraba en estado de shock. Anestesiada. Y, con una fría y dura certeza, supo que se aproximaba su muerte y la aceptó. Su mano encontró la de Christian, la apretó con fuerza y, volviéndose hacia él, obtuvo un leve consuelo al saber que lo último que vería en la vida sería el bello y cristalino azul de sus ojos. A decir de la expresión del rostro de Christian, sus pensamientos discurrían por sendas similares. En sus ojos había afecto, afecto y amor y...

Un asombro total y absoluto.

Sus ojos muy abiertos se fijaban en algo que había justo detrás de Lissa, y, en aquel preciso instante, una mano la agarró por el hombro y le dio media vuelta de golpe. «Se acabó —susurró una vocecita en su interior —. Esto es mi muerte».

Entonces comprendió el asombro de Christian.

Tenía delante a Dimitri.

Igual que yo, ella tenía esa irreal sensación de que se trataba de Dimitri pero sin ser Dimitri. Eran tantos los rasgos que seguían siendo iguales... y aun así eran muchos los que resultaban diferentes. Lissa intentó decir algo, cualquier cosa, pero, por más que las palabras se formasen en sus labios, se veía incapaz de pronunciarlas.

A su espalda se inflamó de repente un calor intenso, y una luz brillante iluminó los pálidos rasgos de Dimitri. Ni a Lissa ni a mí nos hizo falta ver a Christian para saber que había generado una bola de fuego con su magia. O bien el impacto de ver a Dimitri, o bien el temor por Lissa habían espoleado

a Christian para que entrase en acción. Dimitri entrecerró ligeramente los ojos ante aquella luz, pero una sonrisa cruel le retorció los labios, y la mano que descansaba sobre el hombro de Lissa se deslizó hasta su cuello.

—Apaga eso —dijo—. Apágalo o ella muere.

Lissa recuperó por fin la voz, aun con la falta de aire.

—No le hagas caso —dijo en un grito ahogado—. Nos va a matar a los dos de todas formas.

Sin embargo, el calor disminuyó detrás de ella. Las sombras volvieron a caer sobre la faz de Dimitri. Christian no quería ponerla en peligro, aunque sabía que ella tenía razón. No parecía importar ya.

—La verdad —dijo Dimitri con un tono agradable en medio de aquella escena tan desalentadora— es que preferiría que los dos siguierais vivos. Al menos durante un poco más de tiempo.

Sentí cómo Lissa fruncía el ceño, y no me hubiera sorprendido que Christian lo hubiese hecho también a juzgar por la confusión en su voz. Ni siquiera fue capaz de hacer un comentario cortante. Solo pudo hacer la pregunta obvia:

—¿Por qué?

Los ojos de Dimitri refulgieron.

—Porque os necesito como cebo para Rose.

Quince

EN el estado de pánico en que estaba mi mente en ese instante, levantarme y salir corriendo a pie hasta Lehigh —a pesar de los muchos kilómetros de distancia— me pareció un plan absolutamente sólido. Un segundo después, supe que aquello me superaba. Y me superaba por mucho, muchísimo.

Al levantarme de golpe de la silla y salir corriendo de la habitación, me acordé de forma súbita de Alberta. La había visto entrar en acción en St. Vladimir y sabía que se podía hacer cargo de cualquier situación. En aquel punto de nuestra relación, era capaz de responder a cualquier tipo de amenaza que yo le presentase. Los guardianes de la corte me seguían pareciendo unos extraños. ¿A quién podía acudir? ¿A Hans? ¿El tío que me odiaba? No me creería, no como lo harían Alberta o mi madre. Descarté todas aquellas preocupaciones mientras corría por los pasillos vacíos. Daba igual. Yo haría que Hans me creyese. Ya encontraría a alguien a quien pudiera convencer. Alguien capaz de sacar a Lissa y a Christian de aquello.

«Solo tú puedes —susurraba una voz en mi cabeza—. Es a ti a quien quiere Dimitri».

También hice caso omiso de aquel pensamiento, en gran medida porque, en mi distracción, me choqué contra alguien que doblaba la esquina.

Solté un grito amortiguado que sonó como algo así como «umpf» cuando me estampé de morros contra el pecho de otra persona. Alcé la mirada. Mikhail. Me habría sentido aliviada, pero iba demasiado cargada de adrenalina y de preocupación. Lo agarré por la manga y empecé a tirar de él hacia las escaleras.

—¡Vamos! ¡Tenemos que buscar ayuda!

Mikhail permaneció en el sitio, sin inmutarse ante mis tirones. Frunció el ceño con una expresión de calma en la cara.

—¿De qué estás hablando?

—¡Lissa! Lissa y Christian. Se los han llevado los strigoi... Dimitri. Podemos encontrarlos. Yo puedo encontrarlos, pero tenemos que darnos prisa.

La confusión de Mikhail crecía.

—Rose..., ¿cuánto llevas aquí abajo?

No tenía tiempo para aquello. Le dejé y subí volando las escaleras. Un instante después oí sus pasos detrás de mí. Cuando llegué a la oficina principal, me esperaba que alguien me reprendiese por abandonar mi castigo, pero... nadie parecía reparar en mí siquiera.

La oficina era un caos. Los guardianes corrían por todas partes, llamadas de teléfono y voces que se elevaban hasta niveles frenéticos. Lo sabían, me percaté. Ya lo sabían.

—¡Hans! —le llamé abriéndome paso entre la gente. Se encontraba en el otro extremo de la sala y acababa de colgar una llamada en el móvil—. Hans, yo sé dónde están, dónde se han llevado los strigoi a Lissa y a Christian.

—Hathaway, ahora no tengo tiempo para tus... —entonces flaqueó la mala cara que me estaba poniendo—. Es ese vínculo que tienes.

Yo le miraba perpleja. Estaba preparada para que me despachase por ser una molestia, preparada para una larga discusión con tal de convencerle. Me apresuré a asentir.

—Lo he visto. He visto todo lo que ha pasado —entonces fui yo quien frunció el ceño—. ¿Cómo es que ya lo sabéis?

—Serena —dijo él con expresión desolada.

—Serena está muerta...

Me lo negó con la cabeza.

—No, aún no. Aunque por teléfono desde luego sonaba como si lo estuviera. Sea lo que sea lo que ha sucedido, lo ha dado todo por hacer esa llamada. Tenemos alquimistas en camino para recogerla y... para hacer limpieza.

Repasé lo que había sucedido y recordé que a Serena la habían estampado contra el asfalto. Había sido un golpe muy fuerte, y, al ver que no se movía, di por sentado lo peor. Aun cuando hubiese sobrevivido —y al parecer lo había hecho— apenas era capaz de hacerme una imagen mental de ella sacando el móvil a rastras del bolsillo con las manos ensangrentadas...

«Por favor, por favor, que siga viva», pensé sin estar muy segura de a quién le estaba rezando.

—Vamos —dijo Hans—. Te necesitamos. Ya se están formando equipos.

He aquí otra sorpresa. No me había esperado que contase conmigo tan rápido. Sentí un renovado respeto por Hans. Podría comportarse como un

capullo, pero era un líder. Cuando veía un activo, lo utilizaba. Con un rápido movimiento, se apresuró a salir por la puerta con varios guardianes detrás de él. Me costó seguir el paso de su mayor zancada, y vi que Mikhail venía también.

—Estáis preparando un rescate —le dije a Hans—. Es algo... excepcional —tuve la duda, incluso, de pronunciar aquellas palabras. Desde luego que no quería oponerme a aquello, pero los rescates de los moroi no eran habituales. Cuando los strigoi se los llevaban, se les solía dar por muertos. El rescate que habíamos llevado a cabo tras el ataque a la academia había sido una rareza, algo que requirió una enorme capacidad de persuasión.

Hans me miró con expresión sarcástica.

—También lo es la princesa Dragomir.

Lissa era muy valiosa para mí, su valor superaba el de cualquier otra cosa en el mundo. Para los moroi, caí en la cuenta, ella también era muy valiosa. A la mayoría de los moroi se les daba por muertos cuando los capturaban los strigoi, pero ella no era la mayoría. Era la última de su linaje, la última de una de las doce familias ancestrales. Perderla no sería un golpe sin más para la cultura de los moroi. Sería un presagio, una señal de que los strigoi estaban derrotándonos de verdad. Por ella, los guardianes se arriesgarían a una misión de rescate.

Es más, al parecer estaban dispuestos a arriesgar un montón de cosas. Cuando alcanzamos los garajes donde se guardaban los vehículos de la corte, vi cómo llegaban cantidades ingentes de guardianes, y con ellos varios moroi. Reconocí a algunos. Tasha Ozzera se encontraba entre ellos, e, igual que en su caso, el elemento que dominaban los demás moroi era el fuego. Si algo habíamos aprendido, era lo valiosos que resultaban en un combate. Podría decirse que, en aquel momento, la controversia al respecto de que los moroi peleasen había quedado aparcada, y me sorprendió la rapidez con la que se había reunido el grupo. La mirada de Tasha se cruzó con la mía, su rostro serio y afectado. No me dijo nada. Ni falta que hacía.

Hans daba órdenes a voces, dividía a la gente en grupos y por vehículos. Hice acopio de todo el autocontrol que fui capaz de reunir y aguardé con paciencia cerca de él. Mi naturaleza inquieta me impulsaba a interrumpirle y exigirle saber en qué podía ayudar yo. Ya llegaría hasta mí, me tranquilizaba por dentro. Me tenía un papel reservado; solo debía esperar.

Mi autocontrol también estaba a prueba con Lissa. Después de que Dimitri se los hubiera llevado a los dos, yo había salido de su mente. No podía regresar, todavía no. No podía soportar verlos, ver a Dimitri. Ya sabía que tendría que hacerlo en cuanto empezase a indicar el camino a los guardianes, pero me aguanté por el momento. Sabía que Lissa estaba viva. Eso era cuanto importaba hasta entonces.

Aun así, me encontraba tan inmersa y llena de tensión que casi me doy media vuelta estaca en mano cuando alguien me tocó el brazo.

—Adrian... —suspiré—. ¿Qué haces tú aquí?

Permaneció frente a mí, mirando desde su altura, y su mano me acarició con suavidad la mejilla. Solo había visto un par de veces una mirada tan seria y adusta como aquella en su rostro, y, como de costumbre, no me gustó. Adrian era una de esas personas que siempre deberían estar sonriendo.

—En cuanto me he enterado de las noticias, he sabido que estarías aquí.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Ha pasado hace como... no sé, ¿diez minutos? —el paso del tiempo se me había vuelto difuso—. ¿Cómo ha podido enterarse todo el mundo tan rápido?

—Lo han transmitido por radio por toda la corte nada más saberlo. Cuentan con un sistema de alerta instantánea. Es más, tienen a la reina en una especie de confinamiento.

—¿Qué? ¿Por qué? —aquello me resultaba en cierto modo molesto. Tatiana no era quien estaba en peligro—. ¿Por qué gastar recursos con ella?

Un guardián cercano me lanzó una mirada bastante crítica al oír aquello.

Adrian se encogió de hombros.

—¿Un ataque strigoi a una distancia relativamente corta? Eso se lo toman como una amenaza de seguridad bastante seria para nosotros.

La palabra clave era «relativamente». Lehigh estaba a una hora y media de la corte. Los guardianes se encontraban siempre alerta, aunque con cada segundo que transcurría deseaba que, además de estar alerta, se moviesen más rápido. De no haber aparecido Adrian, estaba bastante segura de que habría perdido la paciencia y le habría dicho a Hans que se diera prisa.

—Es Dimitri —dije en voz baja. No las tenía todas conmigo al respecto de si debería contarle aquello a alguien más—. Es él quien se los ha llevado. Los está utilizando para atraerme a mí hacia allí.

El semblante de Adrian se ensombreció aún más.

—Rose, no puedes... —dejó la frase a medias, pero yo ya sabía lo que me quería decir.

—¿Tengo elección? —exclamé—. Debo ir. Es mi mejor amiga, y yo soy la única que puede llevar a los guardianes hasta ellos.

—Es una trampa.

—Lo sé. Y él sabe que lo sé.

—¿Qué vas a hacer? —de nuevo, sabía exactamente a qué se refería Adrian.

Bajé la mirada a la estaca que había desenfundado de manera inconsciente.

—Lo que tengo que hacer. Tengo que... tengo que matarle.

—Bien —dijo Adrian con una oleada de alivio en sus facciones—. Me alegro.

Por alguna razón, aquello me irritó.

—Dios —le solté—. ¿Tantas ganas tienes de librarte de la competencia?

La expresión de Adrian se mantenía seria.

—No. Es solo que sé que, mientras él esté vivo... o bueno, algo parecido a vivo, tú estás en peligro. Y eso no lo puedo soportar. No puedo aguantar saber que es tu vida lo que está en el aire. Y lo está, Rose. Jamás estarás a salvo hasta que él haya desaparecido. Yo quiero que estés a salvo. *Necesito* que estés a salvo. No puedo... no puedo permitir que te pase nada.

Mi brote de ira se desvaneció tan rápido como había surgido.

—Oh, Adrian, cuánto lo siento...

Dejé que me cogiese entre sus brazos. Apoyé la cabeza en su pecho, sentí los latidos de su corazón y la suavidad de su camisa, y me permití un efímero instante de consuelo. En aquel lugar y en aquel momento, solo deseaba hundirme en sus brazos. No quería sentirme consumida por aquellos miedos: miedo *por* Lissa y miedo *de* Dimitri. Me quedé helada cuando reparé en algo de forma súbita. Pasara lo que pasase, aquella noche perdería a uno de los dos. Si rescatábamos a Lissa, Dimitri moriría. Si él sobrevivía, sería ella quien moriría. Aquel cuento no tenía un final feliz, nada podría evitar que mi corazón acabase hecho añicos.

Adrian me rozó la frente con los labios y descendió hacia mi boca.

—Ten cuidado, Rose. Pase lo que pase, por favor, *por favor*, ten mucho cuidado. No puedo perderte.

No supe qué decir a aquello, cómo responder a tanto sentimiento que manaba de él a borbotones. Mi propia cabeza y mi propio corazón ya estaban repletos de tantos sentimientos encontrados que apenas me veía capaz de pensar de manera coherente. Lo que hice fue llevar mis labios hacia los suyos y besarle. En medio de tanta muerte aquella noche —las muertes que ya se habían producido y las que se producirían en breve— aquel beso me pareció más profundo que cualquier otro que él y yo nos hubiésemos dado nunca. Estaba vivo. Yo estaba viva, y así quería seguir. Deseaba traer a Lissa de vuelta, y deseaba regresar a los brazos de Adrian, a sus labios y a toda aquella vida...

—¡Hathaway! Cielo santo, ¿es que voy a tener que despegaros a manguerazo limpio?

Me separé de Adrian de forma abrupta y vi que Hans me estaba fulminando con la mirada. La mayoría de los todoterrenos se encontraban ya cargados. Era mi hora de actuar. Lancé a Adrian una mirada de despedida, y él forzó una leve sonrisa que se suponía que era una muestra de valor.

—Ten cuidado —repitió—. Tráelos de vuelta... y tráete a ti también.

Le hice un rápido gesto de asentimiento y seguí a un impaciente Hans al interior de uno de los todoterrenos. Me invadió la más extraña sensación de *déjà vu* cuando me deslicé al asiento de atrás. Aquello se parecía tanto a cuando Victor secuestró a Lissa, que casi me quedé de piedra. En aquel entonces me había subido también a un todoterreno negro similar y había guiado a los guardianes hacia el lugar en el que se encontraba Lissa. Solo que ese día fue Dimitri quien se sentó junto a mí, el maravilloso y valiente Dimitri al que conocí tanto tiempo atrás. Sin embargo, tenía aquellos recuerdos tan grabados en mi memoria que podía ver cada detalle: la manera en que se pasaba el pelo por detrás de las orejas, la agresiva mirada de sus ojos castaños mientras pisaba a fondo el acelerador para llegar cuanto antes hasta Lissa. Tenía una enorme determinación, siempre dispuesto a hacer lo correcto.

Este Dimitri —Dimitri el strigoi— tenía la misma determinación. Solo que de un modo muy distinto.

—¿Vas a poder hacer esto? —me preguntó Hans desde el asiento de delante. Una mano me agarró con suavidad el brazo, y me sorprendí al ver a Tasha a mi lado. Ni siquiera me había dado cuenta de que venía con nosotros—. Contamos contigo.

Asentí, en mi deseo de merecer su respeto. En la mejor costumbre de los guardianes, mantuve mis emociones aisladas de mi semblante en un intento por no sentir aquel conflicto entre los dos Dimitris, en un esfuerzo por no recordar que la noche en que fuimos tras la pista de Lissa y de Victor había sido la misma noche que caímos presa de un hechizo de lujuria...

—Ve hacia Lehigh —le dije con un tono de voz calmado. Ahora era un guardián—. Ya te indicaré cuando estemos más cerca.

Llevábamos tan solo unos veinte minutos de camino cuando sentí que el grupo de Lissa se detenía. Al parecer, Dimitri había escogido un escondite no demasiado lejos de la universidad, lo cual haría que nos resultase más fácil encontrarlos que si siguieran moviéndose. Por supuesto, tuve que recordarme a mí misma que Dimitri quería que lo encontrásemos. Consciente de que los guardianes que me acompañaban no necesitarían de mis indicaciones hasta que estuviésemos más cerca de Lehigh, me armé de valor y me metí en la cabeza de Lissa para ver qué estaba sucediendo.

Lissa y Christian no habían sufrido ningún daño ni ningún ataque, más allá de que los llevasen a tirones y empujones de un lado para otro. Estaban sentados en lo que parecía un pequeño almacén, un cuarto que nadie había utilizado en mucho tiempo. Todo estaba cubierto de una gruesa capa de polvo, hasta el punto de que resultaba difícil distinguir algunos de los objetos apilados en las desvencijadas estanterías. Herramientas, tal vez. Papel aquí y allá, y también alguna caja desperdigada. Una bombilla desprotegida era la única luz que iluminaba la estancia, y daba a todo aquello un aire desagradable y sucio.

Habían sentado a Lissa y a Christian en unas sillas de madera con el respaldo recto, con las manos atadas a la espalda con una cuerda. El *déjà vu* regresó por otro instante. Recordé el último invierno, cuando a mí también, junto con mis amigos, me tuvieron atada a una silla, retenida por los strigoi. Habían bebido la sangre de Eddie, y había muerto Mason...

«No. No pienses de esa manera, Rose. Lissa y Christian están vivos. Todavía no les ha pasado nada. No les va a pasar nada».

La mente de Lissa solo pensaba en el aquí y ahora, pero después de escarbar un poco pude ver el aspecto general que tenía el edificio tal y

como ella lo vio cuando la introdujeron en él. Tenía pinta de ser una nave industrial —vieja, abandonada—, y eso la convertía en un sitio estupendo para que los strigoi se encerrasen con sus prisioneros.

En aquel lugar había cuatro strigoi, pero en lo que a Lissa se refería, solo uno importaba realmente. Dimitri. Comprendí su reacción. A mí me había resultado difícil verle como un strigoi. Irreal, incluso. En cierto modo me había adaptado, simplemente a causa de todo el tiempo que había pasado con él, pero aun así, incluso yo me sorprendía a veces al verlo de aquella manera. Lissa no había estado en absoluto preparada, y se encontraba en total estado de shock.

Aquel día, Dimitri llevaba el pelo castaño oscuro suelto alrededor del mentón, un *look* que me encantaba en él, y no dejaba de pasearse a buen ritmo, lo que provocaba que el guardapolvo revolotease a su alrededor. Gran parte del tiempo se encontraba de espaldas a Lissa y a Christian, y aquello hacía que a ella le resultase más perturbador: sin verle la cara, Lissa prácticamente podía creer que se trataba del Dimitri que ella siempre había conocido. Discutía con los otros tres mientras recorría arriba y abajo aquel espacio tan reducido e irradiaba agitación en unas oleadas casi palpables.

—Si de verdad van a venir los guardianes —gruñó una strigoi—, entonces deberíamos estar apostados ahí fuera.

Se trataba de una mujer alta, desgarbada y pelirroja con pinta de haber sido una moroi antes de haberse transformado. Su tono implicaba que ella no creía que hubiera guardianes en camino.

—Van a venir —dijo Dimitri en voz baja con aquel acento encantador que me dolía en el alma—. Sé que vienen.

—¡Entonces déjame salir ahí fuera y ser útil! —saltó ella—. No nos necesitas para que hagamos de niñeras de esos dos —su tono de voz era de rechazo. De menosprecio, incluso. Resultaba comprensible. En el universo de los vampiros, todo el mundo sabía que los moroi no combatían, y Lissa y Christian estaban firmemente atados.

—Tú no los conoces —dijo Dimitri—. Son peligrosos. Ni siquiera estoy seguro de que esta sea protección suficiente.

—¡Eso es absurdo!

En un movimiento acompasado, Dimitri se giró y la abofeteó con un golpe de revés que la envió un par de metros hacia atrás con los ojos muy abiertos, sorprendida y furiosa. Él retomó sus paseos como si nada hubiese sucedido.

—Te quedarás aquí y los vigilarás mientras yo te diga que lo hagas, ¿lo has entendido? —dijo él, y ella le lanzó una mirada asesina mientras se palpaba con tiento la cara, aunque no dijo nada. Dimitri miró a los demás —. Y vosotros os quedaréis también. Si los guardianes consiguen llegar hasta aquí dentro, seréis necesarios para algo más que las labores de custodia.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó otro strigoi de pelo oscuro que antaño podría haber sido humano, una rareza entre los strigoi—. ¿Cómo sabes que vendrán?

Los strigoi tenían una capacidad auditiva excepcional, pero en su discusión, Lissa encontró una fugaz ocasión de hablar con Christian sin que lo detectasen.

—¿Puedes quemar mi cuerda? —susurró en una voz apenas audible—. Igual que hiciste con Rose.

Christian frunció el ceño. Aquello fue lo que hizo él para liberarme cuando nos retuvieron a los dos. El dolor resultó insoportable, y me produjo ampollas en las muñecas y en las manos.

—Se darán cuenta —susurró él.

La conversación no prosiguió porque Dimitri se detuvo de golpe y se volvió hacia Lissa.

A ella se le escapó un grito ahogado ante aquel movimiento tan repentino. Se acercó muy veloz, se arrodilló delante de ella y miró en sus ojos. Lissa temblaba a pesar de estar esforzándose cuanto podía. Nunca había estado tan cerca de un strigoi, y el hecho de que fuese Dimitri lo empeoraba mucho. Era como si le quemasen los anillos rojos que rodeaban las pupilas de Dimitri. Sus colmillos tenían el aspecto de estar listos para un ataque.

Extendió la mano, la llevó al cuello de Lissa y le levantó la cabeza para que le pudiese mirar mejor a los ojos. Los dedos de Dimitri se hundían en su piel, no lo suficiente para ahogarla, pero sí para dejarle marcas después. Si es que había un después.

—Sé que los guardianes vendrán porque Rose está observando —dijo Dimitri—. ¿Verdad que sí, Rose? —relajó un poco su sujeción y recorrió con sus dedos la piel de la garganta de Lissa, con tanta suavidad... Sin embargo, estaba fuera de toda duda que sería capaz de partirle el cuello.

En ese momento fue como si me estuviera mirando a mí a los ojos. Al alma. Me sentí, incluso, como si me estuviera acariciando a mí el cuello.

Sabía que era imposible. El vínculo era algo que existía entre Lissa y yo, y nadie más podía verlo. No obstante, justo en aquel momento, fue como si no existiese nadie más que él y yo. Fue como si no hubiese una Lissa entre nosotros.

—Estás ahí dentro, Rose —una media sonrisa despiadada se asomó por sus labios—. Y no vas a abandonar a ninguno de estos dos. Tampoco eres tan necia como para venir sola, ¿verdad que no? Antes, tal vez, sí lo habrías hecho... pero ahora ya no.

Salí de golpe de su cabeza, incapaz de quedarme mirando a aquellos ojos y ver cómo ellos me miraban fijamente a mí. Ya fuese por mi propio temor o como un reflejo del de Lissa, descubrí que me temblaba todo el cuerpo. Me obligué a pararlo e hice un esfuerzo por disminuir el ritmo acelerado de mi pulso. Tragué saliva y miré a mi alrededor para ver si alguien se había dado cuenta, pero allí todos estaban ocupados discutiendo la estrategia... excepto Tasha.

La calma de su mirada azul me estudiaba con un aire de preocupación en el rostro.

—¿Qué has visto?

Hice un gesto negativo con la cabeza, incapaz de mirarla a ella, tampoco.

—Una pesadilla —murmuré—. Mi peor pesadilla hecha realidad.

Dieciséis

NO tenía una idea precisa de cuántos strigoi formaban el grupo de Dimitri. Gran parte de cuanto había visto a través de Lissa llegaba difuso a causa de la confusión y el terror. Conscientes de que nos aguardaban, bastaba con hacer un cálculo de cuántos guardianes había que enviar. Hans esperaba que un ejército enorme compensase la pérdida del elemento sorpresa. Había enviado todos los guardianes de los que era razonable prescindir en la corte. Cierto, la corte estaba protegida por defensas, pero aun así no se podía dejar completamente desprotegida.

Tener allí a los recién graduados había sido de gran ayuda. La mayoría de ellos se había quedado y había permitido que los guardianes más experimentados saliesen en nuestra partida de caza. Aquello nos dejaba en un número aproximado de unos cuarenta, y era tan inusual como el que los strigoi formasen grandes grupos organizados. Por lo general, los guardianes iban en parejas, quizá en grupos de tres como máximo, cuando acompañaban a las familias moroi. Un ejército tan numeroso podía provocar una batalla a la altura de la del ataque a la academia.

Sabedor de que acercarse con sigilo en la oscuridad no funcionaría, Hans detuvo nuestro convoy a una cierta distancia de la nave donde se habían escondido los strigoi. La edificación estaba situada en una vía de servicio que salía de la autopista. Se trataba de un polígono industrial, nada que ver con un lugar aislado en el bosque, pero todas las empresas y las fábricas se encontraban cerradas a aquella hora de la noche. Salí del todoterreno y me dejé envolver por el cálido aire nocturno. Era húmedo, y aquella humedad provocaba una sensación opresiva cuando ya me sentía asfixiada por el miedo.

Allí de pie, junto a la carretera, no sentía náuseas. Dimitri no había apostado strigoi tan lejos, lo cual significaba que nuestra llegada era aún —más o menos— una sorpresa. Hans se acercó hasta mí y le ofrecí el mejor examen de la situación que pude sobre la base de la limitada información que poseía.

—Pero ¿podrás encontrar a Vasilisa? —me preguntó.

Asentí.

—En cuanto esté dentro del edificio, el vínculo me guiará directo hasta ella.

Se volvió con la mirada perdida en la noche mientras los coches circulaban a gran velocidad por la autopista cercana.

—Si nos están esperando fuera, nos olerán y nos oirán mucho antes de que nosotros los veamos a ellos —las luces de los faros le iluminaban fugaces la cara, que mostraba una arruga de preocupación en la frente—. ¿Has dicho que hay tres líneas de strigoi?

—Hasta donde yo puedo saber. Hay algunos con Lissa y Christian, y hay otros en el exterior —hice una pausa, intentando pensar en qué haría Dimitri en aquella situación. Desde luego que le conocía lo bastante bien, incluso como strigoi, para calcular su estrategia—. Y hay otra línea dentro del edificio, antes de llegar al cuarto del almacén.

Eso no lo sabía a ciencia cierta, pero no se lo dije a Hans. Lo di por sentado confiando en mis propios instintos, basados en lo que yo haría y en lo que pensaba que haría Dimitri. Me imaginé que sería mejor si Hans hacía planes de cara a tres líneas de strigoi.

Y aquello fue exactamente lo que hizo.

—Entonces entramos con tres grupos. Tú dirigirás el grupo que entre para la extracción. Otro equipo acompañará al tuyo y después se separará. Se enfrentarán a quien sea que encontréis nada más entrar, y dejarán que tu grupo se dirija a por los prisioneros.

Todo aquello sonaba tan... militar. «Extracción». «Prisioneros». Y yo... líder de un equipo. Con el vínculo, era lógico, pero en el pasado se limitaban a utilizar lo que sabía y me dejaban al margen. «Bienvenida a los guardianes, Rose». En la academia habíamos participado en todo tipo de ejercicios, habíamos pasado por tantas situaciones con strigoi como a nuestros instructores se les podía haber ocurrido incluso en sueños, y aun así, mientras miraba hacia la nave industrial, todas aquellas prácticas me parecían puro teatro, un juego que de ninguna de las maneras podía estar a la altura de la situación a la que estaba a punto de enfrentarme. Por una décima de segundo, la responsabilidad de todo aquello me pareció sobrecogedora, pero aparté tales preocupaciones de inmediato. Aquello era para lo que me habían entrenado, para lo que yo había nacido. Mis temores no importaban. *Ellos son lo primero*. Era la hora de demostrarlo.

—¿Qué vamos a hacer, si no nos podemos acercar con sigilo? —pregunté. Hans tenía razón en cuanto a que los strigoi nos detectarían

enseguida.

Una sonrisa casi malévola se asomó por su rostro, y le explicó el plan a todo el grupo al tiempo que nos dividía en los respectivos equipos. Su perspectiva táctica era atrevida, temeraria. Mi tipo de plan.

Y sin más nos pusimos en marcha. Alguien que nos estudiase desde fuera podía haber dicho que nos estábamos lanzando en una misión suicida. Tal vez lo estuviéramos haciendo. Sinceramente, daba igual. Los guardianes no abandonarían a la última de los Dragomir, y yo no abandonaría a Lissa ni aunque hubiese un millón de Dragomir.

De manera que, una vez descartada la aproximación sigilosa, Hans optó por un ataque frontal. Nuestro grupo se volvió a meter en los ocho todoterrenos y arrancó calle abajo a una velocidad superior al límite legal. Ocupamos todo el ancho de la calzada y nos la jugamos a no encontrarnos con ningún tráfico de frente. Dos de los coches dirigían la carga en paralelo, y detrás, otras dos filas de a tres. Llegamos disparados al final de la calle, nos detuvimos chirriando los neumáticos delante de la nave industrial y salimos de los coches en estampida. Si la pausa y el sigilo no eran una opción, daríamos la sorpresa por velocidad e intensidad.

Y realmente sorprendió a algunos strigoi. Estaba claro que nos habían visto aproximarnos, pero había sucedido tan deprisa que tuvieron muy poco tiempo para reaccionar. También es cierto que, cuando eres tan rápido y mortífero como un strigoi, todo lo que necesitas es un instante. Surgió un grupo de ellos a nuestro encuentro, y los guardianes del «equipo exterior» de Hans cargaron para situarse entre mi grupo y el otro que iba a entrar. Los moroi que manipulaban el fuego habían sido asignados a aquel grupo exterior por miedo a provocar un incendio en el interior del edificio si los enviaban dentro.

Mi equipo sorteó el combate para darnos de bruces sin poder evitarlo con algún que otro strigoi que no había caído en la maniobra de distracción del primer equipo. Con una determinación bien entrenada, ignoré las náuseas que me invadían al hallarme tan cerca de ellos. Hans me había dado la orden estricta de no detenerme a menos que algún strigoi me obstruyese el paso de forma directa, y él y otro guardián me acompañaron para cubrirme ante cualquier amenaza con la que me pudiese topar. No quería que nada me retrasase en guiarlos hasta Lissa y Christian.

Luchamos para adentrarnos en la nave industrial y nos vimos en un pasillo sucio bloqueado por strigoi. Había acertado en mi suposición de que

Dimitri habría situado varias líneas de seguridad. En aquel espacio tan limitado se formó un cuello de botella y, por unos instantes, la situación fue caótica. Qué cerca se encontraba Lissa. Era como si me estuviese llamando, y yo ardía de impaciencia mientras aguardaba a que el pasillo quedase despejado. Mi equipo permanecía en la retaguardia, dejando que fuese el otro grupo quien se enfrentase a ellos. Vi caer tanto a strigoi como a guardianes e intenté no dejar que aquello me distrajese. Ahora lucha, el duelo vendrá después. Lissa y Christian. En ellos tenía que concentrarme.

—Por ahí —dijo Hans al tiempo que me daba un tirón del brazo. Se había abierto un hueco ante nosotros. Aún quedaban muchos strigoi, pero estaban lo bastante distraídos como para que mis compañeros y yo atravesáramos su línea. Salimos disparados pasillo abajo, que se abría en un espacio amplio y vacío que constituía el corazón de la nave industrial. Basura y escombros era cuanto quedaba de las mercancías almacenadas allí en otros tiempos.

Unas puertas daban acceso al almacén, y no me hizo falta el vínculo para saber dónde se encontraba Lissa. Tres strigoi hacían guardia en la entrada. Cuatro líneas de seguridad, entonces. Dimitri me había ganado por una. Daba lo mismo. Éramos diez personas en mi grupo. Los strigoi gruñeron y ya estaban en guardia cuando cargamos contra ellos. Con la señal de un gesto, la mitad de mi grupo entabló una lucha con ellos. El resto del grupo nos dirigimos hacia la puerta.

A pesar de mi intensa concentración en la búsqueda de Lissa y de Christian, un minúsculo pensamiento no había dejado de pasearse por el fondo de mi mente. Dimitri. No había visto a Dimitri en ninguno de los grupos de strigoi con los que nos habíamos cruzado. Con toda mi atención puesta en nuestros atacantes, no me había metido en la cabeza de Lissa para verificar la situación, pero estaba totalmente segura de que él seguía dentro de aquel cuarto. Se habría quedado con ella, consciente de que yo iría hasta allí. Estaría esperando para plantarme cara.

«Uno de ellos va a morir esta noche. Lissa o Dimitri».

Alcanzada nuestra meta, ya no necesitaba de protección extra. Hans utilizó su estaca con el primer strigoi que se encontró, se adelantó a mí y se lanzó a la refriega. El resto de mi grupo hizo lo mismo. Entramos en tromba en el almacén, y, si ya me había parecido un caos lo de antes, aquello no era nada en comparación con lo que vivimos allí. Todos nosotros —guardianes y strigoi— apenas cabíamos dentro del cuarto, lo que suponía un combate

de total y absoluto cuerpo a cuerpo. Una strigoi —aquella a quien había abofeteado Dimitri— vino a por mí. Me enfrenté a ella con el piloto automático y casi no me di ni cuenta de que mi estaca le perforaba el corazón. En aquel cuarto lleno de gritos, de encontronazos y de muerte, solo había tres personas en el mundo que me importasen: Lissa, Christian y Dimitri.

Y por fin di con él. Dimitri se encontraba con mis dos amigos, apoyado en la pared más alejada. Nadie se enfrentaba a él. Estaba de pie y cruzado de brazos, como un rey que observase su reino mientras sus ejércitos combatían con el enemigo. Su mirada descendió sobre mí con una expresión divertida y expectante. Allí acabaría todo. Ambos lo sabíamos. Me abrí paso a empujones entre el barullo, esquivando a los strigoi. Mis compañeros se lanzaron a mi lado para despachar a todo aquel que se interpusiese en mi camino. Dejé que ellos librasen su batalla y avancé hacia mi objetivo. Todo aquello, todo cuanto estaba sucediendo, había conducido a aquel instante: el enfrentamiento final entre Dimitri y yo.

—Qué hermosa eres en la batalla —dijo Dimitri. Su fría voz me llegó con claridad, aun sobre el fragor del combate—. Como un ángel vengador venido a impartir justicia celestial.

—Tiene gracia —dije mientras acomodaba la postura de la mano en la estaca—. Más o menos a eso he venido.

—Los ángeles caen, Rose.

Casi había llegado hasta él. A través del vínculo sentí un breve foco de dolor procedente de Lissa. Una quemadura. Nadie le estaba haciendo daño, pero, al ver el movimiento de sus brazos con el rabillo del ojo, me percaté de lo que había pasado. Christian había hecho lo que ella le había pedido: había quemado sus ataduras. Vi cómo se movía acto seguido para desatarlo a él, y mi atención regresó sobre Dimitri. Si Lissa y Christian estaban libres, mejor que mejor. Más fácil sería escapar de allí una vez hubiésemos despejado el sitio de strigoi. Si es que lográbamos despejarlo.

—Te has tomado muchas molestias para traerme hasta aquí —le dije a Dimitri—. Mucha gente va a morir, de la tuya y de la mía.

Hizo un gesto de indiferencia con los hombros. Ya estaba prácticamente allí. Delante de mí, un guardián luchaba con un strigoi calvo. Qué poco atractiva resultaba la ausencia de pelo con una piel tan lechosa. Los rodeé.

—Eso no importa —dijo Dimitri. Se puso en tensión cuando me aproximé—. Ninguno de ellos importa. Si mueren, resulta obvio que carecen de valor.

—El depredador y su presa —murmuré al recordar lo que él me había dicho cuando me tenía cautiva.

Había llegado hasta él. No quedaba nadie entre nosotros. Aquel enfrentamiento era distinto de los otros que habíamos tenido, con mucho espacio para tantearnos y trazar nuestras estrategias de ataque. Seguíamos dentro de un cuarto atestado de gente y, al mantener nuestra distancia con los demás, habíamos estrechado el espacio que nos separaba. Aquello suponía una desventaja para mí, ya que los strigoi nos superaban en fuerza física a los guardianes, y el espacio extra nos ayudaba a compensarlo con más maniobrabilidad.

Sin embargo, aún no me hacía falta llevar a cabo ninguna maniobra. Dimitri estaba aguardando a que se me agotase la paciencia, quería que fuese yo quien hiciese el primer movimiento. No obstante, la posición que mantenía era buena, me bloqueaba la posibilidad de un golpe limpio a su corazón. Podría causarle algún daño si le cortaba con la estaca en cualquier otra parte, pero era probable que, al acercarme tanto, él pudiera lanzarme un golpe con gran potencia. Así que yo también intenté agotar su paciencia.

—Tanta muerte es por tu culpa, lo sabes —me dijo—. Si me hubieras dejado despertarte... si hubieras querido que estuviéramos juntos... bueno, nada de esto habría sucedido. Aún estaríamos en Rusia, el uno en brazos del otro, y todos estos amigos tuyos estarían a salvo. Ninguno de ellos habría muerto. Es culpa tuya.

—Y ¿qué hay de la gente que habría tenido que matar en Rusia? —le pregunté. Acababa de modificar ligeramente su postura. ¿Sería una oportunidad?—. Estarían a salvo si...

Me sorprendió el ruido de un golpe a mi izquierda. Christian, ya libre, había estampado su silla sobre un strigoi que estaba enzarzado con un guardián. El strigoi se había quitado a mi amigo de en medio como si fuera una mosca. Christian salió volando de espaldas, se estrelló contra la pared y cayó al suelo con una expresión algo perpleja. Contra mi voluntad, le miré un instante, vi que Lissa iba corriendo a su lado y, por todos los santos, llevaba una estaca en la mano. No tenía ni idea de cómo la había conseguido. Tal vez la cogiese de algún guardián caído. Tal vez no se le

hubiera ocurrido registrarla a ninguno de los strigoi cuando la cogieron. Al fin y al cabo, ¿por qué demonios iba a llevar una estaca un moroi?

—¡Alto! ¡Quitaos de en medio! —les grité volviendo a Dimitri. Pagué el haber permitido que aquellos dos me distrajeran. Al percatarme de que Dimitri se hallaba a punto de atacar, conseguí esquivarlo aun sin ver nada de lo que él estaba haciendo. Se había lanzado a por mi cuello, y un movimiento evasivo tan impreciso por mi parte me había evitado sufrir daños mayores, aun así su mano sí que me impactó en el hombro y me lanzó hacia atrás casi tan lejos como le había pasado a Christian. Sin embargo, al contrario que en el caso de mi amigo, yo contaba con años de entrenamiento que me habían enseñado a recuperarme de algo semejante. Tenía muy afinada la capacidad para volver en mí y recobrar el equilibrio. Me tambaleé solo un poco para recuperar de inmediato mi posición.

Solo me quedaba rezar por que Lissa y Christian me hicieran caso y no cometieran ninguna estupidez. Mi atención tenía que permanecer sobre Dimitri o haría que me matasen. Y si yo moría, Lissa y Christian morirían sin duda. La impresión que me había dado al abrirnos paso hacia el interior del edificio era que los guardianes superábamos en número a los strigoi, aunque en ocasiones eso no significase mucho. Aun así, tenía que albergar la esperanza de que mis colegas acabasen con nuestros enemigos y dejasen que yo hiciese lo que tenía que hacer.

Dimitri se carcajeó ante mi movimiento elusivo.

—Eso me habría impresionado de no ser algo que podría hacer un crío de diez años. Y tus amigos... digamos que también pelean como lo haría un crío de diez años. Aunque para ser moroi, está bastante bien, la verdad.

—Claro que sí, ya veremos qué nota nos pones cuando te mate —le dije. Hice una pequeña finta para comprobar cuánta atención me estaba prestando. Se apartó casi sin inmutarse, con la elegancia de un bailarín.

—No puedes, Rose. ¿Es que no te has dado cuenta de eso a estas alturas? ¿Es que no lo has visto? No puedes derrotarme. No puedes matarme. Y, aunque pudieses, no eres capaz de obligarte a hacerlo. Vacilarías. Otra vez.

No, no lo haría. Eso era en lo que él no había reparado. Había cometido un error al llevar a Lissa allí. Su presencia elevaba enteros lo que había en juego. Ella estaba allí, era real. Su vida pendía de un hilo, y, ante eso... ante eso yo no vacilaría.

Dimitri debió de cansarse de esperar a que yo me impacientase. Se abalanzó, su mano de nuevo directa a mi cuello. Y de nuevo la esquivé para llevarme toda la fuerza del golpe en el hombro, que fue por donde él me agarró en esta ocasión. Me atrajo hacia él de un tirón, con un fogonazo triunfal en sus ojos rojos. En el reducido espacio en el que nos encontrábamos, aquello era probablemente todo cuanto necesitaba para matarme. Tenía lo que quería.

Al parecer, sin embargo, él no era el único que me quería. Otro strigoi, tal vez pensando que ayudaría a Dimitri, se abrió paso hasta nosotros y estiró el brazo hacia mí. Dimitri descubrió sus colmillos y lanzó una mirada de verdadero odio y de furia al otro strigoi.

—¡Es mía! —siseó mientras le golpeaba de un modo que cogió al otro por sorpresa.

Y aquella fue mi oportunidad. La breve distracción de Dimitri había provocado que me soltase. Aquella misma proximidad que hacía de él alguien tan letal me convertía a mí ahora en igualmente peligrosa. Me encontraba junto a su pecho, junto a su corazón, y tenía mi estaca en la mano.

Jamás me veré capaz de decir con seguridad cuánto tiempo duró la siguiente serie de sucesos. En cierto sentido me pareció como si apenas hubiera sido un suspiro y, a la vez, fue como si se hubiera parado el tiempo. Como si se hubiera detenido el mundo entero.

Mi estaca se movía hacia él, y, cuando los ojos de Dimitri descendieron sobre mí una vez más, creo que por fin se dio cuenta de que lo mataría. No vacilaba. Estaba sucediendo. Mi estaca estaba allí...

Y acto seguido ya no estaba.

Algo me golpeó con mucha fuerza por la derecha, me apartó de Dimitri y me estropeó el golpe. Me trastabillé y por los pelos evité golpearme contra nadie. Aunque en un combate siempre intentaba mantenerme alerta al respecto de todo cuanto me rodeaba, había bajado la guardia justo en aquella dirección. Tenía a los strigoi y a los guardianes a la izquierda. Lo que tenía a la derecha era la pared... y a Lissa y a Christian.

Y habían sido ellos dos quienes me habían quitado de en medio.

Creo que Dimitri estaba tan perplejo como yo. Y siguió igualmente perplejo al ver que Lissa se dirigía hacia él con aquella estaca en la mano. Y, como un rayo a través del vínculo, leí lo que ella me había mantenido oculto con mucho, mucho cuidado durante todo aquel último día: había

conseguido hechizar una estaca con el espíritu. Esa era la razón de que se hubiese mostrado con tantas ganas durante su última sesión práctica con la estaca con Grant y Serena. Saber que ya disponía de la herramienta que necesitaba había alimentado su deseo de utilizarla. El hecho de que me hubiera ocultado aquella información era un logro a la altura del hechizo de la estaca.

Tampoco es que importase ahora mismo. Con estaca hechizada o sin ella, Lissa no podía acercarse a Dimitri. Él también lo sabía, y su sorpresa de inmediato se convirtió en una diversión agradable, casi indulgente, igual que cuando uno ve a un niño hacer algo adorable. El ataque de Lissa fue torpe. No tuvo la suficiente rapidez. No tuvo la suficiente fuerza.

—¡No! —grité yo con un salto hacia ellos, aunque también con la certeza de que tampoco iba a ser lo bastante rápida.

De pronto, un fulgurante muro de calor y llamas surgió ante mí, y apenas tuve la fortaleza mental justa para retroceder. Aquel fuego había surgido del suelo y había formado un anillo alrededor de Dimitri que me impedía llegar a él. Resultó desorientador, pero solo por un segundo. Ya me conocía la obra de Christian.

—¡Detenlo! —no sabía qué hacer, si debía atacar a Christian o saltar a las llamas—. ¡Nos vas a quemar vivos a todos! —el fuego estaba bastante controlado, tal era el dominio de Christian, pero en un cuarto de aquel tamaño, incluso un fuego controlado podía resultar mortal. Hasta los demás strigoi retrocedieron.

Las llamas se cernían sobre Dimitri, cada vez más y más cerca de él. Le oí gritar y pude ver su expresión de dolor incluso a través de las llamas. El fuego empezó a consumir su abrigo, y el humo a salir de las llamaradas. Algo instintivo me decía que tenía que detener aquello... y, sin embargo, ¿qué más daba? Había ido allí a matarle. ¿Acaso importaba si lo hacía otra persona por mí?

Y fue entonces cuando me percaté de que Lissa continuaba en su ofensiva. Dimitri estaba distraído, gritando mientras lo envolvían las llamas. Yo también gritaba... por él... por ella... sería difícil decirlo. El brazo de Lissa atravesó las llamas, y, de nuevo, el dolor brotó por el vínculo, un dolor que empequeñecía la anterior sensación cuando Christian le quemó sus ataduras. Aun así, ella siguió adelante, haciendo caso omiso de un tormento tan feroz. Su colocación era la correcta, tenía la estaca perfectamente apuntada al corazón.

La estaca se abrió paso, lo perforó.

Bueno, o algo así.

Igual que le había sucedido al practicar con el cojín, no tenía en absoluto la fuerza necesaria para llevar la estaca hasta donde tenía que llegar. Sentí cómo se armaba de valor y hacía acopio de todas las fuerzas que tenía. Volvió a empujar lanzando todo su peso y con ambas manos. La estaca se adentró un poco más. No lo suficiente aún. Aquella tardanza le habría costado la vida en una situación normal, pero aquella no era una situación normal. Dimitri no tenía forma de protegerse de ella, no con el fuego devorándolo lentamente. Consiguió forcejear un poco, aflojar la estaca y deshacer todos los progresos —por pequeños que fuesen— que ella había logrado. Con una expresión descompuesta, Lissa lo volvió a intentar y empujó la estaca hasta la posición en la que se encontraba antes.

Pero seguía sin ser suficiente.

Entonces volví en mí, consciente de que tenía que detener aquello. Lissa se iba a consumir en las llamas si continuaba intentándolo con la estaca. No sabía hacerlo. O bien tendría que hacerlo yo, o bien habría que dejar que el fuego acabase con él. Di un paso al frente. Lissa me percibió en el margen de su visión periférica y me lanzó una bocanada de coerción.

¡No! ¡Deja que sea yo quien haga esto!

La orden me impactó con dureza, como un muro invisible que me hizo detenerme en seco. Me quedé aturdida, tanto por la coerción en sí como por el hecho de que la hubiese utilizado conmigo. Me bastó un instante para sacudírmela de encima. Lissa estaba demasiado distraída como para poner toda su fuerza en aquella orden, y, de todas formas, yo era bastante resistente a la coerción.

Aun así, ese ligero retraso había evitado que llegase hasta ella. Lissa se aferró a su última oportunidad, consciente de que no gozaría de otra.

Una vez más luchando contra el terrible dolor provocado por el fuego, puso todo cuanto tenía dentro en empujar la estaca por completo hasta el corazón de Dimitri. Su intento no dejaba de ser torpe, y requirió más movimientos y empujones que el golpe limpio de un guardián entrenado. Torpe o no, la estaca por fin lo alcanzó. Le perforó el corazón. Al suceder aquello, sentí que la magia inundaba el vínculo, aquella magia tan familiar y que tantas veces había sentido cuando Lissa llevaba a cabo una sanación.

Excepto que... aquella fue cien veces más poderosa que cualquier otra que jamás hubiera sentido. Me dejó tan petrificada en el sitio como lo había

hecho la coerción. Me sentí como si me explotaran todos los nervios, como si acabase de alcanzarme un rayo.

Una luz blanca surgió de repente alrededor de Lissa, un brillo que eclipsaba el del fuego. Era como si alguien hubiera metido el sol en mitad de aquel cuarto. Solté un grito y me protegí los ojos con la mano de manera instintiva al tiempo que retrocedía. A decir de lo que se oía dentro del cuarto, todos los demás estaban teniendo una reacción similar.

Por un instante, fue como si ya no hubiese vínculo. No sentía nada procedente de Lissa, ni dolor ni magia. El vínculo se había quedado tan falto de color y tan vacío como la luz blanca que llenaba la habitación. El poder que había utilizado había desbordado y abrumado el vínculo. Lo había dejado entumecido.

Entonces, la luz desapareció, simplemente. No se fue apagando poco a poco. Solo... ya no estaba, en un abrir y cerrar de ojos. Como si hubieran pulsado un interruptor. Excepto por algún murmullo de confusión e incomodidad, el cuarto se había quedado en silencio. Aquella luz tuvo que resultar muy dañina para los sensibles ojos de los strigoi. Ya había sido lo bastante fuerte para mí. Ante mis ojos danzaba una serie de líneas que surgían de un mismo punto. Era incapaz de fijarme en nada, a causa de la impresión que aquella imagen tan brillante había grabado en mis retinas.

Por fin —entrecerrando un poco los ojos— pude volver a ver algo de forma vaga. El fuego ya no estaba, aunque en el techo y en la pared quedaban unas manchas negras que indicaban su presencia, igual que algo de humo restante. Según estimaba yo, los daños tendrían que haber sido mucho mayores. Sin embargo, no podía dedicarle un segundo de mi tiempo a aquel milagro, porque otro estaba sucediendo justo delante de mí.

No era solo un milagro. Era un cuento de hadas.

Lissa y Dimitri se encontraban en el suelo. La ropa de ambos estaba quemada, chamuscada. La hermosa piel de Lissa mostraba porciones de inflamación roja y rosada allá donde el fuego había actuado con mayor dureza. Sus manos y sus muñecas estaban especialmente mal. Podía ver zonas sangrientas donde las llamas le habían consumido la piel. Quemaduras de tercer grado, si no recordaba mal mis clases de fisiología. Aun así, se diría que no sentía ningún dolor, y las quemaduras tampoco afectaban el movimiento de sus manos.

Estaba mesando el cabello de Dimitri.

Mientras ella se hallaba sentada con la espalda erguida, él estaba tirado en una postura bastante desmadejada. Tenía la cabeza sobre el regazo de Lissa, y ella le pasaba los dedos por el pelo en una caricia repetitiva, la que uno haría para consolar a un niño, o incluso para tranquilizar a un animal. La expresión en el rostro de ella, aun marcado por los terribles daños del fuego, era radiante y llena de compasión. Dimitri me había llamado a mí «ángel vengador», y ella era un ángel misericordioso que le miraba y le cantaba con voz suave unas ininteligibles palabras de consuelo.

Dadas las condiciones en las que se encontraba su ropa y en función de lo que yo había presenciado en el fuego, esperaba ver a Dimitri achicharrado, como una especie de esqueleto ennegrecido y surgido de una pesadilla. Sin embargo, cuando movió la cabeza y me ofreció el primer ángulo de visión directo de su rostro, vi que estaba completamente ileso. Ni una sola quemadura marcaba su piel, una piel tan cálida y bronceada como la que tenía el primer día que le vi. Solo pude captar un breve vistazo de sus ojos antes de que él hundiese la cara contra la rodilla de Lissa. Vi un castaño de una profundidad interminable, una profundidad en la que tantas veces me había precipitado. Ningún anillo rojo.

Dimitri... no era un strigoi.

Y estaba llorando.

Diecisiete

TODO el cuarto parecía contener el aliento.

No obstante, era muy difícil distraer a los guardianes —o a los strigoi, para el caso— incluso ante el suceso de un milagro, y ahora retomaban con la misma ferocidad los combates que se habían detenido. Los guardianes se encontraban en una posición de ventaja, y los que no se estaban enfrentando a los últimos strigoi supervivientes saltaron de pronto hacia Lissa para intentar separarla de Dimitri. Para sorpresa de todos, ella se aferró a él con fuerza e hizo unos débiles intentos de repeler a los que la rodeaban. Se mostraba feroz y protectora, y me volvió a recordar a una madre que defendía a su criatura.

Dimitri la abrazaba con las mismas ganas, pero las fuerzas de ambos, Lissa y él, se encontraban en clara desventaja. Los guardianes consiguieron por fin separarlos. Se produjo una serie de gritos de confusión cuando intentaron decidir si debía matar a Dimitri. No habría sido complicado. Ahora se encontraba indefenso. Apenas era capaz de tenerse en pie cuando lo levantaron.

Aquello me despertó. Me había limitado a quedarme mirando, petrificada y estupefacta. Me sacudí el asombro y me abalancé, aunque no tenía muy claro a por quién iba: si a por Lissa o a por Dimitri.

—¡No! ¡No lo hagáis! —grité al ver que algunos guardianes se acercaban con estacas—. ¡No es lo que creéis! ¡No es un strigoi! ¡Miradle!

Lissa y Christian estaban gritando cosas similares. Alguien me agarró y tiró de mí hacia atrás mientras me decía que dejase que los demás se ocupasen de aquello. Sin pensármelo dos veces, me revolví y le pegué un puñetazo en la cara a mi captor para descubrir demasiado tarde que era Hans. Retrocedió un poco, más sorprendido que ofendido. No obstante, atacarle a él bastó para llamar la atención de los demás, y enseguida conté con mi propio grupo de guardianes con los que pelearme. Mis esfuerzos no sirvieron para nada, en parte porque me hallaba en inferioridad y en parte porque no podía lanzarme contra ellos de la misma forma en que lo haría contra los strigoi.

Cuando los guardianes me sacaron a rastras, me di cuenta de que a Lissa y a Dimitri ya se los habían llevado del cuarto. Les exigí que me

contasen dónde estaban y les dije a gritos que tenía que verlos. No me escuchó nadie. Me arrastraron a la fuerza, fuera de la nave industrial, pasando junto a una perturbadora cantidad de cadáveres. La mayoría eran strigoi, pero también reconocí algunas caras del destacamento de guardianes de la corte. Se me torció el gesto, aunque no es que los conociese demasiado bien. La batalla había terminado, y habían ganado los nuestros, pero a qué precio. Los guardianes supervivientes se encargarían ahora de la limpieza, y no me habría sorprendido si apareciese algún alquimista, aunque en aquel instante no me preocupase nada de aquello.

—¿Dónde está Lissa? —no dejaba de preguntar mientras me metían a la fuerza dentro de uno de los todoterrenos. Dos guardianes se subieron conmigo, uno sentado a cada lado. No conocía a ninguno de los dos—. ¿Dónde está Dimitri?

—Se han llevado a la princesa por su seguridad —me dijo uno de los guardianes con aire resuelto. Aquellos dos tíos no dejaban de mirar al frente, y supe que ninguno de ellos me respondería a la pregunta sobre Dimitri. En cuanto a ellos se refería, era como si no existiese.

—¿Dónde está Dimitri? —repetí en voz más alta con la esperanza de recibir una respuesta—. ¿Está con Lissa?

Aquello provocó una reacción.

—Por supuesto que no —dijo el guardián que ya había hablado antes.

—¿Está... está vivo? —fue una de las preguntas más difíciles que haya hecho jamás, pero tenía que saberlo. Odiaba admitirlo, pero si yo me hubiese encontrado en el lugar de Hans, no habría estado preparada para ningún milagro. Me habría dedicado a exterminar cualquier cosa que percibiese como una amenaza.

—Sí —dijo por fin el conductor—. Él... o eso... está vivo.

Aquello fue todo cuanto pude conseguir de ellos por mucho que discutiese y exigiese que me dejaran salir del coche, y créeme que lo hice a conciencia. He de reconocer que su capacidad para ignorarme me impresionó bastante. Para ser justos, ni siquiera estoy segura de que ellos supiesen lo que había sucedido. Todo había pasado tan rápido... Lo único que sabían aquellos dos era que les habían dado la orden de acompañarme fuera del edificio.

Seguí albergando la esperanza de que se subiera al vehículo alguien a quien conociese. Nada de nada. Únicamente más guardianes desconocidos.

Ni Christian ni Tasha. Ni siquiera Hans, aunque resultaba comprensible, por supuesto. Quizá temiera que le arrease otro puñetazo sin querer.

Una vez lleno el coche y en marcha, por fin me rendí, dejé de dar guerra y me hundí en el asiento. Otros todoterrenos habían partido junto con el nuestro, pero no tenía la menor idea de si mis amigos viajaban en ellos.

El vínculo entre Lissa y yo continuaba entumecido. Después de aquel impacto inicial tras el que no había sentido nada, comencé poco a poco a recobrar una cierta sensación de ella que me decía que Lissa estaba viva y que seguíamos conectadas. Eso era todo. Con toda aquella fuerza que había surgido a través de ella, fue casi como si el vínculo hubiese tenido una sobrecarga temporal de tensión. La magia entre nosotras era frágil. Cada vez que intentaba utilizar el vínculo para comprobar cómo estaba, era como si estuviese mirando a algo demasiado brillante y aún continuase cegada. Tuve que asumir que no tardaría en restablecerse por sí solo, porque necesitaba su perspectiva sobre lo que había pasado.

No, tachemos «perspectiva». Necesitaba saber lo que había pasado, y punto. Aún me sentía algo impactada, y el largo camino de regreso a la corte me dio tiempo para procesar los pocos hechos que conocía. Deseaba saltar de inmediato a Dimitri, pero tenía que empezar por el principio si de verdad quería analizar todo cuanto había sucedido.

Primero: Lissa había hechizado una estaca y me había ocultado esa información. ¿Cuándo? ¿Antes de su viaje a la universidad? ¿En Lehigh? ¿Una vez cautiva? Lo mismo daba.

Segundo: a pesar de sus intentos fallidos con el cojín, había conseguido llevar la estaca hasta el corazón de Dimitri. Le había costado lo suyo, pero el fuego de Christian lo había hecho posible. Hice un gesto de dolor al recordar las quemaduras que había sufrido Lissa durante su esfuerzo titánico. Había sentido aquel dolor antes de que el vínculo se quedase en blanco, y también le había visto las heridas. Adrian no era el mejor sanador del mundo, pero, con un poco de suerte, su magia bastaría para dar cuenta de sus lesiones.

El tercer y definitivo hecho era... a ver... ¿era un hecho? Lissa le había clavado la estaca a Dimitri y había empleado la misma magia que utilizaba para una sanación... ¿y después? Esa era la gran pregunta. ¿Qué había pasado, aparte de aquella especie de explosión nuclear de magia a través de nuestro vínculo? ¿De verdad yo había visto lo que creía haber visto?

Dimitri había... cambiado.

Ya no era un strigoi. Me lo decía el corazón, por mucho que apenas lo hubiese visto de refilón. Me había bastado para permitirme ver la verdad. Los rasgos del strigoi habían desaparecido. Lissa había hecho todo cuanto Robert había jurado que tenía que hacer para revertir a un strigoi, y desde luego que, después de toda aquella magia... digamos que resultaba sencillo creer que todo era posible. Volvió a mí esa imagen de Dimitri, aferrado a Lissa y con lágrimas cayendo por su rostro. Jamás le había visto tan vulnerable. No sé por qué, pero no creía que los strigoi llorasen.

Algo me encogió el corazón de manera muy dolorosa, y pestañeé muy rápido con tal de no ponerme a llorar yo también. Eché un vistazo a mi alrededor para regresar a la realidad de mi entorno. Fuera del coche, el cielo se aclaraba. Ya casi amanecía. La marca del cansancio era patente en los rostros de los guardianes que me acompañaban, aunque no flaqueaba la expresión de alerta en sus ojos. Había perdido la noción del tiempo, si bien mi reloj interno me decía que llevábamos un buen rato en camino. Teníamos que estar a punto de llegar a la corte.

Con cautela, sondeé el vínculo y vi que había regresado aunque seguía frágil. Era como si se encendiese de manera intermitente, como si aún se estuviera restableciendo. Aquello bastó para tranquilizarme, y dejé escapar un suspiro de alivio. Qué raro, qué irreal había sido cuando sentí el vínculo por vez primera, hace algunos años. Ya lo había aceptado como una parte de mi vida, y su ausencia aquel día me había parecido antinatural.

Mirando a través de los ojos de Lissa, en el coche en el que ella iba, de inmediato sentí la esperanza de que Dimitri se encontrase con ella. Aquel vistazo fugaz en la nave no me había satisfecho. Necesitaba volver a verle, tenía que ver si aquel milagro había sucedido de verdad. Quería sumergirme en sus facciones, admirar al Dimitri de tanto tiempo atrás. Al Dimitri que yo amaba.

Pero no estaba con Lissa. Sin embargo, Christian sí iba con ella, y la miraba mientras ella se movía inquieta. Se había quedado dormida y aún estaba grogui. Aquello, combinado con los efectos secundarios de la desgarradora potencia de un rato antes, había mantenido nuestra conexión algo borrosa. Las cosas se desenfocaban y se volvían a enfocar ante mis ojos, pero, en general, fui capaz de seguir lo que estaba pasando.

—¿Cómo estás? —le preguntó Christian. Mientras la miraba, su voz y sus ojos estaban tan llenos de afecto que me pareció imposible que ella no

se percatase. Aunque, la verdad, Lissa andaba algo preocupada en aquel momento.

—Cansada. Agotada. Como... yo qué sé. Como si hubiera estado dando vueltas en un huracán. Como si me hubiera pasado un coche por encima. Escoge algo horrible, que así es como estoy.

Él le ofreció una pequeña sonrisa y le acarició la mejilla con suavidad. Me abrí más a sus sentidos y percibí el dolor de sus quemaduras y también que él pasaba los dedos cerca de una de ellas aunque con el suficiente cuidado como para no tocarla.

—¿Está muy mal? —le preguntó ella—. ¿Se me ha derretido la piel? ¿Parezco un monstruo?

—No —dijo él con una leve risa—. No es para tanto. Estás preciosa, como siempre. Haría falta mucho más para que eso cambiase.

Los latidos del dolor que sentía Lissa le hicieron pensar que las lesiones eran más graves de lo que Christian estaba reconociendo, pero su cumplido y la manera en que se lo había dicho hicieron mucho para consolarla. Por un instante, toda su existencia se concentró en el rostro de Christian y en la forma en que el sol naciente comenzaba a iluminarlo.

Acto seguido, el resto de su mundo se le vino encima.

—¡Dimitri! ¡Tengo que ver a Dimitri!

Había guardianes en el coche, y la mirada de Lissa fue pasando de uno a otro mientras pronunciaba aquellas palabras. Al igual que conmigo, ninguno de ellos parecía dispuesto a reconocer ni su existencia ni nada de lo que había sucedido.

—¿Por qué no puedo verle? ¿Por qué os lo habéis llevado? —preguntó Lissa a cualquiera que quisiese responder, y, por fin, fue Christian quien lo hizo.

—Porque creen que es peligroso.

—No lo es. Solo... me necesita. Siente mucho dolor por dentro.

Los ojos de Christian se abrieron de repente de par en par, y su expresión se llenó de pánico.

—Pero no está... No tienes un vínculo con él, ¿verdad?

Por la cara que puso, me imaginé que Christian se estaba acordando de Avery y de cómo el hecho de tener un vínculo con más de una persona había sido demasiado para ella. Christian no había estado presente durante la explicación de Robert acerca del paso del alma al mundo de los muertos y de cómo al revertir a los strigoi no se formaban vínculos.

Lissa hizo un gesto lento y negativo con la cabeza.

—No... Es solo que lo sé. Cuando... cuando le he sanado, hemos estado en conexión y lo he sentido. Lo que he tenido que hacer... no puedo explicarlo —se pasó la mano por el cabello, frustrada por su incapacidad de verbalizar su magia. Comenzaba a vencerle el cansancio—. Es como si hubiera tenido que someterlo a una cirugía del alma —dijo por fin.

—Piensan que es peligroso —repitió Christian en un tono amable.

—¡No lo es! —Lissa lanzó una mirada agresiva al resto de los ocupantes del vehículo, que se encontraban mirando a otra parte—. Ya no es un strigoi.

—Princesa —empezó a decir uno de los guardianes con aspecto inquieto—, nadie sabe realmente lo que ha pasado. No puede estar segura de que...

—¡Estoy segura! —dijo en un tono demasiado alto para un lugar tan reducido. En su voz había un aire regio, de exigencia—. Lo sé. Lo he salvado. Lo he traído de vuelta. ¡Sé con todo mi ser que ya no es un strigoi!

Los guardianes parecían incómodos, y volvían a permanecer en silencio. Creo que estaban confundidos, sin más, y la verdad, ¿cómo no iban a estarlo? Aquello no tenía precedente.

—Chss —dijo Christian colocando una mano sobre la de ella—. No puedes hacer nada hasta que lleguemos a la corte. Estás herida y agotada, se te nota a la legua.

Lissa sabía que Christian tenía razón. Desde luego que estaba herida y que estaba agotada. Aquella magia la había dejado hecha trizas. Al mismo tiempo, lo que había hecho por Dimitri sí que había creado un vínculo con él, no un vínculo mágico, sino psicológico. Era como una verdadera madre. Se sentía desesperadamente protectora y preocupada.

—Necesito verle —dijo Lissa.

¿Que ella necesitaba verle? Y yo, ¿qué?

—Lo harás —dijo Christian con una certeza que sonaba muy superior a la que yo sospechaba que tenía—. Pero ahora intenta descansar.

—No puedo —respondió mientras reprimía incluso un bostezo.

Aquella sonrisa asomó de nuevo a los labios de Christian, y la rodeó con el brazo para aproximarla a él tanto como le permitieron los cinturones de seguridad.

—Inténtalo —le dijo.

Ella apoyó la cabeza contra su pecho, y aquella intimidad fue como una especie de sanación en sí y de por sí. La preocupación y la angustia por Dimitri aún corrían por el interior de Lissa, pero las necesidades de su cuerpo ganaron la partida por el momento. Por fin se durmió en los brazos de Christian y apenas le oyó murmurar:

—Feliz cumpleaños.

Veinte minutos más tarde, nuestro convoy llegó a la corte. Pensé que aquello suponía la libertad de manera automática, pero mis guardianes se tomaron su tiempo para salir del coche, aguardando a alguna señal o alguna indicación sobre la cual nadie se había molestado en ponerme al tanto. Al parecer, estaban esperando a Hans.

—No —dijo él y me puso una mano firme sobre el hombro en cuanto fui a salir disparada del coche hacia... bueno, no estaba segura de hacia dónde. Dondequiera que estuviese Dimitri—. Espera.

—¡Tengo que verle! —exclamé al tiempo que empujaba intentando marcharme. Hans era como un muro de piedra. Teniendo en cuenta que él se había enfrentado a muchos más strigoi que yo aquella noche, cabría pensar que estaría cansado—. Tienes que decirme dónde está.

Para mi sorpresa, Hans lo hizo.

—Encerrado. Lejos, muy lejos de tu alcance, o del alcance de cualquiera. Ya sé que él era tu instructor, pero es mejor que lo mantengamos aislado por el momento.

Mi cerebro, cansado tras la actividad de la noche y alterado por la emoción, se tomó un instante para procesar aquello.

—No es peligroso —dije—. Ya no es un strigoi.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

La misma pregunta que le habían hecho a Lissa. ¿Y cómo responderla con sinceridad? Lo sabíamos porque habíamos ido hasta unos increíbles extremos para descubrir cómo revertir a un strigoi y, una vez llevados a cabo esos pasos, había estallado una bomba atómica de magia. ¿Es que no era eso una prueba suficiente para nadie? ¿No había sido suficiente la apariencia de Dimitri?

En lugar de aquello, mi respuesta fue como la de Lissa.

—Porque lo sé.

Hans negó con la cabeza, y entonces pude ver lo agotado que estaba.

—Nadie sabe lo que está pasando con Belikov. Los que estábamos allí... Mira, yo no estoy seguro de lo que he visto. Lo único que sé es que

hace un rato estaba liderando a los strigoi, y ahora se encuentra ahí fuera, al sol. No tiene ningún sentido. Nadie sabe lo que es.

—Es un dhampir.

—Y hasta que lo sepamos —continuó, haciendo caso omiso de mi comentario—, Belikov tendrá que permanecer encerrado, mientras lo examinamos.

¿Examinarlo? No me gustó cómo sonaba aquello. Hacía que Dimitri pareciese un animal de laboratorio. Hizo que se me encendiera el temperamento, y estuve a punto de ponerme a gritar a Hans. Un instante después, conseguí recobrar el control.

—Entonces tengo que ver a Lissa.

—Se la han llevado al centro médico para que la traten... Lo necesita con urgencia. No puedes ir —añadió anticipándose a mi siguiente contestación—. La mitad de los guardianes se encuentra allí. Es un caos, estarías estorbando.

—Entonces, ¿qué demonios se supone que debo hacer?

—Vete a dormir —me miró con cara sarcástica—. Sigo pensando que tienes un problema de actitud, pero después de lo que he visto hoy allí..., bueno, esto es lo que te digo: sabes pelear. Te necesitamos, probablemente para algo más que el papeleo. Ahora ve y preocúpate de cuidarte tú.

Y eso fue todo. La autorización para retirarme había quedado clara en su voz, y, en el apresurado revuelo de los guardianes, fue como si yo no existiera. Cualquier problema en el que me hubiese encontrado antes parecía ya olvidado. Después de aquello, se acabó lo de ponerse a archivar. Pero ¿qué se suponía que iba a hacer? ¿Se había vuelto loco Hans? ¿Cómo iba a poder dormir? Tenía que hacer algo. Tenía que ver a Dimitri, pero no sabía dónde se lo habían llevado. Probablemente, a los mismos calabozos donde habían retenido a Victor, un lugar inaccesible para mí. También tenía que ver a Lissa, pero estaba bien metida en el centro médico. Qué impotencia. Necesitaba recurrir a alguien influyente.

¡Adrian!

Si me dirigía a él, tal vez pudiese tirar de algunos hilos. Tenía sus contactos de la realeza. Qué diantre, la reina le adoraba a pesar de ser un vago. Por mucho que me doliese aceptarlo, empezaba a asimilar que entrar a ver a Dimitri de inmediato iba a resultar prácticamente imposible. Pero ¿en el centro médico? Adrian tal vez pudiese colarme a ver a Lissa, aunque aquello estuviese atestado y fuese un caos. El vínculo seguía algo borroso, y

hablar con ella cara a cara me permitiría lograr respuestas más rápidas sobre Dimitri. Además, quería ver por mí misma que se encontraba bien.

Sin embargo, al llegar al edificio en el que residía Adrian cuando estaba en la corte, el portero me informó de que ya se había marchado un buen rato antes al centro médico, qué casualidad. Solté un gruñido. Pues claro que estaría allí ya. Dada su capacidad de sanación, le habrían llamado y lo habrían sacado de la cama. Débil o no, desde luego que sería de ayuda.

—¿Ha estado usted allí? —me preguntó el portero cuando empezaba a darme la vuelta.

—¿Qué? —por un instante pensé que se refería al centro médico.

—¡En la pelea con los strigoi! El rescate. Hemos oído todo tipo de cosas.

—¿Tan pronto? ¿Y qué es lo que han oído?

Aquel tío me miraba con los ojos muy abiertos y cara de excitación.

—Dicen que han muerto casi todos los guardianes, pero que han capturado a un strigoi y lo han traído aquí.

—No, no... Han sido más los heridos que los que han muerto. Y lo otro... —me quedé sin aliento por un instante. ¿Qué había pasado? ¿Qué era lo que le había sucedido en realidad a Dimitri?—. Se ha vuelto a transformar en dhampir a un strigoi.

El portero me miraba fijamente.

—¿Le han dado a usted un golpe en la cabeza, o qué?

—¡Le estoy diciendo la verdad! Vasilisa Dragomir fue quien lo hizo. Con su poder sobre el espíritu. *Eso* es lo que tiene que contar usted a todo el mundo.

Allí le dejé boquiabierto. Y con esas, me había quedado sin opciones, nadie más de quien conseguir información. Regresé a mi alojamiento con una sensación de derrota, pero demasiado nerviosa como para dormirme. O, al menos, eso fue lo que pensé en un principio. Después de darme algunos paseos, me senté en la cama con la intención de idear un plan. Sin embargo, no mucho después sentí que me quedaba profundamente dormida.

Me desperté con un sobresalto, confundida y con dolores en partes de mi cuerpo donde no me había percatado de haber recibido golpes durante la refriega. Eché un vistazo al reloj, sorprendida con lo mucho que había dormido. En el horario de los vampiros, ya era bien entrada la mañana. En cinco minutos me había duchado y me había puesto ropa que no estuviera destrozada ni manchada de sangre. Así, tal cual, salí por la puerta.

La gente iba y venía metida en sus asuntos cotidianos, aunque todos los grupos o las parejas con las que me cruzaba parecían estar hablando de la batalla campal en la nave industrial... y de Dimitri.

—Ya sabes que es capaz de curar —oí que un moroi le decía a su esposa—. ¿Por qué no a un strigoi? ¿Por qué no a los muertos?

—Es una locura —contestó la mujer—. Yo nunca he creído en eso del espíritu, de todas formas. Es una mentira para encubrir el hecho de que la chica de los Dragomir jamás se especializó en ningún elemento.

No escuché el resto de su conversación, pero las temáticas de otros con los que me crucé fueron similares. La gente o bien estaba convencida de que todo aquello era un montaje, o bien ya consideraba a Lissa una santa. Cada dos por tres escuchaba algún disparate, como que los guardianes habíamos capturado a una banda de strigoi para experimentar con ellos. No obstante, en medio de tanta especulación, en ningún momento oí que nadie mencionase el nombre de Dimitri o supiese qué le estaba pasando realmente.

Seguí el único plan que tenía: dirigirme al edificio de los guardianes donde se encontraban los calabozos de la corte, aunque no tenía muy claro qué haría al llegar allí. Ni siquiera tenía la certeza de que Dimitri continuase en aquellos calabozos, aunque parecía el lugar más probable. Cuando me crucé con un guardián por el camino, me llevó unos instantes darme cuenta de que le conocía. Me detuve y me di la vuelta.

—¡Mikhail! —le llamé. Él se giró y, al verme, vino hacia mí—. ¿Qué está pasando? —le pregunté, aliviada al ver una cara amiga—. ¿Han soltado a Dimitri?

Negó con la cabeza.

—No, todavía andan intentando descubrir qué pasó. Todo el mundo está confuso, por mucho que la princesa haya jurado por activa y por pasiva después de ir a verle que ya no es un strigoi.

En la voz de Mikhail había ilusión, y añoranza, también. Tenía la esperanza de que fuese cierto, de que pudiese haber una posibilidad de salvar a su amada. Me dolía en el corazón por él. Ojalá hubiese para Sonya y para él un final feliz, exactamente igual que...

—Espera. ¿Qué has dicho? —sus palabras cortaron mis cavilaciones románticas—. ¿Has dicho que Lissa ha ido a verle? ¿Después de la pelea? —sondeé el vínculo de inmediato. Se aclaraba poco a poco, pero Lissa estaba dormida, así que no me enteré de nada.

—Él ha pedido verla —me explicó Mikhail—, así que le han dejado entrar... protegida, por supuesto.

Me quedé mirándole, tan boquiabierta que la mandíbula casi me llegaba al suelo. Dimitri estaba recibiendo visitas. Le permitían ver a gente. Saber aquello iluminó el estado de ánimo que tanto se iba oscureciendo en mi interior. Me di media vuelta para marcharme.

—Gracias, Mikhail.

—Espera, Rose...

Pero no me detuve. Salí corriendo a toda velocidad hasta el edificio de los calabozos de los guardianes, ajena a las miradas de la gente. Estaba emocionada, revitalizada gracias a aquella nueva información. Podía ver a Dimitri. Por fin podría estar con él, de nuevo tal y como se suponía que él debía ser.

—No puedes verle.

Me detuve en seco cuando el guardián de servicio en el mostrador de recepción me paró literalmente los pies.

—¿Cóm... qué? Tengo que ver a Dimitri.

—No hay visitas.

—Pero Lissa... mmm, Vasilisa Dragomir sí ha entrado a verle.

—Él lo ha pedido.

Me quedé mirándole con cara de incredulidad.

—Tiene que haber pedido verme a mí también.

El guardián hizo un gesto de indiferencia.

—Si lo ha hecho, nadie me ha dicho nada.

Por fin despertó la ira que había contenido la noche antes.

—¡Pues vete a buscar a alguien que lo sepa! Dimitri quiere verme. Tienes que dejarme pasar. ¿Quién es tu superior?

El guardián se rio de mí.

—Yo no voy a ninguna parte hasta que termine mi turno. Si te autorizan, alguien te lo hará saber. Hasta entonces, ahí no puede bajar nadie que no tenga un permiso especial.

Después de haber dejado fuera de combate a una buena parte del personal de seguridad de Tarasov, me sentía bastante segura de que podría despachar a aquel tío con cierta facilidad. Sin embargo, me sentía igualmente segura de que, una vez en las profundidades de los calabozos, me encontraría con más guardianes. Por un instante, reducirlos a todos me pareció muy razonable. Se trataba de Dimitri. Haría cualquier cosa por él.

Una leve alteración en el vínculo me hizo entrar en razón. Lissa se acababa de despertar.

—Perfecto —le dije. Elevé la barbilla y le lancé una mirada altanera —. Muchas gracias por la ayuda.

No me hacía falta aquel mamarracho. Recurriría a Lissa.

Su habitación estaba prácticamente en el extremo opuesto de los terrenos de la corte, distancia que cubrí a un trote ligero. Cuando llegué hasta allí y me abrió la puerta, vi que se había arreglado casi tan rápido como yo. Es más, noté que estaba a punto de marcharse. Estudié su cara y sus manos y me sentí aliviada al ver que la mayoría de sus quemaduras había desaparecido. Le quedaban unas manchas rojizas en los dedos, eso era todo. Obra de Adrian. Ningún médico habría podido hacer aquello. Con una camiseta de tirantes de color azul claro y con su pelo rubio recogido hacia atrás, no tenía en absoluto el aspecto de alguien que hubiera pasado por una experiencia tan terrible hacía menos de veinticuatro horas.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó. A pesar de todo lo que había sucedido, no había dejado de preocuparse por mí.

—Sí, genial —físicamente, al menos—. ¿Y tú?

Asintió.

—Fenomenal.

—Tienes buen aspecto —le dije—. Anoche..., verás, me asusté mucho con el fuego... —no fui capaz de terminar la frase.

—Claro —me dijo apartando la mirada. Parecía nerviosa e incómoda —. Adrian ha estado genial sanando a la gente.

—¿Es allí donde vas? —había inquietud y agitación en el vínculo. Sería lógico si lo que ella quería era salir corriendo al centro médico para ayudar también, salvo que...—. ¡Vas a ver a Dimitri!

—Rose...

—No —dije encantada—. Es perfecto. Voy contigo. Acabo de estar allí, y no me dejan entrar.

—Rose... —ahora Lissa parecía muy incómoda.

—Me han contado no sé qué chorrada de que él pidió verte a ti y no a mí y que por eso no me dejan entrar, pero si vienes tú, tendrán que dejarme.

—Rose —dijo con voz firme para interrumpir por fin mi parloteo—. No puedes venir.

—¿Que yo qué? —repasé sus palabras por si acaso las había entendido mal—. Pues claro que puedo. Necesito verle. Tú lo sabes. Y él necesita

verme a mí.

Hizo un gesto negativo y pausado con la cabeza, sin dejar de parecer nerviosa, pero también compasiva.

—Ese guardián tenía razón —me dijo—. Dimitri no ha preguntado por ti, solo por mí.

Todo mi entusiasmo, tan encendido, se congeló. Estaba estupefacta, más confundida que cualquier otra cosa.

—Bueno... —recordé cómo él se había aferrado a ella la noche anterior, aquella expresión desesperada en la cara de Dimitri. Odiaba tener que admitirlo, pero parecía hasta cierto punto lógico que hubiese preguntado antes por ella—. Pues claro que quiere verte a ti. Es todo tan nuevo y tan extraño, y eres tú quien le ha salvado. Cuando se le pase un poco, también querrá verme a mí.

—Rose, no puedes ir —esta vez, la tristeza en la voz de Lissa se reflejaba a través del vínculo y me inundaba—. No es solo que Dimitri no haya preguntado por ti. Es que ha dicho específicamente que *no* quiere verte.

Dieciocho

LO que es un verdadero asco de estar vinculada psicológicamente a alguien es que detectas con bastante precisión cuándo te está mintiendo esa persona, o, en este caso, cuándo te está diciendo la verdad. Aun así, mi respuesta fue instintiva e inmediata.

—Eso no es cierto.

—¿Que no? —me lanzó una mirada significativa. Ella también era consciente de que podía sentir la sinceridad de cuanto me decía.

—Es que eso... no puede... —no solía quedarme sin palabras con demasiada frecuencia, y menos, desde luego, con Lissa. Había sido muy habitual en nuestra relación que yo fuese la firme, quien le explicaba a ella por qué las cosas eran como eran. En algún punto, por el camino y sin que yo me percatase, Lissa había perdido aquella fragilidad.

—Lo siento —me dijo con una voz todavía amable aunque también firme. El vínculo delataba lo mucho que odiaba decirme cosas desagradables—. Me ha pedido... me ha dicho específicamente que no te deje venir. Que no quiere verte.

Me quedé mirándola con expresión suplicante y le dije con una voz casi infantil:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iba él a decir eso? Pues claro que quiere verme. Tiene que estar aturdido...

—No lo sé, Rose. Yo solo sé lo que él me ha dicho. Lo siento muchísimo —extendió los brazos hacia mí como si quisiera darme un abrazo, pero retrocedí. La cabeza aún me daba vueltas.

—Me voy contigo de todas formas. Te espero arriba con los demás guardianes. Entonces, cuando le digas a Dimitri que estoy allí, cambiará de opinión.

—No creo que debas hacerlo —contestó—. Parecía decir muy en serio que no fueses... estaba casi frenético. Creo que le molestaría saber que estás allí.

—¿Molestarle? *¿Molestarle?* ¡Liss, que soy yo! Él me quiere. Me necesita.

Lissa hizo un gesto de dolor, y caí en la cuenta de que le había gritado.

—Yo solo me ciño a lo que él me ha dicho. Es todo tan confuso... Por favor, no me pongas en esta situación. Tú solo... espera a ver qué pasa. Y si quieres saber lo que está sucediendo, siempre puedes...

Lissa no terminó la frase, pero yo ya sabía lo que estaba sugiriendo. Se ofrecía a dejarme ver su encuentro con Dimitri a través del vínculo. Era un gran gesto por su parte, aunque tampoco es que pudiese impedírmelo si yo quería hacerlo. No obstante, y por lo general, a ella no le gustaba la idea de que la «espiase». Aquello fue lo mejor que se le ocurrió para hacer que me sintiese mejor.

Tampoco es que lo lograra. Todo aquello era un disparate: que me negasen el acceso a Dimitri, ¡que Dimitri supuestamente no quisiera verme! Pero qué narices. Mi reacción instintiva fue hacer caso omiso de todo cuanto me acababa de decir Lissa y marcharme con ella para exigir que me dejaran pasar a mí también. Sin embargo, los sentimientos que percibía en el vínculo me rogaban que no lo hiciese. Ella no quería crear problemas. Lissa podría no entender tampoco los deseos de Dimitri, pero sentía que habían de ser respetados hasta que se pudiese valorar mejor la situación.

—Por favor —me dijo. Aquella petición lastimera por fin me doblegó.

—Vale —dije muriéndome por dentro. Era como admitir la derrota. «Piensa que se trata de una retirada táctica».

—Gracias —aquella vez sí me abrazó—. Te prometo que conseguiré más información y descubriré lo que está pasando, ¿vale?

Asentí, aún abatida, y salimos juntas del edificio. Hundida y a regañadientes, me separé de ella llegado el momento y dejé que se marchase hacia el edificio de los guardianes mientras yo me dirigía hacia mi cuarto. En cuanto la perdí de vista, me deslicé dentro de su cabeza y observé a través de sus ojos cómo atravesaba el césped perfectamente cuidado de los jardines. El vínculo seguía envuelto en una ligera neblina, pero se iba aclarando con cada minuto que transcurría.

Sus sentimientos estaban hechos una maraña. Se sentía mal por mí, culpable por haber tenido que rechazarme. Al mismo tiempo, estaba ansiosa por ir a ver a Dimitri. Ella también necesitaba verle, aunque no del mismo modo que yo. Ella aún sentía aquella responsabilidad sobre él, aquella lacerante urgencia por protegerle.

Cuando llegó a la oficina principal del edificio, el guardián que me había impedido a mí el paso le dedicó a ella un saludo con la barbilla e hizo una llamada rápida de teléfono. Unos instantes después, entraron tres

guardianes que indicaron a Lissa que los siguiese a las profundidades del edificio. Todos tenían un aspecto inusualmente adusto, incluso para un guardián.

—No tiene por qué hacer esto —le dijo a Lissa uno de los tres— solo por que él no deje de pedir...

—Está bien —dijo ella con el aire de dignidad y suficiencia de cualquier miembro de la realeza—. No me importa hacerlo.

—Habrá guardianes de sobra por todas partes, igual que la última vez. No tiene que preocuparse por su seguridad.

Lissa lanzó a los tres una mirada muy intensa.

—No me ha preocupado en ningún momento, eso para empezar.

Su descenso a las plantas inferiores del edificio me trajo los dolorosos recuerdos de cuando Dimitri y yo fuimos a ver a Victor. Aquel era el Dimitri con el que yo tenía una unión perfecta, el Dimitri que me entendía por completo. Y, tras la visita, él se había enfurecido con las amenazas de Victor hacia mí. Dimitri me quería tanto que se había mostrado dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de protegerme.

Una puerta protegida con un acceso de tarjeta daba paso por fin a la planta de los calabozos, que consistía, principalmente, en un extenso pasillo con celdas alineadas a lo largo. No tenía el aire deprimente de Tarasov, pero el aspecto industrial y descarnado, en acero, de aquel lugar no inspiraba lo que se dice una sensación acogedora y cálida.

El pasillo estaba tan lleno de guardianes que a Lissa le costó recorrerlo. Toda aquella seguridad por una sola persona. No es que a un strigoi le resultase imposible romper los barrotes de acero de una celda, pero es que Dimitri no era un strigoi. ¿Por qué no eran capaces de verlo? ¿Estaban ciegos?

Lissa y su escolta se abrieron paso por entre la multitud y se detuvieron delante de su celda. Tenía el mismo aspecto frío que el resto de aquella zona de calabozos, sin más mobiliario que el indispensable. Dimitri se hallaba sentado en el camastro estrecho, con las piernas encogidas, inclinado hacia un rincón de la pared y de espaldas a la entrada de la celda. No era lo que yo me esperaba. ¿Por qué no estaba zarandeando los barrotes? ¿Por qué no estaba exigiendo que le soltasen y diciéndoles que él no era un strigoi? ¿Por qué se lo estaba tomando con tanta calma?

—Dimitri.

La voz de Lissa sonaba suave y agradable, repleta de una calidez que destacaba contra la dureza de la celda. Era la voz de un ángel.

Conforme Dimitri se fue girando lentamente, resultó obvio que él opinaba lo mismo. Su expresión se transformó ante nuestros ojos, y pasó de la desolación a la ilusión.

Él no fue el único que se llenó de ilusión. Mi mente podía estar enlazada con la de Lissa, pero, en el otro extremo de la corte, mi cuerpo casi se queda sin respiración. El fugaz vistazo que de él había conseguido la noche antes ya había sido increíble, pero aquella... aquella imagen completa suya que ahora miraba a los ojos de Lissa —a los míos— resultaba impresionante. Una maravilla. Un regalo. Un milagro.

En serio, ¿cómo podía haber alguien que pensase que era un strigoi? ¿Y cómo se me había ocurrido a mí pensar que el Dimitri con el que había estado en Siberia era el mismo que este? Se había aseado de la pelea y vestía unos vaqueros y una simple camiseta negra. Llevaba su pelo castaño recogido en una coleta corta, y una sombra cubría su mandíbula inferior como un signo de que necesitaba un afeitado. Probablemente, nadie permitiría que se acercara a una cuchilla. Aun así, aquello casi le hacía parecer más atractivo, más real, más dhampir. Más vivo. Eran sus ojos lo que de verdad le daba sentido a todo. Su piel pálida mortecina —ahora desaparecida— siempre me había inquietado, pero lo peor habían sido aquellos ojos rojos. Ahora eran perfectos. Tal y como eran antes. Afectuosos, castaños y con las pestañas largas. Podría quedarme mirándolos toda la eternidad.

—Vasilisa —suspiró él. El sonido de su voz me hizo sentir una presión en el pecho. Dios mío, cómo echaba de menos oírle hablar—. Has vuelto.

En cuanto empezó a acercarse a los barrotes, los guardianes comenzaron a cerrar filas alrededor de Lissa, preparados para detenerlo en caso de que fuese realmente capaz de salir.

—¡Atrás! —ordenó con el tono de voz de una reina y una feroz mirada a los que la rodeaban—. Dejadnos un poco de espacio —ninguno de ellos reaccionó de inmediato, así que le dio algo más de fuerza a su voz—. ¡Lo digo en serio! ¡Retroceded!

Sentí un ligerísimo hilo de magia a través del vínculo. No fue algo excesivo, pero estaba respaldando sus palabras con una pizca de coerción inducida por el espíritu. A duras penas podría controlar a un grupo tan numeroso, pero la orden tuvo la suficiente potencia como para hacer que se

apartasen un poco y dejaran algo de espacio para ella y Dimitri. La atención de Lissa volvió sobre él, y sus formas cambiaron al instante de la ferocidad a la gentileza.

—Por supuesto que he vuelto. ¿Cómo estás? ¿Te están...? —lanzó una mirada amenazadora a los guardianes del pasillo—. ¿Te están tratando bien?

Se encogió de hombros.

—Muy bien. Nadie me está haciendo daño —si algo quedaba en él de su antiguo yo, jamás habría reconocido que alguien le estuviese causando algún daño—. Solo muchas preguntas. Demasiadas preguntas —volvía a sonar agotado... tan impropio de un strigoi, que no necesitaban descansar—. Y los ojos. No dejan de examinarme los ojos.

—Sí, pero ¿cómo te sientes? —le preguntó ella—. ¿Qué te viene a la cabeza? ¿Qué siente tu corazón? —de no ser aquella situación tan seria, hasta me estaría divirtiendo. Aquella manera de preguntar iba muy en la línea de un terapeuta, algo en lo que Lissa y yo teníamos una amplia experiencia. Cómo odiaba que me hiciesen esas preguntas, aunque en aquel momento deseaba sinceramente saber cómo se sentía Dimitri.

Su mirada, que tanto había concentrado en Lissa, ahora se desviaba y se dispersaba.

—Es... es complicado describirlo. Es como si me hubiese despertado de un sueño. De una pesadilla. Como si hubiera estado viendo actuar a otro a través de mi cuerpo, como si estuviera en el cine o en el teatro. Solo que no era otro. Era *yo*. Todo aquello lo hice yo, y aquí estoy ahora, y todo el mundo ha cambiado. Me siento como si estuviese volviendo a aprenderlo todo.

—Se pasará. Te acostumbrarás más una vez te hayas asentado en tu antiguo yo —aquello era una suposición por su parte, aunque se sentía segura al respecto.

Dimitri inclinó la cabeza hacia los guardianes allí congregados.

—Ellos no piensan lo mismo.

—Lo harán —dijo ella categóricamente—. Solo necesitamos un poco de tiempo —se hizo un breve silencio, y Lissa vaciló antes de pronunciar sus siguientes palabras—. Rose... quiere verte.

La actitud taciturna y somnolienta de Dimitri cambió en un suspiro. Sus ojos volvieron a centrarse en Lissa, y percibí un primer fogonazo de emoción sincera e intensa en él.

—No. Cualquiera menos ella. No puedo verla. No le dejes venir. *Por favor*.

Lissa tragó saliva sin saber muy bien cómo responder. El hecho de tener público se lo ponía aún más difícil. Lo mejor que pudo hacer fue bajar la voz para que los demás no la oyesen.

—Pero... ella te quiere. Está preocupada por ti. Lo que ha pasado... que hayamos sido capaces de salvarte ha sido en gran medida gracias a ella.

—Tú me has salvado.

—Yo solo he dado el último paso. El resto... digamos que Rose ha hecho mucho —eso, digamos, por ejemplo, organizar una huida de la cárcel y liberar a un preso.

Dimitri le dio la espalda a Lissa, y se apagó el fuego que había iluminado fugazmente sus facciones. Caminó hasta uno de los laterales de la celda y se apoyó contra la pared. Cerró los ojos durante unos segundos, respiró hondo y los volvió a abrir.

—Cualquiera menos ella —repitió—. No después de lo que le hice. Fueron muchas cosas... cosas horribles —puso las palmas de las manos boca arriba y se quedó mirándolas un instante, como si pudiera ver sangre —. Le hice cosas terribles. Hice cosas terribles a otros. Después de todo eso, no la puedo mirar a la cara. Lo que hice fue imperdonable.

—No lo es —se apresuró a decir Lissa—. No eras tú, en realidad no. Ella te perdonará.

—No. Para mí no hay perdón... No después de lo que he hecho. No me la merezco, no me merezco ni siquiera estar cerca de ella. Lo único que puedo hacer... —volvió a acercarse a Lissa y, para asombro de ambas, cayó de rodillas ante ella—. Lo único que puedo hacer, la única redención a la que puedo intentar aspirar, es compensarte a ti por haberme salvado.

—Dimitri —comenzó a decir Lissa con inquietud—. Ya te lo he dicho...

—Sentí ese poder. En ese momento, sentí que tú traías mi alma de vuelta. Sentí que tú la sanabas. Esa es una deuda que jamás podré pagar, pero juro que pasaré el resto de mi vida intentándolo —tenía la mirada elevada hacia ella, con aquella expresión embelesada de nuevo en el rostro.

—No quiero eso. No hay nada que pagar.

—Queda todo por pagar —le discutió—. Te debo mi vida... mi alma. Es la única manera que dispongo de acercarme siquiera a la redención de todas las cosas que he hecho. Sigue sin ser suficiente... pero es todo cuanto

puedo hacer —juntó las manos—. Te juro que haré cualquier cosa que necesites, lo que sea, si está en mi mano. Te serviré y te protegeré durante el resto de mi vida. Haré lo que me pidas. Cuentas con mi lealtad eterna.

De nuevo, Lissa comenzó a decirle que ella no deseaba tal cosa, pero en ese momento le vino a la cabeza una idea muy astuta.

—¿Verás a Rose?

Dimitri hizo un gesto de dolor.

—Lo que sea menos eso.

—Dimitri...

—Por favor. Haré cualquier otra cosa por ti, pero es que, si la veo..., me dolerá demasiado.

Aquella era probablemente la única razón que podría hacer desistir a Lissa. Eso, y la expresión desesperada y desolada en el rostro de Dimitri, una expresión que ella jamás había visto, que yo tampoco había visto antes. A mis ojos, él siempre había sido invencible, y aquella señal de vulnerabilidad no le hacía parecer más débil para mí, simplemente más complejo. Hacía que le amase más... y que deseara ayudarle.

Lissa solo fue capaz de ofrecerle un leve gesto de asentimiento como respuesta antes de que uno de los guardianes al mando le dijese que tenía que marcharse. Dimitri seguía de rodillas cuando la escoltaron hasta la salida, mirando cómo se marchaba con una expresión que decía que ella era lo más cercano a alguna esperanza que le quedaba en este mundo.

Se me encogió el corazón de dolor y de celos, y también un poco de ira. Era a mí a quien él debería mirar de aquel modo. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a comportarse como si Lissa fuese lo más grande del mundo? Cierto, ella había hecho mucho por salvarle, pero era *yo* quien se había dedicado a recorrer el planeta por él. Era *yo* quien había arriesgado su vida una y otra vez por él. Y lo más importante, era *yo* quien le quería. ¿Cómo podía darle la espalda a eso?

Tanto Lissa como yo nos sentíamos confundidas y contrariadas cuando ella salió del edificio. A las dos nos angustiaba el estado en que se encontraba Dimitri. A pesar de lo enfadada que estaba por el hecho de que no quisiera verme, no dejaba de sentirme fatal por verle tan decaído. Aquello me estaba matando. Él jamás se había comportado así. Tras el ataque a la academia, desde luego que estuvo triste y lo pasó mal por la pérdida, pero esta era una forma distinta de desesperación. Era una depresión profunda y un sentimiento de culpa de los que se veía incapaz de

escapar. Aquello nos tenía perplejas a Lissa y a mí. Dimitri siempre había sido un hombre de acción, alguien preparado para ponerse en pie después de una tragedia y enfrentarse a la siguiente batalla.

Pero ¿aquello? No se parecía a nada que hubiésemos visto jamás en él, y Lissa y yo teníamos unas perspectivas radicalmente distintas al respecto de cómo solucionarlo. Su método —más cariñoso y compasivo— consistía en seguir hablando con él mientras persuadía con calma a los funcionarios de la corte de que Dimitri ya no era una amenaza. Mi solución a este problema se basaba en llegar hasta Dimitri sin importarme lo que él dijese que quería. Ya me había colado en una prisión y había escapado de ella. Llegar hasta un calabozo debería ser pan comido. Seguía teniendo la certeza de que, una vez que él me viese, cambiarían sus sentimientos al respecto de toda esa historia de la redención. ¿Cómo era capaz de pensar en serio que no le perdonaría? Yo le amaba. Lo entendía. En cuanto a convencer a los funcionarios de que ya no era peligroso... bueno, digamos que mi método era todavía un poco difuso, aunque me daba la sensación de que implicaría mucho gritar y mucho aporrear puertas.

Lissa sabía muy bien que yo había presenciado su encuentro con Dimitri, de modo que no se sintió en la obligación de venir a verme, al menos siendo consciente de que aún podría ser útil en el centro médico. Le habían dicho que Adrian casi se había desmayado debido al extenso uso de la magia que había llevado a cabo para ayudar a los demás. Resultaba algo tan inusual en él, tan generoso... había hecho cosas increíbles, y con un gran coste para él.

Adrian.

Había un problema. No había tenido oportunidad de verle después de regresar del enfrentamiento en la nave industrial, y, aparte de haberme enterado de que había estado sanando a otros, la verdad era que no había pensado en él en absoluto. Le había dicho que si realmente se podía salvar a Dimitri, eso no significaba el final entre nosotros dos, y, sin embargo, apenas hacía veinticuatro horas que había vuelto Dimitri y así estaba yo, obsesionada ya c...

—¿Lissa?

A pesar de haber regresado a mi propia mente, una parte de mí iba siguiendo a Lissa sin proponérmelo. Christian estaba de pie ante la puerta del centro médico, apoyado contra la pared. A decir de su postura, parecía que llevase un buen rato esperando a algo, o más bien a alguien.

Lissa se detuvo y, de un modo inexplicable, todos los pensamientos al respecto de Dimitri se desvanecieron de su mente. Eh, venga ya. Yo quería que aquellos arreglaran las cosas, pero ahora no había tiempo para eso. El destino de Dimitri era mucho más importante que ponerse a charlar de coña con Christian.

Sin embargo, no parecía que Christian estuviera en modo socarrón. Miraba a Lissa con una expresión curiosa y preocupada.

—¿Cómo estás? —le preguntó. No habían hablado el uno con el otro desde que regresaron juntos en coche, y durante gran parte de aquel viaje, el comportamiento de ella había sido bastante incoherente.

—Bien —se tocaba la cara de forma despreocupada—. Adrian me ha curado.

—Lo mismo sirve para algo —vale, sí, tal vez Christian estuviese un poco socarrón, pero solo un poco.

—Adrian sirve para muchas cosas —dijo ella, aunque no pudo evitar una pequeña sonrisa—. Se ha dejado el pellejo aquí toda la noche.

—Y tú, ¿qué? Te conozco. Supongo que te pondrías ahí con él en cuanto te dejasen levantarte.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Después de que él me sanase, me fui a ver a Dimitri.

Todo regocijo desapareció del rostro de Christian.

—¿Has hablado con él?

—Sí, lo he hecho. Dos veces ya.

—¿Y?

—¿Y, qué?

—¿Qué pinta tiene?

—De Dimitri —Lissa frunció el ceño de repente y reconsideró sus palabras—. Bueno... no tanto de Dimitri.

—¿Es que todavía le queda algo de strigoi? —Christian se incorporó con un centelleo en sus ojos azules—. Si sigue siendo peligroso, tú no te vas a volver a acercar a...

—¡No! —exclamó ella—. No es peligroso. Y... —retrocedió unos pasos y correspondió a su mirada fulminante— aunque lo fuese, ¡tú no eres quién para decirme lo que puedo o lo que no puedo hacer!

Christian dejó escapar un suspiro teatral.

—Y yo pensando que Rose era la única que se metía en situaciones estúpidas y sin pensar en que pudiesen matarla.

La ira de Lissa se inflamó enseguida, probablemente por haber utilizado tanto el espíritu.

—¡Pues no pusiste ninguna pega para ayudarme a clavarle la estaca a Dimitri! Me enseñaste a hacerlo.

—Eso era diferente. Ya estábamos en una situación bastante mala, y si iban mal las cosas, siempre lo podía incinerar —Christian la observó de la cabeza a los pies. Había algo en su mirada... Algo que iba más allá de una valoración objetiva—. Pero no tuve que hacerlo. Estuviste increíble. Acertaste en el blanco. No sabía si serías capaz, pero lo hiciste... y el fuego... ni te inmutaste, aunque debió de ser horrible...

Había en su voz un temblor mientras hablaba, como si fuese entonces cuando estuviera valorando realmente las consecuencias de cuanto le podía haber sucedido a Lissa. Su preocupación y su admiración hicieron que ella se sonrojase, y bajó la cabeza —el viejo truco— para que los mechones que se le habían escapado de la coleta cayesen hacia delante y le escondiesen la cara. Tampoco había ninguna necesidad de ello, Christian estaba entonces mirando al suelo de manera deliberada.

—Tenía que hacerlo —dijo ella por fin—. Tenía que ver si era posible.

Él levantó la vista.

—Y lo era... ¿verdad? No queda rastro del strigoi, ¿no?

—Nada. Estoy segura, pero nadie se lo cree.

—¿Acaso los puedes culpar? Quiero decir que yo mismo te ayudé con ello y deseaba que fuese cierto... pero no estoy seguro de haber creído alguna vez en serio, de verdad, que alguien pudiese regresar de eso —volvió a apartar la mirada y la dirigió hacia un lilo. Lissa percibía su aroma, pero la expresión distante y atribulada en los ojos de Christian le decía que sus pensamientos no se centraban en la naturaleza. Tampoco estaban en Dimitri. Pensaba en sus padres. ¿Y si hubieran tenido manipuladores del espíritu cuando los Ozzera se transformaron en strigoi? ¿Y si hubiera habido un modo de salvarlos?

Lissa, que no se había imaginado lo mismo que yo, comentó:

—Tampoco yo sé lo que creía, pero en cuanto sucedió, pues... lo supe. Lo sé. No hay nada de strigoi en él. Tengo que ayudarle. Tengo que conseguir que los demás se den cuenta. No puedo permitir que lo dejen encerrado para siempre, o algo peor —conseguir sacar a Dimitri de la nave industrial sin que los guardianes le clavasen una estaca no le resultó a Lissa nada fácil, y sintió entonces un escalofrío al recordar aquellos primeros

segundos tras su transformación, cuando todo el mundo gritaba que había que matarlo.

Christian volvió de nuevo la cabeza y la miró a los ojos con curiosidad.

—¿Qué has querido decir con eso de que tiene pinta de Dimitri pero que no es como Dimitri?

La voz de Lissa registró un leve temblor al hablar.

—Está... triste.

—¿Triste? Pues parece que debería estar feliz de que le hayan salvado.

—No... es que no lo entiendes. Se siente fatal por todo lo que hizo como strigoi. Culpable, deprimido. Se está castigando porque no cree que se le pueda perdonar.

—Me cago en la puta —dijo Christian, que claramente no se lo esperaba. Justo en ese momento, pasaban por allí unas chicas moroi que se escandalizaron ante su juramento y se apresuraron a marcharse entre cuchicheos. Christian no les hizo el menor caso—. Pero si él no lo pudo evitar...

—Lo sé, lo sé. Eso ya se lo he dicho a él.

—Y Rose, ¿puede ayudarle?

—No —dijo Lissa tajante.

Christian aguardó como si esperase que ella se explicara, y se sintió molesto cuando vio que no lo hacía.

—¿Qué quieres decir con que no puede? ¡Ella tendría que poder ayudarnos más que nadie!

—No quiero entrar en eso —mi situación con Dimitri le generaba una gran preocupación. Y ya éramos dos. Lissa se volvió hacia el centro médico, un edificio de aspecto regio, como un castillo por fuera, pero que albergaba en su interior unas instalaciones tan modernas y asépticas como las de cualquier hospital—. Mira, tengo que entrar. Y no me mires de esa manera.

—¿De qué manera? —le preguntó él acercándose unos pasos hacia ella.

—Con esa cara de desaprobación y de cabreo que se te pone cuando no te sales con la tuya.

—¡Yo no pongo esa cara!

—La tienes ahora mismo —dijo Lissa, y se apartó de él, hacia la puerta del centro—. Si quieres oír la historia completa, podemos hablar más

tarde, pero ahora no tengo tiempo... y, la verdad..., tampoco es que me apetezca contarla.

Aquella cara de cabreo —y Lissa andaba en lo cierto, sí que la tenía— mejoró un poco. Casi nervioso, Christian le dijo:

—Muy bien, será después entonces. Y, Lissa...

—¿Mmm?

—Me alegro de que estés bien. Lo que hiciste anoche... ya sabes, fue de verdad increíble.

Lissa se quedó mirándole durante unos densos segundos, y se le aceleró ligeramente el pulso mientras veía cómo una suave ráfaga de viento le alborotaba su pelo oscuro.

—No habría podido hacerlo sin tu ayuda —dijo por fin. Con aquello se dio la vuelta y entró, y yo regresé por completo a mi propia mente.

E igual que antes, me sentía perdida por completo. Lissa estaría ocupada el resto del día, y plantarme en la oficina de los guardianes y ponerme a dar voces no me iba a ayudar a llegar hasta Dimitri. Bueno, supongo que aún tenía la lamentable posibilidad de resultarles tan molesta que me acabasen metiendo a mí también en una celda. Entonces, Dimitri y yo estaríamos pared con pared. Descarté aquel plan de inmediato ante el temor de que solo me sirviese para acabar con más trabajo de archivo.

¿Qué podía hacer? Nada. Necesitaba volver a verle, pero no sabía cómo. Y cómo odiaba no tener un plan. El encuentro de Lissa con Dimitri no me había bastado ni de lejos, y, de todos modos, me parecía importante verle con mis propios ojos, no a través de los de ella. Y aquella tristeza... aquella expresión de absoluta desesperanza. No podía aguantarla. Quería abrazarle, quería decirle que todo iba a ir bien, que le perdonaba y que conseguiríamos que todo fuese como era antes. Podíamos estar juntos tal y como lo habíamos planeado...

Aquel pensamiento hizo que se me saltaran las lágrimas y, a solas con mi frustración y mi inactividad, regresé a mi habitación y me tiré en la cama. Sola, por fin podía dejar de contener los sollozos que llevaba reprimiendo desde la noche anterior. Ni siquiera sabía con absoluta certeza por qué estaba llorando. Por el trauma y la sangre del día antes. Por mi propio corazón hecho trizas. Por el dolor de Dimitri. Por las crueles circunstancias que nos habían arruinado la vida. La verdad es que eran muchas las opciones.

Permanecí en la habitación durante la mayor parte del día, perdida en mi propio dolor y agitación. Reviví el encuentro de Lissa con Dimitri una y otra vez, todo lo que él había dicho y el aspecto que tenía. Perdí la noción del tiempo, e hizo falta que llamasen a la puerta para sacarme de la asfixia de mis propias emociones.

Me apresuré a frotarme los ojos con el brazo y abrí la puerta para encontrarme allí de pie a Adrian.

—Hola —le dije un poco sorprendida por su presencia, por no mencionar la culpa, si tenemos en cuenta que me había estado deprimiendo por otro tío. No estaba lista aún para ver a Adrian, aunque al parecer ya no tenía elección—. ¿Quieres... quieres pasar?

—Ojalá pudiera, mi pequeña dhampir —se diría que tenía prisa, y no que hubiese venido a mantener una charla de pareja—, pero esto no es más que una visita a la carrera para hacerte una invitación.

—¿Una invitación? —le pregunté. Mi cabeza seguía dándole vueltas a Dimitri. *Dimitri*, *Dimitri*, *Dimitri*.

—Una invitación a una fiesta.

Diecinueve

—¿ESTÁS loco? —le pregunté.

Me miró con aquella misma expresión muda que adoptaba siempre que le hacía esa pregunta.

Suspiré y lo volví a intentar de nuevo.

—¿Una fiesta? Eso es pasarse, incluso para ti. ¡Que ha muerto gente! Guardianes, Priscilla Voda —por no hablar de que otra gente acababa de volver de entre los muertos. Probablemente fuese mejor omitir aquella parte —. No es el momento de ponerse hasta arriba y jugar a encestar pelotas de pimpón en vasos de cerveza.

Esperaba que Adrian dijese que siempre era un buen momento para lo de las pelotas de pimpón, pero se mantuvo serio.

—La verdad es que se va a celebrar la fiesta precisamente porque ha muerto gente. Y no es una fiesta de minis de cerveza; tal vez la palabra «fiesta» ni siquiera sea la más apropiada. Es un... —frunció el ceño mientras buscaba un término—. Un evento especial. Para la élite.

—Todas las fiestas de la realeza son elitistas —señalé.

—Claro, pero a esta no está invitada toda la realeza. Es la... digamos la élite de la élite.

Aquello no era de mucha ayuda.

—Adrian...

—No, escúchame —hizo aquel gesto suyo tan familiar que indicaba frustración, pasándose la mano por el pelo—. No es tanto una fiesta como una ceremonia. Una tradición muy, muy antigua de... yo qué sé, de Rumania, creo. Lo llaman Vigilia Funeraria, pero es una forma de honrar a los muertos, un secreto que ha pasado de generación en generación en los linajes más antiguos.

Me vino a la mente el recuerdo de una sociedad secreta y destructiva de St. Vladimir.

—Esto no será ningún rollo tipo Mânã, ¿verdad?

—No, te lo juro. Por favor, Rose. A mí tampoco es que me vaya mucho, pero mi madre me está obligando a ir, y de verdad que me gustaría que estuvieras allí conmigo.

«Élite» y «linaje» eran palabras de advertencia para mí.

—¿Habrá algún otro dhampir?

—No —respondió, y se apresuró a añadir—: pero ya me las he arreglado para que vayan otras personas que sí son de tu aprobación. Será mejor para nosotros dos.

—¿Lissa? —me imaginé. De haber algún linaje con estima, ese era el suyo.

—Sí. Me acabo de encontrar con ella en el centro médico. Su reacción ha sido muy parecida a la tuya.

Aquello me provocó una sonrisa. También despertó mi interés. Quería hablar con ella sobre lo que había sucedido durante su visita a Dimitri, y sabía que ella me había estado evitando por ese motivo. Si el asistir a algún estúpido ritual de la realeza o a lo que fuera que fuese me ayudaba a llegar a ella, pues mejor que mejor.

—¿Quién más?

—Gente que te gustará.

—Perfecto. Conserva el misterio. Iré a la reunión de tu secta.

Aquello me hizo ganarme una sonrisa en respuesta.

—Nada de secta, mi pequeña dhampir. Es realmente una forma de presentar los últimos respetos a los que murieron en esa pelea —extendió el brazo y me pasó la mano por la mejilla—. Y me alegro... Dios, cuánto me alegro de que tú no fueses uno de ellos. No te haces una idea... —se le quebró la voz y le tembló su frívola sonrisa por un segundo antes de volver a estabilizarse—. No te haces una idea de lo preocupado que estaba. Cada minuto que pasaste fuera, cada minuto en que no sabía qué te había ocurrido... fue horrible. E incluso después de enterarme de que estabas bien, seguí preguntándole a todo el mundo en el centro médico lo que sabía. Si te habían visto en la pelea, si te habían herido...

Sentí que se me formaba un nudo en la garganta. No había podido ver a Adrian cuando regresé, pero sí que debería haberle enviado un mensaje, por lo menos. Le cogí la mano con fuerza e intenté hacer alguna broma con algo que no tenía la menor gracia.

—¿Qué te dijeron? ¿Que fui la caña?

—Sí, la verdad es que sí. No podían dejar de hablar de lo increíble que estuviste en la pelea. El rumor de lo que hiciste le llegó también a la tía Tatiana, e incluso ella estaba impresionada.

Guau. Eso sí que era una sorpresa. Empecé a preguntarle más al respecto, pero sus siguientes palabras me hicieron pararme en seco.

—También me han contado que has estado gritando a todo el mundo con tal de enterarte de algo sobre Belikov. Y que esta mañana has estado aporreando las puertas de los guardianes.

Aparté la mirada.

—Ah. Sí, yo... Mira, lo siento, pero es que tenía que...

—Oye, oye —su tono de voz era grave y muy serio—. No te disculpes. Lo entiendo.

Levanté la vista hacia él.

—¿Lo entiendes?

—A ver, tampoco es que no me esperase esto si él volvía.

Le sostuve la mirada con dudas, estudiando la seriedad de su expresión.

—Lo sé. Recuerdo lo que me dijiste...

Asintió y me volvió a sonreír compungido.

—Por supuesto que no me esperaba que esto llegase realmente a funcionar. Lissa ha intentado explicarme la magia que utilizó... pero cielo santo. No creo que yo sea capaz de hacer alguna vez algo como lo que ha hecho ella.

—¿Lo crees? —le pregunté—. ¿Crees que ya no es un strigoi?

—Claro. Lissa me ha dicho que no lo es, y la creo. Además, le he visto al sol desde la distancia, aunque no estoy seguro de que sea una buena idea que intentes verle.

—Son tus celos los que hablan —dije. No tenía ningún derecho de utilizar con él un tono acusador teniendo en cuenta lo embrollado que tenía el corazón con Dimitri.

—Por supuesto que son celos —dijo Adrian con toda la tranquilidad del mundo—. ¿Qué te esperabas? Ha vuelto el antiguo amor de tu vida, y de entre los muertos, nada menos. No es algo que me haga saltar de alegría, pero tampoco te culpo por sentirte confusa.

—Ya te dije que...

—Lo sé, lo sé —Adrian no sonaba particularmente enfadado. Es más, en su voz había un sorprendente tono de paciencia—. Ya sé que dijiste que el hecho de que él volviese no cambiaría las cosas entre nosotros, pero decir algo antes de que suceda y ver que después de verdad sucede son cuestiones distintas.

—¿Adónde quieres ir a parar? —le pregunté, algo confundida.

—Me atraes, Rose —me apretó la mano un poco más fuerte—. Siempre me has atraído. Quiero estar contigo. Me gustaría ser como los demás tíos y decir también que quiero cuidarte, pero bueno... Llegado el momento, es probable que fueras tú quien cuidase de mí.

Me reí contra mi voluntad.

—Hay días en que pienso que tú eres más peligroso que cualquier otro para ti mismo. Hueles a tabaco, ¿sabes?

—Eh, que yo no he dicho nunca, jamás, que sea perfecto. Y te equivocas. Tú eres lo más peligroso que hay en mi vida.

—Adrian...

—Espera —con la otra mano, presionó los dedos sobre mis labios—. Solo escucha. Sería estúpido por mi parte pensar que la vuelta de tu antiguo novio no tuviese ningún efecto en ti. ¿Significa eso que me guste que quieras verle? No, desde luego que no. Es instintivo. Aunque hay más, lo sabes. Creo que sí, que es otra vez un dhampir, absolutamente, pero...

—Pero ¿qué? —las palabras de Adrian me hacían sentir más curiosidad que nunca.

—Pero el hecho de que ya no sea un strigoi no significa por sí solo que eso haya desaparecido de él por completo. Espera —Adrian veía que mis labios se abrían de indignación—. No estoy diciendo que sea alguien malvado o que pretenda hacer algo malo ni nada por el estilo, ahora bien, lo que él ha pasado... es bestial. Épico. La verdad es que no sabemos mucho acerca del proceso de reversión. ¿Qué efectos habrá tenido sobre él esa forma de vida? ¿Hay partes violentas en él que podrían saltar de repente? Eso es lo que me preocupa, Rose. Te conozco. Sé que no lo vas a poder evitar. Tendrás que verle y hablar con él. Pero ¿es seguro? Eso es lo que nadie sabe. No sabemos nada sobre esto. No sabemos si es peligroso.

Christian le había dicho lo mismo a Lissa. Estudié a Adrian con detenimiento. Aquello sonaba como una excusa muy oportuna para mantenernos separados a Dimitri y a mí, y, sin embargo, veía la sinceridad en sus ojos. Lo decía en serio. Le ponía nervioso lo que pudiese hacer Dimitri. Adrian también había sido honesto al respecto de los celos, lo cual era de admirar. No me había dado la orden de no ver a Dimitri ni había intentado dictarme lo que debía hacer. Aquello también me gustó. Alargué la mano y entrelacé mis dedos con los suyos.

—No es peligroso. Es... está triste. Triste por lo que ha hecho. El sentimiento de culpa lo está matando.

—Me lo puedo imaginar. Es probable que yo tampoco me perdonase si de repente me diera cuenta de que me había pasado los últimos cuatro meses matando gente de manera brutal —Adrian me atrajo hacia él y me besó en la cabeza—. Y, por el bien de todos, incluso el suyo propio, de verdad espero que sea exactamente el que era. Tú solo ten cuidado, ¿vale?

—Lo haré —le dije y le di un beso en la mejilla—. Porque yo siempre lo tengo.

Sonrió y me soltó.

—Eso es todo cuanto puedo esperar. De momento, tengo que volver a la casa de mis padres durante un rato. Vendré a por ti a las cuatro, ¿vale?

—Vale. ¿Debería ir vestida de alguna manera especial a esa fiesta secreta?

—Con ropa elegante de vestir basta.

Se me ocurrió algo.

—Si esto es tan elitista y prestigioso, ¿cómo vas a colar a una pobre dhampir como yo?

—Con esto —Adrian alargó la mano hacia una bolsa que había dejado en el suelo al entrar. Me la entregó.

Abrí la bolsa con curiosidad y se me escapó un grito ahogado ante lo que vi. Era una máscara que cubría la mitad superior del rostro, alrededor de los ojos. Estaba labrada de un modo intrincado, con hojas verdes y doradas y con flores enjoyadas.

—¿Una máscara? —exclamé—. ¿Es que vamos a ir con máscaras? ¿Esto qué es, Halloween?

Me guiñó un ojo.

—Te veo a las cuatro.

En realidad, no nos pusimos las máscaras hasta que llegamos a la Vigilia Funeraria. Como parte del secreto de todo aquello, Adrian había dicho que no debíamos llamar la atención mientras nos dirigíamos hacia allá, de manera que atravesamos muy arreglados los jardines de la corte —yo vestía el mismo atuendo que me puse para la cena en casa de sus padres— pero no levantamos más revuelo que el habitual cuando estábamos juntos. Además, era tarde, y gran parte de la corte se preparaba ya para acostarse.

Me sorprendió nuestro destino. Se trataba de uno de los edificios en que vivían los trabajadores de la corte que no pertenecían a la realeza, un edificio muy cercano al de Mia. Bien, supongo que el último sitio donde te

esperarías encontrar una fiesta de la realeza sería en casa de alguien del pueblo llano. Excepto que tampoco entramos en ninguno de los apartamentos. En cuanto pusimos el pie en el vestíbulo del edificio, Adrian me indicó que debíamos ponernos las máscaras. Entonces me condujo hacia lo que parecía ser un cuarto de mantenimiento.

No lo era. En lugar de eso, la puerta daba paso a unas escaleras que descendían en la oscuridad. No veía el fondo, lo cual me ponía en estado de alerta. Por instinto, siempre quería conocer los detalles de cada situación a la que me enfrentaba. Adrian parecía tranquilo y confiado mientras bajábamos, así que tuve que asumir a base de fe que no me estaba llevando a algún altar sacrificial. Odiaba reconocerlo, pero la curiosidad al respecto de aquella Vigilia Funeraria estaba quitándome a Dimitri de la cabeza de manera temporal.

Adrian y yo acabamos llegando a otra puerta, y en esta había dos guardias. Ambos hombres eran moroi, y ambos llevaban máscaras como Adrian y como yo. Su pose era tensa y defensiva. No dijeron nada y se limitaron a mirarnos con expresión expectante. Adrian pronunció unas palabras que sonaban a rumano y, un segundo después, uno de los hombres nos abrió la puerta y nos hizo un gesto para que pasásemos.

—¿Una contraseña secreta? —murmuré a Adrian cuando pasamos.

—Contraseñas, en realidad. Una para ti y otra para mí. Cada invitado tiene una contraseña única.

Nos adentramos en un túnel estrecho e iluminado tan solo por unas antorchas empotradas en los muros. Sus llamas danzarinas proyectaban unas sombras extravagantes al pasar. Nos llegaba el murmullo grave de las conversaciones desde la larga distancia que teníamos por delante. Era un sonido sorprendentemente normal, como el de cualquier conversación que escucharías en una fiesta. Tal y como Adrian me lo había descrito, casi me esperaba oír cánticos o tam-tams.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Lo sabía. Tienen una mazmorra medieval debajo de la corte. Me sorprende que no haya cadenas en las paredes.

—¿Tienes miedo? —bromeó Adrian cogiéndome la mano.

—¿De esto? Lo dudo. A ver, en la Escala de Miedo de Hathaway, esto apenas llega a...

Salimos del pasillo antes de que pudiese finalizar. Ante nosotros se extendía una sala enorme con techos abovedados, algo que paralizó la

limitada capacidad espacial de mi cerebro al intentar recordar a cuánta profundidad habíamos llegado. Unas lámparas de araña de hierro forjado colgaban del techo con velas encendidas y proyectaban la misma luz fantasmal que las antorchas del pasillo. Los muros eran de piedra, pero de una piedra muy bonita, con gusto: gris con un moteado rojo y pulida en fragmentos redondeados y suaves. Alguien había querido preservar el aire de una mazmorra del Viejo Mundo y al tiempo darle un poco de estilo a aquel lugar. La típica forma de pensar de la realeza.

Unas cincuenta personas pululaban por la estancia, algunas de ellas apiñadas en grupos. Como Adrian y como yo, todos iban vestidos de gala y llevaban medias máscaras, todas ellas diferentes. Algunas tenían motivos florales como la mía, otras iban decoradas con animales. Otras lucían simples volutas o diseños geométricos. Aunque los antifaces solo cubrían los rostros de manera parcial, la débil luz ayudaba mucho a la hora de ocultar cualquier rasgo identificativo. Los estudié con mucho detenimiento con la esperanza de captar algún detalle que delatase a alguien.

Adrian me apartó de la entrada y me condujo hacia un rincón. Al ampliarse mi perspectiva del lugar, pude ver que en el centro de la sala había un foso para una pira, excavado en el suelo de piedra. Ninguna hoguera ardía en él, pero todo el mundo se mantenía bien apartado. Tuve por un instante el fogonazo desorientador de un *déjà vu*, al recordar mi época en Siberia. Allí también había asistido a una especie de ceremonia funeraria —aunque, desde luego, no con antifaces y contraseñas— en la que todo el mundo se sentó alrededor de un fuego al aire libre. Había sido en honor de Dimitri, con todos los que le querían allí sentados y contando historias sobre él.

Intenté conseguir una mejor perspectiva del foso, pero Adrian estaba decidido a que permaneciésemos detrás del grueso del gentío.

—No llames la atención —me advirtió.

—Solo estaba mirando.

—Ya, pero cualquiera que se fije demasiado se va a dar cuenta de que eres la persona de menor estatura que hay aquí. Va a ser bastante obvio que eres una dhampir. Élite de rancio abolengo, ¿recuerdas?

Le fruncí el ceño tanto como pude a través de la máscara.

—Creía que habías dicho que te las habías arreglado para que yo viniera —solté un gruñido ante la ausencia de una respuesta por su parte—.

¿Acaso «arreglártelas» significa colarme por las buenas? Si es así, esos tíos de la puerta son una mierda de seguridad.

Adrian soltó un bufido.

—Oye, teníamos las contraseñas correctas. Eso era todo lo necesario. Se las he mangado, mmm, cogido prestadas de la lista de mi madre.

—¿Es tu madre una de las organizadoras de esto?

—Sí. Su rama de la familia Tarus lleva siglos muy metida dentro de este grupo. Al parecer, celebraron aquí una gran ceremonia después del ataque a la academia.

Le di vueltas a todo aquello en mi cabeza, mientras trataba de decidir cómo me sentía. Odiaba cuando la gente se obsesionaba con el estatus y las apariencias, y aun así resultaba difícil culparlos por querer honrar a los que habían muerto, en especial cuando la mayoría de ellos eran dhampir. El ataque de los strigoi a St. Vladimir era un recuerdo que me perseguiría siempre. Una sensación familiar me inundó antes de llegar a tener la oportunidad de pensarlo demasiado.

—Lissa está aquí —dije, mirando a mi alrededor. Podía sentirla cerca, pero no la localicé de inmediato en aquel océano de máscaras y de sombras —. Allí.

Se encontraba apartada de los demás. Llevaba un vestido en tonos rosáceos y un antifaz en blanco y oro con cisnes. Sentí a través del vínculo que estaba buscando a alguien conocido. Arranqué hacia ella de manera impulsiva, pero Adrian me retuvo y me dijo que aguardase hasta que él fuese a buscarla.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Lissa cuando llegó hasta mí.

—Imaginaba que tú lo sabrías —le dije—. Es alto secreto de la realeza.

—También es alto secreto para mí —dijo ella—. A mí me ha invitado la reina. Me dijo que era parte de mi patrimonio y que me lo guardase para mí, y después vino Adrian a contarme que tenía que estar aquí por ti.

—¿Te ha invitado la reina directamente? —exclamé. Tal vez no debería haberme sorprendido. A Lissa no le habría hecho falta colarse como a mí. Me pareció lógico que alguien se asegurase de que estaba entre los invitados, pero había asumido que todo aquello era cosa de Adrian. Miré a mi alrededor con inquietud—. ¿Está aquí Tatiana?

—Es probable —dijo Adrian con una tranquilidad exasperante. Como siempre, la presencia de su tía no tenía el mismo impacto en él que en el

resto de nosotros—. Eh, mirad. Allí está Christian, con el antifaz de las llamas.

No sabía cómo Adrian había localizado a Christian, aparte de la nada sutil alegoría de su máscara. Con su altura y su pelo oscuro, Christian pasaba desapercibido con facilidad entre los demás moroi que le rodeaban, e incluso estaba charlando con una chica que tenía cerca, algo que no le pegaba nada.

—Este no ha recibido una invitación real ni de coña —dije yo. De haber algún miembro de la familia Ozzera al que se considerase tan especial como para venir a esto, desde luego que Christian no sería uno de ellos.

—No lo ha hecho —reconoció Adrian, que le hacía un leve gesto a Christian para que se uniese a nosotros—. Le he dado una de las contraseñas que le he cogido a mi madre.

Me quedé mirando a Adrian con cara de estupefacción.

—¿Cuántas has robado?

—Las suficientes para...

—Prestemos atención.

La voz estruendosa de un hombre resonó por la sala y detuvo en seco tanto las palabras de Adrian como los pasos de Christian, que, con un mohín, regresó al sitio que ocupaba antes, lejos de nosotros, al otro lado de la estancia. Parecía que al final no me iban a dar la oportunidad de hablar con Lissa sobre Dimitri.

Sin indicación de ningún tipo, los demás presentes en la sala comenzaron a formar un círculo alrededor del foso de la pira. La sala no era tan grande como para que nos dispusiéramos en una sola fila, así que pude permanecer detrás de otros moroi mientras presenciaba el espectáculo. Lissa estaba a mi lado, pero su atención se encontraba fija en el otro extremo del salón, en Christian. Le contrariaba que no hubiese podido unirse a nosotros.

—Hemos venido esta noche para honrar el espíritu de quienes han muerto combatiendo el gran mal que nos asola desde antaño —hablaba el mismo hombre que había reclamado nuestra atención. Unas volutas de plata brillaban en su máscara negra. No se trataba de nadie en especial que yo reconociese. Probablemente acertase si asumía que era alguien de un linaje importante que daba la casualidad de que tenía una buena voz para atraer a la gente. Adrian me lo confirmó.

—Es Anthony Badica. Siempre recurren a él para que haga de maestro de ceremonias.

En ese momento, Anthony parecía más un líder religioso que un presentador, pero tampoco quise responder y llamar la atención de nadie.

—Los honramos esta noche —prosiguió Anthony.

Di un respingo cuando prácticamente todo el mundo repitió aquellas palabras. Lissa y yo nos miramos con cara de perplejidad. Al parecer había un guion del que nadie nos había hablado.

—Sus vidas nos han sido arrebatadas demasiado pronto —continuó Anthony.

—Los honramos esta noche.

Vale, tal vez el guion no fuese demasiado difícil de seguir al fin y al cabo. Anthony continuó hablando sobre lo terrible de aquella tragedia, y nosotros repitiendo la misma respuesta. Todo aquello de la Vigilia Funeraria me tenía estupefacta, pero la tristeza de Lissa comenzó a filtrarse por el vínculo y a afectarme a mí también. Priscilla siempre se había portado bien con ella —y era correcta conmigo—. Grant solo había sido el guardián de Lissa por un breve espacio de tiempo, pero la había protegido y la había ayudado. Es más, de no ser por el trabajo que Grant hizo con Lissa, quizá Dimitri todavía fuese un strigoi. Así que, lentamente, la gravedad de todo aquello empezó a afectarme, y, por mucho que yo pensase que había mejores formas de llorar una muerte, agradecía el reconocimiento que se estaba otorgando a los caídos.

Después de algunas frases más, Anthony hizo un gesto a alguien para que se acercase. Una mujer con una máscara en un brillante verde esmeralda salió al frente con una antorcha. Adrian se movió a mi lado.

—Mi adorada madre —murmuró.

Desde luego que sí. Ahora que me lo había indicado él, pude distinguir con claridad los rasgos de Daniella. Lanzó la antorcha al foso de la pira, que se encendió como si fuese el Cuatro de Julio. Alguien debía de haber rociado aquellos troncos con gasolina, o con vodka ruso. Tal vez con ambas cosas. No era de extrañar que los invitados se hubieran mantenido a distancia. Daniella desapareció entre la multitud, y surgió otra mujer que llevaba una bandeja con cálices dorados. Caminando alrededor del círculo, fue entregándole una copa a cada uno de los presentes. Cuando se le acabaron, apareció otra mujer con otra bandeja.

Mientras distribuían los cálices, nos explicó Anthony:

—Ahora brindaremos y beberemos por los muertos, para que sus espíritus partan y hallen la paz.

Me moví inquieta. La gente hablaba de espíritus sin descanso y de que los muertos hallasen la paz sin saber realmente de qué estaban hablando.

Ser bendecida por la sombra llevaba consigo la capacidad de ver a los muertos que no tenían descanso, algo que me había llevado mucho tiempo controlar para no verlos. Siempre estaban a mi alrededor, y me costaba lo mío cerrarles el paso. Me preguntaba qué vería ahora si dejara caer mis murallas de protección. ¿Se estarían paseando entre nosotros los fantasmas de los que habían muerto en la noche del ataque de Dimitri?

Adrian olfateó su copa en cuanto se la dieron y soltó un bufido. Por un segundo, me entró el pánico hasta que olfateé yo también la mía.

—Vino, gracias a Dios —le susurré—. Por la cara que has puesto, he pensado que era sangre —recordé lo mucho que odiaba la sangre que no cataba directa de su origen.

—Bah —murmuró él—. La cosecha es mala.

Cuando todo el mundo tuvo su vino, Anthony alzó la copa sobre la cabeza con ambas manos. El fuego a su espalda le daba un aspecto casi siniestro, sobrenatural.

—Bebemos por Priscilla Voda —dijo.

—Por Priscilla Voda —repitió todo el mundo.

Anthony bajó el cáliz y bebió un pequeño sorbo. Lo mismo hicieron todos los demás... bueno, excepto Adrian. Él se bebió media copa de un trago, fuera de mala cosecha o no.

Anthony volvió a alzar el cáliz sobre la cabeza.

—Bebemos por James Wilket.

Mientras iba repitiendo sus palabras, me di cuenta de que James Wilket era uno de los guardianes de Priscilla. Aquel grupo de colgados de la realeza estaba de verdad mostrando respeto hacia los dhampir. Fuimos pasando por los demás guardianes, uno por uno, y me mantuve fiel a los sorbitos con tal de mantener la cabeza en su sitio aquella noche. Estaba bastante segura de que, llegados al final de la lista de nombres, Adrian fingiría sus tragos al haberse quedado sin vino.

Cuando Anthony terminó de nombrar a todos los que habían muerto, volvió a alzar la copa y se acercó a las llamas, que ya habían empezado a caldear la estancia de manera incómoda. La espalda del vestido se me estaba empapando de sudor.

—Por todos los caídos a manos del gran mal, honramos vuestros espíritus y albergamos la esperanza de que partan en paz al otro mundo —dijo Anthony y vació el resto de su vino en las llamas.

Toda aquella charla de los espíritus que permanecen en el mundo desde luego que no encajaba con la habitual creencia cristiana en la otra vida que dominaba la religión de los moroi. Eso hizo que me preguntase por la verdadera antigüedad de aquella ceremonia. Una vez más, estuve tentada de bajar mis defensas y ver si algo de todo aquello había atraído a algún fantasma hacia nosotros, pero sentí miedo de lo que descubriría. Además, enseguida me distraje cuando todos los otros en el círculo comenzaron a verter sus copas de vino en el fuego también. Uno por uno, en el sentido de las agujas del reloj, todos los presentes se fueron acercando. Todo permanecía en silencio mientras esto sucedía, a excepción del crepitar de la pira y el movimiento de algún tronco. Todo el mundo observaba respetuoso.

Llegado mi turno, tuve que hacer un enorme esfuerzo por no echarme a temblar. No se me había olvidado que Adrian me había colado allí dentro. Si a los moroi comunes no se les permitía el acceso, de los dhampir mejor no hablar. ¿Qué harían? ¿Declararían profanado aquel lugar? ¿Me lincharían? ¿Me tirarían al fuego?

Quedó demostrado que mis temores eran infundados. Nadie hizo ni dijo nada inusual cuando vertí mi vino en el fuego, y, un instante después, Adrian avanzó para tomar su turno. Volví a desaparecer en la parte de atrás, junto a Lissa. Una vez hubo terminado todo el círculo, nos invitaron a guardar un momento de silencio por los difuntos. Al haber presenciado el secuestro de Lissa y su posterior rescate, tenía muchos fallecidos sobre los que reflexionar. Ningún silencio, por muy largo que fuese, les haría jamás justicia.

Fue como si se extendiese otra señal muda por la sala, el círculo se dispersó y se relajó la tensión. La gente volvió a reunirse en pequeños grupos de conversación, exactamente igual que en cualquier otra fiesta, aunque vi lágrimas en algunos rostros.

—Mucha gente debía de apreciar a Priscilla —observé.

Adrian se volvió hacia una mesa que de manera misteriosa habían dispuesto durante la ceremonia. La habían colocado contra la pared del fondo, y estaba repleta de fruta, queso y más vino. Como es natural, él se sirvió una copa.

—No todos están llorando por ella —dijo Adrian.

—Me resulta difícil creer que estén llorando por los dhampir —señalé —. Ninguno de los presentes los conocía siquiera.

—Eso no es cierto —me dijo él.

Lissa captó rápidamente a qué se refería.

—La mayor parte de los que fueron al rescate serían guardianes asignados a algunos moroi. No podían ser todos guardianes de la corte.

Me di cuenta de que tenía razón. Había muchísima gente con nosotros en la nave industrial. No cabía duda de que muchos de aquellos moroi habían perdido guardianes con los que habrían mantenido alguna relación de proximidad. A pesar del desdén que yo solía sentir por aquel tipo de realeza, sabía que era probable que algunos hubiesen trabado amistad o se hubiesen sentido unidos de alguna forma a sus guardaespaldas.

—Qué fiesta más penosa —dijo una voz de repente. Nos giramos y vimos que Christian por fin se había abierto paso hasta nosotros—. No tengo muy claro si se suponía que era un funeral o si estábamos invocando al diablo. Ha sido un torpe intento de ambas cosas, diría yo.

—Para ya —le dije, y me sorprendí a mí misma—. Esa gente murió anoche por ti. Sea lo que sea esto, no deja de hacerse por respeto hacia ellos.

El semblante de Christian se volvió sobrio.

—Tienes razón.

A mi lado, sentí que Lissa se iluminaba por dentro al verle. Los horrores de su trance los habían unido, y recordé los momentos de ternura que compartieron ambos en el viaje de vuelta. Ella le ofreció una mirada cariñosa y recibió en respuesta una sonrisa vacilante. Tal vez saliese algo bueno de todo cuanto había sucedido. Tal vez fuesen capaces de arreglar sus problemas.

O tal vez no.

Adrian sonrió de oreja a oreja.

—Eh, me alegro de que hayas podido venir.

Por un instante, creí que se estaba dirigiendo a Christian, pero me fijé y vi que se había unido a nosotros una chica con un antifaz de pavo real. Con tanta gente y tanta máscara, no me había dado cuenta de que se mantenía a propósito muy cerca de nosotros. La estudié y no vi más que unos ojos azules y unos rizos dorados antes de reconocerla por fin. Mia.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté.

Sonrió.

—Adrian me ha conseguido una contraseña.

—Parece que Adrian ha conseguido contraseñas para más de la mitad de la fiesta.

Se mostró muy satisfecho consigo mismo.

—¿Lo ves? —se dirigió a mí con una sonrisa—. Te he dicho que me encargaría de que te mereciese la pena venir. Tenemos aquí a toda la banda. Prácticamente.

—Esto es de lo más raro que he visto en mi vida —dijo Mia echando un vistazo a su alrededor—. No veo por qué tiene que ser un secreto el hecho de considerar unos héroes a esos a los que han matado. ¿Por qué no pueden esperar al funeral conjunto?

Adrian hizo un gesto de indiferencia.

—Ya te lo dije, es una ceremonia ancestral, una reliquia de la madre patria, y esta gente lo considera importante. Por lo que yo sé, antes era mucho más compleja. Esta es la versión modernizada.

Me percaté entonces de que Lissa no había dicho una palabra desde que vimos que Christian había venido con Mia. Me abrí al vínculo y percibí una oleada de celos y rencor. Yo seguía pensando que Mia sería una de las últimas personas con quien Christian se liaría (vale, me costaba imaginarme a Christian liado con nadie. Su encuentro con Lissa había sido monumental). Sin embargo, Lissa no era capaz de verlo. Todo cuanto veía era que Christian no dejaba de quedar con otras chicas. Conforme prosiguió nuestra conversación, la actitud de Lissa fue tornándose cada vez más gélida, y las miradas afectuosas que él le lanzaba comenzaron a desvanecerse.

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó Mia, ajena al drama que se desarrollaba en torno a ella—. ¿Dimitri de verdad... ha vuelto?

Lissa y yo intercambiamos una mirada.

—Sí —dije con firmeza—. Es un dhampir, pero nadie se lo cree todavía, porque son unos idiotas.

—Acaba de suceder, mi pequeña dhampir —el tono de Adrian era amable, aunque estaba claro que el tema le incomodaba a él también—. No puedes esperar que todo el mundo lo acepte así, por las buenas.

—Pero sí que son unos idiotas —dijo Lissa con agresividad—. Cualquiera que hable con él puede ver que ya no es un strigoi. Estoy presionando para que le dejen salir de la celda para que la gente lo pueda ver con sus propios ojos.

Ojalá hubiese presionado con un poco más de fuerza para que yo pudiese llegar a ver a Dimitri, pero ese no era el momento de hablar de aquello. Eché un vistazo al salón y me pregunté si a algunas de aquellas personas les costaría aceptar a Dimitri por su participación en las muertes de sus seres queridos.

No había tenido el control sobre sí mismo, pero aquello no bastaba para devolver a la vida a los muertos.

Aún incómoda con Christian, Lissa se estaba empezando a inquietar. Quería marcharse e ir a ver a Dimitri.

—¿Cuánto tiempo nos tenemos que quedar aquí? ¿Hay algo más que...?

—¿Quién demonios eres tú?

Nuestro reducido grupo se volvió al unísono y se encontró a Anthony junto a nosotros. Teniendo en cuenta que la mayoría nos habíamos colado allí, podría estar dirigiéndose a cualquiera. Sin embargo, considerando dónde tenía fija la mirada, no había ninguna duda de a quién se refería.

Se estaba dirigiendo a mí.

Veinte

—¡TÚ no eres moroi! —continuó Anthony. No estaba gritando, pero desde luego que había llamado la atención de los que teníamos cerca—. Tú eres Rose Hathaway, ¿verdad? Cómo os atrevéis tú y tu sangre impura a invadir la santidad de nuestra...

—Ya es suficiente —dijo de pronto una voz altanera—. Ya me encargo yo de esto.

Aun con el rostro cubierto, aquella voz resultaba inconfundible. Tatiana se situó junto a aquel tío. Llevaba un antifaz de flores plateadas y un vestido gris de manga larga. Es probable que la hubiese visto antes entre la multitud y ni siquiera me hubiese dado cuenta. Había permanecido oculta entre el resto de la gente hasta que intervino.

Todo el salón guardaba ahora silencio. Daniella Ivashkov se acercó a toda prisa detrás de Tatiana, con los ojos muy abiertos tras su máscara cuando me reconoció.

—Adrian... —comenzó a decir.

Pero Tatiana estaba al frente de la situación.

—Ven conmigo.

Era indudable que la orden iba dirigida a mí y que la obedecería. Se dio la vuelta y caminó con rapidez hacia la entrada del salón. Me apresuré detrás de ella, igual que Adrian y Daniella.

En cuanto nos encontramos en el pasillo iluminado por las antorchas, Daniella se volvió hacia Adrian.

—¿En qué estabas pensando? Sabes que no me importa que traigas a Rose a ciertos eventos, pero esto es...

—Inadecuado —dijo Tatiana con esmero—. Aunque tal vez sea conveniente que un dhampir vea cuán respetados son los sacrificios de los suyos.

Aquello nos sumergió en un momento de silencio. Daniella fue la primera en recuperarse.

—Sí, pero la tradición dicta que...

Tatiana la volvió a interrumpir.

—Conozco bien la tradición. Constituye una grave violación de la etiqueta, pero el hecho de que Rosemarie esté aquí no echa por tierra

nuestras intenciones, ni mucho menos. Perder a Priscilla... —Tatiana no se atragantó, exactamente, pero sí que perdió parte de su habitual compostura. No me imaginaba que alguien como ella tuviese una amiga íntima, pero Priscilla lo había sido en gran medida. ¿Cómo me comportaría yo si perdiera a Lissa? No tan controlada, desde luego—. Perder a Priscilla es algo que sentiré durante mucho, mucho tiempo —consiguió decir por fin. Su atenta mirada se fijaba en mí—. Y espero que de verdad entiendas lo mucho que os necesitamos y os valoramos a ti y a los demás guardianes. Sé que a veces los de tu raza os sentís subestimados. No se os subestima. Los que han muerto han dejado un vacío enorme en nuestras filas, un vacío que nos deja aún más indefensos, de un modo que estoy segura de que tú ya conoces.

Asentí aún sorprendida de que Tatiana no me estuviese echando de allí a grito limpio.

—Es una pérdida enorme —le dije—. Y empeora la situación, porque es nuestro número reducido lo que nos golpea la mitad de las veces... en especial cuando los strigoi forman grupos grandes. No siempre somos capaces de igualar eso.

Tatiana hizo un gesto de asentimiento, al parecer gratamente sorprendida de que estuviéramos de acuerdo en algo. Pues ya éramos dos.

—Sabía que lo entenderías. No obstante... —se volvió hacia Adrian—. Tú no deberías haber hecho esto. En el decoro hay algunas líneas que hay que respetar.

Adrian estaba sorprendentemente dócil.

—Lo siento, tía Tatiana. Solo pensé que era algo que Rose debía presenciar.

—Esto te lo guardarás para ti, ¿verdad? —me preguntó Daniella, volviéndose hacia mí—. Muchos de los invitados son muy, muy conservadores. No querrían que esto saliese de aquí.

¿El qué? ¿Que se ponen disfraces y se reúnen alrededor del fuego? Ya te digo que entendía que quisieran mantenerlo en secreto.

—No se lo diré a nadie —les aseguré.

—Bien. Ahora, deberías marcharte antes de que... ¿No es ese Christian Ozzera? —los ojos de Tatiana habían regresado hacia el salón lleno de gente.

—Sí —dijimos Adrian y yo.

—No tiene invitación —exclamó Daniella—. ¿Es esto culpa tuya, también?

—No es tanto culpa mía como de mi genialidad —dijo Adrian.

—Mientras que se comporte, dudo que nadie se fije —dijo Tatiana con un suspiro—. Y estoy segura de que está dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad de charlar con Vasilisa.

—Oh —dije sin pensar—. Esa no es Lissa.

En realidad, Lissa le estaba dando la espalda a Christian y charlaba con otra persona sin dejar de lanzar miradas de ansiedad hacia mí a través de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Tatiana.

Mierda.

—Es, mmm, Mia Rinaldi. Una amiga nuestra de St. Vladimir —casi me había planteado mentirle y darle el nombre de una familia real. Algunas eran tan extensas que resultaba imposible seguirle la pista a todo el mundo.

—Rinaldi —Tatiana frunció el ceño—. Creo que conozco a alguien con ese nombre entre el servicio.

Me quedé bastante impresionada de que conociese a la gente que trabajaba para ella. Una vez más, cambió mi opinión sobre la reina.

—¿El servicio? —preguntó Daniella a su hijo con una mirada de advertencia—. ¿Alguien más de quien deba estar al tanto?

—No. De haber tenido más tiempo, probablemente me hubiera traído también a Eddie. Qué demonios, incluso a la Lolita.

Daniella parecía escandalizada.

—¿Acabas de decir «la Lolita»?

—No es más que una broma —me apresuré a decir con tal de no empeorar la situación. Me temía la respuesta de Adrian—. Es como llamamos a veces a nuestra amiga Jill Mastrano.

No me dio la sensación de que Tatiana ni Daniella pensasen que aquello era una broma ni por asomo.

—Bueno, nadie parece darse cuenta de que este no es su sitio —dijo Daniella con un gesto de la barbilla hacia Christian y Mia—, aunque no cabe duda de que los cotilleos se van a cebar con cómo Rose ha interrumpido el evento.

—Lo siento —dije sintiéndome mal por haberle creado un problema.

—Nada que hacer al respecto, por el momento —dijo Tatiana con cautela—. Deberías marcharte ahora para que todo el mundo piense que te

has llevado una severa reprimenda. Adrian, tú vuelves con nosotras y te aseguras de que tus otros «invitados» no llamen la atención. Y *no* vuelvas a hacer algo como esto.

—No lo haré —dijo de un modo casi convincente.

Los tres comenzaron a alejarse y me dejaron para que me quitase de en medio, pero Tatiana se detuvo y miró hacia atrás.

—Haya sido incorrecto o no, que no se te olvide lo que has visto aquí. Necesitamos realmente a los guardianes.

Asentí, y me invadió una oleada de orgullo por su reconocimiento. Acto seguido, los tres regresaron al salón. Me quedé mirándolos con cara de nostalgia. Cómo odiaba que todos los de allí dentro pensaran que me habían echado, castigada. Teniendo en cuenta que podía haber salido mucho peor parada, decidí dar gracias por cómo había ido. Sin nada ya que ocultar, me quité el antifaz y me di el paseo escaleras arriba y hacia el exterior.

No había llegado muy lejos cuando alguien me salió al paso, justo delante de mí. El hecho de que casi doy un bote en el sitio de varios metros de altura era una señal de mi preocupación.

—Mikhail —exclamé—. Me acabas de dar un susto de muerte. ¿Qué estás haciendo aquí fuera?

—La verdad es que te estaba buscando —tenía una expresión de inquietud, de nervios—. Me he pasado hace un rato por tu edificio, pero no estabas.

—Sí, estaba en el Baile de Máscaras de los Condenados —le dije, y él se me quedó mirando con cara de perplejidad—. Olvídalo. ¿Qué pasa?

—Creo que podríamos tener una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué?

—Me han dicho que hoy has intentado ver a Dimitri.

Ah, claro, el tema al que sin duda estaba deseando darle más vueltas.

—Ya. Hablar de «intentar» es bastante generoso. Él no quiere verme, con independencia del ejército de guardianes que me lo impide.

Mikhail se movió incómodo, mirando a su alrededor como un animal asustado.

—Por eso he venido a buscarte.

—Mira, de verdad que no te sigo con todo esto —y también me estaba empezando a doler la cabeza a causa del vino.

Mikhail respiró hondo.

—Creo que te puedo colar para que le veas.

Me quedé esperando un segundo, preguntándome si a continuación vendría el chiste o si tal vez todo aquello fuese una alucinación producto de mis emociones alteradas. Pues no. El semblante de Mikhail no podía ser más serio, y, aunque no le conocía todavía muy bien, sí le conocía lo suficiente como para apreciar que no era muy bromista.

—¿Cómo? —le pregunté—. Ya lo he intentado y...

Mikhail me hizo un gesto para que le siguiese.

—Vamos, yo te lo explico. No tenemos mucho tiempo.

No tenía la menor intención de malgastar la oportunidad, y me apresuré a seguirle.

—¿Es que ha pasado algo? —le pregunté en cuanto cogí el paso de su superior zancada—. ¿Es que ha... ha preguntado por mí? —eso era más de lo que yo me atrevía a esperar. El hecho de que Mikhail hubiese utilizado el verbo «colar» no respaldaba aquella posibilidad de ninguna manera.

—Le han rebajado la guardia —me explicó Mikhail.

—¿En serio? ¿Cuántos? —allí abajo había una docena de guardianes cuando Lissa le visitó, incluida su escolta. Si habían entrado en razón y se habían dado cuenta de que solo necesitaban un tío o dos con Dimitri, aquello sería una buena señal de que todo el mundo estaba aceptando que ya no era un strigoi.

—Se la han bajado a unos cinco.

—Ya —no era fantástico. Tampoco era horrible—. Me imagino que eso significa que están un poco más cerca de creer que ya no es peligroso.

Mikhail se encogió de hombros sin apartar la vista del sendero que teníamos por delante. Había llovido durante la Vigilia Funeraria, y el ambiente, húmedo aún, se había refrescado un poco.

—Algunos de los guardianes lo creen, pero será necesario un Real Decreto del Consejo para que declaren de manera oficial qué es.

Casi me paro en seco.

—*¿Declarar qué es?* —exclamé—. ¡No es ningún «qué»! Es una persona. Un dhampir como nosotros.

—Ya lo sé, pero no está en nuestras manos.

—Tienes razón, lo siento —dije entre gruñidos. No tenía ningún sentido matar al mensajero—. Bueno, espero que muevan el culo y tomen pronto una decisión —el silencio que vino a continuación fue la mar de elocuente—. ¿Qué? ¿Qué es lo que no me estás contando? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Corre el rumor de que se está debatiendo en el Consejo algo muy gordo, algo que tiene prioridad.

Aquello también me llenó de ira. ¿Qué diantre podía tener preferencia sobre Dimitri? «Calma Rose. Mantén la calma. Concéntrate. No permitas que la oscuridad lo empeore todo». Siempre tenía que hacer un esfuerzo para mantenerla enterrada, aunque solía explotar en momentos de estrés. ¿Aquel momento? Sí, desde luego que era bastante estresante. Regresé al tema en cuestión.

Llegamos al edificio de los calabozos y subí los escalones de dos en dos.

—Aunque le hayan rebajado la guardia a Dimitri, aun así no me dejarán pasar. Los que queden sabrán que tengo órdenes de mantenerme alejada.

—Un amigo mío está de guardia en el mostrador ahora mismo. No dispondremos de mucho tiempo, pero él le dirá a los guardianes de la zona de los calabozos que te han autorizado a bajar.

Mikhail estaba a punto de abrir la puerta, y yo le detuve poniéndole una mano en el brazo.

—¿Por qué estás haciendo esto por mí? Tal vez Dimitri no sea de gran importancia para el Consejo Moroi, pero sí lo es para los guardianes. Podrías meterte en un lío enorme.

Bajó la vista hacia mí, de nuevo con aquella media sonrisa de amargura.

—¿Hace falta que te lo diga?

Lo pensé.

—No —dije en voz baja.

—Cuando perdí a Sonya... —Mikhail cerró los ojos por un instante y, cuando los volvió a abrir, su mirada parecía dirigirse al pasado—. Cuando la perdí, no deseaba seguir viviendo. Era una buena persona, en serio. Se convirtió en strigoi a causa de la desesperación; no vio ninguna otra manera de salvarse del espíritu. Yo lo habría dado todo, lo que fuese, por una oportunidad de prestarle ayuda, de arreglar las cosas entre nosotros. No sé si ella y yo dispondremos alguna vez de esa posibilidad, pero tú sí que la tienes ahora mismo, y no puedo permitir que la pierdas.

Y, así, abrió la puerta y entramos. En efecto, había un guardián distinto de servicio. Tal y como había dicho Mikhail, aquel tío llamó abajo para decirle a los guardianes de los calabozos que Dimitri tenía una visita. El

amigo de Mikhail parecía increíblemente nervioso con todo aquello, lo cual resultaba comprensible. Aun así, estaba dispuesto a ayudar. Era increíble, pensé, lo que podían hacer los amigos los unos por los otros. Aquel último par de semanas era una prueba irrefutable de ello.

Justo igual que en la visita de Lissa, aparecieron dos guardianes para escoltarme abajo. Los reconocí de cuando lo vi todo a través de ella, y se diría que ellos se sorprendieron al verme. Si oyeron cómo Dimitri afirmaba categóricamente que no quería que yo fuese a verle, mi presencia allí sí que debió de sorprenderlos. Sin embargo, hasta donde ellos sabían, alguien de arriba me había permitido ir, de manera que no hicieron preguntas.

Mikhail nos siguió mientras descendíamos dando vueltas, y sentí que se me aceleraban el pulso y la respiración. Dimitri. Estaba a punto de ver a Dimitri. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué iba a hacer? Era casi demasiado como para abarcarlo. No podía dejar de darme bofetadas mentalmente para seguir concentrada, o, de otro modo, me quedaría total y absolutamente paralizada.

Cuando alcanzamos el pasillo de las celdas, vi a dos guardianes delante de la de Dimitri, otro en el extremo más alejado y otros dos en la entrada por la que habíamos llegado. Me detuve, incómoda ante la idea de que otras personas me escuchasen hablar con él. No deseaba tener público, tal y como le había sucedido a Lissa, pero dado el hincapié que se hacía allí en la seguridad, tal vez no tuviese elección.

—¿Podríais dejarme un poco de intimidad? —pregunté.

Uno de mis escoltas me dijo que no con la cabeza.

—Órdenes oficiales. Dos guardianes han de estar apostados ante la celda en todo momento.

—Ella es un guardián —señaló Mikhail con amabilidad—, y yo también lo soy. Dejadnos a nosotros. El resto puede esperar en la entrada.

Lancé una mirada de agradecimiento a Mikhail. Podía aguantar tenerlo a él cerca. Los demás, que decidieron que mantendríamos el suficiente nivel de seguridad, se dirigieron con discreción hacia los extremos del pasillo. No se trataba de una intimidad total, pero al menos no lo oirían todo.

Me parecía que tenía el corazón a punto de salírseme del pecho mientras Mikhail y yo nos encaminábamos hacia la celda de Dimitri y nos situábamos ante ella. Estaba sentado prácticamente igual que cuando llegó Lissa: en la cama, hecho un ovillo y dándonos la espalda.

Las palabras se me amontonaron en la garganta. Las ideas coherentes huyeron de mi cabeza. Era como si se me hubiera olvidado por completo el

motivo por el cual me encontraba allí.

—Dimitri —dije.

Al menos, aquello fue lo que intenté decir. Me atraganté un poco, de manera que los sonidos que generaron mis labios resultaron confusos. Al parecer, sin embargo, fueron suficientes, porque la espalda de Dimitri se tensó de pronto. No se dio la vuelta.

—Dimitri —repetí con mayor claridad esta vez—. Soy yo.

No hacía falta que dijese más. Me había reconocido ya en aquel primer intento de pronunciar su nombre. Me dio la sensación de que él habría reconocido mi voz en cualquier circunstancia. Es probable que reconociese el sonido de los latidos de mi corazón y de mi manera de respirar. Y así, creo que contuve la respiración mientras aguardaba su respuesta. Cuando se produjo, fue algo decepcionante.

—No.

—¿No qué? —le pregunté—. ¿Que no soy yo?

Suspiró de frustración, un sonido casi —pero no del todo— como el que solía emitir cuando yo hacía algo especialmente ridículo durante nuestros entrenamientos.

—No, que no quiero verte —su voz estaba cargada de emotividad—. Se suponía que no te iban a dejar entrar.

—Sí, claro. Digamos que me las he arreglado.

—Por supuesto que te las has arreglado.

Seguía sin mirarme, lo cual era un martirio. Miré a Mikhail, y él me hizo un gesto de asentimiento para alentarme. Supongo que debería alegrarme de que Dimitri me estuviese hablando siquiera.

—Tenía que verte. Tenía que saber si estabas bien.

—Estoy seguro de que Lissa ya te ha puesto al día.

—Tenía que verlo por mí misma.

—Muy bien, pues ya lo ves.

—Lo único que veo es tu espalda.

Resultaba exasperante, y, sin embargo, cada palabra que conseguía de él era un regalo. Como si hubiera pasado miles de años sin oír su voz. Igual que antes, me pregunté cómo podía haber confundido al Dimitri de Siberia con este. La voz había sido idéntica en ambos lugares, el mismo timbre y el mismo acento, aunque, como strigoi, sus palabras dejaban un escalofrío en el ambiente. Esta voz era cálida; terciopelo, miel y todo tipo de cosas maravillosas me envolvían por terrible que fuera lo que me decía.

—No quiero que vengas —dijo Dimitri de plano—. No quiero verte.

Me tomé un instante para valorar una estrategia. Dimitri aún tenía aquel aire depresivo y desesperado. Lissa lo había atacado con amabilidad y compasión. Había conseguido atravesar sus defensas, aunque gran parte de ello fuera porque él la consideraba a ella su salvadora. Yo podía intentar una táctica similar. Me podía mostrar cariñosa, llena de amor y de apoyo, todo lo cual sería cierto. Le amaba. Sentía unas ganas desesperadas de ayudarle. Aun así, no estaba segura de que ese método en particular me funcionase a mí. Rose Hathaway no era famosa por su delicadeza. Lo que sí hice, no obstante, fue apelar a su sentido de la obligación.

—No puedes ignorarme —le dije haciendo un esfuerzo por mantener mi tono de voz fuera del alcance de los demás guardianes—. Me lo debes. Yo te he salvado.

Transcurrieron unos segundos en silencio.

—Me ha salvado Lissa —dijo muy despacio.

En el pecho me ardía la ira, exactamente igual que cuando Lissa le visitó. ¿Cómo podía tenerla a ella en tan alta estima, y no a *mí*?

—¿Y cómo crees tú que llegó ella hasta allí? —le pregunté—. ¿Cómo crees tú que supo lo que tenía que hacer para salvarte? ¿Tienes alguna idea de todo por lo que hemos... por lo que *yo* he tenido que pasar con tal de conseguir esa información? ¿Crees que ir a Siberia fue una locura por mi parte? Pues apenas has empezado siquiera a ver locuras. Tú me conoces. Sabes de qué soy capaz, y esta vez he batido todos mis récords. Me-lo-debes.

Fui dura, pero necesitaba una reacción por su parte. Alguna emoción de algún tipo. Y la conseguí. Se revolvió con los ojos encendidos y la electricidad que le crepitaba por el cuerpo. Como siempre, sus movimientos fueron al tiempo feroces y elegantes. Asimismo, su voz fue una mezcla de emociones: ira, frustración y pesadumbre.

—Entonces, lo mejor que puedo hacer...

Se detuvo. Los ojos castaños que se habían entrecerrado de ira de pronto se abrieron de par en par de... ¿de qué? ¿De asombro? ¿Sobrecogidos? ¿O, tal vez, de esa misma sensación que yo no dejaba de tener cuando lo veía?

Porque, de repente, estaba totalmente segura de que él estaba experimentando lo mismo por lo que yo había pasado antes. Él me había visto muchas veces en Siberia. Me acababa de ver la otra noche en la nave

industrial, pero ahora... ahora me estaba viendo realmente con sus propios ojos. Ahora que ya no era un strigoi, todo su mundo era distinto. Su perspectiva y sus sentimientos eran distintos. Incluso su alma era distinta.

Fue como uno de esos momentos en que la gente dice que toda su vida le pasa ante los ojos, porque mientras nuestras miradas estaban clavadas el uno en el otro, reviví mentalmente todos y cada uno de los fragmentos de nuestra relación. Recordé lo fuerte e invencible que se había mostrado cuando nos conocimos, cuando vino a llevarnos a Lissa y a mí de vuelta al redil de la sociedad de los moroi. Recordé la gentileza de su roce cuando me vendó las manos ensangrentadas y maltrechas. Recordé cómo me llevó en sus brazos después de que me atacase Natalie, la hija de Victor. Más que nada, recordé la noche que pasamos juntos en la cabaña, justo antes de que los strigoi se lo llevasen. Un año. Solo hacía un año que nos conocíamos, pero en aquel año habíamos vivido toda una vida.

Y él también se estaba dando cuenta de ello mientras me observaba, lo sabía. Su mirada era enormemente poderosa, deteniéndose en todas y cada una de mis facciones y almacenándolas. Intenté recordar a duras penas qué aspecto tenía entonces. Aún llevaba el vestido de la reunión secreta de Adrian, y sabía que me quedaba bien. Era probable que tuviese los ojos rojos de haber llorado antes, y tan solo había tenido un momento para cepillarme el pelo antes de marcharme con Adrian.

De algún modo, dudé que aquello tuviese alguna importancia. La manera en que me miraba Dimitri... confirmaba todo cuanto había sospechado. Todo lo que él había sentido por mí antes de que lo transformasen —esos sentimientos que se habían retorcido mientras era un strigoi—, todo seguía estando ahí. *Tenía* que seguir ahí. Tal vez Lissa fuese su salvadora; tal vez el resto de la corte pensase que era una especie de diosa. Justo en aquel instante supe que, con independencia de lo desaliñado que fuese mi aspecto o de lo indiferente que él intentase mantener su semblante, yo era una diosa para él.

Tragó saliva y se obligó a recuperar el control sobre sí, tal y como hacía siempre. Hay cosas que nunca cambian.

—Entonces, lo mejor que puedo hacer —prosiguió con calma— es mantenerme alejado de ti. Ese es el mejor modo de pagar mi deuda.

Me resultó muy complicado mantener el control y alguna forma de conversación lógica. Yo estaba tan perpleja como él. Y también indignada.

—¡Te has ofrecido a compensar a Lissa quedándote a su lado para siempre!

—A ella no le hice... —apartó la mirada un instante, de nuevo en un esfuerzo enorme por mantener el control, y sus ojos volvieron a encontrarse con los míos—. A ella no le hice las cosas que te hice a ti.

—¡No eras tú mismo! Me da igual —se estaba empezando a incendiar mi temperamento.

—¿Cuántos fueron? —exclamó él—. Dime, ¿cuántos guardianes murieron anoche a causa de lo que hice?

—No sé, creo que seis o siete —pérdidas muy severas. Sentí una punzada en el pecho al recordar los nombres que se habían leído en voz alta en aquel sótano.

—Seis o siete —repitió Dimitri de manera rotunda, con angustia en la voz—. Muertos en una noche. Por mi culpa.

—¡No actuaste solo! Y ya te lo he dicho, no eras tú, no podías controlarte. A mí no me importa...

—¡A mí sí me importa! —gritó, y su voz resonó por todo el pasillo. Se produjo algo de movimiento entre los guardianes de cada extremo del corredor, aunque no se acercaron. Dimitri bajó la voz cuando arrancó a hablar de nuevo, pero aun así le temblaba por la fuerza de las emociones—. A mí sí me importa. Eso es lo que tú no entiendes, lo que no puedes comprender. No eres capaz de entender cómo es ser consciente de lo que yo he hecho. Todo ese tiempo siendo un strigoi... ahora es como un sueño, pero un sueño que recuerdo con claridad meridiana. No puede haber perdón para mí. Y ¿lo que pasó contigo? Eso es lo que mejor recuerdo. Todo cuanto hice. Todo lo que *deseaba* hacer.

—Ya no lo vas a hacer —alegué yo—, así que olvídalo. Antes, antes de que pasase todo, me dijiste que podíamos estar juntos, que conseguiríamos que nos asignasen destinos para estar cerca el uno del otro y que...

—Roza —me interrumpió. Me atravesaba el corazón que me llamase así, y creo que se le escapó, que en realidad no pretendía hacerlo. Una sonrisa torcida surgió en sus labios, una sonrisa carente de todo humor—. ¿De verdad crees que me van a permitir alguna vez volver a ser un guardián? ¡Será un milagro que me dejen vivir!

—Eso no es cierto. Cuando se den cuenta de que has cambiado y de que de verdad vuelves a ser el de antes... todo volverá a ser como era.

Me hizo un gesto negativo con la cabeza, con amargura.

—Tu optimismo... esa forma de creer que eres capaz de hacer realidad lo que sea. Oh, Rose, esa es una de las cosas increíbles que hay en ti. También es una de las cosas más irritantes que hay en ti.

—Creí que era posible revertir tu condición de strigoi —señalé—. Tal vez al final no sea tan disparatado que crea en lo imposible.

La conversación era tan seria, tan descorazonadora, y aun así no dejaba de recordarme a algunas de nuestras clases prácticas. Él intentaba convencerme de algo importante, y yo lo contrarrestaba con mi lógica marca Hathaway. Lo que conseguía con aquello, por lo general, era una mezcla de diversión y exasperación. Me daba en la nariz que de haber sido la situación un poco distinta, él habría tenido ahora aquella misma actitud. Pero no estábamos en una sesión de entrenamiento. No iba a sonreír y a elevar la mirada al cielo. Aquello era muy serio. A vida o muerte.

—Te agradezco lo que has hecho —me dijo en tono formal, luchando aún por dominar sus sentimientos. Aquel era otro de los rasgos que teníamos en común: lo dos estábamos en un constante esfuerzo para mantener el control. A él siempre se le había dado mejor que a mí—. Claro que estoy en deuda contigo, pero es una deuda que no puedo saldar. Como te he dicho, lo mejor que puedo hacer es mantenerme al margen de tu vida.

—Si formas parte de la de Lissa, entonces no me podrás evitar.

—Las personas pueden encontrarse las unas alrededor de las otras sin que... sin que haya nada más que eso —dijo con firmeza. Qué propio de Dimitri decir algo semejante. La lógica contra las emociones.

Y entonces se me fue la cabeza. Tal y como he dicho, a él se le daba mejor controlarse. ¿A mí? No muy bien.

Me abalancé contra los barrotes, tan rápido que hasta Mikhail dio un respingo.

—¡Pero yo te quiero! —dije en un siseo—. Y sé que tú me quieres a mí también. ¿De verdad crees que vas a poder pasarte toda la vida ajeno a eso teniéndome alrededor?

La parte preocupante era que, durante mucho tiempo en la academia, Dimitri había estado convencido de que era capaz de hacer justo eso, y ya se había preparado para pasar toda su vida sin hacer nada al respecto de sus sentimientos hacia mí.

—Tú me quieres —repetí—. Yo sé que me quieres —estiré el brazo por entre los barrotes. Quedaba muy lejos de tocarle, pero estiraba los dedos

a la desesperada, como si pudieran crecer de repente y llegar a establecer contacto. Eso era todo cuanto necesitaba yo. Un roce suyo para saber que aún le importaba, un roce para sentir el calor de su piel y...

—¿No es verdad —dijo Dimitri en voz baja— que estás liada con Adrian Ivashkov?

Se me vino abajo el brazo.

—¿Dón... dónde has oído eso?

—Los rumores corren —dijo.

—Desde luego que sí —dije entre dientes.

—Entonces, ¿lo estás? —me preguntó de manera más categórica.

Vacilé antes de responder. Si le decía la verdad, se cargaría de mayores razones al respecto de mantenernos separados. Sin embargo, me resultaba imposible mentirle.

—Sí, pero...

—Bien —no estoy segura de cómo me esperaba que él reaccionase. ¿Celos? ¿Asombro? En cambio, apoyó la espalda contra la pared, parecía... aliviado—. Adrian es mejor persona de lo que se le reconoce. Te tratará bien.

—Pero...

—Es ahí donde está tu futuro, Rose —regresaba algo de aquella actitud desesperanzada y hastiada—. No entiendes cómo es pasar por lo que yo he pasado, regresar después de haber sido un strigoi. Lo ha cambiado todo. No se trata solo de que lo que te hice sea imperdonable. Todos mis sentimientos... mis emociones hacia ti... han cambiado. Yo no me siento como antes. Seré un dhampir de nuevo, pero después de lo que he vivido... digamos que me ha marcado. Ha alterado mi alma. No puedo querer a nadie ahora. No puedo quererte... no te quiero. Ya no hay nada más entre tú y yo.

Se me heló la sangre. Me negué a creerme sus palabras, y menos después de haber visto la forma en que me había mirado antes.

—¡No! ¡Eso no es cierto! Yo te quiero, y tú...

—¡Guardias! —gritó Dimitri en un volumen tan alto que me pareció un milagro que no temblase todo el edificio—. Sacadla de aquí. *¡Lleváosla de aquí!*

Con sus increíbles reflejos, los guardianes llegaron a la celda en un instante. En calidad de prisionero, Dimitri no estaba en situación de pedir nada, pero las autoridades de aquel lugar no estarían desde luego por la

labor de promover un suceso que generase revuelo. Comenzaron a conducirnos a Mikhail y a mí hacia la salida, aunque yo me resistí.

—No, esperad...

—No te resistas —me susurró Mikhail al oído—. Se nos acaba el tiempo, y, de todas formas, hoy no habrías podido ir más lejos.

Quería protestar, pero las palabras se me atascaban en los labios. Permití que los guardianes me llevasen al exterior, no sin antes lanzar una última y prolongada mirada. Su semblante era el perfectamente inexpresivo y propio de un guardián, aunque la manera en que sus ojos me atravesaron me dejó la certeza de que era mucho lo que estaba sucediendo en su interior.

El amigo de Mikhail seguía de guardia en el piso de arriba, lo que nos permitió salir sin meternos en (muchos) más problemas. En cuanto nos encontramos al aire libre, me detuve y le pegué un puntapié de ira a un escalón.

—¡Mierda! —grité. Una pareja de moroi que cruzaba los jardines, probablemente de vuelta a casa después de alguna fiesta hasta muy tarde, se me quedó mirando con cara de sorpresa.

—Cálmate —me dijo Mikhail—. Es la primera vez que lo ves desde la reversión. Tampoco puedes esperar que ocurran milagros todos los días. Ya entrará en razón.

—Yo no estoy tan segura —gruñí. Suspiré y elevé la mirada al cielo. Unas tenues nubes se desplazaban perezosas, aunque apenas me fijé en ellas —. Tú no le conoces como yo.

Aunque una parte de mí pensaba que mucho de cuanto había dicho Dimitri era ciertamente una reacción al trauma de volver a ser él mismo, había otra parte de mí que se había quedado pensativa. Conocía a Dimitri. Conocía su sentido del honor, sus categóricas convicciones al respecto de lo que está bien y lo que está mal. Era fiel a esas convicciones, y vivía conforme a ellas. Si él de verdad creía que lo correcto era evitarme y dejar que se apagase cualquier relación entre nosotros dos... bueno, eran muchas las posibilidades de que actuase de acuerdo con aquella idea al margen del amor que hubiese entre nosotros. Tal y como había recordado un rato antes, él ya había hecho gala de una gran resistencia allá, en St. Vladimir.

En cuanto a lo demás... aquella parte de que él ya no me quería o que no fuese capaz de querer a nadie... pues eso sería un problema completamente distinto, de ser cierto. Tanto Christian como Adrian estaban preocupados por que aún quedase algo de strigoi en él, aunque sus temores

se referían más a la violencia y la sed de sangre. Nadie podía haberse imaginado esto: que vivir como un strigoi le hubiera endurecido el corazón, que hubiese cercenado cualquier posibilidad de que amase a alguien.

Que hubiese cercenado cualquier posibilidad de que me amase a *mí*.

Estaba bastante segura de que, si ese era el caso, una parte de mí también moriría.

Veintiuno

POCO quedaba que Mikhail y yo nos pudiésemos decir el uno al otro después de aquello. No quería que él se metiese en ningún lío por lo que había hecho, así que permití que me llevase lejos del edificio de los guardianes en silencio. Pude ver entonces que el cielo clareaba por el este. El sol estaba a punto de salir, lo cual marcaba la mitad de nuestro horario nocturno. Me introduje brevemente en la cabeza de Lissa e interpreté que la Vigilia Funeraria ya había llegado a su fin: iba de camino de regreso a su habitación, aún preocupada por mí e irritada por que Christian hubiese aparecido con Mia.

Seguí el ejemplo de Lissa y me pregunté si el sueño amortiguaría el dolor tan agudo que Dimitri me había dejado en el corazón. Probablemente no. Aun así, le di a Mikhail las gracias por su ayuda y por el riesgo que había corrido. Él se limitó a asentir, como si no hubiera nada que agradecerle. Era exactamente lo que le habría gustado que yo hiciese por él si nuestros papeles hubiesen estado invertidos y si hubiese sido la señorita Karp quien estuviera entre rejas.

De vuelta en mi cama, caí profundamente dormida, pero tuve un sueño muy agitado. Una y otra vez, oía a Dimitri diciéndome que ya no podía quererme. Me golpeaba por dentro sin parar y me hacía añicos el corazón. En un momento dado, aquellos golpes fueron algo más que una ensoñación. Oí golpes de verdad. Alguien estaba aporreando mi puerta, y, lentamente, salí a rastras de mis horribles sueños.

Llegué hasta la puerta con los ojos somnolientos, y me encontré a Adrian. La escena era casi un reflejo de la noche anterior, cuando se había pasado para invitarme a la Vigilia Funeraria, solo que esta vez su expresión era mucho más seria. Por un instante, pensé que se había enterado de mi visita a Dimitri, o que tal vez se hubiese metido en algún lío mucho mayor de lo que habíamos pensado por colar a la mitad de sus amistades en un funeral secreto.

—Adrian... Es un poco temprano para ti... —eché un vistazo al reloj y descubrí que, en realidad, me había quedado durmiendo hasta muy tarde.

—No es temprano en absoluto —me confirmó él, que mantenía el rostro serio—. Están pasando muchas cosas. Tenía que venir a contarte la

noticia antes de que te enterases por otro lado.

—¿Qué noticia?

—El veredicto del Consejo. Por fin han aprobado esa moción tan importante que estaban debatiendo. Esa para la que te llamaron a declarar.

—Espera. ¿Han terminado? —recordé lo que había dicho Mikhail, que había cierto tema misterioso que tenía ocupado al Consejo. Si habían acabado ya, entonces podrían pasar a otra cosa... digamos, como declarar oficialmente dhampir a Dimitri de nuevo—. Es una noticia fantástica —y si aquello de verdad estaba relacionado con que Tatiana me hubiese llamado para describir mis habilidades, ¿en serio habría una oportunidad de que me nombrasen guardián de Lissa? ¿De verdad podría haberlo impuesto la reina? Se había mostrado muy amistosa anoche.

Adrian me miró con una expresión que jamás había visto en él: pena.

—No tienes ni idea, ¿no?

—¿Ni idea de qué?

—Rose... —apoyó con suavidad una mano en mi hombro—. El Consejo acaba de aprobar un decreto que rebaja la edad de los guardianes a los dieciséis. Los dhampir se graduarán después de su segundo año en la academia, y acto seguido saldrán al exterior con sus asignaciones.

—¿Qué? —sin duda lo había oído mal.

—Tú ya sabes el pánico que sienten por su protección y por no tener suficientes guardianes, ¿verdad? —suspiró—. Esta es su solución para incrementar vuestros efectivos.

—¡Pero si son demasiado jóvenes! —grité—. ¿Cómo puede alguien pensar que con dieciséis años se está listo para salir ahí fuera y combatir?

—Bueno —dijo Adrian—, porque tú testificaste que así es.

Me quedé boquiabierta, y todo se detuvo a mi alrededor. *Tú testificaste que así es...* No. No podía ser posible.

Adrian me tiró ligeramente del brazo con la intención de arrancarme de mi estupor.

—Vamos, aún están terminando. Han hecho el anuncio en una sesión abierta, y hay quienes están... un poco alterados.

—Por supuesto, ya te digo.

No me lo tuvo que decir dos veces. De inmediato me iba detrás de él, pero reparé en que estaba en pijama. Me cambié volando y me cepillé el pelo sin poder creerme aún lo que me acababa de contar. Los preparativos me llevaron cinco minutos, y salimos por la puerta. Adrian no era de una

condición especialmente atlética, pero mantuvo un buen paso mientras nos dirigíamos hacia el salón del Consejo.

—¿Cómo ha pasado? —le pregunté—. No decías en serio eso..., lo de que yo he influido, ¿no? —pretendía que mis palabras sonasen como una exigencia, pero el tono con el que las pronuncié fue más bien de súplica.

Se encendió un cigarrillo sin perder el paso, y ni me molesté en reprenderle.

—Según parece, hace tiempo que el tema se debatía con fuerza. La votación ha sido por un margen mínimo. Los que lo defienden sabían que tenían que presentar unas pruebas muy buenas para imponerse, y tú fuiste su gran baza: una dhampir adolescente cepillándose a strigoi a diestro y siniestro antes de su graduación.

—No tanto tiempo —mascullé con una furia que prendía en mí. ¿Dieciséis? ¿Iban en serio? Era absurdo. El hecho de que me hubiesen utilizado para apoyar aquel decreto sin que yo fuera consciente de ello me revolvía el estómago. Menuda tonta había sido al pensar que aquella gente pasaba por alto mis indisciplinas y que simplemente me paseaba para alabarme. Me habían utilizado. *Tatiana* me había utilizado.

Cuando llegamos, el salón del Consejo era un caos tan grande como Adrian había dado a entender. Cierto, yo no tenía demasiada experiencia en aquel tipo de encuentros, pero estaba bastante segura de que no era normal que la gente se encontrase de pie formando grupos pequeños y gritándose los unos a los otros. Era probable que el heraldo del Consejo por lo general tampoco tuviese que gritar hasta quedarse ronco para llamar al orden a la multitud.

El único remanso de calma era la propia Tatiana, sentada con paciencia en su sitio, en el centro de la mesa, tal y como dictaba el protocolo del Consejo. Parecía muy complacida consigo misma. El resto de sus colegas había perdido todo sentido del decoro y se encontraba de pie, como el público asistente, discutiendo entre sí o con cualquier otro que estuviese dispuesto a entrar al trapo. Observé aquello de una pieza, sin saber qué hacer en todo aquel desorden.

—¿Qué ha votado cada uno? —pregunté.

Adrian estudió a los miembros del Consejo y los fue repasando con los dedos.

—Szelsky, Ozzera, Badica, Dashkov, Conta y Drozdov han estado en contra.

—¿Ozzera? —pregunté sorprendida. No conocía muy bien a la princesa Ozzera, Evette, pero siempre me había parecido bastante estirada y desagradable. Sentía ahora por ella un renovado respeto.

Adrian hizo un gesto con la barbilla en dirección hacia donde se encontraba Tasha soltando un furioso discurso a un grupo grande de gente, con los ojos encendidos y braceando como una descosida.

—A Evette la han persuadido algunos miembros de su familia.

Aquello también me hizo sonreír, pero solo por un segundo. Era bueno que se reconociese a Tasha y a Christian entre los miembros de su familia, pero lo importante de nuestro problema seguía sin resolver. El resto de los nombres lo deduje yo sola.

—Entonces... el príncipe Ivashkov ha votado a favor —dije, y Adrian se encogió de hombros a modo de disculpa en nombre de su familia—. Lazar, Zecklos, Tarus y Voda —no era en absoluto una sorpresa que la familia Voda votase a favor de tener más protección teniendo en cuenta el reciente asesinato de uno de sus miembros. A Priscilla no la habían enterrado aún, siquiera, y estaba muy claro que el nuevo príncipe Voda, Alexander, no sabía muy bien qué hacer con su repentina promoción. Miré a Adrian con mucha atención—. Eso son solo cinco votos contra seis... oh —me percaté—. Mierda. El voto de calidad de la reina.

El sistema de votación de los moroi estaba establecido con doce miembros, uno por cada familia, además del rey o la reina que se hallase en el trono. Cierto, eso significaba que, por lo general, había un grupo que contaba con dos votos, ya que era rara la vez que el monarca votaba en contra de su familia. Había sucedido en alguna ocasión. Al margen de eso, el sistema debería haber contado con trece votos, evitando así los empates. Solo que... no hacía mucho había surgido un problema. En el Consejo ya no había ningún Dragomir, lo cual suponía que se podían dar empates. En ese extraño caso, la ley de los moroi dictaba que el voto del monarca valía doble. Tenía entendido que aquello siempre había generado controversias, y, al mismo tiempo, tampoco se podía hacer gran cosa al respecto. Los empates en el Consejo implicarían que nunca se podría decidir nada, y, dado que los monarcas eran electos, muchos depositaban su confianza en que actuarían en el mayor de los beneficios para los moroi.

—El voto de Tatiana ha sido el sexto —dije yo— y eso ha desequilibrado la balanza.

Miré alrededor y vi enfado en los rostros de los miembros de las familias que habían votado contra el decreto. Al parecer, no todo el mundo pensaba que Tatiana hubiese actuado en el mayor de los beneficios para los moroi.

El vínculo delató la presencia de Lissa, de manera que su llegada unos instantes después no fue una sorpresa. La noticia se había extendido con rapidez, aunque ella no conocía aún los detalles más precisos. Adrian y yo le hicimos un gesto con la mano para que se acercase. Ella estaba tan estupefacta como nosotros.

—¿Cómo han podido hacer algo así? —preguntó.

—Porque tienen demasiado miedo de que alguien los obligue a aprender a defenderse. El grupo de Tasha estaba haciendo ya demasiado ruido.

Lissa negó con la cabeza.

—No, no es solo eso. Quiero decir que ¿cómo es que estaban siquiera reunidos en sesión? Deberíamos estar de luto por lo que sucedió el otro día, y de manera pública, toda la corte, no solo una parte secreta de ella. ¡Es que ha muerto uno de los miembros del Consejo, incluso! ¿Acaso no se podían haber esperado al funeral? —dentro de su mente, pude ver las imágenes de aquella noche aciaga, cuando Priscilla había muerto justo delante de los ojos de Lissa.

—Pero sustituirlo ha sido bien fácil —dijo una voz nueva. Christian se había unido a nosotros. Lissa se apartó unos pasos de él, todavía enfadada por lo de Mia—. Y, es más, se trata del momento perfecto. Los que querían esto tenían que aprovechar su oportunidad. Cada vez que se produce un gran enfrentamiento con los strigoi, a todo el mundo le entra el pánico. El miedo hará que mucha gente se sume, y, de haber algún miembro del Consejo que estuviese indeciso antes de esto, es probable que ese combate les haya hecho decidirse.

Aquel argumento era bastante inteligente por parte de Christian, y Lissa se quedó impresionada a pesar de la turbulencia de sus sentimientos en aquel instante. El heraldo del Consejo por fin consiguió hacerse oír sobre los gritos del público. Me pregunté si se habría guardado silencio de haber sido la propia Tatiana quien se hubiera puesto a darles gritos para que se callasen. Pero no. Probablemente, aquello se encontraba por debajo de su dignidad. Allí seguía ella sentada con calma, como si nada extraño estuviese pasando.

No obstante, tuvo que pasar un rato para que todo el mundo se calmase y tomara asiento. Mis amigos y yo nos apresuramos a hacernos con los primeros sitios que encontramos. Una vez establecidas por fin la paz y la tranquilidad, el heraldo con aspecto hastiado le cedió la palabra a la reina.

Con una grandiosa sonrisa destinada a la asamblea, se dirigió a ella con su más imperiosa voz.

—Nos gustaría agradecer a todo el mundo que haya venido hoy y haya expresado sus... opiniones. Soy consciente de que algunos no se sienten aún seguros ante esta decisión, si bien se ha seguido hoy aquí la legislación moroi, unas leyes vigentes desde hace siglos. Pronto celebraremos otra sesión con el objeto de escuchar todo cuanto tengan ustedes que decir de manera *ordenada* —algo me decía que aquello era un brindis al sol. La gente podría hablar cuanto quisiera; ella no escucharía—. Esta decisión, este *veredicto*, beneficiará a los moroi. Nuestros guardianes son ya tan excelentes... —hizo un gesto condescendiente de asentimiento hacia los guardianes de la ceremonia, de pie a lo largo de las paredes de la sala. Sus rostros eran típicamente neutrales, pero me imaginaba que, igual que yo, era probable que quisieran partirle la cara a la mitad del Consejo—, son tan excelentes que, de hecho, forman a sus aprendices de modo que estén listos para defendernos a una edad temprana. Todos nosotros nos encontraremos más a salvo de tragedias como la que nos ha sucedido recientemente.

Bajó la cabeza un momento, en lo que se suponía que había de ser un gesto de dolor. Recordé cuando anoche se atragantó al respecto de Priscilla. ¿Había sido teatro? ¿Era la muerte de su mejor amiga una forma oportuna para Tatiana de llevar adelante sus planes? Seguro... seguro que no era tan fría. La reina levantó el rostro y prosiguió.

—Y de nuevo, nos alegrará escuchar cómo dejan ustedes constancia de sus opiniones, aunque según nuestras leyes, esta cuestión ya está resuelta. Las demás sesiones habrán de aguardar hasta que haya transcurrido un periodo de luto adecuado por los desafortunados difuntos.

Su tono y su lenguaje corporal indicaban que aquello era sin duda ninguna el final de la discusión. Entonces, una voz impertinente rompió el silencio en la sala.

Mi voz.

—Bueno, es que yo casi preferiría dejar constancia de mi opinión ahora.

Dentro de mi cabeza, Lissa me gritaba: *¡Siéntate, siéntate!* Pero ya me encontraba de pie y avanzando hacia la mesa del Consejo. Me detuve a una distancia respetuosa, suficiente para que se fijasen en mí, pero no como para que los guardianes se abalanzasen sobre mí. Ah, y sí, se fijaron en mí. El heraldo se puso rojo de ira ante mi indisciplina.

—¡Está fuera de lugar, y es una violación de todos los protocolos del Consejo! Siéntese ahora mismo antes de que la expulsen de la sala —dijo y lanzó una mirada a los guardianes, como si esperase que saliesen a la carga en aquel preciso instante. No se movió ninguno de ellos. O bien no me consideraban una amenaza o bien se preguntaban qué iría a hacer yo. Yo me estaba preguntando lo mismo.

Con un leve y delicado gesto de la mano, Tatiana indicó al heraldo que se retirase.

—Me atrevo a decir que hoy se ha roto tantas veces el protocolo, que un incidente más no marcará una gran diferencia —me miraba fijamente, con una sonrisa amable, una sonrisa que se diría que pretendía hacernos parecer amigas—. Además, la guardián Hathaway es uno de nuestros activos más valiosos. Siempre me interesa conocer lo que tiene que decir.

¿De verdad le interesaba? Era el momento de descubrirlo. Dirigí mis palabras al Consejo.

—Esto que acaban de aprobar ustedes es total y absolutamente demencial —consideré un gran logro por mi parte el no haber dicho ningún taco, porque tenía en mente una serie de adjetivos que encajaban mucho mejor—. ¿Cómo pueden ustedes quedarse ahí sentados pensando que está bien enviar ahí fuera a chavales de dieciséis años a poner sus vidas en peligro?

—Solo son dos años de diferencia —dijo el príncipe Tarus—. Tampoco es que estemos enviando a niños de diez años.

—Dos años es mucho —pensé un momento en la época en que yo tenía dieciséis. ¿Qué había pasado en aquellos dos años? Había huido con Lissa, había visto morir a mis amigos, había recorrido el mundo, me había enamorado...—. En dos años se puede vivir toda una vida. Y si quieren que nos sigamos colocando en la línea de fuego, algo que la mayoría hacemos encantados cuando nos graduamos, entonces nos deben ustedes esos dos años.

Esta vez, me volví para mirar al público. Las reacciones parecían encontradas. Algunos estaban claramente de acuerdo conmigo y asentían.

Otros tenían el aspecto de que nada en el mundo les haría cambiar de opinión acerca de que el decreto era justo. Otros no me miraban a los ojos... ¿Les habría hecho cambiar de opinión? ¿Estaban indecisos? ¿Avergonzados por su propio egoísmo? Tal vez ellos fuesen la clave.

—Créame, me encantaría ver cómo su gente disfruta de la juventud —era Nathan Ivashkov quien hablaba—, pero, ahora mismo, no disponemos de tal opción. Los strigoi nos acechan. Todos los días perdemos más moroi y más guardianes, y lo detendríamos con enviar ahí fuera más efectivos. Sinceramente, al esperar esos dos años lo que estamos haciendo es malgastar la capacidad de los dhampir. Este plan protegerá a ambas razas.

—¡Hará que la mía se extinga más rápido! —dije. Me percaté de que me iba a poner a dar gritos si perdía el control, y respiré hondo antes de continuar—. No estarán listos. No habrán tenido todo el entrenamiento que necesitan.

Y aquí fue cuando Tatiana en persona hizo su jugada maestra.

—Sin embargo, y según lo reconoció usted misma, usted sí que estuvo preparada siendo muy joven aún. Mató a más strigoi antes de cumplir los dieciocho que algunos guardianes en toda su vida.

La miré con los ojos entrecerrados.

—Yo —le dije con frialdad— tuve un instructor excelente. Un instructor al que ustedes tienen encerrado ahora mismo. Si quieren que hablemos de desperdiciar capacidades, echen un vistazo en sus calabozos.

Se produjo un leve revuelo entre el público, y aquella cara de Tatiana en plan «somos amiguitas» se enfrió un poco.

—Hoy no estamos debatiendo esa cuestión. Hablamos de incrementar nuestra protección. Tengo entendido que ha comentado usted recientemente que el número de guardianes es reducido —mis propias palabras, pronunciadas la noche anterior, utilizadas en mi contra—. Hay que proveer sus filas. Usted, y muchos de sus compañeros, ha demostrado que es capaz de defendernos.

—¡Somos la excepción! —sonaba pretencioso, pero era la verdad—. No todos los novicios alcanzan este nivel.

Un fulgor peligroso brilló en su mirada, y su voz recobró el tono suave y aterciopelado.

—Muy bien. Tal vez lo que necesitemos sea una mayor excelencia en el entrenamiento. Quizá debamos enviarla a usted a St. Vladimir o a cualquier otra academia de manera que disponga usted de la posibilidad de

mejorar la educación de sus jóvenes colegas. Tengo entendido que pronto se le va a asignar como destino un puesto administrativo permanente aquí, en la corte. Si desea colaborar en la obtención de un resultado exitoso de este decreto, podemos cambiar ese destino y nombrarla instructora. Tal vez eso acelerase su retorno a una asignación como guardaespaldas.

Entonces fui yo quien le lanzó a ella una sonrisa peligrosa.

—Ni se le ocurra —le advertí— intentar amenazarme, sobornarme o chantajearme. Jamás. Las consecuencias no serían de su agrado.

Tal vez fuese demasiado lejos con aquello. La gente entre el público intercambiaba miradas de asombro. Algunos tenían una expresión de desagrado, como si no se pudiese esperar nada mejor de mí. Reconocí a algunos de aquellos moroi, los mismos a los que oía cuchichear sobre mi relación con Adrian y hablar de cómo lo odiaba también la reina. Sospeché que también había algunos miembros de la realeza de la ceremonia de la noche previa. Habían visto cómo Tatiana me sacaba fuera, y pensaban sin duda que mi arrebato y mi impertinencia de hoy era una forma de venganza.

Los moroi no fueron los únicos que reaccionaron. Con independencia de que compartiesen mi opinión o no, algunos guardianes dieron un paso al frente. Yo me aseguré de permanecer exactamente donde estaba, y eso, junto con la ausencia de miedo por parte de Tatiana, los mantuvo a raya.

—Esta conversación nos está empezando a parecer aburrida —dijo Tatiana, esta vez en uso del plural mayestático—. Podrá seguir hablando, y hacerlo de la manera apropiada, cuando celebremos nuestra próxima reunión y abramos el turno de palabra a los comentarios. Por el momento, le guste o no, esta resolución ha sido aprobada. Es ley.

¡Te está dejando escapar! La voz de Lissa había vuelto a mi cabeza. *Da marcha atrás en esto antes de que hagas algo que te meta en un verdadero lío. Ya lo discutirás luego.*

Resultaba irónico, porque había estado a punto de explotar y de dejar salir toda la ira que llevaba dentro. Las palabras de Lissa me habían parado, pero no por lo que me decían. Fue la propia Lissa. Cuando Adrian y yo comentamos un rato antes los resultados, ya me había parecido que en aquella lógica fallaba algo.

—La votación no ha sido justa —afirmé—. No ha sido legal.

—¿Ahora es usted abogada, señorita Hathaway? —la reina se estaba divirtiendo, y el hecho de haber omitido mi título de guardián al dirigirse a mí era una ostensible falta de respeto—. Si se refiere al voto de calidad del

monarca en el Consejo, le podemos asegurar que se trata de una ley de los moroi que lleva siglos aplicándose en tales circunstancias —dirigió una mirada hacia los miembros del Consejo, ninguno de los cuales había formulado protesta alguna. Ni siquiera los que habían votado en su contra podían encontrarle ningún fallo a su argumento.

—Sí, claro, pero es que no ha votado todo el Consejo —dije—. Hace algunos años que tiene un asiento vacío en el Consejo, y ya no lo está —me volví y señalé hacia el lugar donde se encontraban sentados mis amigos—. Vasilisa Dragomir ya tiene dieciocho años y puede ocupar el lugar que le corresponde a su familia —en todo aquel caos, su cumpleaños había pasado desapercibido, incluso para mí.

Todos los ojos de la sala se volvieron hacia Lissa, algo que a ella no le gustó nada. Sin embargo, estaba acostumbrada a ser el centro de las miradas; sabía lo que se esperaba de un miembro de la realeza, cómo se debía mostrar y cómo comportarse. Así, en lugar de encogerse, irguió la espalda allí sentada y miró al frente con una expresión de calma regia que decía que se hallaba en situación de caminar hasta aquella mesa en aquel instante y reclamar su derecho de nacimiento. Ya fuese tan solo por su actitud magnífica o tal vez por algo de carisma infundido por el espíritu, resultaba prácticamente imposible apartar los ojos de ella. Su belleza se mostraba con aquella luminosidad habitual en Lissa, y, por toda la sala, muchos de los rostros expresaban la misma admiración hacia ella que ya había observado por toda la corte. La transformación de Dimitri seguía siendo un enigma, pero quienes creían en que había sucedido ya la consideraban una especie de santa. Gracias al nombre de su familia, a sus misteriosos poderes, y ahora también gracias a la supuesta capacidad para revertir a un strigoi, estaba adquiriendo una talla descomunal a los ojos de mucha gente.

Con aire de suficiencia, volví a mirar a Tatiana.

—¿No son los dieciocho años la edad legal para votar? —«Jaque mate, zorra».

—Sí —dijo ella con desenfado—, si los Dragomir tuviesen quórum.

Yo no diría exactamente que mi clamorosa victoria se hubiera hecho añicos en ese momento, pero desde luego que perdió gran parte de su lustre.

—¿Tuviesen qué?

—Quórum. Por ley, para que un apellido moroi tenga voto en el Consejo, ha de ser una familia. Ella no la tiene, es el único miembro.

Me quedé mirándola con incredulidad.

—¿Qué? ¿Está diciendo que ha de tener un hijo para poder votar?

Tatiana torció el gesto.

—Ahora mismo no, por supuesto. Algún día, estoy segura de que sí. Para que una familia tenga derecho al voto, debe contar al menos con dos miembros, uno de los cuales tiene que haber cumplido los dieciocho años. De nuevo, es una de las leyes de los moroi, una ley que lleva siglos escrita en los libros.

Algunos intercambiaban miradas de asombro y de confusión. Estaba claro que se trataba de una ley no demasiado conocida entre la gente. Por supuesto que aquella situación —un linaje real reducido a una sola persona — tampoco se había producido de manera reciente en la historia, si es que había ocurrido alguna vez siquiera.

—Es cierto —dijo Ariana Szelsky a regañadientes—. Yo la he leído.

Vale, en ese momento *exacto* fue cuando mi clamorosa victoria se hizo añicos. Confiaba en la familia Szelsky, y Ariana era la hermana mayor del tío al que protegía mi madre. Además, tenía mucho de ratón de biblioteca, y, al ver que había votado en contra del cambio de edad de los guardianes, me pareció poco probable que ofreciese aquella ratificación de no ser cierta.

Sin más armas disponibles, recurrí a las viejas costumbres.

—Esa ley —le dije a Tatiana— es una puta mierda como una casa.

Entonces sí. El público rompió en un griterío de estupefacción, y Tatiana abandonó toda pretensión de cordialidad a la que se hubiera estado aferrando. Se adelantó a cualquier tipo de orden que hubiese podido dar el heraldo.

—¡Llévensela de aquí! —gritó. Aun con el creciente ruido, su voz resonó con claridad por toda la sala—. ¡No toleraremos un comportamiento tan vulgar!

Los guardianes se me echaron encima en un abrir y cerrar de ojos. La verdad, dada la frecuencia con la que me estaban sacando a rastras de los sitios últimamente, casi podía decir que había en ello una cómoda familiaridad. No opuse resistencia a los guardianes mientras me llevaban hacia la puerta, pero tampoco permití que me echasen sin decir unas palabras de despedida.

—¡Podías haber cambiado la ley del quórum de haber querido, tú, puta mojigata! —le contesté a gritos—. ¡Estás tergiversando la ley porque eres una egoísta y porque tienes miedo! Estás cometiendo el mayor error de tu

vida. ¡Lo vas a lamentar! Espera y verás..., ¡vas a desear no haberlo hecho nunca!

No sé si alguien llegó a oír mi perorata porque, para aquel entonces, el salón había regresado al caos en el que estaba cuando yo entré. Los guardianes —tres de ellos— no me soltaron hasta que llegamos al exterior. Una vez me liberaron, los cuatro nos quedamos allí de pie por unos incómodos instantes.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté. Intenté apartar la ira de mi tono de voz. Seguía furiosa y desquiciada, pero tampoco era culpa de aquellos tíos—. ¿Me vais a encerrar?

Teniendo en cuenta que eso me llevaría de regreso junto a Dimitri, casi habría sido un premio.

—Solo nos han pedido que te sacásemos de allí —señaló uno de los guardianes—. Nadie nos ha dicho qué hacer contigo después.

Otro guardián, mayor y canoso aunque de aspecto aún intimidatorio, me miró con expresión sarcástica.

—Yo que tú me largaría mientras pudiese, antes de que tengan una verdadera oportunidad de castigarte.

—Tampoco es que no te vayan a encontrar si de verdad quieren hacerlo —añadió el primer guardián.

Con aquello, los tres se dirigieron de vuelta al interior y me dejaron confundida y enfadada. Tenía aún el cuerpo revolucionado como para una pelea, y llena de la frustración que experimentaba siempre que me enfrentaba a una situación en la que me sentía impotente. Tanto grito para nada. No había conseguido nada.

—¿Rose?

Abandoné mi revoltijo de emotividad y alcé la vista al edificio. El guardián más mayor no había entrado, y permanecía en la puerta. Su semblante era estoico, pero habría jurado que vi un centelleo en sus ojos.

—Por si te sirve de algo —me dijo—, creo que has estado fantástica ahí dentro.

No tenía muchas ganas de sonreír, pero me traicionaron los labios.

—Gracias.

Bueno, tal vez hubiese logrado algo.

Veintidós

NO seguí el consejo de aquel tío y no me largué de allí, aunque tampoco me quedé sentada en los escalones de la entrada. Pensé que solo sería cuestión de tiempo que terminase la asamblea y que la gente saliese por aquellas puertas, así que permanecí cerca, en una zona donde había varios cerezos. Transcurridos unos minutos sin que nada sucediese, me colé en los pensamientos de Lissa y descubrí que las espadas seguían aún en todo lo alto. A pesar de que Tatiana había declarado ya finalizada la sesión por dos veces, la gente continuaba por allí de pie, en grupos y discutiendo.

Tasha se encontraba en uno de los grupos con Lissa y con Adrian, entregada a uno de aquellos apasionados discursos que se le daban tan bien. Tasha podía no ser tan fría y calculadora como Tatiana en lo referente al juego político, pero sí tenía un agudo sentido de los vaivenes en el sistema y reconocía las oportunidades cuando estas se presentaban. Estaba en contra del decreto de rebaja de la edad y a favor de que se enseñara a los moroi a luchar. Ninguna de aquellas dos posturas la estaba llevando demasiado lejos, de modo que saltó sobre la siguiente pieza de mayor valor: Lissa.

—¿Por qué estamos discutiendo entre nosotros sobre cuál es la mejor manera de matar a los strigoi cuando podemos salvarlos? —Tasha rodeó a Lissa con un brazo y a Adrian con el otro para traerlos al frente. Lissa aún mantenía su semblante sereno y confiado, pero Adrian parecía como si estuviese listo para saltar a la más mínima oportunidad que le diesen—. Vasilisa, a quien, por cierto, se le está negando la voz que le corresponde aquí gracias a una ley arcaica, nos ha demostrado que es posible revertir a los strigoi.

—Eso no ha quedado demostrado —exclamó un hombre entre el gentío.

—¿Estás de broma? —le preguntó una mujer que tenía a su lado—. Mi hermana estaba con el grupo que le trajo de vuelta, y dice que es un dhampir sin la menor duda. ¡Si ha estado al sol y todo!

Tasha asintió para mostrar su aprobación a la mujer.

—Yo también estaba allí. Y ahora disponemos de dos manipuladores del espíritu capaces de hacer lo mismo con otros strigoi.

Por mucho que respetase a Tasha, no estaba al cien por cien con ella en todo aquello. La potencia —por no hablar del propio esfuerzo para clavar la estaca— que había requerido Lissa con Dimitri había sido sobrecogedora. Incluso había dañado temporalmente el vínculo. Eso no significaba que no pudiera volver a hacerlo, ni tampoco que no *quisiera* volver a hacerlo, tan solo que tenía la suficiente compasión ingenua como para lanzarse a la línea de fuego con tal de ayudar a otros. Sin embargo, yo sabía que cuanto mayor uso del espíritu hacía uno de sus manipuladores, más rápido recorría este la senda hacia la demencia.

Y Adrian... bueno, él prácticamente no contaba allí para nada. Aunque quisiese salir a clavarle estacas a los strigoi, carecía de la capacidad sanadora necesaria para revertir a uno, al menos por ahora. No resultaba extraño en absoluto que los moroi utilizasen sus elementos de maneras muy diferentes. Algunos manipuladores del fuego, como Christian, tenían un control muy hábil de las propias llamas, mientras que otros solo eran capaces de utilizar su magia para, digamos, calentar el aire de una habitación. Del mismo modo, Lissa y Adrian tenían sus respectivos puntos fuertes con el espíritu. El mayor éxito sanador por parte de Adrian había sido soldar una fractura, y Lissa seguía siendo incapaz de pasearse por los sueños, por mucho que practicase.

Así que, en realidad, Tasha tenía un manipulador del espíritu con capacidad para salvar a los strigoi, uno que difícilmente podría con legiones de aquellos monstruos. Parecía que Tasha más o menos reconocía aquello.

—El Consejo no debería perder el tiempo con leyes para bajar la edad —proseguía ella—. Tenemos que emplear nuestros recursos en dar con más manipuladores del espíritu y reclutarlos para que ayuden a salvar a los strigoi —sus ojos se fijaron en alguien que había entre la gente—. Martin, ¿no transformaron a tu hermano contra su voluntad? Si nos esforzamos lo suficiente, podríamos traértelo de vuelta. Vivo. Tal y como tú lo conocías. De otro modo, los guardianes lo atravesarán con una estaca en cuanto lo encuentren... y, claro, él se dedicará mientras tanto a matar inocentes.

Ya te digo, Tasha era buena. Se las había arreglado para pintar un cuadro maravilloso y casi había hecho llorar a aquel tal Martin. Desde luego, no se le ocurrió mencionar a aquellos que se convirtieron en strigoi de manera voluntaria. Lissa, que aún se encontraba a su lado, no estaba muy segura de lo que sentía acerca de la idea de un ejército de salvación de strigoi, pero sí que reconocía el modo en que todo aquello encajaba con

muchos otros de los planes que tenía Tasha, incluido el de conseguir el derecho al voto para Lissa.

Tasha había alabado la forma de ser y las habilidades de Lissa, se había burlado de lo que a todas luces era una ley desfasada procedente de una época que jamás podía haber previsto aquella situación. Acto seguido, continuó señalando que un Consejo completo de doce familias transmitiría un mensaje de unidad moroi frente a los strigoi.

No quise oír nada más. Ya volvería más tarde con el despliegue por parte de Tasha de su magia política y de su charla ante Lissa. Me encontraba aún tan agitada por lo sucedido al ponerme a gritar al Consejo que no podía aguantar el seguir viendo aquel salón. Abandoné su mente y regresé a la mía, y solté un grito al ver un rostro frente a mí.

—¡Ambrose!

Uno de los dhampir más guapos del planeta —después de Dimitri, por supuesto— me ofreció una sonrisa deslumbrante, como si fuera una estrella de cine.

—Estabas tan quieta que se me ha pasado por la cabeza que tal vez estuvieras intentando convertirte en una dríade.

Pestañeé.

—¿Una qué?

Hizo un gesto hacia los cerezos.

—Espíritus de la naturaleza. Mujeres hermosas que se funden con los árboles.

—No tengo muy claro que eso sea un cumplido —le dije—, pero me alegro de volver a verte.

Ambrose era una auténtica rareza en nuestra cultura: un dhampir, un hombre, que ni había hecho los votos de los guardianes ni había huido a vivir entre los humanos. Con frecuencia las mujeres dhampir decidían no unirse a los guardianes y en su lugar se dedicaban a formar una familia. Por eso éramos tan pocas. Pero ¿los hombres? Ellos no tenían excusa, al menos ante los ojos de la mayoría. Sin embargo, en lugar de caer en desgracia y esconderse, Ambrose había decidido quedarse y limitarse a trabajar de otra manera para los moroi. En esencia, pertenecía al personal de servicio, un asistente de alto *standing* que ponía copas en fiestas de élite y daba masajes a las mujeres de la realeza. Si los rumores eran ciertos, también satisfacía ciertas necesidades físicas de Tatiana. De todas formas, aquello me daba tanto repelús que me lo quité de la cabeza de inmediato.

—Yo también me alegro —me dijo él—. Y si no estás en íntima comunión con la naturaleza, ¿qué estás haciendo?

—Es una historia muy larga. Digamos que me han echado a patadas de una reunión del Consejo.

Parecía impresionado.

—¿Literalmente a patadas?

—Me han sacado más o menos a rastras. Me ha sorprendido no haberte visto por ahí —me quedé pensativa—. Claro, que también yo he estado un poco... mmm, entretenida esta semana.

—Eso me han contado —me dijo con cara de compasión—. La verdad es que he estado fuera. Volví justo anoche.

—Justo a tiempo para la fiesta —mascullé.

La mirada cándida en su rostro me decía que no sabía nada aún sobre el decreto.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó—. Esto no tiene pinta de castigo. ¿Has cumplido tu pena?

—Algo así. Estoy esperando a alguien. Luego me iba a ir a pasar el rato a mi habitación.

—Pues si vas a matar el tiempo, ¿por qué no te vienes a ver a la tía Rhonda?

—¿A Rhonda? —fruncí el ceño—. No te ofendas, pero tu tía no me impresionó con sus habilidades la última vez que digamos.

—No me ofendo —dijo despreocupado—, pero ha estado pensando en ti. Y en Vasilisa también. Así que, si no tienes nada que hacer...

Vacilé. Estaba en lo cierto: no tenía nada mejor que hacer entonces. Andaba atascada en lo referente a las opciones tanto con Dimitri como con las estúpidas resoluciones del Consejo, y, sin embargo, Rhonda —la tía moroi vidente de Ambrose— tampoco era alguien a quien me apeteciese volver a ver. A pesar de la ligereza de mis palabras, echando la vista atrás, la verdad era que las predicciones de Rhonda se habían hecho realidad. El problema fue que no me gustaron.

—Está bien —dije en un intento por parecer aburrida—. Que sea rápido.

Me sonrió de nuevo, como si mi treta fuese transparente para él, y me condujo hacia un edificio donde yo había estado ya tiempo atrás. Albergaba un lujoso salón y balneario frecuentado por los moroi de la realeza. Allí nos habían hecho las uñas a Lissa y a mí, y ahora, al recorrer con Ambrose el

camino hasta la madriguera de Rhonda, sentí una punzada en mi interior. Manicuras y pedicuras... Me parecían lo más trivial del mundo, pero aquel día habían sido una maravilla. Lissa y yo nos habíamos reído y nos habíamos sentido más unidas... justo antes de que se produjese el ataque a la academia y todo se viniese abajo...

Rhonda leía la buenaventura en un cuarto trasero y alejado del ajetreo del balneario. A pesar del aire sórdido que tenía, el negocio le iba viento en popa, e incluso contaba con su propia recepcionista. O, al menos, así era antes. Esta vez, el mostrador estaba vacío, y Ambrose me condujo directa a la sala de Rhonda. Conservaba el mismo aspecto exacto que antes, como si te encontrases dentro de un corazón. Todo era rojo: el papel pintado de las paredes, la decoración y los cojines que cubrían el suelo.

La propia Rhonda estaba sentada en el suelo, tomándose un tazón de yogur, algo que parecería terriblemente ordinario para alguien con supuestos poderes místicos. El pelo negro y rizado le caía en cascada por los hombros y resaltaba el brillo de los grandes aros dorados de sus orejas.

—Rose Hathaway —dijo con alegría, dejando el yogur a un lado—. Qué sorpresa más agradable.

—¿No deberías haberme visto venir? —le pregunté con un tono seco.

Sus labios se curvaron en un gesto de diversión.

—No son esos mis poderes.

—Siento interrumpirte la cena —dijo Ambrose mientras flexionaba con elegancia su físico musculado al sentarse—, pero es que no es fácil cazar a Rose.

—Ya me lo imagino —dijo ella—. Estoy impresionada con que hayas conseguido traerla hasta aquí. ¿Qué puedo hacer por ti hoy, Rose?

Me encogí de hombros y me hundí junto a Ambrose.

—No lo sé. Solo estoy aquí porque Ambrose me ha convencido.

—No cree que tu última lectura fuese demasiado buena —dijo él.

—¡Tío! —le lancé una reprimenda con la mirada—. Eso no es lo que he dicho exactamente.

La última vez, Lissa y Dimitri estuvieron allí conmigo. Las cartas del tarot de Rhonda habían mostrado a una Lissa coronada de poder y de luz... menuda sorpresa. La adivina le dijo a Dimitri que perdería lo que más apreciaba, y lo perdió: su alma. ¿Y a mí? Rhonda me dijo sin rodeos que yo mataría no muertos. Me había burlado de aquello, consciente de que tenía por delante toda una vida de matar strigoi. Ahora me preguntaba si por «no

muerto» se entendería la parte strigoi de Dimitri. Aunque no hubiera hundido aquella estaca con mis propias manos, desde luego que desempeñé un papel crucial.

—Tal vez otra lectura ayude a que la anterior cobre más sentido, ¿no? —me hizo ella el ofrecimiento.

Mi mente ya estaba fabricando otro chiste sobre médiums fraudulentos, así que fue toda una sorpresa cuando mis labios dijeron:

—Ese es el problema, que la otra sí tuvo sentido. Me da miedo... Tengo miedo de qué otra cosa podrán mostrar las cartas.

—Las cartas no dictan el futuro —dijo ella con amabilidad—. Si algo ha de ser, será, con independencia de que tú lo veas aquí o no. E incluso así... bueno, el futuro está cambiando constantemente. Si no hubiera elección, vivir no tendría sentido.

—¿Lo ves? —dije con displicencia—. Ese es el tipo de respuesta vaga que me esperaba de una gitana.

—*Roma* —me corrigió—, no gitana —a pesar de mi comentario cortante, ella parecía aún de buen humor. Aquella forma de ser tan afable debía de ser cosa de familia—. ¿Quieres las cartas o no?

¿Las quería? Rhonda tenía razón en una cosa: el futuro llegaría lo viese yo en las cartas o no, y, aunque las cartas lo mostrasen, era probable que yo tampoco lo entendiese hasta después.

—Vale —dije—. Por pasar el rato. Quiero decir que la última vez seguramente sería una casualidad.

Rhonda puso los ojos en blanco pero no dijo nada mientras comenzaba a barajar las cartas del tarot. Lo hizo con tal precisión que fue como si las cartas se moviesen solas. Cuando por fin se detuvo, me entregó la baraja para que cortase. Lo hice, y ella volvió a juntar las cartas.

—La otra vez sacamos tres cartas —me dijo—. Tenemos tiempo para sacar más, si quieres. Cinco, ¿te parece?

—Cuantas más haya, más probable será encontrarle explicación a lo que salga.

—Si no crees en ellas, eso no debería ser un problema.

—Muy bien. Que sean cinco.

Se puso muy seria al darle la vuelta a las cartas, y sus ojos las estudiaron con detenimiento. Dos de las cartas habían salido boca abajo, algo que no interpreté como un buen signo. La última vez me enteré de que eso convertía las cartas teóricamente buenas... en fin, en no tan buenas.

La primera fue el dos de copas, que tenía la imagen de un hombre y una mujer juntos en una verde pradera llena de flores con el sol brillante sobre ellos. Como es natural, estaba invertida.

—Las copas van unidas a las emociones —explicó Rhonda—, y el dos muestra una unión, un amor perfecto y el florecer de un sentimiento de gozo. Pero como está invertida...

—¿Sabes qué? —le interrumpí—. Me parece que ya le voy cogiendo el tranquillo a esto. Te la puedes saltar, me hago una buena idea de lo que significa —esa carta tenía toda la pinta de que fuésemos Dimitri y yo, con la copa vacía y llenos de dolor... no tenía ninguna gana de oír a Rhonda analizar algo que ya me estaba desgarrando el corazón.

Así que pasó a la siguiente carta: la reina de espadas, también invertida.

—Las cartas como esta hacen referencia a personajes públicos —me contó Rhonda. La reina de espadas tenía un aire imperioso, con su pelo caoba y su túnica de plata—. La reina de espadas es lista. Su fuerza es el conocimiento, derrota a sus enemigos a base de ingenio, y es ambiciosa.

Suspiré.

—Pero boca abajo...

—Boca abajo —dijo Rhonda—, todos esos rasgos se tergiversan. Sigue siendo muy inteligente, sigue intentando salirse con la suya... pero lo hace de una forma insincera. Hay una gran hostilidad y engaño aquí. Diría que tienes un enemigo.

—Sí —dije fijándome en la corona—, creo que ya me imagino quién es. La acabo de llamar «puta mojigata».

Rhonda no hizo ningún comentario y pasó a la siguiente. Salió del derecho, aunque deseé que no hubiera sido así. Tenía un montón de espadas clavadas en el suelo y una mujer atada a una de ellas con los ojos vendados. El ocho de espadas.

—Venga ya —exclamé—. Pero ¿qué me pasa a mí con las espadas? La última vez ya me sacaste una igual de deprimente —mostraba a una mujer llorando delante de una pared de espadas.

—Aquella fue el nueve de espadas —coincidió ella—. Siempre puede ser peor.

—Eso me cuesta mucho creerlo.

Cogió el resto de la baraja y la fue repasando para acabar sacando una carta. El diez de espadas.

—Te podía haber salido esta —tenía la imagen de un hombre muerto, tirado en el suelo y atravesado por un montón de espadas.

—Mensaje recibido —dije, y Ambrose se rio a mi lado—. ¿Qué significa el ocho?

—El ocho es estar atrapado, ser incapaz de salir de una situación. Puede significar también una calumnia o una acusación. Reunir el valor necesario para escapar de algo —me dijo, y yo volví a mirar a la reina sin dejar de pensar en las cosas que había dicho en el salón del Consejo. No cabía duda de que aquello eran acusaciones. Y ¿lo de estar atrapada? Pues bueno, siempre me quedaba la posibilidad de pasarme toda la vida haciendo papeleo...

Suspiré.

—Muy bien, ¿cuál es la siguiente? —era la de mejor aspecto de todas, el seis de espadas. Mostraba un grupo de gente en una barca, remando sobre las aguas iluminadas por la luz de la luna.

—Un viaje —me dijo.

—Acabo de volver de viaje. De varios viajes —la miré con suspicacia —. Oye, no será esto algo así como un viaje espiritual, ¿verdad?

Ambrose se volvió a reír.

—Rose, ojalá te leyesen a ti el tarot todos los días.

Rhonda no le hizo el menor caso.

—Si fuera de copas, tal vez, pero las espadas son tangibles. Acción. Un viaje de verdad, por ahí.

¿Adónde diantre me iría? ¿Significaba que viajaría a la academia tal y como había sugerido Tatiana? O, ¿sería posible que, a pesar de mis infracciones y de haber llamado de todo a su Alteza Real, al final sí consiguiese que me asignaran un destino como guardián? ¿Un destino lejos de la corte?

—Podrías estar buscando algo. Quizá sea un viaje físico en combinación con un viaje espiritual —me dijo, de un modo que me sonó del todo a que se estaba cubriendo las espaldas—. Esta última... —arrugó las cejas en un gesto de perplejidad ante la quinta carta—. Esta se encuentra oculta para mí.

Le eché un vistazo.

—La sota de copas. Parece bastante obvio: es una sota con, mmm, una copa.

—Suelo tener una visión clara... Las cartas me cuentan a qué se refieren. Esta no está clara.

—Lo único que no está claro aquí es si se trata de un chico o de una chica —la imagen de la carta parecía joven, pero con el pelo y el rostro andrógino que tenía resultaba imposible determinar su sexo. Los leotardos azules y la túnica tampoco resultaban de ayuda, aunque el campo soleado que tenía de fondo parecía prometedor.

—Puede ser cualquiera de los dos —dijo Rhonda—. Es la carta más baja de cada palo que representa a un personaje concreto: el rey, la reina, el caballo y, después, la sota. Sea quien sea la sota, es un personaje digno de confianza y creativo, optimista. Podría referirse a alguien que te acompañase en el viaje... o tal vez fuera la razón de tu viaje.

Cualquier optimismo o confianza que hubiese tenido en las cartas se desvaneció en gran medida con aquello. Teniendo en cuenta que había nombrado unas cien cosas distintas que podía ser, no lo consideré autorizado. Por lo general, Rhonda detectaba mi escepticismo, sin embargo aún centraba su atención en la carta y mantenía el ceño fruncido.

—Pero no te puedo decir... Está envuelto en una nube. ¿Por qué? No tiene ningún sentido.

Algo en su perplejidad hizo que un escalofrío me descendiera por la espalda. Yo siempre me decía que todo aquello era mentira, pero, si se lo había estado inventando todo..., ¿por qué no se había inventado algo también sobre la sota de copas? Si aquella última carta le estaba haciendo dudar de sí misma, entonces no estaba haciendo un teatro demasiado convincente. La idea de que tal vez hubiese una fuerza mística que se lo impidiese me bajó mi actitud cínica a los talones.

Con un suspiro, alzó por fin la mirada.

—Lo siento, pero esto es todo cuanto te puedo contar. ¿Te ha ayudado el resto?

Eché un vistazo a las cartas: el corazón roto, un enemigo, acusaciones, un encierro, un viaje.

—Una parte me cuenta cosas que ya sé. El resto hace que me plantee más preguntas.

Me ofreció una sonrisa de complicidad.

—Así es como suele ser.

Le agradecí la lectura, discretamente contenta por no tener que pagar por ella. Ambrose me acompañó a la salida, e intenté sacudirme el estado de

ánimo en el que me habían sumido las predicciones de Rhonda. Ya tenía suficientes problemas en mi vida como para permitir que me preocupase una bobada de cartas.

—¿Estarás bien? —me preguntó Ambrose cuando por fin salimos al exterior. El sol ascendía más alto. Pronto se estaría yendo a la cama la corte real para poner fin a un día turbulento—. Verás..., de haber sabido que te ibas a sentir tan mal, no te habría traído.

—No, no —le dije—. No es por las cartas. No exactamente. Están sucediendo un montón de cosas... Una de ellas tal vez deberías conocerla.

No había querido sacar el tema del decreto cuando nos encontramos el uno con el otro, pero como dhampir, él tenía derecho a enterarse de lo que había pasado. Su semblante se mantenía perfectamente inmóvil mientras yo hablaba, excepto por sus ojos marrones, cada vez más abiertos conforme avanzaba la historia.

—Se trata de algún error —dijo por fin—. Jamás harían eso. No le harían eso a unos chavales de dieciséis años.

—Claro, eso mismo pensé yo, pero me ha parecido que iban bastante en serio cuando me han echado por... mmm, cuestionarlo.

—Ya me imagino tu manera de «cuestionarlo». Lo que va a conseguir todo esto es que sean más los dhampir que se apartan de la carrera de guardián... A menos, claro, que el hecho de ser tan jóvenes haga que estén más abiertos a que les laven el cerebro.

—Un tema algo sensible para ti, ¿eh? —le pregunté. Al fin y al cabo, él también se había apartado de la carrera de guardián.

Me dijo que no con la cabeza.

—Quedarme en esta sociedad me resultó casi imposible. Si alguno de esos chavales de verdad decide dejarlo, ellos no tendrán los amigos tan poderosos que tuve yo. Serán parias. Eso es todo lo que se conseguirá con esto. O bien diezmar a los más jóvenes, o bien marginarlos de su propia gente.

Me pregunté cuáles serían esos amigos tan poderosos que había tenido él, pero ni mucho menos era el momento de que me contase su vida.

—Pues a la zorra de la reina no parece importarle.

La expresión distraída y pensativa de sus ojos se afiló de repente.

—No la llames así —me advirtió clavándome la mirada—. Esto no es culpa suya.

Vaya. Menuda sorpresa. Casi nunca había visto al atractivo y carismático Ambrose comportarse de ningún modo que no fuese amigable.

—¡Por supuesto que es culpa suya! Ella es el máximo mandatario de los moroi, ¿se te ha olvidado?

Su cara de pocos amigos se pronunció más todavía.

—El Consejo también ha votado, no lo ha hecho ella sola.

—Sí, pero ella ha votado para apoyar el decreto, y ha desequilibrado la balanza.

—Tiene que haber alguna razón. Tú no la conoces igual que yo. Ella no querría algo así.

Empecé a preguntarme si es que había perdido la cabeza, pero me contuve cuando recordé su relación con la reina. Aquellos rumores sobre su relación sentimental me hacían sentir inquietud, pero de ser ciertos, supuse que a él podría importarle ella de verdad. También tuve claro que probablemente sería lo mejor que yo no la conociese tal y como él la conocía. Las marcas de colmillos en su cuello desde luego indicaban algún tipo de actividad de carácter íntimo.

—Sea lo que sea lo que hay entre vosotros, es asunto vuestro —le dije con calma—, pero lo ha utilizado para hacerte creer que es alguien que no es. Me lo hizo a mí también, y yo me lo tragué. Es todo una farsa.

—No me lo creo —me dijo con una expresión imperturbable—. Como reina, se ve sometida a todo tipo de situaciones difíciles. Aquí tiene que haber algo más... Cambiará ese decreto, estoy seguro.

—Como reina —le dije yo en una imitación de su tono—, ella tenía que haber sido capaz de...

Mis palabras se apagaron cuando oí una voz en mi cabeza. La voz de Lissa.

Rose, vas a querer ver esto, pero me tienes que prometer que no vas a causar ningún problema. Lissa me envió la imagen de un lugar junto con una sensación de apremio.

La dura mirada de Ambrose se transformó en preocupación.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. Lissa me necesita —suspiré—. Mira, no quiero que discutamos, ¿vale? Es obvio que tenemos puntos de vista diferentes sobre la situación... pero creo que coincidimos en el punto clave.

—¿En que no se debería enviar a chavales a la muerte? Desde luego que vamos a estar de acuerdo en eso —me dijo Ambrose. Intercambiamos

una sonrisa temerosa, y se difuminó la tensión entre nosotros—. Hablaré con ella, Rose. Descubriré la verdadera historia y te la contaré, ¿vale?

—Vale —me costaba mucho creer que alguien pudiese mantener una conversación íntima con Tatiana, pero, de nuevo, tal vez hubiera más de lo que yo veía en aquella relación—. Gracias. Me alegro mucho de verte.

—Yo también me alegro. Lárgate... a ver a Lissa.

No me hizo falta más presión. Junto con la sensación de apremio, Lissa me había pasado por el vínculo otro mensaje que me hizo salir volando: *Se trata de Dimitri*.

Veintitrés

NO me hizo falta el vínculo para saber dónde estaba. El gentío me guio hacia el lugar donde se hallaba Lissa, y también Dimitri.

Lo primero que se me ocurrió fue que se trataba de alguna lapidación o un linchamiento medieval. Entonces me di cuenta de que la gente que había alrededor se limitaba a presenciar algo. Me abrí paso entre ellos sin hacer caso de las miradas asesinas que recibí, hasta que llegué a la primera fila de espectadores. Lo que me encontré me hizo detenerme en seco.

Lissa y Dimitri estaban sentados en un banco, el uno junto al otro, con tres moroi y —mira tú por dónde— Hans sentado frente a ellos. A su alrededor había desperdigados varios guardianes, en tensión, con pinta de estar listos para intervenir si las cosas iban mal. No había oído una sola palabra, pero ya sabía qué estaba sucediendo allí. Era un interrogatorio, una investigación para determinar qué era Dimitri exactamente.

En la mayoría de las circunstancias, aquel sitio habría resultado bastante extraño para una investigación formal. Mira por dónde, se trataba de uno de los jardines en los que habíamos estado trabajando Eddie y yo, el que quedaba a la sombra de la estatua de la joven reina. La iglesia de la corte estaba cerca. No es que aquella zona de césped fuera suelo sagrado, pero se hallaba lo bastante próximo a la iglesia como para que la gente pudiese correr hasta ella en caso de emergencia. A los strigoi no les hacían nada los crucifijos, pero no podían entrar en una iglesia, en una mezquita, ni en cualquier otro lugar sagrado. Entre aquello y el sol de la mañana, probablemente se tratase del lugar y el momento más seguros que los funcionarios pudieron encontrar para interrogar a Dimitri.

Reconocí a uno de los interrogadores moroi, Reece Tarus. Era pariente de Adrian por parte de su madre, pero se había mostrado favorable al decreto de la edad. Sentí una inmediata animadversión hacia él, en parte también a causa del tono altanero con el que se dirigía a Dimitri.

—¿Le parece el sol cegador? —preguntó Reece. Tenía delante un portapapeles, y parecía estar siguiendo una lista de preguntas.

—No —dijo Dimitri con voz sosegada y bajo control. Su atención se centraba por entero en sus interrogadores. No tenía ni idea de que yo me

encontraba allí, y podría decirse que me gustó que fuera así. Quería poder mirarle durante un rato y admirar sus facciones.

—¿Y si mira fijamente al sol?

Dimitri vaciló, y no estoy segura de que alguien más aparte de mí captase el brillo repentino que apareció en sus ojos, o que alguien más supiese lo que significaba. La pregunta era una estupidez, y creo que Dimitri —tal vez, solo tal vez— quiso echarse a reír. Mantuvo la compostura con su habitual destreza.

—Cualquiera que mirase de forma directa al sol durante el tiempo suficiente se quedaría ciego —respondió—. A mí me pasaría lo mismo que a cualquier otro.

Se diría que a Reece no le gustó la respuesta, pero aquel razonamiento era del todo correcto. Frunció los labios y pasó a la siguiente pregunta:

—¿Le quema la piel?

—De momento no.

Lissa miró hacia el gentío y me vio. Ella no podía sentirme a mí tal y como yo podía hacerlo con ella a través del vínculo, pero a veces era como si dispusiese de una percepción extraordinaria de cuándo me encontraba cerca. Tal vez captase mi aura si me acercaba lo suficiente, dado que todos los manipuladores del espíritu afirmaban que el campo de luz que rodeaba a los bendecidos por la sombra era muy distinto.

Dimitri, siempre vigilante, captó su minúsculo movimiento. Dirigió la mirada en busca de lo que la había distraído, me localizó y titubeó un poco en la siguiente pregunta de Reece, que fue:

—¿Se ha fijado en si los ojos se le ponen de color rojo de manera ocasional?

—Pues... —Dimitri se me quedó mirando unos instantes y giró después la cabeza de golpe hacia Reece—. No he tenido muchos espejos en los que mirarme, aunque supongo que mis guardias se habrían percatado, y ninguno de ellos ha dicho nada al respecto.

Muy cerca, uno de los guardianes hizo un leve ruido. Se las arregló por los pelos para mantener el rostro serio, pero me dio la sensación de que él también tenía ganas de reírse de aquella línea tan ridícula que llevaba el interrogatorio. No me acordaba de su nombre, pero, cuando estuve en la corte tiempo atrás, él y Dimitri charlaban y se reían bastante cuando estaban juntos. Si uno de sus viejos amigos estaba empezando a creer que Dimitri volvía a ser un dhampir, eso tenía que ser una buena señal.

El moroi que había al lado de Reece echó un vistazo a su alrededor en un intento por descubrir de dónde había procedido la interrupción, pero no halló nada. Prosiguió el interrogatorio, ahora en referencia a si Dimitri entraría en la iglesia si se lo pidiesen.

—Puedo hacerlo ahora mismo —les dijo—. Iré a misa mañana si así lo quieren.

Reece anotó algo más, preguntándose sin duda si el sacerdote podría empapar a Dimitri de agua bendita.

—Todo esto es una distracción —me dijo al oído una voz que me resultaba familiar—. Humo y artificio. Eso es lo que dice mi tía Tasha —tenía ahora a Christian a mi lado.

—Hay que hacerlo —le respondí entre murmullos—. Tienen que ver que ya no es un strigoi.

—Claro, pero apenas acaban de firmar la ley de rebaja de la edad. La reina ha dado su visto bueno para esto en cuanto ha terminado la sesión del Consejo, porque es algo muy llamativo que centrará la atención de la gente en algo novedoso. Es como se las han arreglado para sacar a todo el mundo del salón de sesiones: «¡Eh, vamos todos a ver el espectáculo de feria!».

Casi pude oír a Tasha diciendo aquello palabra por palabra. No obstante, había algo de verdad en ello. Sentía un conflicto en mi interior. Deseaba que Dimitri estuviese en libertad, lo quería tal y como era antes. Sin embargo, no me hacía ninguna gracia que Tatiana llevase aquello a cabo en su propio beneficio político y no por que de verdad le importase. Tal vez aquello fuese lo más grandioso que había sucedido en nuestra historia, y había de ser tratado como tal. El destino de Dimitri no debía ser un «espectáculo de feria» muy oportuno para apartar la atención de la gente de una ley injusta.

Reece le pedía ahora a Lissa y a Dimitri que describiesen con exactitud lo que habían experimentado la noche del rescate. Me daba la sensación de que se trataba de algo que ya habían contado bastantes veces. Por mucho que Dimitri había mostrado hasta ahora una compostura inofensiva, yo aún sentía en él un pálpito plomizo, la culpa y el tormento por todo lo que había hecho como strigoi. Sin embargo, cuando se volvió hacia Lissa para escuchar cómo contaba su versión de la historia, su rostro se iluminó maravillado. Sobrecogido. Un rostro de adoración.

Me invadieron los celos. Sus sentimientos no tenían nada de romántico, pero daba igual. Lo importante era que a mí me había rechazado,

y a ella la consideraba lo más grande del mundo. A mí me había dicho que no le volviese a dirigir la palabra, y había jurado que haría cualquier cosa por ella. Volví a sentir aquella irascibilidad de cría caprichosa por haber sido tratada de forma injusta. Me negaba a creer que ya no pudiese quererme. No era posible, no después de todo cuanto habíamos pasado juntos él y yo. No después de lo que habíamos sentido el uno por el otro.

—Desde luego que parecen tener una relación muy estrecha —apuntó Christian con un tono de voz suspicaz. No tuve tiempo de decirle que sus preocupaciones eran infundadas, porque quería escuchar lo que Dimitri tenía que decir.

A los demás les resultó complicado seguir el relato de su transformación, en gran medida por lo desconocido que era aún el espíritu. Reece extrajo de allí cuanto pudo y, acto seguido, entregó el testigo del interrogatorio a Hans. El guardián, siempre práctico, no necesitaba de una serie extensa de preguntas. Era un hombre de acción, no de palabras. Tomó una estaca en la mano y le pidió a Dimitri que la tocase. Los guardianes se pusieron alerta a su alrededor, probablemente por si Dimitri intentaba hacerse con ella y liarse a golpes a diestro y siniestro.

En cambio, Dimitri extendió con calma la mano y agarró la parte superior durante varios segundos. Los espectadores contuvieron la respiración a la espera de que se pusiese a gritar de dolor, ya que los strigoi no podían tocar la plata hechizada. Por el contrario, Dimitri parecía aburrido.

Entonces dejó a todo el mundo de una pieza. Retiró la mano y ofreció a Hans el revés de su musculoso antebrazo. Con el tiempo veraniego, Dimitri llevaba una camiseta de manga corta que dejaba aquella porción de piel a la vista.

—Hazme un corte con ella —le dijo a Hans.

Hans arqueó una ceja.

—Si te hago un corte con esto, te va a doler seas lo que seas.

—Sería insoportable si fuese un strigoi —señaló Dimitri. En su rostro había una mirada de dureza y determinación. Era el Dimitri que yo había visto en la batalla, el Dimitri que jamás retrocedía—. Hazlo, y no tengas miramientos conmigo.

Al principio, Hans no reaccionó. Estaba claro que aquel proceder resultaba inesperado. Su semblante se mostró por fin decidido, se lanzó y deslizó la punta de la estaca por la piel de Dimitri. Tal y como él le había

pedido, Hans no se contuvo, la punta llegó hondo, y la sangre manó a borbotones. Varios moroi que no estaban acostumbrados a ver la sangre (a menos que se la estuviesen bebiendo) dejaron escapar un grito ahogado ante tanta violencia. Todos nos inclinamos al frente al unísono.

El rostro de Dimitri mostró sin duda que estaba sintiendo dolor, pero la plata sometida a un hechizo no le dolería sin más a un strigoi, le quemaría. Yo había hecho cortes con una estaca a muchos strigoi, y les había oído chillar a causa del sufrimiento. Dimitri hizo un gesto de dolor y se mordió el labio mientras la sangre le corría por el brazo. Juro que vi en sus ojos el orgullo por su capacidad para mantenerse fuerte al pasar todo aquello.

Cuando resultó obvio que no iban a darle estertores, Lissa extendió la mano hacia él. Sentí cuáles eran sus intenciones: quería sanarle.

—Espera —dijo Hans—. A un strigoi se le curaría esto por sí solo en cuestión de minutos.

Tuve que reconocerle el mérito a Hans. Había llevado a cabo dos pruebas en una sola. Dimitri le miró con cara de agradecimiento, y Hans le correspondió asintiendo con la barbilla. Me di cuenta de que Hans sí lo creía. A pesar de sus fallos, Hans creía de verdad que Dimitri era de nuevo un dhampir. Con eso se había ganado mi afecto eterno, por muchos papeles que me obligase a archivar.

De modo que todos nos quedamos mirando cómo sangraba el pobre Dimitri. Lo cierto es que fue un poco de mal gusto, pero el test funcionó. Resultó obvio para todo el mundo que aquel corte no desaparecía de ninguna de las maneras. Por fin le dieron permiso a Lissa para que lo curase, y eso causó una mayor reacción entre el gentío. Me vi rodeada de murmullos de asombro y de aquellas caras de adoración de una diosa que ponía la gente.

Reece observó a los espectadores.

—¿Quiere alguien añadir alguna pregunta a las nuestras?

Nadie habló. Estaban todos estupefactos ante lo que habían presenciado.

Bueno, alguien tenía que dar un paso al frente. De manera literal.

—Yo —dije al tiempo que avanzaba hacia ellos a grandes zancadas.

No, Rose, me suplicó Lissa.

Dimitri tenía una cara de disgusto equivalente. La verdad es que la tenían prácticamente todos los que había sentados a su alrededor. Cuando la mirada de Reece cayó sobre mí, me dio la sensación de que me estaba

volviendo a ver en el salón del Consejo, llamando a Tatiana «puta mojigata». Apoyé las manos en las caderas sin importarme lo que pensasen. Aquella era mi oportunidad de obligar a Dimitri a hacerme caso.

—Cuando *fuiste* un strigoi —empecé para dejar claro que aquello pertenecía al pasado— tuviste muy buenos contactos. Conocías el paradero de muchos de los strigoi de Rusia y de los Estados Unidos, ¿no es así?

Dimitri me observó detenidamente con la intención de descubrir hacia dónde iba yo.

—Sí.

—¿Lo conoces aún?

Lissa frunció el ceño. Pensaba que sin darme cuenta iba a acusar a Dimitri de seguir en contacto con otros strigoi.

—Sí —dijo él—, siempre que no se haya trasladado ninguno de ellos.

Aquella respuesta se produjo con mayor rapidez. No estaba muy segura de si había adivinado mi táctica o si confiaba en que mi lógica marca Hathaway fuese a parar a algún fin de utilidad.

—¿Compartirías esa información con los guardianes? —le pregunté—. ¿Nos contarías dónde están todos los escondites de los strigoi para que podamos lanzar una ofensiva contra ellos?

Aquello produjo una buena reacción. La búsqueda activa de los strigoi era otro de los temas candentes de debate en aquel momento, con fuertes opiniones encontradas en ambos sentidos. Oí cómo se reiteraban dichas opiniones a mi espalda, entre la multitud, con algunos que decían que estaba sugiriendo un suicidio mientras que otros reconocían que contábamos con una herramienta muy valiosa.

A Dimitri se le iluminaron los ojos. No era la mirada de adoración que dirigía a Lissa, pero me dio igual. Se parecía a las que solíamos compartir en aquellos momentos en que nos entendíamos tan bien el uno al otro que ni siquiera necesitábamos verbalizar lo que estábamos pensando. Aquella conexión surgió entre nosotros como un fogonazo, igual que lo hizo su aprobación... y también su gratitud.

—Sí —respondió con voz firme y sonora—. Os puedo contar todo cuanto sé acerca de los planes y la situación de los strigoi. Me enfrentaré con ellos, o permaneceré en la retaguardia: lo que vosotros queráis.

Hans se incorporó hacia delante en su silla, con expresión de entusiasmo.

—Eso tendría un valor incalculable —más puntos para Hans: estaba del lado de atacar a los strigoi antes de que ellos vinieran a por nosotros.

Reece se puso rojo, o tal vez se estuviese resintiendo del sol. En sus deseos de ver si Dimitri se calcinaba al sol, los moroi se estaban exponiendo a unas condiciones adversas.

—Un momento —exclamó elevando la voz sobre el ruido creciente—. Esa no es una táctica que nosotros hayamos apoyado nunca. Además, siempre podría estar mintiendo...

Sus protestas se vieron interrumpidas por el grito de una voz femenina. Un niño pequeño moroi, de no más de seis años, había irrumpido desde el gentío y había llegado corriendo hasta nosotros. Era su madre quien había gritado. Me desplacé para cortarle el paso al niño, y lo cogí por el brazo. No me daba miedo que Dimitri le hiciese daño, pero sí temía que a su madre le fuese a dar un ataque al corazón. La mujer salió al frente con cara de gratitud.

—Yo tengo preguntas —dijo el niño en voz baja, en un obvio intento de mostrar valentía.

Su madre alargó el brazo para cogerlo, pero yo levanté la mano para detenerla.

—Espere un segundo —le dije a la madre. Miré al niño con una sonrisa—. ¿Qué quieres preguntar? Adelante —detrás de él, el temor se asomaba al rostro de la madre, que miró a Dimitri con cara de angustia—. No dejaré que le pase nada —le susurré, aunque ella no tuviese forma de saber que podía cumplirlo. No obstante, la mujer se quedó donde estaba.

Reece elevó la mirada al cielo.

—Esto es ridíc...

—Si eres un strigoi —le interrumpió el niño en voz muy alta—, entonces, ¿por qué no tienes cuernos? Mi amigo Jeffrey dice que los strigoi tienen cuernos.

La mirada de Dimitri no se dirigió al niño, sino que se fue sobre mí por un momento. Se volvió a encender aquella chispa de complicidad entre nosotros. Acto seguido, con el rostro relajado y serio, Dimitri se giró hacia el niño y le respondió:

—Los strigoi no tienen cuernos. Y, aunque los tuviesen, no importaría, porque yo no soy un strigoi.

—Los strigoi tienen los ojos rojos —le expliqué yo—. ¿Te parece que tiene los ojos de color rojo?

El niño se inclinó hacia delante.

—No, son marrones.

—¿Qué más sabes sobre los strigoi? —le pregunté.

—Tienen colmillos, como nosotros —replicó el crío.

—¿Tienes colmillos? —pregunté a Dimitri con una voz cantarina. Me daba la sensación de que aquella parcela ya estaba superada, pero cobraba un aire nuevo cuando la pregunta se formulaba desde la perspectiva de un niño.

Dimitri le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, una maravillosa sonrisa que me sorprendió con la guardia baja. Aquel tipo de sonrisa era tan extraño en él..., incluso cuando era feliz o se estaba divirtiendo, solo sonreía a medias. Aquella era genuina, y mostró todos sus dientes, tan regulares como los de un humano o un dhampir. Sin colmillos.

El niño parecía impresionado.

—Muy bien, Jonathan —dijo su madre con inquietud—. Ya has preguntado. Ahora, vámonos.

—Los strigoi son superfuertes —prosiguió Jonathan, que tal vez aspirase a futuro abogado—. Nada les hace daño —no me molesté en corregirle por miedo a que quisiera ver cómo una estaca le atravesaba el corazón a Dimitri. Es más, resultaba sorprendente que el propio Reece no lo hubiese solicitado aún. Jonathan clavó su mirada en Dimitri—. ¿Eres tú superfuerte? ¿Te pueden hacer daño?

—Ya lo creo que pueden —respondió Dimitri—. Soy fuerte, pero hay un montón de cosas que me pueden hacer daño.

Y, entonces, en mi papel de Rose Hathaway, le dije al niño algo que no le debería haber dicho.

—Yo creo que deberías darle un puñetazo y comprobarlo tú mismo.

La madre de Jonathan volvió a gritar, pero aquel crío fue rápido, el muy cabroncete, y la esquivó. Salió corriendo hasta Dimitri antes de que nadie se lo pudiese impedir —bueno, yo podía haberlo hecho— y le dio un golpe en la rodilla con su minúsculo puño.

Entonces, con los mismos reflejos que le permitían esquivar el ataque de sus enemigos, Dimitri fingió que se caía de espaldas, como si Jonathan lo hubiera tumbado. Se agarró la rodilla y se puso a quejarse como si le doliese de manera terrible.

Varias personas se rieron, y, por entonces, uno de los guardianes ya había atrapado a Jonathan y se lo había devuelto a su madre, que se

encontraba al borde de la histeria. Mientras se lo llevaban de allí, Jonathan miró hacia atrás por encima del hombro, hacia Dimitri.

—Pues a mí no me parece tan fuerte. Yo creo que no es un strigoi.

Aquello causó más risas, y el tercero de los interrogadores moroi, que había guardado silencio, soltó un bufido y se puso en pie.

—Ya he visto cuanto necesitaba ver. No creo que deba pasearse por ahí sin vigilancia, pero no es un strigoi. Dadle un lugar donde pueda quedarse y mantened a los guardias con él hasta que se tome una nueva decisión.

Reece saltó.

—Pero...

El otro hombre le hizo un gesto de desprecio.

—No perdamos más tiempo. Hace calor, y quiero irme a la cama. Con esto no quiero decir que entienda lo que ha sucedido, pero ese es el menor de nuestros problemas ahora que tenemos a medio Consejo queriendo arrancarle la cabeza al otro medio por el decreto sobre la edad. De ser algo, lo que hemos visto hoy es bueno... milagroso, incluso. Podría alterar nuestra manera de vivir. Informaré a Su Majestad.

Y, con esas, el grupo comenzó a dispersarse, aunque algunos tuviesen cara de asombro. Ellos también estaban empezando a darse cuenta de que si lo que le había sucedido a Dimitri era real, entonces todo lo que siempre habíamos sabido sobre los strigoi estaba a punto de cambiar. Los guardianes permanecieron con Dimitri, por supuesto, mientras él y Lissa se ponían en pie. Yo me dirigí de inmediato hacia ellos dispuesta a deleitarme con nuestra victoria. Cuando le «tumbó» el puñetazo de Jonathan, Dimitri me dirigió una pequeña sonrisa, y me había dado un vuelco el corazón. Entonces supe que estaba en lo cierto, que él aún sentía algo por mí. Ahora, sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, aquella compenetración había desaparecido. Al verme caminar hacia ellos, la expresión del rostro de Dimitri se volvió fría y prevenida de nuevo.

Rose, me dijo Lissa a través del vínculo. *Vete. Déjale en paz.*

—Ni de coña —dije, tanto en respuesta para ella en voz alta como dirigiéndome a él—. Acabo de apoyar vuestra causa.

—Ya nos iba muy bien sin ti —dijo Dimitri con aire estirado.

—Ah, ¿sí? —no me podía creer lo que estaba oyendo—. Pues parecías bastante agradecido hace apenas dos minutos, cuando se me ha ocurrido la idea de que nos ayudes contra los strigoi.

Dimitri se volvió hacia Lissa. Mantuvo la voz baja, pero pude oírla.

—No quiero verla.

—¡Tienes que hacerlo! —exclamé. Algunos de los que ya se estaban marchando se detuvieron para ver a qué venía el jaleo—. No puedes ignorarme.

—Haz que se vaya —masculló Dimitri.

—No me v...

¡ROSE!

Lissa gritó dentro de mi cabeza y me hizo cerrar la boca. Aquellos ojos de jade me atravesaron y me obligaron a bajar la mirada. *¿Quieres ayudarle o no? ¡Si te quedas aquí y le gritas, solo vas a hacer que se enfade más! ¿Es eso lo que quieres? ¿Es eso lo que quieres que vea la gente? ¿Quieres que vean cómo se enfada y te contesta a gritos solo para que tú no te sientas invisible? Es necesario que le vean tranquilo. Tienen que verle... normal. Es cierto, acabas de ayudarle, pero si no te vas de aquí ahora mismo, vas a estropearlo todo.*

Me quedé mirándolos a los dos aterrorizada, con el corazón que se me salía del pecho. Las palabras de Lissa habían sonado en mi cabeza, pero fue como si se me hubiese acercado airada y me hubiera reñido a gritos. Mi genio se alteró todavía más. Quería ir y ponerme a despotricar contra ellos dos, pero la verdad que había en sus palabras consiguió permear mi ira. Montar una escena no ayudaría a Dimitri. ¿Era justo que me quisieran lejos? ¿Era justo que ahora se aliasen ellos dos y no hicieran el menor caso de lo que acababa de hacer? No, pero no iba a dejar que mi orgullo herido fastidiase lo que había logrado. La gente tenía que aceptar a Dimitri.

Lancé a ambos una mirada que dejaba bien claro cómo me sentía y me largué con paso decidido. Los sentimientos de Lissa se transformaron inmediatamente en empatía a través del vínculo, pero les bloqueé el paso. No quería oírlo.

Apenas acababa de dejar atrás los terrenos de la iglesia cuando me encontré con Daniella Ivashkov. El sudor estaba empezando a estropearle su maquillaje tan maravillosamente bien aplicado, y eso me hizo pensar que ella también había estado allí fuera durante un buen rato, presenciando el espectáculo de Dimitri. Al parecer había un par de amigas con ella, pero mantuvieron la distancia y se quedaron charlando entre sí cuando ella se detuvo conmigo. Me tragué la ira y recordé que Daniella no había hecho nada para cabrearme. Forcé una sonrisa.

—Hola, Lady Ivashkov.

—Daniella —dijo con amabilidad—. Nada de títulos.

—Lo siento. Me sigue resultando muy raro.

Señaló con la barbilla en dirección al lugar donde Lissa y Dimitri se estaban despidiendo de sus guardias.

—Te acabo de ver ahí. Creo que le has sido de ayuda. El pobre Reece se ha puesto bastante nervioso.

Recordé que Reece era uno de sus familiares.

—Oh..., lo siento. No pretendía...

—No te disculpes. Reece es mi tío, pero, en este caso, creo en lo que dicen Vasilisa y el señor Belikov.

A pesar de lo mucho que me acababa de enfadar Dimitri, mis instintos se sentían ofendidos por la omisión de su título de guardián. No obstante, teniendo en cuenta la actitud de Daniella, era algo que le podía perdonar.

—¿Que... que crees que Lissa le ha sanado? ¿Crees que se puede revertir a un strigoi? —me estaba dando cuenta de que eran muchos los que lo creían. El gentío lo acababa de manifestar, y Lissa ya se estaba forjando un grupo de devotos seguidores. De algún modo, mi manera de pensar siempre tendía a asumir que toda la realeza estaba en mi contra. La sonrisa de Daniella se volvió sarcástica.

—El elemento que domina mi propio hijo es el espíritu. Una vez aceptado eso, tuve que aceptar muchas otras cosas que no creí que fueran posibles.

—Supongo que sí —admití. Reparé en que, detrás de ella, había un moroi de pie junto a unos árboles. Sus ojos se fijaban en nosotras de vez en cuando, y casi habría jurado que yo lo había visto antes. Las siguientes palabras de Daniella volvieron a atraer mi atención sobre ella.

—Hablando de Adrian... Fue a buscarte hace un rato. Sé que te lo estoy contando con muy poca antelación, pero unos parientes de Nathan van a dar un cóctel nocturno dentro de una hora, y Adrian quería que fueses —otra fiesta. ¿Era eso lo único a lo que se dedicaba todo el mundo en la corte? Masacres, milagros... qué más daba. Todo valía con tal de dar una fiesta, pensé con amargura.

Es probable que estuviese con Ambrose y con Rhonda cuando Adrian me estuvo buscando. Resultaba interesante. Al hacer de intermediaria para pasarme la invitación, Daniella me estaba diciendo también que quería que fuese. Por desgracia, me costaba mucho estar receptiva para aquello. Si era

la familia de Nathan, se refería a los Ivashkov, y ellos no se mostrarían tan amigables.

—¿Estará allí la reina? —pregunté con suspicacia.

—No, tiene otros compromisos.

—¿Estás segura? ¿No habrá ninguna visita inesperada?

Se rio.

—No, estoy segura. Se rumorea que teneros a las dos juntas en la misma habitación... no es muy buena idea.

No me podía ni imaginar las historias que correrían por ahí sobre mi actuación ante el Consejo, en particular dado que el padre de Adrian había estado allí para presenciarlo.

—No, no después de aprobar esa ley. Lo que ha hecho... —la ira que había sentido antes volvía a refulgir—. Es imperdonable.

Aquel tipo raro seguía esperando junto al árbol. ¿Por qué?

Daniella no confirmó ni tampoco negó mi afirmación, y me pregunté cuál sería su postura al respecto de la cuestión.

—Sigue sintiendo mucho aprecio por ti.

Me burlé.

—Me cuesta creerlo —por lo general, la gente a la que le gritabas en público no solía sentir «aprecio» por ti, y hasta la fría compostura de Tatiana había comenzado a resquebrajarse hacia el final de nuestra discusión.

—Es cierto. Esto se pasará, y puede que haya incluso una posibilidad de que te asignen como guardián de Vasilisa.

—No lo puedes decir en serio —exclamé. Había sido muy torpe por mi parte. Se diría que Daniella Ivashkov no era muy bromista, pero es que yo estaba convencida de que me había pasado de la raya con Tatiana.

—Después de todo lo que ha ocurrido, no quieren desperdiciar a los buenos guardianes. Además, ella no desea que haya ningún tipo de animosidad entre vosotras.

—¿En serio? ¡Pues lo que yo no deseo son sus sobornos! Si cree que sacando a Dimitri y paseándome por delante de las narices un trabajo con la realeza va a conseguir que cambie de opinión, se equivoca. Es una lianta, una mentirosa...

Me detuve en seco. Había elevado la voz lo suficiente como para que se quedasen mirando las amigas de Daniella, que no estaban muy lejos. Y

tampoco quería soltar delante de Daniella todos los calificativos que pensaba que se merecía Tatiana.

—Lo siento —le dije. Me esforcé con la cortesía—. Dile a Adrian que iré a la fiesta... pero ¿de verdad quieres tú que vaya? Después de haber estropeado la ceremonia de anoche, y después de, mmm, otras cosas que he hecho...

Me hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo que sucedió en la ceremonia es tan culpa de Adrian como tuya. Sucedió, y Tatiana lo dejó pasar. Esta fiesta es algo mucho más desenfadado, y, si él te quiere allí, yo le quiero a él feliz.

—Voy a darme una ducha y a cambiarme, y le veo en tu casa dentro de una hora.

Tuvo el tacto suficiente como para ignorar mi anterior arrebato.

—Maravilloso. Sé que le hará muy feliz saberlo.

Omití decirle que a mí me hacía feliz la idea de exhibirme delante de unos cuantos Ivashkov con la esperanza de que eso le llegase a Tatiana. Ya no creía ni por un segundo que ella aceptase realmente lo que había entre Adrian y yo, ni tampoco que fuese a permitir que se olvidase mi arrebato. Y, la verdad, tenía ganas de ver a Adrian. Últimamente no habíamos contado con mucho tiempo para charlar.

Una vez se hubieron marchado Daniella y sus amigas, me imaginé que era el momento de llegar al fondo de las cosas. Me fui directa hacia el moroi que había estado merodeando, y me apoyé las manos en las caderas.

—Muy bien —dije con voz firme—. ¿Quién eres tú y qué es lo que quieres?

Solo era unos pocos años mayor que yo, y no pareció inmutarse ante mi actitud de chica dura. Torció el gesto con una sonrisa, y de nuevo me puse a pensar en dónde le había visto.

—Tengo un mensaje para ti —dijo—. Y unos regalos.

Me entregó un bolsón. Miré en su interior y encontré un ordenador portátil, unos cables y varias hojas de papel. Me quedé mirándole con cara de incredulidad.

—¿Esto qué es?

—Algo con lo que te tienes que dar prisa... y que no se entere nadie. La nota te lo explicará todo.

—¡Conmigo no juegues a las películas de espías! No voy a hacer nada hasta que tú... —localicé su cara. Le había visto en St. Vladimir, en los días

de mi graduación, siempre merodeando en segundo plano. Solté un gruñido al comprender de repente aquel secretismo... y la actitud chulesca—. Trabajas para Abe.

Veinticuatro

EL moroi sonrió.

—Haces que suene como si fuera algo malo.

Torcí el gesto y volví a echar un vistazo dentro de la bolsa del ordenador. Esta vez lo miré con otros ojos.

—¿Qué está pasando aquí?

—Yo soy el mensajero. Me limito a hacer recados para el señor Mazur.

—¿Es esa la manera políticamente correcta de decir que espías para él?, ¿que te dedicas a descubrir los secretos sucios de la gente para que él los pueda utilizar contra ellos y seguir jugando a lo suyo? —Abe parecía saberlo todo de todo el mundo, en especial dentro del entorno político de la realeza. ¿De qué manera iba a conseguirlo sin tener ojos y oídos en todas partes, como por ejemplo en la corte? Hasta donde yo sabía, había hecho que me pusieran micrófonos en la habitación.

—Espiar suena muy feo —me fijé en que el tío no lo había negado—. Además, paga muy bien, es un buen jefe —hecho su trabajo, me dio la espalda para marcharse, pero me lanzó una última advertencia—. Como te he dicho, el tiempo es vital. Lee esa nota en cuanto puedas.

Casi se me ocurrió tirársela a la cara. Estaba acostumbrándome a la idea de ser la hija de Abe, pero eso no significaba que quisiera que me liase en una de sus disparatadas confabulaciones. Una bolsa con material informático no era un buen augurio.

No obstante, me apresuré a llevármela a mi habitación y vacié el contenido sobre la cama. Había unas hojas de papel, y la primera de ellas era una carta mecanografiada.

Rose:

Espero que Tad haya podido entregarte esto a tiempo, y espero que no te hayas portado demasiado mal con él. Hago esto en nombre de alguien que quiere hablar contigo sobre un asunto urgente. Sin embargo, se trata de una conversación que nadie más debe oír. El portátil y el módem vía satélite que hay en la bolsa te permitirán mantener una charla privada, siempre y cuando tú te encuentres en un lugar privado. He incluido las instrucciones para configurarlo paso a paso. El encuentro se producirá a las 7 a. m.

No había ningún nombre al final, pero tampoco lo necesitaba. Dejé la carta y me quedé mirando la maraña de cables. Quedaba menos de una hora para las siete.

—Venga *ya*, viejo —exclamé.

En defensa de Abe, hay que decir que los papeles adjuntos contenían indicaciones muy básicas que no requerían de la intervención de un ingeniero informático. El único problema consistía en que eran muchas; detallaban dónde iba cada cable, con qué contraseña entrar, cómo configurar el módem y cosas por el estilo. Me pensé por un instante no hacer caso de nada de aquello. Sin embargo, que alguien como Abe utilizara la palabra «urgente» me convenció de que tal vez no debería darme tanta prisa por desestimar aquello.

De manera que me preparé para hacer alguna que otra acrobacia técnica y me puse a seguir sus instrucciones. Me llevó casi todo el tiempo de que disponía, pero conseguí enganchar el módem y la cámara y acceder al programa de seguridad que me permitiría realizar una videoconferencia con el contacto misterioso de Abe. Terminé con unos pocos minutos de margen y esperé observando la ventana negra en el centro de la pantalla y preguntándome en qué me habría metido.

A las siete en punto, la ventana cobró vida, y surgió un rostro conocido... e inesperado.

—¿Sydney? —pregunté sorprendida.

El vídeo se entrecortaba ligeramente, igual que con la mayoría de las conexiones a Internet, pero ahí estaba el rostro de mi (más o menos) amiga Sydney Sage, que me devolvía la sonrisa. La suya era un tanto inexpresiva, pero eso era típico en ella.

—Buenos días —me dijo mientras sofocaba un bostezo. Por el estado de su media melena rubia, era probable que acabase de salir de la cama. Aun con aquella baja resolución, el tatuaje de la flor dorada resplandecía en su mejilla. Todos los alquimistas llevaban el mismo tatuaje, que estaba hecho con tinta y con sangre moroi, y dotaba al portador de la buena salud y la longevidad de estos. También incluía una pequeña dosis de coerción para evitar que la sociedad secreta de los alquimistas revelase nada indebido acerca de los vampiros.

—Noches —le dije—, no días.

—Podemos dedicarnos a discutir sobre vuestro retorcido y condenado horario en cualquier otro momento —me dijo—. Ese no es el motivo por el

que estoy aquí.

—¿Para qué estás aquí? —le pregunté, aún sorprendida de verla. Los alquimistas hacían su trabajo casi a regañadientes y, aunque a Sydney yo le caía mejor que a la mayoría de los moroi y los dhampir, tampoco era de las que hacían llamadas (o videollamadas) de cortesía—. Espera..., no puedes estar en Rusia. No si para ti es por la mañana... —intenté recordar el cambio horario. Sí, para los humanos allí, el sol debía de estar oculto, o a punto de ponerse ahora mismo.

—He regresado a la madre patria —dijo fingiendo un cierto aire de grandeza—. He conseguido un nuevo destino en Nueva Orleans.

—Vaya, eso es genial —Sydney odiaba estar destinada en Rusia, pero a mí me había dado la impresión de que se quedaría allí hasta que terminase su trabajo como alquimista—. ¿Cómo lo has conseguido?

Su ligera sonrisa se convirtió en una cara de incomodidad.

—Bueno, digamos que Abe, mmm, pues me hizo algo así como un favor. Lo hizo posible.

—¿Hiciste un trato con él? —Sydney sí que debía de odiar Rusia, y las influencias de Abe sí que debían de llegar bien lejos si era capaz de influir en una organización de humanos—. ¿Qué le diste tú a cambio? ¿Tu alma? —gastarle una broma como aquella a alguien tan religioso como ella no había sido apropiado. Por supuesto, yo creía que ella pensaba que los moroi y los dhampir devoraban las almas, así que tal vez mi comentario no fuera tan desencaminado.

—Esa es la cuestión —dijo—, que fue uno de esos acuerdos en plan «ya te lo diré yo cuando necesite que tú me hagas un favor a mí».

—Pardilla.

—Oye —saltó ella—, que no tengo por qué hacer esto. Al hablar contigo, es a ti en realidad a quien le estoy haciendo el favor.

—Y ¿por qué estás hablando conmigo, exactamente? —quería preguntarle más acerca de su pacto abierto con el mismísimo diablo, pero me imaginé que eso provocaría una desconexión.

Suspiró y se quitó parte del pelo de la cara.

—Tengo que preguntarte algo, y te juro que no me voy a chivar... Solo necesito saber la verdad para que no sigamos perdiendo el tiempo con una cuestión.

—Muy bien... —«Por favor, que no me pregunte por Victor», recé.

—¿Te has colado últimamente en algún sitio?

Maldición. Mantuve una cara de una absoluta neutralidad.

—¿Qué quieres decir?

—Hace poco que nos han robado ciertos informes a los alquimistas —se explicó. Su expresión era muy seria ahora—. Y todo el mundo está como loco intentando descubrir quién lo ha hecho... y por qué.

Mentalmente, solté un suspiro de alivio. Muy bien, aquello no iba de Tarasov. Gracias a Dios, había un delito del que yo no era la culpable. Entonces me percaté de todo lo que sus palabras implicaban. Me quedé estupefacta.

—Espera, a vosotros os roban, ¿y es de mí de quien sospecháis? Creía que yo no estaba en vuestra lista de criaturas malignas.

—Ningún dhampir se libra de aparecer en mi lista de criaturas malignas —me dijo, con su media sonrisa de regreso, aunque no era capaz de decir si estaba de broma o no. Se desvaneció a toda prisa, y dejó bien clara la importancia que tenía aquello para ella—. Y, créeme, de haber alguien capaz de colarse en nuestros archivos, podrías ser tú. No es fácil, prácticamente imposible.

—Mmm... ¿gracias? —no tenía muy claro si me debía sentir halagada o no.

—Por supuesto —prosiguió con tono de burla—, solo se llevaron informes en papel, lo cual es estúpido. Hoy en día todo tiene ya una copia de respaldo digital, así que no estoy segura de por qué se habrán dedicado a escarbar en unos archivadores antediluvianos.

Yo podía darle unas cuantas razones del porqué, pero era más importante conocer el motivo por el que yo era su sospechosa número uno.

—Es una estupidez. ¿Y por qué piensas que yo lo haría?

—Por lo que han robado: información acerca de un moroi llamado Eric Dragomir.

—¿Un... qué?

—Está entre tus amistades, ¿no? Su hija, quiero decir.

—Sí... —casi me había quedado sin habla. Casi—. ¿Tenéis informes sobre los moroi?

—Tenemos informes acerca de todo —dijo con orgullo—. El caso es que cuando me puse a pensar en quién cometería un delito así y además estaría interesado en un Dragomir..., bueno, tu nombre me vino a la cabeza.

—Yo no he sido. He hecho muchas cosas, pero no esa. Ni siquiera sabía que teníais ese tipo de informes.

Sydney me miraba con cara de suspicacia.

—¡Es la verdad! —añadí.

—Como te acabo de decir, no te voy a delatar. En serio, Rose. Solo quiero saberlo para poder decirle a la gente que deje de perder el tiempo siguiendo ciertas pistas —su suficiencia se moderó—. Y, bueno, si fuiste tú..., tengo que desviar la atención de ti. Se lo he prometido a Abe.

—No sé qué hace falta para que me creas, ¡yo no he sido! Pero sí que quiero saber quién lo ha hecho. ¿Qué se han llevado? ¿Todo lo que teníais sobre él?

Se mordió la lengua. El hecho de que le debiese un favor a Abe podría significar que ella llegase a actuar a espaldas de su propia gente, pero, por lo visto, el alcance de su traición tenía sus límites.

—¡Vamos! Si tenéis copias digitales, tenéis que saber qué se han llevado. Estamos hablando de Lissa —se me ocurrió una idea—. ¿Podrías enviarme una copia?

—No —dijo de inmediato—. En absoluto.

—Entonces, por favor..., ¡dame solo una pista de lo que buscaban! Lissa es mi mejor amiga. No puedo permitir que le pase nada.

Me preparé para una negativa. Sydney no parecía muy afable. ¿Tendría amigos? ¿Sería capaz de entender cómo me sentía?

—Información sobre su vida, principalmente —me dijo por fin—. Algo sobre su historia y nuestros operativos de vigilancia.

—¿Vigil...? —lo dejé estar, después de decidir que no quería saber más de lo que me correspondía al respecto de que los alquimistas nos espiasen —. ¿Algo más?

—Informes financieros —frunció el ceño—. En especial, sobre unas grandes cantidades que ingresaba en una cuenta corriente de Las Vegas. Unos ingresos que intentó ocultar todo lo que pudo.

—¿Las Vegas? Acabo de volver de allí... —tampoco es que aquello importase.

—Lo sé —me dijo—. He visto algunas escenas de tu escapada en las grabaciones de seguridad del Witching Hour. El hecho de que te largases de esa manera fue en parte lo que me hizo sospechar de ti. Parecía encajar —vaciló—. El tío con el que estabas..., el moroi alto con el pelo oscuro..., ¿es tu novio?

—Mmm, sí.

Le costó un rato y un gran esfuerzo reconocer su siguiente afirmación.

—Es mono.

—¿Para una malvada criatura de la noche?

—Por supuesto —vaciló de nuevo—. ¿Es cierto que os fuisteis para casaros?

—¿Qué? ¡No! ¿Es que también os llegan a vosotros esas historias? —negué con la cabeza, casi riéndome por lo ridículo que era todo aquello, pero consciente de que había de volver sobre los hechos—. De manera que Eric tenía una cuenta en Las Vegas en la que iba depositando dinero, ¿no?

—No era suya. Estaba a nombre de una mujer.

—¿Qué mujer?

—Ninguna..., bueno, ninguna a la que le podamos seguir la pista. Estaba inscrita con el típico «Jane Doe».

—Qué original —mascullé—. ¿Por qué haría tal cosa?

—No lo sabemos. En realidad, no nos importa. Solo queremos saber quién ha entrado y se ha llevado nuestros papeles.

—Lo único que yo sé de eso es que no he sido yo —le dije, y al ver cómo me estudiaba su mirada, levanté las manos—. ¡Vamos! Si hubiese querido saber algo de él, le habría preguntado a Lissa, sin más. O habría robado nuestros propios informes.

Transcurrieron unos segundos de silencio.

—Muy bien. Te creo —me dijo.

—¿En serio?

—¿Es que no quieres que te crea?

—No, es que convencerte ha sido más fácil de lo que pensaba —dije, y Sydney suspiró—. Quiero saber más sobre esos informes —le dije decidida —. Quiero saber quién es Jane Doe. Si pudieras conseguirme más documentos...

Sydney me dijo que no con la cabeza.

—De eso nada. Aquí es donde te cierro el grifo. Tú ya sabes demasiado. Abe quería que te mantuviese apartada del problema, y ya lo he hecho. He cumplido con mi parte.

—No creo que Abe vaya a dejar que te escapes tan fácilmente. No si tu acuerdo con él fue tan abierto.

No lo reconoció, pero la expresión de sus ojos marrones me hizo pensar que estaba de acuerdo.

—Buenas noches, Rose. O días. O lo que sea.

—Espera, es que...

La pantalla se quedó en negro.

—Mierda —mascullé y cerré el portátil con más fuerza de la que debía.

Cada fragmento de la conversación había resultado impactante, empezando por la propia Sydney para acabar con que alguien hubiese robado unos informes de los alquimistas sobre el padre de Lissa. ¿Por qué se preocuparía alguien por un hombre que ya estaba muerto? ¿Y por qué robar siquiera los informes? ¿Para enterarse de algo? ¿O para intentar ocultar algo? Si esta última opción era cierta, entonces Sydney tenía razón en que el esfuerzo había sido en vano.

Volví a repasarlo todo mentalmente mientras me preparaba para irme a la cama, observando mi imagen en el espejo al cepillarme los dientes. ¿Por qué, por qué, por qué? ¿Por qué hacer eso? ¿Y quién? No necesitaba de más intrigas en mi vida, pero había que tomarse muy en serio cualquier cosa que implicase a Lissa. Por desgracia, enseguida me quedó claro que esa noche no descubriría nada, y me quedé dormida dándole vueltas a todas aquellas preguntas en la cabeza.

A la mañana siguiente me desperté con una sensación algo menos abrumadora, aunque aún necesitaba respuestas. Me debatí al respecto de si hablar con Lissa o no sobre el tema del que me había enterado, y por fin decidí que debía hacerlo. Si alguien andaba recopilando información sobre su padre, ella tenía el derecho de saberlo, y, además, aquello no tenía nada que ver con los rumores sobre sus...

Un pensamiento me asaltó en pleno proceso de frotarme el champú en la cabeza. Anoche estaba demasiado cansada y sorprendida como para hilar juntas las piezas. Aquel tipo del Witching Hour nos había contado que el padre de Lissa iba mucho por allí. Ahora resultaba que los informes de Sydney decían que ingresaba importantes sumas de dinero en una cuenta de Las Vegas. ¿Una coincidencia? Tal vez. Pero, conforme pasaba el tiempo, estaba empezando a dejar de creer en las coincidencias.

Una vez presentable, salí camino de la zona de la corte donde se alojaba Lissa... pero no llegué muy lejos. Adrian me estaba esperando en el piso de abajo, en el vestíbulo de mi edificio, repanchingado en una butaca.

—Un poco temprano para ti, ¿no te parece? —bromeé al detenerme delante de él.

Esperaba una sonrisa por respuesta, pero Adrian no parecía demasiado alegre esa mañana. Es más, su aspecto era, digamos, desaliñado. No llevaba

el pelo cuidado al detalle, como solía él, y la ropa —de inusual elegancia para esa hora del día— estaba arrugada. Lo envolvía el aroma de los cigarrillos de clavo.

—Es fácil llegar temprano cuando no has dormido mucho —respondió él—. Me he quedado despierto casi toda la noche, esperando a alguien.

—¿Esperando a...? Oh, Dios —la fiesta. Se me había olvidado por completo la fiesta a la que su madre me había invitado. Abe y Sydney me habían distraído—. Adrian, cuánto lo siento.

Hizo un gesto de indiferencia y no me tocó cuando me senté en el brazo de su butaca.

—Olvídalo. La verdad es que debería dejar de sorprenderme. Estoy empezando a darme cuenta de que me he estado engañando a mí mismo.

—No, no, si iba a ir, pero entonces, no te vas a creer lo que...

—Ahórratelo, por favor —su voz era de hastío, los ojos enrojecidos—. No es necesario. Mi madre me dijo que te vio en el interrogatorio de Dimitri.

Fruncí el ceño.

—Pero ese no es el motivo por el que me he perdido la fiesta. Había un tío...

—Esa no es la cuestión, Rose. La cuestión es que sí que sacaste tiempo para eso... y para ir a verlo a su celda, si lo que he oído es cierto. Sin embargo, no te pudiste tomar la molestia de aparecer en algo que dijiste que harías conmigo..., ni siquiera de enviarme un mensaje. Eso era todo cuanto tenías que hacer: decirme que no podías venir. Me he tirado una hora esperándote en casa de mis padres, hasta que he tirado la toalla.

Iba a empezar a decirle que él se podía haber puesto en contacto conmigo, pero, honestamente, ¿por qué tendría que hacerlo? No era su responsabilidad. Fui yo quien le dijo a Daniella que me encontraría con él allí. Había sido culpa mía por no aparecer.

—Adrian, lo siento —le cogí la mano, pero él no apretó la mía—. De verdad, quería ir, pero...

—No —me volvió a interrumpir—. Desde que regresó Dimitri..., no, borra eso. Desde que te obsesionaste con transformarle, te has mostrado indecisa conmigo. Da igual lo que haya pasado entre nosotros, tú jamás te has entregado a nuestra relación. Quería creer lo que tú me dijiste, creí que estabas preparada... pero no lo estabas.

En mis labios se formó una protesta, aunque la reprimí una vez más. Tenía razón. Dije que le daría una oportunidad sincera al hecho de salir con él, e incluso me había dejado caer en el cómodo papel de ser su novia, solo que durante todo el tiempo... Todo el tiempo, una parte de mí se moría por culpa de Dimitri. Yo también me había dado cuenta, pero había seguido viviendo dos vidas separadas. Me vino a la cabeza una extraña sensación de revivir el pasado con Mason. Había llevado la misma doble vida con él, y él había muerto por ello. Estaba hecha un lío. No entendía mi propio corazón.

—Lo siento —volví a decirle—, de verdad quiero que tengamos algo... —aquellas palabras me sonaron penosas incluso a mí. Adrian me miró con una sonrisa de complicidad.

—No me lo creo. Ni tú tampoco —se puso en pie y se pasó la mano por el pelo, aunque no consiguiera mucho con ello—. Si de verdad quieres estar conmigo, esta vez tienes que ir en serio.

Odiaba verle tan desolado. Y, en especial, odiaba ser la causa. Le seguí hasta la puerta.

—Adrian, espera. Sigamos hablando.

—Ahora no, mi pequeña dhampir. Necesito echarme un rato. Ahora mismo no tengo la cabeza para seguir jugando a esto.

Podía haberme ido detrás de él. Podía haberme abalanzado sobre él y tirarle al suelo, pero no habría merecido la pena... porque no contaba con respuestas que ofrecerle. Tenía razón en todo, y yo no tenía ningún derecho a obligarle a hablar mientras no fuese capaz de aclarar mi propia confusión. Además, considerando el estado en que se encontraba, dudaba mucho que cualquier conversación hubiera sido productiva.

No obstante, cuando empezaba a salir del edificio, no pude evitar pronunciar mis siguientes palabras.

—Antes de que te vayas, y entiendo los motivos por los que debes hacerlo, hay algo que me gustaría pedirte. Algo que no tiene que ver con nosotros. Afecta a... Lissa.

Aquello hizo que se detuviese lentamente.

—Siempre favores —con un suspiro de hastío, volvió la cabeza para mirarme por encima del hombro—. Que sea rápido.

—Alguien se ha metido en los archivos de los alquimistas y les ha robado información sobre el padre de Lissa. Una parte no eran más que cosas corrientes sobre su vida, pero había ciertos documentos sobre unos

ingresos secretos que hacía en una cuenta corriente de Las Vegas. Una cuenta a nombre de una mujer.

Adrian aguardó unos instantes.

—¿Y?

—Y estoy intentando descubrir por qué alguien haría algo así. No quiero que nadie ande husmeando acerca de su familia. ¿Se te ocurre alguna idea de qué podría estar haciendo su padre?

—Ya oíste al tío del casino. Su padre iba mucho por allí. Tal vez tuviese deudas de juego y estuviera pagando a algún usurero.

—Siempre ha habido dinero en la familia de Lissa —señalé—. No podría haber llegado a deber tanto. Y, ¿por qué le importaría a nadie esa información lo bastante como para robarla?

Adrian alzó las manos.

—No lo sé. Eso es todo lo que se me ocurre, al menos a esta hora de la mañana. No tengo las neuronas para intrigas. Aun así, no soy capaz de imaginarme que nada de esto pueda suponer una amenaza para Lissa.

Asentí decepcionada.

—Vale. Gracias.

Siguió su camino, y observé cómo se marchaba. Lissa vivía cerca de él, y yo no quería que Adrian pensase que le estaba siguiendo. Una vez hubo puesto la suficiente distancia entre nosotros, salí también al exterior y me encaminé en la misma dirección. El débil sonido de las campanas me hizo detenerme. Vacilé, sin tener muy claro de repente hacia dónde ir.

Quería hablar con Lissa y contarle lo que me había dicho Sydney. Para variar, ella estaba sola; era la oportunidad perfecta. Y, aun así... las campanas. Era domingo por la mañana. La misa estaba a punto de comenzar en la iglesia de la corte. Tuve una corazonada al respecto de algo, y, a pesar de todo cuanto había sucedido —incluido lo de Adrian— tenía que ver si estaba en lo cierto.

De modo que salí corriendo hacia la iglesia, en dirección contraria al edificio de Lissa. Cuando llegué, las puertas estaban cerradas, pero había otros rezagados que intentaban pasar sin hacer ruido. Entré con ellos y me detuve para orientarme. El ambiente estaba cargado con nubes de incienso y, procedente del sol, me costó un momento que la vista se me acostumbrase a la luz de las velas. Dado que aquella iglesia era gigantesca al lado de la capilla de St. Vladimir, congregaba a mucha más gente de la

que estaba acostumbrada a ver en misa. La mayoría de los bancos estaban repletos.

Pero no todos ellos.

Se había confirmado mi corazonada. Dimitri se encontraba sentado en uno de los últimos bancos. Unos cuantos guardianes se sentaban cerca de él, por supuesto, pero eso era todo. Aun atestada la iglesia, nadie más se había sentado en su banco. Reece le había preguntado a Dimitri el día antes si entraría en la iglesia, y él había ido un paso más lejos diciendo incluso que asistiría al servicio dominical.

El sacerdote ya había comenzado a hablar, así que me desplacé hasta el banco de Dimitri con el menor ruido posible. No obstante, el silencio fue lo de menos, porque aun así atraje bastante atención de la gente que había cerca y se quedaba sorprendida de ver que me sentaba al lado del strigoi convertido en dhampir. Las miradas me seguían, y se iniciaron varias conversaciones en murmullos.

Los guardianes habían dejado algo de espacio cerca de Dimitri, y, cuando me senté a su lado, la expresión de su rostro fue al mismo tiempo de sorpresa y de que aquello no le sorprendía tanto.

—No lo hagas —me dijo en un susurro—. No empieces, aquí no.

—Ni se me ocurriría, camarada —le respondí en voz baja—. He venido por el bien de mi alma, eso es todo.

No hacía falta que dijese una palabra para trasladarme sus dudas de que me encontrara allí por motivos religiosos. No obstante, permanecí en silencio durante todo el servicio. Hasta yo tenía mis límites. Pasados varios minutos, se relajó un poco la tensión en el cuerpo de Dimitri. Cuando me uní a él se había puesto en guardia, pero debió de acabar por decidir que me portaría bien. Su atención se apartó de mí, se centró en los cantos y en las oraciones, y yo hice todo lo que pude para observarle sin resultar muy obvia.

Dimitri solía ir a la capilla de la academia porque le daba paz. Él siempre me decía que, aunque las muertes que causaba destruían el mal en el mundo, aun así sentía la necesidad de ir a meditar sobre su vida y buscar el perdón de sus pecados. Al verle ahora, comprendí que aquello era más cierto que nunca.

Su expresión era de una belleza exquisita. Estaba tan acostumbrada a verle ocultar las emociones, que resultaba un poco sorprendente que de pronto hubiese tantas en su rostro. Se hallaba absorto en las palabras del

sacerdote, sus maravillosas facciones completamente concentradas, y me percaté entonces de que estaba aplicándose a sí mismo todo cuanto el sacerdote decía acerca del pecado. Dimitri estaba reviviendo todas las cosas horribles que había hecho como strigoi. Por la desesperación de su rostro, se diría que el propio Dimitri en persona era el responsable de todos los pecados del mundo de los que hablaba el sacerdote.

Por un segundo creí haber visto también esperanza en la expresión de su cara, apenas una chispa entremezclada con la culpa y el dolor. No, me di cuenta de que no. No era esperanza. La esperanza implica que uno crea tener una oportunidad de alcanzar algo. Lo que vi en Dimitri era anhelo. Añoranza. El deseo de que al estar allí, en aquel lugar sagrado, y escuchar los mensajes que se ofrecían pudiera encontrar la redención de lo que había hecho. Y, sin embargo..., al mismo tiempo, estaba claro que no lo creía posible. Lo quería, pero, en lo que a él se refería, nunca iba a conseguirlo.

Me dolía ver aquello en él. No sabía cómo reaccionar ante una actitud tan sombría. Dimitri pensaba que no había esperanza para él. ¿Y yo? Yo no era capaz de imaginar un mundo sin esperanza.

Tampoco me habría imaginado nunca que citaría algo aprendido en la iglesia, pero, cuando el resto de la gente se puso en pie para ir a recibir la comunión, me encontré diciéndole a Dimitri:

—Si se supone que Dios puede perdonarte, ¿no te parece un poco egoísta por tu parte que no te perdones tú?

—¿Cuánto tiempo llevas esperando para soltarme esa frase?

—La verdad es que se me acaba de ocurrir. No está mal, ¿eh? Seguro que pensabas que no estaba prestando atención.

—Y no lo hacías. Nunca lo haces. Me estabas mirando a mí.

Interesante. Para saber que le estaba mirando, ¿no tendría Dimitri que haber estado mirándome a mí mirándole a él? Para quedarse pasmada.

—No has respondido a mi pregunta.

No apartaba los ojos de la fila de la comunión mientras preparaba su respuesta.

—Es irrelevante. No tengo que perdonarme yo aunque Dios lo haga. Y no estoy seguro de que lo hiciese.

—Ese cura acaba de decir que Dios lo haría. Ha dicho que Dios lo perdona *todo*. ¿Le estás llamando mentiroso? Yo diría que eso es bastante sacrílego.

Dimitri dejó escapar un gruñido. Jamás pensé que me divertiría martirizándole, pero la mirada de frustración que había en su rostro no se debía a su pesar más íntimo. Era a causa de mi impertinencia. Había visto esa expresión más de cien veces en él, y su familiaridad me alentó, por mucho que suene a locura.

—Rose, aquí la sacrílega eres tú, que estás tergiversando la fe de esta gente en tu propia conveniencia. Tú nunca has creído en nada de esto, y sigues sin creer.

—Creo que los muertos pueden volver a la vida —dije muy seria—. La prueba está sentada aquí, a mi lado. Si eso es cierto, me parece que perdonarte a ti mismo no es un salto mucho más grande.

Se endureció su expresión y, de estar rezando por algo en aquel instante, sería por que se acelerase el transcurso de la comunión de forma que pudiese salir de allí y alejarse de mí. Los dos sabíamos que tenía que aguantar hasta el final del servicio: si se iba corriendo, aquello le haría parecer un strigoi.

—No sabes de lo que estás hablando —me dijo.

—¿Que no? —siseé, inclinándome un poco más hacia él.

Lo había hecho para darle énfasis a mi argumento, pero todo lo que conseguí (para mí, al menos) fue tener una mejor panorámica de la forma en que la luz de las velas se reflejaba en su cabello, y lo alto y esbelto que era su físico. Al parecer, alguien había decidido que era seguro permitir que se afeitase, lo que dejaba su rostro suave y exponía sus facciones perfectas, maravillosas.

—Sé perfectamente de lo que hablo —continué, en un esfuerzo por no hacer caso al modo en que me afectaba su presencia—. Sé muy bien por lo que has pasado. Sé que has hecho cosas terribles... Las he visto. Pero eso es el pasado. Estaba fuera de tu control, y tampoco es que lo vayas a volver a hacer.

Adoptó una expresión extraña, angustiada.

—¿Cómo lo sabes? Tal vez el monstruo no se haya ido. Tal vez haya aún algo de strigoi acechando en mi interior.

—¡Pues entonces tienes que derrotarlo continuando con tu vida! Y no por medio de tu caballerosa promesa de proteger a Lissa. Tienes que volver a vivir. Tienes que abrirte a la gente que te quiere. Ningún strigoi haría eso. Así es como te salvarás.

—No puedo hacer que la gente me quiera —masculló—. Yo soy incapaz de corresponder y de querer a nadie.

—¡Tal vez deberías intentarlo en lugar de seguir compadeciéndote de ti mismo!

—No es tan fácil.

—Jod... —me contuve por los pelos y evité soltar una palabrota en la iglesia—. ¡Nada de lo que hemos hecho nosotros ha sido fácil, jamás! Nuestra vida antes del ataque no era sencilla, ¡y salimos airosos de aquello! Conseguiremos superar esto también. Juntos podemos superar cualquier cosa. Da igual que deposites tu fe en este lugar. No me importa. Lo que importa es que pongas tu fe en nosotros.

—No hay un «nosotros». Eso ya te lo he dicho.

—Y tú ya sabes que a mí no se me da muy bien lo de escuchar.

Manteníamos nuestras voces a un volumen contenido, pero me daba la sensación de que nuestro lenguaje corporal indicaba a las claras que estábamos discutiendo. Los demás asistentes andaban demasiado distraídos como para darse cuenta, pero los guardianes de Dimitri nos estudiaban con mucho detenimiento. De nuevo, me volví a recordar a mí misma lo que tanto Lissa como Mikhail me habían dicho. Provocar la ira de Dimitri en público no le iba a hacer ningún favor. El problema era que aún estaba por decir una sola cosa que no provocase su ira.

—Ojalá no hubieras venido hasta aquí —me dijo por fin—. De verdad, es mejor que nos mantengamos separados.

—Pues es gracioso, porque habría jurado que fuiste tú quien dijo una vez que nuestro destino era estar juntos.

—Quiero que te mantengas lejos de mí —dijo, ignorando mi comentario—. No quiero que sigas intentando traer de vuelta unos sentimientos que ya han desaparecido. Eso sí que es el pasado. Nada de aquello va a volver a suceder. Jamás. Lo mejor para nosotros es que nos comportemos como si no nos conociésemos. Es mejor para ti.

Los sentimientos compasivos y afectuosos que había despertado en mi interior se revolucionaron... hasta alcanzar la furia.

—¡Si me vas a decir lo que puedo o no puedo hacer —rugí en un tono de voz tan bajo como pude—, ten al menos el valor de decírmelo a la cara!

Se volvió tan rápido que bien podía haber sido aún un strigoi. Su expresión estaba cargada de... ¿de qué? No era aquella depresión de antes. Tampoco era ira, exactamente, aunque ira sí que había un poco. Había algo

más... una mezcla de desesperación, frustración y, tal vez, incluso temor. Y todo ello potenciado por el dolor, como si estuviese sufriendo un martirio terrible y extremo.

—No te quiero aquí —me dijo con unos ojos que refulgían. Sus palabras me hacían daño, pero había algo en ellas que me emocionaba, igual que había hecho su agitación previa ante la ligereza de mis comentarios. Aquel no era el strigoi frío y calculador. Aquel no era el hombre derrotado en su celda. Aquel era mi instructor de antaño, mi amante, aquel que atacaba todo en la vida con intensidad y con pasión—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Tienes que mantenerte lejos de mí.

—Pero tú no me vas a hacer daño, eso lo sé.

—Ya te he hecho daño. ¿Por qué no eres capaz de entender eso? ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

—Me dijiste... Antes de marcharte me dijiste que me querías —me temblaba la voz—. ¿Cómo puedes renunciar a eso?

—¡Porque ya es demasiado tarde! ¡Y porque es más fácil que estar recordando lo que te hice!

Había flaqueado su autocontrol, y su voz resonó en la parte de atrás de la iglesia. El sacerdote y los que recibían la comunión no se percataron, pero sin duda habíamos llamado la atención de quienes se encontraban en la mitad posterior del templo. Algunos de los guardianes se pusieron en tensión, y, de nuevo, me tuve que repetir la advertencia a mí misma. Por muy furiosa que me sintiese con Dimitri, por muy traicionada que me sintiera por que él me hubiese dado la espalda... no podía generar el riesgo de que los demás pensasen que era peligroso. Dimitri no tenía ninguna pinta de ir a romperle a nadie el cuello, pero estaba claramente enfadado, y cualquiera podría confundir su frustración y su dolor con algo más siniestro.

Le di la espalda en un intento de calmar mi torbellino de emociones. Cuando volví el rostro hacia él, nuestras miradas se engarzaron, y entre nosotros se produjo el fulgor de una intensa corriente eléctrica. Dimitri podría evitarlo todo cuanto él quisiese, aunque aquella conexión —aquel profundo instinto de nuestras almas— aún estaba ahí. Quería estar en contacto con él, pero no solo con aquel roce de mi pierna, sino con todo. Deseaba cogerlo entre mis brazos y sujetarlo contra mí para transmitirle la seguridad de que juntos podríamos lograr cualquier cosa. Sin darme cuenta siquiera, llevé la mano hacia él en busca del contacto que necesitaba. Dio

un respingo como si yo fuese una serpiente, y todos sus guardianes se dispusieron de inmediato, preparados ante lo que él pudiese hacer.

Sin embargo, no hizo nada. Nada excepto mirarme con un semblante que me heló la sangre, como si yo fuese algo extraño, algo malo.

—Rose, por favor, para. Por favor, aléjate —Dimitri estaba haciendo un esfuerzo enorme por mantener la calma.

Me puse en pie de golpe, ahora tan frustrada y llena de ira como él. Me daba la sensación de que si me quedaba allí, ambos saltaríamos. Y murmuré en voz baja:

—Esto no ha acabado. No voy a perder la fe en ti.

—Yo ya he perdido la fe en ti —me respondió en un tono igualmente bajo—. El amor se apaga. El mío ya lo ha hecho.

Me quedé mirándole con incredulidad. En todo aquel tiempo, él nunca se había expresado de esa manera. Sus protestas se habían referido siempre a un bien superior, al remordimiento que sentía por haber sido un monstruo o a cómo le había marcado para el amor. *Yo ya he perdido la fe en ti. El amor se apaga. El mío ya lo ha hecho*.

Sentí el golpe de aquellas palabras con tanta fuerza como si me hubiese abofeteado, y retrocedí. Algo cambió en sus facciones, tal vez como si supiese lo mucho que me había herido. No me quedé para comprobarlo, sino que me abrí camino por el pasillo y salí corriendo por las puertas del fondo con el temor de que, si me quedaba un solo segundo más, todo el mundo en la iglesia me vería llorar.

Veinticinco

DESPUÉS de aquello, no tenía ganas de ver a nadie. Me marché a mi habitación caminando tan rápido como pude y sin apenas reparar en los obstáculos ni en la gente con quien me cruzaba. Las palabras de Dimitri resonaban en mi cabeza una y otra vez: *El amor se apaga. El mío ya lo ha hecho*. En cierto modo, eso era lo peor que me podía haber dicho. Que no se me malinterprete: lo demás tampoco resultaba sencillo. El que me dijese que me iba a evitar y que haría como si nuestra relación del pasado no hubiera existido también me hacía sentir fatal. Aun así, y por mucho que doliera, aquello llevaba implícita la minúscula esperanza de que todavía quedase la chispa de algún sentimiento entre nosotros. De que aún me quisiera.

Pero... el amor se apaga.

Aquello era algo completamente distinto. Significaba que lo que habíamos tenido se extinguiría, palidecería hasta deshacerse, y se lo llevaría el viento como se llevaría unas hojas secas. Pensar en ello me produjo un fuerte dolor en el pecho y en el estómago, y me hice un ovillo en la cama, envuelta en mis propios brazos como si aquello fuese capaz de amortiguar el dolor. No podía aceptar lo que Dimitri había dicho. No podía aceptar que, de algún modo, su amor por mí hubiera desaparecido después de aquella odisea.

Deseaba quedarme en mi habitación todo el día, acurrucada en la oscuridad de mis sábanas. Se me olvidó la conversación con Sydney y mis anteriores preocupaciones acerca del padre de Lissa. Incluso me mantuve al margen de la propia Lissa, que tenía que hacer algunos recados aquel día y, de vez en cuando, me enviaba algún mensaje a través del vínculo: *¿Te vienes conmigo?*

Al ver que no me ponía en contacto con ella, se empezó a preocupar. Me temí de repente que —ella o cualquier otra persona— pudiera venir a buscarme a mi cuarto, así que decidí marcharme. No iba a ningún sitio en particular, solo tenía que seguir en movimiento. Me paseé por la corte y exploré lugares que no había visto nunca. Todo estaba más lleno de estatuas y de fuentes de lo que me había fijado. De todas formas, su belleza era algo que a mí se me escapaba, y el paseo me dejó exhausta cuando regresé a mi

habitación, horas después. Bueno... al menos había esquivado el tener que hablar con nadie.

¿O no? Era tarde, pasada mi hora habitual de acostarme, cuando sonaron unos nudillos en la puerta. Me pensé si abrir o no. ¿Quién vendría a aquellas horas? ¿Deseaba algo de distracción, o prefería conservar mi soledad? No tenía ni idea de quién podía ser, excepto que no era Lissa. Dios. Hasta donde me podía imaginar, era Hans, que venía a pedirme cuentas de por qué no había aparecido hoy a cumplir con mi turno de trabajo. Después de mucho pensar (y de mucha persistencia de los nudillos), decidí abrir.

Era Adrian.

—Mi pequeña dhampir —me dijo con una leve sonrisa de cansancio —. Parece que has visto un fantasma.

No exactamente un fantasma. Creedme, sé reconocer un fantasma cuando lo veo.

—Es que... es que no esperaba verte después de lo de esta mañana...

Entró y se sentó en mi cama, y me alegró ver que se había arreglado tras nuestra charla anterior. Llevaba ropa limpia, y su peinado había vuelto a su habitual perfección. Aún percibía el persistente aroma de los cigarrillos de clavo, pero, después de lo que yo le había hecho pasar, tenía derecho a dedicarse a sus vicios.

—Sí, la verdad es que yo tampoco esperaba pasarme —admitió—. Pero... tú me has dejado pensando en algo.

Me senté a su lado, a una cierta distancia.

—¿En nosotros?

—No, en Lissa.

—Ah —había acusado a Dimitri de ser un egoísta, pero ahí estaba yo, asumiendo con toda naturalidad que su amor por mí era lo único que podía haber traído a Adrian hasta allí.

Sus ojos verdes se tornaron pensativos.

—No he dejado de pensar en lo que me has contado sobre su padre, y tenías razón. Me refiero a lo del juego. Él habría tenido dinero para pagar cualquier deuda. No tendría por qué haberlo mantenido en secreto. Así que fui y le pregunté a mi madre.

—¿Qué? —exclamé—. Se supone que nadie debe saber eso...

—Que sí, que sí, ya me imaginaba que tu información sería alto secreto. No te preocupes. Le conté que cuando estuvimos en Las Vegas

oímos cómo alguien lo contaba... contar que el padre de Lissa ingresaba dinero en secreto.

—¿Qué te ha dicho ella?

—Lo mismo que dije yo. Bueno, la verdad es que ella me ha soltado antes una buena. Me ha dicho que Eric Dragomir era un buen hombre y que no debería extender rumores sobre alguien que está muerto. Me ha sugerido que tal vez tuviese algún problema con el juego, pero que de ser así, la gente no se debería fijar en eso con todas las cosas magníficas que hizo. Después de la Vigilia Funeraria, creo que tiene miedo de que cause más numeritos en público.

—Tiene razón. Sobre Eric —le dije. Tal vez alguien hubiera robado aquellos informes como parte de algún tipo de campaña de desprestigio. Había que reconocer que no tenía sentido dedicarse a extender rumores sobre personas fallecidas, pero quizá hubiese alguien con ganas de manchar la reputación de los Dragomir e impedir cualquier posibilidad de que se modificase la ley de voto por Lissa, ¿no? Estaba a punto de decir eso cuando Adrian me interrumpió con algo todavía más chocante.

—Y entonces nos ha oído mi padre, que va y dice: «Es probable que estuviera manteniendo a una amante. Tienes razón, querida, era un hombre agradable, pero le gustaba flirtear. Y apreciaba a las damas» —Adrian elevó la mirada al techo—. Es una cita literal: «apreciaba a las damas». Pero qué idiota es mi padre. Suena como si tuviera el doble de edad.

Agarré a Adrian por el brazo sin darme cuenta.

—¿Qué ha dicho después de eso?

Adrian se encogió de hombros, pero dejó mi mano donde estaba.

—Nada. Mi madre se ha enfadado y le ha dicho a él lo mismo que me acababa de decir a mí: que era una crueldad difundir historias que nadie podía demostrar.

—¿Crees que es cierto? ¿Crees que el padre de Lissa tenía una amante? ¿Era eso lo que estaba pagando?

—No sé, pequeña dhampir. ¿Sinceramente? Mi padre es de los que se tragan cualquier rumor que se le cruce. O de los que se los inventan. Quiero decir que sabemos que al padre de Lissa le iba la juerga. A partir de ahí, es fácil sacar conclusiones. Es probable que tuviese algún trapo sucio. Qué demonios, todos lo tenemos. Tal vez quienquiera que se haya llevado esos archivos solo piense en explotar eso.

Le conté mi teoría al respecto de que lo utilizasen contra Lissa.

—O —le dije— quizá se los haya llevado alguien que la apoya, para que no salga todo a la luz.

Adrian asintió.

—De cualquier forma, no creo que Lissa esté en peligro de muerte.

Comenzó a levantarse, y yo tiré de él para retenerlo.

—Adrian, espera... yo... —tragué saliva—. Quería pedirte disculpas. La forma en que te he estado tratando, lo que he estado haciendo... no ha sido justo contigo. Lo siento.

Apartó la mirada de mí y clavó los ojos en el suelo.

—No puedes evitar sentir lo que sientes.

—La cuestión es que... no sé qué siento. Y suena estúpido, pero es la verdad. Me importa Dimitri. Fue una idiotez pensar que no me afectaría que él volviese, pero es ahora cuando me doy cuenta... *—El amor se apaga. El mío ya lo ha hecho—*. Ahora me doy cuenta de que todo se ha acabado con él. No estoy diciendo que resulte fácil superarlo. Llevará su tiempo, y nos estaría mintiendo a los dos si dijese lo contrario.

—Lógico —dijo Adrian.

—¿Lo es?

Me miró con un brillo de diversión en los ojos.

—Sí, mi pequeña dhampir, a veces eres lógica. Sigue.

—Pues... lo que te decía... tengo que cerrar la herida que deja él. Pero desde luego que tú me importas... incluso creo que te quiero un poco —con aquello conseguí una leve sonrisa—. Quiero volver a intentarlo. De verdad que sí. Me gusta tenerte en mi vida, aunque antes me precipitase demasiado con ciertas cosas. No tienes ninguna razón para querer seguir conmigo después de la manera en que te he pisoteado, pero si tú quieres que volvamos a estar juntos, entonces yo también quiero.

Me estudió durante un largo rato, y se me cortó la respiración. Acababa de hablar muy en serio: él tenía todo el derecho del mundo a poner fin a lo nuestro... y aun así, me aterrorizaba la idea de que lo hiciese.

Finalmente, me atrajo hacia él y se dejó caer de espaldas en la cama.

—Rose, tengo toda clase de razones para querer estar contigo. No he sido capaz de alejarme de ti desde la primera vez que te vi en el refugio de la estación de esquí.

Me situé más cerca de Adrian en la cama y presioné la cabeza contra su pecho.

—Podemos hacer que esto funcione. Sé que podemos. Y si la cago otra vez, me puedes dejar.

—Ojalá fuera tan fácil —se rio—. Se te olvida que tengo una personalidad adictiva. Estoy enganchado a ti. No sé por qué, pero pienso que me podrías hacer todo tipo de maldades y seguiría volviendo a ti. Me basta con que seas sincera, ¿vale? Que me digas lo que sientes; y si sientes algo por Dimitri que te tiene confundida, dímelo. Lo arreglaremos.

Quería decirle que —con independencia de mis sentimientos— no tenía nada de lo que preocuparse porque Dimitri ya me había rechazado unas cuantas veces. Podría perseguirle cuanto se me antojase, que no serviría para nada. *El amor se apaga*. Aún escocían aquellas palabras, y no podía soportar darle voz a aquel dolor. Sin embargo, mientras Adrian me abrazaba y yo pensaba en lo comprensivo que se mostraba él con todo esto, una parte herida de mi ser reconoció que lo contrario también era cierto: el amor crece. Y yo lo intentaría con él. De verdad que lo haría.

Suspiré.

—A ti no se te supone tanta sabiduría. Se supone que eres superficial, irracional y... y...

Me besó en la frente.

—¿Y?

—Mmm... absurdo.

—Absurdo, puedo con eso. Y lo demás... solo en ocasiones especiales.

Estábamos entonces agarrados y muy juntos, y ladeé la cabeza para estudiarlo, la altura de sus pómulos y el pelo despeinado con tanto arte que le daban un aire impresionante. Recordé las palabras de su madre, que por mucho que quisiéramos nosotros, acabaríamos separándonos. Tal vez esa fuera a ser en adelante la historia de mi vida: perder siempre a los hombres a los que amaba.

Tiré de él hacia mí y besé sus labios con una fuerza que incluso me cogió a mí por sorpresa. Si algo había aprendido sobre la vida y sobre el amor, era que se trataba de dos cosas muy frágiles que se podían acabar en cualquier instante. La precaución era esencial, pero no a costa de desperdiciar tu vida. Y decidí que no la iba a desperdiciar en aquel momento.

Mis manos ya estaban tirando de la camisa de Adrian antes de que aquella idea hubiera terminado de cobrar forma. Él no lo cuestionó ni vaciló a la hora de quitarme a mí la ropa en respuesta. Podía tener sus ratos

profundos y comprensivos, pero seguía siendo... bueno, Adrian. Vivía su vida en el momento presente, haciendo lo que deseaba sin darle muchas vueltas. Y hacía mucho tiempo que me deseaba a mí.

Y estas cosas se le daban también de maravilla, que fue el motivo por el cual mi ropa voló más rápido que la suya. Sentía sus labios calientes y deseosos contra mi piel, pero él se manejaba con cuidado de no permitir ni una sola vez que sus colmillos rozasen mi piel. Yo era un poco menos delicada, y hasta me sorprendí cuando le clavé las uñas en la piel desnuda de su espalda. Sus labios descendieron y trazaron la línea de mi clavícula al tiempo que me quitaba el sujetador con una sola y diestra mano.

Me quedé un poco alucinada ante la reacción de mi cuerpo cuando nos peleamos por ser el primero en quitarle los vaqueros al otro. Me había convencido a mí misma de que jamás volvería a probar el sexo después de Dimitri, pero ¿en aquel instante? Puf, lo deseaba. Tal vez fuese una reacción psicológica al rechazo de Dimitri. Tal vez fuese el impulso de vivir el momento. Tal vez fuese amor por Adrian. O tal vez solo fuese lujuria.

Fuera lo que fuese, me dejaba indefensa entre sus manos y sus labios, que parecían decididos a explorar cada rincón de mi cuerpo. El único instante en que hizo una pausa fue una vez toda mi ropa hubo desaparecido por fin y me tumbé desnuda con él. Él también estaba prácticamente desnudo, pero es que no me había dado tiempo aún de llegar a sus boxers (que eran de seda, porque, sinceramente, ¿qué otra cosa podía llevar Adrian?). Me cogió la cara entre sus manos, con unos ojos llenos de intensidad y de deseo... y con un poco de asombro.

—Dime, Rose Hathaway, ¿qué eres? ¿Eres real? Eres un sueño dentro de un sueño. Me da miedo que tocarte me vaya a hacer despertar. Y que desaparezcas —me dijo, y reconocí algo de ese trance poético en el que a veces caía, esos instantes que me obligaban a preguntarme si estaría sufriendo una leve demencia inducida por el espíritu.

—Tócame y descúbrelo —le dije al atraerlo hacia mí.

No volvió a vacilar. Voló la última de sus prendas, y todo mi cuerpo entró en calor con el tacto de su piel y la manera en que sus manos se deslizaban por mí. Las necesidades de mi cuerpo estaban anulando rápidamente cualquier lógica y razón. No había ningún pensamiento, solo nosotros dos y el feroz apremio que nos unía. Yo no era más que una ardiente necesidad, un deseo, una sensación y...

—Oh, mierda.

Sonó como si farfullase, porque nos estábamos besando, y nuestros labios buscaban ávidos los labios del otro. Con los reflejos propios de un guardián, conseguí separarme de él por los pelos, justo cuando nuestras caderas comenzaban a juntarse. Perder el contacto con él me resultó horrible, y más lo fue para él. Estaba perplejo y se limitaba a mirarme sorprendido mientras yo me apartaba más de él a rastras y por fin me las arreglaba para sentarme en la cama.

—Pero qué... ¿Qué pasa? ¿Has cambiado de opinión?

—Antes necesitamos protección —le dije—. ¿Tienes condones?

Se quedó procesando aquello durante unos segundos y suspiró.

—Rose, solo a ti se te ocurriría escoger este momento para acordarte de eso.

Tenía su parte de razón, mi don de la oportunidad daba verdadero asco. Aun así, aquello era mejor que haberse acordado después. A pesar del desenfrenado deseo de mi cuerpo —que ahí seguía, créeme—, de pronto vi la sorprendente y nítida imagen de Karolina, la hermana de Dimitri. La había conocido en Siberia, y tenía una niña de unos seis meses. La cría era adorable, como todos los bebés, pero por Dios, cuánto trabajo daba. Karolina tenía un empleo de camarera y, nada más llegar a casa del trabajo, toda su atención se centraba en la niña. Cuando estaba fuera, era la madre de Dimitri quien cuidaba de ella, y la cría siempre necesitaba algo: comer, cambiarla, rescatarla porque se estaba ahogando con algún objeto pequeño. Su hermana Sonya también estaba entonces a punto de tener un bebé, y, tal como se quedaron las cosas allí con su hermana pequeña, Viktoria, no me sorprendería enterarme más pronto que tarde de que estaba embarazada. Unos cambios enormes en la vida provocados por pequeños descuidos.

Así que yo estaba bastante segura de que no deseaba un bebé en mi vida, no tan joven. Con Dimitri no había sido una preocupación gracias a la infertilidad de los dhampir. ¿Con Adrian? Era un problema, tanto como el hecho de que por muy raras que fuesen las enfermedades entre nuestras dos razas, yo no era la primera chica con la que estaba Adrian. Ni la segunda. O la tercera...

—Bueno, ¿tienes o no? —le pregunté con impaciencia. El hecho de que me hubiera puesto en modo responsable no significaba que tuviese menos ganas de sexo.

—Sí —dijo Adrian incorporándose también—, en mi habitación.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Su habitación estaba lejos, allá en la zona moroi de la corte.

Se deslizó para acercarse y me mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Las probabilidades de que pase algo malo son muy bajas.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, contra él. Me envolvió las caderas con sus manos y acarició mi piel.

—¿Acaso eres médico? —le pregunté.

Se le escapó una risa suave, y sus labios me besaron justo detrás de la oreja.

—No. Solo soy alguien dispuesto a correr el riesgo. No irás a decirme que no quieres esto.

Me aparté de él lo suficiente para poder mirarle a los ojos. Tenía razón. Yo quería aquello. Mucho, muchísimo. Y la parte de mí —que era casi toda yo— que ardía de lujuria estaba intentando ganarme para su causa. Las probabilidades ciertamente serían bajas, ¿no? ¿No había gente que se pasaba toda la vida intentando quedarse embarazada y no podía? Mi deseo tenía un buen argumentario, así que me resultó algo sorprendente que ganase mi lógica.

—Yo no puedo correr el riesgo —dije.

Adrian me observó con detenimiento y, al final, asintió.

—Muy bien. Otra vez será. Esta noche seremos... responsables.

—¿Eso es todo cuanto vas a decir?

Frunció el ceño.

—¿Qué más iba a decir? Has dicho que no.

—Pero... podías haber utilizado la coerción conmigo.

Se quedó de una verdadera pieza.

—¿Quieres que utilice la coerción contigo?

—No, por supuesto que no. Es que se me acaba de ocurrir que..., bueno, que podías haberlo hecho.

Adrian tomó mi rostro entre las manos.

—Rose, puedo hacer trampas a las cartas y comprar alcohol para menores, pero nunca, nunca te obligaría a hacer algo que tú no quieres. Esto no, desde luego...

Sus palabras se quedaron en el aire porque presioné mi cuerpo contra el suyo y empecé a besarle otra vez. Debió de ser la sorpresa lo que evitó que él hiciese algo de manera inmediata, pero no tardó en apartarme con cara de estar haciéndolo muy a su pesar.

—Mi pequeña dhampir —me dijo con sequedad—, si quieres ser responsable, esta no es una buena forma de lograrlo.

—Tampoco tenemos que dejarlo ya, y podemos seguir siendo responsables.

—Todas esas historias son...

Se frenó de golpe cuando me aparté el pelo y le ofrecí el cuello. Me las arreglé para girarle levemente de forma que pudiese verle los ojos, pero no le dije nada. No hacía falta. La invitación era obvia.

—Rose... —me dijo con aire indeciso, aunque pude verle el deseo en la cara.

Beber sangre no era lo mismo que el sexo, pero sí un deseo que tenían todos los vampiros, y hacerlo mientras se estaba excitado sexualmente —eso había oído yo— era una experiencia alucinante. También era un tabú, y casi nunca se hacía, o eso decía la gente. De ahí había surgido la expresión «prostituta de sangre», de los dhampir que ofrecían su sangre durante el sexo. La simple idea de un dhampir que ofreciese su sangre ya se consideraba una vergüenza, pero yo ya lo había hecho: con Lissa, cuando necesitó alimentarse, y con Dimitri, cuando era un strigoi. Y había sido glorioso.

Lo volvió a intentar, esta vez con una voz más decidida.

—Rose, ¿sabes lo que me estás pidiendo?

—Sí —respondí con firmeza. Le pasé un dedo con dulzura por los labios y lo introduje en su boca para tocarle los colmillos. Le devolví sus propias palabras—. No irás a decirme que no quieres esto.

Desde luego que lo quería. En un suspiro tenía sus labios en el cuello, y sus colmillos me perforaban la piel. Solté un grito ante el dolor repentino, un grito que se convirtió en un quejido cuando me invadieron las endorfinas que venían de la mano de todo mordisco de un vampiro. Me consumí en un gozo exquisito. Tiró de mí con fuerza contra él mientras bebía, casi en su regazo, presionando mi espalda contra su pecho. Tenía una lejana consciencia de cómo sus manos volvían a recorrer mi cuerpo, de sus labios en mi garganta. Sobre todo, lo que sabía era que me sumergía en un dulzor extático, puro. El subidón perfecto.

Cuando se apartó de mí fue como si perdiera una parte de mi ser. Como si me quedase incompleta. Confundida, en la necesidad de que volviera, estiré el brazo hacia él. Adrian apartó mi mano con delicadeza, sonriendo mientras se relamía los labios.

—Cuidado, pequeña dhampir. He ido un poco más lejos de lo que debería. A lo mejor te crecen alas y sales volando ahora mismo.

La verdad es que no me pareció mala idea. Sin embargo, unos instantes después se amortiguó la parte más intensa y alocada del colocón, y volví en mí. Aún me sentía maravillosamente bien y algo mareada; las endorfinas habían saciado el deseo de mi cuerpo. Mi cerebro volvía a funcionar poco a poco y permitió que algún pensamiento (más o menos) coherente atravesara aquella neblina de felicidad. Cuando Adrian se convenció de que estaba lo bastante sobria, se relajó y se tumbó en la cama. Me uní a él un instante más tarde y me acurruqué a su lado. Él parecía tan contento como yo.

—Esto —murmuró— ha sido el mejor «no sexo» del mundo.

Mi única respuesta fue una sonrisa somnolienta. Era tarde, y cuanto más me bajaba el chute de endorfinas, más sopor sentía. Una minúscula parte de mí me decía que, por mucho que yo hubiera deseado aquello y por mucho que me importase Adrian, todo aquel acto había estado mal. No lo había hecho por las razones apropiadas, y, en cambio, me había dejado llevar por mi dolor y mi confusión.

El resto de mi ser decidió que eso no era verdad, y la molesta vocecilla pronto acabó desvaneciéndose por agotamiento. Me quedé dormida apoyada en Adrian, y disfruté de la mejor noche de sueño que había tenido en mucho tiempo.

No me sorprendió del todo que pudiera levantarme, ducharme, vestirme e incluso secarme el pelo sin que Adrian se despertase. Mis amigos y yo nos habíamos tirado muchas mañanas intentando sacarle a rastras de la cama. Sobrio o con resaca, Adrian dormía como un tronco.

Dediqué al pelo más atención que en mucho tiempo. La marca delatora del mordisco de un vampiro aún estaba reciente en mi cuello, de modo que me dejé el pelo suelto y me preocupé de peinármelo hacia un lado, de manera que los mechones largos y ondulados cayesen tupidos sobre la zona del mordisco. Satisfecha con el camuflaje de la herida, pensé en qué hacer a continuación. En una hora, aproximadamente, el Consejo iba a escuchar los argumentos de los grupos con ideas diferentes al respecto del decreto de la edad, la participación de los moroi en los combates y el voto de los Dragomir. Si me dejaban entrar en la sala, no tenía ninguna intención de perderme los debates sobre los temas más candentes que afectaban a nuestro mundo en esos momentos.

No obstante, no quería despertar a Adrian. Estaba enrollado en mis sábanas y dormía tranquilo. Si le despertaba, me sentiría obligada a esperar a que se arreglase. A través del vínculo, percibí a Lissa sentada a solas en la mesa de una cafetería. Quería verla y desayunar, así que decidí que Adrian podía apañárselas solo. Le dejé una nota diciéndole dónde estaba, que la puerta se quedaría cerrada con un simple tirón cuando él saliese, y me despedí con un montón de besos y abrazos.

Sin embargo, cuando estaba a medio camino de la cafetería, sentí algo que envió al traste mis planes para el desayuno. Christian estaba sentado con Lissa.

—Bueno, bueno —murmuré. Con todo lo demás que estaba pasando, no había prestado excesiva atención al aspecto personal de su vida. No me sorprendía demasiado verlos juntos después de lo que había sucedido en la nave industrial, aunque las emociones de Lissa me decían que no se había producido una reconciliación sentimental... todavía. Se trataba de un incómodo intento de mantener la amistad, una oportunidad de superar sus celos y desconfianzas constantes.

Nada más lejos de mis intenciones que entrometerme en las obras del amor. Conocía otro lugar cerca del complejo de edificios de los guardianes donde también tenían café y donuts. Aquel sitio valdría siempre que nadie se acordase de que técnicamente aún me encontraba en periodo de prueba y que había montado una escena en uno de los salones de la realeza.

Las perspectivas al respecto no eran buenas.

Aun así, decidí probar, y me fui para allá observando con desconfianza el cielo cubierto de nubes. La lluvia no ayudaría nada a mi estado de ánimo. Cuando llegué a la cafetería, descubrí que no tenía por qué preocuparme de que alguien se fijase en mí. Había una atracción mayor: Dimitri.

Había salido con su servicio de vigilancia personal, y, aunque me alegraba de que disfrutase de una cierta libertad, aún me enfurecía esa actitud como si hiciera falta que lo vigilasen muy de cerca. Al menos esa mañana no había un público multitudinario. Los que habían ido a desayunar no podían evitar mirarle, pero eran pocos los que quedaban. Esta vez había cinco guardianes con él, lo que suponía una reducción significativa. Era una buena señal. Se hallaba sentado él solo a una mesa, con un café y un donut glaseado delante ante sí. Estaba leyendo una novela de bolsillo que me jugaría la vida a que era un *western*.

Nadie se sentaba con él; su escolta se limitaba a mantener un perímetro de protección: un par de ellos cerca de las paredes, uno en la entrada y otros dos en las mesas cercanas. Aquel nivel de seguridad parecía no tener sentido. Dimitri andaba por completo absorto en el libro, ajeno a los guardianes y a los espectadores ocasionales, o simplemente estaba interpretando una buena pose de indiferencia. Parecía del todo inofensivo, pero me volvieron a la cabeza las palabras de Adrian: ¿quedaba en él algo de strigoi? ¿Algo oscuro? El propio Dimitri afirmaba llevar dentro aún algo que le impediría volver a querer a alguien de verdad.

Él y yo siempre nos habíamos presentido el uno al otro de manera extraordinaria. Siempre era capaz de encontrarle en una habitación repleta de gente, y, a pesar de su preocupación con el libro, alzó la mirada cuando me dirigí a la barra de la cafetería. Nuestros ojos se toparon por un milisegundo. Su semblante era inexpresivo... y aun así, me dio la sensación de que estaba esperando algo.

A mí, me percaté sorprendida. A pesar de todo, a pesar de nuestra discusión en la iglesia... aún pensaba que le perseguiría y le daría alguna señal de mi amor. ¿Por qué? ¿Esperaba que fuese tan irracional? O es que... ¿sería posible que *quisiera* que me acercase a él?

Bueno, fuera cual fuese la razón, decidí que no se lo concedería. Ya me había hecho daño demasiadas veces. Me había dicho que me alejase y, si aquello formaba parte de alguna maniobra rebuscada para jugar con mis sentimientos, yo no iba a participar. Le lancé una mirada altiva y le di claramente la espalda al acercarme a la barra. Pedí un té Chai y un pepito de chocolate. Me lo pensé un momento y pedí un segundo pepito: tenía la impresión de que iba a ser uno de esos días.

Mi idea inicial era la de desayunar en la terraza de fuera, pero al mirar por los ventanales tintados, pude distinguir con dificultad las siluetas de las gotas de lluvia que caían sobre los cristales. Mierda. Me pensé un instante aguantar el mal tiempo y largarme a otro sitio con mi desayuno, pero decidí que no iba a dejar que Dimitri me ahuyentase. Busqué una mesa lejos de la suya y me encaminé hacia ella esforzándome todo lo que podía por no mirarle y hacer como si no estuviera.

—Eh, Rose, ¿vas a asistir hoy al Consejo?

Me detuve en seco. Era uno de los guardianes de Dimitri quien había hablado al tiempo que me dirigía una amigable sonrisa. No me acordaba de cómo se llamaba, pero siempre que me había cruzado con él me había

parecido agradable. No quería ser maleducada, de manera que le respondí a regañadientes, aunque eso supusiera quedarme cerca de Dimitri.

—Sí —le dije, asegurándome de que mi atención se centraba únicamente en el guardián—. Solo estaba pillando algo de comer antes de ir.

—¿Y te van a dejar entrar? —preguntó otro de los guardianes. También sonreía. Por un segundo, creí que se estaban riendo de mi último arrebato, pero no... no era eso. En sus rostros había aprobación.

—Esa es una magnífica pregunta —reconocí. Le di un bocado al pepito de chocolate—, pero me imagino que habrá que probar. Y también voy a intentar portarme bien.

El primer guardián se partió de risa.

—Espero que no, desde luego. Esa banda se merece todos los dolores de cabeza que les puedas dar por culpa de esa ley tan estúpida de la edad —dijo, y los demás guardianes asintieron.

—¿Qué ley de la edad? —preguntó Dimitri.

Aunque no quería hacerlo, dirigí la mirada hacia él. Como siempre, me dejó sin aliento. «Para ya, Rose —me reprendí—. Estás cabreada con él, ¿recuerdas? Y ya has escogido a Adrian».

—El decreto por el que la realeza cree que enviar a un dhampir de dieciséis años a luchar contra los strigoi es lo mismo que enviar a uno de dieciocho —le dije. Di otro bocado.

Dimitri levantó la cabeza tan de golpe que casi me atraganto con el chocolate.

—¿Quién va a ir a luchar contra los strigoi con dieciséis años? —sus guardianes se pusieron en tensión, pero no fueron más allá.

Me llevó un momento pasar el bocado de pepito y, cuando por fin pude hablar, casi me dio miedo hacerlo.

—De eso va el decreto. Los dhampir se graduarán ahora con dieciséis años.

—¿Cuándo ha sido eso? —preguntó Dimitri.

—El otro día. ¿Es que no te lo ha contado nadie? —miré a los demás guardianes. Uno de ellos se encogió de hombros. Me dio la impresión de que aunque creyesen que Dimitri era de verdad un dhampir, no estaban preparados para ponerse a charlar con él. Su único contacto con alguien aparte de mí sería con Lissa y con sus interrogadores.

—No —Dimitri arrugó la frente mientras valoraba la noticia.

Me comí en silencio el pepito de chocolate con la esperanza de que eso le empujase a seguir hablando. Y así fue.

—Es una locura —dijo—. Dejando la cuestión moral a un lado, no estarán preparados tan jóvenes. Es un suicidio.

—Lo sé. Tasha ya ofreció un buen argumento en su contra. Y yo también lo hice.

Dimitri me miró con cara de suspicacia al respecto de aquello último, en especial cuando se sonrieron dos de sus guardianes.

—¿Fue una votación ajustada? —preguntó. Se dirigía a mí al estilo de un interrogatorio, de ese modo tan serio y concentrado tan propio de él como guardián. Aquello era mucho mejor que la depresión, decidí. También era mucho mejor que cuando me decía que me alejase de él.

—Muy ajustada. Si Lissa hubiera podido votar, no lo habrían aprobado.

—Ya —dijo mientras jugaba con el borde de su taza de café—. El quórum.

—¿Sabes de qué va? —le pregunté, sorprendida.

—Es una antigua ley moroi.

—Eso he oído.

—¿Qué intentará hacer la oposición? ¿Va a tratar de que el Consejo cambie de opinión, o de conseguir para Lissa el voto de los Dragomir?

—Ambas cosas, y alguna más.

Hizo un gesto negativo con la cabeza y se pasó unos mechones de pelo por detrás de la oreja.

—No pueden hacer eso. Tienen que escoger un camino y dedicarle todos sus esfuerzos. Lissa es la opción más inteligente. El Consejo necesita el regreso de los Dragomir; he visto cómo la mira la gente cuando me exhiben —sus palabras estaban teñidas del más leve deje de amargura, lo que indicaba cómo se sentía al respecto de aquello. Acto seguido, volvió a centrarse en el tema—. No resultaría complicado recabar apoyos para eso... siempre que no dividan sus fuerzas.

Empecé mi segundo pepito de chocolate y se me olvidó mi anterior resolución de no hacerle caso a Dimitri. No quería distraerle del tema. Aquello era lo primero que conseguía traer de vuelta a sus ojos aquel brillo ardiente, lo único en lo que él parecía tener interés..., bueno, aparte de jurar devoción eterna a Lissa y pedirme que me mantuviese al margen de su vida. Me gustaba este Dimitri.

Era el mismo Dimitri de tanto tiempo atrás. Aquel Dimitri fiero dispuesto a arriesgar su vida por lo que estaba bien. Casi deseé que regresase el Dimitri distante, exasperante, el que me pedía que me alejase de él, porque verle ahora me traía demasiados recuerdos por no mencionar la atracción que yo creía haber mitigado. Ahora, con tanta pasión en él, me parecía más atractivo que nunca; aquella era la misma intensidad que le envolvía cuando entrenábamos el combate, incluso cuando nos acostamos. Era así como se suponía que había de ser Dimitri: poderoso y al mando. Me alegraba y, sin embargo..., verle de aquella manera que tanto amaba solo hacía que me doliese mucho más en el corazón. Lo había perdido.

Si Dimitri se imaginaba mis sentimientos, no lo demostró. Me miró directamente a los ojos y, como siempre, me sentí envuelta en la fuerza de una mirada tan poderosa.

—La próxima vez que veas a Tasha, ¿le dirás que venga a verme? Tenemos que hablar de esto.

—Así que Tasha puede ser tu amiga pero yo no, ¿eh? —aquellas palabras afiladas salieron de mis labios antes de que pudiese impedirlo. Me sonrojé, avergonzada por mi lapsus delante de los demás guardianes. Podría decirse que Dimitri tampoco deseaba tener público. Levantó la vista hacia el guardián que se había dirigido a mí en primera instancia.

—¿Hay alguna forma de que podamos tener algo de intimidad?

Sus escoltas cruzaron varias miradas y, acto seguido y prácticamente al unísono, retrocedieron unos pasos. No era una distancia considerable, y aún mantenían el perímetro alrededor de Dimitri, pero bastaba para que no oyesen nuestra conversación entera. Dimitri se volvió hacia mí. Me senté.

—Tasha y tú os encontráis en situaciones completamente distintas. No hay ningún peligro con ella en mi vida. Contigo sí lo hay.

—Y, aun así —dije, apartándome el pelo con un golpe airado— parece que no hay ningún problema si formo parte de tu vida cuando te conviene... como, digamos, para hacerte recaditos o pasar mensajes.

—La verdad, tampoco parece que tú me necesites a mí en tu vida —afirmó con sequedad y una leve inclinación de la cabeza hacia mi hombro derecho.

Necesité un momento para comprender lo que había sucedido. Al apartarme el pelo, había dejado el cuello a la vista... y también la mordedura. Intenté no sonrojarme de nuevo, consciente de que no tenía nada de lo que avergonzarme. Me eché el pelo hacia atrás.

—No es asunto tuyo —siseé con la esperanza de que no lo hubieran oído los demás guardianes.

—Exacto —sonó triunfal—. Porque tienes que vivir tu propia vida, muy lejos de mí.

—Por Dios bendito —exclamé—. ¿Por qué no dejas ya el...?

Alcé la mirada de su rostro porque, de repente, un ejército se cernía sobre nosotros.

Vale, digamos que no era exactamente un ejército, pero bien podría haberlo sido. Estábamos Dimitri y yo solos con sus escoltas y, un segundo después, la cafetería era un hervidero de guardianes. Y no solo guardianes. Llevaban el uniforme negro y blanco típico de los guardianes en las ocasiones formales, pero un pequeño botón rojo en el cuello de la camisa los identificaba como guardianes asignados de manera específica al servicio de la reina. Allí tenía que haber por lo menos veinte de ellos.

Eran letales, mortíferos, lo mejor de lo mejor. A lo largo de la historia, los asesinos que habían atacado a los monarcas se habían visto reducidos por la guardia real. Eran la muerte personificada, y ahora, todos ellos nos tenían rodeados. Dimitri y yo nos pusimos en pie de un salto, sin tener muy claro qué estaba sucediendo, pero con la certeza de que aquella amenaza iba dirigida contra nosotros. Estábamos separados por la mesa y las sillas, pero aun así nos colocamos de inmediato en la posición de combate propia de las situaciones en que estás rodeado por el enemigo: espalda con espalda.

Los guardianes que vigilaban a Dimitri vestían ropa ordinaria, y se quedaron algo perplejos al ver a sus compañeros, aunque, con la eficiencia propia de su profesión, se unieron al avance de la guardia real. Se acabaron las sonrisas y las bromas. Quería lanzarme delante de Dimitri, pero resultaba bastante complicado en aquella situación.

—Tienes que venir con nosotros ahora mismo —dijo uno de los guardias de la reina—. Si te resistes, te llevaremos a la fuerza.

—¡Dejadle en paz! —grité mirándolos uno a uno a la cara. Aquella ira oscura estalló en mi interior. ¿Cómo podían seguir sin creer? ¿Por qué continuaban instigándole?—. ¡Él no ha hecho nada! ¿Por qué no aceptáis de una vez que ahora es de verdad un dhampir?

El hombre que había hablado arqueó una ceja.

—No estaba hablando con él.

—¿Habéis... habéis venido a por mí? —le pregunté. Intenté recordar qué otro numerito podía haber causado últimamente. Valoré la disparatada

idea de que la reina hubiese descubierto que había pasado la noche con Adrian y estuviera muy cabreada al respecto, pero aquello no sería suficiente como para que enviase a la guardia de palacio a buscarme... ¿o sí? ¿De verdad me había pasado tanto de la raya con mis rarezas?

—¿Por qué motivo? —exigió saber Dimitri. Aquel cuerpo alto y maravilloso que tenía, ese mismo que tan sensual podía ser a veces, se encontraba ahora tenso y amenazador.

El hombre mantuvo los ojos clavados en mí.

—No me obligues a repetirlo: acompáñanos sin oponer resistencia, o te obligaremos nosotros —en sus manos brilló el destello de unas esposas.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¡Es una locura! ¡Yo no voy a ninguna parte hasta que me digáis cómo coño ha...!

Fue en aquel instante cuando al parecer decidieron que no iba a acompañarlos sin oponer resistencia. Dos de los guardias reales se lanzaron a por mí, y, aunque en teoría trabajábamos para el mismo bando, mi instinto entró en acción. Yo allí no entendía nada excepto que no me iban a sacar a rastras como a una especie de criminal peligroso. Cogí la silla en la que había estado sentada, se la tiré a uno de los guardianes y le lancé un puñetazo al otro. Fue un golpe un poco pobre cuya efectividad quedó más reducida si cabe porque el otro era más alto que yo. Aquella diferencia de altura me permitió esquivar su siguiente intento de agarrarme y, cuando le solté una dura patada hacia las piernas, un gruñido me indicó que había acertado de lleno.

Oí unos cuantos chillidos. Los empleados de la cafetería se escondieron detrás de la barra como si esperasen que sacásemos armas automáticas. Los demás clientes que se encontraban allí desayunando salieron despavoridos de sus mesas y en su descuido tiraron al suelo platos y comida. Corrieron hacia las salidas, que estaban bloqueadas por más guardianes aún. Aquello provocó más gritos, aunque las salidas estuvieran bloqueadas por mi culpa.

Entre tanto, otros guardianes se unían a la refriega. Aunque conseguí conectar un par de buenos puñetazos sabía que su superioridad en número resultaba abrumadora. Un guardián me aferró del brazo e intentó ponerme las esposas. Se detuvo cuando otro par de manos me agarró por el otro lado y tiró de mí para liberarme.

Dimitri.

—No la toques —rugió.

En su voz había un tono que me habría atemorizado de haber ido dirigido a mí. Me empujó detrás de él y colocó su cuerpo delante en una posición protectora, con mi espalda contra la mesa. Los guardianes caían sobre nosotros procedentes de todas las direcciones, y Dimitri comenzó a despacharlos con la misma elegancia letal que antaño hiciera que la gente dijese que era un dios. No mató a ninguno de ellos, pero se aseguró de que quedaban fuera de combate. Si a alguno se le había pasado por la cabeza que su odisea como strigoi o su encierro en una celda habían mermado sus habilidades para el combate, entonces había cometido un terrible error. Dimitri era una fuerza de la naturaleza, y se las arregló para conseguir lo inverosímil y además impedírmelo cada vez que yo intentaba unirme a la pelea. La guardia real podría ser lo mejor de lo mejor, pero Dimitri... digamos que mi antiguo instructor y amante formaba una categoría por sí solo. Sus habilidades de combate superaban a las de cualquiera, y las estaba utilizando todas en mi defensa.

—Quédate detrás —me ordenó—. No te van a poner una mano encima.

Al principio me quedé anonadada por su comportamiento protector... aunque odiaba mantenerme al margen en una pelea. Verle luchar de nuevo era también fascinante. Hacía que pareciese algo bello y letal al mismo tiempo. Era un sí todo un ejército ese guerrero que protegía a sus seres queridos y provocaba terror en sus enemigos...

Y entonces me percaté de algo horrible.

—¡Alto! —grité de repente—. ¡Iré! ¡Iré con vosotros!

Nadie me oyó al principio, estaban demasiado enzarzados en la pelea. Los guardianes seguían intentando ganarle la espalda a hurtadillas a Dimitri, pero era como si él los presintiese y les tiraba sillas o cualquier otra cosa que se pudiera agenciar... sin dejar de arrear patadas y puñetazos a los que se lanzaban de frente. ¿Quién sabe? Quizá hubiera sido capaz de derrotar él solo a todo un ejército.

Pero yo no se lo podía permitir.

Zarandeé el brazo de Dimitri.

—¡Para! —le grité—. ¡No pelees más!

—Rose...

—*¡Que pares!*

Estaba bastante segura de no haber gritado tan fuerte jamás en mi vida. Resonó por la cafetería. A mí me pareció que resonó por toda la corte.

Aquello no hizo exactamente que todo el mundo se detuviera, pero muchos de los guardianes bajaron el ritmo. Algunos de los empleados de la cafetería, acobardados, asomaron la cabeza por encima de la barra y nos miraron. Dimitri seguía en movimiento, seguía preparado para frenar a cualquiera, y casi tuve que tirarme contra él para que me hiciese caso.

—Para —esta vez, mi voz fue un susurro. Entre todos nosotros se había hecho un incómodo silencio—. Deja la pelea. Me voy a ir con ellos.

—No. No voy a dejar que te lleven.

—Tienes que hacerlo —le supliqué.

Jadeaba con fuerza, cada parte de su ser armada y preparada para el ataque. Nuestras miradas se encontraron, y fue como si un millar de mensajes fluyese entre nosotros mientras aquella antigua energía crepitaba en el ambiente. Yo solo esperaba que él recibiese el mensaje correcto.

Uno de los guardianes avanzó con indecisión, para lo cual tuvo que rodear el cuerpo inconsciente de uno de sus compañeros, y la tensión volvió a saltar en Dimitri. Fue a bloquearle el paso al guardián y a defenderme de nuevo, pero esta vez me interpuse yo entre ellos y cogí la mano de Dimitri sin dejar de mirarle a los ojos. Su piel estaba templada... y cómo agradecí su tacto contra la mía.

—Por favor, déjalo ya.

Vi entonces que por fin entendía lo que le estaba intentando decir. La gente aún le tenía miedo. Nadie sabía qué era. Lissa había dicho que verle actuar con calma y con normalidad aplacaría los temores, pero ¿esto? ¿Que dejase fuera de combate a todo un ejército de guardianes? Aquello no le daría puntos por buen comportamiento. Según lo veía yo, ya era demasiado tarde después de esto, pero tenía que intentar controlar los daños. No podía permitir que le volviesen a encerrar, no por mi culpa.

Me miró, y me dio la sensación de que era él ahora quien me enviaba su mensaje: que aún seguiría luchando por mí, que lucharía hasta caer rendido con tal de evitar que me capturasen.

Le dije que no con un gesto de la cabeza y le apreté la mano en señal de despedida. Sus dedos eran justo como los recordaba, largos y elegantes, con callos provocados por los años de entrenamiento. Le solté y me giré para quedar frente al tipo que había hablado en primer lugar. Asumí que sería algo así como el jefe.

Le mostré las manos y avancé despacio.

—Iré sin oponer resistencia, pero por favor... no le volváis a encerrar. Solo ha pensado... ha pensado que yo estaba en un aprieto.

La cuestión fue que, cuando me pusieron las esposas en las muñecas, yo también empecé a pensar que estaba en un aprieto. Mientras los guardianes se ayudaban los unos a los otros a ponerse en pie, su mando respiró profundamente y se dispuso a anunciar lo que había estado intentando decir desde que entró. Tragué saliva, a la espera de oír el nombre de Victor.

—Rose Hathaway, quedas arrestada por alta traición.

Pues no era lo que yo me imaginaba. Con la esperanza de que mi sumisión me hubiese hecho ganar puntos, pregunté:

—¿Qué alta traición?

—El asesinato de Su Majestad, la reina Tatiana.

Veintiséis

TAL vez se debiese al macabro sentido del humor de alguien, pero acabé en la celda de Dimitri, que había quedado vacía.

No había opuesto ninguna resistencia después de que aquel guardián me comunicase los cargos de los que se me acusaba. De hecho, me había quedado en estado comatoso porque resultaba imposible asumir mucho de lo que había dicho. Y ni siquiera había llegado a la parte que se refería a mí. No podía sentirme indignada ni ultrajada por la acusación, porque aún me encontraba atascada en que Tatiana estaba muerta.

No solo muerta. Asesinada.

¿Asesinada?

¿Cómo había pasado tal cosa? ¿Cómo había pasado eso allí? La corte era uno de los lugares más seguros del mundo, y Tatiana iba siempre particularmente protegida por el mismo grupo que se nos había echado encima tan rápido a Dimitri y a mí. A menos que hubiese salido de la corte —y estaba bastante segura de que no lo había hecho—, ningún strigoi podía haberla matado. Con las constantes amenazas a las que nos enfrentábamos, el asesinato entre los dhampir y los moroi era algo casi inaudito. Desde luego, había sucedido. Resultaba inevitable en toda sociedad, pero teniendo en cuenta la caza a la que estaba sometida la nuestra, rara vez teníamos tiempo para volvernos los unos contra los otros (gritos en las sesiones del Consejo aparte). Aquello fue en parte el motivo de la dura condena que recibió Victor: sus crímenes eran prácticamente lo peor que había pasado.

Hasta ahora.

Una vez que conseguí ir más allá de la imposible idea de que Tatiana estaba muerta, entonces pude hacerme la verdadera pregunta: ¿por qué yo? ¿Por qué me acusaban a mí? No era abogada, pero sí que estaba bastante segura de que llamar a alguien «puta mojigata» *no* era una prueba concluyente en un juicio.

Intenté conseguir más detalles de los guardianes que había a la puerta de mi celda, pero se mantuvieron con el rostro serio y en silencio. Después de quedarme ronca de tanto gritar, me tiré en la cama y me deslicé en la mente de Lissa, de donde sacaría más información a buen seguro.

Lissa estaba frenética, intentando obtener respuestas de cualquiera que pudiese. Christian seguía con ella, y se encontraban de pie en el vestíbulo de uno de los edificios administrativos, inmerso en un revuelo de actividad. Había tanto moroi como dhampir corriendo por todas partes, algunos atemorizados por la inestabilidad del gobierno y otros con la esperanza de aprovecharse de ella. Lissa y Christian se encontraban en medio de todo aquello, como unas hojas arrastradas por la furia de un huracán.

Aunque Lissa en teoría ya fuera un adulto, siempre había estado bajo la protección de alguien más mayor en la corte, por lo general Priscilla Voda y en ocasiones Tatiana. No contaba ya con ninguna de ellas por razones obvias, y, aunque fuesen muchos los miembros de la realeza que la respetaban, no tenía ninguna fuente a la que acudir.

Al ver su agitación, Christian la cogió de la mano.

—La tía Tasha sabrá qué está pasando —le dijo—. Aparecerá antes o después. Sabes que no dejará que le ocurra nada a Rose.

Lissa era consciente de que aquella afirmación carecía de una seguridad plena, pero no lo mencionó. Tal vez Tasha deseara que no me sucediese nada, pero estaba claro que no era todopoderosa.

—¡Lissa!

La voz de Adrian provocó que tanto Lissa como Christian se diesen la vuelta. Adrian acababa de entrar junto con su madre, y tenía todo el aspecto de haberse dirigido allí directamente desde mi cuarto: llevaba la ropa de ayer, algo arrugada, y su peinado carecía de sus habituales cuidados. En comparación, a Daniella se la veía compuesta y arreglada, la imagen perfecta de una ejecutiva que no hubiese perdido su femineidad.

¡Al fin! He aquí alguien que podría tener respuestas. Lissa corrió hacia ellos agradecida.

—Gracias a Dios —dijo—. Nadie nos cuenta lo que ha pasado... excepto que la reina ha muerto y que Rose está encerrada —Lissa elevó la mirada a Daniella con una expresión de súplica—. Por favor, dime que ha habido algún tipo de error.

Daniella le dio unas palmaditas en el hombro y le dedicó una mirada de tanto consuelo como fue capaz de reunir dadas las circunstancias.

—Me temo que no. Tatiana fue asesinada anoche, y Rose es su principal sospechosa.

—¡Ella jamás habría hecho algo así! —exclamó Lissa.

Christian secundó su justificada indignación.

—Sus gritos ante el Consejo el otro día no bastan para condenarla por asesinato —ah, Christian y yo seguíamos la misma línea de argumentación. Casi me daba miedo—. Y tampoco lo es colarse en la Vigilia Funeraria.

—Tienes razón. Con eso no basta —reconoció Daniella—. Pero tampoco da una buena imagen de ella y, al parecer, tienen otra prueba que dicen que demuestra su culpabilidad.

—¿Qué tipo de prueba? —exigió saber Lissa.

La voz de Daniella adquirió un tono de disculpa.

—No lo sé. Todavía lo están investigando. Celebrarán una vista para presentar las pruebas y preguntarle por su paradero, los posibles motivos..., ese tipo de cosas —observó a su alrededor, a la gente que pasaba a toda prisa—. Si es que llegan tan lejos, siquiera. Algo como esto... no ha sucedido en siglos. El Consejo se hace con el control absoluto hasta que se elija un nuevo monarca, pero aun así se producirá un caos. Todo el mundo tiene miedo. No me sorprendería que la corte quedase bajo la ley marcial.

Christian se volvió hacia Lissa con una cara esperanzada.

—¿Viste a Rose anoche? ¿Estaba contigo?

Lissa frunció el ceño.

—No. Creo que estaba en su habitación. La última vez que la vi fue antes de ayer.

Daniella no pareció alegrarse mucho de aquello.

—Eso no será de ayuda. Si estaba sola, entonces no tiene coartada.

—No estaba sola.

Tres pares de ojos se volvieron hacia Adrian. Era la primera vez que hablaba desde que llamó a Lissa al entrar. Ella no le había prestado demasiada atención todavía, lo cual significaba que yo tampoco. Lissa solo se había fijado en su aspecto externo cuando llegó, pero ahora veía los pequeños detalles. La preocupación y la ansiedad habían dejado su marca, y ahora parecía más mayor de lo que era. Cuando percibió su aura, vio el habitual dorado de los manipuladores del espíritu, pero tanto el oro como los demás colores se mostraban turbios y teñidos de oscuridad. Había también un leve parpadeo, una advertencia de que se estaba asentando la inestabilidad propia del elemento del espíritu. Todo aquello había sucedido demasiado deprisa para que él reaccionara, pero supuse que se dedicaría al tabaco y el alcohol en cuanto tuviese un segundo libre. Así era como Adrian afrontaba aquel tipo de cosas.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Daniella de forma brusca.

Adrian hizo un gesto de indiferencia.

—Que no estaba sola. Yo he pasado con ella toda la noche.

A Lissa y a Christian se les dio bastante bien lo de mantener una expresión neutral, pero en el rostro de Daniella se reflejó el impacto que sufriría cualquier padre o madre al enterarse de la vida sexual de su hijo. Adrian también se percató de su reacción.

—Guárdatelo —le advirtió—. Tu moralidad, tus opiniones... nada de eso importa ahora —hizo un gesto hacia un grupo de gente aterrada que pasaba a la carrera y gritando que sin duda Victor Dashkov había venido a la corte a matarlos a todos. Adrian hizo un gesto negativo con la cabeza y se volvió de nuevo hacia su madre—. Yo he estado con Rose. Eso demuestra que ella no lo ha hecho. Ya nos encargaremos más adelante de tu maternal desaprobación al respecto de mi vida amorosa.

—¡Eso no es lo que me preocupa! Si tienen una prueba concluyente y te ves mezclado en esto, tú también podrías ser sospechoso —la compostura con la que había entrado Daniella estaba empezando a resquebrajarse.

—Era mi tía —protestó Adrian con incredulidad—. ¿Por qué demonios íbamos a matarla Rose y yo?

—Por su desaprobación de que salierais juntos. Y porque Rose estaba alterada por el decreto de la edad —esto lo había dicho Christian. Lissa lo atravesó con la mirada, pero él se limitó a hacer un gesto de indiferencia—. ¿Qué? Solo estoy exponiendo algo que es obvio. Si no lo digo yo, cualquiera lo habría hecho, y todos hemos oído ya los rumores... La gente se está inventando cosas que son descabelladas incluso para Rose —un comentario convincente, sin duda.

—¿Cuándo? —preguntó Daniella aferrándose a la manga de Adrian—. ¿Cuándo estuviste con Rose? ¿A qué hora llegaste?

—No lo sé. No me acuerdo —dijo él.

Daniella se agarró con más fuerza.

—¡Adrian! Tómate esto en serio. Esto marca una enorme diferencia en cómo pueden ir las cosas. Si llegaste allí antes de que Tatiana fuese asesinada, entonces no estarás vinculado con ello. Si estuviste con Rose después...

—Pues no, ella tiene una coartada —la interrumpió él—. Y no hay problema.

—Espero que eso sea cierto —murmuró Daniella. Sus ojos no parecían prestar atención ya a mis amigos. Giraban los engranajes en su cabeza, y

sus pensamientos daban un salto hacia delante en su intento por decidir lo mejor para proteger a su hijo. Para ella, yo había supuesto un caso desafortunado. Su hijo, como era comprensible, se encontraba en una situación de alerta roja—. Aun así tendremos que buscarte un abogado. Hablaré con Damon. Tengo que encontrarle antes de la vista de esta noche. A Rufus también habrá que contarle todo esto. Mierda —Adrian arqueó una ceja al oír aquello. Me daba la impresión de que Lady Ivashkov no soltaba tacos con mucha frecuencia—. Tenemos que descubrir a qué hora llegaste tú allí.

Adrian aún llevaba encima la ansiedad como si de una capa se tratase, y tenía el aspecto de ir a desmayarse si no conseguía pronto algo de nicotina o de alcohol. Cómo odiaba verle así, y en particular verle así por mí. No cabía la menor duda de que en su interior había fortaleza, pero su manera natural de ser —y los difusos efectos del espíritu— hacía que le resultase muy difícil plantarle cara a aquello. No obstante, en medio de su agitación fue capaz de hacer memoria para ayudar a su frenética madre.

—Había alguien en el vestíbulo del edificio cuando yo entré..., un conserje o algo así, creo. Sin embargo, no había nadie en el mostrador de recepción —la mayoría de los edificios mantenían a una persona para casos de emergencia o de servicio.

A Daniella se le iluminó el rostro.

—Eso es. Eso es lo que necesitaremos. Damon se enterará de la hora a la que llegaste para que podamos dejarte libre y al margen de todo esto.

—¿Y para que me pueda defender en caso de que las cosas se pongan feas?

—Por supuesto —respondió ella rápidamente.

—¿Y qué pasa con Rose?

—¿Qué pasa con Rose?

Adrian seguía teniendo el aspecto de estar a punto de caerse, pero sus ojos verdes mostraban seriedad y concentración.

—Si descubres que a la tía Tatiana la han asesinado antes de que yo llegase allí, y a Rose la arrojan sola a los leones, ¿será Damon su abogado?

Su madre titubeó.

—Verás, querido..., en realidad Damon no hace ese tipo de cosas...

—Lo hará si tú se lo pides —dijo Adrian con aire de gravedad.

—Adrian —le contestó ella con cansancio—, no sabes de qué estás hablando. Dicen que las pruebas contra ella pintan muy mal. Si nuestra

familia se significa en su apoyo...

—¡Tampoco es que estemos apoyando el asesinato! Tú has conocido a Rose. Te cayó bien. ¿Serás capaz de mirarme a los ojos y decirme que te parece bien que entre ahí con Dios sabe qué triste intento de defensa que sean capaces de montar para ella? *¿Serás capaz?*

Daniella palideció, y juro que hasta se encogió. No creo que estuviese acostumbrada a una determinación tan fuerte por parte de su hijo el viva la vida. Y aunque sus palabras eran de una total cordura, en su tono de voz y en su actitud había una desesperación que daban algo de miedo. Lo que no podría decir es si aquello era a causa del espíritu o solo de sus propias emociones.

—Pues... pues hablaré con Damon —dijo Daniella por fin. Había tenido que tragar saliva unas cuantas veces antes de ser capaz de pronunciar aquellas palabras.

Adrian liberó un profundo suspiro, y parte de su ira se marchó con él.

—Gracias.

Daniella salió de allí apresurada y desapareció entre el gentío para dejar a solas a Adrian con Lissa y con Christian. Ellos dos parecían estar menos perplejos de lo que se había quedado Daniella.

—¿Damon Tarus? —indagó Lissa. Adrian asintió.

—¿Quién es ese? —preguntó Christian.

—El primo de mi madre —contestó Adrian—. El abogado de la familia. Un verdadero tiburón. Digamos que no tiene demasiados escrúpulos, pero es capaz de sacar a cualquiera de cualquier aprieto.

—Ya es algo, supongo —reflexionó Christian—. Pero ¿será lo bastante bueno para enfrentarse a esa supuesta prueba concluyente?

—No lo sé, de verdad que no lo sé —Adrian se llevó la mano de forma distraída al bolsillo, el lugar habitual del tabaco, pero aquel día no le quedaba. Suspiró—. No sé qué prueba tienen, ni siquiera sé cómo ha muerto la tía Tatiana. Todo lo que he oído es que la han encontrado muerta esta mañana.

Lissa y Christian intercambiaron un gesto de pesar en la cara. Christian se encogió de hombros, y Lissa se volvió hacia Adrian para tomar el papel de portavoz.

—Una estaca —dijo Lissa—. La han encontrado en la cama con una estaca de plata clavada en el corazón.

Adrian no dijo nada, y su expresión tampoco cambió. Lissa se dio cuenta de que, en medio de toda aquella charla sobre inocencia, pruebas y abogados, todos habían pasado más o menos por alto el hecho de que Tatiana era la tía abuela de Adrian. A él no le habían gustado algunas de sus decisiones, y solía hacer todo tipo de bromas al respecto de tenerla siempre tan encima, pero no dejaba de ser su familia, alguien a quien conocía de toda la vida. Por encima de todo lo demás, debía de estar sintiendo el dolor por su muerte. Yo misma tenía, incluso, sensaciones encontradas. La odiaba por lo que me había hecho, pero jamás la querría muerta, y tampoco podía dejar de recordar que en algunas ocasiones me había llegado a hablar como si yo fuese una persona de verdad. Tal vez lo hubiese fingido, pero estaba bastante segura de su sinceridad la noche que pasó por la casa de los Ivashkov. Se había mostrado cansada y pensativa, en general preocupada por mantener la paz entre su gente.

Lissa, invadida de compasión y de dolor, observó cómo se marchaba Adrian. Christian le dio unas palmaditas en el brazo.

—Vámonos —le dijo—. Ya nos hemos enterado de lo que queríamos saber. Aquí estamos un poco en medio.

Sintiéndose impotente, Lissa dejó que él la guiase al exterior. El color naranja del sol bajo le daba un aire cálido y dorado a cada hoja y a cada árbol. El día que regresamos de la nave industrial con Dimitri nos habíamos encontrado con una multitud en la calle, pero nada comparado con esto. Aquello era un hervidero de gente atemorizada que corría para dar la noticia. Algunos iban ya de luto, vestidos de negro, con lágrimas en los ojos. Me preguntaba cuánto de todo aquello sería de verdad. Aun en plena tragedia, con un asesinato, la realeza era capaz de pelearse por el poder.

Y, cada vez que oía mi nombre, Lissa se ponía más y más furiosa. Era también aquella mala ira, esa que se sentía como una humareda negra en nuestro vínculo y que a menudo hacía que ella arremetiese contra alguien. Era la maldición del espíritu.

—¡Es que no me lo puedo creer! —exclamó a Christian. Aunque ella no se percatase, yo sí me di cuenta de que Christian se estaba apresurando a llevársela a algún sitio donde no hubiera nadie—. ¿Cómo puede alguien pensar semejante cosa de Rose? Esto es un montaje. *Tiene* que serlo.

—Ya lo sé, ya lo sé —decía él, que también conocía los peligrosos síntomas del espíritu e intentaba calmarla. Llegaron a una pequeña zona de césped a la sombra de un avellano y se sentaron en el suelo—. Sabemos que

ella no lo ha hecho. Eso es lo que hay, y lo demostraremos. No puede recibir un castigo por algo que no ha hecho.

—Tú no conoces a esta gente —refunfuñó Lissa—. Si van a por ella, son capaces de hacer que cualquier cosa sea posible —solo con una leve consciencia, atraje hacia mí un poco de aquella oscuridad en un esfuerzo por tranquilizarla. Por desgracia, eso no consiguió sino enfadarme más a mí.

Christian se rio.

—Se te olvida que yo crecí cerca de esa gente, y fui al colegio con sus hijos. Los conozco... pero no nos va a entrar el pánico hasta que sepamos algo más, ¿vale?

Lissa suspiró; se sentía mucho mejor. Iba a tragarme demasiada oscuridad si no me andaba con cuidado. Lissa miró a Christian con una pequeña y vacilante sonrisa.

—No te recordaba tan razonable.

—Eso es porque cada cual tiene su propia definición de «razonable», y la mía se malinterpreta, eso es todo —su voz sonaba despreocupada.

—Me parece que a ti te deben de malinterpretar bastante —se rio.

Los ojos de Christian sostuvieron la mirada de los de Lissa, y la sonrisa de su rostro se transformó en algo más cálido, más tierno.

—Pues espero que no se malinterprete esto. Si no, podría recibir un puñetazo.

Se inclinó hacia ella, y llevó sus labios hacia los de Lissa. Ella respondió sin dudarlo, o sin pensarlo para el caso, y se abandonó a la dulzura de aquel beso. Por desgracia, yo me vi arrastrada también en él. Cuando se separaron, Lissa sintió que se le aceleraba el pulso y se le sonrojaban las mejillas.

—¿Y de qué era eso la definición, exactamente? —preguntó mientras revivía lo que habían sentido sus labios.

—Significa «lo siento» —dijo él.

Lissa apartó la mirada y, nerviosa, arrancó algunas briznas de hierba. Finalmente, con un suspiro, volvió a alzar los ojos.

—Christian..., ¿alguna vez... has tenido algo con Jill? ¿O con Mia?

Él se quedó mirándola sorprendido.

—¿Qué? ¿Cómo puedes pensar eso?

—Pasabas mucho tiempo con ellas.

—Solo hay una persona con la que haya querido estar —le dijo. La firmeza de su mirada, de aquellos ojos azules cristalinos, no dejaba lugar a dudas al respecto de quién era esa persona—. Nadie ha llegado nunca a acercarse siquiera. A pesar de todo, incluso con Avery...

—Christian, siento mucho aquello...

—No tienes que...

—Pero lo siento...

—Maldita sea —dijo él—. ¿Me vas a dejar terminar una fras...?

—No —le interrumpió Lissa, se inclinó y le besó con fuerza, un poderoso beso que ardió por todo su cuerpo, un beso que le decía que para ella tampoco había nadie más en el mundo.

Bueno, pues, por lo visto, Tasha tenía razón: yo era la única capaz de volver a unirlos. Solo que no me esperaba que mi arresto tuviese algo que ver con aquello.

Salí de su cabeza para dejarles algo de intimidad y para ahorrarme el ver cómo se enrollaban. Tampoco les echaba en cara su momento. No había nada que ninguno de los dos pudiera hacer por mí en aquel instante, y se merecían estar juntos. Su única expectativa era aguardar a que llegase más información, y, la verdad, su forma de pasar el tiempo era mucho más sana que cualquier otra cosa que pudiera estar haciendo Adrian.

Me tumbé en el camastro y me quedé mirando al techo. A mi alrededor no había nada más que metal y colores neutros. Aquello me enloquecía. Nada para ver, nada para leer. Me sentía como un animal atrapado en una jaula. Era como si la habitación se hiciese más y más pequeña por momentos. Todo cuanto podía hacer era repasar aquello de lo que me había enterado a través de la mente de Lissa, analizar cada palabra que se había dicho. Por supuesto que tenía preguntas acerca de todo, pero se me había quedado grabada la mención que Daniella había hecho de una vista preliminar. Tenía que enterarme de algo más sobre ello.

Obtuve mi respuesta... horas más tarde.

Llegado aquel momento me había quedado envuelta en un sopor, como anestesiada, y casi no reconocí a Mikhail de pie frente a la puerta de mi celda. Salté de la cama hasta los barrotes y vi que estaba abriendo la cerradura. Sentí una ola de esperanza.

—¿Qué está pasando? —le pregunté—. ¿Dejan que me vaya?

—Me temo que no —me dijo, y su afirmación quedó demostrada cuando, tras abrir la puerta, se apresuró a esposarme. No me resistí—. He

venido a llevarte a la vista preliminar.

Al salir al pasillo vi otro grupo de guardianes. Mi propio retén de seguridad. Clavado al de Dimitri. Maravilloso. Mikhail y yo caminamos juntos, y tuvo la misericordia de hablar conmigo por el camino en lugar de mantener aquel horrible silencio que parecía ser el tratamiento habitual que se daba a los prisioneros.

—¿Qué es exactamente una vista? ¿Un juicio?

—No, no. Todavía es demasiado pronto para un juicio. En una vista preliminar se decide si irás a juicio.

—Eso suena a pérdida de tiempo —señalé. Salimos del edificio de los guardianes, y el aire fresco y húmedo fue lo más maravilloso que he probado nunca.

—Sería una pérdida de tiempo aún mayor si te llevaran a juicio y después se diesen cuenta de que no tenían un argumento sólido en el que basarlo. En la vista mostrarán todas las pruebas que tienen, y un juez... o, digamos, alguien que hará de juez, decidirá si debes ir a juicio. Entonces será oficial: en el juicio se adopta un veredicto y se dicta la sentencia con el castigo.

—¿Por qué han esperado tanto para la vista? ¿Por qué me han hecho esperar en la celda todo el día?

Se carcajeó, pero no porque le pareciese gracioso.

—Esto ha sido rápido, Rose. Muy rápido. Pueden tardar días o semanas en preparar una vista, y si vas a juicio, te quedarás encerrada hasta entonces.

Tragué saliva.

—¿Y se darán prisa con eso también?

—No lo sé. No habían asesinado a un monarca desde hace casi un siglo. La gente se está poniendo como loca, y el Consejo quiere mantener el orden. Ya están haciendo los preparativos para el funeral de la reina, un espectáculo gigantesco que distraerá a todo el mundo. Tu vista preliminar es también un intento de restablecer el orden.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Cuanto antes condenen al asesino, más segura se sentirá la gente. Creen que la acusación que tienen contra ti es tan sólida que quieren ir a toda prisa. Quieren que seas culpable. Quieren enterrarla sabiendo que su asesino se enfrentará a la justicia, para que todo el mundo pueda dormir tranquilo cuando sea elegido el nuevo monarca.

—Pero si yo no he... —dejé mi protesta a medias. No tenía sentido.

Ante nosotros se alzaba el edificio donde estaba la sala del tribunal. Ya me había parecido imponente la primera vez que vine, para el juicio de Victor, pero aquello se debía al temor a los recuerdos que él me provocaba. Ahora... ahora era mi propio futuro el que se hallaba en la cuerda floja, y, al parecer, no solo mi propio futuro. El mundo de los moroi estaba observando y aguardando con la esperanza de que yo fuese una delincuente a la que se pudiese poner a la sombra para siempre sin el menor problema. Tragué saliva y miré a Mikhail con nervios.

—¿Crees... crees que me llevarán a juicio?

No me respondió. Uno de los guardias nos sujetó la puerta para que entrásemos.

—Mikhail —le insistí—. ¿De verdad me van a llevar a juicio por asesinato?

—Sí —me dijo con un tono de voz compasivo—. Estoy bastante seguro de que lo van a hacer.

Veintisiete

MI entrada en la sala del juicio fue una de las experiencias más surrealistas de mi vida, no solo por que fuera yo la acusada. No dejaba de recordarme el juicio de Victor, y la idea de que ahora era yo quien ocupaba su lugar resultaba demasiado disparatada para entenderla.

Entrar en una sala con una tropa de guardianes hace que la gente se te quede mirando —y créeme, que allí había un montón de gente—, así que, como es natural, ni me escondí ni me comporté como si estuviera avergonzada. Caminé con confianza y la cabeza muy alta. De nuevo sentí ese macabro recuerdo de Victor. Él también había entrado con aire desafiante, y a mí me horrorizó que alguien que había cometido sus crímenes se comportase de esa manera. ¿Estaría aquella gente ahora pensando lo mismo sobre mí?

Una mujer a la que no reconocí estaba sentada en el estrado, en la parte de delante de la sala. Entre los moroi, el juez solía ser un abogado al que se nombraba ex profeso para la vista o similar. El juicio propiamente dicho —al menos uno tan importante como el de Victor— lo había presidido la propia reina. Ella fue quien decidió el veredicto en última instancia. Aquí serían los miembros del Consejo quienes decidirían si yo llegaba siquiera a esa fase. «Entonces será oficial: en el juicio se adopta un veredicto y se dicta la sentencia con el castigo».

Mi escolta me llevó hasta la primera fila de la sala, más allá de la barandilla que separaba del público a los actores principales, y me señaló un asiento junto a un moroi de mediana edad que vestía un traje negro muy formal y de alta costura. Aquel traje decía a voces algo así como «siento que haya muerto la reina, y me pongo superelegante a la par que muestro mi dolor». Tenía el pelo rubio muy claro, ligeramente sazonado con los primeros síntomas de las canas. De algún modo, se las había arreglado para que le quedase bien. Me imaginé que se trataría de Damon Tarus, mi abogado, aunque no me dijo ni una palabra.

Mikhail también se sentó a mi lado, y me alegré de que lo hubiesen escogido a él para que no se separase de mí, literalmente. Miré hacia atrás y vi a Daniella y a Nathan Ivashkov sentados con otros miembros de la más alta realeza y con sus familias. Adrian había preferido no unirse a ellos.

Estaba sentado más atrás, con Lissa, Christian y Eddie. Todos sus rostros, cargados de preocupación.

La juez —una moroi mayor, de pelo cano, con pinta de tener aún bastante mala leche— llamó al orden a la sala, y me giré de nuevo hacia delante. Estaba entrando el Consejo, y ella los nombró uno por uno. Les habían preparado dos filas, dos hileras de seis asientos, con un decimotercero detrás y elevado. Por supuesto, solo once sitios quedaron ocupados, e intenté no arrugar la frente y torcer el gesto. Lissa debería estar allí sentada.

Una vez acomodado el Consejo, la juez se volvió hacia el resto de nosotros y habló con una voz que resonó por toda la sala.

—Se abre la vista preliminar en la que se determinará si hay pruebas suficientes para...

Se vio interrumpida por un revuelo en la puerta, y el público volvió la cabeza para ver qué estaba sucediendo.

—¿A qué viene tanto alboroto? —exigió saber la juez.

Uno de los guardianes tenía la puerta parcialmente abierta y medio cuerpo fuera de la sala, al parecer hablando con quienquiera que fuese que se encontraba en el pasillo. Se incorporó de nuevo hacia dentro de la sala.

—El abogado de la acusada está aquí, señoría.

La juez nos miró a Damon y a mí y se dirigió al guardián con el ceño fruncido.

—La acusada ya tiene abogado.

El guardián se encogió de hombros y se quedó con un aspecto cómico de impotencia. De haber habido un strigoi ahí fuera, habría sabido qué hacer. Aquella interrupción tan singular del protocolo superaba su rango de habilidades. A la juez se le escapó un suspiro.

—Perfecto. Haga venir aquí a quien sea que haya llegado y solucionemos esto de una vez.

Abe entró en la sala.

—Por Dios bendito —dije en voz alta.

No me hizo falta reprenderme a mí misma por haber intervenido sin tener la palabra porque un murmullo acaparó la sala de inmediato. Me imaginé que la mitad de los presentes estaría al tanto de quién era Abe y de su reputación. A la otra mitad, con toda probabilidad, le habría sorprendido su irrupción.

Vestía un traje gris de cachemir considerablemente más claro que el adusto negro de Damon; bajo la chaqueta, llevaba una reluciente camisa de vestir tan blanca que deslumbraba, en particular al lado de la corbata de seda de color rojo escarlata que se había puesto. Su atuendo iba salpicado de otros detalles en rojo: un pañuelo en el bolsillo, gemelos de rubíes. Por supuesto, era de una confección tan perfecta y tan caro como el traje de Damon. Abe no tenía aspecto de estar de luto. Ni siquiera parecía que fuese a asistir a un juicio. Era más como si le hubiesen interceptado de camino a una fiesta. Y, claro está, lucía sus habituales aretes de oro en las orejas y la barba negra recortada.

La juez acalló la sala con un gesto de la mano mientras él se acercaba a ella con aire ufano.

—Ibrahim Mazur —dijo la juez con un gesto negativo de la cabeza. En su voz había asombro y desaprobación a partes iguales—. Esto es... inesperado.

Abe le dedicó una galante reverencia.

—Es un placer volver a verte, Paula. Por ti no ha pasado el tiempo.

—No estamos en un club de campo, señor Mazur —le informó ella—, así que, mientras nos encontremos aquí, se dirigirá a mí de la manera apropiada.

—Ah, cierto —guiñó un ojo—. Mis disculpas, su señoría —se dio la vuelta y miró a su alrededor hasta que sus ojos se posaron en mí—. Aquí la tenemos. Siento haber retrasado esto. Empecemos.

Damon se puso en pie.

—¿Esto qué es? ¿Quién es usted? Su abogado soy yo.

Abe le dijo que no con la cabeza.

—Tiene que haberse producido algún error. Me ha costado un tiempo conseguir un vuelo para venir, entiendo que le hayan asignado un abogado de oficio para suplirme.

—¡Abogado de oficio! —la cara de Damon se puso roja de indignación—. Soy uno de los abogados más célebres entre los moroi norteamericanos.

—Célebre, de oficio... —Abe se encogió de hombros y se inclinó hacia atrás, sobre los talones—. No soy quién para juzgarle, y perdone el juego de palabras.

—Señor Mazur —le interrumpió la juez—, ¿es usted abogado?

—Yo soy muchas cosas, Paula..., su señoría. Además, ¿acaso importa? Ella solo necesita alguien que la defienda.

—Y ya tiene a alguien —exclamó Damon—. A mí.

—Ya no —dijo un Abe que aún se manejaba con mucha cortesía. No había dejado de sonreír en ningún momento, pero sí creí ver aquel peligroso brillo en sus ojos que aterraba a tantos de sus enemigos. Él era la imagen de la calma, mientras que a Damon parecía que le fuese a dar un ataque.

—Señoría...

—¡Basta! —dijo la juez con aquella voz atronadora que tenía—. Que sea la joven quien escoja —clavó sus ojos castaños en mí—. ¿Quién desea usted que le defienda?

—Yo... —la manera tan abrupta en que la atención había quedado centrada en mí me dejó boquiabierta. Me había dedicado a observar la escena entre aquellos dos hombres como quien asiste a un partido de tenis, y ahora me había golpeado la pelota en toda la cabeza.

—Rose.

Sorprendida, me giré levemente. Daniella Ivashkov se había acercado al banco que había detrás de mí.

—Rose —volvió a susurrar—, no tienes ni idea de quién es ese tal Mazur —¿ah, no?—. No te mezcles con él. Damon es el mejor, y no resulta fácil conseguir sus servicios.

Retrocedió hasta su asiento, y me quedé observando los rostros de mis dos potenciales abogados. Entendía lo que me quería decir Daniella. Adrian la había convencido para que me consiguiese a Damon, y después ella había convencido a Damon para que finalmente lo hiciese. Rechazarlo supondría un insulto para ella, y, teniendo en cuenta que Daniella era uno de los pocos moroi de la realeza que se había portado bien conmigo al respecto de Adrian, desde luego que no deseaba ganarme su aversión. Además, si aquello era algún montaje de la realeza, tener de mi parte a uno de ellos tal vez fuese mi mejor oportunidad de librarme.

Y, aun así... allí estaba Abe, mirándome con aquella sonrisa suya tan espabilada. Sin duda se le daba maravillosamente bien lo de salirse con la suya, aunque gran parte fuese provocado por la fuerza de su presencia y de su reputación. Si de verdad había alguna prueba absurda contra mí, la pose de Abe no bastaría para descartarla. Y también era astuto, por supuesto. La serpiente. Era capaz de hacer posible lo imposible; desde luego que había movido muchos hilos por mí.

No obstante, aquello no cambiaba el hecho de que no era abogado.

Por otro lado, él era mi padre.

Era mi padre, y, aunque apenas nos conociésemos todavía, había hecho un enorme esfuerzo por plantarse allí y pasearse con su traje gris para defenderme. ¿Se trataría de un mal entendido amor paterno? ¿Sería en realidad tan buen abogado? Y, al fin y al cabo, ¿era el vínculo de la sangre más fuerte que cualquier otra cosa? No lo sabía, la verdad, y ni siquiera me gustaba esa expresión. Tal vez valiese para los humanos, pero no tenía demasiado sentido entre vampiros.

Fuera como fuese, los ojos de Abe me miraban fijamente, unos ojos de color marrón oscuro casi idénticos a los míos. «Confía en mí», parecían decir. Pero ¿podía confiar? ¿Podía confiar en mi familia? Habría confiado en mi madre, si ella se hubiese encontrado allí... y sabía que ella confiaba en él.

Suspiré e hice un gesto hacia Abe.

—Me quedo con él —dije, y añadí en voz baja—: No me dejes tirada, Zmey.

La sonrisa de Abe se amplió de oreja a oreja mientras la sala se llenaba de exclamaciones de asombro y Damon protestaba indignado. Tal vez Daniella hubiera tenido que convencerle al principio para que se hiciese cargo de mi defensa, pero el caso se había convertido ya en una cuestión de orgullo para él. Su reputación había quedado mancillada en el momento en que yo pasé de él.

Con todo, ya me había decidido, y la exasperada juez no iba a escuchar más discusiones al respecto. Hizo salir a Damon, y Abe ocupó su silla. La juez comenzó con el habitual discurso de apertura en que explicaba por qué nos encontrábamos allí reunidos, etcétera, etcétera, etcétera. Mientras ella hablaba, me incliné hacia Abe.

—¿En qué me has metido? —le dije en un siseo.

—¿Yo? ¿En qué te has metido tú solita? ¿Es que no bastaba con hacerme ir a recogerte a la comisaría por beber alcohol siendo menor de edad, como a la mayoría de los padres?

Estaba empezando a entender por qué la gente se irritaba cuando yo hacía bromas en las situaciones de peligro.

—¡Joder, que es mi futuro lo que está en juego! ¡Que me van a llevar a juicio y me van a condenar!

De su semblante se desvaneció todo rastro de humor o de alegría. Su expresión se volvió dura, gravemente seria. Sentí que un escalofrío me recorría la espalda.

—Te juro —me dijo en una voz baja y monótona— que eso es algo que nunca, jamás, va a suceder.

La juez volvió a centrar su atención en nosotros y en la fiscal, una mujer llamada Iris Kane. Su apellido no formaba parte de la realeza, pero aun así parecía bastante rígida. Tal vez no fuese más que algo característico de los letrados.

Antes de que se presentasen las pruebas contra mí, describieron el asesinato de la reina con todo tipo de truculentos detalles. Cómo la habían encontrado en la cama aquella mañana con una estaca clavada en el corazón y una profunda expresión de horror y desconcierto en la cara. Había sangre por todas partes: en su camisón, en las sábanas, por toda su piel... nos mostraron las imágenes a todos los presentes en la sala, lo que provocó diversas reacciones. Gritos ahogados de sorpresa. Más pánico y más temor. Y algunos... hubo quien se echó a llorar. Parte de esas lágrimas se debía sin duda a lo terrible de toda aquella situación, aunque pienso que muchos lloraban porque apreciaban o querían a Tatiana. Podía haber sido fría y estirada a veces, pero en su reinado habían disfrutado de paz y justicia.

Tras las imágenes, me llamaron al estrado. El procedimiento de la vista no transcurría igual que en un juicio, no había esa alternancia formal de los letrados para los interrogatorios a los testigos. Se limitaban a hacer preguntas mientras la juez mantenía el orden.

—Señorita Hathaway —comenzó Iris, que omitió mi título de guardián —. ¿A qué hora regresó anoche a su habitación?

—No recuerdo la hora exacta... —me concentré en ella y en Abe en lugar de la marea de rostros que tenía en frente—. Yo diría que hacia las cinco de la mañana, tal vez la seis.

—¿Había alguien con usted?

—No, bueno... sí. Más tarde —oh, Dios. «Ahí va eso»—. Mmm, Adrian Ivashkov vino a hacerme una visita.

—¿A qué hora llegó el señor Ivashkov? —preguntó Abe.

—Tampoco estoy segura de eso. Unas pocas horas después de que yo volviese, supongo.

Abe dirigió su encantadora sonrisa hacia Iris, que rebuscaba entre algunos papeles.

—La hora del asesinato de la reina ha quedado acotada con mucha precisión entre las siete y las ocho. Rose no estaba sola... aunque, por supuesto, necesitaríamos el testimonio del señor Ivashkov a tal efecto.

Los ojos se me fueron brevemente hacia el público. Daniella había palidecido. Aquella era su pesadilla: que Adrian quedase implicado. Miré un poco más allá y vi que el propio Adrian tenía un aire inquietantemente tranquilo. Deseé con todas mis fuerzas que no estuviese borracho.

Iris sostuvo en alto y con gesto triunfal una hoja de papel.

—Tenemos una declaración firmada de un empleado de mantenimiento que afirma que el señor Ivashkov llegó al edificio de la acusada hacia las nueve y veinte.

—Eso es mucho concretar —dijo Abe. Sonaba divertido, como si la fiscal hubiera dicho una monería—. ¿Tiene usted algún recepcionista que lo corrobore?

—No —dijo Iris con frialdad—, pero esto es suficiente. El empleado lo recuerda porque estaba a punto de hacer su descanso. La señorita Hathaway se encontraba sola en el momento en que tuvo lugar el asesinato. Carece de coartada.

—Bueno —dijo Abe—, eso según ciertos «hechos» muy discutibles.

No obstante, no se dijo nada más al respecto de la hora. Se admitió la prueba en el registro oficial, y respiré hondo. No me había gustado la línea que había seguido aquel interrogatorio, aunque era de esperar a decir de cuanto había escuchado en las anteriores conversaciones a través de Lissa. La ausencia de una coartada no era nada bueno, pero de un modo u otro yo compartía el sentir de Abe. Lo que tenían hasta ahora no era lo suficientemente sólido como para llevarme a juicio. Además, no me habían preguntado nada más acerca de Adrian, lo cual le dejaba al margen de todo aquello.

—Siguiente prueba —dijo Iris. En su rostro había una expresión de suficiencia triunfal. Sabía que el tema de la hora era bastante endeble, pero fuera lo que fuese lo que venía a continuación, lo guardaba como oro en paño.

Aunque en realidad se trataba de plata. Una estaca de plata.

Agárrate, porque tenía una estaca de plata en una bolsa de plástico. Brillaba bajo la incandescencia de la luz excepto en la punta, que estaba oscura. De sangre.

—Esta es la estaca que utilizó el asesino para matar a la reina —afirmó Iris—. La estaca de la señorita Hathaway.

Abe soltó una carcajada.

—Hombre, por Dios... Los guardianes reciben estacas constantemente. Cuentan con un suministro enorme de piezas idénticas.

Iris no le hizo ningún caso y se dirigió hacia mí.

—¿Dónde se encuentra su estaca ahora mismo?

Fruncí el ceño.

—En mi habitación.

Se volvió y miró hacia la multitud.

—¿El guardián Stone, por favor?

Un dhampir alto con un bigote negro y poblado se puso en pie entre la gente.

—¿Sí?

—Usted ha dirigido el registro de la habitación y los objetos personales de la señorita Hathaway, ¿es correcto?

Se me escapó un grito ahogado de indignación.

—¿Han registrado mi...?

Una mirada tajante por parte de Abe me silenció.

—Es correcto —dijo el guardián.

—Y ¿encontraron ustedes alguna estaca de plata? —le preguntó Iris.

—No.

La fiscal se volvió hacia nosotros, aún con su aire de suficiencia, aunque podría decirse que para Abe aquella información era todavía más absurda que la última tanda.

—Eso no demuestra nada. Podría haber perdido la estaca sin haberse percatado de ello.

—¿Y dónde la ha perdido? ¿En el corazón de la reina?

—Señorita Kane —le advirtió la juez.

—Mis disculpas, señoría —dijo Iris en tono suave. Se volvió hacia mí —. Señorita Hathaway, ¿tiene algo de especial su estaca? ¿Algo que la pudiese distinguir de las demás?

—S... sí.

—¿Podría describírnoslo?

Tragué saliva. Tenía un mal presentimiento al respecto de aquello.

—Tiene grabado un diseño cerca de la parte superior. Una especie de patrón geométrico —los guardianes se hacían grabar las estacas a veces.

Aquella me la había encontrado en Siberia y me la había quedado. Bueno, la verdad es que Dimitri me la había enviado después de que se le cayese del pecho.

Iris caminó hasta el Consejo y les mostró la bolsa de modo que todos y cada uno de ellos pudiesen examinarla. Volvió de nuevo hacia mí y me dio la misma oportunidad.

—¿Es este su diseño? ¿Es su estaca?

Me quedé mirándola fijamente. Desde luego que lo era. Abrí los labios, preparada para decir que sí, pero entonces capté la mirada de Abe. Estaba claro que no podía hablar de manera directa conmigo, pero me envió innumerables mensajes con aquella mirada. El más poderoso de todos fue que tuviese cuidado, que fuese astuta. ¿Qué haría alguien tan escurridizo como Abe?

—Pues... se parece al diseño de la mía —dije por fin—. Pero no puedo asegurar que sea justo la misma —la sonrisa de Abe me decía que había respondido correctamente.

—Por supuesto que no puede —dijo Iris como si no se esperase otra cosa. Entregó la bolsa a uno de los ujieres del tribunal—, pero ahora que el Consejo ha visto que el diseño coincide con su descripción y que es *casi* como su estaca, me gustaría señalar que el análisis ha revelado —sostuvo en alto más papeles con una expresión victoriosa inundándole el rostro— la presencia de sus huellas dactilares en ella.

Ahí estaba. La gran jugada. La «prueba concluyente».

—¿Alguna otra huella? —preguntó la juez.

—No, su señoría, solo las de la acusada.

—Eso no significa nada —dijo Abe con un gesto de indiferencia. Me daba la sensación de que si me ponía en pie en ese instante y confesaba el asesinato, él seguiría afirmando que se trataba de una prueba circunstancial —. Alguien se pone unos guantes y le roba la estaca. Las huellas de la señorita Hathaway estarían en la estaca porque *es* suya.

—Eso es un poco rebuscado, ¿no le parece? —le preguntó Iris.

—La prueba está llena de inconsistencias —protestó él—. Eso sí que es rebuscado. ¿Cómo habría podido llegar hasta los aposentos de la reina? ¿Cómo se las habría arreglado para pasar por delante de la guardia real?

—Bueno —caviló Iris—, la mejor ocasión para explorar tales cuestiones sería el propio juicio, pero teniendo en consideración el extenso expediente de la señorita Hathaway en lo que respecta a colarse y a

escaparse de todo tipo de lugares, al igual que el resto de incontables antecedentes disciplinarios en su haber, no me cabe la menor duda de que podría haber encontrado numerosas formas de llegar al interior.

—No tienen ninguna prueba —afirmó Abe—. Ninguna teoría.

—No nos hace falta —dijo Iris—, no en este momento. Tenemos más que suficiente para ir a juicio, ¿verdad? Veamos, aún no hemos llegado siquiera a la parte de los innumerables testigos que oyeron a la señorita Hathaway decirle a la reina que lamentaría haber aprobado la reciente ley de los guardianes. Puedo traerle las transcripciones si lo desea, por no hacer mención de otros comentarios «expresivos» que la acusada ha proferido en público.

Un recuerdo me vino a la cabeza: estaba en los jardines con Daniella mientras despotricaba —delante de otros— al respecto de que la reina no me podía comprar con la asignación de un destino. No fue una buena decisión por mi parte. Tampoco lo fue colarme en la Vigilia Funeraria o quejarme de que la reina no mereciese protección cuando los strigoi capturaron a Lissa. Había proporcionado mucho material a Iris.

—Ah, sí —prosiguió—, también contamos con testimonios acerca de las manifestaciones de la reina expresando su extrema desaprobación de las relaciones de la señorita Hathaway con Adrian Ivashkov, en particular cuando ambos se escaparon para casarse —abrí la boca al oír aquello, pero Abe me silenció—. Tenemos constancia de innumerables episodios de discusiones en público entre Su Majestad y la señorita Hathaway. ¿Quiere usted que le traiga esos papeles también, o podemos pasar ya a la votación sobre el juicio?

Aquello iba dirigido a la juez. Yo no tenía ninguna formación jurídica, pero el conjunto de las pruebas resultaba bastante condenatorio. Yo misma habría dicho que desde luego que había razones para considerarme sospechosa de asesinato, excepto que...

—¿Su señoría? —pregunté. Me pareció que estaba a punto de hacer un anuncio—. ¿Puedo decir algo?

La juez se lo pensó y, acto seguido, se encogió de hombros.

—No veo razón para que no pueda. Estamos recogiendo todas las pruebas disponibles.

Vaya, que yo actuase por mi cuenta no entraba en los planes de Abe, ni mucho menos. Se acercó a grandes zancadas hasta el estrado con la

esperanza de pararme los pies con su sabio consejo, pero no fue lo bastante rápido.

—Muy bien —dije con el deseo de sonar razonable y como si no fuese a perder los estribos—. Ha sacado usted un montón de cosas sospechosas. Salta a la vista —Abe parecía afligido, una expresión que no había visto nunca en él. No perdía el control de las situaciones muy a menudo—. Pero ahí está el tema. Es *demasiado* sospechoso. Si yo fuese a matar a alguien, no sería tan estúpida. ¿De verdad cree que le dejaría mi estaca clavada en el pecho? ¿Cree que no llevaría guantes? Venga ya, eso es insultante. Si soy tan hábil como según usted dice mi expediente, entonces, ¿por qué iba hacerlo de esa manera? A ver, ¿en serio? De haber sido yo, todo sería mucho mejor. Usted jamás me consideraría sospechosa. La verdad es que todo esto es un insulto a mi inteligencia.

—Rose... —comenzó a decir Abe con un tono amenazador en la voz. Seguí adelante.

—Todas estas pruebas que tiene son dolorosamente obvias. Demonios, a quienquiera que se haya inventado este montaje solo le ha faltado pintar una flecha que apuntase directamente hacia mí, y está clarísimo que alguien me ha tendido una trampa, pero es que son ustedes tan estúpidos que ni siquiera se lo han planteado —se estaba elevando el volumen de mi voz, y lo devolví a los niveles normales de manera consciente—. Lo que quieren es una respuesta fácil. Y quieren específicamente a alguien que no tenga influencia, que no cuente con una familia poderosa que le proteja... —vacilé entonces, al no tener muy claro cómo clasificar a Abe—. Porque siempre es así. Y así es como ha sido con esa ley sobre la edad. Nadie ha tenido tampoco la posibilidad de dar la cara por los dhampir porque este maldito sistema no lo permite.

Entonces me di cuenta de que me había alejado bastante de la materia en cuestión, y que a base de despotricar contra el decreto de la edad estaba logrando parecer más culpable. Me controlé y volví al tema.

—En resumen, señoría..., lo que estoy intentando decir es que estas pruebas no deberían ser suficientes para acusarme o para llevarme a juicio. Yo no planearía tan mal un asesinato.

—Muchas gracias, señorita Hathaway —dijo la juez—. Ha sido muy... aleccionador. Puede regresar usted a su asiento mientras vota el Consejo.

Abe y yo volvimos a nuestros asientos.

—¿En qué diantres estabas pensando? —me susurró él.

—Estaba contando las cosas como son. Me estaba defendiendo.

—Yo no diría tanto. No eres abogada.

Le miré de soslayo.

—Tú tampoco, viejo.

La juez le pidió al Consejo que votara al respecto de si creía que había pruebas suficientes para considerarme sospechosa de asesinato y llevarme a juicio. Así fue. Se alzaron once manos. Así, por las buenas, se había acabado todo.

Sentí la alarma en Lissa a través del vínculo. Cuando Abe y yo nos pusimos en pie para marcharnos, eché un vistazo al público, que comenzaba a irse en desbandada entre el murmullo de las conversaciones sobre lo que pasaría a continuación. Sus ojos de color verde claro estaban muy abiertos, y su cara, inusualmente pálida. A su lado, Adrian también parecía angustiado, pero cuando me miró pude sentir cómo irradiaba amor y determinación. Y al fondo, detrás de ellos dos...

Dimitri.

Ni siquiera me había enterado de que estaba allí. Él también tenía sus ojos fijos en mí, oscuros e infinitos. Solo yo era capaz de interpretar lo que estaba sintiendo. Su rostro no delataba nada, pero había algo en sus ojos... algo intenso e intimidatorio. Se cruzó fugaz por mi mente la imagen de él preparado para enfrentarse a aquel grupo de guardianes, y algo me decía que, si se lo pidiese, él volvería a hacerlo. Lucharía para abrirse paso hasta mí en aquella sala del tribunal y haría cuanto estuviera a su alcance para rescatarme de allí.

Un roce que sentí en la mano me distrajo de él. Abe y yo habíamos empezado a salir, pero el pasillo estaba repleto de gente y eso nos detuvo. El roce contra mi mano era una hojita de papel que me habían puesto entre los dedos. Levanté la vista y vi que Ambrose estaba sentado cerca del pasillo y con la mirada al frente. Quise preguntarle qué estaba pasando, pero el instinto me dijo que guardase silencio. Viendo que la fila de gente no avanzaba, me apresuré a abrir el papel lejos del alcance de los ojos de Abe.

Se trataba de una hoja minúscula, y resultaba casi imposible leer su letra cursiva y elegante.

Rose:

Si estás leyendo esto, entonces es que ha sucedido algo terrible. Es probable que me odies, y no te culpo. Solo puedo pedirte que confíes en que

lo que he hecho con el decreto de la edad es mejor para tu gente que lo que otros tenían pensado. Algunos moroi quieren obligar a todos los dhampir a cumplir con el servicio, lo quieran ellos o no, por medio del uso de la coerción. El decreto de la edad ha servido para frenar a esa facción.

No obstante, te escribo con un secreto que tú has de enmendar, un secreto que habrás de compartir con el menor número de personas posible. Vasilisa ha de ocupar el sitio que le corresponde en el Consejo, y puede lograrse. Ella no es la última de los Dragomir. Hay otro vivo, el vástago ilegítimo de Eric Dragomir. No sé nada más al respecto, pero si tú eres capaz de dar con ese hijo o hija, le entregarás a Vasilisa el poder que se merece. A pesar de tus faltas y de tu peligroso temperamento, eres la única persona a la que veo capaz de encargarse de esta tarea. No te demores en cumplirla.

Tatiana Ivashkov

Me quedé mirando el fragmento de papel, cómo su escritura se arremolinaba ante mí, y su mensaje se grababa a fuego en mi mente. *Ella no es la última de los Dragomir. Hay otro vivo*.

Si aquello era cierto, si Lissa tenía un medio hermano o medio hermana..., eso lo cambiaría todo. Tendría voto en el Consejo. Ya no estaría sola. *Si* eso era cierto. *Si* aquello procedía de Tatiana. Cualquiera podría haber escrito su nombre en un trozo de papel. No lo convertía en verdadero. Aun así me eché a temblar, preocupada ante la idea de recibir una misiva de una muerta. Si me permitía ver a los fantasmas a mi alrededor, ¿estaría allí Tatiana, vengativa y sin descanso? No me veía capaz de bajar mis defensas y mirar. Aún no. Tenía que haber otras respuestas. La nota me la había pasado Ambrose. Debía preguntarle a él... excepto que ya volvíamos a movernos por el pasillo. Un guardián me dio un toque para que avanzase.

—¿Qué es eso? —me preguntó Abe, siempre alerta, siempre suspicaz.

Me apresuré a doblar la nota de nuevo.

—Nada.

El modo en que me miró me decía que no me creía en absoluto. Me pregunté si debería contárselo. *Un secreto que habrás de compartir con el menor número de personas posible*. Si él era parte del menor número de personas posible, aquel no era el lugar. Intenté distraer su atención de aquello y sacudirme la expresión de perplejidad que debía de llevar en la

cara. Esa nota era un problema enorme... pero no tanto como aquel al que me enfrentaría acto seguido.

—Me aseguraste que no iría a juicio —le dije a Abe con el retorno de mi anterior irritación—. ¡Me he arriesgado mucho contigo!

—No te has arriesgado tanto. Tarus tampoco habría podido librarte de esto.

La actitud tranquila de Abe al respecto del tema me enfureció más aún.

—¿Me estás diciendo que sabías desde el principio que esta vista preliminar era una causa perdida? —era lo mismo que había dicho Mikhail. No está mal tanta fe por parte de todo el mundo.

—Esta vista no es importante —dijo Abe en tono evasivo—. Lo importante es lo que suceda luego.

—¿Y qué va a ser, exactamente?

Volvió a mirarme con aquella expresión oscura y astuta.

—Nada por lo que tú debas preocuparte todavía.

Uno de los guardianes me puso la mano en el brazo para indicarme que me tenía que mover. Me resistí a su tirón y me incliné hacia Abe.

—¡Y una mierda que no! Es de mi vida de lo que estamos hablando —exclamé. Ya sabía lo que vendría a continuación. A la cárcel hasta el juicio. Y después, más cárcel si me condenaban—. ¡Esto va en serio! ¡No quiero ir a juicio! No quiero pasar el resto de mi vida en un lugar como Tarasov.

El guardián tiró con más fuerza para llevarnos hacia delante, y Abe me atravesó con una mirada que hizo que se me helase la sangre.

—Tú no irás a juicio. Tú no vas a ir a la cárcel —me dijo en un siseo fuera del alcance de los oídos de los guardianes—. No lo permitiré. ¿Lo entiendes?

Hice un gesto negativo con la cabeza, confundida con tantas cosas y sin saber qué hacer al respecto de ninguna de ellas.

—Hasta tú tienes tus límites, viejo.

Regresó su sonrisa.

—Te sorprendería. Además, a los traidores contra la realeza ni siquiera los envían a la cárcel, Rose. Todo el mundo lo sabe.

Me mofé de él.

—¿Estás loco? Por supuesto que los encierran. ¿Qué otra cosa crees tú que hacen con los traidores? ¿Ponerlos en libertad y decirles que no lo vuelvan a hacer, o qué?

—No —dijo Abe justo antes de darse la vuelta—. A los traidores los ejecutan.

Agradecimientos

MUCHAS gracias a todos los amigos y familiares que me han dado su considerable apoyo mientras trabajaba con esta novela, en especial a mi increíble y paciente marido. ¡No habría podido conseguirlo sin ti! Mi agradecimiento especial también para mi compinche Jen Ligot y su ojo de halcón.

En la parte editorial, siempre agradezco el duro trabajo de mi agente Jim McCarthy, y también el de toda la gente de Dystel & Goderich Literary Management, incluida Lauren Abramo quien colabora en la difusión de Vampire Academy por todo el mundo. Gracias igualmente a la banda de Penguin Books —Jessica Rothenberg, Ben Schrank, Casey McIntyre y tantos otros—, por obrar su magia con esta saga. Mis editores más allá de las fronteras de los Estados Unidos están haciendo también auténticas maravillas para que corra la voz sobre Rose, y no dejo de sorprenderme un día tras otro al ver una respuesta internacional cada vez mayor. Muchas gracias por todo cuanto hacéis.

Mi último saludo va para mis lectores, cuyo entusiasmo continuado me sigue abrumando. Gracias por leer y amar a estos personajes tanto como yo.



RICHELLE MEAD se graduó en la Universidad de Michigan y obtuvo una Maestría en Artes sobre Religión Comparativa por la Universidad del Oeste de Michigan. Actualmente reside en Seattle con su marido mientras trabaja en la próxima entrega de Vampire Academy.